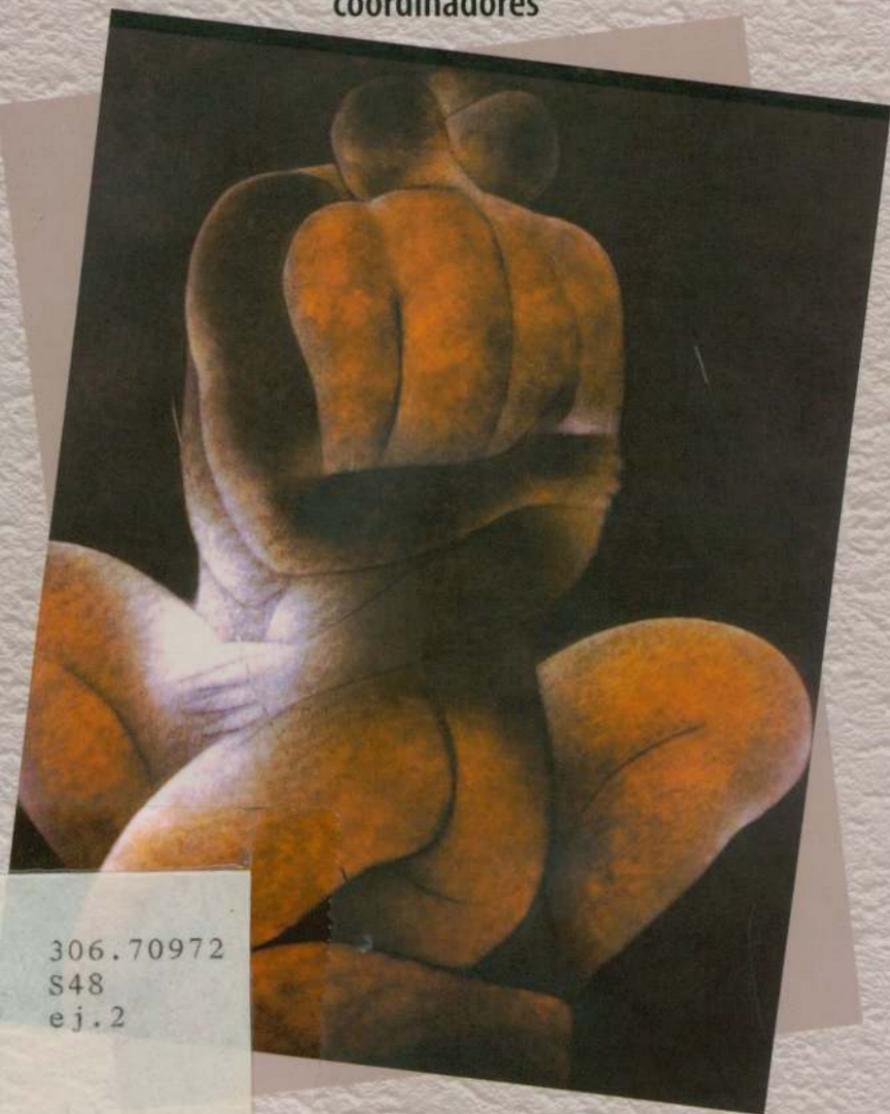


# Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos

Juan Guillermo Figueroa, Lucero Jiménez  
y Olivia Tena  
coordinadores



306.70972  
S48  
ej.2

EL COLEGIO DE MÉXICO



SER PADRES, ESPOSOS E HIJOS:  
PRÁCTICAS Y VALORACIONES DE VARONES MEXICANOS

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS, URBANOS Y AMBIENTALES  
PROGRAMA SALUD REPRODUCTIVA Y SOCIEDAD

SER PADRES, ESPOSOS E HIJOS:  
PRÁCTICAS Y VALORACIONES DE VARONES MEXICANOS

*Juan Guillermo Figueroa, Lucero Jiménez*  
*y Olivia Tena*  
Coordinadores

306.7081

S48

Ser padres, esposos e hijos : prácticas y valoraciones de varones mexicanos / Juan Guillermo Figueroa, Lucero Jiménez y Olivia Tena, coordinadores. -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, Programa Salud Reproductiva y Sociedad, 2006.  
401 p. : 21 cm.

Incluye referencias bibliográficas  
ISBN 968-12-1219-3

1. Hombres -- Conducto sexual. 2. Paternidad. 3. Masculinidad.  
I. Figueroa Perea, Juan Guillermo, 1955- , coord. II. Jiménez Guzmán, Lucero, coord. III. Tena Guerrero, Olivia, coord.

Primera edición, 2006

D.R. © El Colegio de México, A.C.  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D.F.  
[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

Escultura de portada: Ricardo Moreno

Diseño del cartel del Encuentro de estudios de género "Sexualidad y género",  
realizado en el marco de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en 2001:  
Verónica Segovia

ISBN 968-12-1219-3

Impreso en México

## ÍNDICE

Introducción. Algunos elementos del comportamiento reproductivo de los varones, <i>Juan Guillermo Figueroa, Lucero Jiménez y Olivia Tena</i>	9
--	---

### I. SER PADRE: VALORACIONES CAMBIANTES

Significado y vivencia de la paternidad en algunos varones de los sectores socioeconómicos medios en la ciudad de México, <i>María Alejandra Salguero Velázquez</i>	57
Reflexiones en torno de las valoraciones masculinas sobre los hijos y la paternidad, <i>Olga Lorena Rojas</i>	95
La vivencia de la paternidad en el valle de Chalco, <i>María de los Ángeles Haces Velasco</i>	121

### II. SEXUALIDAD Y REPRODUCCIÓN INTRA Y EXTRAMARITAL

Representaciones de hombres mazahuas sobre su sexualidad. "Si tuviera relaciones diario, bigotes por todos lados", <i>Liliana Bellato Gil</i>	159
La vida extramarital masculina en tiempos de VIH-sida. Usos y prácticas entre algunos varones con profesiones ligadas a las ciencias sociales, <i>Daniel Hernández Rosete</i>	195

Experiencia y valoración de la paternidad en algunos hombres de los sectores medios y altos de la ciudad de México, <i>María Lucero Jiménez Guzmán</i>	219
El comportamiento reproductivo de los varones residentes en entidades federativas mexicanas con altos niveles de marginación, <i>Juan Manuel Contreras Urbina</i>	253
III. EXPERIENCIAS DE LA PATERNIDAD EN ENTORNOS PARTICULARES	
Valoración retrospectiva y prospectiva del ejercicio de la paternidad a partir de la experiencia de hijos adultos en soltería. Historia de caso, <i>Olivia Tena Guerrero</i>	285
Diferencias paternas en la crianza de hijos e hijas; estudio de casos, <i>Laura Evelia Torres Velázquez</i>	321
El ejercicio de la paternidad en varones con hijos o hijas con discapacidad, <i>Patricia Ortega Silva</i>	365

## INTRODUCCIÓN

### ALGUNOS ELEMENTOS DEL COMPORTAMIENTO REPRODUCTIVO DE LOS VARONES

Juan Guillermo Figueroa,<sup>1</sup> Lucero Jiménez<sup>2</sup> y Olivia Tena<sup>3</sup>

#### UN POCO DE CONTEXTO

El estudio del comportamiento reproductivo de la población ha sido motivo de interés de disciplinas como la demografía y la medicina, por lo que los paradigmas vigentes en las mismas y las características de sus marcos teóricos, de sus estrategias metodológicas y de los alcances de sus propuestas de intervención, producto del conocimiento generado, han influido en la selección de algunos aspectos de la reproducción como objeto central de su análisis. En el caso de la demografía se ha privilegiado el estudio de la fecundidad en el marco de los componentes de la dinámica demográfica, de la cual se busca dar cuenta a partir de incorporar al estudio también la mortalidad y la migración; en la medicina el interés radica en conocer los tiempos y los ritmos en los cuales las personas tienen a sus hijos, ya que se trata de identificar las condiciones favorables para ello y a la vez aquellas que generan algún riesgo en el ámbito de la salud. En ambos casos suele asumirse que la persona que se reproduce es aquella que vive en su cuerpo el proceso fisiológico del embarazo, y por ende se ha tomado a la mujer como la informante central de la fecundidad, desde el embarazo hasta la reconstrucción de los procesos de cuidado de los hijos.

Ahora bien, cuando las políticas y los programas gubernamentales pretenden incidir sobre la fecundidad, sus niveles y su ritmo, se interviene so-

<sup>1</sup> Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de El Colegio de México.

<sup>2</sup> Profesora-investigadora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>3</sup> Profesora-investigadora de la Facultad de Estudios Superiores, Iztacala de la Universidad Nacional Autónoma de México.

bre la población femenina, ya sea con motivaciones vinculadas al control del crecimiento demográfico o al cuidado de la salud, sin que sean incompatibles ambas búsquedas. A esta población se le ha preguntado sobre las características de la presencia de los varones<sup>4</sup> en el ámbito de la fecundidad, de la anticoncepción y algunas otras cuestiones que se utilizan para interpretar las diferencias en los comportamientos reproductivos de la población, ya sea que se comparen con varios grupos o con uno solo a lo largo del tiempo (Watkins, 1993; Hertrich, 1997; Figueroa, 1998a; Gautier, 2000; Greene y Biddlecom, 2000; entre otros).

La presencia de los varones en los procesos reproductivos se asume secundaria, tanto en esta acepción de la fecundidad y la anticoncepción, como respecto a la salud de sus hijos. Hecho que se explica en parte por una visión feminizada de la reproducción, pero también porque se tiene la idea de que es poco confiable o menos válida la percepción de los varones sobre estos temas (Fariyal, Gray y Shan, 1993; Hertirch, 1997; Figueroa y Rojas, 2000; Festy y Kortchagina, 2002). La falta de confiabilidad en la versión proporcionada por los varones se atribuye a que ellos no viven el embarazo en sus cuerpos y por ende es menos certero el dato que pueden ofrecer sobre la fecundidad; pero también porque se asume que la práctica sexual de los varones les atribuye menor responsabilidad sobre el seguimiento que le dan a las consecuencias reproductivas de dicha sexualidad (Hernández, 1995; Szasz, 1998). Esto genera que en algunos casos se suponga también que los varones tendrían interés en ocultar información de manera intencional (para disimular ciertas conductas cuestionables socialmente) o bien porque dicha información les resulta menos relevante a ellos, por el hecho de que ancestralmente se ha asignado a las mujeres la responsabilidad del cuidado de los hijos (Baidinter, 1981; Lagarde, 1990; Lamas, 1999; entre otras).

Lo anterior ha condicionado que los principales medios para regular la fecundidad, como los anticonceptivos, estén más desarrollados para las mujeres y que exista mayor número de opciones para ellas; pero además que los servicios de salud y los educativos que se vinculan con el entorno de la reproducción se orienten en menor medida a los varones. Con ello se contribuye a

<sup>4</sup> Se usa la palabra *varones* en lugar de *hombres* con el propósito de alertar sobre el uso discrecional de la segunda, en algunas ocasiones como sinónimo de humanidad y en otras para referirse a la población masculina. Como en este volumen queremos hablar de manera explícita de la población masculina preferimos usar la expresión *varones*, evitando ambigüedades que a la larga pueden llegar a excluir a las mujeres.

legitimar de alguna manera las asignaciones diferenciales de responsabilidades reproductivas para unas y otros (Lagarde, 1994; Ortiz Ortega, 2001).

Con la revisión de algunos recuentos del conocimiento acumulado en disciplinas como la demografía, la medicina y la psicología del desarrollo infantil (Watkins, 1993; Lerner, 1998; Figueroa y Rojas, 2000; Greene y Biddlecom, 2000; Bledsoe, Lerner y Guyer, 2000; Salguero, 2002; entre otros) se ha constatado que la misma generación de conocimiento no está exenta de la reproducción de estereotipos de género, y ello ha llevado a que más que cuestionarlos y ponerlos a prueba, muchas veces se asuman como parámetros de referencia para generar múltiples investigaciones. Para el caso de la demografía, Greene y Biddlecom (2000) muestran que múltiples estudios presentan supuestos sobre los comportamientos reproductivos de los varones que no siempre se confirman cuando se ponen a prueba con datos empíricos recientes. Algo semejante había encontrado Watkins (1993) cuando llevó a cabo una revisión de los artículos publicados sobre fecundidad, nupcialidad y familia durante los primeros 30 años de una influyente revista de demografía en Estados Unidos, ya que constató al analizarlos la presencia de estereotipos socialmente construidos respecto a las mujeres.

Si bien los datos de diferentes investigaciones (Arias y Rodríguez, 1998; Castro y Miranda, 1998; Fachel, 2000; Viveros, 2000; Guevara, 2003; Jiménez, 2003; entre otras) muestran presencias contradictorias de los varones en el ámbito de la reproducción, caracterizadas por ausencias, violencia, doble moral y ejercicio sexual poco negociado, es muy escaso lo que se investiga por medio de la interpretación directa de dicha población. En la contraparte, mucho se ha documentado con las voces de las mujeres, lo que genera que cuando los estudios sobre los varones presentan descripciones e interpretaciones de la realidad diferentes a lo que se asume con el conocimiento acumulado, se provoquen reacciones ambivalentes (Hertrich, 1997; Amuchástegui, 2001; Festy y Kortchagina, 2002) e incluso se llegue a afirmar que no se puede confiar en los varones como informantes (Fariyal, Gray y Shan, 1993).

Una aproximación que ofrece nuevas formas de interpretación de los comportamientos reproductivos de los varones consiste en documentar críticamente los relatos que ellos hacen de sus experiencias al respecto, identificando aquello que perciben como necesidades no satisfechas en el ámbito de su reproducción, a la par que ambivalencias, silencios y situaciones injustas, pero no únicamente para las mujeres.

Investigaciones recientes han mostrado que algunos varones reconocen que se sienten presionados en cuanto a su capacidad sexual (De Oliveira,

Dória Bilac y Muskat, 2002) o de alguna manera avergonzados al tener que narrar ciertas conductas sexuales y reproductivas que han vivido en cierto momento de su vida (Bellato, 2001), a pesar de que ambos atributos están asociados a ciertos modelos de masculinidad. De la misma forma, hay varones que reconocen haber vivido la experiencia de embarazos impuestos por sus mujeres, a pesar de los acuerdos explícitos de ambos para evitarlos (Jiménez, 2003) y hay quienes declaran que están perdiendo experiencias valiosas de la paternidad porque no encuentran un contexto en donde sea legítimo cuestionar los modelos hegemónicos de la masculinidad (De Keijzer, 1998; Gutmann, 2000; Olavarría, 2001; Haces, 2002).

A pesar de estos datos, siguen presentes algunos resultados de investigaciones que documentan el ejercicio de la violencia como parte de la actuación cotidiana de muchos varones (por ejemplo Torres, 2001 y Ramírez Solórzano, 2002), y el conjunto de estrategias que siguen los varones que se separan de sus parejas con el fin de evitar el pago de una pensión a ella y a sus hijos (Brachet, 1996). Incluso investigaciones recientes muestran que al analizar algunos problemas de salud mental de las mujeres mexicanas frecuentemente se encuentran asociaciones con el comportamiento de sus parejas (Lara y Salgado, 2002). Otras reconocen que solamente lograron “empoderarse” cuando su pareja dejó de asumir sus responsabilidades como proveedor, dado un problema de alcoholismo (Soria, 2002). Sin embargo, aun en estos casos, cuando en su hogar hay varones adultos como pueden ser sus propios hijos o parientes varones la mujer delega la autoridad, aunque ella esté sosteniendo económicamente a la familia, dado el peso de los aprendizajes de género asumidos.

Es tan ambivalente el posible cuestionamiento de ciertos modelos de masculinidad y de paternidad, que cuando se pregunta a padres jóvenes, afirman que están tratando de ser padres “de manera diferente”, pues procuran no repetir el ejemplo de sus propios padres; al mismo tiempo reconocen que no existen modelos que les sirvan de apoyo para aquello que están experimentando (Haces, 2002). Esto genera cierta ansiedad ante lo que están construyendo como nuevas formas de paternidad, pues no están seguros de la legitimidad de dichos modelos; además se hallan expuestos a presiones sociales porque cuestionan los estereotipos y las normas de género vigentes. En cierto momento la falta de diálogo y reflexión más amplios sobre las transformaciones de los acuerdos de género individuales y de los apoyos institucionales estructurales podría llevarlos a replegarse y regresar a los modelos tradicionales de ejercicio de la paternidad; pero además con mayor escepticismo sobre

la posibilidad de transformar —o por lo menos transgredir— prácticas que dificultan la equidad en los intercambios con las personas con quienes se reproducen.

En este contexto, el presente libro busca ordenar algunos de los resultados de investigaciones realizadas recientemente en varios grupos sociales de México, en variados contextos, y recurriendo a aproximaciones disciplinarias diversas. Los autores trabajan en disciplinas como la demografía, la antropología, la psicología y la sociología; además privilegian mayoritariamente los enfoques de tipo cualitativo para documentar temas como la paternidad, la anticoncepción, las representaciones sociales sobre la sexualidad y la reproducción, la infidelidad masculina, los arreglos familiares y el machismo.

En varios de los trabajos se debate sobre el papel de quien investiga en el proceso mismo de la construcción de los datos, pero a la par se insiste en el compromiso de los investigadores al cuestionar la cotidianidad, diversificar las interpretaciones reduccionistas de la misma, e intervenir en el proceso de recuperar las voces de los partícipes en la construcción de las diferentes experiencias reproductivas. Si bien en este caso se privilegia la voz de los varones, se pretende aportar un producto más que estimule el diálogo con las interpretaciones que se conocen sobre el entorno reproductivo a partir de las voces de las mujeres.

#### CRITERIOS INICIALES DE ORDENACIÓN TEMÁTICA

A este libro lo componen diez artículos; se han agrupado en tres secciones construidas a partir de algunos aspectos que se abordan en cada uno de los textos. En la primera sección (Ser padre, valoraciones cambiantes) se presentan tres aproximaciones al ejercicio de la paternidad que dan prioridad al aspecto generacional, inicialmente por medio de un trabajo que indaga si un grupo de varones de los sectores medios del Área Metropolitana de la Ciudad de México (AMCM) incorpora de manera explícita la paternidad dentro de su proyecto de vida y de masculinidad. A continuación se incluye un texto con resultados de una investigación sobre el ejercicio y la valoración de la paternidad entre varones de los sectores populares y medios de la misma AMCM, pero clasificados en dos cohortes y comparando sus respectivas prácticas paternales. Esta sección termina con un texto en donde se exploran la experiencia y los significados de la paternidad también de dos grupos de adultos (jóvenes y medianos); en este caso, si bien son residentes del AMCM, se trata de per-

sonas que viven en un municipio con alto grado de marginación y con una larga tradición de migración: el valle de Chalco.

La segunda sección (Sexualidad y reproducción intra y extramarital) ofrece un panorama de algunas características del ejercicio sexual de varios grupos de varones, imaginada dicha sexualidad como el entorno en el cual se construyen los comportamientos reproductivos de la población. Para comenzar se incluyen dos trabajos etnográficos: en el primero se estudian el inicio de las relaciones sexuales antes de la unión y las prácticas a partir de ésta en un grupo de varones de una zona indígena mazahua; y en el segundo se indaga explícitamente sobre la infidelidad entre un grupo de varones residentes en el AMCM y con profesiones ligadas a las ciencias sociales. El tercer texto muestra elementos de las relaciones de pareja de un grupo de varones de los sectores medios y altos del AMCM, con referencias a la sexualidad dentro y fuera del matrimonio y reconstruyendo algunas de sus experiencias reproductivas. En el cuarto texto se estudia el comportamiento reproductivo de algunos varones residentes en entidades federativas con altos niveles de marginación, se le compara con una muestra de mujeres y además se exploran ciertos elementos sobre el inicio de sus respectivas historias sexuales.

La tercera sección (Experiencias de la paternidad en entornos particulares) incorpora tres artículos que documentan la vivencia de la paternidad en tres grupos de la ciudad de México con algunas características poblacionales relevantes. El primero de los trabajos documenta la percepción que algunos adultos jóvenes solteros tienen respecto de su vinculación con sus propios padres. El segundo texto explora la experiencia del ejercicio de la paternidad en un grupo de varones, pero tratando de identificar la diferencia, si es que existe, entre ser padre exclusivamente de hijas, de hijos o bien tener hijos de diferente sexo. El último de los textos documenta el ejercicio de la paternidad entre varones que tienen hijos o hijas con algún tipo de retraso o discapacidad en su desarrollo, lo que muchas veces se califica socialmente como anormalidad y genera algunos estigmas importantes tanto en los hijos como en sus progenitores.

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓRICAS

Los textos que integran este volumen no son parte de un solo programa de investigación; por ende, los autores consultados, los supuestos conceptuales

privilegiados y las aproximaciones metodológicas que se utilizaron no son unívocos ni homogéneos. No obstante, en lo general las investigaciones partieron de presupuestos teóricos y de preocupaciones metodológicas afines que vale la pena explicitar. En este tenor, se presentan a continuación algunos antecedentes conceptuales y de investigación empírica sobre el tema del comportamiento reproductivo de los varones, así como algunas reflexiones metodológicas afines a los trabajos presentados.

*Supuestos analíticos e intereses al investigar sobre reproducción y varones*

No es una tarea sencilla la de tratar de dar cuenta del interés que existe en algunos ámbitos del conocimiento social por estudiar algunos comportamientos de la población masculina, ya que puede haber motivaciones diferentes según el tema y el campo del saber de que se trate. En la investigación sobre los comportamientos reproductivos hay un desarrollo muy pobre de indicadores que incorporen explícitamente al varón (Figueroa, 1998a; Rojas, 2000; Greene y Biddlecom, 2000; entre otros). Es de destacar, por ejemplo, que no existen categorías ni términos claros para describir la experiencia de los varones durante el proceso del embarazo y en otros momentos de la reproducción, lo cual ayuda a legitimar en el imaginario social que ellos se incorporan tarde a dicho proceso, al margen de que hayan participado biológicamente desde el inicio del mismo (Figueroa y Rojas, 2002).

Estas exclusiones no son dependientes sólo del actuar social de los varones, sino que están asociadas a los modelos interpretativos de las disciplinas que han abordado el estudio de los procesos reproductivos, a las políticas y programas construidos bajo el supuesto de dicho conocimiento y a las categorías lingüísticas de las que disponemos.

Algunos estudios realizados hace seis décadas en Estados Unidos ya abordaban el tema de las tasas de paternidad como el realizado por Tietze en 1944; sin embargo éste y otros estudios sobre temas afines (Stycos, 1958) no han tenido mucho seguimiento en la investigación demográfica, como tampoco lo tuvo un estudio realizado en Colombia para estimar la fecundidad en la población masculina (Heredia, 1974).

Entre las razones principales que exponen los estudios demográficos para no estudiar la fecundidad de los varones se encuentran los siguientes argu-

mentos:<sup>5</sup> que el periodo reproductivo masculino no está tan claramente definido como en el caso de las mujeres; que es más sencillo entrevistarse con las mujeres puesto que ellas permanecen más tiempo en casa que con los varones; que si los hijos no viven con sus dos progenitores es más probable que residan con su madre que con su padre y, por ende, que éste no los declare; y, finalmente, que los hombres difícilmente pueden aportar datos confiables acerca de su fecundidad. Detrás de estos argumentos parece existir cierta resistencia a cuestionar el modelo vigente de interpretación del papel que las mujeres y los varones desempeñan en la reproducción.

Además, el que exista una tendencia a que los hijos permanezcan con sus madres, o a que las mujeres pasen más tiempo en casa, sólo refleja la división excluyente de los espacios asignados socialmente para varones y mujeres (Cazés, 1994; Lamas, 1994; Lagarde, 1994; Connel, 1995). Al utilizar estos hechos como argumentos para no estudiar la participación masculina en el proceso reproductivo se evidencia la falta de cuestionamiento teórico respecto de las relaciones de género y de la división sexual del trabajo subyacente, que contribuye a avalar los estereotipos establecidos tradicionalmente relativos a la reproducción y a la sexualidad (Lamas, 1994).

Durante la segunda mitad del siglo XX se generalizó el interés por regular el crecimiento de la población valiéndose de programas de control de la fecundidad, y se constató que era más accesible la intervención en las mujeres, sobre su cuerpo, su sexualidad y su fecundidad, lo cual se apoyaba en los avances de la metodología anticonceptiva, dirigidos más a ellas. Esto se justificaba simbólicamente en una sociedad que ancestralmente le ha asignado a las mujeres las principales responsabilidades reproductivas y el cuidado de los hijos, y en las mismas relaciones de poder de una sociedad patriarcal en la cual es mucho más difícil imaginar que los varones pudieran ser objeto de normatividad en el espacio de la reproducción, pues implicaría cuestionar las identidades de género.

No es de extrañar que los programas mundiales de encuestas demográficas (como la World Fertility Survey y la Contraceptive Prevalence Survey) hayan tomado a las mujeres como población de estudio desde la década de los setenta y que sólo hasta una segunda y tercera etapas del Programa de Encuestas Demográficas y de Salud (Demographic and Health Surveys) se pensara en incluir muestras de varones (Ezeh, Seroussi y Ruggers, 1996), pero no

<sup>5</sup> Para una revisión detallada de la temática abordada en este apartado véase Grenne y Biddlecom (2000), así como Figueroa y Rojas (2002).

en todas las poblaciones en donde originalmente se habían aplicado dichas encuestas, sino fundamentalmente en aquellas con mayores niveles de fecundidad, como las poblaciones del continente africano. Por eso existe la hipótesis de que una parte importante del interés actual por investigar a los varones es tratar de identificar nuevas estrategias para seguir disminuyendo la fecundidad en diferentes poblaciones.

Otra posible interpretación de este interés por estudiar el comportamiento reproductivo de los varones tiene que ver con una larga historia de demandas feministas, en términos de que las responsabilidades reproductivas han sido legitimadas con múltiples estereotipos como algo aplicable básicamente a las mujeres. Así se ha generado la presencia desigual de los varones y muchas veces la ausencia absoluta de compromisos masculinos en el espacio de la reproducción. Muchas de las demandas de derechos reproductivos han sido construidas no únicamente para asegurar la autodeterminación reproductiva de las mujeres, sino con la expectativa de que los varones se hagan corresponsables (Ávila, 1999; Ortiz Ortega, 1999). Para ello se requieren nuevos acuerdos de género en el espacio de la reproducción, los cuales no se pueden construir simplemente bajo el supuesto de que los varones están ayudando a las mujeres voluntariamente o con buenas intenciones, sino como un ejercicio relacional de derechos, en donde cada persona le da seguimiento a sus conductas y comportamientos; en este caso, en los ámbitos de la sexualidad y la reproducción (Correa y Petchesky, 1994).

Por ello la Conferencia Internacional de Población y de Desarrollo, celebrada en la ciudad de El Cairo, Egipto, en 1994, y la IV Conferencia Mundial de la Mujer, celebrada en Pekín, China, en 1995, acordaron como una acción de política pública de la mayor relevancia el asegurar una presencia solidaria y a la vez responsable de los varones en los espacios reproductivos, y en particular en la regulación de la fecundidad. Por ende, otra vertiente del interés del estudio de los varones responde al reconocimiento cada vez mayor de las demandas feministas en la búsqueda de corresponsabilidades reproductivas (Sen, Germain y Chen, 1994; Petchesky y Judd, 1998).

Los resultados de las investigaciones que intentan recuperar la experiencia de los varones en la reproducción apuntan en dos direcciones. Por un lado se encuentra la investigación orientada a identificar cuáles son las ausencias y presencias de los varones que condicionan las consecuencias favorables para las mujeres y para los hijos. No varían necesariamente la interpretación de la población de referencia ni las relaciones de poder subyacentes a las vivencias masculina y femenina de la sexualidad y la reproducción, pues se tra-

ta de ver de qué manera dificultan o contribuyen a mejorar las condiciones de la morbilidad materna durante el embarazo, el parto y el puerperio.

Por el otro lado no sólo se pretende incorporar a los varones sino pensar en nuevas formas de interpretar la reproducción con el fin de evitar lecturas simplistas de un proceso tan complejo como el de la procreación; implica replantear el análisis de la misma como un proceso relacional y no como eventos aislados de varones y mujeres, y al mismo tiempo recuperar la especificidad de unos y de otras. Con ello necesariamente se llega a la consideración de las relaciones de poder subyacentes en los encuentros sexuales, además de incluir la negociación de la crianza de los hijos y el cuestionamiento de las identidades de género masculina y femenina (Dixon-Müeller, 1996; Figueroa, 1998b).

Si bien el primer tipo de investigación ha contribuido a entender las implicaciones de las ausencias masculinas en el comportamiento reproductivo, no ha avanzado lo suficiente en el esfuerzo por deconstruir estereotipos acerca del comportamiento sexual y reproductivo de los varones y de las mujeres. De hecho Greene y Biddlecom (2000) cuestionan que la demografía se esté acostumbrando a observar a los varones como obstáculos para el ejercicio de las preferencias reproductivas femeninas y que ello contribuya a conformar y generalizar mitos alrededor de la denominada *participación masculina* en la reproducción.

Es cierto que existe información en algunos grupos sociales para apoyar los supuestos anteriores, pero también para matizarlos y buscar interpretaciones más comprensivas del comportamiento reproductivo de la población. De ahí la necesidad de plantear otra forma de acercarnos a dicho conocimiento, de manera que se evite la estigmatización de alguno de sus protagonistas y con el fin de que la investigación no se dirija básicamente a comprobar los supuestos de los que se parte (Popper, 1983), sino a tratar de entender en toda su complejidad las interacciones de varones y mujeres a la hora en que deciden reproducirse o bien controlar el nacimiento de sus hijos, e incluso entender por qué en algunos casos ni siquiera existen estos espacios de decisión.

La perspectiva de género ha sido paradigma relevante en el cuestionamiento de ciertos modelos de interpretación demográfica, médica y psicológica de los comportamientos reproductivos, así como de las características y dimensiones analíticas que se utilizan para interpretarlos y estudiarlos (Scott, 1996), y hay la necesidad de buscar categorías, dimensiones analíticas e indicadores para dar cuenta también de la participación de los varones en los

comportamientos reproductivos (Figueroa, 1998a y 1998b; Lerner, 1998; Cohen y Burger, 2000; entre otros).

Otra fuente de interés en este objeto de estudio emergente radica en las temáticas discutidas en algunos grupos de varones, incluso desde posturas ideológicas difícilmente conciliables. En un extremo están los que desean conocimiento más explícito de la presencia masculina en el espacio de la reproducción con el propósito de seguirlo controlando o para contrarrestar los avances y las reivindicaciones feministas; aquí se incluyen los grupos conservadores que se oponen al aborto porque es un recurso de autodeterminación reproductiva de las mujeres (Fachel y Fachel, 1995 y 1998), y a la anticoncepción, puesto que cuestiona el poder de los varones sobre los espacios reproductivos; es decir, en el entorno tradicionalmente asignado a las mujeres (Castro y Miranda, 1998).

En otra posición se encuentran algunos grupos de varones cuyo interés es estar más cerca de sus hijos, una vez que han reconocido tanto los derechos de éstos a un intercambio más solidario y amoroso con sus progenitores, como los propios derechos de los padres a vincularse más activamente a lo largo del proceso reproductivo. De hecho, pueden ser varones que reconozcan explícitamente los derechos de la mujer como pareja y de las mujeres en general al espacio de la reproducción, pero ellos son copartícipes en el intercambio y por lo tanto están interesados en negociar su presencia en los espacios reproductivos; por ende, perciben que puede ser más relevante que nunca el que se desarrollen y se generen conocimientos sobre los varones y sus comportamientos reproductivos.

En este escenario también hay varones que han identificado una serie de desventajas al tratar de continuar la relación con sus propios hijos una vez que llegan a separarse de sus parejas, pero en algunos casos identifican que las desventajas son más por la construcción social —que asume que es más adecuado que la mujer mantenga la relación con los productos de una relación— que por el hecho de haber demostrado que el varón tenga menos capacidades para seguir vinculado con los mismos. Por lo mismo, estarían interesados en que se documentara el entorno de las relaciones de género en los diferentes momentos reproductivos.

Existen otros tipos de motivaciones ancladas en el avance del conocimiento sobre el entorno social de la reproducción, del análisis de las relaciones de poder y del conocimiento explícito de las especializaciones de género. Una vez que se reconocen los reduccionismos interpretativos de algunas disciplinas, así como los vacíos en varias legislaciones sobre el tema de la

reproducción en la experiencia de los varones, algunas personas identifican la necesidad de generar información que permita incluir a otro actor relevante de la reproducción: los miembros de la población masculina.

Por lo anterior puede afirmarse que el interés por los varones es un objeto de estudio con diferentes interpretaciones en tensión, y por ende con la necesidad de que las investigaciones que se realizan alrededor del mismo traten de hacer explícitas sus búsquedas, sus supuestos conceptuales y teóricos, sus características metodológicas y las poblaciones que están siendo objeto de estudio. Sin embargo sería ingenuo pretender referirse explícitamente a las intenciones políticas subyacentes en los procesos de generación de conocimiento sobre esta población cuando se le vincula con el espacio de los comportamientos reproductivos, pero se puede alertar sobre los riesgos de posibles manipulaciones al respecto.

Resulta fundamental identificar también a los varones como personas que construyen una forma de reproducirse al interactuar con su cuerpo, con su sexualidad y con una particular forma de vivir su identidad masculina. Es decir, el estudio de la reproducción no puede olvidar el análisis del ejercicio de la sexualidad desde la especificidad de los actores; antes bien necesita documentar las valoraciones sociales de la sexualidad en contextos específicos, ya que la sexualidad es el entorno en el cual se construyen los procesos reproductivos.

Por ello, una propuesta de análisis para repensar los comportamientos reproductivos es utilizar la perspectiva de género con el fin de no negar la dimensión del poder, pero sí evidenciar que su ejercicio tiene como supuesto la existencia de un ser libre sobre el cual se ejerce y que potencialmente puede redefinir dicha relación (Foucault, 1988; De Barbieri, 1991). Ello permite replantear la presencia de varones y mujeres que no están de acuerdo con las normatividades que generan especializaciones excluyentes en los proyectos de vida de ambos (Lagarde, 1994) y que por lo tanto están dispuestos a trabajar en su transformación, a la vez que obliga a las personas a definirse más claramente respecto a situaciones que limitan un ejercicio más placentero y equitativo de la reproducción.

### *El comportamiento reproductivo y la paternidad desde una perspectiva de género*

La perspectiva de género resultó ser la herramienta teórica fundamental que comparten todos los artículos de este libro, pues se coincide en la idea de

que por medio de ella se puede revisar la construcción de los significados que se adjudican a cada uno de los sexos, lo cual a su vez permite interiorizar sus comportamientos desde una aproximación sociocultural (Lamas, 1995; Scott, 1996). Se coincide también en la pertinencia de analizar la construcción sociocultural de las masculinidades, ya que la incorporación del estudio de los varones en el marco de las relaciones de género nos permite avanzar en el conocimiento de dichas interacciones y de elementos más puntuales, como el comportamiento reproductivo, que conviene abordar desde un enfoque relacional, como lo plantea la perspectiva de género (Connel, 1995; Minello, 2002; Viveros, 2003). Dicha perspectiva ha cobrado mayor importancia dentro de las ciencias sociales a partir del movimiento feminista. Si bien en un primer momento hablar de género se equiparaba con hablar de estudios sobre la mujer, en la actualidad esto se ha modificado, ya que se incluye también la contraparte, los estudios e investigaciones sobre masculinidad (Cazés, 1994; Connel, 1995; Fuller, 1997; Seidler, 2000 y 2001; Minello, 2002; Viveros, 2003), o dicho de manera más amplia, sobre los varones y las relaciones de poder entre los géneros.

Las investigaciones que se han llevado a cabo recurriendo a “una perspectiva de género” desde sus inicios y en forma reiterada han puesto en tela de juicio las desigualdades y atribuciones de género justificadas sobre una base naturalista y esencialista. Con esta perspectiva Cardaci (1998) retoma a Wheterell, para quien la masculinidad y la feminidad son prácticas ideológicas que perduran de manera más efectiva en la medida en que se presentan más naturales; es decir, mientras sean entendidas como resultado de la biología, hacen parecer inmutables estas diferencias. El cuestionamiento de dichas disposiciones biológicas coloca a los sujetos en una situación muy distinta, puesto que las diferencias asumen entonces ya no un carácter natural sino social, y por lo tanto variable y de posible transformación; aquí es justamente donde juegan un papel fundamental la capacidad de ejercicio ciudadano del individuo y los cambios históricos y sociales.

Al concebir que las sociedades transforman el sexo biológico en género por medio de la acción social, dotándolo de sentido mediante prácticas, símbolos, valores y representaciones, la perspectiva de género asume que hay variaciones históricas, generacionales, étnicas y de clase, que existen diversos tipos de relaciones hombre-mujer y relaciones de poder entre hombres y entre mujeres (De Barbieri, 1991). La dicotomía masculino-femenino, con sus variaciones culturales, ha establecido estereotipos que condicionan los desempeños para unas y otros, limitando las potencialidades de las personas al pro-

mover o reprimir los comportamientos según sean adecuados al género, de tal suerte que tanto los varones como las mujeres se encuentran atrapados en estas construcciones culturales que tienen costos para ambos, pero es factible transformar.

Podemos afirmar que los textos reunidos en este volumen coinciden en que al menos en ciertos sectores de la sociedad mexicana se presentan nuevas formas de ejercer la masculinidad, entre ellas la paternidad, en donde los rígidos papeles tradicionalmente asignados a los varones se están flexibilizando; aunque también se reconoce y documenta la existencia de patrones cristalizados de difícil transformación, lo cual genera conocimientos sobre las tensiones que caracterizan las actuales relaciones entre los géneros.

En este sentido resulta interesante plantear una reflexión sobre la paternidad, incluidos los diversos significados de ésta en diferentes grupos de varones, así como las transformaciones que se están viviendo en la relación entre padres e hijos, con el fin de poder analizar el sentido de la demanda de algunos varones que pretenden participar en el proceso de crianza y educación de los hijos con relaciones más cercanas afectivamente.

La perspectiva sociohistórica entiende la paternidad como un fenómeno sociocultural resultado de las relaciones genéricas en un momento histórico, en un marco y en una sociedad específicos; este hecho ha sido abordado por la antropología, la historia y la sociología. Los enfoques teóricos predominantes en esta perspectiva han sido los constructivistas, que argumentan que la paternidad es una construcción social con significados distintos en diferentes momentos históricos, cambiante de una cultura a otra, e incluso en una misma cultura según la pertenencia étnica o de clase (Fuller, 1997 y 2000).

Desde un punto de vista histórico puede afirmarse que a lo largo del siglo XX se ha dado un proceso de cambio en la relación entre padres e hijos; uno de los factores más importantes es el cuestionamiento de las relaciones de poder entre estos personajes. En este periodo de transición, algunos autores revelan la presencia de relaciones tradicionales entre padres e hijos, clasificándolas así en función de su autoritarismo (Schmukler, 1989) y otras más igualitarias, que suelen presentarse a partir de que se pueden negociar los espacios compartidos familiarmente (Schmukler, 1989 y 1998; Viveros, 2000).

Ello ha generado una serie de replanteamientos en la misma definición de la paternidad, con el fin de ir más allá de la pura relación de responsabilidades y de ejercicio de la autoridad. Por una parte, autores como Nava (1996) reconocen que la paternidad “es una relación que incluye diferentes formas de comunicación y que el hombre-padre establece con los sujetos que reco-

noce como hijos, desde su condición genérica masculina, con las implicaciones de ejercicio del poder genérico masculino y con la diferencia generacional” (Nava, 1996: 113). Sin embargo, otros autores como Pruett (2001), Ruddick (1992) y Laqueur (1992), presentan un acercamiento a la paternidad donde los padres son necesarios tanto para el transcurso de la infancia como para el desarrollo de una maternidad aceptable. Laqueur (1992) por ejemplo, rescata la emoción y la convierte en elemento crucial e incluso definitivo del trabajo parental; para este autor la progenitura biológica asume una significación cultural con elementos emocionales.

Por ello, una definición de paternidad que pretende abarcar más sugiere verla como el conjunto de relaciones posibles que pueden darse entre un progenitor y sus hijos, sin reducirla a una cuestión biológica. Las relaciones pueden ser de afecto, de cuidado y de conducción, a la vez que de sostén económico, de autoridad, de amor y de diversión conjunta; asimismo, existe la posibilidad de abusos de poder y de ejercicio de violencia (Figueroa, 2000a).

En este sentido la paternidad constituye una posición y una función que puede cambiar históricamente y de cultura a cultura, así como entre las distintas clases sociales y etnias de un mismo lugar. Además, existen diversas formas en las que se ejerce, se impone, se evita y se disfruta del ciclo de vida de un hombre, y de los ciclos de vida de los hijos. Estas formas de ejercicio dan pie a que autores como De Keijzer (1998) y Yablonsky (1993) identifiquen una tipología de padres (ausente o fugitivo, migrante, divorciado, tradicional o patriarca, igualitarios, compasivos amorosos-doblantes, camaradas, machos, psicóticos, egocéntricos) conforme a una diversidad de estilos paternos o características particulares de la paternidad. Sin embargo es importante reconocer que muchos varones combinan rasgos de distintos tipos o que cambian a lo largo de su vida sus actitudes con sus distintos hijos.

En este sentido De Keijzer (1998) asegura que no se puede hablar de paternidad en singular sino de las “paternidades” en plural, ya que hay diversas formas de ejercerla. Esto implica que la paternidad está envuelta en algo más amplio, que es la construcción de la masculinidad como resultado de complejos y diversos procesos de socialización (Nava, 1999; Fuller, 2000; Viveros, 2000; Olavarría, 2001).

Un elemento más que puede señalarse respecto a la paternidad es que durante mucho tiempo ha estado y en algunos sectores sigue estando relacionada con la violencia física y verbal hacia los hijos, con una figura de autoridad que impone sanciones y otorga premios por los comportamientos que le parecen adecuados. Esta visión del padre resulta también muy demandan-

te para los varones y a veces poco satisfactoria, ya que en muchas ocasiones se le identifica como el juez dentro de la familia, sin saber si él así lo desea. Si bien algunas veces el propio varón adopta esta posición, en otras es colocado ahí social o familiarmente por la madre-esposa y por los propios hijos (véase De Keijzer, 1998; Rojas, 2000; Viveros, 2000). Por lo mismo, es necesario reconocer que en esta adscripción asimétrica de roles de género también los varones viven situaciones que los dejan en desventaja; por ejemplo, en relación con su vida emocional (Seidler, 2000 y 2001).

Algunos autores (Jelin, 1998; Esteinou, 1999) afirman que uno de los aspectos que influyen positivamente en que los padres modifiquen las formas autoritarias y verticales de relación con sus hijos y esposa es la apertura, promoción y reconocimiento de los derechos de los menores de edad, ya que se cuestiona la figura autoritaria de los adultos y básicamente de los padres que no respetan la integridad física, social y emocional de los hijos. Varios autores mencionan que el trabajo de las mujeres también ha propiciado que el varón desempeñe actividades del trabajo doméstico y de la crianza de los hijos; a algunos esto no les ha generado problemas, y han adaptado su aprendizaje de ser hombre a su realidad, ajustando y reajustando diferentes formas de pensar, sentir y actuar (De Oliveira, Eternod y López, 1999).

Paralelamente se ha desarrollado un debate sobre los derechos de los varones a estar cerca en los diferentes momentos reproductivos (Figueroa, 2000b y 2001; Blöss, 2001; Ferrand, 2001), el cual estimula académicamente y demanda legalmente la necesidad de lecturas más comprensivas para el estudio de la paternidad en particular y de los comportamientos reproductivos en general.

#### ALGUNOS ELEMENTOS METODOLÓGICOS DESTACABLES

Este volumen integra resultados de investigaciones realizadas por diez personas; donde a partir de diversos referentes disciplinarios recuperados por estudios de posgrado en áreas diversas, tuvo especial relevancia el uso de la metodología cualitativa.

#### *La metodología cualitativa como estrategia de trabajo*

Un aprendizaje generado a lo largo de varios de los proyectos de investigación de los cuales se da cuenta en este libro es el papel de la misma entrevista

en tanto instrumento de reflexión para el entrevistado y para la propia persona que la aplica, ya que alude a experiencias personales, a entornos cercanos y a valoraciones implícitas de experiencias vividas, pero a la vez porque se reconoce una aproximación epistemológica y metodológica que recupera la subjetividad de las personas que dialogan y que hace explícita su influencia en la construcción de los datos.

La utilización de entrevistas en el marco de una metodología cualitativa no fue una elección arbitraria; más bien se asoció con el tipo de objetivos que dichos estudios se plantearon. En los casos en que se optó por este tipo de aproximación metodológica no se pretendió hacer generalizaciones sobre los resultados obtenidos, sino explorar en la subjetividad de los varones y, en su caso, de las mujeres entrevistadas, así como en las redes de relaciones simbólicas vinculadas con su sexualidad y reproducción, centrándose en diferentes temáticas.

La subjetividad de los actores se entendió como resultado de un proceso de construcción sociocultural que era viable explorar a través de la experiencia individual, tal como éstos la perciben y refieren en un intercambio interpersonal como el propiciado por una entrevista. A lo largo de ésta, por tanto, se exploraron y se intentó comprender las relaciones de poder cruzadas por el género, que están presentes en las diferentes formas de experimentar la masculinidad, y dentro de ésta, la sexualidad, el erotismo, la paternidad, la condición de hijo o esposo, dando cuenta tanto de los privilegios y de los goces como de los malestares asociados, sin perder de vista su carácter relacional.

Es importante apuntar que los métodos cualitativos constituyen instrumentos indispensables en las ciencias sociales para la búsqueda de sentido de la acción. Como han establecido diversos autores (Denman y Haro, 2000), más que buscar leyes sociales que expliquen los determinantes de la conducta, tales métodos se interesan por analizar el sentido que los individuos atribuyen a sus actos y a su entorno. Este tipo de aproximación se interesa fundamentalmente, como punto de partida empírico, por la perspectiva de los actores, cuya experiencia se pone en el centro. Se trata de tener acceso directo al ámbito de las relaciones sociales, que constituyen la sustancia misma del conocimiento sociológico (Martínez, 1996: 36).

Asimismo, la investigación cualitativa se considera indispensable para tener un acercamiento adecuado que lleve a la comprensión de ciertas dimensiones de la realidad que son fundamentales: la subjetividad humana, la simbolización del cuerpo y la sexualidad, las identidades, las relaciones de género, la interacción social y los sistemas de significación compartida. Partien-

do de la perspectiva de los actores y de su interpretación de la experiencia vivida, "se privilegia la profundidad por encima de la extensión numérica, la comprensión en lugar de la descripción, la ubicación dentro de un contexto, en vez de la representatividad estadística" (Szasz y Amuchástegui, 1996: 22).

Se trata de una aproximación que nos puede proporcionar una realidad que es interpretada y valorada, en la cual resulta crucial capturar momentos de ruptura. Esta perspectiva metodológica tiene como interés central reconstruir los significados construidos socialmente. La metodología cualitativa recupera las dimensiones subjetivas y además reconoce la interdependencia entre observador y observado. Se asume en la misma que los datos son construidos por el proceso de investigación a partir del contexto y de la subjetividad de los participantes (Denzin y Lincon, 1994; Taylor y Bogdan, 1994; Denman y Haro, 2000).

Una constante en varios de los textos es que se privilegia la categoría de *representaciones sociales*. El concepto de representación social alude al significado *socialmente compartido* de la realidad en términos de sus características, condicionantes e implicaciones. No se trata necesariamente de un proceso consciente; se da una combinación de factores que permiten al sujeto interpretar la realidad de la que participa. Las representaciones sociales, al ser una pauta para la acción, intervienen de manera compleja en las prácticas, ya que los sujetos no sólo interpretan la realidad sino que actúan sobre ella. Desde esta perspectiva, lo que llamamos "nuestros datos" son "interpretaciones de las interpretaciones" de otros sobre lo que ellos y sus congéneres piensan, sienten y hacen (Geertz, 1997: 23).

No obstante, la vinculación entre las representaciones y las prácticas no se da de manera lineal y sin conflictos, pues podemos encontrar oposiciones entre dos representaciones del mismo sujeto, entre sus representaciones y prácticas, o bien entre las representaciones y las prácticas de otros sujetos. Pese a la complejidad que esto implica, fue un elemento importante para analizar las relaciones intergeneracionales e intrageneracionales de las mujeres y varones estudiados, al explorar los conflictos, las contradicciones y la subjetividad de las experiencias.

Un análisis cualitativo de las percepciones, experiencias e interpretaciones de los individuos sobre la reproducción en general y sobre la paternidad vivida como padres o hijos implica entenderlos como sujetos morales capaces de interpretar su pasado y proyectar su futuro. En este sentido, a un sujeto moral se le concibe con capacidad de gestión social; es decir, con titularidad asumida de derechos (véase Lafer, 1994).

Las entrevistas de las que se derivan casi todos los textos se desarrollaron de modo no dirigido (excepción hecha de cuestionarios estructurados), ya que se le pedía a cada informante que hablara de sus recuerdos y de sus valoraciones sobre cada experiencia reportada (véase Duverger, 1978 y Rivas, 1996). Los datos, por tanto, no se redujeron a la información sobre las acciones, sino que consideraron también la *valoración de las acciones*; es decir, las representaciones, significados, valores y expectativas mantenidas por el sujeto y por otros a lo largo de su vida y hasta ese momento. En muchos de los trabajos se privilegió la búsqueda de diferencias en la significación de normatividades y se atendieron las estrategias individuales de resistencia y acomodo o adaptación a éstas. Las estrategias de aceptación hacen referencia a la aprobación de las normas dominantes y las de resistencia a la oposición activa a ellas (Petchesky y Judd, 1998).

En varios de los textos incluidos en este volumen se observó que la metáfora como recurso de narración era importante entre los varones, lo que contrastaba con la forma discursiva de las mujeres. Ellas también hacían uso de la metáfora, pero en menor medida que los varones; en general eran más directas. La forma discursiva de los varones en muchos casos implicaba una manera indirecta, pues cuando contestaban una pregunta solían hacerlo en tercera persona. A ratos los varones recurrían al silencio, pero entendido como un acto de comunicación que se hacía presente, ya fuera cuando se profundizaba en su intimidad, en sus emociones o en comportamientos no avalados socialmente, o bien cuando aparecía por tristeza o por vergüenza ante relatos que estaban verbalizando.

Una reflexión final sobre este apartado metodológico se refiere a la necesidad de considerar los cuidados éticos indispensables a lo largo del proceso de generación de información, mismos que fueron discutidos en algunos de los textos que se incorporaron al volumen. Tal elemento es frecuentemente considerado en los ámbitos de la investigación clínica y biomédica, ya que se reconoce que aquello que se está investigando implica intervención e intromisión en el cuerpo de la persona, y por ende tiene posibles efectos colaterales; sin embargo, poco se ha trabajado en México en el ámbito de las ciencias sociales, al margen de que en el caso específico de la investigación cualitativa se esté indagando con cierta profundidad en algunos aspectos que pueden ser críticos y conflictivos para la persona al platicarlos, reconstruirlos y compartirlos con alguien extraño, como el entrevistador (Figueroa, 2002). De ahí la relevancia de incluirlo como un aporte más de la serie de textos que se presentan en este volumen.

*El interés por los varones.**¿Quién entrevista y a quién se entrevista?*

La experiencia de la investigación realizada para varios de los textos muestra que el sexo de la persona que entrevista al parecer influye en qué narran y cómo lo hacen los varones y las mujeres. Con una mujer ajena a su contexto un varón puede abrirse y mostrar las flaquezas y debilidades con menos conflicto que frente a otro varón, pues de hombre a hombre más allá del temor surge la competencia y prevalece el temor a la vulnerabilidad descubierta. Es decir, a mostrar las debilidades frente al otro que es igual a él; en cambio de hombre a mujer quizás sea menos difícil abrirse y sentirse vulnerable.

1) Es claro que detrás de cierta teoría, de un método y una epistemología particular, se encuentra la biografía personal del investigador o investigadora, quien se aproxima al fenómeno de interés desde su propia perspectiva de género. Esta reflexión nos lleva a repensar la relevancia que pudiera tener el sexo del entrevistador respecto al del sujeto entrevistado. La pregunta fundamental es si el hecho de que quien entrevista sea mujer o varón influirá en el tipo de narraciones obtenidas de informantes varones que hablan sobre su entorno sexual y reproductivo, sobre su relación con mujeres y con otros varones, sus tensiones, resistencias y transgresiones, sus fortalezas y debilidades, en las que se generan distintos tipos de representaciones por la composición de intercambios entre los géneros. Al respecto es relevante destacar el hecho de que siendo éste un libro conformado por investigaciones sobre varones, la mayor parte de los autores son mujeres (ocho de las once personas que participan en este libro), algo que raramente se toma en cuenta, pero que vale la pena mencionar.

A partir de la discusión sobre el carácter relacional de la construcción de las identidades de género, en la literatura han emergido observaciones cada vez más constantes sobre la necesidad de conocer y documentar los procesos a través de los cuales los varones aprenden ciertos modelos de masculinidad, así como sus estrategias para avalarlos, legitimarlos y en algunos casos para llegar a cuestionarlos. Por una parte ello repercute en la vida cotidiana de las mujeres, con las desigualdades documentadas ampliamente por el feminismo; por otra, permite conocer que a la par de los privilegios legitimados socialmente para los hombres existe una serie de contradicciones en el ejercicio de poder de los mismos, así como imposiciones y desigualdades asociadas a dichos modelos de masculinidad, y que poco a poco algunos varones van animándose a nombrarlos en la lógica de malestares, de incomodidades y de

confusiones. Algunos autores lo han caracterizado como parte de la “crisis de la masculinidad”. Sin embargo es tan contradictorio que a veces no se nombra por temor a perder privilegios, por falta de legitimidad para cuestionar los modelos hegemónicos de masculinidad e incluso por falta de referencias existenciales y lingüísticas que permitan identificarlos como malestares. En esta lógica es muy interesante reflexionar sobre el interés cada vez mayor de las mujeres por realizar estudios sobre varones, lo cual no siempre va acompañado de un mayor interés de los varones por estudiarse a sí mismos.

Además, es necesario dialogar sobre el significado de que a los varones los entrevisten mujeres, ya que tradicionalmente se ha asumido en múltiples investigaciones demográficas la conveniencia de que los entrevistadores y los entrevistados sean del mismo sexo. Aunque este tema ha sido poco explorado en los estudios de orden cualitativo, hay quienes consideran que el igualar el sexo del entrevistador con el del entrevistado evitaría sesgos resultantes del intento de complacer o impresionar al sexo opuesto. Infesta (1998) argumenta que los sesgos siempre se introducen en el proceso de construcción de datos y que éstos pueden surgir también en el caso de varones que entrevisten a varones. Más que evitarlos, lo importante es reconocer los sesgos diferenciales que introduce una condición particular de género y la forma en que influye en el estudio.

Infesta (1998) encontró mayor disposición de los varones a hablar abiertamente de sus sentimientos y emociones, de sus responsabilidades y de su sexualidad ante una mujer que ante otro varón. Aunque Tena (2002) y Jiménez (2003) también reportan haber obtenido narraciones emotivas de varones, esto no es suficiente para concluir algo al respecto, pues es indudable que a lo largo de una entrevista intervienen muchos otros factores.

En todo caso, lo más relevante es disminuir en lo posible la distancia social entre quien entrevista y quien es entrevistado (De Oliveira, 2001), eliminando cualquier actitud autoritaria y cualquier mensaje que incite a pensar que el entrevistador tiene el derecho de validar las experiencias del entrevistado. Un reto al que se enfrenta cualquier investigador ante situaciones de entrevista como las implicadas en algunos de los estudios presentados en este libro es el logro de ese equilibrio dinámico entre el distanciamiento que permite escuchar los testimonios, y la aproximación que posibilita comprender la subjetividad de las experiencias narradas.

Más que aludir a una obsesión o interés por indagar cuál es el dato “más confiable” (suponiendo que existiera), podemos afirmar que la combinación de entrevistadores de uno y otro sexo permite generar informaciones com-

plementarias que poco a poco enriquecen la comprensión de algunas de las dimensiones que entran en juego al reconstruir diferentes objetos de estudio, como en este caso los procesos reproductivos de los varones. Sería deseable que más varones participaran como investigadores tanto en la documentación de los procesos reproductivos de la población masculina como en el diálogo y el debate con compañeras investigadoras partícipes en la construcción de este objeto de estudio.

2) El otro actor de la entrevista es la persona sobre quien se investiga. En ese sentido vale la pena preguntarse por el hecho de haber privilegiado a los varones como informantes en la mayor parte de los textos, en especial cuando una de las críticas a la “feminización de la reproducción” (Figueroa y Rojas, 2000) consiste en cuestionar el que básicamente las mujeres sean informantes.

En el proceso de investigación sobre el comportamiento reproductivo de la población resulta de gran importancia la posibilidad de contar con datos tanto de las mujeres como de los varones, con el propósito de acercarse a una visión más integral de los procesos vividos por ambos. Ello permite recuperar sus componentes de desfases, de expectativas diferenciales, de imposiciones, de posibles acuerdos, de negociación y a la par de representaciones sociales distintas sobre los momentos mismos de la reproducción. Estas diversas dimensiones están asociadas a las diferentes asignaciones de género y a las interpretaciones que cada uno de ellos y ellas le van dando a éstas. De hecho, se podría intentar indagar con parejas las diferentes explicaciones, descripciones e interpretaciones que le dan a los eventos reproductivos compartidos o construidos entre ambos o por cada uno de ellos (Becker, 1996; Andro, 2000a y 2000b). Otra opción consistiría en intentar obtener información con muestras independientes de hombres y de mujeres para evitar algún tipo de contaminación de la información derivada de que una persona sepa que se va a entrevistar también a su pareja sobre algunos sucesos comunes, que desde cierta perspectiva pudiera esperarse que se reconstruyeran en el mismo sentido (Festy y Kortchagina, 2002; García y Oliveira, 2004).

Cada una de estas modalidades tiene atractivos analíticos, pero a la vez complicaciones metodológicas sobre las cuales vale la pena que se desarrollen propuestas y que se pongan a prueba sus bondades y limitantes; sin embargo, el hecho de que la mayor parte de la información de la que se dispone actualmente para hablar del comportamiento reproductivo de la población surja de la reconstrucción hecha por mujeres llevó a que la mayor parte los autores de este libro privilegiaran como informantes a los varones. No se trata de desconocer las interpretaciones que se han generado a partir de la versión ob-

tenida de la población femenina ni tampoco de volver a fragmentar la lectura recurriendo a uno solo de los actores de la reproducción, sino que en la mayor parte de los proyectos de investigación se ha buscado un acercamiento a la forma en que los varones reconstruyen algunos momentos de su experiencia reproductiva e incluso prestan especial atención a los términos que utilizan para ello y la facilidad o dificultad que muestran para hablar de temas tradicionalmente investigados por medio de los relatos de las mujeres.

Por lo mismo, más que buscar compararlo o complementarlo con la información que podrían llegar a proporcionar sus parejas en los comportamientos reproductivos, se busca fotografiar ciertos elementos presentes en la declaración de los varones para poco a poco ir desarrollando estrategias epistemológicas que permitan un análisis relacional del comportamiento reproductivo de la población. La perspectiva de género, más que obligar a tener siempre la información de varones y mujeres, presenta nuevas vertientes analíticas sobre cómo se analiza y cómo se le pregunta a unos y a otras a propósito de los espacios en que ambos participan y en los que además se condicionan mutuamente.

#### REVISIÓN TEMÁTICA DE LOS TEXTOS

Sin pretender realizar una descripción exhaustiva de los capítulos que integran este libro, en esta sección se presenta una síntesis de algunos elementos contenidos en los mismos.

##### *Ser padre, valoraciones cambiantes*

El texto de Alejandra Salguero, "Significado y vivencia de la paternidad en algunos varones de los sectores socioeconómicos medios en la ciudad de México", presenta los resultados de una investigación sobre la experiencia de los varones en el ejercicio de la paternidad. La autora recurrió a entrevistas abiertas con hombres que se encontraban en diferentes momentos de su ciclo vital, definidos éstos en función de si tenían hijos y la edad de los mismos. Son varones de clase media del Área Metropolitana de la ciudad de México (AMCM), a los cuales se les entrevistó usando una guía que buscaba identificar si experimentaban la paternidad como un hecho relevante en su historia como hombres, y si emergió de manera casual o poco planeada.

Si bien la paternidad para muchos varones acarrea responsabilidad, también la disfrutan, en la medida en que es una oportunidad de aprender y de recrearse con la crianza. Aparecen en voz de los propios entrevistados algunas de sus dudas e incertidumbres, así como temores y contradicciones, lo que les lleva a cuestionar ciertas características de su identidad masculina.

La autora muestra que el llegar a ser padre es algo que la mayoría de los varones incorpora en su trayectoria de vida, pero sobre lo que pocas veces reflexionan y hablan. Salguero recurre a un enfoque de tipo cualitativo con la intención de recuperar los discursos y prácticas en torno de la paternidad. Además de que ello define la aproximación a su objeto de estudio, le permite confirmar que su papel como investigadora no es neutral y que tampoco podría minimizar su presencia, ya que la entrevista se convierte en una posibilidad de reflexión para los participantes.

Sus datos muestran un mayor proceso de negociación en el cuidado de los hijos, a la par que la planeación conjunta del nacimiento y el acompañamiento a la pareja desde el embarazo. Éste es el contexto de la narración que hacen los varones de sus experiencias paternas desde el mismo embarazo, y luego al reconocer que necesitan aprender a identificar las demandas de los hijos. Paralelamente reconocen sus dudas y temores respecto a no saber repartir el tiempo con los hijos, si bien aceptan que la existencia de ellos les ha permitido exteriorizar sus emociones y sentimientos. De alguna manera perciben que la paternidad ha sido una forma de reconciliarse con la vida, y a la par, de descubrir la parte lúdica al hablar de ello. Esta faceta gratificante de la paternidad la explora la autora de manera especial.

Concluye que si bien el ejercicio paterno integra en parte los discursos sociales basados en estereotipos sobre la actuación de los varones, al escuchar las experiencias de los participantes se puede percibir una confrontación incipiente a dichos estereotipos, cuando tratan de ser padres de una manera cercana, afectiva y comprometida con los hijos, pero que suele ser silenciada. También destaca que en la mayoría de las ocasiones los varones manifestaron su necesidad de hablar de ellos mismos; la autora identifica cambios en su discurso a lo largo de la entrevista: reelaboraban sus narraciones quizás porque era la primera vez que las verbalizaban.

Olga Lorena Rojas, en su texto "Reflexiones en torno de las valoraciones masculinas sobre los hijos y la paternidad", se plantea como objetivo analizar los posibles cambios en las percepciones masculinas respecto a la paternidad y en las valoraciones que los varones tienen de sus hijos. En la primera parte recupera hallazgos de investigaciones microdemográficas sobre las transfor-

maciones en las preferencias masculinas respecto del tamaño de su descendencia, y en la segunda presenta los resultados de su investigación.

La autora reporta que para los padres mayores que pertenecen a los sectores populares y medios del AMCM, en general no aparece una reflexión acerca de hacerse padres, sino que es un hecho natural, consecuencia lógica de la unión matrimonial. Para los sectores populares la paternidad puede ser una carga, incluso genera angustia, pues afecta su situación económica por la necesidad de mantener y educar a los hijos. Para los varones entrevistados del sector medio, el ejercicio de la paternidad privilegia el procurarles bienestar material y elevada escolaridad, de ahí que estén de acuerdo en reducir su descendencia. Para todos los varones de uno y otro sector la paternidad tiene gran importancia como condición necesaria en el proceso de formar una familia.

En los varones de mayor edad las actitudes son más rígidas en el ejercicio cotidiano de su paternidad, mientras que en los jóvenes de los sectores populares hay mayor flexibilización. En este sector los varones trabajan con enorme esfuerzo pensando en sus hijos, a quienes ven como complemento de su vida conyugal; en general se relacionan de forma más afectiva y cercana con sus hijos. Los jóvenes de los sectores medios están más involucrados en la crianza y la educación de sus hijos. Para ellos el ser padres por primera vez fue objeto de mucha reflexión. Han optado por tener pocos hijos, buscando equilibrio entre sus vidas familiar y laboral.

Un elemento que emerge de la investigación realizada por la autora es que prevalece la concepción del padre como proveedor, además de que para casi todos los entrevistados es muy relevante el tener un hijo varón. A pesar de ello, apunta cambios generacionales en las valoraciones que los varones urbanos están teniendo respecto a su paternidad y en torno de sus hijos, relacionada con nuevos significados en las prácticas de la maternidad y la paternidad, así como en las identidades de género.

En el texto "La vivencia de la paternidad en los varones del Valle de Chalco", de Ángeles Haces, la autora se plantea analizar y reflexionar acerca de cómo los hombres asimilan el papel de padre y cómo construyen y reconstruyen ese rol, y documenta sus transformaciones. Los informantes son 25 varones (divididos en dos cohortes generacionales) del Valle de Chalco, Solidaridad, quienes residen en dos colonias: Xico, con rasgos rurales, y San Isidro, que cuenta con más servicios y mayor grado de modernización. Si bien en este texto la familia es la unidad de análisis central, la autora la enmarca dentro de una perspectiva social más amplia, ya que considera que la paternidad está permeada por aspectos sociales y culturales.

En este artículo se ubican las mutaciones en el ejercicio de la paternidad en un contexto de transformaciones sociales más generales, en donde se consideran los cambios de las mujeres, pero al mismo tiempo las transformaciones económicas y su problemática, dentro de la cual ambos géneros están inmersos. La autora constata cambios de una generación a otra, así como que los varones cuestionan el ejercicio de su paternidad a la luz de sus experiencias como hijos; esto es algo que se confirma en otras investigaciones sobre el tema. Haces encuentra un cambio fundamental centrado en la autoridad compartida por el padre y la madre; aporta un hallazgo novedoso respecto a algunas desventajas masculinas: los varones que entrevistó reconocen que fueron más a menudo víctimas de la violencia de sus padres que sus hermanas; es decir, las mujeres son criadas con menos violencia, aunque hay que apuntar que prevalece la idea de que ellas tienen menos capacidades y por ende requieren más cuidados.

Otro hallazgo de esta autora es que los entrevistados en general no planean su reproducción, ya que la consideran asunto de mujeres. Además encuentra que el rol de proveedor sigue siendo el fundamental en la identidad de los varones. No obstante, la autora identifica en las narraciones de los entrevistados algunos problemas en el ejercicio de la paternidad, como la incertidumbre y la ansiedad por no repetir el modelo aprendido y a menudo sufrido por ellos mismos, pero a la vez la carencia de otro personaje que les indique cómo ejercer su paternidad de mejor manera. Documenta que a pesar de ello, los varones buscan tener más cercanía y afectividad con sus hijos, a la par que declaran un menor nivel de violencia en su intercambio con ellos, comparado con el que vivieron con sus respectivos padres. Por lo mismo, Haces reconstruye ciertas tipologías con el fin de esquematizar los resultados de su análisis, pero insistiendo en algunos procesos de transformación en el ejercicio de la paternidad, especialmente en los jóvenes.

### *Sexualidad y reproducción intra y extramarital*

El texto de Liliana Bellato “Representaciones de hombres mazahuas sobre su sexualidad. Si tuviera relaciones diario, bigotes por todos lados”, presenta resultados de un trabajo antropológico con entrevistas a profundidad a varones y mujeres mazahuas en una comunidad del Estado de México. El artículo confirma la relevancia que tiene el estudio de las experiencias sexuales de los varones para profundizar en sus procesos reproductivos, además del

aporte metodológico que significa reflexionar sobre los recursos discursivos de sus entrevistados al narrar sus vivencias sexuales y reproductivas, así como la posible influencia del sexo de quien entrevista en el encuentro de investigación.

La autora indaga sobre las representaciones sociales de los mazahuas acerca de algunos elementos del entorno sexual, como son el inicio de las relaciones sexuales y la sexualidad durante la unión; en ambos casos muestra las experiencias narradas por las mujeres y por los varones de su población de estudio. Esto le permite constatar el carácter relacional de los aprendizajes de género, y a la par, la complejidad de sus transformaciones, por una parte porque hombres y mujeres contribuyen con prácticas para su reproducción, pero por otra porque los múltiples mecanismos de aprendizaje y valoración de sus prácticas sexuales los hacen parecer inamovibles en el contexto de esta población de estudio.

A pesar de ello, el texto de Bellato presenta testimonios que reflejan ciertos malestares e incomodidades respecto a las prácticas seguidas y los comportamientos esperados, de acuerdo con lo que alcanzan a identificar en los entramados simbólicos a los que están expuestos, al margen de que no necesariamente los relaten cuestionándolos, o más aún, sin posibilidad o interés para cambiarlos. Además, constata la articulación entre el ejercicio sexual y las condiciones de pobreza económica de su población de estudio, en particular cuando dicha pobreza se representa como vulnerabilidad, impotencia y falta de poder para constituirse en sujetos sexuales.

La infidelidad masculina, interpretada mediante las propias experiencias, sentimientos y percepciones de los varones, es el tema central del capítulo elaborado por Daniel Hernández-Rosete, titulado "La vida extramarital masculina en tiempos del VIH-sida. Usos y prácticas entre algunos varones con profesiones ligadas a las ciencias sociales". El autor se aproxima al estudio de la vida extramarital de sus entrevistados partiendo de una perspectiva etnográfica de base fenomenológica y mediante estudios de caso, lo cual le permite explorar la dinámica identitaria de los varones y la posible relación entre los silencios sobre el tema de la infidelidad y los riesgos en materia de salud reproductiva.

Hernández-Rosete se centra en la relación entre la infidelidad masculina y la jefatura familiar compartida en parejas conyugales con formaciones profesionales asociadas a las ciencias sociales, fenómeno que analiza de cara al contexto epidémico en que se desarrolla, caracterizado por el riesgo a contraer infecciones de transmisión sexual.

Al inicio del capítulo el autor profundiza en los cambios estructurales y funcionales en las familias, consecuencia de la incorporación de la mujer a los mercados de trabajo. Entre estos cambios el surgimiento de jefaturas familiares compartidas, y por ende, la transformación en la estructura de los roles tradicionales del varón y la mujer, parecería prometer un orden de género más equitativo y menos violento. Esta suposición llevó al autor a investigar sobre la relación de la vida conyugal, la infidelidad masculina y el riesgo de infección de VIH-sida entre cónyuges que comparten una jefatura familiar. Así, seleccionó a varones que viven una etapa de expansión del ciclo familiar caracterizada por la presencia de hijos de siete años o menos, cuando se acentúan las cargas domésticas y en las familias con jefatura compartida se requiere la participación de ambos cónyuges.

El autor presenta testimonios de varones que documentan la dificultad para el propio reconocimiento de la infidelidad al atribuirla a experiencias circunstanciales más que a una búsqueda intencional. Los entrevistados vinculan la infidelidad con el riesgo de embarazo más que con la condición de salud sexual de sus compañeras; además muestran un rechazo contundente hacia la infidelidad femenina, al margen de que esperan la comprensión de sus parejas hacia sus prácticas extraconyugales. Hernández-Rosete concluye con una reflexión sobre las prohibiciones morales de la infidelidad y sobre su significado dentro de los códigos de género, los cuales han dado lugar a un silencio sobre la misma, más que a una disminución de su práctica. A la par, contribuyen a su interpretación en términos de desobediencia moral más que de un potencial riesgo para la salud. Por lo anterior, el texto asocia la infidelidad con problemas de salud pública.

Lucero Jiménez, en su capítulo titulado "Experiencia y valoración de la paternidad en algunos hombres de sectores medios y altos de la ciudad de México" presenta un análisis de ciertos testimonios de varones que obtuvo a modo de relatos de vida como estrategia metodológica y ubicándose teóricamente en una perspectiva relacional de género. El interés de su estudio se centra en explorar algunos elementos que participan en la construcción de masculinidades y su impacto en las relaciones que los varones establecen con las mujeres en la forma de vivir su sexualidad y reproducción. La autora documenta las experiencias y sus interpretaciones concediendo un espacio privilegiado en su texto a las voces de los propios varones.

Lucero Jiménez presenta e interpreta algunas narraciones de varones en las que documenta resistencias y transgresiones a las normas, momentos de ruptura y malestares en las prácticas reproductivas, así como en el ejercicio

de su paternidad. Sin embargo aclara que su investigación tiene carácter exploratorio sin fines de generalización, característica propia de una metodología cualitativa con enfoque interpretativo.

Los sujetos entrevistados fueron elegidos con base en características heterogéneas, si bien se dio prioridad a las diferencias generacionales en un rango amplio de edades con el fin de identificar posibles cambios o transgresiones a las normas a lo largo del tiempo. Todos los informantes habían tenido hijos, pertenecían a los sectores socioeconómicos medio o alto, tenían alto grado de escolaridad y ejercían actividades laborales de tipo intelectual. Jiménez reporta diferencias dependiendo de la etapa del ciclo vital en que se reprodujeron los varones; hubo quien consideró la experiencia de la paternidad como el centro de su vida y se reprodujo aun en contra del consentimiento de su esposa, quienes planearon su reproducción junto con sus parejas y también quien no participó en dicha decisión. La autora resalta la gran heterogeneidad de los testimonios, a partir de lo cual reflexiona sobre la importancia de romper con las percepciones estigmatizantes sobre la masculinidad y de considerar el tipo de rupturas y cuestionamientos sociales experimentados por una generación de varones, lo que los lleva a construir un discurso que se presenta como más democrático que el de los más jóvenes.

Jiménez plantea el problema del conflicto de derechos individuales en la reproducción y propone incorporar la justicia social como dimensión para repensar las responsabilidades en dicho ámbito, en particular porque su estudio le permite identificar malestares e injusticias reproductivas para ambos miembros de una pareja. Un hallazgo relevante es que algunos reconocen que su relación de pareja está deteriorada, aunque no la interrumpen por el riesgo a dejar de ver a sus hijos, pero a la par otros reconocen que han vivido injusticias e imposiciones y no modifican sus discursos ni sus prácticas sexuales y reproductivas. Incluso hay quienes optan por una relación paralela como recurso para resolver sus malestares.

El texto "El comportamiento reproductivo de varones residentes en entidades federativas con altos niveles de marginación en México", de Juan Manuel Contreras, incorpora el análisis de la Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar levantada en 1996 por el Consejo Nacional de Población (Conapo) en varios estados del país. El autor señala que Conapo considera a estos estados "prioritarios", ya que presentan los mayores niveles de fecundidad y también por sus altos índices de marginalidad, por lo que sobresalen para el establecimiento de políticas sociales que contribuyan en su desarrollo.

Una característica especial de este artículo es que el autor se da a la tarea de comparar algunos datos encontrados entre los varones con lo reportado por las mujeres, si bien señala la dificultad de hacer inferencias antes de contar con alguna fuente de información que capte la fecundidad de ambos controlando diferentes aspectos metodológicos que entran en juego. No obstante afirma que los datos obtenidos cuestionan el supuesto que justifica que los varones no sean objeto de estudio de este tipo de encuestas e investigaciones.

El autor propone un análisis del inicio de la actividad sexual, de la nupcialidad y de la procreación, concebidas como una tríada, y concluye que las diferencias por sexo, que ya han sido documentadas, tienen sus raíces en las relaciones de género. Resulta pertinente que introduzca variables sociales en su análisis, como la diferenciación rural-urbano y el grado de escolaridad, ya que advierte que esta última tiene mayor trascendencia en el caso de las mujeres, pues se puede afirmar que a mayor escolaridad de ellas, menos hijos, mientras que para los varones la relación no se puede establecer tan claramente.

Además de las diferencias apuntadas en otras investigaciones, el autor encontró que no hay una brecha tan grande como se creía entre la primera relación sexual y la primera unión en el caso de los varones. Otra de las ideas que cuestiona es que los hombres sean "pronatalistas", debido a que su análisis lo lleva a afirmar que es mayor la proporción de mujeres que desean tener hijos en relación con el porcentaje de varones. Un hallazgo importante, que coincide con el resultado de otras investigaciones, va en el sentido de que existen nuevas formas de ejercer la masculinidad y mayor flexibilidad. A pesar de ciertos avances el autor concluye con un dato que le parece cuestionador: siguen prevaleciendo dinámicas patriarcales basadas en rígidas relaciones de género, que se traducen en experiencias poco placenteras en el comportamiento reproductivo de los varones y de las mujeres.

### *Experiencias de la paternidad en entornos particulares*

El texto de Olivia Tena, "Valoración retrospectiva y prospectiva del ejercicio de la paternidad a partir de la experiencia de hijos adultos en soltería. Historia de caso", documenta transformaciones y permanencias de valoraciones culturales sobre las formas dominantes de masculinidad, valiéndose de las narraciones que hacen algunos adultos solteros sobre el estilo de paternidad de sus padres y su influencia en la construcción de su masculinidad.

Este estudio incluye el estudio de historias de vida obtenidas por medio de entrevistas abiertas a varones y mujeres mayores de 30 años que nunca han estado unidos, que no tienen hijos, que cohabitan con la familia de origen en la Zona Metropolitana de la ciudad de México, y que cuentan con ingresos propios producto de su trabajo. El texto aborda temas vinculados con la construcción de la imagen paterna, así como con la noción de la paternidad percibida desde la experiencia de ser hijo. Los datos analizados por Tena la llevan a concluir que los padres de sus informantes tuvieron un proyecto de paternidad en el que participaron de manera intensa, interviniendo en diferentes momentos del desarrollo de sus hijos, aunque algunas de las estrategias de intervención a veces son cuestionadas por los hijos. Los resultados muestran la mayor exigencia que vivieron los primogénitos por parte de sus padres y en especial los varones; además, varios testimonios aluden a una carencia de afectividad paterna, lo que les genera recuerdos ambivalentes sobre el padre.

Los adultos varones entrevistados valoran una paternidad equitativa, justa, no autoritaria y afectiva. En ningún caso se habló de áreas de la vida donde hubieran deseado que el padre no participara; más bien criticaron al padre ausente en algunas áreas relevantes para ellos y sugirieron de diferente modo formas de participación alternativas que vieron como modelos. Si bien llegan a culpar a sus madres de la mala calidad de la relación con sus padres, validando y justificando el autoritarismo y el dominio del padre, a ratos critican con dureza dicha forma de ejercer la autoridad; en especial se refieren a sus prácticas de violencia. Esto puede sugerir una gran contradicción en el discurso de los hijos, pero habría que tener presente que todo cambio social pasa primero por una contradicción de valoraciones que confluyen en un mismo espacio y tiempo a través del conflicto, reflejándose a ratos en forma de malestares. En opinión de la autora quizás éste sea el caso y estemos ante la emergencia de un nuevo modelo de paternidad y por ende de lo que significa ser varón.

En el texto "Diferencias paternas en la crianza de hijos e hijas; estudios de caso" de Laura Evelia Torres, la autora presenta los resultados de una investigación cuyo objetivo fue analizar las prácticas de crianza de los padres en familias nucleares, donde examinó las diferencias que se establecen en la crianza de los hijos y las hijas mediante el análisis de un tema novedoso: los obstáculos que enfrentan los varones para ejercer su paternidad. Torres plantea como pregunta central si en el ejercicio de la paternidad de unos y otras se da una crianza desigual; encuentra importantes diferencias en diver-

sos terrenos: en la relación afectiva subyace la idea de que la mujer necesita más protección, pues se le atribuye mayor debilidad. Consta también diferencias en cuanto a las diversiones que se promueven y en la forma de acompañar el ejercicio de la sexualidad de hijos e hijas. Además, la crianza de los hijos varones se enfoca al espacio público y a la toma de decisiones, mientras que en las niñas se centra en valores morales, ya que se considera que son más susceptibles a la crítica social. Prevalece la idea de que hay que enseñarlas a “cuidarse de los hombres” para evitar que las seduzcan.

En cuanto al ejercicio de la paternidad, la autora encuentra que ésta es influida por lo que los varones entrevistados vivieron como hijos; la relación con los padres de los informantes en ocasiones se considera “no buena”, ya que careció de cercanía emocional. A pesar de ello y al igual que en el texto previo, se les justifica, dado que en general sí cumplieron con el papel de “mantener” a la familia y con el “no ser violentos”, lo cual los transforma a los ojos de los informantes en “buenos padres”. Los entrevistados consideran que ejercen su paternidad de manera diferente, de forma más cercana y participando más en la crianza. Torres encuentra un cambio interesante en las percepciones de los varones, pues consideran que no basta con proveer a la familia, sino que deben encargarse también de las necesidades emocionales y por ello intervienen más en la educación de sus hijos que lo que narran de sus padres.

La autora reporta que los obstáculos más importantes que viven los varones en el ejercicio de su paternidad se resumen en falta de tiempo, de preparación y de recursos económicos. Es interesante su reflexión final sobre las dimensiones éticas asociadas a su proceso de investigación.

“El ejercicio de la paternidad en varones con hijos o hijas con discapacidad”, de Patricia Ortega, integra dos temas de sumo interés en términos de sus posibilidades analíticas y sus implicaciones en el ámbito social: las discapacidades y el ejercicio de la paternidad. El texto comienza con una discusión sobre el concepto de discapacidad; la considera un problema social en términos de su incidencia y dificultades de atención en los países en desarrollo como México, así como por la discriminación de la que llegan a ser objeto las personas con discapacidad.

Patricia Ortega cuestiona las posibilidades de integración social de las personas con discapacidad y reconoce los avances logrados en campos como el laboral, el educativo y el político, en comparación con el ámbito familiar. Con base en lo anterior, pretende explorar algunas características del ejercicio de la paternidad en familias con hijos o hijas con discapacidad.

La autora presenta un análisis de los testimonios de los padres entrevistados desde dos ejes: el ejercicio y vivencia de la paternidad y el proceso y manejo del impacto social ante la discapacidad de un hijo o hija. Identifica diferentes significados de la paternidad, permeados por la confusión y la negación iniciales ante la persona que nace con alguna discapacidad. Surgen también elementos de culpabilización personal y familiar ante el hecho, alimentados por una confusión de lo que puede hacerse, y finalmente la identificación de algunas ventajas por el tipo de relación que puede establecerse con el hijo o hija, dado que es alguien que difícilmente se independizará, como se espera de otros hijos sin discapacidad.

Un interés especial de Ortega es comentar el tipo de políticas públicas dirigidas a personas con demandas especiales de atención y propone algunas reflexiones sobre posibles cambios en las mismas, a la luz de nociones como el derecho a la no discriminación. Insiste en las condiciones de marginación y exclusión que han afectado a los niños o niñas “diferentes” y a los padres en particular, al crear situaciones de tensión, impotencia y frustración que a ratos es difícil superar. Las exigencias sociales, los prejuicios y los mitos sobre la discapacidad propician sentimientos de vergüenza y culpa que tienen efectos graves en la personalidad de los padres y hermanos, así como en su vinculación con todas las circunstancias de la vida dentro del medio social; por ello señala la necesidad de que la sociedad en su conjunto reciba información al respecto apegada a la realidad de las vivencias, logros y necesidades de las personas con alguna discapacidad o con necesidades educativas especiales, dados los parámetros de lo que se considera “normal” y “anormal” en términos de funcionalidad dentro de una sociedad.

#### ALGUNOS HALLAZGOS RELEVANTES

En un texto previo (Figueroa y Rojas, 2000) se esbozan varias vertientes de trabajo teórico, metodológico, empírico y de políticas sociales vinculadas con la relación entre los varones y sus comportamientos reproductivos. Mencionaremos algunos aprendizajes a partir de los artículos incluidos en este volumen.

Los cambios documentados en los artículos de este libro no niegan que prevalezcan formas desiguales en las relaciones entre los géneros, mismas que tienen repercusiones de diversa índole, destacándose las experiencias po-

co placenteras y los malestares en cuanto al comportamiento reproductivo y su entorno sexual.

En las entrevistas que se realizaron a varones, los estudios que se incluyen en este libro documentan discursos que reconocen la importancia de las responsabilidades compartidas en cuanto a la sexualidad y la reproducción; sin embargo, en relación con las prácticas anticonceptivas, las responsabilidades domésticas y las de crianza, aún se mantienen divisiones de género en la forma de asumir obligaciones y funciones: las mujeres siguen siendo responsables de tomar medidas anticonceptivas y los varones continúan teniendo como principal preocupación los deberes de manutención. En algunos estudios se reitera el hallazgo de contradicciones en el discurso de los varones, lo que se interpreta como una posibilidad de cambio ante las crisis y la confrontación de estereotipos masculinos ante las transformaciones de las mujeres.

En general se encuentra un discurso más favorable a la equidad de género en los varones más jóvenes, aunque también este dato se matiza de acuerdo con el tipo de experiencias vividas por los de mayor edad, como el haber participado en movimientos sociales emblemáticos de su generación. Uno de los hallazgos importantes en esta flexibilización es que en varias investigaciones se coincide en que sobre todo los padres jóvenes ejercen una paternidad mucho más cercana y afectiva que la que vivieron con sus padres. Esto no niega que prevalezca la idea de que la responsabilidad fundamental del padre es proveer, y si pertenece a sectores más “acomodados” proveer bien. Aunque los mayores y los de sectores populares declaran no haber planeado su descendencia, hay que resaltar que intervienen de diferente manera en la paternidad y le dan gran relevancia a su responsabilidad como padres.

Al margen de que se documentan discursos masculinos en los que se resalta de manera especial la importancia de su responsabilidad ante la paternidad, también se habla de ésta como algo que los varones disfrutan y desean. Relevante en los estudios vinculados con la paternidad es el reconocimiento de la influencia del padre, ya sea en su cercanía o lejanía afectiva, o en la construcción de masculinidades. Resulta interesante observar la gran importancia que la figura del padre tiene en la conformación de ciertas personalidades de los entrevistados en cuanto a su sentido del deber y la formación de sus valores morales. Incluso se pudo observar que es difícil para algunas personas cuestionar el autoritarismo del padre, aun cuando ya hayan pasado muchos años y etapas del desarrollo de los sujetos. Se trata de un proceso que

se asume como natural, por lo que a pesar de que el sujeto puede narrar experiencias en que fue víctima de autoritarismo, considera positivo el saldo de haber aprendido a ser un "hombre de verdad", pagando los costos en la niñez y la adolescencia.

En general, para las investigaciones que se han realizado sobre estos temas el padre constituye una figura siempre central y a él le corresponden la responsabilidad, la fuerza y la representación en el mundo exterior. Es de resaltar el hecho de que en varias de las investigaciones no se corroboró que el padre fuera en todos los casos esa figura fuerte. Existe también el modelo de una madre que disciplina, en los cuales el papel de "negociador" lo tuvo el padre de familia.

Un resultado interesante que se deriva de algunas entrevistas es que el divorcio de los padres no es en sí mismo un problema; en ocasiones constituye una verdadera liberación para los hijos. Lo que narran como importante es poder contar tanto con el padre como con la madre, pero no necesariamente unidos. De hecho recuerdan el momento de la decisión del divorcio como el de empezar a vivir con tranquilidad y armonía, no obstante los cambios que esto generó en la vida de los sujetos.

Los padres de los informantes tienen gran influencia en el ejercicio actual de su paternidad y no necesariamente para que repitan esos modelos. Son su referente cotidiano; se comparan con ellos. Existe un cuestionamiento al ejercicio de la paternidad que los varones vivieron como hijos, quienes se quejan de falta de afectividad en estas relaciones con sus padres. Algunos desean cambiar en el ejercicio de su paternidad pero no han encontrado el modelo alternativo; en el fondo prevalecen aspectos tradicionales que se oponen a los innovadores. En algunos ámbitos hay cambios; en otros no: el padre en general sigue siendo proveedor. Mantener a la familia es una responsabilidad básica del varón, mientras que, aunque la mujer trabaje, atender a la familia y el hogar sigue siendo su actividad prioritaria. Incluso prevalece cierta añoranza del hombre como figura de autoridad.

Sin embargo también se plantearon en los distintos artículos elementos interesantes de cambio en las relaciones y el ejercicio de la paternidad, aunque no sea un dato generalizable. Hay varones que desde el momento de planear un embarazo desean involucrarse más en la paternidad, en el embarazo de su mujer, en la crianza, en la búsqueda de mayor cercanía afectiva con los hijos y están interesados en acompañarlos más durante su desarrollo, incluso desde el nacimiento. Existen diferencias en la crianza de acuerdo con la edad y con el sexo de los hijos.

Se coincide en que la vivencia de la paternidad como hijos predispone su ejercicio en los varones; dependiendo de los modelos que vivieron como hijos lo van construyendo; en ocasiones el modelo del padre fue satisfactorio de tal forma que tratan de actuar de manera semejante, aplicando los mismos valores. Pero para la mayoría el modelo del padre fue o es hostil y les parece mucho mejor ejercer su paternidad de manera distinta. Otra coincidencia en algunos textos es que a pesar de que los varones en un primer momento critican a sus padres, en general acaban por justificarlos.

Es interesante que para muchos varones el ejercicio de su paternidad sea diferente al de sus padres pero repitan prácticas que vivieron en su hogar de origen. Los varones le reconocen importancia a la educación que puedan dar a sus hijos y coinciden en que la paternidad es sinónimo de responsabilidad, de adultez, y da respetabilidad y derechos. El padre es autoridad y lo sigue siendo, aunque se hable de autoridad compartida. El tema de la responsabilidad que debe asumir el varón es un elemento central en la crianza de los hijos varones: los padres tratan de introyectar en sus hijos este valor que ellos consideran fundamental.

Se coincide también en que para investigar sobre estos temas es necesario considerar de forma prioritaria el sector social, pues influye en las condiciones económicas, educativas y socioculturales en que viven y han sido socializados los individuos. Otro elemento de gran importancia es la edad, ya que remite no sólo a distintas etapas del ciclo de vida individual y familiar, sino también a una ubicación específica en el tiempo histórico y social. Los resultados nos confirman la necesidad de seguir realizando investigaciones en contextos heterogéneos e incorporar nuevas estrategias de análisis, combinando las aproximaciones cualitativas con las cuantitativas con el fin de avanzar en la comprensión del comportamiento reproductivo tanto de los varones como de las mujeres.

Este libro fue posible gracias al interés de sus autores y al trabajo mecánográfico paciente y cuidadoso de María Teresa Motte y de Josefina Recillas, así como al acompañamiento siempre solidario de Sebastián y de Bernardo. En la experiencia de Juan Guillermo, uno de los coordinadores de este libro, la convivencia con estos dos personajes le ha ayudado a repensar el significado de la reproducción en la experiencia de los varones (en términos del ser padre, del ser hijo y del ser pareja), a la par que le ha permitido identificar algunos de los placeres asociados a ello.

## BIBLIOGRAFÍA

- Amuchástegui, Ana (2001), "La navaja de dos filos: una reflexión acerca de la investigación y el trabajo sobre hombres y masculinidades en México", *La Ventana, Revista de estudios de género*, vol. II, núm. 14, México, Universidad de Guadalajara, pp. 102-125.
- Andro, Armelle (2000a), "Perspective d'analyse en terme de couple à partir des Enquêtes Démographiques et de Santé (EDS): Etudier l'évolution de la fécondité dans une perspective de genre", en Stéphanie Condon, Michel Bozon y Thérèse Locoh (eds.), *Démographie, sexe et genre: bilan et perspectives*, INED, pp. 45-50 (Dossiers et recherches, 83).
- \_\_\_\_\_ (2000b), "La maîtrise de la reproduction, un enjeur majeur es rapports de genre", en Michel Bozon y Thérèse Locoh (eds.), *Rapports de genre et questions de population. Genre, population et développement*, INED, pp. 95-104 (Dossiers et recherches, 85).
- Arias, Rosario y Marisela Rodríguez (1998), "A puro valor mexicano. Connotaciones del uso del condón en hombres de la clase media de la ciudad de México", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 319-340.
- Ávila, María Betania (1999), "Feminismo y ciudadanía: la producción de nuevos derechos", en Lucila Scavone (coord.), *Género y salud reproductiva en América Latina*, Costa Rica, Cartago, Libro Universitario Regional, pp. 57-83.
- Badinter, Elizabeth (1981), *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*, Barcelona, Paidós-Pomare.
- Becker, Stan (1996), "Couples and Reproductive Health: a Review of Couple Studies", *Studies in Family Planning*, vol. 27, núm. 6, pp. 291-306.
- Bellato, Liliana (2001), "Representaciones sociales y prácticas de hombres y mujeres mazahuas sobre la sexualidad y la reproducción", tesis de maestría en antropología, México, D.F., Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Bledsoe, Caroline, Susana Lerner y Jane Guyer (eds.) (2000), *Fertility and the Male Life-Cycle in the Era of Fertility Decline*, Nueva York, Oxford University Press.
- Blöss, Thierry (2001), "L'égalité parentale au cœur des contradictions de la vie privée et des politiques publiques", en Thierry Blöss (coord.), *La*

- dialectique des rapports hommes-femmes*, Sociologie d'aujourd'hui, PUF, pp. 45-70.
- Brachet, Vivianne (1996), "Poder paterno, poder materno y bienestar infantil: el papel de la legislación familiar mexicana", en Claudio Stern (coord.), *El papel del trabajo materno en la salud infantil*, México, The Population Council-El Colegio de México, pp. 349-386.
- Cardaci, Dora (1998), "Nuevos entramados: Familia, salud y organización de mujeres", en Juan Guillermo Figueroa (coord.), *La condición de la mujer en el espacio de la salud*, México, El Colegio de México, pp. 243-265.
- Castro, Roberto y Carlos Miranda (1998), "La reproducción y la anticoncepción desde el punto de vista de los varones: algunos hallazgos de una investigación en Ocuituco, México", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 223-244.
- Cazés, Daniel (1994), "La dimensión social del género: posibilidades de vida para mujeres y hombres en el patriarcado", en Consejo Nacional de Población, *Enciclopedia de la sexualidad*, México, Consejo Nacional de Población-Editorial Porrúa, pp. 335-388.
- Cohen Sylvie y Michele Burger (2000), *Partnering: A New Approach to Sexual and Reproductive Health*, Nueva York, United Nations Population Fund (Technical Paper, 3).
- Connel, Robert W. (1995), *Masculinities*, Australia, Allen & Unwin.
- Correa, Sonia y Rosalind Petchesky (1994), "Reproductive and Sexual Rights: a Feminist Perspective", en Gita Sen, Adrienne Germain y Lincoln Chen (eds.), *Population Policies Reconsidered (Health, Empowerment and Rights)*, Harvard University Press, pp. 107-123.
- De Barbieri, Teresita (1991), "Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica", *Revista Interamericana de Sociología*, vol. 6, núm. 2, pp. 147-178.
- De Keijzer, Benno (1998), "Paternidad y transición de género", en Beatriz Schmukler (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y El Caribe*, México, Edamex-The Population Council, pp. 301-325.
- Denman, Catalina y Jesús Haro (2000), "Introducción: Trayectoria y desvíos de los métodos cualitativos en la investigación social", en Catalina Denman y Jesús Haro (comps.), *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social*, México, El Colegio de Sonora, pp. 5-55.

- Denzin, Norman e Yvonna Lincoln (1994), "Introduction", *Entering the Field of Qualitative Research*, en *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- De Oliveira, María Coletta (2001), "Desigualdades en las relaciones entre investigadoras y sujetos de investigación", en Ruth Macklin, Florencia Luna, Juan Guillermo Figueroa y Silvina Ramos, *Ética, investigación y ciencias sociales*, Programa Salud Reproductiva y Sociedad, El Colegio de México, pp. 79-81 (Documentos de trabajo sobre sexualidad, salud y reproducción, 8).
- \_\_\_\_\_, Elizabete Dória Bilac y Malvina Muskat (2002), "Homens e anti-concepcao: duas generacoes de 'camadas médias' no Brasil", *Cahiers des Amériques latines*, núm. 39, pp. 59-82.
- De Oliveira, Orlandina, Marcela Eternod y Paz López (1999), "Familia y género en el análisis sociodemográfico", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, Sociedad Mexicana de Demografía-El Colegio de México, pp. 211-271.
- Dixon-Müeller, Ruth (1996), "The Sexuality Connection in Reproductive Health", en Sondra Zeidenstein y Kirstein Moore (eds.), *Learning about Sexuality: A Practical Beginning*, Nueva York, The Population Council-The International Women's Health Coalition, pp. 137-157.
- Duverger, Maurice (1978), *Métodos de las ciencias sociales*, Ariel.
- Esteinou, Rosario (1999), "Fragilidad y recomposición de las relaciones familiares", *Desacatos Revista de Antropología Social*, otoño, núm. 2, México, CIESAS, pp. 11-26.
- Ezeh, Alex C., Michka Seroussi y Hendrik Raggars (1996), "Men's Fertility, Contraceptive Use and Reproductive Preferences", *Demographic and Health Surveys Comparative Studies*, núm. 18, Maryland.
- Fachel, Ondina (2000), "Impases de la paternidad: la reproducción desde la perspectiva masculina", en Norma Fuller (ed.), *Paternidades en América Latina*, Lima, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 309-331.
- \_\_\_\_\_, y Jandyra M.G. Fachel (1995), "Male Reproductive Culture and Sexuality in South Brazil: Combining Ethnographic Data and Statistical Analysis", Seminar on Fertility and the Male Life Cycle in the Era of Fertility Decline, Zacatecas, México, International Union for the Scientific Study of Population.
- \_\_\_\_\_, y Jandyra M.G. Fachel (1998), "Aborto: tensión y negociación entre lo femenino y lo masculino", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexua-*

- lidad y reproducción, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 303-318.
- Fariyal, Fikree, Ronald Gray y Farida Shan (1993), "Can Men Be Trusted? A Comparison of Pregnancy Histories Reported by Husbands and Wives", *American Journal of Epidemiology*, vol. 138, núm. 4, pp. 237-242.
- Ferrand, Michèle (2001), "Du droit des pères aux pouvoirs des mères", en Jacqueline Laufer, Catherine Marry y Margaret Marvani (coords.), *Masculin-Feminin: questions pour les sciences de l'homme*, Presses Universitaires de France, pp. 187-209.
- Festy, Patrick e Irina Kortchagina (2002), "Un mariage, deux divorces? Cohérence et incohérences des réponses masculines et féminines à des enquêtes sur le divorce en Russie", *Population*, vol. 57, núm. 1, pp. 11-34.
- Figueroa, Juan Guillermo (1998a), "La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 163-189.
- \_\_\_\_\_ (1998b), "Algunos elementos para interpretar la presencia de los varones en los procesos de salud reproductiva", *Cadernos em Saúde Pública*, vol. 14, suplemento 1, Brasil, Río de Janeiro, pp. 87-96.
- \_\_\_\_\_ (2000a), "Algunos elementos del entorno reproductivo de los varones al reinterpretar la relación entre salud, sexualidad y reproducción", *Revista Mujer Salud*, Santiago de Chile, Red de salud de las mujeres latinoamericanas y del Caribe, núm. 3, pp. 60-72.
- \_\_\_\_\_ (2000b), "Algunas propuestas analíticas para la delimitación del concepto de derechos reproductivos en la experiencia de los varones", *La Ventana, Revista de Estudios de Género*, México, Universidad de Guadalajara, núm. 12, pp. 43-72.
- \_\_\_\_\_ (2001), "Varones, reproducción y derechos: ¿podemos combinar estos términos?", *Revista Desacatos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, núm. 6, pp. 149-164.
- \_\_\_\_\_ (2002), "Elementos para analizar algunos dilemas éticos generados en la investigación cualitativa sobre salud reproductiva", en Francisco Mercado, Denise Gastaldo y Carlos Calderón (comps.), *Investigación cualitativa en salud en Iberoamérica: métodos, análisis y ética*, México, Universidad de Guadalajara-Universidad Autónoma de San Luis Potosí-Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 481-503.
- \_\_\_\_\_ y Olga Lorena Rojas (2000), "La presencia de los varones dentro de los procesos reproductivos", en Beatriz Schmuckler (coord.), *Políticas*

- públicas, equidad de género y democratización familiar*, México, Instituto Mora, pp. 42-56.
- \_\_\_\_\_ y Olga Lorena Rojas (2002), "La investigación sobre reproducción y varones a la luz de los estudios de género", en Elena Urrutia (coord.), *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas*, México, El Colegio de México, pp. 201-227.
- Foucault, Michel (1988), "El sujeto y el poder", *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, año L, núm. 3, pp. 3-20.
- Fuller, Norma (1997), *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*, Lima, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 17-26.
- \_\_\_\_\_ (2000), *Paternidades en América Latina*, Lima, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2004), "El ejercicio de la paternidad en el México metropolitano", en Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 283-316.
- Gautier, Arlette (2000), "Genre et fécondité", en Sthéphanie Condon, Michel Bozon y Thérèse Locoh (eds.), *Démographie, sexe et genre: bilan et perspectives*, INED, pp. 13-19 (Dossiers et recherches, 83).
- Geertz, Clifford (1997), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, España (El título original de esta obra es *The interpretation of Cultures* y fue publicado en 1972 por Basic Books, Inc., en Nueva York).
- Greene, Margaret y Anne Biddlecom (2000), "Absent and Problematic Men: Demographic Accounts of Male Reproductive Roles", *Population and Development Review*, vol. 26, núm. 1, pp. 81-115.
- Guevara, Elsa (2003), "¿Se puede hablar de los derechos reproductivos de los hombres en el caso del aborto?", ponencia presentada en el VI Coloquio del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, México, El Colegio de México, 14 de noviembre (mimeo).
- Gutmann, Matthew C. (2000), *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, México, El Colegio de México.
- Haces, Ángeles (2002), "Maternidades y paternidades en Valle de Chalco: una aproximación antropológica", tesis de maestría en antropología social, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

- Heredia B., Rodolfo (1974), *Resultados generales de la Encuesta de Fecundidad Masculina*, Bogotá, Asociación Colombiana de Facultades de Medicina, División de Medicina Social y Población.
- Hernández, Juan Carlos (1995), "Sexualidad masculina y reproducción ¿Qué va decir papá?", Zacatecas, México, Coloquio Latinoamericano sobre "Varones, sexualidad y reproducción" (mimeo).
- Hertrich, Véronique (1997), "Les réponses des homes valent-elles celles des femmes? Une double collecte sur les questions génésiques et matrimoniales dans une population du Mali", *Population*, vol. 52, núm. 1, pp. 45-62.
- Infesta, Gabriela (1998), "The Implications of the Researcher's Gender in the Construction of Data for Studies on Sexuality and Masculine Reproductive Health", ponencia presentada en Seminar on Men, Family Formation and Reproduction, Buenos Aires, Argentina, International Union for the Scientific Study of Population (mimeo).
- Jelin, Elizabeth (1998), *Pan y afectos. Las transformaciones de las familias*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Jiménez, Lucero (2003), *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lafer, Celso (1994), *La reconstrucción de los derechos humanos. Un diálogo con el pensamiento de Hannah Arendt*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lagarde, Marcela (1990), *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- \_\_\_\_\_ (1994), "La regulación social del género: el género como filtro de poder", *Enciclopedia de la sexualidad*, México, Consejo Nacional de Población, pp. 389-425.
- Lamas, Marta (1994), "El problema de la igualdad entre los sexos", *Enciclopedia de la sexualidad*, México, Consejo Nacional de Población, pp. 173-200.
- \_\_\_\_\_ (1995), "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género", *La Ventana*, Guadalajara, México, núm. 1, pp. 9-55.
- \_\_\_\_\_ (1999), "Reconstrucción simbólica y laicismo: dos requisitos imprescindibles para la defensa de los derechos reproductivos", en Beatriz Figueroa (coord.), *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos*,

- México, Sociedad Mexicana de Demografía-El Colegio de México, pp. 281-288.
- Laqueur, Thomas W. (1992), "Los hechos de la paternidad", *Debate Feminista*, año 3, vol. 6, pp. 119-141.
- Lara, María Asunción y Nelly Salgado (comps.) (2002), *Cálmese, son sus nervios, tómese un tecito... La salud mental de las mujeres mexicanas*, México, Editorial Pax México.
- Lerner, Susana (ed.) (1998), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía.
- Martínez, Carolina (1996), "Introducción al trabajo cualitativo de investigación", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 33-56.
- Minello, Nelson (2002), "Masculinidad/es: un concepto en construcción", *Nueva Antropología*, núm. 61, pp. 11-30.
- Nava, Regina (1996), "Los hombres como padres en el Distrito Federal a principios de los noventa", tesis de maestría en sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- \_\_\_\_\_ (1999), "Sobre los elementos que intervienen en el ejercicio paterno", *Salud Reproductiva y Sociedad*, Boletín del Programa Salud Reproductiva y Sociedad de El Colegio de México, año III, núm. 8, pp. 23-26.
- Olavarría, José (2001), *Y todos querían ser (buenos) padres*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Ortiz Ortega, Adriana (1999) (comp.), *Derechos reproductivos de las mujeres: un debate sobre justicia social en México*, México, Edamex-Universidad Autónoma Metropolitana.
- \_\_\_\_\_ (2001), *Si los hombres se embarazaran, ¿el aborto sería legal? Las feministas ante la relación Estado-Iglesia católica en México (1871-2000)*, México, Edamex-Population Council.
- Petchesky, Rosalind y Karen Judd (1998), *Negotiating Reproductive Rights: Women's Perspectives across Countries and Cultures*, Londres, Zed Books.
- Popper, Karl (1983), *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, Hutchinson.
- Pruett, Kyle (2001), *El rol del padre. La función irremplazable*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Vergara.
- Ramírez Solórzano, Martha Alicia (2002), *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*, México, Instituto Jalisciense de las Mujeres-Plaza y Valdés Editores.

- Rivas, Marta (1996), "La entrevista a profundidad: un abordaje en el campo de la sexualidad", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 199-223.
- Rojas, Olga (2000), "Paternidad y vida familiar en la ciudad de México: Un acercamiento cualitativo al papel desempeñado por los varones en los ámbitos reproductivo y doméstico", tesis de doctorado en estudios de población, México, El Colegio de México.
- Ruddick, Sara (1992), "Pensando en los padres", *Debate Feminista*, México, año 3, núm. 6, septiembre, pp. 142-158.
- Salguero, Alejandra (2002), "Significado y vivencia de la paternidad en el proyecto de vida de los varones", tesis de doctorado en sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Schmukler, Beatriz (1989), "Negociaciones de género y estrategias femeninas en familias populares", *Revista Paraguaya de Sociología*, año 26, núm. 74, pp. 7-43.
- \_\_\_\_\_ (coord.) (1998), *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y El Caribe*, México, Edamex-The Population Council.
- Scott, Joan (1996), "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM-Porrúa, pp. 265-302.
- Seidler, Víctor (2000), *La sin razón masculina. Masculinidad y teoría social*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Nacional Autónoma de México-Paidós (Género y Sociedad).
- \_\_\_\_\_ (2001), "Masculinidad, discurso y vida emocional", en Juan Guillermo Figueroa y Regina Nava (eds.), *Memorias del seminario-taller "Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva"*, Programa Salud Reproductiva y Sociedad, México, El Colegio de México, pp. 7-24 (Documento de Trabajo, 4).
- Sen, Gita, Adrienne Germain y Lincoln Chen (eds.) (1994), *Population Policies Reconsidered (Health, Empowerment and Rights)*, Harvard University Press.
- Soria, Rocío (2002), "Estructura de algunos sistemas familiares con el padre alcohólico y su relación con el proceso de empoderamiento de la esposa", tesis de doctorado en sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

- Stycos, J. Mayone (1958), *Familia y fecundidad en Puerto Rico. Estudio del grupo de ingresos más bajos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Szasz, Ivonne (1998), "Los hombres y la sexualidad: Aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 137-162.
- y Ana Amuchástegui (1996), "Un encuentro con la investigación cualitativa en México", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 17-30.
- Taylor, Steven y Robert Bogdan (1994), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, México, Paidós.
- Tena, Olivia (2002), "Normas morales vinculadas a las prácticas reproductivas de mujeres y varones solteros", tesis de doctorado en sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Tietze, Christopher (1944), "Differential Reproduction in the United States. Paternity Rates for Occupational Classes among the Urban White Population", *The American Journal of Sociology*, Chicago, Illinois, The University of Chicago Press, vol. XLIV, julio de 1943 a mayo de 1944, pp. 242-247.
- Torres, Marta (2001), *La violencia en casa*, México, Paidós Cromá.
- Viveros, Mara (2000), "Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas", en Norma Fuller (ed.), *Paternidades en América Latina*, Lima, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 91-127.
- (2003), "Contemporary Latin American Perspectives on Masculinity", en Matthew C. Gutmann (ed.), *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Durham, Duke University Press, pp. 27-57.
- Watkins, Susan Cotts (1993), "If All We Knew About Women was What we Read in Demography, what Would we Know?", *Demography*, vol. 30, núm. 4, pp. 551-577.
- Yablonsky, Luis (1993), *Padre e hijo. La más desafiante de las relaciones familiares*, México, Manual Moderno, pp. 31-68.



I  
SER PADRE:  
VALORACIONES CAMBIANTES



# SIGNIFICADO Y VIVENCIA DE LA PATERNIDAD EN ALGUNOS VARONES DE LOS SECTORES SOCIOECONÓMICOS MEDIOS EN LA CIUDAD DE MÉXICO

María Alejandra Salguero Velázquez<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo muestro un proceso reflexivo derivado de algunos datos de mi tesis de doctorado sobre el significado y vivencia de la paternidad en el proyecto de vida de los varones (Salguero, 2002). La investigación original tuvo varios propósitos; entre ellos indagar acerca del proceso de construcción en los varones, ya que muchos de los estereotipos relacionados con la identidad del género masculino se asocian con un modelo de masculinidad hegemónica donde el poder, la libertad, la razón y la verdad se atribuyen a actividades relacionadas con la satisfacción de necesidades y la realización individual, con los logros y el éxito en el ámbito profesional o laboral en los varones, pero sin incluir la participación y el desempeño en cuestiones íntimas como la familia y la paternidad, pues se pondría en cuestionamiento “el ser hombre desde ese modelo hegemónico”. También me ha interesado documentar si los cambios culturales como el movimiento feminista y los discursos en torno de los derechos sobre la igualdad tendrían alguna influencia en su actuación como hombres y padres, ya que el papel de proveedores que se ha asignado históricamente a los varones como padres responsables, ahora que muchas mujeres se asumen también como proveedoras en el ámbito familiar, ha llevado a algunos varones a replantear sus actuaciones buscando formas alternativas de relación con los hijos y la pareja; en algunas ocasiones mediante conflictos y tensiones; en otras, por acuerdos forzados. Me interesaba asimismo analizar si los varones incorporan en sus expectativas el ejercicio de la paternidad como parte de su proyecto de vida y también conocer cómo

<sup>1</sup> Profesora-investigadora de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.

habían aprendido a ser padres y los cambios en la vivencia y significado de la paternidad en su trayectoria de vida.

En este artículo en particular quise centrarme en la vivencia y significado de la paternidad al retomar y resaltar la parte más lúdica de la experiencia de los varones entrevistados, dado que es la que menos se ha documentado, pues el conocimiento acumulado alude a otros componentes como el ser proveedores únicamente, el ejercer poder y autoridad desde el lugar detenido y ejercido por los varones en el papel de padres, el querer tener hijos por cuestiones de linaje y para probar su virilidad, entre otros. Considero importante y necesario socializar esa otra parte, donde aparecen en voz de los propios entrevistados las dudas, incertidumbres, temores y contradicciones, pero también una forma distinta de ver su actuación como padres. Si bien para muchos la paternidad conlleva responsabilidad, también la disfrutan; es una oportunidad de aprender día con día, de recrearse en la crianza y cercanía de sus hijos e hijas, lo cual coincide con los planteamientos de Figueroa (2001) en su artículo "La soledad en la paternidad", donde nos invita a reflexionar, indagar y cuestionar sobre la experiencia "masculina", que algunas personas interpretan como privilegios, pero que otras identifican como silencios, soledades, indefiniciones o complicidades de los varones. Consideré que una posibilidad de acercarme a ese mundo de los varones era a partir de su propia experiencia, de las vivencias y significados que van construyendo en su trayectoria de vida, en sus condiciones particulares de existencia. Es una oportunidad para investigar sobre ciertos temas que por mucho tiempo se han considerado obvios y se han avalado desde la naturalidad y universalidad, y que a partir de las ciencias sociales y la perspectiva de género pueden abordarse como procesos socioculturales en constante cambio y transformación.

Retomo la perspectiva relacional de género porque permite abordar temas como la construcción de identidades masculinas y la paternidad, percibiéndolos como procesos socioculturales representados y significados a partir de las condiciones bajo las cuales viven los varones. Incorporar el carácter relacional de género permite cuestionar la visión naturalista, esencialista y universal con que se han estudiado la maternidad y la paternidad, y es reconocer que hombres y mujeres somos construidos de manera diferencial en el entramado social, como lo han señalado Basaglia (1983), Lamas (1997) y Lagarde (1996). Para Berger y Luckmann (1997) nuestra realidad se presenta como un mundo intersubjetivo, un mundo compartido con los otros donde cada persona es socializada de diversas maneras, por diferentes personas,

instituciones y medios; pero a su vez cada persona en su carácter de agencia, como observa Giddens (1993), puede influir, construir y reconstruir dichos procesos de acuerdo con sus posibilidades y recursos.

Nos enfrentamos a un mundo cada vez más globalizado y multicultural donde las representaciones y significados en torno de la paternidad han venido cambiando a partir de ciertas transformaciones socioculturales, como el cuestionamiento de las desigualdades de género y los derechos de las mujeres planteados por el movimiento feminista y la Conferencia Mundial de la Mujer en 1975. La regulación de la natalidad con los programas de anticoncepción, y el que cada vez más mujeres accedan a mayores niveles de escolaridad y se incorporen al ámbito laboral han llevado a cuestionar las prácticas y significados con los cuales se vive y ejerce la paternidad en nuestra sociedad.

Las representaciones sociales conformadas a través de la normatividad y los discursos institucionales respecto de la familia y la reproducción, influyen en la manera en que algunos varones incorporan la posibilidad y ejercicio de la paternidad estableciendo valoraciones y exhortaciones respecto de lo que significa "ser hombre" o "ser padre", generando expectativas y aspiraciones en los varones y también en las mujeres respecto de las actuaciones que se espera que asuman, ya que genéricamente unos y otras nos influimos de manera relacional. La familia es un espacio de socialización donde se generan y reproducen representaciones, significados y valoraciones respecto de las actuaciones como mujeres u hombres. Sin embargo, no podemos hablar de la familia en abstracto, sino de estructuras y funciones familiares ubicadas histórica y culturalmente. Flandrin (1979), Elias (1994), Beauvoir (1977) y Badinter (1981,1992) analizan los procesos de cambio en los significados de las estructuras familiares donde los ámbitos de referencia para los varones y las mujeres respecto a la maternidad y la paternidad están sujetos a variaciones y transiciones históricas que la sociedad va imprimiendo.

#### LA PATERNIDAD COMO CONSTRUCCIÓN CULTURAL

Primeramente cabe mencionar que la paternidad no puede ser considerada únicamente como reproducción biológica, sino como un proceso social y cultural; la manera en que se han asumido y desempeñado la función paterna, las prácticas, significados y vivencias ha sido influida por los discursos prevalecientes en cada época histórica y cada grupo social y cultural, por lo que no pueden ser consideradas universales e invariables. La paternidad se

circunscribe al orden sociocultural, con los significados, representaciones, modelos e imágenes del padre que forman parte del sistema social, político e ideológico históricamente constituido y que conforma el contexto en el que se organiza la subjetividad de los individuos. La subjetividad<sup>2</sup> en torno de la paternidad en los varones integra el aspecto histórico social de las representaciones y del imaginario colectivo conformado a partir de la clase, la etnia, la religión y la educación, entre otras, y el imaginario particular que corresponde a la singularidad de cada individuo.

La paternidad como proceso sociocultural integra la formación de la identidad genérica. No es sólo la reproducción biológica, sino lo que se hace con los productos de esa reproducción, las diferentes prácticas sociales que integran las funciones y responsabilidades con los hijos. Figueroa (2000) considera que la paternidad integra los procesos de relación donde se construye la identidad de los partícipes como personas: hombre, mujer, hijos e hijas; este proceso no puede imaginarse al margen de la construcción de las identidades masculinas. Para Knibiehler (1997) preguntarse cómo ser padre es también preguntarse cómo ser un hombre. Nahuardt (1999) señala que cada hombre puede vivir un proceso distinto al actuar como padre, pero también como grupo genérico se pueden encontrar muchas similitudes.

Actualmente nos enfrentamos a múltiples realidades más que a una simple forma de paternidad. De Keijzer (1998) indica que más que hablar de "paternidad" como un tipo de relación universal y predeterminado de los hombres con sus hijos, habría que hablar de "paternidades" en plural, porque hay formas bastante diversas de ejercerla. La paternidad es una posición y función que va cambiando históricamente y tiene variaciones notables de una cultura a otra, así como entre las distintas clases sociales y etnias de un mismo país. Lerner (1998) considera que la paternidad está íntimamente relacionada con la reproducción: es un proceso amplio, complejo y dinámico, inserto en una variada red de relaciones sociales, resultado de la diversidad y multiplicidad de interacciones, transacciones y negociaciones que se establecen entre hombres, mujeres y otros actores sociales que intervienen en el

<sup>2</sup> La subjetividad, tanto en su dimensión intelectual como afectiva, integra las relaciones de poder hegemónico conformadas en las identidades y las formas de resistencia y conflicto a través de las cuales las personas se enfrentan a la heterogeneidad en su trayectoria de vida; está conformada por los discursos, los conceptos, las estructuras de pensamiento y los pensamientos mismos, la comprensión e interpretación de los sujetos a partir del mundo social del cual forman parte y de las experiencias derivadas de la forma particular de vida, donde pueden apropiarse, resistir o contradecir y refutar los límites impuestos a su propia participación o a la de otros.

mismo, y sujeto a las condiciones materiales de vida, a la heterogeneidad sociocultural, a la normatividad institucional cambiante en el tiempo y en la vida de los individuos de acuerdo con las características específicas de las sociedades.

Si bien es un tema que requiere investigación, durante algún tiempo hubo ausencia, marginación y negligencia en los estudios sobre los varones en el campo de la reproducción y ejercicio de la paternidad. Una de las razones es el interés exclusivo en las mujeres como objeto de estudio, pues de forma implícita o explícita la responsabilidad del comportamiento reproductivo recayó en ellas, relegando a los varones a una posición marginal en el proceso de procreación y ejercicio de la paternidad; ubicándolos incluso como obstaculizadores, ya sea en la adopción de prácticas anticonceptivas o como padres distantes en la práctica y ejercicio de la paternidad. Esto en gran parte ha tenido que ver con la concepción excluyente que a lo largo de la historia se ha atribuido al ejercicio de la maternidad y la paternidad; a las mujeres se les ha asignado el espacio privado de la casa y la crianza, en tanto que a los varones se les coloca en el ámbito público del trabajo y la obtención de bienes económicos alejándolos en muchas ocasiones de su vida reproductiva, desde la toma de decisiones hasta la participación en la crianza.

Hay varios supuestos; uno sería que la estructura de la maternidad y la paternidad se explican a sí mismas en lo biológico. Desde la visión biologicista se reifica la organización social de los sexos como un producto natural y no como un constructo social. Algunos discursos médicos y psicológicos han avalado estos supuestos llegando a establecer normatividades como la de que el ejercicio maternal en las mujeres se explica a partir de la vinculación aparentemente natural entre la capacidad de procrear y lactar con la responsabilidad del cuidado infantil por una parte, y por otra, debido a que los seres humanos necesitan cuidados especiales durante un largo periodo de su vida inicial y son las mujeres quienes están dotadas y capacitadas biológicamente a partir de un supuesto "instinto maternal", lo cual se vio reforzado por planteamientos como los de Bowlby (1989, 1993) sobre el cuidado maternal, la calidad de las relaciones y los vínculos afectivos a partir de una relación biológica especial entre la madre y el hijo. Sin embargo Badinter (1981) documenta y demuestra el surgimiento sociohistórico en las sociedades occidentales modernas de los siglos XVIII y XIX donde cuestiona precisamente "el instinto maternal" y muestra cómo la maternidad ha asumido prácticas, actitudes y sentimientos distintos a lo largo de la historia. Al respecto Chodorow (1984) señala que en las sociedades occidentales se confunde el reconoci-

miento de la necesidad de cuidado de los hijos con quienes serían los agentes idóneos para realizar este trabajo, ya que habría un fuerte supuesto sexista basado en concepciones esencialistas donde las mujeres gestan a los hijos en sus cuerpos biológicos y por ello desarrollan un "instinto maternal natural" que las constituye en agentes de cuidado infantil.

Al centrar la atención sólo en la figura materna se fue dejando de lado al padre. Parke (1986) indica que no es que nos olvidemos del padre por mero descuido o azar, sino que lo ignoramos a propósito debido a nuestra creencia de que es menos importante que la madre en su influencia sobre el desarrollo del hijo. Podría decir también que debido a concepciones esencialistas en muchas ocasiones se ha pensado en la incapacidad de los varones para establecer formas de relación con sus hijos, sobre todo durante las primeras etapas de su desarrollo. Sin embargo hay también evidencias que contradicen lo anterior: Ainsworth y Bell (1969) proponen que la relación inicial puede establecerse directamente con la madre o con cualquier cuidador; Baumrind (1973) plantea que el desarrollo no es resultado de la maduración espontánea de capacidades innatas ni de la adaptación automática a estímulos programados, más bien surge de relaciones cada vez más complejas con adultos socializadores, que pueden ser la madre, el padre, los hermanos, hermanas, abuelas, abuelos o parientes.

#### INVESTIGACIONES SOBRE LA PATERNIDAD Y CÓMO LA ASUMEN LOS VARONES

A partir de los años ochenta hay mayor interés por estudiar la paternidad; se insiste y discute en la presencia activa de los padres en la crianza de los hijos y se señala que no es sólo la cantidad de tiempo, sino la actitud, la toma de conciencia respecto al ejercicio y práctica de la paternidad lo que influye en la trayectoria de vida de los hijos. Power y Parke (1981) consideran que tanto la madre como el padre generalmente promueven u obstaculizan las experiencias de los hijos en el hogar e influyen en las formas de intercambio social, donde se practican y aprenden habilidades sociales y se adquieren la cultura, hábitos y valores propios que los llevan a formar parte de ella. Para Maccoby y Martín (1983) el proceso de socialización varía con la edad y el sexo de los niños, la composición familiar y la cultura a la que pertenecen. Es a través del proceso de socialización en la vida cotidiana donde se generan formas de relación entre los padres y los hijos que influyen en la trayectoria

de vida de ambos, requiriendo de un ajuste continuo. Yablonsky (1993) llevó a cabo entrevistas a profundidad con varones estadounidenses acerca de sus relaciones como padres con sus hijos, y encontró que muchas veces los hijos, sobre todo en la adolescencia y hasta los primeros años de la adultez, se rebelan abiertamente a los mandatos e imposiciones del padre; cuando no hay posibilidad de hablar y negociar las diferencias, muchos varones viven un alejamiento con el padre, y sus sentimientos se centran en el dolor, el rencor y el odio a éste. Sin embargo cuando se da la posibilidad de reflexionar y confrontar la actuación del padre, algunos logran cambiar la relación y reconstruyen sus formas de vida, llegando a plantear que la influencia no es sólo del padre sobre los hijos, sino también de los hijos sobre el padre, y que ésta cambia a lo largo del ciclo de vida.

En México han llevado a cabo estudios sobre paternidad los estudiosos de la masculinidad, incorporando la perspectiva de género en su carácter relacional y empleando un análisis cualitativo para dar cuenta de los aspectos relacionales. Algunas investigaciones son las de Nava (1996), quien llevó a cabo un estudio sobre los hombres como padres en la ciudad de México y encontró que se ubican como jefes de familia; en cuanto al grado de autoridad y representatividad social, siguen percibiéndose como proveedores económicos y protectores de su cónyuge e hijos, aunque algunos también incorporan el apoyo emocional y afectivo. Hernández (1996) en su investigación con varones profesionistas de sectores medios de la ciudad de México señala que la paternidad implica un proceso de construcción con la pareja y que en algunos casos los varones participan de manera más solidaria con sus mujeres en el cuidado, atención y crianza de los hijos.

Rojas (2000) analizó los cambios en el ejercicio de la paternidad en México con varones jóvenes de los sectores medios y de niveles educativos altos. Observó que adoptan más fácilmente los modelos de comportamiento relacionados con la mayor participación en las decisiones reproductivas, y comparten de manera cercana los eventos de embarazo, parto y crianza de sus hijos. A diferencia de estos varones, los de mayor edad de los sectores populares y con menor nivel educativo adoptan comportamientos y roles enmarcados en lo tradicional, donde no establecen comunicación o acuerdo alguno con la pareja en las decisiones reproductivas y se muestran distantes y ajenos a los procesos de embarazo, parto y crianza por considerarlos propios de las mujeres.

Alatorre y Luna (2000) y Jiménez (2001) constatan con los testimonios de varones profesionistas de nivel medio de la ciudad de México, que algu-

nos viven la paternidad como una gran responsabilidad, como algo que ata, y en muchos casos como un proceso que cambia radicalmente sus vidas, pues lo consideran un hecho irreversible, pero también disfrutan la experiencia emocional y el aprendizaje permanente. Para estos varones las mujeres ya no son sólo objetos sexuales; ellos buscan a la compañera con la que puedan compartir un proyecto de vida. Los autores encuentran contradicciones en la vivencia de algunos varones, ya que no quieren ser distantes como lo fueron sus padres, no desean ser autoritarios, sino más amigos y compañeros de sus hijos, pero en muchas ocasiones se descubren incurriendo en un modelo de paternidad tradicional, pues a la vez se saben y se sienten guía moral y proveedor fundamental no solamente en lo económico sino también en la formación moral, y eso los vuelve distantes.

Otras investigaciones en América Latina son las de Doria, Oliveira y Muzskat (1999), quienes trabajaron con varones brasileños y aseguran que es esencial tratar de comprender la organización de la relación de pareja en el proceso y ejercicio de la paternidad, ya que la manera en que el hombre establece, vive, percibe y siente la relación con la pareja constituye un elemento central para la comprensión de las prácticas y representaciones asociadas a la paternidad. Esto incluye el deseo por los hijos y la manera en que éstos se insertan en su proyecto de vida. Fuller (2000) investiga sobre el significado de la paternidad en Perú y muestra que los varones la describen como un proceso de transformación, de cambio a un nuevo periodo de vida que es la adultez; los entrevistados conciben la paternidad básicamente como una responsabilidad que implica renuncia a su autonomía individual y mayor compromiso material y moral; representa la necesidad de establecer un vínculo con la pareja y los hijos. De igual manera Viveros (2000) expone que entre los varones de la sociedad colombiana la paternidad se asocia en primer lugar a la responsabilidad y el paso de la adolescencia a la adultez; también constituye un logro, una realización personal. A los entrevistados les resulta muy importante asegurar a sus hijos el bienestar material del cual ellos no gozaron en su infancia; la paternidad también integra la búsqueda de relaciones más cercanas con los hijos.

Como muestran las investigaciones, la paternidad es un tema apasionante sobre el cual se abre una serie de cuestionamientos; para la mayoría de los varones el ser padre es algo que se incorpora en su trayectoria de vida, pero sobre lo que pocas veces se reflexiona y habla. Consideré necesario analizar la vivencia y significado de la paternidad en algunos varones de nivel medio de la ciudad de México, visualizándolos como actores en su proceso

de construcción como padres, a partir de las experiencias que han sido llamadas y debieran ser socializadas. Decidí acercarme a los varones y oír de su propia voz cómo viven y qué significado le dan al ejercicio de su paternidad, a la participación en las decisiones reproductivas, el embarazo, el parto y la crianza.

#### VARONES DEL SECTOR MEDIO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Decidí trabajar con varones de nivel medio porque los datos derivados de la investigación podrían contribuir a conformar una visión más comprensiva de los mismos. De acuerdo con Oliveira (1999) es importante dirigir los estudios a segmentos de la sociedad considerados relevantes para abordar temas emergentes, desde el punto de vista de cambios en valores, actitudes y comportamientos. Consideré que los varones que tenían a sus hijos en escuelas privadas podían aproximarse a lo que se ha llamado *formadores del cambio en los roles*, porque de alguna manera asisten a las pláticas y conferencias que las instituciones escolares llevan a cabo con la finalidad de concienciar a los padres sobre la importancia de su relación, cercanía y participación con los hijos. Elegí 17 varones residentes en la ciudad de México de entre 20 y 45 años de edad, con escolaridad profesional de licenciatura y maestría. El promedio de hijos en la muestra era entre uno y dos, con edades entre un mes y 21 años; ese rango tan amplio de edades obedeció a que la investigación, de la cual se derivó mi tesis doctoral, tenía como propósito identificar los cambios en el ejercicio de la paternidad en los diferentes momentos de la trayectoria de vida en los varones cuando tenían hijos pequeños, adolescentes o adultos. Respecto a las parejas de los entrevistados, todas realizaban actividades extradomésticas remuneradas con ingresos promedio por familia entre nueve y 22 salarios mínimos. La forma en que pude relacionarme con ellos fue variable: en el caso de los varones con hijos entre cinco y 12 años fue de manera directa en una escuela privada de educación básica donde estaban inscritos sus hijos; con los que tenían hijos menores de cinco años, adolescentes o adultos, el contacto fue a través de conocidos. En todos los casos seguí el procedimiento de consentimiento informado; les expliqué el proyecto de investigación y solicité su participación para llevar a cabo entrevistas en el tiempo que ellos consideraran más oportuno. Generalmente las sesiones de entrevista tenían duración de una a dos horas; el número de sesiones varió entre dos y cuatro aproximadamente, de febrero a diciembre de 2001.

Con base en las categorías de edad, nivel de escolaridad, ingresos y residencia podía asumir que como individuos estaban próximos entre sí, ya que compartían cierto tipo de ocupación: generalmente en puestos administrativos o de nivel profesional, con un estilo de vida más o menos homogéneo en cuanto a patrones de consumo, tipo de vivienda y expectativas de vida de nivel medio. En México los varones de clase media generalmente se enfrentan a una lucha constante e incesante por mantener una posición social cuya legitimidad se funda en valores centrados en el logro personal, adecuados niveles de educación y un “buen empleo” que les permite mantener cierta posición social; su cosmovisión se integra según la constante ambivalencia y contradicción de valores: por un lado son presionados desde los ámbitos de poder de la institución familiar, ya que muchas de las familias de origen mantienen principios jerárquicos diferenciados en cuanto a la actuación como mujeres y hombres, lo cual incide en las formas de relación que establecen con la pareja y los hijos, y por otro lado también están expuestos a los discursos de las instituciones escolares y de algunos medios de comunicación sobre la igualdad de derechos; en cierta forma los dos tipos de “discursos” coexisten en las interacciones cotidianas y en la vida de los participantes.

Logré registrar las vivencias de los varones que accedieron a participar en la investigación por medio de entrevistas basadas en la metodología de corte cualitativo, una forma alternativa y particularmente privilegiada de acceder al conocimiento de la realidad social que permite abordar la lógica de lo diferente, lo novedoso y lo “otro”; además, recupera lo cultural y el cuestionamiento del orden existente —como serían los discursos y prácticas en torno de los estereotipos masculinos y la paternidad pertenecientes al orden de lo natural— y evidencia la crisis del “pensamiento único”. Otra ventaja de este método es que hace factible observar la extensa heterogeneidad y complejidad de los procesos sociales.

La investigación cualitativa integra un paradigma interpretativo que desde el marco teórico del constructivismo favorece la incorporación de valores sociales, políticos, culturales, económicos, étnicos y de género. Gagnon (2001) considera que en este marco los individuos forman parte del entramado social, y mediante su capacidad reflexiva y de acción podrían cuestionar sus propias acciones o las de los demás y estarían en condiciones de llevar a cabo otros posibles entendimientos y arreglos, lo cual forma parte de la variabilidad de las construcciones sociales, que pueden ser analizadas mediante la interacción del investigador y los investigados. Denzin y Lincoln (1994), así como Denman y Haro (2000), reconocen la influencia ideológica y subjetiva

y la ineludible interdependencia de los participantes y el investigador. Por su parte Devereux (1973), Bertaux (1988), Castro (1996) y Denzin (1978, 2000) han analizado la influencia en el proceso relacional con el "otro", ya que afectados y somos afectados en el proceso de investigación.

A lo largo de la investigación reconocí que mi papel como investigadora no era nada neutral: el conocimiento teórico me había llevado a elaborar ciertos juicios respecto de los varones, como que mostrarían poco interés, compromiso y participación en su ejercicio paterno; sin embargo, en la medida en que llevaba a cabo la conducción de las entrevistas fui desechando algunas ideas: me podía dar cuenta de que para ellos era una necesidad constante hablar sobre sus hijos, que muchas veces han sentido temor por no saber si están actuando bien como padres; que como hombres podrían hablar de cualquier cosa, pero de su paternidad no porque socialmente serían mal vistos.

En el proceso de investigación hubo interacción, conocimiento mutuamente compartido y construido en las sesiones de entrevista. Como señalan Schütz y Luckmann (1977), al reconocernos en el encuentro con el otro construimos un nosotros. Por ello me di cuenta de que estaba en presencia de algunos varones para quienes el ser padre implicaba gran responsabilidad y miedo, pero también la posibilidad de aprender día con día en la relación con sus hijos.

#### VIVENCIA DE LA PATERNIDAD

La vivencia de la paternidad para algunos varones del sector medio de la ciudad de México se va construyendo en función de las condiciones sociales y económicas, de los momentos particulares y las circunstancias de conformación familiar, de la participación en la planeación de los hijos, el embarazo, el parto y la crianza, del número y edad de los mismos, de las trayectorias de vida del padre, la madre y los hijos, entretrejidas y diversificadas en la vivencia de los varones.

#### *Deseo, decisión y planeación de los hijos*

En la decisión de cuántos hijos y cuándo tenerlos intervienen diversos factores, entre ellos la conformación de la relación de pareja y las formas de organización social. Figueroa (1998) considera al respecto que no es sólo una

cuestión de costo-beneficio, sino que integra la vivencia de realidades específicas sociales y familiares, como el ejercicio de la sexualidad, la negociación en el entorno de las relaciones coitales, la prevención de la concepción, y la manera en que se asumen el embarazo y el proceso de crianza.

En ocasiones la decisión de tener hijos implica consenso y compromiso de ambos miembros de la pareja, o coerción de alguna de las partes. En el caso de los varones se ha dicho tradicionalmente que el deseo de tener hijos está vinculado con la idea de probar la virilidad como uno de los elementos constitutivos de la identidad masculina; asimismo que generalmente no participan en las decisiones reproductivas, que viven al margen el proceso de embarazo, parto y crianza de los hijos porque no forma parte de los estereotipos hegemónicos socialmente atribuidos a los varones y porque son eventos propios de las mujeres.

A diferencia de las consideraciones anteriores, para la mayoría de los varones del sector medio el comportamiento reproductivo y las decisiones que se generan en dicho espacio incorporan el proceso de negociación y replanteamiento de la relación de pareja, y se asume de muy diversas maneras, dadas las circunstancias y situaciones particulares de estructura familiar y estabilidad económica. Algunos reconocieron que si bien los primeros hijos no fueron planeados, cuando se enteraron del embarazo lo aceptaron, formalizaron la relación con su pareja y se casaron.

Bueno, déjame decirte con mi conciencia plena, que la hicimos desde antes de casarnos pa'acabar pronto, y qué bueno que fue así, qué bueno que nació mi hija, qué bueno que vino al mundo, porque si no, no me hubiese casado con mi mujer que la quiero mucho, porque su familia y mi suegra se daban muchas ínfulas y lo que tú quieras, nunca antes lo había pensado ni dicho, pero ahora te lo estoy comentando con toda sinceridad [...] bueno a raíz de eso me casé, ella tenía cuatro meses de embarazo; de hecho mi hija ya lo sabe ahora porque ya lo platicamos. (Vicente, 36 años, dos hijas de 10 y 14 años y un hijo de 5 meses.)

Pues en los planes no venía el embarazo inmediato, por la escuela, los dos estudiábamos; pero se dio el embarazo y la verdad cuando supimos que estaba embarazada estuvimos muy contentos. (Juan, 43 años, dos hijas de 21 y 19 años.)

A diferencia de lo que suele argumentarse de que los varones no desean ni planean tener hijos, la mayoría de los entrevistados integró esa decisión y planeación de manera compartida con la pareja como parte del proyecto de

vida. En algunas ocasiones comentaron que ya lo habían pensado, ya lo esperaban; aunque fue la compañera quien lo expresó, comparten y aceptan la decisión, ya que formaba parte de sus expectativas e ideales formar una familia.

Yo creo que fue un poco compartida la idea de tener un bebé, aunque la que lo expresó primero fue ella, pero yo creo que uno lo va esperando; yo estaba empezando a pensar una cosa parecida. (Erick, 36 años, un hijo de 8 meses.)

Ella dijo..., bueno entre los dos dijimos que ya teníamos que encargar a un bebé, y sí, los dos al final de cuentas estuvimos de acuerdo y fue como sucedió. De hecho cuando pensamos casarnos era la idea, de formar una familia. (Serafín, 31 años, un hijo de 4 años 6 meses.)

Si bien algunos no lo expresan abiertamente, muchas veces ya lo habían pensado o lo habían idealizado, pero esperaban a que las compañeras propusieran y exteriorizaran la decisión para compartirla, pues como mencionan "ya lo van esperando". La decisión de tener hijos se integra como parte del proyecto de vida con la pareja; se platica, se planea y se decide la planificación familiar; en promedio piensan esperar dos o tres años después de casados para tener hijos.

Lo platicamos, primero haciéndonos chistes desde hace mucho tiempo, pero poco antes del embarazo lo platicamos ya de manera más seria; veíamos la posibilidad y estuvimos de acuerdo en que se diera. No fue una decisión tomada con cronómetro de decir hoy o mañana. (Jonathan, 20 años, un hijo de 4 meses.)

Sí, después de dos años de casados; yo la acompañé por los resultados de laboratorio, y cuando salieron positivos..., salimos de ahí abrazándonos. (José Ignacio, 32 años, dos hijos de 6 y 8 años.)

Sí, lo planeamos tres años después de casados y decidimos que íbamos a tener un hijo. (Óscar, 45 años, dos hijos de 14 y 18 años.)

La mayoría de los varones entrevistados participa en las decisiones reproductivas de manera conjunta: incorporan y asumen la decisión de tener hijos como parte del proyecto que van construyendo con la pareja, más que desde una posición de poder y autoridad o para probar su virilidad —como histó-

ricamente se ha dicho—. Estos hallazgos coinciden con los reportados por Alatorre y Luna (2000), quienes llevaron a cabo un estudio con varones de nivel socioeconómico medio de la ciudad de México y encontraron que el deseo de los hombres de tener hijos surge en el contexto de la familia. Cuando los hombres planean vivir con su pareja (en unión o matrimonio) o ya están en unión, la llegada de los hijos puede ocurrir en alguna de las siguientes condiciones: que el hombre proponga tener hijos, que el hombre acepte tener hijos ante la propuesta de la mujer, o bien que ante un embarazo no deseado ambos estén dispuestos a recibir al hijo. Los hombres no buscan la paternidad *per se*, sino que la conciben dentro de las condiciones reales, tanto afectivas como materiales.

Respecto a las razones que los llevaron a tener un hijo, la mayoría refiere el amor, fortalecimiento y unión con la pareja, además de las condiciones económicas; como explicó Jonathan (20 años, un hijo de 4 meses): “el hecho de que nos amáramos (nos seguimos amando); teníamos la posibilidad económica, ¡ya habíamos estado ahorrando un tiempo! Habíamos visto las posibilidades y no sé, el hecho de querer unirse quizá más a la pareja”. Considera Nolasco (1989) que el deseo de tener un hijo marca para un hombre una posibilidad de involucrarse y entregarse. Implica trascender la experiencia del placer sexual y a sí mismo, y con ello la ampliación del proyecto amoroso. La maternidad y la paternidad pueden rescatarse como proyectos de amor a través de las experiencias cotidianas de intimidad y encuentro con la pareja y los hijos.

### *La decisión del segundo hijo*

La decisión de tener los siguientes hijos se ve matizada por los cambios en las propias trayectorias, los momentos particulares y las características de construcción del tipo de familia que se pretende formar; si bien la mayoría no tiene proyectada una familia numerosa, sí piensa en dos hijos en promedio, dadas las implicaciones económicas y de tiempo que requiere el proceso de desarrollo y educación. Anderson (1997) asegura que en general las expectativas entre el primer hijo y los siguientes son diferentes, ya que se integra la experiencia de los costos del embarazo y la crianza, incluida la educación del primero.

La mayoría de los varones del sector medio tiene hijos únicos precisamente por las dificultades económicas y de educación que implica el respon-

sabilizarse de ellos, o bien posterga la decisión de un segundo hijo, como dice Serafín (31 años, un hijo de 4 años 6 meses): “Sí, pero más adelante; ahorita por lo pronto sería ver por este niño, tratar de sacarlo adelante y sí, por qué no, darle un hermanito. De hecho ella piensa que ya, ya debe de ser; pero no, vamos a esperar un poco más.”

Generalmente para los varones del sector medio el segundo hijo también se planea, y se decide aludiendo a que los niños necesitan un hermano para que no estén solos y porque les hace falta, pero casi siempre tras sopesar las condiciones económicas en que se encuentran, pues desde su perspectiva cada vez es más difícil cubrir las necesidades de tiempo, atención y educación que requiere el tener más de un hijo.

### *Preparación y vivencia del embarazo en los varones*

Otra interrogante de la vivencia de la paternidad se refiere a lo que los varones piensan y sienten durante el embarazo, y si de alguna manera se habían preparado para vivir la experiencia. El proceso de embarazo más allá de la connotación biológica o fisiológica, integra aspectos sociales, culturales y psicológicos que se van entrelazando en la relación con la pareja; sin embargo, como observa Figueroa (2000, 2001), existen dificultades para describir lo que el hombre vive durante el embarazo. Es frecuente decir “mi mujer está embarazada”, pero es raro que los varones digan “estamos embarazados” o “yo estoy embarazado”. Cuando algunos hombres se quieren involucrar en el proceso desde el embarazo llegan a decir “estamos esperando un hijo”, pero es raro que alguno diga en singular “estoy esperando un hijo”. Cuando quieren hablar a título individual dicen “voy a ser padre”; es decir, algo va a ocurrir, pero pareciera que nada está pasando durante ese trayecto de nueve meses.

Para los varones de nivel medio la vivencia del embarazo se va construyendo de manera relacional con la pareja: desde el deseo, la planeación y la manera en que se “enteran” del embarazo, cuando la pareja les informa, cuando asisten juntos a recoger los resultados de laboratorio. La mayoría sintió mucha emoción; una emoción que casi los deja paralizados, incluso los que no lo habían planeado refieren haberse sentido muy emocionados, contentos y felices.

¡Híjole! Pues bueno en esa ocasión, ya desde un septiembre Sonia fue con el ginecólogo a que le quitaran el dispositivo, pero no pasaba nada, nada, y sentíamos un poco de desilusión, y ni modo, ¿no?, le seguimos; incluso hasta pensábamos en los tecitos y cuanta cosa se podía dar. Y órale le entramos a los tecitos, y hasta la prescripción del curandero si fuera necesario. Y fue precisamente en un día del padre cuando ella me dijo, ¿no? Yo me levanté a las 5 de la mañana porque tenía muchas ganas de ir al baño y cuando regresé..., ella ya tenía bueno..., ¡tenía sobre la cama tendidos muchos juguetitos que previamente habíamos comprado, cuando íbamos al circo y cosas así, sencillonas ¿no? Una vez cuando fuimos a Cancún compramos una camiseta y cosas así, ¿no? Cuando se quitó el dispositivo, como que ya estábamos emocionados, como que todo estaba abierto a la probabilidad. Y en ese momento cuando la veo sentada en una silla a oscuras, le digo pues qué te pasa, o sea, ¿no?, por qué estás así, y me dice: "¡Tú enciende la luz!", y veo sobre la cama los juguetitos y el diagnóstico de laboratorio, ¿no? ¡Se había esperado 3 o 4 días para decirme! ¡Se había aguantado mucho tiempo para decirme! ¿no? Y pues primero dije qué pasa. ¡Ay! me dio mucha emoción, no lo esperaba; una emoción que no me dejó hacer mucho, ¿no? Después de ese momento pues fue dar la noticia a la familia. Pero en ese primer momento fue una emoción que no me dejó gritar, sino una especie de parálisis, ¿no? (Erick, 36 años, un hijo de 8 meses.)

La vivencia del embarazo para algunos varones se va integrando desde tiempo atrás; desde el deseo, la planeación, entrega y disposición como parte del proyecto amoroso con la pareja. La noticia del embarazo es algo muy significativo en sus vidas: con ella se inicia un proceso de reestructuración, planeación y cambio. Al preguntarles cómo se sintieron, comentan que los hizo sentir diferentes y vieron las cosas desde otro punto de vista; en su imaginario se incorporó la expectativa de la presencia del hijo. También para muchos de ellos fue una ilusión muy especial.

Cómo te explico... Te hace sentir diferente; te hace ver las cosas desde otro punto de vista. Te pones a ser como un niño otra vez; empiezas a planear voy a jugar con él, o le voy a enseñar esto o le voy a enseñar lo otro y te pones a pensar que, qué es lo que espera él o ella de ti; o sea es una ilusión muy especial. (Luis Alfonso, 26 años, una hija de 2 años 10 meses.)

La mayoría comentó haberse preparado durante el proceso de embarazo. Para los varones de nivel medio la preparación integra diferentes aspectos:

1) el económico, donde planean de manera conjunta con la pareja los costos hospitalarios, y la compra de ropa, cuna y accesorios del bebé; 2) emocional y sentimentalmente apoyando a la esposa, dedicándole tiempo, escuchándola, cuidándola y acompañándola en el proceso; 3) pensando en el hijo, preguntando e informándose sobre los bebés, pensando el nombre que le van a poner; también imaginando cómo va a ser ese hijo o hija, cómo lo van a educar, cómo va a ser de grande, y 4) poniendo más cuidado en su trabajo y reestructurando sus horarios para estar más tiempo con la pareja.

Sí, me preparé primero económicamente; vimos que tuviéramos la posibilidad de mantener un hijo, luego ver dónde tenerlo, No quisimos que fuera en el Seguro Social; queríamos que fuera en un hospital privado. Nos salió un poco caro, salió en 15 000 pesos el paquete, pero así lo quisimos y así lo platicamos. En otros aspectos uno se puede preparar pensando cómo vas a ser, cómo lo vas a educar y te imaginas algunas cosas; te lo imaginas de grande, te imaginas cómo va a ser tu vida con un hijo, pero pues llega el niño y te dice: "¡Pues no, así no, yo quiero de otra forma!", y de repente las cosas no son como uno las espera, pero es muy bello. (Jonathan, 20 años, un hijo de 4 meses.)

Pues hacíamos planes, pensábamos que si era niño o niña qué nombre le íbamos a poner; empezamos a preparar la ropa del bebé y pues compramos la cuna. (Juan, 43 años, dos hijas de 21 y 19 años.)

Me preparé económicamente echándole más ganas a mi trabajo, haciéndome de más confianza con la gente; me preparé sentimentalmente ayudando a mi esposa, dándole consejos, escuchando lo que ella me decía. Y de tiempo, acomodé mejor mi horario para poder estar más tiempo con mi esposa. (Marco, 35 años, un hijo de 8 años.)

El incorporar la importancia y reconsideración del trabajo durante el periodo de embarazo obedece a que éste les permitirá mantener una posición para cubrir los cambios económicos que se generan durante este proceso y la llegada del bebé, pero también se incluye el ajustar sus propias actividades laborales, reestructurando sus tiempos para estar más con la pareja.

Algunos naturalizan su participación durante el embarazo argumentando que es por instinto, porque lo sienten y les "nace" cuidar a la esposa, apoyarla, que ella sepa que están ahí; en una palabra, hacerse presentes.

Yo creo que uno lo hace porque ya es por instinto; uno lo hace muchas veces porque lo siente, porque le nace a uno, porque no es por que le digan a uno: "Tienes que cuidar a tu esposa porque está embarazada y tiene que hacer menos ejercicio" y todo eso; yo creo que eso viene de uno y así como que se siente la ilusión de tener un hijo, también se siente la necesidad de apoyar y de estar ahí siempre. (Serafin, 31 años, un hijo de 4 años 6 meses.)

Sin embargo, más que una cuestión de naturalidad, la vivencia y participación durante los nueve meses de embarazo forma parte de un proceso de aprendizaje tanto en las mujeres como en los varones; la manera como lo viven integra en principio el extrañamiento por los cambios que se presentan en la pareja, pues aunque sepan que se darán, nunca se imaginan que serán tantos. Además dicen que como en el primer trimestre "no ven nada", se sienten desconcertados y extrañados, pero por el acompañamiento de la pareja.

Para algunos varones del sector medio la participación durante este proceso se integra al acompañar a su mujer a las revisiones ginecológicas y cuando asisten al curso psicoprofiláctico de preparación durante el embarazo, parto y posparto, posibilitando la vivencia conjunta de esta experiencia.

Eh..., pues creo que dentro del primer trimestre fue así como que un poco era en la náusea y el vómito, algo extrañado, ¿no?, fuera de una condición que nada veía yo; entonces pues así como que, qué le pasa por qué tanto ¿no? Yo sabía eso pero no pensé que fuera tanto ¿no? Ya después de eso, ya lo pensé un poquito más ¿no?, porque las visitas con el ginecólogo eran un poco más frecuentes; entonces me empiezo a involucrar un poco más, me llevé la cámara de video para todo el asunto, ¿no?, regresando la imagen y todo eso, ¿no?. Nos metimos al curso psicoprofiláctico que fue muy largo porque fueron muchas semanas ¿no?, pero entonces sí, ya preocupado más por como la veía y cosas así; entonces sí preparar un poco más la recámara del bebé ¿no? Pero mucho el ir al curso fue el máximo involucramiento, hacer los ejercicios, y el involucrarme más con las labores de la casa, que si bien teníamos una persona que nos ayudaba, yo participaba más, aunque realmente siempre he participado en las labores de la casa. (Erick, 36 años, un hijo de 8 meses.)

Si bien para los varones una posibilidad de acompañamiento en la vivencia del embarazo es el curso psicoprofiláctico, dichos cursos no han sido promovidos lo suficiente por las instituciones de salud pública para integrar-

los como parte de las prácticas hospitalarias, a pesar de que se ha probado que benefician no sólo a las mujeres sino a los varones en el proceso de aprendizaje y relación como pareja y con el hijo por nacer.

La vivencia durante el proceso de embarazo como un evento relacional integra el acompañamiento y la posibilidad de compartir experiencias como mujeres y varones, ya que no podríamos reducirlo únicamente a los cambios fisiológicos que ocurren en las mujeres, pues algunos varones reconocieron haber experimentado también cambios en sus cuerpos: "Yo durante los tres embarazos sufrí cambios físicos, me daban ascos, me sentía mareado en ocasiones". (Mario, 41 años, un hijo de 10 años y dos hijas de 14 y 12 años.) Sin embargo, no se han documentado las vivencias de los varones durante este proceso, en parte por la visión biologizada del embarazo como única en las mujeres donde sólo aparecen como meros espectadores y no como participantes del proceso. Figueroa (2000) plantea que de acuerdo con diferentes estudios lingüísticos, cuando hay realidades que no se describen o no hay términos para describirlas, la gente acaba creyendo que no existen en la realidad. Describir la realidad que vivieron a lo largo de esos nueve meses es significativo, ya que por lo que narran los entrevistados, muchas de sus experiencias, emociones y sentimientos en el proceso, en ocasiones parecen similares a las que vivimos las mujeres, por lo cual podríamos compartir nuestras vivencias y en ese sentido ir construyendo un proyecto conjunto en el espacio reproductivo desde el embarazo, el parto y la crianza de nuestros hijos.

### *Inicio de la paternidad y de la relación con los hijos*

Otro aspecto que me interesaba documentar fue el inicio de la paternidad: saber en qué momento se habían sentido padres, ya que parece haber un desfase temporal entre el inicio de la maternidad y el de la paternidad. Socialmente se interpreta que la maternidad empieza con el embarazo, ¿y la paternidad?

Algunos consideran que empiezan a ser padres desde el embarazo, como dice Carlos (37 años, un hijo de 14 años): "desde el momento en que ella comienza a decirte '¿sabes que estoy esperando un bebé?', uno se comienza a preparar para ser padre"; o como dijo Mario (41 años, un hijo de 10 años y dos hijas de 14 y 12 años): "En el momento que se embarazó mi esposa." Podría decir que socialmente la paternidad se inicia con el conocimiento del embarazo, aunque para muchos otros comienza desde el momento en que

incorporan el deseo, la decisión y la planeación de un embarazo, concretándose cuando se notifica formalmente con los resultados de laboratorio.

La mayoría refiere que fueron padres y se relacionaron con sus hijos desde el embarazo: platicándoles, poniéndoles música, acariciando y tocando el vientre de la compañera, pues desde su subjetividad perciben ciertas reacciones. Si bien estos comportamientos pueden estar infuidos por los nuevos discursos y representaciones psicologizadas de la maternidad y la paternidad, también les dan la oportunidad de relacionarse y participar de manera cercana con sus hijos desde el embarazo.

Pues yo pienso que desde el embarazo, porque les platicas; no sé si esté comprobado que te escuchan, pero sí hay ciertas reacciones ¿no? Si le sobas el vientre ¡patea! Y ya cuando nació, no me la quitaba de encima a ella: le quería poner música, todo, todo. (Mario, 41 años, un hijo de 10 años y dos hijas de 14 y 12 años.)

Para otros varones la paternidad comienza en el momento que nacen sus hijos, cuando físicamente los pueden ver, tocar, acariciar y cuando empiezan a participar en las actividades cotidianas, cuando hay que atender al nuevo invitado.

Después de que él nació..., cuando él ya nació supe yo qué era ser papá; comencé yo..., a darle la mamila, a cambiarlo, a bañarlo; comencé a ser experto en la materia, a saber sobre las enfermedades de los bebés, el cómo duerme, si chilla por qué chilla, porque después de que él nació me sentí papá. (Carlos, 37 años, un hijo de 14 años.)

Algunos comentan que fue al mes cuando tuvieron más confianza y fueron asumiendo una forma de participación más cercana; es un intercambio que va creciendo y los va atrapando a grado tal que experimentan un tipo de "enamoramiento" por el hijo.

Yo creo que fue como al mes, cuando tuve más confianza en agarrarlo, porque mis cuñadas siempre decían que era muy pesado, le decían al niño: "¡las pesadeces de tu padre!" Yo creo que lo agarraba algo rudo o lo cargaba muy rápido, o le daba vueltas muy rápido ¿no? No sé, pero fui agarrando más confianza porque en ese momento el niño no me daba ninguna respuesta ¿no?: estaba jugando casi, casi conmigo mismo ¿no? Pero..., ¡Hijole!, yo creo que como a los 4 o 5 me-

ses es cuando ya nos empieza a medir más, empieza a sentirte más [...] entonces es cuando yo siento más el contacto, cuando le hablo, cuando le doy las cosas, cuando me ve; esto me hace sentir muy bien, y esto ha ido creciendo cada vez más, al grado que yo le decía a Sonia alguna vez: “¡Es que estoy enamorado!”, ¿no?, porque cada vez me atrapa más su compañía..., y ahora que anda gateando, es para mí..., pues..., divertido, porque yo también ando gateando con él normalmente en el departamento. (Érick, 36 años, un hijo de 8 meses.)

También la gran mayoría percibe y reconoce el papel activo y la participación de los niños en su capacidad de “agencia” y persona, Erick asegura: “Nos empieza a medir más”, “Empieza a sentirte más”, y Roberto (25 años, una hija de 1 mes de nacida) comparte la experiencia con su hija: “Los bebés..., se puede decir que desde que nacen te entienden y sienten cuando tú los quieres, sienten cuando estás enojado.” El reconocer que los hijos desempeñan un papel activo les permite reestructurar nuevas formas de relación y ejercicio paterno.

### *Participación en la crianza*

La discusión en torno de los derechos y responsabilidades de los varones en el espacio de la crianza, nos lleva a un replanteamiento que va más allá de la concepción biológica. Figueroa y Liendro (1995) proponen que se deberían integrar las decisiones en el ámbito de la concepción y las formas como se asumirá la crianza de los hijos.

El proceso de crianza como un acto social integraría la participación tanto de mujeres como de hombres. Ehrensaft (1992) propone el término “criar” (*parenting*) en lugar de “ser maternal” (*mothering*) para evitar la representación de las responsabilidades del cuidado de los hijos sólo como el trabajo de la mujer e incluir a los hombres en el concepto. Argumenta que cuando pensamos en los hijos no como propiedad sino como seres dependientes que necesitan cuidados, el asunto político se convierte no en uno de derechos sino de responsabilidades de los cuidadores, donde ambos miembros de la pareja se asumen corresponsables del bienestar físico, emocional, afectivo e intelectual de los hijos.

En el caso de varones con hijos pequeños, éstos participan al preparar y darles las mamilas y papillas, bañarlos, jugar, cuidarlos, y en ocasiones arreglarles su ropa. Cuando se encuentran en edad escolar algunos dicen que en ocasiones preparan el desayuno y el refrigerio para la hora del recreo; se orga-

nizan con la pareja para llevarlos a la escuela, hacer algunas tareas con ellos, asistir a las juntas del colegio, platicar y jugar cuando llegan del trabajo por las tardes o noches.

Las actividades varían dependiendo de la organización y la estructura familiar; en las familias donde la pareja tiene un empleo remunerado generalmente es necesaria la distribución de actividades con los hijos. Cuando pregunté si realizaban estas actividades porque la compañera las había solicitado o asignado, la mayoría comentó que no, que lo hacían porque a ellos les gustaba y lo querían hacer.

También como parte de la estructura familiar, las prácticas de crianza cambian dependiendo del número de hijos: no es lo mismo distribuir las actividades cuando se tiene un hijo que cuando se tienen dos o más. Los varones entrevistados mencionan que con el primer hijo aprenden y ensayan muchas cosas que con los siguientes van reafirmando, y retoman el aprendizaje a partir de las experiencias previas en cuanto a su relación y los cuidados que necesitan los niños, incorporando los errores y reestructurando la relación, aprendiendo con cada hijo. Como asegura José Ignacio (32 años, dos hijos 6 y 8 años): “Con el segundo hijo ya llevas como mucho aprendizaje a partir de lo que viviste con el primero, y ya sabes qué cosas son o no tan convenientes con los niños.”

Con los segundos hijos se reajusta no sólo la relación con la pareja y con el primero, sino con ellos mismos como padres, ya que su atención deberá ser diferencial y única con cada hijo, sin descuidar la relación con la pareja; es un momento de transición y cambio en sus vidas que implica distribuir tiempos, actividades y formas de relación. Varios refieren que para ellos es difícil el manejo e incorporación de la relación entre hermanos, ya que en ocasiones no saben cómo hacerlos comprender que cada uno requiere atención, tiempo y respuesta a sus necesidades. Esto se agudiza cuando el segundo presenta algún problema o afección; el que el primer hijo entienda que el segundo requiere en ocasiones de mayor atención les preocupa mucho e incluso sufren cuando no logran distribuir de manera adecuada sus tiempos, atenciones y cuidados para cada uno de los hijos.

Sin embargo hay una idea bastante generalizada respecto a que los hombres no son expertos en la crianza de los hijos. Tellería (2001) asegura que en Bolivia, como en otros países latinos, se educa para “inhabilitar a los hombres” en el mundo privado; por ejemplo con frases como “Tú no cambies los pañales del bebé porque tú no sabes; yo lo voy a hacer”, o “Los hombres no tienen por qué estar en la cocina” se perfilan estereotipos y ámbitos de refe-

rencia genéricamente diferenciados. Socialmente se ha construido una mirada naturalizada y biologizada de la crianza, donde el varón en su ejercicio como padre debe compartir la óptica femenina en la crianza de los hijos, y pensar que un niño estará bien cuidado si recibe los cuidados y la atención al estilo femenino.

En ocasiones se ha llegado a hablar del proceso feminizado de la paternidad, lo que hace sentir "incapaz" a cualquier novato que incursiona en una práctica nueva. Rodríguez (1998) menciona que generalmente los hombres tienden a colocarse frente a la situación de crianza como quien mira desde afuera, copia y aprende si le es posible; se lo plantean como adquirir un conocimiento, un aprender desde la madre o la abuela y no deja que surja y se legitime el saber de los padres en la relación con su hijo.

Conforme a estas consideraciones me interesaba indagar las experiencias de los varones en su desempeño como padres en el cuidado y crianza de sus hijos, y encontré que para la mayoría su ejercicio como padres incorporó un proceso de aprendizaje continuo, de enfrentarse a situaciones nuevas que les requirieron construir un proceso conjunto en la relación con sus hijos.

En ningún momento me he sentido incompetente; si no me preparé antes de que naciera, yo creo que ya después traté de aprender todo. Hubo cosas que no sabía y creo que hasta me volví experto en esto, ¿me entiendes? [como si yo como mujer no pudiera entenderlo]. No creo yo haber estado lejos de lo que en un momento dado era darle alimentación: te vuelvo a repetir, yo lo vestía, lo bañaba, yo hacía su mamila, le daba de comer y cosas así por el estilo; cuando fue creciendo yo lo llevaba a la escuela, iba a las juntas, le ayudaba a hacer sus tareas. Entonces no creo haber fracasado. (Carlos, 37 años, un hijo de 14 años.)

Mira, como nos hemos distribuido el cuidado del bebé entre mi esposa y yo de acuerdo a nuestros tiempos y actividades laborales, he tenido que aprender muchas cosas con él; incluso una vez se machucó fuertezón con un bote de basura que tenía una tapita, y no me di cuenta porque él estaba jugando atrás de mí y yo estaba planchando su ropa, por cierto; estaba planchando su ropa hasta que de repente se oyó un grito muy fuerte: cuando lo levanté y vi el dedo donde se había machucado me espanté tanto que cuando lo cargué, después ya no supe qué mano se había machucado, ¡no! [sonríe]. Le veo una mano y asquerosa; le veo la otra y asquerosa, entonces pues ya lo consideré un poquito, pero le duró como media hora el sentimiento. Después ya le lavé las manos y vi que no tenía nada; después ya lo senté en el piso con el mismo bote pero sin la tapita

con la que se machucó, y se movía muy chistoso porque abrazaba el bote y se ponía a llorar ¿no? [sonríe] muy, muy chistoso. Todo esto a mí me deja así como muy claro: que yo sí lo disfruto mucho, ¡no!, sobre todo cuando estoy solo con él; está pesado y no lo aguanto mucho cargando, por eso entonces al suelo, y ahí me la paso, que si ya quité una mesita, que si ya quité esto otro ¿no?, cuidándolo constantemente. (Erick, 36 años, un hijo de 8 meses.)

Sí, hay muchas ocasiones en que estoy trabajando y tengo a mi hijo con una mano, sentado aquí, casi agarrado con mi mano y mi cuerpo como haciendo sillita y con la otra mano trabajando, y entonces me dice mi mujer “¡Ay, pero mira nada más cómo tienes al niño!” Yo le contesto: “Pues ve, aquí quiere estar”, y ya lo deja conmigo hasta que lo duermo. (Vicente, 36 años, dos hijas de 10 y 14 años y un hijo de 5 meses.)

La mayoría de los varones de nivel medio reconoce que “tuvó que aprender”, y se puede aprender participando y disfrutando en las diversas actividades cotidianas con los hijos; quizá habría que darles oportunidad de que participen venciendo, en muchas ocasiones como las mujeres, los miedos y reticencias. En mi práctica como psicóloga he escuchado múltiples comentarios que integran el pensar y el sentir de muchas mujeres agobiadas por la variedad de actividades que tienen que realizar, y cuando se les propone que dejen más tiempo a los hijos con sus compañeros o que deleguen ciertas actividades suelen decir: “Es que no lo va a hacer bien; no sabe cómo cuidar a un niño y a veces menos a una niña”, “Si se los dejo es capaz que los deja morir de hambre porque no sabe hacer nada; se los he dejado en la tarde y cuando regreso ni siquiera les ha dicho que se bañen”. Cuando he podido cuestionar a los varones, llegan a comentar: “Pues sí, no les dije que se bañarían porque estábamos jugando, o estuvimos haciendo otras cosas, o simplemente vimos televisión juntos y nos la pasamos muy bien; ¿tú crees que los podría matar de hambre?, pues no; me las ingenio y preparo cualquier cosa para que comamos.”

Quizá muchas mujeres tratamos de evaluar desde nuestra perspectiva feminizada del cuidado la actuación de los varones, asumiendo en ocasiones tal grado de especificidad en las actividades, rutinas y tiempos, que muchas veces no nos parece “adecuada” la forma en que las realizan ellos. Valdría la pena reflexionar para comprender nuestras reticencias, nuestros miedos; recuperar las experiencias y vivencias para construir de manera compartida, dando margen a la tolerancia y la posibilidad de aprendizaje de los varones.

Figuroa (2000) sostiene que cuando se margina a los varones de la crianza pierden la riqueza que genera la convivencia con los hijos, el placer que representa el recrearse con el proceso de aprendizaje infantil, no únicamente como diversión, sino como medio que brinda la posibilidad de replantear valores y repensar prejuicios.

*Descubrimientos y aprendizajes de los varones a partir de la relación con sus hijos*

Figuroa (2000) expone que algunos pedagogos han propuesto que el principal objetivo de la educación es desarrollar la autonomía de las personas que se están educando, y por ende, una de las posibles acciones de los padres es crear un entorno para que sus hijos avancen en su ser autónomo. En este proceso pueden establecerse relaciones de aprendizaje mutuo y ello supone que el padre acepte que tiene algo que aprender del hijo; es decir, que no se trata únicamente de una relación donde el padre es el guía y los demás deben aprender de lo que él proponga, sino que todos pueden aprender y recrearse en la convivencia.

Al indagar con los varones del sector medio si habían aprendido algo en la relación con sus hijos, la mayoría comentó que sí, que habían aprendido a expresar sus emociones y sentimientos.

A externar mis emociones y sentimientos. Cuando nació el niño, Sonia fue la primera que le dijo "¡bienvenido!", y yo no se lo dije; y me sentí de alguna manera mal, porque yo no se lo había dicho; o sea como que después de la reacción dije: "¿pues qué será? ¿por qué estamos muy acostumbrados a no decir las cosas?" —dije dentro de mí. Y en la convivencia con él he aprendido a decirle muchas veces que lo quiero, que lo respeto y que muchas gracias porque me ha ayudado a descubrir muchas emociones y sentimientos que tenía escondidos y que con él los he podido sacar. (Érick, 36 años, un hijo de 8 meses).

En la relación y convivencia con los hijos algunos varones aprenden a expresar sus emociones y sentimientos, van confrontando sus miedos y muestran el lado afectivo y enriquecedor en la crianza y educación, modificando y resignificando los mandatos patriarcales que les han adjudicado en tanto miembros del género masculino.

Figueroa (2000) aconseja recuperar la ternura como paradigma de convivencia, ya que no únicamente facilitará el desarrollo de un sentimiento de solidaridad entre los hijos, sino replanteará las potencialidades de los hombres como padres, que son capaces de compartir y disfrutar sus sentimientos con sus seres más cercanos. Ello es posible avalando y creyendo que es factible “recrearse con la crianza”, descubriendo el proceso de ser y rehacerse como persona en un marco de diálogo crítico y respetuoso.

Sin embargo no es sólo el reconocimiento y expresión de emociones y sentimientos lo que los varones aprenden en el ejercicio y práctica de la paternidad —ya que los entrevistados aceptan de manera recurrente que han aprendido sobre el desarrollo de los niños— sino también a cuidarlos y apoyarlos. Estos datos coinciden con los de Olavarría (2000) quien en su investigación “Ser padre en Santiago de Chile” observa que los varones de nivel medio y medio alto son quienes más participan en las actividades de cuidado y crianza de sus hijos, que el bañarlos, prepararles los biberones o la comida, el jugar con ellos, apoyarlos en las tareas escolares y otras actividades más les ha permitido acercarse como padres y tener mayor conocimiento sobre sus hijos.

Podría asegurar que la paternidad incorpora un proceso continuo de aprendizaje: la mayoría de los varones que entrevisté reconoció que día con día se aprende algo nuevo, que la relación con sus hijos incluso les ha enseñado a reconocer sus propios errores como padres.

Yo creo que no se deja de aprender siendo padre; día con día se aprende algo, algo nuevo, porque yo creo que [...] es el empleo más importante que nosotros como hombres tenemos, porque no terminas de aprender y no terminas de trabajar. Mi hijo me ha enseñado muchísimo; por ejemplo me ha enseñado a que tengo que tratar a la gente como trato a mi hijo, a darle la importancia a la gente como a mi hijo, a entender la necesidad de mi hijo con la necesidad que tiene la otra gente. (Carlos, 37 años, un hijo de 14 años.)

He aprendido de ellos [...] tal vez muchas veces al caer en errores en el momento de tener discusiones inútiles con mi esposa, ellos me han hecho ver que eso es malo, que debe existir el diálogo primero. (Martín, 39 años, un hijo de 21 años, tres hijas de 20, 16 y 14 años.)

Si bien la investigación documental muestra que la influencia de la presencia del padre en el desarrollo de los hijos tiene efectos favorables, éstos se

advierten también en el padre a partir de lo que aprende en la relación con sus hijos. La mayoría de los varones entrevistados reconoció haber aprendido a exteriorizar sus emociones y sentimientos, también sobre el desarrollo de sus hijos, y a jugar y a recrearse con ellos en sus espacios, en su lógica y en sus tiempos; han aprendido a comunicarse, a dialogar, a reconocer la importancia de las personas y sus necesidades, así como a reconocer errores. Han aprendido y experimentado nuevas formas de relación con los hijos como manera de ejercer las diferentes posibilidades que incluye la paternidad.

### *Cómo han vivido su paternidad*

Todos coinciden en que la han vivido muy bien, muy a gusto; la experiencia de la paternidad ha sido un proceso de construcción y reconstrucción en sus vidas; el incorporar la presencia, necesidades y afectos por medio de la relación con sus hijos los ha llevado a considerar que el ser padre les ha dado un sentimiento de felicidad, compromiso y entrega que no se reduce a la etapa en que los hijos son pequeños, sino a toda su trayectoria de vida.

Para los varones que tienen hijos pequeños, la emoción y el disfrutar la compañía de la pareja y los hijos sigue presente,

[...] mmm..., pues yo creo que me la he pasado muy bien, he sido muy feliz, yo creo que tiene que ver con que apenas tiene cuatro meses y todavía sigo muy emocionado... Me llevo bien con mi mujer, estamos los tres en el departamento, tranquilos, trato de que sea y de que seamos lo más posible felices; no sé, para mí es un proceso muy bello. (Jonathan, 20 años, un hijo de 4 meses.)

Esta experiencia no se reduce a la temporada en que los hijos son pequeños, ya que expresaron pensamientos y sentimientos similares con hijos adolescentes o adultos “pues ha sido bonito, maravilloso el ser padre para mí” (Juan, 43 años, dos hijas de 21 y 19 años).

Para la mayoría de los varones de nivel medio la vivencia de la paternidad implica un proceso de cambio constante en la trayectoria de vida de sus hijos, donde se reconoce el compromiso en la crianza y el aprendizaje que de ello se deriva, pero también el temor y el miedo a no poder afrontar situaciones inesperadas como alguna enfermedad de sus hijos, a no “saber” si su actuación es la adecuada, y esto los lleva a un reajuste continuo en su ejercicio paterno que llega a transformar su propia vida.

La vas viviendo por etapas, son diferentes etapas las que pasas: la etapa en la que te da miedo cuando estás esperando a tu hija, te entra el miedo de si viene bien, no va a haber ningún problema, iré a hacer bien las cosas; la etapa en la que empiezas a cambiar pañales, a hacer mamilas, a bañar al bebé; la etapa en la que te emocionas cuando empieza a caminar, cuando le hablas y voltea y se ríe, cuando empieza a caminar; la etapa en la que tú le empiezas a enseñar cómo se llaman las cosas, qué es un vaso, qué es una silla, una puerta, pues es..., es una enseñanza muy bonita. (Luis Alfonso, 26 años, una hija de 2 años 10 meses.)

Como parte del proceso y vivencia de la paternidad se integra el que les haya ayudado a madurar y valorar más su trabajo, "Ahorita, ¡hijo..., es algo muy bello!, me ha ayudado a madurar bastante, me ha enseñado a valorar más el trabajo, a tomarlo mucho más en serio, a luchar por sacar adelante a mi esposa y a mi hija" (Roberto, 25 años, una hija de 1 mes de nacida).

Además de vivirlo muy bien, les ha permitido reconocer errores; como aceptó José Ignacio (32 años, dos hijos de 6 y 8 años): "Lo he vivido muy bien, pero sí me doy cuenta de que he tenido algunos errores, me falta superar más cosas para poder ser mejor con ellos."

Hay consenso en la forma como han vivido su paternidad, al asegurar que la han vivido muy bien y muy a gusto; en sus propios términos: "padrísimo".

Muy bien en estos años que he podido ser padre; mi hijo tiene ocho años y me he sentido muy a gusto con todo lo que he podido dar, con la forma en que lo he podido educar; yo me siento muy a gusto. (Marco, 35 años, un hijo de 8 años.)

Me gusta mucho, te lo podría concretar en una palabra: ¡padrísimo! No cambiaba mi vida [...] fíjate, me han costado mucho trabajo, me han costado, pero aun teniendo al tercero que no hubiera yo querido, me siento bien contento, la verdad. (Vicente, 36 años, dos hijas de 10 y 14 años y un hijo de 5 meses.)

Otra forma de vivir su paternidad ha sido disfrutándola, compartiendo la relación y entrega con los hijos con un sentimiento de gozo y satisfacción.

Híjole es que..., te soy honesto, todos los días yo disfruto, tú llegas y abrazas un hijo, platicas con él, ves el comportamiento y sus ideas como adolescente y lo disfruto; antes yo llegaba y..., el oírlos gritar, cuando lloraban eso me gustaba, yo decía: "es que esto no lo voy a volver a oír, no voy a volver a oír el grito, sus

risas, el verlos jugar”. A mí me encantaba verlos siempre, estar observándolos; son de las experiencias más gratas. También como experiencia el ver que un hijo tiene valentía y que lo ves disfrutar cuando está en el mar y se arriesga, el llevarlo a lugares a donde tú nunca pudiste ir cuando tuviste su edad y verlos cómo lo disfrutan; yo disfruto cuando ellos disfrutan. Por eso me gusta mucho viajar, y cuando estoy en un lugar y no están mis hijos siento que no vale la pena, que no estoy completo. (Óscar, 45 años, dos hijos de 14 y 18 años.)

Difícilmente podrá haber alguna satisfacción y emoción igual a la de encariñarse, amar y participar en la crianza y cuidado de nuestros hijos. Algunos varones y también algunas mujeres nos redescubrimos como personas a partir de la relación y convivencia cotidiana con los hijos, donde los vamos conociendo y a la vez nos van conociendo; el afecto, cariño y entrega van creciendo. El proceso de crianza da la ocasión de volver a vivir y experimentar “admiración”; descubriendo, compartiendo y disfrutando la relación se va construyendo un sentido de vida diferente. Aunque también se incorporan muchas dudas y temores por no saber si se está actuando de manera adecuada, si se están cumpliendo las responsabilidades como padre.

#### LA PATERNIDAD SIGNIFICA...

La paternidad se convierte en una función, tamizada por los imperativos de los discursos sociales, aunque también se notan algunos cambios: padre ya no es el que tiene biológicamente hijos —“el sólo tenerlos no te hace padre”— tampoco es el que otorga un apellido, sino el que se involucra, participa y se responsabiliza en el cuidado, educación y atención de las necesidades de sus hijos; un padre es el que se ocupa de ellos no sólo cuando son pequeños sino a lo largo de su vida; es un proceso que no termina y requiere aprendizaje y preparación constantes.

Una experiencia que no acaba hasta que te mueres; nunca la acabas de desarrollar en realidad, porque aunque tengas a tus hijos y a la vez ellos tengan los suyos, sigues y sigues aprendiendo y teniendo experiencia con ellos no importa que sean adultos. (Mario, 41 años, un hijo de 10 años y dos hijas de 14 y 12 años.)

Si bien la paternidad integra el proveer, la responsabilidad, compromiso, dedicación y tiempo en el cuidado, crianza y educación de los hijos, tam-

bién se incorporan otros significados como el juego y el aprendizaje conjunto, el dar vida al amor que se tiene en pareja. Como explicó Luis Alfonso (26 años, una hija de 2 años 10 meses): “La paternidad significa un juego, porque te lleva a muchas cosas; es un juego en donde tú aprendes, donde haces que el niño aprenda, donde haces que tu pareja aprenda. Que yo siento que..., que todo lo que aprendes puede ser un juego.”

La paternidad para algunos varones integra la relación amorosa con los hijos; llegan a considerar que es una reconciliación con la vida, una posibilidad de crear con los hijos, lo cual le da valor a su existencia; es una bendición y lo mejor que han hecho en su vida.

¡Hijole! No te sabría decir así como que mucho, porque no sé, son tantas cosas... Alguna vez una persona decía que..., ¿era una reconciliación con la vida! Yo creo que sí, yo coincido con eso; cuando lo ves ahí, cada vez estás más enamorado de él en ese sentido de estar ahí. Cuando llego del trabajo y estoy con él, lo abrazo y sé que me está buscando, y quiere estar conmigo y yo siento mucha emoción, incluso mis alumnos cuando me preguntan: “y cómo está tu hijo,” me hacen recordarlo con mucha regularidad; cuando lo llego a ver enfermo me hace sentir muy preocupado... He reflexionado mucho. Una persona también me hizo reflexionar mucho cuando mi hijo era bebé y me decía huélelo, huélelo mucho; todos los días huélelo, y sí, fue un ejercicio cotidiano, el estar muy cerca de él, el recordarle que es un niño muy querido, muy deseado. (Erick, 36 años, un hijo de 8 meses.)

Para mí, la paternidad significa el saber que hay alguien por quien existes. (Carlos, 37 años, un hijo de 14 años.)

Es una bendición, porque yo en lo personal me siento muy afortunado de haber sido padre de mis dos hijas..., muy afortunado. Muy afortunado por la sencilla razón de que la paternidad a veces no es como uno la cree, sino como la va uno viviendo, conforme pasa el tiempo, desde que son niños, bebés, hasta que ya son adultos, pues he tenido esa fortuna de disfrutarlo. (Juan, 43 años, dos hijas de 21 y 19 años.)

La paternidad para mí significa lo mejor que he hecho en mi vida. (Daniel, 32 años, un hijo de 10 años y una hija de 5 años.)

En la mayoría de los entrevistados se nota un proceso de cambio y resignificación genérica al cuestionarse los roles y significados de los estereo-

tipos masculinos y la paternidad socialmente asignados; suelen rebatir los valores que se centran en el poder económico, la autoridad, la ausencia, distanciamiento y poca participación de los varones con los hijos, y por el contrario, aparece una mayor participación desde la decisión reproductiva con la pareja hasta la distribución de actividades de cuidado y crianza de los hijos. Como aclaran De Keijzer (1999) y Gutmann (2000), hay diversidad de significados sobre la paternidad, lo cual refleja la subjetividad de los varones de acuerdo con las condiciones y circunstancias de vida. Como dijo Carlos (37 años, un hijo de 14 años):

[...] en algún momento dado yo tenía otro concepto. El ser padre pensé que nada más era trabajar, dar dinero y hasta ahí; yo no sabía que se le tenía que dar cariño, que se le tenía que dar amor y muchísimas cosas más, y ahora que lo sé; créemelo sé que voy ganando, porque nunca dejás de aprender.

Se van integrando cambios en la vivencia, experiencia y significado en torno de la paternidad y de la función como padres, la cual desde la subjetividad de la mayoría de los entrevistados integra un carácter relacional con la pareja y los hijos.

#### CONSIDERACIONES FINALES

La paternidad está caracterizada por la complejidad y por las contradicciones que se generan en algunos varones. Para muchos representa un cambio en sus vidas, significa fundar una familia, lo cual los lleva a aceptar mayor responsabilidad con la pareja y los hijos; la pareja adquiere un papel importante en el proyecto de vida e influye en la forma en que el varón va asumiendo un compromiso y participa en el proceso reproductivo y la crianza de los hijos; la autoridad sigue presente en muchos, aunque se notan algunos cambios que plantean relaciones más igualitarias, cercanas y afectivas con los hijos y se encuentra la posibilidad de disfrutar y gozar la experiencia de la paternidad. Es en el ámbito familiar donde se podrían afirmar, pero a la vez cuestionar las bases y estereotipos de la identidad en los varones, y una posibilidad está en el ejercicio de la paternidad.

Lo que permiten ver los entrevistados es que cuando se integran en la subjetividad el deseo, la planeación y decisión de los hijos como parte del proyecto de vida, la paternidad se experimenta como algo extraordinario que llega a cambiar la existencia de algunos varones, quienes replantean y resig-

nifican la propia vida a partir del intercambio relacional con la pareja y lo que van descubriendo y aprendiendo con los hijos. Conuerdo con Lerner (1998) en que es necesario ampliar los estudios sobre varones incorporando al ámbito de la reproducción el ejercicio de la paternidad, ya que se ha restringido y en ocasiones excluido a algunos de las vivencias más cercanas a la procreación, el embarazo, el parto y la crianza, donde la relación y la cercanía con sus hijos llegan a ser sumamente significativas, llenas de experiencias que redimensionan la identidad en los varones, y otorgan a sus vidas un sentido que nunca habían pensado; pero de ello poco se ha hablado y documentado.

En el trabajo de investigación me pude dar cuenta de que si bien el ejercicio paterno integra parte de los discursos sociales basados en estereotipos sobre la actuación de los varones, al escuchar las experiencias de los participantes se percibía su oposición a dichos estereotipos al ser padres de una manera cercana, afectiva y comprometida con los hijos, pero que ha sido acallada. También puedo decir que la entrevista en sí misma generaba cierto proceso reflexivo. Fue un espacio donde ellos se sentían escuchados pero a la vez donde podían hablar de aspectos de su vida íntima en un clima de respeto, porque en el proceso de construcción identitario pocas veces se brinda a los varones la posibilidad de externar sus temores, miedos o incertidumbres, pues se tocaría la parte vulnerable que pondría en cuestionamiento el ser hombre, o el no serlo suficientemente, dados los estereotipos socialmente contruidos.

Durante las entrevistas encontré algo interesante: al principio la gran mayoría mostraba una actitud de fortaleza e invulnerabilidad: sus respuestas eran cortas o muy concretas; sin embargo, a medida que avanzábamos en las entrevistas su actitud iba cambiando: parecían cada vez más comprometidos e interesados en las preguntas que les hacía y ya sus respuestas eran mucho más elaboradas y reflexionadas. Había ocasiones en que durante la segunda sesión de entrevista retomaban aspectos que anteriormente habíamos comentado, reelaborándolos y reestructurándolos una y otra vez. Era mediante la acción discursiva en el proceso dialógico como los varones tenían la oportunidad de reflexionar acerca de eventos de su vida que habían callado porque desde su perspectiva parecían obvios o naturales; sin embargo a partir de mis preguntas resultaba que no eran tan obvios o naturales y se generaba un proceso donde ellos reflexionaban acerca de los motivos o razones por las que habían actuado o actuaban de esa manera y con qué finalidad. Éste es un aspecto que vale la pena resaltar y que considero necesario seguir documentando en el proceso de investigación con varones.

Tratando de ser congruentes con la aproximación cualitativa, cabe considerar el sexo del investigador, pues analizamos y escribimos desde una visión de género; en este sentido vale la pena decir que la manera en que nos aproximamos no es neutral; en mi caso particular reflexiono y hablo desde mi posición como mujer. A partir de la revisión teórica, de mi propia experiencia en el trabajo psicológico con familias y varones, y de mi vivencia de ser madre de dos hijas, pude ir elaborando y conformando una serie de cuestionamientos. Por un lado me enfrentaba a una manera de ver a los varones según la cual muchas veces sus actuaciones mostraban distancia y poco compromiso en el ejercicio de la paternidad, refrendando el estereotipo centrado en el ejercicio del poder y la autoridad frecuentemente cuestionado por sus parejas e hijos. Sin embargo, en otras ocasiones tenía la posibilidad de encontrarme con varones comprometidos que participaban en la crianza de sus hijos de manera conjunta con la pareja, así como también con algunos estudios e investigaciones sobre paternidad como la de Gutmann (2000), que aluden a formas más armoniosas de relación ejercidas por los varones —y criticadas por sus amigos o compañeros, quienes llegan a decirles “mandilones” o poco hombres por darse la oportunidad de ser distintos.

Como me enfrentaba a diferentes maneras de ver y conceptualizar las actuaciones de los varones, traté de abordar el estudio justamente desde la diversidad y procuré indagar como investigadora cómo pensaban, vivían y significaban su experiencia en su ejercicio paterno, enfrentándome en muchos casos a confrontar algunos puntos de vista previamente elaborados como el de que los varones no incorporarían como parte de su proyecto de vida la expectativa de ser padres, o el de que vivieran ajenos al proceso de embarazo, parto y crianza. Sin embargo en las entrevistas grabadas se percibían la mayoría de las veces elementos contrarios.

Es probable que se llegue a cuestionar la validez de la información y el análisis precisamente porque fue conducido y elaborado por una mujer; sin embargo, como todo proceso de investigación, éste conlleva una carga valorativa desde mi posición como mujer que investiga a varones y escribe acerca de ellos, pero no por ello es menos válido. Probablemente si la llevase a cabo un investigador, su visión y manera de abordar la entrevista y lo que los entrevistados pudieran decir respecto de sus experiencias serían diferentes, y él elaboraría y construiría las conclusiones dada su posición genérica. Considero que la validez y legitimidad de la investigación no debe ser acotada por el género de quien investiga, que habrá de hacerse presente en la

investigación misma, incorporándose genéricamente como una manera en la cual se acerca a los eventos sociales de los cuales pretende dar cuenta.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Ainsworth, Martha y Susan Bell (1969), "Some Contemporary Patterns of Mother-Infant Interaction in the Feeding Situation", en Anthony Ambrose (ed.), *Early Infancy*, Nueva York, Academic Press, pp. 133-162.
- Alatorre, Javier y Rafael Luna (2000), "Significado y prácticas de la paternidad en la ciudad de México", en Norma Fuller (ed.), *Paternidades en América Latina*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 241-276.
- Anderson, David (1997), *Men, Reproduction and Fatherhood*, Lieja, Bélgica, Policy and Research Papers, IUSSP: International Union for the Scientific Study of Population, pp. 3-27.
- Badinter, Elizabeth (1981), *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*, Barcelona, Editorial Paidós-Pomaire.
- \_\_\_\_\_ (1992), *XY La identidad masculina*, Madrid, Alianza Editorial.
- Basaglia, Franca (1983), *Mujer, locura y sociedad*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- Baumrind, Dianne (1973), "The Development of Instrumental Competence Through the Socialization", en A.D. Dic. (ed.), *Minnesota Symposia on Child Psychology*, Minneapolis, The University of Minnesota Press, vol. 7, pp. 3-46.
- Beauvoir, Simone (1977), *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*, tomo I; *La experiencia vivida*, tomo II, Buenos Aires, Argentina, Ediciones Siglo XX.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1997), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Bertaux, Daniel (1988), "El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades", en Preince Jourtaud (ed.), *Historia oral e historias de vida*, Costa Rica, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, pp. 81-96.
- Bowlby, John (1989), *Una base segura, Aplicaciones clínicas de una teoría de apego*, Buenos Aires, Paidós.
- \_\_\_\_\_ (1993), *El vínculo afectivo*, Barcelona, Paidós.

- Castro, Roberto (1996), "En busca del significado: supuestos alcances y limitaciones del análisis cualitativo", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, pp. 57-88.
- Chodorow, Nancy (1984), *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*, Barcelona, Gedisa.
- De Keijzer, Benno (1998), "Paternidad y transición de género", en Beatriz Schmukler (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*, México, Population Council-Edamex, pp. 301-325.
- \_\_\_\_\_ (1999), "Los derechos sexuales y reproductivos a partir de la dimensión de la masculinidad", en Beatriz Figueroa (coord.), *México, diverso y desigual: Enfoques sociodemográficos*, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 307-318.
- Denman, Catalina y Jesús Armando Haro (2000), "Introducción: Trayectoria y desarrollos de los métodos cualitativos en la investigación social", en Catalina Denman y Jesús Haro (comps.), *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social*, México, El Colegio de Sonora, pp. 9-56.
- Denzin, Norman e Yvonna Lincoln (1994), "Introduction. Entering the Field of Qualitative Research", en *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks, Sage Publications, pp. 9-12.
- \_\_\_\_\_ (1978), *The Research Act: A Theoretical Introduction to Sociological Methods*, Nueva York, McGraw-Hill, 2a. edición.
- \_\_\_\_\_ (2000), "Un punto de vista interpretativo", en Denman y Haro (comps.), *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social*, México, El Colegio de Sonora, pp. 147-206.
- De Oliveira, Coleta (1999), "Masculinidad en Brasil, dimensión de la reproducción", conferencia seminario en el curso sobre género y dinámica demográfica, Doctorado de Población y Programa Salud Reproductiva y Sociedad, El Colegio de México, 24 de octubre.
- Devereux, George (1973), *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, México, Siglo XXI.
- Dória, Elisabete, María Coleta de Oliveira y Malvina Muzskat (1999), "The Family Man: Conyugality and Fatherhood among Middle-Class Brazilian Men on the 1990s", en Coleta de Oliveira (coord.), "Os Homens, esses

- desconocidos...” (Masculinidad e Reproducao), São Paulo, Brasil. (mimeo).
- Elias, Norbert (1994), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ehrensaft, Diane (1992), “Las feministas pelean contra (por) padres”, *Debate Feminista*, año 3, vol. 6, septiembre, pp. 93-117.
- Figueroa Perea, Juan Guillermo (1998), “Algunas reflexiones sobre los varones y los derechos reproductivos”, en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 431-436.
- \_\_\_\_\_ (2000), “Algunos elementos del entorno reproductivo de los varones al reinterpretar la relación entre salud, sexualidad y reproducción”, *Revista Mujer Salud*, núm. 3, Santiago de Chile, Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe, pp. 60-72.
- \_\_\_\_\_ (2001), “La soledad en la paternidad”, *Revista Fem (Revista feminista mensual)*, año 25, núm. 218, pp. 15-19.
- \_\_\_\_\_ y Eduardo Liendo (1995), “La presencia del varón en la salud reproductiva”, en Ellen Hardy, María José Duarte y Evely Rodríguez (eds.), *Ciencias sociales y medicina: perspectivas latinoamericanas*, Brasil, Universidad de Campinas, pp. 193-226.
- Flandrin, Jean-Louis (1979), *Orígenes de la familia moderna. La familia, el parentesco y la sexualidad en la sociedad tradicional*, Barcelona, España, Grijalbo.
- Fuller, Norma (2000), “Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú”, en Norma Fuller (ed.), *Paternidades en América Latina*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 35-90.
- Gagnon, John (2001), “Acciones virtuosas en ausencia de un dogma convincente: La salud reproductiva en un mundo socialmente construido”, en Claudio Stern y Juan Guillermo Figueroa (coords.), *Sexualidad y salud reproductiva: avances y retos para la investigación*, México, El Colegio de México, pp. 61-83.
- Giddens, Anthony (1993), *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías interpretativas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gutmann, Matthew (2000), *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, México, El Colegio de México.
- Hernández Rosete Martínez, Daniel (1996), “Género y roles familiares: la voz de los hombres”, tesis de maestría en antropología social, Méxi-

- co, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Jiménez Guzmán, Ma. Lucero (2001), "La reproducción de los varones en México. El entorno sexual de la misma, estudios de casos", tesis de doctorado en sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Knibiehler, Ivonne (1997), "Padres, patriarcado, paternidad", en Silvia Tubert (ed.), *Figuras del padre*, Madrid, España, Ediciones Cátedra-Universidad de Valencia/Instituto de la Mujer, pp. 117-135.
- Lagarde, Marcela (1996), *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Madrid, España, Cuadernos inacabados, Editorial horas y horas.
- Lamas, Marta (1997), "La antropología feminista y la categoría de género", en Marta Lamas (coord.), *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, UNAM-Porrúa, pp. 97-126.
- Lerner, Susana (1998), "Participación del varón en el proceso reproductivo: recuento de perspectivas analíticas y hallazgos de investigación", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 9-46.
- Maccoby, Eleanor y Martin Sander (1983), "Socialization in the Context of the Family: Parent-Child Interaction", en Eileen Mavis Hetherington (ed.), *Handbook of Child Psychology*, vol. 4, *Socialization, Personality and Social Development*, Nueva York, Willey, pp. 1-101.
- Nauhardt, Marcos (1999), "La conceptualización de la paternidad", *Salud Reproductiva y Sociedad*, año III, núm. 8, El Colegio de México, pp. 19-22.
- Nava, Regina (1996), "Los hombres como padres en el Distrito Federal a principios de los noventa", tesis de maestría en sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nolasco, Sócrates (1989), *O Mito da Masculinidade*, Río de Janeiro, Brasil, Roco.
- Olavarría, José (2000), "Ser padre en Santiago de Chile", en Norma Fuller (ed.), *Paternidades en América Latina*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 129-174.
- Parke, Ross (1986), *El papel del padre*, Madrid, Serie Brunner, Ediciones Morata.
- Power, Thomas G. y Ross Parke (1981), "Play as a Context for Early Learning: Laboratory and Home Analyses", en Luis Laosa e Irving Sigel (eds.),

- Families as Learning Environments for Children*, Nueva York, Plenum Press, pp. 147-178.
- Rodríguez, Ma. Elena (1998), "Masculinidad y paternidad: estudio en tres grupos de hombres costarricenses", propuesta de proyecto de investigación, Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad de Costa Rica, pp. 1-63.
- Rojas Martínez, Olga Lorena (2000), "La paternidad y la vida familiar en la ciudad de México, un acercamiento cualitativo al papel desempeñado por los varones en los ámbitos reproductivo y doméstico", tesis de doctorado en estudios de población, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México.
- Salguero, Alejandra (2002), "Significado y vivencia de la paternidad en el proyecto de vida de los varones", tesis de doctorado en sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Schütz, Alfred y Thomas Luckmann (1977), *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Tellería, Jaime (2001), "Experiencias del trabajo de masculinidades en Bolivia", en Juan Guillermo Figueroa y Regina Nava (eds.), *Sexualidad, salud y reproducción. Memorias del seminario-taller "Identidad Masculina, Sexualidad y Salud Reproductiva"*, México, Programa Salud Reproductiva y Sociedad, El Colegio de México, pp. 36-69.
- Viveros, Mara (2000), "Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas", en Norma Fuller (ed.), *Paternidades en América Latina*, Lima, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 90-128.
- Yablonsky, Lewis (1993), *Padre e hijo. La más desafiante de las relaciones familiares*, México, Manual Moderno.

## REFLEXIONES EN TORNO DE LAS VALORACIONES MASCULINAS SOBRE LOS HIJOS Y LA PATERNIDAD

Olga Lorena Rojas<sup>1</sup>

### INTRODUCCIÓN

Tradicionalmente la investigación demográfica en torno de la fecundidad ha centrado su análisis en las mujeres, su comportamiento reproductivo y el uso que hacen de la anticoncepción. Ello se debe en buena medida al influjo de algunas corrientes teóricas que partiendo de una estricta y artificial asignación de papeles familiares complementarios para hombres y mujeres, consideraban que los asuntos relacionados con la reproducción eran de exclusiva competencia femenina. Con esta premisa, la demografía pudo durante mucho tiempo eludir las complicaciones de orden teórico y metodológico que implicaría considerar también el comportamiento reproductivo de los varones. Así, aunque los procesos reproductivos atañen a ambos miembros de la pareja —hombres y mujeres—, el análisis demográfico sobre la fecundidad ha preferido ignorar la presencia masculina en ellos.

A pesar de esto, recientemente una rama de la demografía, la sociodemografía, y particularmente la microdemografía, ha realizado algunos esfuerzos para ampliar los horizontes de la investigación sobre la reproducción humana, incorporando nuevos actores y ámbitos de estudio. A estas contribuciones se agregan los recientes y significativos hallazgos antropológicos y sociológicos relativos a las valoraciones y experiencias de paternidad y sus vinculaciones con la identidad masculina. En este sentido nos parece muy pertinente el señalamiento de algunos investigadores sobre la necesidad de poner mayor atención al significado cultural que atribuyen a la paternidad y la maternidad hombres y mujeres, así como a las valoraciones que sobre los hijos tienen

<sup>1</sup> Profesora-investigadora del Programa Salud Reproductiva y Sociedad del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de El Colegio de México.

unos y otras, ya que esto contribuirá a comprender de manera más precisa los comportamientos y los procesos reproductivos de las parejas (Greene y Bidlecom, 2000).

Este artículo tiene como objetivos, por una parte, revalorar el estudio de la presencia masculina en los procesos reproductivos haciéndola sujeto de investigación, y por otra, recuperar las vivencias y valoraciones de los varones respecto a los hijos y la paternidad. Consideramos que las modificaciones (o la existencia de diferencias) en dichas valoraciones constituyen un importante factor que aunado a la intervención del Estado en materia de difusión de prácticas de planificación familiar, contribuye a explicar los significativos cambios observados en las prácticas reproductivas de las parejas mexicanas durante las últimas décadas.

Recuperamos en una primera parte los principales hallazgos de investigaciones microdemográficas, algunas de ellas pioneras y otras más recientes, sobre las transformaciones en las preferencias y valoraciones masculinas respecto al tamaño de sus descendencias. En la segunda parte sistematizamos los resultados de una investigación sociodemográfica de corte cualitativo realizada a finales de 1997 y principios de 1998, sustentada en entrevistas en profundidad semiestructuradas aplicadas a algunos padres de los sectores medios y populares de la ciudad de México.

Las preguntas a las que intentamos responder con estas reflexiones son: ¿qué importancia otorgan los varones al hecho de ser padres?, ¿qué valor tienen los hijos para ellos?, ¿prefieren tener muchos o pocos hijos?, ¿hay algún patrón preferencial respecto al sexo deseado de los hijos?, ¿existen diferencias en estas apreciaciones dependiendo del sector social de pertenencia?, ¿podemos hablar de la existencia de cambios ocurridos a través del tiempo en las valoraciones masculinas respecto de sus hijos?

#### APORTES DE LA INVESTIGACIÓN MICRODEMOGRÁFICA SOBRE LAS PERCEPCIONES Y VALORACIONES MASCULINAS EN TORNO DE LOS HIJOS

En el contexto latinoamericano y en la década de los años cincuenta se realizó un esfuerzo muy significativo para comprender el papel que hombres y mujeres estarían desempeñando en un posible descenso de la fecundidad. El ejemplo más claro de ello es el estudio llevado a cabo en Puerto Rico por Stykos (1958), que sustentó en la aplicación de una encuesta sociodemográfica y en la realización de 72 amplias entrevistas a varones casados y a sus esposas,

pertenecientes a los sectores de la población con ingresos más bajos, tanto en áreas rurales como urbanas. El objetivo de esta investigación fue incursionar en el estudio de las actitudes para descubrir la existencia de elementos más profundos en el mundo de las motivaciones a fin de comprender las creencias y las prácticas relacionadas con la fecundidad de las familias puertorriqueñas.

Se abordó, entre otras cosas, el estudio de diversos aspectos relacionados con el valor que las parejas asignaban a los hijos en ese tiempo y su influencia en las decisiones reproductivas de los pobres de Puerto Rico. Se encontró que si bien los varones necesitaban demostrar su virilidad y hombría al hacer todo lo posible por tener a su primer hijo —preferentemente varón— lo más pronto posible después de realizado el matrimonio, la demostración de su *machismo* ya no implicaba el tener el mayor número de hijos que pudieran.<sup>2</sup> Ello porque los entrevistados puertorriqueños en ese tiempo manifestaron que los hijos ya no representaban para los padres una inversión, pues los cambios socioeconómicos ocurridos en ese país habían hecho que las descendencias les acarrearán más bien gastos para su manutención que sustento en la vejez (Stycos, 1958).

Ésta no parece ser la situación del contexto africano, donde hacia finales del siglo XX todavía persistían las tasas de fecundidad elevadas a pesar de los múltiples esfuerzos que se habían desplegado por hacer llegar a las poblaciones de ese continente una amplia oferta de modernos métodos anticonceptivos. Tal situación llevó a algunos demógrafos, como Caldwell (1982), a cuestionar la pertinencia explicativa de la teoría demográfica por excelencia: la teoría de la transición demográfica. En su lugar propuso la utilización de un acercamiento teórico y metodológico muy particular: el microdemográfico, que ha probado ser de gran utilidad para comprender el vínculo entre las percepciones valorativas y las prácticas sociales.

En su opinión, pocos investigadores se han preocupado por conocer el papel decisivo que las familias y los linajes del varón y de la esposa desempeñan en el proceso de toma de decisiones en torno de la reproducción, como sucede en el caso africano. En este contexto, el reto es explicar el intrincado sistema de decisiones y obligaciones que rebasa a la familia nuclear o al grupo de residencia.

Para Caldwell (1982), si se quiere comprender los procesos de toma de decisiones en torno de la reproducción es necesario estudiar detenidamente

<sup>2</sup> Este hallazgo es muy semejante al reportado por Gutmann (1996), quien realizó en los años noventa un estudio antropológico con algunos varones de los sectores populares sobre los significados de ser hombre en la ciudad de México.

el funcionamiento económico y social de la dinámica familiar, ya que son las relaciones familiares (de producción y de reproducción) las que determinan los procesos de toma de decisiones demográficas. Al respecto destaca que los miembros de la familia africana disfrutan de diferentes ventajas (sociales y materiales) de acuerdo con su posición en la estructura familiar. La dirección y la magnitud de los flujos intergeneracionales de riqueza determinan quiénes son los depositarios de las ventajas materiales. Por lo general se trata de los miembros de las generaciones más antiguas: el padre, el padre y la madre o los abuelos. El poder económico casi siempre significa el ejercicio del poder en las decisiones demográficas, puesto que los depositarios de las ventajas materiales deciden sobre el matrimonio de los hijos, la edad a la que debe ocurrir, si la fecundidad puede o no ser controlada, e influyen incluso en la actividad sexual de las parejas jóvenes.

A la preeminencia en las ventajas materiales para los más viejos y para los varones en las familias africanas (extensas) se suman el poder, el acceso a servicios y el control sobre el trabajo de los demás. Esta diferencia en privilegios y derechos es aceptada por los demás miembros de la familia: las mujeres y los hijos. En este sentido es importante destacar que las ventajas materiales y de poder para los mayores y los varones podrían disminuir y peligrar si se limitara la fecundidad (con familias más pequeñas), pues la base de la pirámide poblacional familiar se estrecharía. Por ello, en el contexto africano los depositarios de las ventajas prefieren que las familias sean grandes, ya que facilitan la división del trabajo, la especialización y la posibilidad de utilizar la migración de algunos hijos para conseguir recursos.

En el análisis de Caldwell (1982), en el contexto africano el papel de los hijos es fundamental, puesto que ellos realizan desde pequeños buena parte del trabajo de sus padres, además de que para el jefe de familia una descendencia numerosa significa la posibilidad de incrementar su prestigio y el poder político de su familia. Implica también asegurar la sobrevivencia de su linaje —y por tanto del nombre de la familia—, así como la responsabilidad de los jóvenes sucesores respecto a las contribuciones familiares en las festividades de la comunidad y en las ceremonias familiares, tales como los matrimonios, los funerales y el nacimiento de nuevos miembros de la familia. Pero lo más importante es que los hijos serán los encargados del cuidado de sus padres cuando sean viejos.

Además de todas estas ventajas que los hijos reportan a sus padres, existen en ese contexto cultural dos factores adicionales que para Caldwell es necesario distinguir. Uno de ellos es que mientras más hijos se tengan, más se

incrementará la posibilidad de ampliar, mediante el matrimonio, la parentela, y con ello el prestigio en la comunidad. Y otro es que los padres invierten en el entrenamiento y en la educación de sus hijos con el objetivo de incrementar los beneficios que recibirán de la posición privilegiada, en términos profesionales y de ingreso, que los hijos exitosos alcanzarán en el futuro, siempre y cuando se mantenga la dirección de los flujos intergeneracionales de riqueza, en donde el flujo neto es de los hijos hacia los padres. Por ello, los hijos con educación significan entonces para sus padres beneficios materiales y económicos, además de beneficios sociales al incrementar su estatus y prestigio en la comunidad.

En este orden social africano descrito por Caldwell queda claro que al jefe de la familia —en tanto beneficiario directo, social y económicamente, de los flujos intergeneracionales de riqueza— le interesa que la fecundidad se mantenga elevada, y por ello, no controlada. Su prestigio y su poder económico (en tanto aseguramiento de la sobrevivencia y reproducción de su linaje) están estrechamente relacionados con el mayor número de esposas (poligamia) y con el mayor número de hijos. La transformación de este régimen económico y demográfico sólo podrá ocurrir cuando el sentido de los flujos intergeneracionales de riqueza se invierta y el flujo neto sea de los padres hacia los hijos, con lo cual una elevada fecundidad no resultará conveniente.

Éstos son precisamente los hallazgos de su investigación en el sur de la India (Caldwell *et al.*, 1982), en donde encontró importantes signos de un cambio demográfico, específicamente en materia de fecundidad. En su opinión es posible hallar la explicación de dicho cambio a partir de la interacción de tres factores fundamentales:

1. La enorme influencia que las transformaciones económicas, sociales y culturales han tenido sobre los comportamientos de las familias, de las parejas y de los individuos. Estos cambios se reflejan en la creciente monetarización de la economía, el creciente costo de los hijos, la elevación del nivel educativo y su masificación, así como la cesión de las generaciones más viejas en favor de los jóvenes de ciertos espacios de poder en la toma de decisiones que atañen a la pareja de casados, tales como la reproducción. Tales elementos han tenido un impacto determinante en las relaciones familiares en el sur de la India y están propiciando su transformación (*idem*).

Si antes los padres administraban el patrimonio familiar mediante el control de los matrimonios de sus hijos, ahora lo hacen cada vez más a través de la educación de sus hijos, a quienes motivan para que estudien y consigan mejores empleos en la ciudad, ampliando así sus posibilidades de retribu-

ción. La disyuntiva que enfrentan los padres en el sur de la India es elegir entre tener un número ilimitado de hijos con bajo nivel educativo o tener un número limitado de hijos con un alto nivel educativo y amplias posibilidades de conseguir un buen empleo en el ámbito urbano (*idem*).

2. Los cambios institucionales reflejados en la masificación de la educación y en la intensificación de los servicios de salud y de planificación familiar gubernamentales,<sup>3</sup> que están contrabalanceando la influencia de los varones y de los mayores en las decisiones reproductivas en el seno de las familias del sur de la India (*idem*).

3. La transformación de las relaciones intergeneracionales, tanto en la comunidad como dentro de las familias, a partir de la cual las viejas generaciones empiezan a abdicar en favor de sus hijos respecto a la toma de decisiones, al ejercicio del poder y al control de ciertos comportamientos (entre ellos el reproductivo), que antes estaban regulados por estrictas normas morales y religiosas. En este contexto histórico y cultural del sur de la India los cambios en la relación entre generaciones también están propiciando modificaciones en la relación de género entre los esposos, trayendo consigo profundas implicaciones demográficas (*idem*).

En México Lerner y Quesnel (1994), que han trabajado principalmente en zonas rurales del país, coinciden con Caldwell al manifestar que para comprender el cambio en las decisiones reproductivas no basta con imputarle a la extensión de la práctica anticonceptiva el descenso en la fecundidad. Así, proponen la consideración de tres cuestiones fundamentales:

a) El conjunto de estrategias de la población y de los grupos domésticos en la organización y reproducción de sus unidades de producción.

b) La influencia de factores culturales e ideológicos, así como de ámbitos (institucionales) de intervención en la regulación de la fecundidad.

c) Las distintas temporalidades con las que inciden dichas estrategias, factores e instancias sobre el comportamiento reproductivo.

Dichas propuestas llevan a estos investigadores a considerar a la familia como microcontexto pertinente para comprender los comportamientos reproductivos. En ese sentido cabe mencionar que en el ámbito rural las transformaciones ocurridas en la economía nacional han modificado de manera significativa las prácticas habituales de la organización doméstica, puesto que

<sup>3</sup> Esta intensificación de las campañas de planificación familiar es vista por algunos sectores de la sociedad de la India como una intromisión del Estado en la vida privada de las familias con la insistencia de los trabajadores de la salud para promover la esterilización.

la integración de un número cada vez mayor de miembros de la familia campesina a nuevos espacios de socialización en otros ámbitos ha propiciado la redefinición del involucramiento personal y de los papeles en la reproducción familiar de la diversificación de trayectorias personales (Lerner y Quesnel, 1994).

La menor participación directa de la mano de obra familiar en la producción agrícola tiene dos consecuencias relacionadas con el comportamiento reproductivo: la primera es la percepción de diferentes o nuevos costos en relación con los hijos (en materia de educación y crianza), y la segunda es el surgimiento de nuevas trayectorias dentro de la familia, puesto que los hijos varones dejan de contribuir en las actividades económicas de los padres para asistir a la escuela o para realizar actividades económicas fuera de la unidad familiar, mientras que las hijas jóvenes continúan ayudando a las madres hasta el momento en que también se emplean en actividades externas o se casan, lo que conduce a la emergencia de ideales diferentes respecto a la reproducción y al tamaño de la familia (*ibid.*).

La mayor valoración de la educación de los hijos conduce a la familia a asumir nuevos y más grandes costos sin recibir los beneficios de la fuerza de trabajo de sus hijos, alterando así la representación valorativa de la pareja respecto a su descendencia en el corto plazo. Y en el largo plazo, pese a que persiste la expectativa de la ayuda de los hijos durante la vejez, es cada vez menor entre los padres más pauperizados. Esta transición sustancial representa un cambio, e incertidumbre en cuanto al significado y valoración de una descendencia grande entre las parejas campesinas (Lerner y Quesnel, 1994; Zúñiga y Hernández, 1994; Núñez, 2000).

Las percepciones negativas prevalecientes entre el campesinado mexicano respecto a las condiciones socioeconómicas adversas que enfrentan para sobrevivir, aunadas al incremento en los costos de crianza de los hijos, encuentran su correlato en el número ideal de hijos: para los jefes de familia hombres se constata la estrecha relación entre un número ideal de hijos menor y una actitud más favorable hacia las familias pequeñas, lo que resulta sorprendente ante el supuesto tradicionalismo de los campesinos mexicanos respecto del tamaño de la familia. En cambio para las mujeres esta situación resulta ambivalente, dada la persistencia de la fuerte valoración femenina respecto a su maternidad y debido al nexo más afectivo que establecen con sus hijos.

Así, en las actuales condiciones del campo mexicano parecen estar surgiendo nuevas representaciones en cuanto a la procreación, ya que las parejas

campesinas ya no consideran que una descendencia numerosa sea necesaria para la organización de la producción de sus unidades ni que la ayuda de los hijos en otras etapas sea un apoyo para su sobrevivencia (Lerner y Quesnel, 1994; Zúñiga y Hernández, 1994).<sup>4</sup>

Si ésta es la situación que priva actualmente en el ámbito rural mexicano, es de esperar que en las áreas urbanas las modificaciones en el valor que los hijos adquieren para sus padres se hayan exacerbado desde hace tiempo a raíz de los profundos procesos de urbanización, modernización e industrialización llevados a cabo desde mediados del siglo XX. En este sentido conviene recordar que los niveles de la fecundidad en México durante la primera mitad del siglo XX se mantuvieron altos; de hecho el nivel máximo de 7.2 hijos por mujer se alcanzó durante la primera mitad de los años sesenta, justo antes de que se iniciara su descenso. Hay quienes distinguen tres etapas en el proceso de disminución de la fecundidad en México (Conapo, 2002): Una primera fase de descenso inicial, de 1964 a 1973, en la que se produjo una caída de la tasa global de fecundidad (TGF) de casi un hijo. La segunda fase comprendió el periodo entre 1974 y 1984 y se considera que ocurrió una caída acelerada, pues la TGF se redujo casi a dos hijos; se le asocia históricamente con el establecimiento de una nueva política de población que promovió amplias campañas de planificación familiar. La tercera fase, de descenso moderado, ocurrió durante el periodo de 1985 a 2001, con un decremento de la TGF de 1.8 hijos.

De tal suerte que si en 1978 la fecundidad en el país era en promedio de cinco hijos por mujer, descendió en 1985 a cuatro hijos; hacia 1993 ya era de tres hijos y en la actualidad se estima en alrededor de 2.4 hijos (Conapo, 2002).

Al observar estos significativos cambios en el orden demográfico resulta muy valiosa la observación que hace Gutmann (1993 y 1996) respecto a que la transición de la fecundidad mexicana está indudablemente relacionada con los significados y las prácticas de la maternidad y de la paternidad, así como con las identidades de género. De tal suerte que los cambios relacionados con las mujeres, y que se hacen explícitos en más bajas tasas de

<sup>4</sup> Éste es el contexto en el que ya existen las condiciones adecuadas para modificar la práctica reproductiva y desde el cual puede entonces analizarse la intervención del Estado y sus instituciones de salud no sólo en las prácticas reproductivas y de anticoncepción, sino también como ámbito de socialización y difusión de normas y hábitos de procreación (Lerner, Quesnel y Yanes, 1994).

natalidad, están implicando necesariamente reevaluaciones y cambios entre los varones.

#### CARACTERÍSTICAS DEL ESTUDIO SOCIODEMOGRÁFICO Y DE LOS VARONES ENTREVISTADOS

Es importante advertir que para realizar este estudio sociodemográfico de corte cualitativo partimos del supuesto de que las valoraciones de los varones en torno de su paternidad y respecto de sus hijos asumen características diferentes dependiendo de:

- Su edad, puesto que remite no sólo a distintas etapas del ciclo de vida individual y familiar, sino también a una ubicación específica en el tiempo histórico y social.
- El sector social al que pertenecen, que determina las condiciones económicas, educativas y socioculturales en que los individuos viven y han sido socializados.

El considerar estas variables fundamentales contribuyó en buena medida a definir las características de la muestra, que fue intencional y estuvo integrada por 16 varones mexicanos que habitan en la ciudad de México, casados o unidos, convivientes con su pareja con la que procrearon al menos una hija o un hijo. Estos varones contaban con edades entre 20 y 65 años al momento de la entrevista, pertenecían a sectores populares o medios y sus cónyuges podían o no ser económicamente activas.

Como interesaba no sólo responder a las preguntas planteadas con anterioridad, sino fundamentalmente rescatar las diversidades y los matices en las percepciones y valoraciones masculinas respecto a su paternidad y a sus hijos de acuerdo con su pertenencia a generaciones diferentes, consideramos pertinente dividir a los entrevistados en dos grandes grupos de edad. Por ello se consideró padres jóvenes a aquellos con edades entre 20 y 44 años, mientras a los de edades entre 45 y 65 años se les catalogó como padres mayores.

Cabe mencionar también que la segmentación de la muestra debía tomar en cuenta la pertenencia a uno u otro sector social; por ello se buscó entrevistar por un lado a varones con escolaridad inferior a preparatoria, asalariados, con ocupaciones manuales y que residieran en colonias populares con infraestructura urbana precaria, quienes serían considerados pertenecientes a sectores populares; y por otro lado, a varones con escolaridad superior a secundaria, de preferencia profesionistas con ocupaciones no manuales y que

habitaran en colonias residenciales que cuentan con todos los servicios, a quienes se consideraría pertenecientes a los sectores medios.<sup>5</sup>

Así, fueron entrevistados en sus lugares de trabajo 16 varones, ocho de los cuales pertenecen a los sectores medios y los ocho restantes a los sectores populares. A su vez cada uno de estos grupos estuvo compuesto por cuatro varones con edades entre 20 y 44 años y por otros cuatro cuyas edades oscilaban entre 45 y 65 años.

Los varones de sectores populares entrevistados provienen en su totalidad de áreas rurales, en donde nacieron y vivieron buena parte de su infancia y adolescencia hasta que siendo jóvenes migraron a la ciudad de México en busca de trabajo. Todos tenían ocupaciones manuales al momento de la entrevista: albañiles, auxiliares de intendencia, choferes, jardineros y auxiliares de restaurante. El nivel de escolaridad de la mayoría era de primaria incompleta. Casi todos se unieron a edades muy jóvenes, en promedio a los 20 años, y fueron padres aproximadamente un año después. El tamaño promedio de las descendencias entre los padres jóvenes de estos sectores es de dos hijos, mientras que entre los padres mayores es de casi seis hijos.

En cambio los varones de sectores medios entrevistados en su gran mayoría nacieron en la ciudad de México, en donde han habitado toda su vida, de tal suerte que su ámbito de socialización ha sido eminentemente urbano. Todos son profesionistas con ocupaciones de diseñadores industriales, funcionarios universitarios, analistas de sistemas, arquitectos y coordinadores de ventas. A diferencia de los varones de los sectores populares, se unieron no muy jóvenes, en promedio a los 27 años. El tamaño de sus familias es relativamente pequeño, ya que los padres jóvenes de estos sectores tienen en promedio dos hijos, en tanto los mayores tienen tres.

#### LAS VALORACIONES MASCULINAS RESPECTO A LA PATERNIDAD Y A LOS HIJOS

En este apartado tomamos en cuenta el sector social (medio o popular) y el grupo de edad (jóvenes o mayores) de pertenencia de los entrevistados para analizar sus respuestas respecto a tres aspectos fundamentales que creemos deben considerarse para entender mejor las prácticas reproductivas de las parejas y de los varones. Éstos son: la importancia que los varones asignan al

<sup>5</sup> Véase García y De Oliveira, 1994.

hecho de ser padres, el vínculo entre el valor que los padres otorgan a sus hijos en términos de los costos económicos que implican su manutención y educación, y la definición del tamaño de la descendencia, y finalmente la importancia que para ellos tiene el procrear al menos un hijo varón.

### *Los padres de los sectores medios*

Los testimonios de los padres *jóvenes de los sectores medios* indican que estos varones se esfuerzan por mantener el equilibrio entre la importancia que otorgan a su actividad laboral y la que asignan a su familia. Para ellos sus hijos adquieren una alta valoración, no sólo de carácter económico sino también respecto al tiempo que destinan para atenderlos y convivir con ellos; por esto mismo son partidarios de disminuir significativamente el tamaño de su familia.

Para estos padres la experiencia de la paternidad ha significado un cambio rotundo en sus vidas, puesto que a partir del nacimiento de su primer hijo consideran que han adquirido una gran responsabilidad. Antes de que sus hijos nacieran, su vida y su actividad laboral —según manifiestan— giraban en torno de sí mismos; en cambio, a partir de que fueron padres piensan en todo momento en el bienestar de sus hijos:

Pues ha significado un cambio total. O sea, es una nueva vida la que yo tengo. Mi vida anterior era ser un muchacho sin responsabilidades para con alguien, sin compromisos. Trabajaba, bien; estudiaba, pues también, pero no tenía yo una responsabilidad concreta hacia alguien. Entonces fue un cambio en mi vida, porque antes yo pensaba en primer plano en mi bienestar, pero ahora yo paso a ser segundo lugar, porque para mí lo más importante en este momento en la vida es el bienestar de mis hijas, su educación, su formación y que lleguen a tener éxito, que se realicen como mujeres, como profesionistas. (Diseñador industrial, 33 años, cónyuge trabaja, dos hijos.)

La responsabilidad que estos varones asumen con sus hijos no es solamente respecto a su manutención y educación, sino también en cuanto a la atención que consideran han de brindar a sus pequeños. Por ello no es extraño saber que por lo general estos padres dan menos importancia a su actividad y horario laborales:

Antes (cuando él era el proveedor principal), pues yo procuraba llegar temprano a la casa para estar un rato con ellas [sus hijas], disfrutarlas, jugar un rato, platicar con ellas [...] pues yo llevaba muy bien la repartición del tiempo y dedicación a cada una de mis actividades. Entonces, por la mañana me dedicaba al trabajo totalmente y en las tardes pues a mis hijas. Estaba todo bien repartido. (Diseñador industrial, 33 años, cónyuge trabaja, dos hijos.)

Pues mira, yo no valoro el trabajo como lo hace todo mundo; a mí me parece más importante mis relaciones familiares, mis relaciones personales, no considero que el trabajo deba ser tan importante como para que mi vida gire en torno a él. Entonces, no soy de las personas que se quedan más horas en el trabajo [...] porque considero que ese tiempo es mío y de mi familia, entonces el trabajo tiene un límite y ahí se acabó. (Diseñador industrial, 29 años, cónyuge no trabaja, un hijo.)

El equilibrio que la mayoría de ellos busca establecer entre su actividad laboral y su vida familiar se encuentra muy relacionado con un criterio flexible respecto a la manutención del hogar. En efecto, estos entrevistados no encuentran ningún problema en compartir con su cónyuge la responsabilidad de la provisión económica familiar.

La decisión de tener pocos hijos ha sido tomada por estos padres junto con sus cónyuges a partir de la consideración de los gastos económicos que implica asegurar no sólo el bienestar material de sus hijos, sino también un buen nivel educativo para ellos, de preferencia universitario. En la mayoría de los casos, a esta valoración económica de los costos en la manutención y educación de los hijos se agrega la consideración de la atención y el tiempo que quieren dedicar a sus pequeños:

Sí, me hubiera gustado tener una familia grande, pero pues la economía y por el tiempo que le tienes que dedicar a cada niño, a cada hijo, pues no es posible. Pero me hubiera encantado tener dos hombres y dos mujeres, en total cuatro [...] Pero no es posible en estos tiempos, en absoluto. Ni aunque seas rico; o sea, el dinero no es todo en la vida, no es suficiente para que tengas una familia grande. Hay que estar consciente de que, pues la atención que le pongas a cada uno debe ser la misma con cada uno [...] Entonces los dos teníamos la idea de dedicarle lo más posible, todo lo que tuviéramos, pues al menor número de hijos porque los puedes atender mejor, puedes convivir más con ellos, con un número pequeño, darles más amor, más educación, puedes concentrarte más. Un

número grande de hijos no sería benéfico. Entonces somos de la misma idea, de tener poca familia. (Diseñador industrial, 33 años, cónyuge trabaja, dos hijos.)

En la mayoría de los casos encontramos concordancia entre esta manera de pensar y el significativo nivel de involucramiento que han asumido respecto al ejercicio de su paternidad.

Cuando las cónyuges de estos varones desempeñan una actividad remunerada fuera de casa, los padres incrementan de manera importante su participación en el cuidado y la crianza de sus hijos.<sup>6</sup> Los entrevistados reconocieron que antes, cuando su compañera no trabajaba fuera de casa o lo hacía solamente por las mañanas, su nivel de involucramiento en los cuidados de sus hijos era menor, puesto que contaban siempre con la presencia de la cónyuge para atenderlos.

Hay que resaltar, por otro lado, que por lo general estos padres expresaron claramente el deseo de tener al menos un hijo varón, que en un par de casos todavía no había sido satisfecho porque han engendrado sólo mujeres, mientras que en otro caso se ha cumplido a entera satisfacción del padre.

Estos varones manifestaron que para ellos sería muy importante tener un hijo del sexo masculino porque así podrían transmitirle sus experiencias como hombres y perpetuar su apellido:

[...] sinceramente yo hubiera querido que [la primera de sus hijas] fuera hombre ¿no?, por mi tipo de educación y todo, pero fue niña y pues ¡qué bueno! ¿no?

*P:* ¿Por qué hubieras preferido que fuera hombre?

*R:* Porque de alguna manera yo hubiera querido transmitirle como hombre, como hijo, como padre todas mis experiencias, todas mis enseñanzas, mis actividades, y de alguna manera darle continuidad a nuestra familia tanto en apellido como en costumbres. Es como todas las enseñanzas que me dio mi padre y momentos que disfrutamos tanto en el beisbol como en otros lugares que de alguna manera han sido para hombres. Son actividades fuertes, como que diseñadas para los hombres; entonces por esa especie de tradición, de educación, pues le hubiera querido dar a mi hijo, y que él siguiera [... Sin embargo] siendo una niña, mi carácter como padre me causaría un poquito más de complicaciones, pues yo en ningún momento vi cómo se educaba a una niña. Es distinto educar

<sup>6</sup> Estos resultados son semejantes a los encontrados por Vivas Mendoza (1993), quien reporta que para sus entrevistados de sectores medios el nacimiento de sus hijos ha representado cambios en las rutinas diarias y un aumento en la actividad doméstica que requiere de su participación, así como trastornos en la actividad laboral.

a una niña que a un niño y pues, lo estoy aprendiendo [...] Obviamente actividades femeninas y todo eso pues se me van a complicar porque pues yo no sé mucho de eso. Mi compañera tendría que dárselas [...] de aspectos femeninos o de educación para que desde chiquita sea muy femenina, y que con faldas o cosas que las mujeres saben. (Diseñador industrial, 33 años, cónyuge trabaja, dos hijos.)

Los padres *mayores de los sectores medios* por lo general otorgaron prioridad a su actividad laboral frente a su vida familiar. Su descendencia fue muy valorada desde el punto de vista económico y educativo —por lo que aceptaron las iniciativas de sus cónyuges, partidarias de tener un tamaño medio de familia, para controlar la fecundidad conyugal—, aunque no en términos del tiempo y la atención que requería.

La mayoría de ellos muestra mucha afinidad por una división tradicional del trabajo en el ámbito familiar, a partir de la cual justifican, por un lado, su papel como proveedores y por tanto su poca participación en la crianza y los cuidados de sus hijos, y por otro lado, la permanencia de sus cónyuges en casa haciéndose cargo de los hijos.

La experiencia de la paternidad para la mayoría de estos varones fue considerada como un hecho natural o lógico después del matrimonio y por ello no fue experimentado como un acontecimiento que hubiese cambiado sus vidas por completo, como le ocurrió a los padres jóvenes de estos mismos sectores.

Por lo general asumieron que su papel como padres implicaba cumplir cabalmente con la responsabilidad de proveer el sustento económico familiar, de manera que estuviera asegurado el bienestar material y un buen nivel educativo para sus hijos. Así, asignaron mayor importancia a sus obligaciones laborales y al tiempo de trabajo que a su vida familiar y a la atención que sus hijos necesitaban. No es extraño entonces que el trabajo y la consecución de una buena posición económica, antes que la convivencia familiar, fueran consideradas las preocupaciones más importantes durante buena parte de sus vidas:

Yo, desde muy temprana edad le di más importancia al aspecto económico y durante una gran parte de mi vida no hay más meta que el aspecto económico. Lógicamente era más importante para mí el trabajo, el conseguir una posición económica y social importante. El amor, en ese momento, hacia mis hijos era

expresado en términos económicos en un cien por ciento. (Microempresario, 45 años, cónyuge trabaja, dos hijos.)

Toda mi vida he trabajado mañana y tarde [...] tal vez viví enajenado, como todo ciudadano en esta metrópoli, con sueños guajiros de crecimiento intelectual, de ocupar posiciones de mando, de ganar más [dinero], entonces yo viví una buena parte de mi vida enajenado en el trabajo [...] El centro y toda mi preocupación era mi trabajo y luego, la familia y la atención a los hijos, condicionado o sujeto a lo que pasara en el trabajo. Definitivamente mi preocupación fundamental pues era la manutención, el sustento de la casa, de la familia. (Funcionario universitario, 57 años, cónyuge no trabaja, tres hijos.)

La importancia que la mayoría de ellos asigna a su actividad laboral está íntimamente relacionada con la valoración que hicieron de sus hijos, fundamentalmente en términos de su bienestar material. Es común que estos varones manifiesten que tanto ellos como sus compañeras querían que a sus hijos no les faltase nada, incluido un buen nivel educativo. Por eso no es raro que la mayoría de ellos aceptara la iniciativa de sus cónyuges para evitar procrear una descendencia muy grande:

Pues de alguna manera mi esposa estuvo consciente de que darles una buena educación a los hijos era un reto, un compromiso y eso no se puede lograr si se tenían muchos hijos. Entonces, ella siempre lo ha dicho, que siempre pensó darles, ofrecerles una buena educación a sus hijos, y que el único chance que había era teniendo pocos; entonces, en su esquema mental ya existía esa reflexión o esa disposición, de que la única forma de tener un hijo preparado y bien educado era tener pocos. (Funcionario universitario, 57 años, cónyuge no trabaja, tres hijos.)

Esta valoración (presente en la mayoría) respecto a sus hijos en términos económicos y de su paternidad en cuanto a la manutención del hogar está muy relacionada con una actitud propensa a mantener vigente una división tradicional del trabajo en casa. Para estos entrevistados la figura paterna está estrechamente vinculada con la aportación del sustento material de la familia, y la materna con la crianza y atención de los hijos, así como el cuidado de la casa. Esta idea concuerda con el papel que estos varones desempeñaron en sus hogares, fundamentalmente como proveedores principales del susten-

to familiar y con una participación un tanto limitada en la crianza y los cuidados de sus hijos.

Respecto al deseo de tener al menos un hijo varón, cabe primero aclarar que todos estos entrevistados tuvieron al menos un hijo del sexo masculino, de manera que este hecho puede haber matizado sus respuestas. En este sentido conviene señalar que encontramos heterogeneidad en las respuestas, puesto que en algunos casos comentaron que habían abandonado las posturas machistas porque para ellos no era importante tener un hijo varón, ya que la definición del sexo de los hijos era una cuestión azarosa sobre la que no podían incidir. De hecho, uno de estos padres asentó que lo último que quería era preservar el apellido paterno:

No, fíjate que no. De hecho yo siempre creí en eso, y sí lo pensé, que cuando yo tuviera hijos quería que fueran del mismo sexo, sin importar el sexo, pero que fueran del mismo sexo.

P: ¿Y si no hubiera tenido un hijo varón?

R: No hubiera sido importante, para mí no.

P: ¿Por qué?

R: Bueno, se dicen muchas cosas, que si el hijo va a perpetuar el apellido, etcétera, y si algo yo deseaba era no perpetuar el apellido, así que por ese aspecto no me llamaba la atención [tener un hijo varón] y por respecto a ser machista, tampoco, no me consideraba así muy muy macho. (Microempresario, 45 años, cónyuge trabaja, dos hijos.)

En los otros casos el panorama es muy distinto, pues en uno se confirmó la importancia que para el padre tenía el perpetuar su apellido por medio de su hijo; mientras que en el otro había interés por tener hijos de uno y otro sexo, y de hecho habría preferido que el primero de ellos hubiera sido mujer.

### *Los padres de los sectores populares*

Para los padres *jóvenes de los sectores populares*, en tanto proveedores principales de sus hogares, su actividad y horarios laborales determinan el poco tiempo que pueden destinar a su vida familiar. La valoración que hacen de sus hijos es en términos emocionales y económicos, ya que los consideran un complemento necesario de su vida conyugal y también un estímulo para trabajar y tratar de brindarles mejores condiciones de vida respecto a las que

ellos tuvieron cuando fueron pequeños. Por lo tanto son partidarios de tener pocos hijos.

Estos padres se mostraron a favor de una división tradicional del trabajo: ellos tienen la obligación de salir de casa para conseguir el sustento familiar, mientras sus compañeras han de permanecer allí para hacerse cargo de los hijos y de los quehaceres domésticos.

Para estos varones la llegada de sus hijos constituyó un motivo de máxima felicidad, puesto que sus vidas —personal y conyugal—, así como su actividad laboral, adquirieron sentido.<sup>7</sup> La paternidad para ellos ha significado fundamentalmente asumir una gran responsabilidad: ser cabezas de familia y conformar un hogar que depende de ellos:

Pues me sentí lo máximo en todo, porque yo en esos momentos [cuando nació su primer hijo] me sentía superior a todo, porque sentía una alegría inmensa en mí; en saber, por decir, en saber que yo traje un ser en el mundo, pues para darle todo, para darle todo, para vivir mejor, para sentirnos mejor entre pareja, para realizar muchos sueños que teníamos de jóvenes [... Ser padre] significa mucho, porque yo en eso ya tengo más responsabilidad, digamos en dos seres, en mi esposa y mi hijo, ya no veo la vida tan a la ligera, sino ya es cuestión de que veas tú por ti y por tu familia [...] por eso es importante ser papá, bueno, para mí es importante ser papá, ya mi vida ya agarró una meta que cruzar. (Albañil, 22 años, cónyuge trabaja, un hijo.)

Los hijos constituyen un incentivo para asumir la responsabilidad de la manutención de sus hogares. El papel de proveedores principales que adoptan está muy vinculado a la importancia que otorgan a sus obligaciones laborales. Las jornadas de trabajo, que han de cumplir con responsabilidad a fin de asegurar el sustento familiar, les impiden convivir más tiempo con sus hijos.

Este desequilibrio entre el tiempo destinado a su trabajo y el destinado a la vida familiar es un hecho reconocido, pero también justificado por la

<sup>7</sup> Estos argumentos son muy semejantes a los reportados por Gutmann (1996) respecto a sus entrevistados de sectores populares, quienes manifestaron que el tener hijos ha sido lo más natural y maravilloso del mundo después del matrimonio, porque demuestran sus habilidades procreativas al probar su virilidad, y porque tienen el placer de su compañía. Por ello, muchos expresaron una gran satisfacción cuando contaban con un trabajo que les permitía estar con sus hijos mientras trabajaban.

mayoría. El deseo de brindar mejores condiciones de vida a sus hijos los obliga a estar lejos de casa y, por tanto, a tener escasa intervención en la crianza y los cuidados de sus hijos:

Pues la responsabilidad mía es la de llevar el sustento para la casa y estar al pendiente de ellos [...] Cuando estaban en la escuela, pues en lo poco que yo sabía y podía ayudarles en hacer sus tareas y todo eso, verles sus tareas.

*P:* ¿Le tocó alguna vez cuidar a sus hijos?

*R:* No, porque nunca ha habido el..., o sea, cuidarlos así que, no porque pues siempre ha habido, o sea siempre he trabajado, siempre he trabajado, o sea que cuidarlos nunca, nunca los he cuidado. (Chofer, 42 años, cónyuge no trabaja, tres hijos.)

Los hijos son valorados por estos padres como un complemento necesario de su vida en pareja y también en términos económicos como un reto que los incentiva a mejorar las condiciones de vida de su familia.

Es común que estos entrevistados mencionen que han decidido tener pocos hijos porque desean asegurar su bienestar físico y material, así como un nivel educativo medio, cuestiones de las que carecieron ellos cuando fueron pequeños:

Porque yo como no tuve cuando era chico ni zapatos ni nada, no quería que así a mis hijos estuvieran, a veces cuando hay mucha familia no alcanza, hasta para la comida se reparte y no alcanza [...] yo todo eso lo veía con mi esposa y la verdad es lo que adoptamos seguir: no tener tanta familia [...] Nosotros no tenemos estudio así para que digamos aspirar a tener un buen trabajo [...] y no nos va a alcanzar para tener tanta familia. Bueno, de poderla tener, se puede tener, pero el problema es educarla, vestirla, darle de comer y todo, es muy pesado. (Chofer, 42 años, cónyuge no trabaja, tres hijos.)

Sí, me importan mucho [sus hijos] por eso trato de sacarlos adelante, que no sufran como sufrí yo cuando estaba chico, porque no estudié, porque mi papá no tenía dinero. Ya hasta donde alcance yo a darles lo mejor que les pueda dar uno, por eso casi nunca dejo de trabajar, siempre he trabajado [... Por eso ha querido tener] pus dos, para darles más, porque si tiene uno más [hijos] ya no se puede darles, si a éstos les vamos a dar, por decir, primaria o secundaria, pus ya los demás, si he tenido más, namás segundo, tercero o cuarto [de primaria] Y pus, así más pocos, o sea menos, pus les puedo dar más. (Albañil, 22 años, cónyuge trabaja, un hijo.)

Por lo general estos padres expresaron un gran deseo por tener al menos un hijo varón, de preferencia el primogénito. Entre las razones argumentadas encontramos el interés de perpetuar su apellido, el hecho de que los hijos varones pueden acompañar a sus padres y las hijas no, y la idea de que si el hijo mayor es hombre entonces será más respetado que una mujer:

Sí, la verdad, yo en mí nunca, nunca sentí que íbamos a tener una niña, en mí siempre hubo que iba a ser niño, y gracias a Dios sí, fue niño.

P: ¿Y por qué querías que fuera niño?

R: Pues, no sé si es por egoísmo o es vanidad, o no sé, pero yo quería que fuera, por decir, hombre pues el primer hijo [...] Siento que un hombre en la familia que sea el mayor, pues es [...] más respetado, es más respetado que una niña o una mujer, yo eso siento. (Albañil, 22 años, cónyuge trabaja, un hijo.)

Cabe señalar que se caracterizan por ser partidarios de mantener vigente en la casa una división tradicional del trabajo. En efecto, consideran que mientras el padre es responsable de trabajar fuera de casa y mantener a su familia, la madre ha de permanecer allí haciéndose cargo de los hijos.

Los padres *mayores de los sectores populares* consideraron que fueron padres a edades muy tempranas y que ello no les permitió adquirir los elementos o la experiencia suficientes para reflexionar sobre el inicio de su vida reproductiva, ni para regular la llegada de sus hijos. Ser padres para estos varones significó fundamentalmente cumplir con la obligación de mantener a sus hijos y, por tanto, con su papel como proveedores del sustento familiar. Por ello, y ante las precarias condiciones económicas de sus unidades domésticas, si bien la llegada de sus hijos constituyó un motivo de alegría, también significó tener que trabajar más; en algunos casos esto implicó incorporarse a dos empleos y trabajar durante los fines de semana, hecho que para ellos justificó el poco tiempo que dedicaron a su vida familiar y a la atención de sus hijos:

Yo trabajaba muy fuerte, salía [de casa] a las 5 o 6 de la mañana y podía llegar a las 9 o 10 de la noche [...] se me juntaron dos chambas, tenía mucho trabajo [...] trabajaba sábado y domingo muy duro todo el día. Era la única forma de poder subsistir, de poder mandar a los chamacos a la escuela. Yo duré muchísimo tiempo así, que cuando yo llegaba ya estaban durmiendo. El domingo que disponía de tiempo y que estaba en casa podíamos salir y no salíamos lejos [...] Para mí, la llegada de cada uno de mis hijos significó darle más a la chamba, trabajar más, vivir un poco más sacrificado. (Auxiliar de intendencia, 53 años, cónyuge no trabaja, cuatro hijos.)

No es extraño entonces que la valoración de sus hijos haya sido establecida fundamentalmente en términos de los costos económicos que implicaron su manutención y escolarización. Tal cuestión se transformó en angustia cuando veían crecer sin control sus descendencias:

Sí, de plano ya veíamos que es muy duro tener los hijos y luego para tener varios y luego para que no estudien [...] Lo que cuesta un hijo ahorita en la secundaria; los libros, todo, todo cuesta, teniendo muchos imagínese gasto que no se hace [...] Pero uno de loco, es que no se pone uno a pensar en lo que va a resultar después que hay que mantenerlos, comprarles ropa, zapatos, que estudien, todo eso sale caro. (Jardinero, 60 años, cónyuge trabaja, siete hijos.)

[...] pero ya [la llegada de] los demás [hijos] sí siente uno que ya es una carga más para uno, entonces ya siente uno que no es el momento de tener hijos. Ya se siente uno como que tiene uno una carga más, ya se empieza uno a sentir mal, porque ya con más familia se siente peso. (Maestro albañil, 54 años, cónyuge no trabaja, ocho hijos.)

Por lo que se refiere al deseo de tener un hijo varón, hay que comentar que todos estos entrevistados tuvieron al menos uno, y que algunos dijeron que para ellos era lo mismo tener hijos varones que mujeres, pues los hubiesen querido de igual manera. Sin embargo otros reconocieron que en efecto, para ellos era muy importante haber tenido al menos un hijo varón, por razones de machismo y para satisfacer su ego, al saber que su apellido se perpetuaría:

Pues a la mejor para satisfacer el ego, sí, porque uno dice: "¿quién sigue el apellido?, pues el varón". El varón sigue sembrando el apellido, la mujer no, porque ya viene el apellido del marido. Pero el varón sí, porque si tiene otro hijo el apellido va a seguir. (Auxiliar de restaurante, 62 años, cónyuge trabaja, tres hijos.)

#### CONSIDERACIONES FINALES

A partir de los resultados de esta investigación podemos decir que es general la importancia que asignan al hecho de ser padres todos los entrevistados, lo que puede ser indicativo de que entre los hombres mexicanos, aun entre los urbanos —como los que habitan en la ciudad de México—, ser padre tie-

ne un gran valor en las identidades masculinas porque es un hecho íntimamente relacionado con el tránsito a la adultez, que como puede observarse no se obtiene solamente con la edad sino que se refrenda al adquirir la responsabilidad de conformar una familia a la que deben proveer del sustento y dirigir como cabezas o jefes.

Sin embargo los testimonios de los entrevistados también indican la existencia de matices en la vivencia de la transición a la paternidad. En efecto, para los padres *mayores de los sectores populares*, quienes fueron padres a edades muy tempranas, aunque la paternidad fue importante en sus vidas, no constituyó un evento sobre el cual hubieran podido reflexionar de manera premeditada, de tal suerte que sus hijos llegaron como algo natural que ocurre como consecuencia lógica de haberse casado. La relación que establecieron con ellos por lo general fue de distancia física y emocional, con la que pretendieron asegurar el respeto y la subordinación a su autoridad. Para ellos fue muy claro que quien debía hacerse cargo de manera exclusiva de criar y cuidar a los hijos era su cónyuge, mientras ellos habrían de cumplir cabalmente con su papel de proveedores.

A pesar de que los *mayores de los sectores medios* fueron padres a edades no tan tempranas, consideraron la paternidad como una etapa más de la vida por la que todo individuo adulto tiene que transitar una vez que se ha realizado la unión matrimonial. Sin embargo la relevancia que para sus vidas o las de sus hijos tendría este hecho no fue apreciada en toda su amplitud sino hasta que sus descendientes fueron mayores y empezaron a salir de casa. Para la mayoría de estos padres sus largas jornadas laborales —necesarias, en su opinión, para asegurar una buena situación económica a su familia— les impidieron convivir durante más tiempo con sus hijos. Sin embargo algunos de ellos, reconociendo que había sido muy poco el tiempo dedicado a atender a sus pequeños —el que quedaba después del trabajo— decidieron modificar esta situación cuando sus hijos eran ya adolescentes e intentaron establecer una relación más cercana con ellos. A pesar de que casi todos coinciden en asegurar que es obligación de la madre hacerse cargo de la crianza y el cuidado de los hijos, su nivel de participación en esta materia no es tan bajo como el mostrado por los padres *mayores de los sectores populares*.

Los padres *jóvenes de los sectores populares* por lo general lo fueron a edades muy tempranas y por ello no pudieron reflexionar sobre la importancia que implicaba tener hijos. A pesar de ello destaca el hecho de que para ellos la paternidad constituye una experiencia necesaria en la vida, y los hijos se convierten en la motivación principal por la cual se esfuerzan en su trabajo. Para

estos entrevistados ser padres ha significado asumir el papel de cabezas de familia y conformar un hogar que depende de ellos. Esto explica la preponderancia que otorgan a su desempeño laboral frente a su vida familiar. Estos entrevistados mostraron un grado mayor de flexibilización en el ejercicio cotidiano de su paternidad, ya que a diferencia de la relación de distancia —física y emocional— establecida con sus hijos por la mayoría de los padres *mayores de ambos sectores sociales*, logran vincularse de manera más cercana con sus pequeños por medio del juego, las muestras de afecto y una participación, aunque un tanto tímida, en los cuidados y su crianza.

Por lo general los padres *jóvenes de los sectores medios* se unieron a edades no tan tempranas y para ellos la decisión de ser padres por primera vez fue objeto de mucha reflexión, pues en su opinión la llegada de los hijos no es un resultado inmediato de la unión conyugal. Casi todos vivieron un periodo de acoplamiento con su pareja antes de procrear a sus primeros hijos, decisión a la que llegaron una vez que evaluaron junto con su cónyuge su situación económica y la conveniencia de las edades de ambos para ser padres. En su mayoría dieron muestras de un importante acercamiento en términos afectivos y físicos con sus hijos, y además estuvieron muy pendientes de sus cuidados, crianza y educación.

Por otro lado y de acuerdo con lo expresado por nuestros entrevistados, queda claro que en un ámbito tan urbanizado, modernizado e industrializado como la ciudad de México, el sentido de los flujos intergeneracionales de riqueza de los que habla Caldwell (1982) está claramente definido en favor de los hijos, quienes son valorados por sus padres más en términos de carga o costos económicos que de beneficio, inversión o ayuda futura. Al parecer los hijos para los padres mexicanos hoy día, y sobre todo para los urbanos, implican la realización de un gran esfuerzo laboral y acarrear claras desventajas económicas. Quizá ahora lo que los padres consigan de sus hijos en cuanto a logros o prestigio lo constituya el hecho de tener menos hijos que antes, pero con mejores condiciones materiales de vida y más escolarizados que ellos mismos.

Por todo ello no es extraño que estos padres y sus cónyuges —con la excepción de los padres *mayores de los sectores populares*, quienes asumieron una actitud un tanto pasiva ante el sucesivo incremento de sus descendencias— manifestaran un claro deseo de controlar el número de hijos que tendrían. Sin embargo nos parece muy importante tomar en cuenta las diferencias que encontramos en las respuestas de los varones entrevistados respecto al valor que sus hijos adquieren, ya que si bien la mayor parte manifestó una actitud

favorable a la disminución o control del tamaño de su descendencia, este deseo no parte necesariamente de las mismas valoraciones respecto a los hijos.

Las precarias condiciones económicas y laborales de los padres *mayores de los sectores populares* y el crecimiento incontrolado de sus descendencias —debido en buena medida a la falta de información sobre la anticoncepción o a su rotundo rechazo a utilizarla— propiciaron que hicieran una valoración de sus hijos fundamentalmente en términos de la carga o peso económico, e incluso de la angustia que implicaba su manutención y escolarización. En cambio, fue común entre los padres *mayores de los sectores medios* y sus cónyuges la valoración de sus hijos no sólo en términos del bienestar material que querían brindarles, sino también del elevado nivel escolar que deseaban asegurarles, y por ello en su mayoría estuvieron a favor de reducir su descendencia a un tamaño medio.

Para los padres *jóvenes de los sectores populares* los hijos se convierten en un complemento de su vida conyugal, pero también en un reto que los incentiva a esforzarse para darles mejores condiciones de vida y un mayor nivel de escolaridad que el que ellos mismos tuvieron cuando niños, por eso acuerdan con sus cónyuges tener pocos hijos. Es a partir de esta motivación que desempeñan largas jornadas laborales durante la semana, lo cual les impide convivir más tiempo con ellos. En cambio, para los padres *jóvenes de los sectores medios* tener hijos ha significado un rotundo cambio en sus vidas, no únicamente respecto a lo que representa asumir la responsabilidad de su manutención y educación, sino también del tiempo, la atención y el afecto que desean brindar a cada uno de ellos. De tal suerte que la mayoría busca establecer un equilibrio entre su vida laboral y la familiar. Por eso mismo no viven de manera conflictiva el que sus cónyuges salgan a trabajar ni compartir con ellas la manutención económica de sus hogares. Han optado junto con sus parejas por tener pocos hijos, de manera que puedan asegurar su bienestar material y un nivel escolar al menos de grado universitario, así como dedicarles tiempo y darles afecto suficiente. Concuerdan con estas intenciones la significativa intervención en los cuidados, en la crianza y en la educación de sus hijos de la mayoría de ellos.

Por lo que hace a la preferencia que los entrevistados manifestaron por tener hijos varones, encontramos claras semejanzas con lo reportado por Stycos (1958) hace 40 años para los varones puertorriqueños pobres, y por Caldwell (1982) respecto a los linajes africanos, en el sentido de que para casi todos nuestros entrevistados reproducirse por medio de un hijo varón adquiere relevancia porque de esa manera se asegura que el apellido (o nombre de fa-

milia) sobreviva y tenga la posibilidad de perpetuarse en el tiempo y las generaciones. Este deseo expreso por lograr procrear al menos un hijo varón también tiene algunos matices entre nuestros entrevistados, ya que los padres *jóvenes de los sectores populares* refirieron que les da mucho gusto y orgullo hacerse acompañar por sus hijos hombres cuando están con sus amigos, en tanto que los padres *jóvenes de los sectores medios* relataron que a través de un hijo varón ellos sienten la satisfacción de transmitir sus experiencias como hombres a la siguiente generación.

Para finalizar sólo mencionaremos que nuestros hallazgos parecen estar apuntando a la existencia de cambios importantes en las valoraciones que los varones urbanos —de la ciudad de México— tienen respecto a su paternidad y a sus hijos, sobre todo si atendemos a las diferencias generacionales. De hecho creemos que la valoración que los entrevistados hicieron de sus descendencias está estrechamente vinculada con la manera en que asumieron el ejercicio de su paternidad. Si bien para la mayoría de estos padres todavía está vigente la concepción del padre fundamentalmente como proveedor —cuestión en la que coincidimos con los hallazgos de Vivas Mendoza (1993) y de Gutmann (1996)— y por tanto tener hijos significa ante todo asumir una obligación económica muy grande, puesto que se sienten responsables de asegurar la manutención de sus hijos —aunque para los padres de los *sectores medios* esto significa mantener un buen nivel de vida— y de mejorar su nivel de escolaridad, hay que tomar en consideración que entre los padres *jóvenes de ambos sectores sociales* encontramos claras señales de flexibilización en su función como padres, que se reflejó, de acuerdo con sus testimonios, en la relación de acercamiento físico y de afecto que establecieron con sus hijos mediante del juego y la participación en sus cuidados y crianza.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Caldwell, John C. (1982), *The Theory of Fertility Decline*, Australia, The Australian National University, Academic Press.
- \_\_\_\_\_, P. H. Reddy y Pat Caldwell (1982), "The Causes of Demographic Change in Rural South India: A Micro Approach", *Population and Development Review*, vol. 8, núm. 4, Nueva York, The Population Council, pp. 689-727.
- Conapo (2002), *La situación demográfica de México 2002*, México, Consejo Nacional de Población.

- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- Greene, Margaret E. y Ann E. Biddlecom (2000), "Absent and Problematic Men: Demographic Accounts of Male Reproductive Roles", *Population and Development Review*, Nueva York, The Population Council, vol. 26, núm. 1, pp. 81-115.
- Gutmann, Matthew C. (1996), *The Meanings of Macho, Being a Man in Mexico City*, California, University of California Press. (Traducción al español: *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, México, El Colegio de México, 2000.)
- \_\_\_\_\_ (1993), "Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México en los noventa", *Estudios Sociológicos*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, vol. XI, núm. 33, pp. 725-740.
- Lerner, Susana y André Quesnel (1994), "Instituciones y reproducción. Hacia una interpretación del papel de las instituciones en la regulación de la fecundidad en México", en Francisco Alba y Gustavo Cabrera (comps.), *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, México, El Colegio de México, pp. 85-117.
- \_\_\_\_\_ y Mariana Yanes (1994), "La pluralidad de trayectorias reproductivas y las transacciones institucionales", *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, vol. 9, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 543-578.
- Núñez, Ana E. (2000), "La percepción de la maternidad en un grupo de mujeres rurales", en Claudio Stern y Carlos Echarri (comps.), *Salud reproductiva y sociedad. Resultados de investigación*, México, El Colegio de México, pp. 235-262.
- Stycos, J. Mayone (1958), *Familia y fecundidad en Puerto Rico: estudio del grupo de ingresos más bajos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Vivas Mendoza, Ma. Waleska (1993), "Del lado de los hombres (algunas reflexiones en torno a la masculinidad)", tesis de licenciatura en etnología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Zúñiga, Elena y Daniel Hernández (1994), "Importancia de los hijos en la vejez y cambios en el comportamiento reproductivo (estudio en tres comunidades rurales de México)", *Estudios Demográficos y Urbanos*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, vol. 9, núm. 1, enero-abril, pp. 211-236.



## LA VIVENCIA DE LA PATERNIDAD EN EL VALLE DE CHALCO

María de los Ángeles Haces Velasco<sup>1</sup>

### INTRODUCCIÓN

El presente trabajo parte de analizar y reflexionar sobre la parentalidad, entendiéndola como la serie de actividades, cuidados y mecanismos de los varones adultos en relación con los niños a su cargo. Al llevar a cabo los roles parentales se ponen en marcha muchos elementos para cuidar a los hijos, tanto en el aspecto físico o práctico como en el emocional o psicológico.

Así pues, mediante la investigación teórica y de campo he indagado la forma en que los varones asimilan los roles de padre y la manera en que significan su paternidad. Un objetivo fundamental es evidenciar cómo construyen o reconstruyen cotidianamente el rol paterno.

Sin duda podemos percibir transformaciones consistentes en los roles parentales a partir de las décadas de los años setenta y ochenta, pero resulta necesario y particularmente interesante observar, estudiar y cuestionar hacia dónde van esos cambios, cómo se van construyendo, así como el significado que ha ido adquiriendo para los hombres el ejercicio del rol de padre en un contexto social de cambio.

Los resultados y análisis aquí vertidos forman parte de un proyecto más amplio que constituyó mi tesis de maestría (Haces, 2002). Para tal fin la investigación de campo se llevó a cabo de septiembre de 2000 a marzo de 2001 en el municipio de Valle de Chalco, Solidaridad (Estado de México). El estudio se hizo en dos colonias: la colonia Xico, que es un sitio poblado desde hace tiempo (90 años) que conserva rasgos rurales en la organización social, familiar y del trabajo (agricultura), y la colonia San Isidro (poblada hace 25

<sup>1</sup> Estudiante del doctorado en antropología en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

años), que puede considerarse el polo opuesto de Xico, pues es la colonia más urbanizada.

La investigación originalmente incluyó a 50 personas (25 hombres y 25 mujeres); aquí presento los resultados sobre los varones, quienes pertenecían a dos grupos de edad: uno compuesto por hombres entre 25 y 35 años y otro de más de 45 años. En ambos se reflexionó en torno del desempeño cotidiano de la paternidad, el significado que para cada uno de los varones tiene este rol, las relaciones emocionales entre padres e hijos, y las expresiones y muestras de cariño hacia los hijos. Cabe aclarar que a las 25 mujeres se les preguntó acerca del desempeño de su pareja o esposo, de ahí que en los resultados de algunas actividades prácticas en relación con los hijos me refiera a 50 casos, y en la parte subjetiva (emociones, afectividad) sólo haga referencia a los 25 varones con los que trabajé de manera directa.

El análisis de resultados se llevó a cabo teniendo como guía teórica la perspectiva de género, fundamental para analizar la paternidad cuando se revisa la construcción social del género masculino, pues es en la socialización donde los hombres construyen su masculinidad, así como sus roles parentales. Sin duda aquí la perspectiva constructivista desempeña un papel fundamental, ya que como veremos más adelante, la reconstrucción genérica y de la paternidad ha proporcionado a los varones entrevistados mayores posibilidades de desarrollo afectivo y emocional con sus hijos. Resulta fundamental abordar la vivencia cotidiana de los varones respecto a la paternidad, pues contribuye al estudio de las masculinidades.

Un elemento más por considerar es el análisis a partir de los grupos de edad; esto nos facilita la observación de la manera en que los hombres construyen o reconstruyen su paternidad, dependiendo de la generación a la que pertenecen. Evidentemente el simple hecho de formar parte de una generación u otra no modifica necesariamente el significado y el ejercicio de la paternidad, pero es un elemento más, pues este proceso es multifactorial.

#### CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL GÉNERO

Aquí reflexionaré alrededor de la forma en que los sujetos adquieren su identidad genérica y sobre las características que socialmente se le asignan al sexo masculino. Partiendo de la idea de que la adquisición de género es un proceso que dura tanto como la vida, ya que si bien hay etapas fundamentales en la formación identitaria de toda persona, como la infancia y la adolescencia,

existe la posibilidad de modificar algunos aspectos de la identidad de género en el transcurso de la vida.

Rubin define el sistema sexo-género como “el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (1997: 37). Esta definición permitió ir más allá de la polémica entre lo natural y lo social, y en ese sentido la mayoría de los autores que trabajan el género desde la perspectiva de la construcción social deja de lado las cuestiones biológicas o esencialistas (Ortner, 1997; Ramos, 1991; Benería y Roldán, 1987; Lamas, 1997a; Jiménez, 2001).

Me suscribo al constructivismo social porque nos permite entender la forma y el proceso por el cual los sujetos conforman su masculinidad; es decir, nos permite analizar cómo a partir de un hecho fisiológico se coloca a los hombres en lugares determinados socialmente, transformando esa característica biológica en una diferencia social. A este proceso de formación de hombres y mujeres con características específicas y excluyentes lo llamaremos *adquisición del género* (Lamas, 1997a). Resulta también necesaria la adhesión a esta concepción constructivista para analizar los procesos mediante los cuales los hombres se convierten en padres, así como los elementos que constituyen este rol.

En ese sentido se discriminan tres aspectos en la adquisición de género: 1) la asignación (rotulación, atribución) de género; 2) la identidad de género, que se establece más o menos cuando se adquiere el lenguaje, y 3) el papel (rol) de género, que se forma con el conjunto de normas y prescripciones que dictan la sociedad y la cultura sobre el comportamiento femenino o masculino (Lamas, 1997a: 113-114).

Es necesario discernir de dónde adquirimos las diferentes categorías genéricas a lo largo de la vida, ya que si bien queda claro que se trata de un proceso social, las relaciones que establecemos pueden ser muy amplias, y en cada una de ellas podemos estar conformando o reforzando distinciones genéricas. La familia es un lugar de construcción genérica fundamental, aunque no el único; allí es donde el recién nacido conforma su identidad de género. Otras instituciones que construyen el género, lo refuerzan y lo perpetúan son la religión, las instituciones académicas, las laborales, y los grupos de pares.

Desde esta perspectiva dicho proceso de formación genérica no tiene fin; es constante y cotidiano. Mediante las diferentes relaciones e interacciones que los sujetos sociales establecen a lo largo de su vida agregan nuevos elementos a esa construcción genérica, y en muchos casos incluyen otros que cues-

tionan las disposiciones de género adquiridas hasta el momento. Esto ha sido fundamental para las transformaciones genéricas que anotaremos.

Varios autores resaltan la importancia que tiene el aspecto relacional en el proceso de adquisición y fortalecimiento de género. Smith-Rosenberg dice: "El término género es, en realidad, la representación de una relación, de ese tipo de relación que implica la pertenencia a una clase, a un grupo, a una categoría" (citado en Ramos, 1991: 237). Con las diferentes relaciones que establecen, los sujetos fortalecen o modifican las disposiciones genéricas a lo largo de su vida; la pertenencia a un género ubica al sujeto en relaciones personales y sociales más o menos limitadas y específicas.

Dichas relaciones no se dan en forma aislada; están de una u otra manera acotadas por las instituciones que reproducen y refuerzan las distinciones genéricas; en buena medida por lo que De Lauretis (1991) llama tecnologías de género, es decir, los mensajes de la literatura, de los medios de comunicación, de los lenguajes, que construyen y controlan los significados sociales del género. La presión social para cumplir determinadas normas genéricas es muy fuerte: es difícil salirse de tales disposiciones sin que exista cierta sanción social, unas veces soterrada y otras muy abierta. Al respecto Butler nos dice: "En la medida en que la existencia social requiere una afinidad de género que no sea ambigua, no es posible existir en un sentido socialmente significativo fuera de las normas de género establecidas" (citado en Lamas, 1997: 311). Sin duda en la actualidad ya podemos pensar en forma más tolerante respecto a quien no está dentro de estos cánones, pero la sanción social, con todo y las transformaciones valorativas que se han dado por medio de la lucha por el reconocimiento de los derechos sexuales y de la diversidad, así como la lucha de las mujeres en diferentes ámbitos, sigue existiendo y operando.

#### UNA REFLEXIÓN EN TORNO DE LO "MASCULINO"

La incorporación de la visión masculina es reciente, y aunque siempre estuvo presente como contraparte de la femenina, no se había incluido como vertiente en los estudios de género, sin embargo resulta fundamental no sólo conocer la forma en que la mujer adquiere su identidad genérica, sino también analizar los procesos masculinos.

En la última década, en el ámbito académico se ha puesto interés en el análisis de la masculinidad y los rasgos que la conforman mediante acciones

específicas encaminadas a reflexionar sobre el particular.<sup>2</sup> El dar cuenta de la masculinidad surge del reconocimiento de que los sistemas de género han sido binarios (Lamas, 1997b) y oponen al hombre con la mujer, lo masculino a lo femenino, manteniendo regularmente una situación jerárquica donde todo lo relacionado con el hombre tiene un estatus social más alto en relación con lo propio de la mujer. El aprender acerca de las mujeres implica y obliga a aprender sobre los hombres. Davis apuntaba desde 1975 la necesidad de incluir en la categoría de género a los hombres; Gutmann (2000) afirma que la falta de perspectiva masculina en los estudios sobre la familia es una laguna importante en el trabajo sobre género, y por supuesto en los estudios que se hacen acerca de la estructura familiar.

Social e históricamente se le han asignado diferentes cualidades y habilidades a los hombres y las mujeres: ellos han sido asociados con la parte intelectual, racional, con el ámbito público, y las mujeres con lo espiritual o emocional y con el mundo privado; es decir, el espacio doméstico.

Seidler (2000) y Callirgos (1996), entre otros, destacan la necesidad de analizar el papel de los varones en los distintos ámbitos donde se desenvuelven, no sólo en los públicos o laborales, lo que permitiría cuestionar y reflexionar acerca de las relaciones que establecen en el hogar y en su círculo de amigos y familiares.

El proceso de construcción de la masculinidad, al igual que el de la feminidad, es complejo y está expuesto constantemente a transformaciones. El "deber ser" masculino obliga a los hombres a negar o dejar en un segundo plano otros aspectos de su desarrollo como pueden ser los sentimientos, las emociones y la cercanía en las relaciones personales. Dichas carencias se hacen evidentes cuando al reflexionar sobre la masculinidad, los hombres manifiestan la necesidad de expresar sus emociones, sentimientos y temores sin que por eso sean menos hombres o les falte valor.

La identidad masculina se enfrenta constantemente a pruebas con las cuales se tiene que confirmar que "se es hombre" en todo el sentido de la palabra; la asociación de la masculinidad con el arrojo, fuerza, valentía y sabiduría los somete a una fuerte presión social. En ese sentido Jiménez (2001) dice que ser hombre suele ser una experiencia dolorosa, sobre todo en socieda-

<sup>2</sup> Muestra clara de ello es el trabajo que realiza el Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias (Coriac), asimismo los pronunciamientos de la ONU acerca de la necesidad de que los hombres intervengan más en el desarrollo y cuidado de los hijos (FPNU, 1999: 5 y 8).

des homofóbicas como la nuestra, donde para ser hombre se niega o se sanciona todo lo que sea o parezca femenino.

Ante estos requerimientos sociales tan rígidos y demandantes, los hombres enfrentan problemas serios para vivir de acuerdo con lo que el ideal de masculinidad les exige, ya que a la vez que encarna el poder, también representa fragilidad, porque ideológicamente se le imponen cualidades que debe cumplir y cuyo costo social es muy elevado. Kaufman (1989) menciona que la hombría y la masculinidad se valoran socialmente, y por eso los hombres concretos se sienten inseguros de su propia hombría y masculinidad, viven su existencia con dudas permanentes acerca de su "efectividad".

La vida de los varones les exige una muestra cotidiana de su hombría, ya que existen expectativas muy altas en relación con lo masculino. Según Badinter (1992) el hombre debe convencer a los otros hombres a lo largo de su vida de tres cosas: que no es mujer, que no es un bebé y que no es homosexual. Estas etiquetas sociales significan debilidad o inferioridad; entonces mientras menor sea el grado e intensidad en que muestre las características aludidas, más se acercará a la "verdadera hombría". El proceso de hacerse hombre refleja la renuncia o negación constante de sensaciones y emociones. Esto resulta muy evidente cuando hablamos de la paternidad, ya que muchas de estas máximas sociales impiden vivir una paternidad afectiva<sup>3</sup> y cercana con los hijos. En ese sentido, los deslizamientos<sup>4</sup> que se observan en favor de paternidades comprometidas son muy útiles para los padres actuales, pero también para la formación de sus hijos, sobre todo los varones, como sujetos con mayores posibilidades de transmitir expresiones emocionales libres.

Este deber ser masculino implica un costo individual e incluso social muy alto. Clare (2000) menciona que el número de suicidios es mucho más alto entre los hombres que entre las mujeres; muchos son incapaces de reconocer que están deprimidos, que son dependientes o que necesitan ayuda. Dicho autor dice, al referirse a los cambios en el rol masculino, que los hombres han ido saliendo poco a poco del "armario emocional".

Seidler (2000) también reconoce la necesidad de incorporar la parte emocional a la masculinidad y dejar de ver como indigna toda expresión de sentimientos y emociones. Incluso desde esta postura propone reflexionar

<sup>3</sup> Al respecto cabe señalar que Coriac tiene un taller de "Paternidad afectiva y relaciones de pareja" dirigido a hombres.

<sup>4</sup> Aquí tomamos el concepto que maneja Esteinou "cambios lentos, pero que están en curso y se manifiestan en pequeños deslizamientos que a la larga van modificando los roles" (Esteinou, 2004).

acerca del derecho de los hombres a expresar la ternura en sus diferentes relaciones: de pareja, con sus hijos, con sus amigos, con sus padres.

Se han señalado dos grandes transformaciones del rol masculino: la disminución del hombre como proveedor económico único y la pérdida de la figura autoritaria en particular, o de "lo masculino" en general.

Asimismo se desdibuja cada vez más la figura del hombre autoritario dentro de la familia, papel que correspondía la mayoría de las veces al padre (Piña, 1997). Hoy podemos encontrar cada vez más familias que cuentan con estructuras menos autoritarias que propician y permiten una mayor participación de las mujeres y de los miembros más jóvenes.

No podemos afirmar que las relaciones entre los sexos se hayan vuelto simétricas, pero se debe reconocer que existen avances al respecto. Esta democratización de la masculinidad, tanto relacional como simbólica, repercute en los distintos ámbitos donde actúan los hombres.

#### FAMILIAS

Me parece importante resaltar que la problemática de la paternidad adquiere sentido sólo si se analiza en el entorno donde se ejerce dicho rol. Este espacio, tanto físico como emocional y afectivo es la familia, y no sólo como unidad doméstica, ya que existe un ejercicio real de la paternidad aun cuando las personas no compartan un mismo espacio.

Por tal razón abordé la paternidad tomando a la familia como unidad de análisis y de registro, básicamente porque es en dicho ámbito donde se conforman y practican los roles parentales. En la familia de origen se aprende cómo y qué es ser padre, y una vez que el varón es adulto y forma su propia familia, allí ejerce su paternidad, y en algunos casos modifica los roles parentales aprendidos y vividos en la infancia. La decisión de tomar a la familia como unidad de análisis se debe a la importancia que tiene para los sujetos, tanto hombres como mujeres, a lo largo de su vida. Por supuesto que esto no quiere decir que otras instituciones (escolares, laborales, culturales, políticas) o relaciones sociales no afecten, contribuyan y conformen los roles parentales. Considero que cada una de ellas merece una discusión y un análisis detallado, pero por esta ocasión me concentro únicamente en la familia.

Parto de entenderla como un grupo social constituido no sólo por individuos, sino básicamente por relaciones entre sus miembros: pareja, padres e hijos, hermanos, tíos y sobrinos. Los nexos familiares que se establecen co-

múnmente son de los más duraderos, ya que no terminan, como puede ocurrir con los de amistad o de negocios, sino que casi siempre perduran desde el nacimiento hasta la muerte de las personas (Esteinou, 2001).

Dentro de la estructura familiar podemos encontrar las relaciones intra e intergeneracionales, los lazos afectivos que se tienden entre sus miembros, la construcción de los roles dependiendo del lugar que ocupen los miembros dentro de la estructura familiar, así como los aspectos genéricos.

En la familia se aprenden y construyen las primeras diferencias genéricas y se refuerzan aquellas que se adquieren a lo largo de la vida en diversas instituciones. A partir de la crítica a la familia nuclear jerarquizada, así como a las formas alternativas de hacer familia, la estructura como tal adquiere poco a poco características más democráticas que favorecen unas relaciones más simétricas entre sus miembros. En ese mismo sentido Piña nos dice que: "Lo que se está modificando, aun con muchos obstáculos, pero firmemente, en el ámbito de la estructura familiar, son aspectos como la segregación de género, la violencia intrafamiliar, la ausencia de legislación y la norma jurídica para proteger a las mujeres y los hijos fuera del matrimonio" (1997: 391).

Para analizar dichas transformaciones debemos ver a la familia como una institución dinámica, plural, procesual e histórica, por lo cual no puede permanecer estática a través del tiempo. Muchos de los cambios en los roles femeninos y masculinos que se producen se deben en parte a las recomposiciones que se han dado en su seno. Estas transformaciones son multicausales: el alargamiento en la esperanza de vida modifica la estructura familiar y esto trae consigo variaciones en su entorno (Esteinou, 1999; Rojas, 2000; Jelin, 1998).

Lo anterior guarda relación con otro fenómeno: la reducción de la duración del periodo reproductivo ocasiona cambios en la familia y básicamente en la mujer, ya que con la disminución del tiempo dedicado a la reproducción social se abren sus posibilidades para pensar o realizar un proyecto personal de vida.

Es fundamental puntualizar que junto con las transformaciones evidentes de carácter operativo, la familia experimenta cambios de tipo simbólico. El papel que desempeña en el individuo depende de diversos factores, como el sexo, el género y la generación; hay que tomar en cuenta que la familia es una estructura de mucha afectividad y por tanto representa diferentes cosas para cada uno de sus miembros (Jelin, 1998).

Esteinou y García y De Oliveira presentan un panorama de las transformaciones en la familia que se han vivido en México. La primera menciona al menos tres cuestiones importantes que repercuten en la familia:

[...] el crecimiento de la proporción de familias cuyo perfil es que los dos miembros de la pareja trabajen; los cambios en la estructura de papeles familiares, lo que repercute en la fragilidad y apertura con respecto al vínculo matrimonial; cambios en los patrones de parentalidad o parentaje y las relaciones entre generaciones (Esteinou, 1999: 11).

García y De Oliveira resaltan tres aspectos en donde se observan el movimiento y la incorporación de nuevas formas de comportamiento familiar, así como diferentes pautas de socialización en distintos ámbitos: "la división intrafamiliar del trabajo masculino y femenino, los patrones de autoridad imperantes en el hogar y el grado de autonomía femenina frente al cónyuge" (1998: 197). Dichas modificaciones, si bien parciales y aún no generalizadas, repercuten en la generación actual e influyen en la formación de los hijos de estas parejas, que de alguna manera tienen relaciones más simétricas y roles genéricos menos rígidos.

#### PATERNIDAD

En lo que respecta específicamente a la paternidad podemos retomar lo que Bruce (1999) señala al definirla desde un aspecto meramente biológico, pues aporta la mitad del material genético, o entenderla como un concepto que abarca múltiples funciones, como las actividades directas: alimentar, cargar, jugar, enseñar, y las indirectas que benefician al niño: proveer medios económicos, albergue, protección. La paternidad, desde la postura relacional (padre-hijo) proporciona a los varones experiencias satisfactorias e importantes para ellos. Algunos programas están dirigidos en este sentido.<sup>5</sup>

La construcción social de la paternidad se relaciona con el rol de proveedor de recursos materiales y económicos, asimismo se le encasilla dentro de una figura de autoridad. Sin duda el padre encarna una figura de proveedor, pero valdría la pena verlo no sólo como el proveedor económico que desde la postura tradicional provee seguridad para la mujer y fortaleza para la familia; también es proveedor simbólico, posee valor social intrínseco. Si bien cruza lo económico, no lo agota, porque provee de otras cosas al hogar. Incluso los padres ausentes, ya sea por abandono, migración, trabajo muerte, de alguna manera proveen a la familia de un halo de respetabilidad social.

<sup>5</sup> "Para que la paternidad sea padre" y "Descubriendo lo padre de ser padre", coordinado por el Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias A.C.

El de la paternidad es un tema que se ha investigado poco. Actualmente cobra auge a partir del impulso que le han dado los estudios sobre masculinidad. Dentro de la línea de masculinidad, una vertiente más son los estudios sobre paternidad. Decididamente el papel de padre ha recibido mucho menos presión y atención social y académica que el de la madre. Cuando no se cumple como padre la sanción social general no tiene tanto peso; de hecho aún es frecuente la figura del padre ausente, no sólo en el sentido de que no esté en el hogar por cuestiones laborales, sino de ausencia total; es decir, desentendido de sus hijos.

La identidad masculina no está marcada por la paternidad como en el caso de las mujeres por la maternidad; si bien el tener hijos puede dar prestigio a los hombres y reafirmar su masculinidad y virilidad, el hecho de no tenerlos no pone en duda su hombría (Jiménez, 2001). El ejercicio de la paternidad es muestra de la asimetría de los géneros, que da valoraciones sociales diferentes al ejercicio de la paternidad y al de la maternidad. El involucramiento de los padres durante el embarazo, el parto y el posparto es casi nulo, con la excepción de algunos, básicamente jóvenes de los sectores medios, que participan en las visitas ginecológicas, en el parto y en la crianza durante la primera infancia de sus hijos (Rojas, 2000).

En algunos casos la mayor intervención de los padres es producto de la demanda de sus cónyuges para que contribuyan y sean corresponsables en la crianza cotidiana de los hijos y en su formación. En ciertos sectores comienza a cuestionarse la figura tradicional del padre; de hecho algunos de los que cuestionan su propio ejercicio paternal lo hacen a partir de la crítica del modelo en el cual fueron educados.

El analizar la adquisición de los roles paternos como proceso nos lleva a considerar que existen múltiples formas de ser padres, muchas aún están en proceso de construcción y frecuentemente de reconstrucción. Hay distintas maneras de ser padres, De Keijzer y Rojas proponen varios tipos ideales para poder ubicarlos. Evidentemente la forma en que cada uno ejerce su paternidad no coincide totalmente con ninguno de los tipos, pero son herramientas útiles para analizar tanto teórica como empíricamente ese proceso tan complejo.

Rojas (2000) presenta dos tipos de padres: *a*) el padre tradicional que mantiene un alto grado de incomunicación con la pareja, sobre todo en relación con cuestiones de control natal y sexualidad; nula participación en las etapas del proceso reproductivo; es severo y estricto; no participa en el trabajo doméstico y su identidad como padre la constituye su papel como provee-

dor económico, y *b*) el padre moderno que establece relaciones equitativas y democráticas con su pareja. Participa en el proceso reproductivo y lo considera una experiencia valiosa; es corresponsable en el proceso reproductivo, participa activamente en la educación y crianza de sus hijos, asume actitudes más flexibles respecto a su papel en el hogar y a la división del trabajo intrafamiliar (Rojas, 2000).

Por otro lado De Keijzer propone cuatro tipos de paternidades: *a*) el padre ausente, relacionado con los hogares de jefatura femenina; *b*) el padre o patriarca tradicional, proveedor económico que ejerce de manera completa la autoridad en la familia sin participar en el cuidado de los hijos ni en las tareas domésticas; *c*) el padre neomachista, que se presenta en familias donde se negocian las decisiones, "permite" que la mujer salga a trabajar aunque prefiere que no gane más que él; este tipo de padre guarda un claro enfoque machista, aunque se ha "flexibilizado" un poco, y *d*) el padre que pretende ser igualitario y a veces lo logra; que tiene acercamiento afectivo y emocional con sus hijos (De Keijzer, 2000).

Reflexionar sobre la paternidad resulta fundamental para la generación actual de padres y para sus hijos, quienes están construyendo sus modelos de paternidad. En ese sentido son valiosas las pequeñas o grandes innovaciones que los varones imprimen a sus acciones cotidianas como padres.

#### ALGUNOS RESULTADOS

En el trabajo de campo se realizaron 25 entrevistas directas a varones: 12 que habitaban en Xico y 13 en San Isidro. En cuanto a las edades de los de Xico, seis tenían 45 o más años, y los otros seis entre 25 y 35. En San Isidro cinco tenían 45 años o más y ocho entre 25 y 35; del total de individuos 16 eran católicos, tres evangelistas y seis no practicaban ninguna religión. Las familias eran nucleares en 15 de los casos, mientras que en uno el varón era viudo y en nueve más vivían en unidades domésticas extensas, es decir, la pareja con los hijos y al menos un pariente más (padre, madre, hermanos, tíos).

Al analizar las cuestiones cotidianas y las reflexiones y dudas con las cuales viven algunos padres de Valle de Chalco encontré diferentes modalidades de paternidades. Es importante resaltar que durante el trabajo de campo observé actitudes, ejercicios y significados parentales claramente tradicionales,<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Entendiendo por tradicional lo que maneja Esteinou (1996): "Una división rígida de derechos y deberes, de espacios y de ámbitos de acción de acuerdo al género. De tal manera que

pero también aspectos innovadores;<sup>7</sup> noté que perviven y conviven ambos tipos de ejercicio y significado de paternidad. Esto resulta muy interesante porque aunque en algunos aspectos —que revisaremos en detalle— las expresiones de las personas son claramente tradicionales, en otros son muy críticas e incluyen reflexiones para modificar una forma de paternidad rígida, jerarquizada y tradicional.

Hubo un aspecto que se presentó de manera cualitativa y cuantitativamente importante: en el balance que hacen los encuestados sobre el ejercicio y el significado que le otorgan a su paternidad, la comparan constantemente con la forma en que sus padres la ejercieron (esto mismo es señalado por De Oliveira *et al.*, 1999, para el caso de Brasil, y por Jiménez, 2001, para el caso de México en sectores medios). En ese sentido todo el tiempo sopesan cómo fueron sus padres con ellos y cómo están siendo ellos como padres.

Lo anterior resulta muy interesante por las reflexiones dirigidas a innovar dicho rol; en algunos casos con clara conciencia de que si bien repiten los esquemas, quieren transformarlos para no ser con sus hijos como sus padres fueron con ellos. Este último aspecto les genera conflictos, pues no quieren ejercer su paternidad como lo hicieron sus padres, pero carecen de un modelo alternativo claro en el cual basarse.

Cabe aclarar que durante el proceso de investigación llevé a cabo un balance entre la maternidad y la paternidad, para determinar la corresponsabilidad y la distribución equitativa o no del cuidado y manutención de los hijos; por tal motivo en las siguientes líneas me referiré a la forma en que en la vida cotidiana los hombres y las mujeres que cumplen con los roles de padre y madre distribuyen las diferentes actividades que la parentalidad implica.

Abordo cuestiones operativas cotidianas como darle de comer a los niños, hacer la tarea con ellos, llevarlos a la escuela y cuestiones subjetivas como las relaciones afectivo emocionales que se establecen entre padres e hijos; también el uso de la autoridad como un aspecto central en el ejercicio de la parentalidad, desde dos facetas: la autoridad simbólica y la autoridad práctica.

---

la mujer se ocuparía de las actividades relativas al ámbito doméstico [...] El hombre por su parte, desarrollaría aquellas tipificadas como competencia 'masculina', sería el proveedor de recursos monetarios y en él recaería la responsabilidad sobre la posición social del grupo familiar."

<sup>7</sup> Aquí nos suscribimos al concepto manejado por la psicología social acuñado por Moscovici: "se concibe el proceso de innovación como un proceso de influencia social, que generalmente tiene por fuente una minoría o un individuo que intenta, ya sea introducir o modificar ideas recibidas, actitudes tradicionales, antiguos modos de pensamiento o comportamiento" (Moscovici, 1985, p. 76).

En cuanto a la autoridad se analizan tres cuestiones: 1) el rol que desempeña el padre; 2) la toma de decisiones de ambos padres respecto a los hijos, y 3) el significado que adquiere para ellos la autoridad. Las tres se observan a través de las siguientes clasificaciones: *a)* la autoridad en relación directa con la violencia física; *b)* el uso de la autoridad: compartido por el padre y la madre o uso exclusivo de alguno de los dos, y *c)* la forma práctica de la autoridad, vista a través de los permisos solicitados por los hijos y la forma en que los padres y madres se organizan y se distribuyen el derecho y la responsabilidad de otorgarlos.

Finalmente reflexiono en torno de la forma en que las personas definen la autoridad. Esto en relación con el poder que tienen los padres de imponer reglas y normas, así como con las pautas específicas que los hijos deben seguir; obviamente estas pautas en la mayoría de los casos son impuestas por los padres, mientras que en los menos es un acuerdo producto de la negociación entre padres e hijos.

### *Cuidados de los hijos y aspectos operativos*

El trabajo doméstico es una actividad que está marcada fuerte y claramente por una división genérica muy específica. En las dos zonas donde se llevó a cabo la investigación había nula participación masculina; esta actividad en todos los casos la realiza la madre, esposa y ama de casa. En algunas ocasiones, en aquellos hogares donde hay otras mujeres ya mayores, participan las hijas, e incluso en dos casos colaboran las madres de los varones. Pero al fin y al cabo el trabajo doméstico es dominio exclusivo de la mujer.

Para analizar lo anterior es necesario resaltar que el trabajo doméstico siempre se ha visto como responsabilidad puramente femenina; incluso desde las posturas esencialistas se consideran actividades exclusivas de las mujeres. Un aspecto fundamental que debemos dejar claro es que en ambas zonas, Xico y San Isidro, así como para ambas generaciones y sin distinción de tipos de familia, el cuidado de los hijos corresponde en su totalidad a la familia; es decir, no se cuenta con redes externas a la familia nuclear y menos a la extensa, que cumplan la función de cuidar a los niños. En todos los casos la familia se hace cargo de este trabajo, y la mayoría de las veces son las madres quienes cuidan a los hijos; esto es más marcado en la primera infancia de los niños, si bien más adelante hay inclusión un poco más activa del padre.

En relación con el cuidado de los hijos y la distribución de tareas y actividades designadas según los roles que desempeñe cada sujeto, tomé en cuenta que dentro de la adscripción genérica evidentemente se cuentan las expectativas respecto a qué deben hacer los hombres y qué las mujeres, tanto en general como en los roles parentales específicos. Es decir, hay cierta expectativa cultural y social así como presión social que indica lo que se espera de un padre y de una madre, tanto en el ámbito operativo —qué debe hacer cada quien— como en el emocional afectivo: qué atenciones, afectos y emociones deben proporcionar y de qué manera.

Al examinar la distribución de tareas según los roles parentales, es importante rescatar las transformaciones que se han vivido en la familia y que de alguna manera influyen o permiten ciertos reajustes en esa distribución de tareas específicas. En este sentido resulta necesario analizar no sólo de qué manera se distribuyen las tareas cotidianas de carácter operativo los hombres y las mujeres de Xico y San Isidro, sino hacerlo como parte del proceso familiar, del proceso de aprehender y aprender el género, y de la construcción y en su caso reconstrucción de los roles de padre y madre. Es necesario que tomemos en cuenta las transformaciones familiares, y además que cada núcleo familiar tiene quizá su propia manera de hacer y ser familia, incluido en esto, por supuesto, una forma de hacerse, rehacerse y transformarse como padre y madre.

En ambas zonas fue posible observar que, apegándose a una estricta división de género los padres desempeñan actividades económicamente activas, mientras que las mujeres sólo en un mínimo número, realizan actividades asalariadas, pero en ningún caso (en la investigación original se incluyeron 25 hombres y 25 mujeres) se encontraron hogares abiertamente jefaturados por mujeres. Esto no quiere decir que no exista la jefatura femenina en ambas zonas, pero la elección de la población, tomando en cuenta que se quería indagar sobre la paternidad, llevó a elegir para el análisis sólo a parejas.

En cuanto al cuidado de los hijos, los varones en Xico nunca han hecho uso de guarderías, mientras que en San Isidro sólo una persona utilizó este servicio debido a que la esposa trabajaba y tenía esa prestación; pero en los otros 49 casos no se llevó a los hijos a ningún centro de cuidados infantiles. Con base en lo anterior reafirmamos que la institución encargada del cuidado de los hijos es la familia, y dentro de esta organización la mujer se hace cargo del cuidado de los niños. Aquí podemos observar una división sexual del trabajo muy clara, tajante y tradicional, ya que en ambas zonas la madre se encarga de ello. En Xico encontramos que el cuidado de los niños corre

a cargo casi exclusivamente de la madre en 17 casos, mientras que en tres la abuela materna se encarga, y en cinco ocasiones colaboran ambos padres. En San Isidro encontramos que la madre los cuida en 21 de los casos y en los tres restantes lo hace alguna abuela materna e incluso las hermanas mayores.

En Xico encontramos que en cinco casos los hijos son cuidados por ambos padres, pertenecientes a la generación más joven, lo cual marca una diferencia generacional, ya que los padres más grandes confinaban el cuidado de los hijos exclusivamente a las mujeres.

En los estudios sobre masculinidad y paternidad, un indicador importante de la división de tareas entre los roles de padre y madre son las actividades relacionadas con los cuidados posparto. Resulta fundamental entender y conocer la organización interna de cada familia acerca de estas actividades para percibir la forma en que la división genérica marca a la mujer como madre cuidadora y al hombre como padre proveedor. En ese sentido, en las entrevistas a profundidad se ve este aspecto, y a pregunta expresa acerca de cómo se organizaron para cuidar al bebé recién nacido, tanto los hombres como las mujeres responden que ésa fue una labor exclusiva de las mujeres, mientras que el hombre salía a trabajar. Aquí no se encontraron diferencias por zona ni por generación.

Los testimonios vertidos por los varones nos proporcionan una visión muy clara acerca de la división de las tareas parentales de acuerdo con el sexo: la madre proporciona cuidados y el padre provee recursos económicos. En ese sentido observamos una visión muy tradicional de tales roles en ambas zonas y generaciones, si bien se tiende a pensar en una coparticipación en los cuidados natales —es decir, como representación o significado— en la práctica se observa que se reproducen los roles tradicionales y solamente la madre proporciona atención a los recién nacidos.

### *Actividades escolares de los hijos*

Dentro de la división de tareas de los padres son importantes las actividades relacionadas con la vida escolar de los hijos; por ello indagamos quién los lleva a la escuela y pudimos observar diferencias según la edad de los padres y la zona en que residen.

En Xico muchas de las personas mayores de 45 años respondieron que nadie llevaba a sus hijos a la escuela cuando eran pequeños, ya que como el pueblo era más chico que ahora, y debido a que no había tanta gente ni ca-

lles pavimentadas no era necesario llevarlos, se iban solos. En la actualidad sí se ven más niños que van con un adulto a la escuela, pero en menor escala que en San Isidro. En Xico encontramos que la generación más joven emplea distintas estrategias: la madre los lleva en siete casos, ambos padres en cuatro, y en dos nadie. Para la generación mayor la situación era diferente, ya que cuando sus hijos eran pequeños la madre los llevaba a la escuela en cuatro casos, y se iban solos en los restantes.

En San Isidro es más marcado para ambos rangos de edad que la encargada de llevar a los hijos a la escuela sea la madre; aquí encontramos que en la generación más joven los lleva ella sola en nueve de los 25 casos, el padre los lleva ya sea solo o acompañado por la mamá en tres casos, y el resto todavía no lleva a sus hijos a la escuela. En la generación mayor la madre también se encargaba de llevarlos a la escuela en 10 de los 25 casos, mientras que en tres los llevaban otros, como tíos, abuelos e incluso los hermanos mayores de los niños. Lo que pudimos observar es que a medida que los hijos van creciendo los hombres de alguna manera se involucran más con ellos. Si bien no podemos dejar de reconocer que en lo referente a los cuidados y atención la participación sigue siendo casi exclusivamente de la mujer, existe cierta participación paterna, algo novedoso si se compara con los modelos tradicionales donde la labor del padre se limitaba únicamente a su papel como proveedor económico.

En relación con la vida académica de los hijos, otro aspecto muy importante y que está permeado por la división sexual del trabajo dentro de la familia y de las relaciones de pareja es la ayuda que se proporciona a los hijos en las tareas escolares. En Xico se observó en la generación más joven poca participación del padre en la elaboración de las tareas debido en parte a la corta edad de los hijos, pues se considera que la madre es la encargada de hacer la tarea con los niños. En algunos casos ambos intervienen, ya sea de manera conjunta o indistintamente (cuatro casos), y en otros cuatro casos la tarea es asunto de los hijos únicamente o de los hermanos mayores. Encontramos también que algunos niños no hacen tarea porque todavía son pequeños (dos casos). En la generación más grande la participación del padre se iguala con la de la madre (cuatro casos), y también hay participación de ambos en las tareas de sus hijos (tres casos).

Para San Isidro la situación no varía mucho. Al igual que en Xico, la madre es la encargada de ayudar a los hijos en las tareas escolares en ambas generaciones; curiosamente ocurre más entre los jóvenes (11 casos); en dos casos los hijos aún no van a la escuela. En la generación de los mayores es menor el

número de casos en donde únicamente la madre se encarga de las tareas escolares (ocho casos); en tres casos de ambos grupos de edad otras personas como el padre o algún tío o hermano mayor ayudan a los niños.

Argumentaron distintas razones para distribuir de esa manera las tareas. En parte se decía que el padre se dedicaba a apoyar a los hijos en las actividades escolares de la casa debido a que el hombre tenía más estudios o entendía más algunos asuntos que las propias mujeres. En un caso específico se me informó que mientras los hijos fueron a la escuela primaria la madre se encargó de apoyarlos en sus tareas, pero que cuando ya pasaron a la secundaria el encargado de supervisarlos fue el padre. Esto es más marcado en la generación mayor de 45 años en que el hombre cuenta con uno o dos años más de instrucción académica, mientras que en la generación de menores de 25 la diferencia académica entre unos y otra ya no es tan marcada, e incluso hay mujeres que tienen mayor escolaridad que sus parejas.

Aquí debemos resaltar que en algunas ocasiones los padres no pueden llevar a los hijos a la escuela o ayudarlos en las tareas escolares debido a sus horarios de trabajo, razón por la cual ellos participan más activamente en otras actividades con sus hijos, como puede ser una mayor convivencia durante el fin de semana o durante sus vacaciones. Lo anterior introduce un factor que es necesario tomar en cuenta cuando analizamos la distribución de tareas con base en los roles genéricos.

#### *Atenciones cotidianas hacia los hijos: alimentación y cuidados cuando están enfermos*

Para analizar la participación y distribución de tareas entre los padres y las madres dentro de la organización familiar, se indagó sobre cuestiones operativas en relación con los cuidados hacia los hijos, desde cuestiones cotidianas como darles de comer, hasta situaciones más esporádicas como los cuidados que requieren cuando están enfermos. Tradicionalmente todas las actividades encaminadas al cuidado de los hijos no sólo en el sentido práctico y operativo, sino también en las cuestiones emocional y afectiva han sido asignadas al rol de madre; sin embargo, la evidencia empírica muestra algunos pequeños deslizamientos encaminados a conformar incipientes transformaciones en este ámbito, donde algunos padres ya intervienen.

Otro asunto relacionado con la cotidianidad y con el cuidado de los hijos donde hay participación mínima de los hombres es en darles de comer.

Cuando se abordó esta cuestión los entrevistados de ambas zonas y de todas las edades contestaron asumiendo como obvio que la madre es la encargada de dicha tarea. Lo anterior resulta muy interesante porque si bien en algunas actividades que antes eran catalogadas como exclusivamente femeninas los padres se van incorporando poco a poco (llevarlos a la escuela, hacer la tarea, a veces bañarlos), en otras, como la comida y la cocina, no intervienen; son competencia única de la mujer. Algunos reconocieron que en muy raras ocasiones, cuando la madre no estaba o enfermaba, el padre les daba de comer, pero como algo excepcional, no cotidiano. Esto mismo lo menciona Esteinou (1996) para los sectores medios, donde si bien las mujeres contratan servicio doméstico, éste no incluye la preparación de la comida o la decisión acerca de lo que se va a comer. En tal sentido la cuestión alimentaria sigue estando muy ligada a la visión de la madre; es ella la que alimenta, nutre y se encarga de este aspecto fundamental para los hijos.

En el cuidado de los hijos cuando están enfermos también hay menor participación del padre, pero más amplia que en el caso de la comida. Es útil mencionar que encontramos diferencias por generación, ya que en la más joven de ambas zonas hubo mayor participación del padre.

En Xico para la generación de mayores de 45 años encontramos que la madre los cuida en la mayoría de los casos (nueve), mientras que en el resto los cuidan otras personas (tres casos) como puede ser algún pariente o incluso el padre en una ocasión. Para la generación más joven los hijos son cuidados únicamente por la madre (nueve casos), pero hay varios casos en que ambos padres los cuidan (cuatro). Aquí es justamente donde se ven esos pequeños deslizamientos o innovaciones de los que hablábamos, que si bien no son significativos cuantitativamente hablando, sí nos permiten establecer que hay pautas menos tradicionales entre los padres más jóvenes.

En San Isidro se presenta una situación similar en el sentido de que mayoritariamente la madre cuida de los hijos cuando enferman, pero encontramos menor participación de los padres. Para la generación mayor, los hijos enfermos son cuidados por la madre en 10 de los casos, mientras que en la más joven la madre los cuida en 12 de los casos y en tres ambos padres prodigan los cuidados.

### *Autoridad, significados y parentalidad*

El ejercicio de la *parentalidad* en sus dos vertientes, paternidad y maternidad, tiene muchas aristas que es necesario considerar, puesto que no sólo está rela-

cionado con la cuestión operativa —es decir, quién hace tal o cual cosa— sino cómo se las representan las personas que ejercen esos roles dentro de la familia, qué significado imprimen a las acciones que llevan a cabo y qué reflexiones hacen en cuanto a su ejercicio. Es conocido que existen diferentes estereotipos acerca de lo que debe ser y hacer una madre o un padre; justamente ése fue el objetivo de la investigación: analizar qué hace cada persona en su papel de madre o padre y qué significado adquiere el serlo.

Para analizar la *parentalidad* resulta fundamental reflexionar sobre el uso y la distribución de la autoridad dentro de la familia, tomando por supuesto en cuenta el género y la generación. Evidentemente dentro de la familia la distribución de la autoridad está jerarquizada; la generación más antigua —es decir los padres en relación con los hijos— tiene mayor autoridad, pero también durante el análisis sobre las figuras maternas y paternas observamos que una característica fundamental de la paternidad es la autoridad, así como la subordinación mayor o menor de la madre y por supuesto de los hijos, incluso cuando son mayores.

El ejercicio de la autoridad en Xico se da desde una posición más tradicional, ya que sigue siendo la figura masculina la que representa más autoridad. Esto sucede entre las personas que rebasan los 45 años de edad, quienes reconocen que su autoridad es más flexible que la de sus padres.

Se observa claramente que la figura con mayor autoridad es la del hombre padre, aunque ellos piensan que muestran cierta flexibilidad en el sentido de que “se les pasa el coraje rápido” o de que “no se alteran para que los hijos tampoco lo hagan”; aun así, reconocen que la figura masculina es de autoridad. Aquí resulta importante señalar que el padre se contiene un poco para que los hijos no se alteren; esto está ausente por completo de la paternidad tradicional, donde la autoridad no se discutía y por supuesto no se pensaba si los hijos se enojaban o no, pues simplemente tenían que acatar las órdenes.

En San Isidro, al igual que en Xico, existe la autopercepción de que son más flexibles que sus antecesores, pero aquí consideramos que la reflexión va más allá, ya que en algunos casos incluso reconocen que no les resulta fácil hacer un ejercicio de la autoridad “sano” sin caer en “autoritarismos”.

Es muy importante anotar que perciben el uso de la autoridad como interés por los hijos, ya que no preocuparse por ellos equivale a no interesarse en lo que hacen y hasta cierto punto a no tomarlos en cuenta, pues el hecho de estar al pendiente de los hijos implica necesariamente que los padres establezcan reglas y límites específicos.

Los más jóvenes ven avance respecto de sus padres autoritarios; reconocen que ejercen una autoridad violenta, como puede ser la física, pero incluyen en su discurso aspectos reflexivos, ya que aun cuando aceptan que a veces golpean, piensan en la forma de hacer las cosas de manera diferente. Esto es más evidente en la generación de los más jóvenes de ambas zonas. Aquí podemos observar la pervivencia de lo tradicional con una visión innovadora, pues reconocen el uso tradicional de la autoridad que heredaron socialmente por la formación que recibieron de sus padres pero con actitud reflexiva acerca de cómo hacerlo de manera diferente.

Las madres de las familias de origen son mediadoras entre los hijos y el padre, ya sea para solicitar permisos, para recibir un mejor trato, e incluso para evitar que éste golpee o lastime a los hijos. En ese sentido la figura de las madres es muy tradicional. Esto sigue apareciendo entre las mayores de 45 años, quienes mencionan que son mediadoras entre sus hijos y su esposo; pero entre las más jóvenes hay más confrontación con el esposo, pues discuten directamente los problemas. En ese sentido se ve una actitud mucho más activa de las mujeres de la generación joven, más allá de ser mediadoras entre los hijos y el padre.

### *Autoridad compartida*

En esta reestructuración de roles parentales resulta fundamental indagar si la autoridad es compartida por la pareja o exclusiva de alguno de sus miembros. Aunque en algunos casos se reconoce que el padre detenta más autoridad, o que la madre tiene igual autoridad que él pero sólo en su ausencia, en la mayoría dicen que la autoridad es compartida, quizá en diferentes niveles —como lo veremos más adelante— en relación con los permisos para los hijos. Estos indicios de autoridad compartida nos hablan de un cambio, quizá muy tenue, en dirección a la menor desigualdad entre padre y madre dentro del ámbito familiar.

Pude observar en todos los casos que la autoridad es compartida por ambos miembros de la pareja aunque en diferentes grados, ya que a veces la madre recurre al padre para ejercer más presión sobre el hijo después de que no la obedeció; asimismo cuando el padre no está, la madre puede tomar decisiones o hacer uso de una autoridad equiparable a la del padre. Esto resulta muy interesante, ya que cuando afirman, por ejemplo, “los dos les llamamos

la atención”, parecería que la autoridad está distribuida entre ambos, pero cuando hacen mayores precisiones nos damos cuenta de que sigue predominando la figura del padre, sobre todo en el rango de mayores de 45 años, y sólo en su ausencia la madre adquiere cierta autoridad. Es comprensible entonces lo que sugiere Ferro (1991) acerca de que la mujer adquiere cierta autoridad en tanto madre, no en tanto persona.

A lo largo del trabajo de investigación observamos que padres y madres ejercen la autoridad de manera diferenciada, tomando en cuenta dos aspectos: la edad de sus hijos y el sexo. Durante una etapa en la vida de los hijos se da mayor uso de la autoridad, y ello está relacionado con su edad, así como con los diferentes procesos de crecimiento y desarrollo por los que atraviesan: infancia, adolescencia, adultez. Los padres y las madres perciben muy bien que cuando los hijos son muy pequeños no pueden ejercer mucha autoridad sobre ellos, al igual que cuando ya son grandes y tienen “una vida propia”; es decir, cuando ya se casaron o viven fuera de la unidad doméstica; asimismo si desempeñan alguna actividad laboral. Existe muy marcada diferencia entre el uso de la autoridad en estas dos etapas y otra que va de entre los cuatro o cinco años hasta pasada la adolescencia. Los entrevistados consideraron que esta etapa es especialmente intensa en cuanto a la autoridad que deben ejercer los padres con sus hijos porque entonces se marcan las reglas dentro y fuera de la familia; se inculcan la disciplina, el respeto a los mayores, los buenos hábitos.

Otro aspecto que resulta fundamental para ejercer la autoridad es el sexo de los hijos. Los padres generan diferentes categorías ya que mencionan que con las hijas ejercen una autoridad menos violenta, mientras que con los varones pueden emplear mayor violencia física. Es interesante observar que en algunos casos los padres suponen que los niños son más rebeldes y las niñas más dóciles y eso justifica la mayor presión sobre los varones. A pregunta expresa de si hacen uso de la autoridad de igual forma con unos y otras responden que no, que consideran más vulnerables a las niñas, y por tanto procuran no ejercer violencia física hacia ellas.

En los argumentos de los entrevistados resalta algo muy interesante y que de alguna manera presenta una perspectiva diferente, porque si bien siempre se ha reconocido a la mujer como el sexo débil, no se le han tenido más consideraciones que al varón dentro de la organización familiar. En la práctica, tradicionalmente se le tenían más consideraciones a los hombres, ya que “ellos tienen más derecho a divertirse, pues no tienen nada que perder”, deben “estar más tranquilos”, “tienen menos responsabilidades dentro de la

unidad doméstica". Incluso se disculpa que el hombre sea más rebelde y en algunos casos menos responsable en la escuela o menos disciplinado.

En lo anterior se puede observar una pequeña innovación que pone en desventaja a los varones, que son objeto del uso de la autoridad más rígido y violento de los padres; la situación de las niñas resulta un poco ambigua: se les protege más y al mismo tiempo se les limita en otros aspectos, como la toma de decisiones, la escolaridad y el desempeño laboral.

El análisis de la forma en que otorgan los permisos a los hijos nos proporciona otra perspectiva acerca del análisis de la autoridad. Se indagó a quién le piden los hijos autorización para cualquier permiso que requieran, y quién lo otorga. Dicha diferenciación resulta relevante, ya que el hecho de que ambos padres puedan otorgar permisos nos habla de ciertas transformaciones en el sentido de que no sólo el padre es figura de autoridad, sino también la madre. Considerar el tránsito entre a quién lo piden y quién lo otorga es fundamental, ya que en algunos casos se pudo observar que en el discurso sí se acepta a la madre como figura de autoridad, pero no siempre la ejerce. Se sigue observando al padre como detentador de la misma y es él quien otorga el permiso deseado; además, en algunos casos se observa que la madre funge nuevamente como mediadora entre el hijo y el padre, y más aún como agente de convencimiento para que el padre otorgue el permiso que los hijos solicitan.

Tras comparar ambas zonas se encontró que existe mayor poder real de la madre para otorgar el permiso en la zona de San Isidro, mientras que en Xico predomina el del padre. Debemos tomar en cuenta la generación, ya que en ambas zonas son los jóvenes los que más comparten el derecho de otorgar los permisos a los hijos, aunque se observa mayor incidencia entre los de San Isidro que en los de Xico.

### *Afectividad y juegos*

Un aspecto muy interesante fue la afectividad entre padres e hijos; es decir, la forma en que los padres le expresan a sus hijos su afecto. A lo largo del análisis se pudieron observar cuatro maneras de demostrar el cariño a sus hijos, que se analizan en igual número de categorías: *a*) físicamente; es decir, con abrazos, besos, caricias; *b*) verbalmente, con palabras cariñosas, diciendo que los quieren; *c*) con apoyo moral, respaldándolos en sus decisiones, en sus estudios, su trabajo, y *d*) atendiéndolos; afectivamente se sienten cerca de sus

hijos al atenderlos en todos los aspectos, ya sea en lo operativo —es decir, cubriendo sus necesidades básicas de comida, ropa y útiles escolares— pero también en lo emocional; es decir, enterándose de las situaciones por las que pasan los hijos.

La forma en que se demuestra el afecto a los hijos está marcada nítidamente por el aspecto genérico, ya que las mujeres de ambos rangos de edad demuestran su afecto de forma física; en los hombres, sobre todo entre los mayores de 45 años, el afecto físico está ausente, y las demostraciones físicas básicamente se dan entre los más jóvenes. Los mayores sienten que demuestran su afecto a sus hijos cuando los atienden, cuando cubren sus necesidades básicas, no sólo materiales. Esto está muy acorde con su papel social de proveedores que otorgan las facilidades de supervivencia a los hijos. Debemos considerar que una proporción importante no le demuestra afecto a sus hijos de ninguna manera. Eso también se advierte en las mujeres mayores de 45 años de Xico. Es importante resaltar que no implica falta de cariño hacia los hijos, sino que perviven estructuras sociales muy fuertes que permean la forma en que se relacionan los padres y los hijos.

Otro elemento importante en tales relaciones es el aspecto lúdico. Indagamos la frecuencia y la forma en que los padres juegan con sus hijos. Aquí sí hay diferencias por zonas, ya que en Xico son más los que no juegan con sus hijos, tanto entre los padres más jóvenes como entre los mayores; las madres sí llevan a cabo juegos físicos con los hijos, como almohadazos, luchitas o encantados. Cuando los padres llegan a jugar con los hijos, lo hacen con reglas previamente establecidas. Un padre que entrevisté en Xico me dijo: “¡Yo juego con los niños y mi esposa juega con las niñas!” Otra madre, doña Chonita, de 70 años, me platicaba que ella nunca jugó con sus hijos para que ellos no le perdieran el respeto. En San Isidro sólo en tres casos los padres no juegan con sus hijos, en la mayoría de los otros casos juegan con reglas; es decir, juegos de mesas y algunos juegos deportivos.

### *Construcción social de modelos de “paternaje”*

Es evidente que el significado que sobre la paternidad pueden construir los hombres está permeado por los aspectos sociales y culturales que hemos mencionado. En las diferentes cuestiones que comentaron los varones refieren aspectos centrales de estas construcciones sociales. Así pues, se pudo observar que para los padres de Xico la paternidad está más estructurada según los

roles de cada uno; separan tajantemente lo que debe significar un padre y lo que debe significar una madre; incluso en la generación joven hay esa separación. En contraste, en San Isidro, y más entre los jóvenes, se considera que la maternidad y la paternidad significan lo mismo: afirman que tendría que ser lo mismo independientemente del sexo del padre. En ese sentido parecería que se acercan más a la noción de "parentalidad" que a la de padre y madre de forma separada.

Cuando se abordó el cómo o de quién aprendieron a ser padres, los varones se refirieron a una especie de herencia social: aprendieron de sus propios padres. En general, dijeron que no sabían de quién o de dónde lo habían aprendido, sino que fueron conformando su paternidad con lo que vieron en sus casas y con la práctica cotidiana.

Suelen reconocer al padre del mismo sexo como el modelo más fuerte en la construcción de su propia paternidad. Aquí son muy importantes en su formación los errores que consideran cometieron sus padres; son muy críticos al decir que si bien aprendieron de sus padres, procuran no repetir lo que consideran malo o dañino, y de alguna manera sustituir esos modelos con otros distintos que generen más satisfacción para ellos y para sus hijos. Aun así no dejan de reconocer que aunque hay aspectos que no les parecieron adecuados acerca de sus padres, los repiten de manera inconsciente. Quienes cuestionan más estos aspectos son los jóvenes de ambas zonas, aunque más en San Isidro.

Los varones hacen un balance acerca del desempeño que han tenido como padres; intervienen en esta evaluación muchos factores, entre otros las distintas etapas de su paternidad. Refieren cómo se han ido transformando esas conductas desde que empezaron su vida reproductiva y una vez que los hijos fueron creciendo, o ante las diferentes situaciones que han enfrentado; realizan el balance a partir del tipo de paternidad que ejercieron con ellos: en todo momento tienen como telón de fondo lo que su padre o su madre hicieron con ellos. Comparan, además de que toman mucho en cuenta sus propias transformaciones al percatarse de que repetían modelos que desde su perspectiva y su realidad no son los más convenientes; esto a partir de su propia experiencia como hijos y también al desempeñar el rol paterno.

Otro aspecto que es importante señalar se refiere a la percepción de su propia paternidad, cómo la valoran y si les ha otorgado más satisfacciones o frustraciones. En principio hay que resaltar que a todos los entrevistados la paternidad se les dio de manera repentina debido a que no se planeó ni se decidió en un momento específico: fue producto de relaciones sexuales prema-

trimoniales que provocaron embarazos sorpresivos. Esto varía en los embarazos subsecuentes porque en la mayoría de los casos hay planeación familiar específica en ambas zonas. En la generación mayor de 45 años se observó que esta preocupación por planear el número y espaciamiento de los hijos fue mayor en las mujeres que en los hombres, mientras que en la más joven de ambas zonas se observa la participación de ambos miembros de la pareja acerca de la forma en que van a planificar, del método y del número de hijos que desean tener.

Reconocen que si bien pensaban tener hijos en algún momento de sus vidas, ese momento lo veían lejano. Incluso llegaron a planearlo con sus parejas para cuando se establecieran en una relación formal, tuvieran un lugar donde vivir, etc. Sin embargo su situación cambió debido a los embarazos no planeados.

La primera reacción ante la inminencia del embarazo fue de temor e incertidumbre sobre qué hacer ante una situación como ésta; pero después de recibir la noticia y pensar qué iban a hacer lo aceptaron y comenzaron a planear una vida en común. Los varones reconocen que al momento de enterarse de que su compañera estaba embarazada sintieron cierta alegría y emoción, pero prevaleció en ellos más la idea de su rol como proveedores, ya que les preocupaba más la cuestión operativa —aspecto evidentemente nada desdeñable ni de poca importancia— de cómo iban a mantener al hijo y a la esposa.

Ellos dicen que no es lo mismo ejercer la paternidad a una u otra edad de los hijos, ya que el tener hijos pequeños implica tomar decisiones, fijar límites, etc.; en cambio cuando los hijos van creciendo esto debe ajustarse a la edad y personalidad de sus hijos, pues las diferencias en el ejercicio de la paternidad están muy relacionadas con tres aspectos: la edad de los hijos, en menor medida el género, y la personalidad de los hijos. Esto es fundamental, ya que revela una transformación cualitativa y el conocimiento profundo de los padres acerca de las características de los hijos; no se le da educación ni trato igual a todos, sino que se considera la forma de ser de cada uno; por supuesto que en una paternidad tradicional que no parece posible, ya que el hecho de que los padres conozcan las personalidades de sus hijos implica comunicación, conocimiento, trato cotidiano y compromiso con ellos.

Pude percibir ciertos procesos de autorreflexión que han llevado a cabo los hombres para analizar si la forma en que han ejercido su paternidad es la más correcta, y observé que los más reflexivos son los padres de la generación más joven en ambas zonas, aunque más los de San Isidro. Podemos

hablar de cierta innovación, ya que no dan por hecho que exista una sola y única manera de ejercicio paterno, sino que incluyen reflexiones encaminadas a encontrar formas innovadoras; aunque no sepan bien a bien cómo ponerlas en práctica, sienten la necesidad de encontrar opciones diferentes para que la paternidad sea más satisfactoria para ellos y para sus hijos.

### *Innovaciones en los roles de padre*

Dentro del balance que llevan a cabo interviene el factor de cambio en relación con su propia experiencia como hijos e influyen las transformaciones sociales en la forma en que en la actualidad se es padre.

Incluso reportan que a veces genera incertidumbre el no saber bien a bien cómo ejercer su paternidad, ya que critican el modelo anterior pero no tienen modelo alterno alguno ya establecido sino uno en constante construcción; de alguna manera experimentan ansiedad y conflicto ante la idea de no tener algo concreto en dónde apoyarse, aun cuando reconocen que es mejor reflexionar e intentar nuevas opciones que repetir el modelo que aprendieron y consideran inadecuado.

Observan transformaciones en varios ámbitos de la vida cotidiana relacionadas con cuestiones prácticas y operativas, y otras más subjetivas, referidas al mayor acercamiento que hay ahora entre padres e hijos. Reconocen que en la generación de sus progenitores había una distancia muy marcada con sus respectivos padres, mientras que ahora ellos como padres procuran mayor cercanía física y emocional con sus hijos.

Los aspectos en que han visto transformaciones son los siguientes: mayor escolaridad, menor número de hijos, padres más responsables, mayor comprensión hacia los hijos, más y mejor comunicación entre padres e hijos, relaciones de mayor confianza y cercanía emocional con los hijos, y menor grado de violencia física.

Es importante señalar que estas transformaciones han sido señaladas en otros estudios (Esteinou, 2004) y que entre los entrevistados se aprecian tanto individual como socialmente. Cuando analizan cómo ha cambiado la paternidad, experimentan dichas transformaciones en ámbitos que trascienden el personal, como los familiares, laborales, con grupos de amigos, vecinos y medios de comunicación, entre otros.

En cuanto a las áreas donde ha cambiado la relación que se establece entre padres e hijos resalta la cuestión de la escolaridad, misma que también

advierten Esteinou (2001) y Rojas (2000), en el sentido de que buscan mayores oportunidades académicas para los hijos. Procuran que sus hijos estudien y puedan concluir una carrera, o al menos que lleguen hasta un nivel técnico; consideran fundamental que realicen estudios escolares más allá de lo que ellos lograron. El impulso, el apoyo, y en muchos casos la presión que ejercen sobre sus hijos tiene el sentido de que se preparen, pues lo asocian con movilidad social futura.

### *Transformaciones en el ejercicio de la paternidad*

Resulta fundamental la disminución del número de hijos: todos los entrevistados, incluidos los mayores de 45 años, reconocen que ése es un cambio radical que además posibilita otras transformaciones, como dar mayor escolaridad a los hijos, más cuidados y mejor atención. Incluso mencionan que así les brindan más cariño porque no son tantos. Lo anterior está en relación estrecha con las investigaciones demográficas que marcan un descenso importante en la natalidad. Éste es reconocido por nuestros entrevistados como un cambio fundamental entre su generación y la anterior, con las ventajas que representa el tener menos hijos.

Estos varones resaltan como parte de las transformaciones la presencia más marcada de padres que se responsabilizan de sus hijos de manera constante, aunque sea sólo como proveedor económico; pero en ese sentido reconocen un avance. El siguiente testimonio me parece muy revelador:

No, tengo una relación muy diferente con mis hijas, nosotros éramos muy golpeados, muy, muy golpeados desde chicos; ahora se evita eso; los golpes: ahora se trata de platicarlo, ahora se trata de darles lo más que se pueda en cuestión de gastos, de alimentos, de vestido, todo eso [...] mi padre nunca cumplió, yo que me acuerde un gasto dentro de la casa no me acuerdo; mi madre siempre andaba pidiendo prestado, y eso es lo que uno trata de evitar, todos esos errores. (Jorge, San Isidro, 25 años.)

Aseguran que hay mayor comprensión hacia los hijos; se ponen incluso en el lugar de ellos para pensar cómo actuarían, por qué hacen tal o cual cosa, y además reconocen los derechos de los niños, lo cual es fundamental para tratarlos mejor y aceptar su papel activo dentro de la familia.

Lo que más resalta es la comunicación con los hijos. Resulta fundamental que los padres actuales de ambas generaciones, pero mucho más de la jo-

ven, conversen con sus hijos. Incluso lo ven como sustitución de los golpes, ya que por medio de la comunicación pueden llegar a acuerdos para evitar que adapten conductas que los padres no desean.

También ellos observan, perciben y propician mayor cercanía emocional con los hijos, y por tanto mayor confianza de éstos, factor que resulta fundamental para algunos padres que procuran mayor cercanía física y emocional con sus hijos; si bien todavía no tienen mucho contacto físico, como lo vimos arriba, ya existe el propósito y a veces la práctica de buscar relaciones más cercanas, de mayor comunicación.

En relación con la violencia física, si bien aceptan que hacen uso de ella, comentan que desde su perspectiva y en relación con sus hijos es en mucho menor grado y frecuencia que la que vivieron en su familia de origen. Resulta significativo para ellos, y lo manejan como un logro, que cuando se sienten muy alterados con los hijos se retiran o tratan de calmarse antes de golpearlos o incluso gritarles; en ese sentido se observa un cambio.

Con base en lo anterior piensan que la relación que establecen con sus hijos es totalmente distinta de la que llevaron con sus propios padres; consideran que tienen mucho más cercanía de tipo operativo —es decir, de estar pendientes de las necesidades de los hijos— y en términos afectivos, ya que dicen que sus hijos tienen más confianza con ellos de la que pudieron haber tenido ellos con sus padres.

Su balance general es que les resulta más satisfactorio ejercer una paternidad que incluya estas innovaciones, y además les parece más enriquecedora porque genera lazos emocionales y de cercanía más fuertes con los hijos, puesto que es mucho más reflexiva. Incluso comentaron algunos que han tenido que enfrentarse a las críticas de sus hijos una vez que estos van creciendo, lo cual les resulta sano.

### *Tipologías de la paternidad*

Con base en lo analizado pude ubicar a los padres entrevistados en las distintas tipologías mencionadas en líneas anteriores. Si bien no es posible encastrarlos en uno solo de los tipos mencionados, ubicarlos en uno u otro nos proporciona una visión analítica y nos da una idea más clara de los cambios que se han observado en el rol.

Según Rojas (2000), en los padres mayores de 45 años puede observarse que guardan posturas tradicionales, mientras que en el esquema de De Keijzer

(2000) los ubicamos dentro de la modalidad que él llama "patriarca tradicional". Son padres proveedores que delegan la totalidad de los quehaceres domésticos y lo relativo al cuidado de los hijos en las esposas. Desde su perspectiva existe una división total de roles.

Los padres jóvenes presentan características más variadas al combinar los aspectos tradicionales y los innovadores. Así encontramos que los padres jóvenes de Xico tienden más a la paternidad tradicional según el esquema de Rojas, no sin dejar de incluir ciertas innovaciones que pueden ubicarlos dentro del esquema moderno. Los de San Isidro se ubican definitivamente en mayor medida dentro de la tipología de paternidad moderna.

Según el esquema de De Keijzer, los padres jóvenes de Xico oscilan entre paternidades patriarcales tradicionales y neomachistas flexibles, mientras que los de San Isidro caben claramente dentro de la tipología neomachista flexible y tienden hacia el padre igualitario.

Aquí quisiera incluir el testimonio de Efraín, un joven de 25 años que vive en Xico, donde resulta muy evidente la postura tradicional acerca de los roles de padre y madre, que en su caso de alguna manera se han modificado debido a un factor externo, una enfermedad crónica degenerativa que lo aqueja:

Pues ser padre es aquel que..., es que es muy confuso, muy complicado porque creo que debería de ser de una forma, pero como ahorita no estoy trabajando ella desempeña el papel del padre y a veces también el de la madre y pues se me hace complicado explicártelo, porque cuando yo estaba trabajando pues, creo que era como normal y tradicional en la mayoría de las parejas: yo trabajo y tú te haces cargo de la casa, pero ahora se tienen que cambiar los papeles un poco; bueno así lo entendí yo desde pequeño y así tiene que ser, aparte de ser el padre el que te ayuda, el que te explica ciertas cosas, cosas así. (Efraín, 25 años, Xico.)

En algunos casos podemos observar las diversas formas de paternidad, sus cambios y un mayor apego a la tipología de De Keijzer de padre igualitario o a la de Rojas de padre moderno.

Como podemos ver, tanto con las tipologías propuestas por los autores, como con los datos empíricos, existen formas diferentes y variadas de significar y ejercer la paternidad. Indudablemente se consideran los procesos de cambio e innovación que se han ido dando sobre el particular. Considero muy oportuno valorar esos cambios a la luz de la propia decisión de los suje-

tos de modificarse, así como de los contextos de cambios sociales y familiares que mencioné en las primeras líneas del presente ensayo.

Finalmente quisiera abordar un aspecto que hasta ahora ha quedado de lado: los costos de carácter emocional y de relación de pareja que traen consigo dichos cambios e incluso la permanencia de roles más tradicionales. Definitivamente el conflicto no se encuentra fuera de estos varones, ya que si bien reconocen que deben participar más activamente, se les dificulta de alguna manera realizar ciertas actividades, como cocinar, hacer labores domésticas, cuidar a los hijos, etc. También podemos observar el conflicto en la inclusión de nuevas actividades en los roles maternos y paternos. En el caso de las mujeres la doble jornada les exige mayor trabajo y esfuerzo, ya que aunque cuenten con remuneración económica, ya sea por vía formal o informal, sus actividades domésticas y el cuidado de los hijos no disminuyen; más bien aumentan las responsabilidades y obligaciones. En ciertas ocasiones hay confrontación de los varones con sus parejas por las exigencias de ellas de una mayor participación.

Me parece que entre los entrevistados, sobre todo de la generación más joven, no se observa muy nítidamente el conflicto, ya que en la mayoría de los casos llevan varios años en el proceso de transformación. Desde luego que no todos han seguido el mismo ritmo; por ejemplo a Efraín le genera dolor el no poder ser el proveedor económico; así que debemos tomar en cuenta que estos procesos de cambio son multifactoriales y personales, y como tales, la presencia de los cambios así como del conflicto, la violencia, las rupturas y los nuevos roles que deben desempeñar tienen un matiz muy individual que no podemos dejar de considerar.

#### CONCLUSIONES

No se puede concluir que existan formas de paternidad totalmente innovadoras, pero sin duda podemos reconocer avances muy específicos que van encaminados a conformar estructuras más democráticas, con menos grado de autoritarismo y con mayores posibilidades de desarrollo para cada uno de los miembros de la familia.

La generación mayor de 45 años presenta formas claramente tradicionales tanto en Xico como en San Isidro. Tras la reflexión llevada a cabo concluimos que los varones asumen roles rígidos y tradicionales. En esta generación encontramos que las adscripciones genéricas son claramente diferenciadas; el padre fungió, y en algunos casos lo sigue haciendo, como proveedor en el

sentido amplio del concepto, y la mujer como madre, esposa y ama de casa. Encontramos constante la distribución de la autoridad con base en el sexo; es decir, el hombre detenta la autoridad y mayor poder y capacidad de decisión dentro de la familia; la mujer un papel subordinado.

Donde se observan más deslizamientos encaminados a transformar las figuras estereotipadas del padre es en la generación de los jóvenes. El haber nacido en un momento histórico distinto al de los mayores les permite incluir o poner en duda modelos que antes estaban muy claramente delineados. Si bien no podemos hablar de transformaciones radicales, sí consideramos que pequeñas innovaciones van encaminadas firmemente a transformar dichos roles.

Debemos señalar que en la generación joven de San Isidro se presentan actitudes y discursos más innovadores. En su igual de Xico también encontramos aspectos innovadores, pero en menor medida. Sin embargo en San Isidro hay mayor heterogeneidad, ya que si bien perviven entre los jóvenes los discursos y argumentaciones tradicionales, también está presente un espectro más amplio de innovaciones; estos varones expresan argumentaciones más flexibles aunque se muestran tradicionales en cuanto a delegar el cuidado de los hijos casi exclusivamente a la madre; practican ciertas acciones tendientes a lograr mayor equidad de género en relación con los hijos, educando o dando oportunidades iguales a hijos e hijas (educación formal, atención médica, socialización fuera de casa).

Conviene considerar el efecto de estos deslizamientos en la generación que están formando, pues al educar así a sus hijos e hijas contribuyen en la construcción de padres y madres que en el futuro actuarán con menos asimetría genérica, mayores posibilidades de desarrollo para cada uno de sus miembros, así como una distribución más equitativa en la toma de decisiones.

En esta generación se aceptan los derechos de los niños; los varones reconocen que los hijos, aun cuando sean de ellos y sean pequeños, tienen derechos que no pueden violentar y que deben respetar. En muchas ocasiones esto es producto de la presión social que ejercen la escuela o los medios de comunicación, y en otras su propia conciencia les indica que no pueden ni deben violentar los derechos de los niños.

Se observa que en algunos aspectos son más reticentes al cambio, tanto para la generación mayor como para los jóvenes, como es la división sexual del trabajo en relación con las tareas domésticas y con el cuidado de los hijos. En menor medida se advierten cambios en el uso de la autoridad hacia los hijos por medio de la violencia física; incluso la generación joven reconoce que

como último recurso, para que los hijos obedezcan se recurre a la nalgada o al golpe. También se observan pocos cambios en la demostración afectiva por medio de caricias, besos o abrazos de los varones hacia los hijos; en la mayoría de los casos los padres se siguen negando esa posibilidad de contacto físico afectivo.

Se puede observar que otros aspectos han cedido más al cambio; por ejemplo los varones de la generación joven hablan mucho de la equidad de género, el reconocimiento de las obligaciones del padre hacia la familia y la importancia de la figura de éste dentro de la estructura familiar y de las relaciones entre sus miembros, pues más allá de ser proveedor, tiene la misma importancia que la madre y los hijos.

Finalmente quisiera anotar que una interrogante constante entre los varones jóvenes es acerca de si están realizando bien o no su desempeño como padres; existe preocupación real y sentida acerca de qué modelos de paternidad seguir, tras la crítica constante al modelo aprendido de los padres. Lo anterior no se observa entre los varones de la generación mayor de 45 años; de una u otra manera ellos han validado y reproducido el modelo de sus padres. Estos padres reconocen que sus hijos casados y con hijos ejercen la paternidad de forma distinta, no siempre con su aprobación, pues consideran que han relajado mucho la disciplina y que hace falta mano dura para educar a sus nietos.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Badinter, Elisabeth (1992), *XY la identidad masculina*, Madrid, Alianza Editorial.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán (1987), *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, México, El Colegio de México-FCE-Economía Latinoamericana.
- Bruce, Judith (comp.) (1999), *La familia en la mira. Nuevas perspectivas sobre madres, padres e hijos*, Nueva York, The Population Council.
- Callirgos, Juan Carlos (1996), *Sobre héroes y batallas. Los caminos de la identidad masculina*, Lima, Perú, Publicación de la Escuela para el Desarrollo-DEMUS.
- Clare, Anthony (2000), *Hombres. La masculinidad en crisis*, España, Taurus-Alfaguara.

- Cucchiari, Salvatore (1997), "La revolución de género y la transición de la horda bisexual a la banda patrilocal: los orígenes de la jerarquía del género", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Programa Universitario de Estudios de Género/Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial Porrúa, pp. 181-264.
- De Keijzer, Benno (2000), "Paternidades y transición de género", en Norma Fuller (ed.), *Paternidades en América Latina*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 215-240.
- De Lauretis, Teresa (1991), "La tecnología del género", en Carmen Ramos (comp.), *El género en perspectiva de la dominación universal a la representación múltiple*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 165-194.
- De Oliveira, Orlandina, Marcela Eternod y Paz López (1999), "Familia y género en el análisis sociodemográfico", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 211-271.
- Donati, Pier Paolo (1999), "Familias y generaciones", *Desacatos, Revista de Antropología Social*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, núm. 2, otoño, pp. 27-49.
- Esteinou, Rosario (1996), *Familias de sectores medios: Perfiles organizativos y socioculturales*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- \_\_\_\_\_ (1999), "Fragilidad y recomposición de las relaciones familiares", *Desacatos, Revista de Antropología Social*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, núm. 2, otoño, pp. 11-26.
- \_\_\_\_\_ (2001), "Familia: algunas definiciones desde distintas disciplinas" manuscrito.
- \_\_\_\_\_ (2004), "La parentalidad en la familia: cambios y continuidades", en Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ferro, Norma (1991), *El instinto maternal o la necesidad de un mito*, Barcelona, Siglo XXI.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1998), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.

- González de la Rocha, Mercedes (coord.) (1999), *Divergencias del modelo tradicional: Hogares de jefatura femenina en América Latina*, México, Plaza y Valdés-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Gutmann, Matthew (2000), *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, México, El Colegio de México.
- Haces, Ángeles (2002), "Maternidades y paternidades en Valle de Chalco: una aproximación antropológica", tesis de maestría en antropología social, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Jelin, Elizabeth (1998), *Pan y afectos. Las transformaciones de las familias*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Jiménez Guzmán, Ma. Lucero (2001), "La reproducción de los varones en México. El entorno sexual de la misma. Estudios de casos", tesis de doctorado en sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Kaufman, Michael (1989), *Hombres, placer, poder y cambio*, Santo Domingo, República Dominicana, CIPAF.
- Lamas, Marta (1997a), "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Editorial Porrúa, pp. 327-364.
- (1997b), "La antropología feminista y la categoría género", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Porrúa, pp. 97-126.
- Moscovici, Serge (1981), *Psicología social I. Influencia y cambio de actitudes, individuos y grupos*, Barcelona, Paidós (Cognición y desarrollo humano).
- Ortner, Sherry B. (1997), "Indagaciones acerca de los significados sexuales", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Porrúa, pp. 127-180.
- Piña Arce, Federico (1997), "La familia, las políticas públicas y la transición de fin de siglo", *Debate Feminista*, año 8, vol. 16, octubre, pp. 389-397.
- Ramos Escandón, Carmen (comp.) (1991), *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

- Rojas Martínez, Olga Lorena (2000), "Paternidad y vida familiar en la ciudad de México: Un acercamiento cualitativo al papel desempeñado por los varones en el ámbito reproductivo y doméstico", tesis de doctorado, México, El Colegio de México.
- Rubin, Gayle (1997), "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Porrúa, pp. 35-96.
- Seidler, Víctor (2000), *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Nacional Autónoma de México-Paidós (Género y Sociedad).
- Smith-Rosenberg, Carroll (1991), "La escritura de la historia: Lenguaje, clase y género", en Carmen Ramos (comp.), *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 195-230.
- Whitehead, Harriet (1997), "Indagaciones acerca de los significados sexuales", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Porrúa, pp. 127-180.



II  
SEXUALIDAD  
Y REPRODUCCIÓN INTRA Y EXTRAMARITAL



## REPRESENTACIONES DE HOMBRES MAZAHUAS SOBRE SU SEXUALIDAD. "SI TUVIERA RELACIONES DIARIO, BIGOTES POR TODOS LADOS"

Lilliana Bellato Gil<sup>1</sup>

### INTRODUCCIÓN

El presente artículo se basa en los resultados de una investigación sobre las representaciones y prácticas de hombres y mujeres mazahuas acerca de la sexualidad y la reproducción que llevé a cabo en la comunidad Rincón de los Pirules, municipio de San Felipe del Progreso, Estado de México, en el año 2001 (Bellato, 2001). Los ejes de análisis de esta investigación son el de la etnicidad, el socioeconómico y el de género, que intervienen en la forma como es representada y vivida la sexualidad en un grupo de varones mazahuas. Deseo destacar aquí que en el ejercicio de la sexualidad, la construcción genérica en esta comunidad indígena tiene costos tanto para los varones como para las mujeres.

Las condiciones económicas, sociales y culturales influyen en la manera en que los sujetos practican e interpretan los fenómenos relacionados con la sexualidad y la reproducción. Tales condicionamientos a su vez pautan la dinámica de la relación intergenérica en estos campos, en la que subyacen intercambios y transacciones que no siempre son favorables para uno de los géneros en beneficio total del otro; también los varones desde su misma construcción genérica están inmersos en constreñimientos que los limitan en el ejercicio de su sexualidad y de su reproducción.

Este texto tiene el propósito de cuestionar la forma en que se vive la sexualidad masculina, puesto que la reproducción se da en un contexto sexualizado, inmerso en relaciones de poder que es necesario explorar si pretendemos dar cuenta de ello en forma integrada con interconexiones complejas con otras dimensiones. Por ello también se analiza el discurso de los varo-

<sup>1</sup> Directora de Evaluación de la Secretaría de Desarrollo Social, Gobierno del Estado de Chiapas.

nes confrontándolo con las imágenes que nos proporcionan las mujeres en una suerte de juego de espejos.

Entender la reproducción en un sentido relacional y desde la perspectiva de derechos sexuales y reproductivos, dice Figueroa (1998: 21), implica una visión dinámica de las interacciones que se dan en este evento entre hombres y mujeres, pero además comprenderlos como sujetos con sexualidad, puesto que la sexualidad es el entorno donde la reproducción es posible, con necesidades, carencias y conflictos que se traducen en un contexto plausible de crecimiento personal, como pareja y como padres o madres o, por el contrario, en un escenario de reyertas, conflictos y juegos de poder en donde la reproducción es uno de los componentes. Por ello afirma que la vinculación entre la salud y los derechos reproductivos ofrece importantes opciones para repensar las inequidades y las contradicciones que se generan en este espacio de la reproducción.

#### CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS Y POBLACIÓN DE ESTUDIO

La propuesta metodológica que se empleó para el estudio fue la perspectiva cualitativa. Dicho enfoque tiene entre sus preocupaciones básicas analizar el sentido que los sujetos atribuyen a sus actos y a su entorno. Parte de la idea de que la realidad se construye socialmente y por lo tanto no es independiente del sujeto, por lo que se privilegia la interpretación subjetiva que los actores sociales hacen del mundo y de su interacción. Así, la postura del investigador debe considerar que el conocimiento de la realidad se da mediante la interpretación, la cual está necesariamente articulada en el contexto y en el discurso empleado.

Para este estudio, la unidad de análisis la conformaban en principio algunas parejas unidas, con independencia del tipo de unión conyugal. Sin embargo fue difícil que los entrevistados cumplieran con este perfil, ya fuera por la migración temporal masculina o bien porque resultaba difícil profundizar en temas como la sexualidad manteniendo la interacción con ambos miembros de la pareja, pues tenían la impresión que yo podía hacer algún tipo de comentario con sus mujeres, lo que les podría acarrear conflictos. Por ello decidí entrevistar a hombres y mujeres que no tuvieran vínculo conyugal, con excepción de una pareja que accedió a la entrevista sin dificultad alguna.

Esta investigación está basada en las representaciones sociales que hombres y mujeres tienen sobre la sexualidad. Siguiendo a Abric (1999), toda realidad es representada; es decir, apropiada por el individuo o el grupo y reconstruida en un sistema cognoscitivo, e integrada en su sistema de valores dependiendo de su historia y del contexto social e ideológico que lo rodea. La representación es una visión del mundo que permite al individuo o al grupo dar sentido y orientación a su forma de actuar.

La situación de entrevista se da en un contexto social determinado que condiciona sus resultados. Intervienen entre otros los siguientes factores: quién entrevista, a quién, en dónde, y sobre qué. Al entrevistar a los varones me enfrenté a situaciones diversas cuyas reflexiones quisiera compartir. Me encontré con una forma discursiva de los hombres que se diferenciaba del discurso femenino. Presentaban un discurso ideal en el que la información otorgada no coincidía necesariamente con la de los familiares: una verdad velada o una forma de narrar en tercera persona que me dificultaba distinguir con claridad sus representaciones como sujetos de aquellas que formaban parte del discurso de otros varones, algo que no me había sucedido con las mujeres.

El discurso de las mujeres era contrastado con la opinión de las vecinas y familiares y se corroboraba o se complementaba, pero en el caso de algunos varones aparecían contradicciones cuando se contrastaba su dicho con el de otras personas cercanas.

Aprendí sobre la marcha a captar la forma discursiva indirecta de los varones y a interpretar sus silencios ante la práctica de comportamientos no avalados socialmente, como el ejercicio de la violencia o los que ponen en riesgo la integridad de otra persona; yo interpreté dentro del contexto de su discurso que no festejaban lo sucedido, que lo consideran un hecho vergonzoso y quizás fuera un preludio de apertura al cambio.

Por la empatía y la relación con las personas pudimos entablar un diálogo, una larga conversación en la que ambos hablantes —ellos o ellas y yo— fuéramos situados, es decir política y socialmente “visibles” como afirma Rosaldo (1991). Así, las construcciones conjuntas de significados en las cuales mis características sociales y personales produjeron ciertos efectos en los participantes y viceversa, dieron forma a diversas relaciones en que aceptamos, resistimos o cuestionamos definiciones que el otro o la otra hacíamos acerca de las preguntas de la investigación.

Mi condición de mujer marcó lo dicho tanto por los hombres como por las mujeres. Con los varones es necesario mencionar que los testimonios compartidos son de hombres hacia una mujer, lo cual requiere reflexión. En el

medio académico últimamente se ha cuestionado la validez y pertinencia de que las mujeres entrevisten a los varones, o en su caso los varones a las mujeres. Algunos afirman que es preferible entrevistar a personas del mismo sexo, al argumentar cierta empatía genérica que permitiría profundizar en las entrevistas. Otros más afirman que la calidad de la entrevista depende de la habilidad del entrevistador independientemente de su sexo. Yo opino que el sexo del entrevistador condiciona y afecta lo narrado por los informantes. No creo que sean mejores o peores en uno u otro caso, pero sí diferentes, y la información recopilada por mujeres o varones resulta complementaria.

Las narraciones de las mujeres eran más profusas, pero lo que algunos varones me llegaron a confiar tiene gran valor, toda vez que no dan cuenta de la imagen ideal o estereotipada; muestran sus incertidumbres, flaquezas y malestares, permitiéndome tener una imagen de ellos más completa, con sus aciertos, virtudes, fortalezas y también con sus pesares, miedos y debilidades.

Después de un proceso de selección mutua entrevistamos a seis varones y a seis mujeres mazahuas. La edad promedio de las mujeres era de 30 años, y la de los varones 33; todas las mujeres estaban casadas por el civil con excepción de una; dos habían tenido hijos con otra pareja y una tuvo una hija durante el tiempo en que su marido la abandonó. En el caso de los varones, cuatro estaban casados y dos en unión libre, y al decir de ellos era la única unión que habían tenido y todos sus hijos eran producto de esa unión, con excepción de uno que había ya procreado un hijo con la prima de su mujer. Los hombres en su mayoría llegaron a sexto año de primaria, mientras que la escolaridad de las mujeres era más heterogénea: el grado máximo fue el primer semestre de profesional y el mínimo segundo año de primaria.

#### REFERENCIAS TEÓRICAS

La categoría de género ha sido uno de los principales avances teóricos postulados por el movimiento feminista, que establece la diferenciación entre sexo y género. El sexo se diferencia del género debido a que se refiere al hecho biológico de las diferencias anatómicas y fisiológicas presentes en hombres y mujeres, mientras que el género apunta a la organización social de las relaciones entre los sexos; es decir, a la construcción sociocultural que incluye formas de ser, de actuar y de sentir en un contexto histórico y social determinado. Si bien las diferencias sexuales son la base sobre la que se asienta una

determinada distribución de papeles sociales, esta asignación no se desprende “naturalmente de la biología” sino que es un hecho social (Lamas, 1986).

Bourdieu (2000) ha mostrado cómo la división del mundo basada en referencia a las diferencias biológicas estructura la percepción y la organización de la vida social hasta el punto en que estas referencias se corporalizan y biologizan apareciendo como si fueran mandatos irrenunciables. Estas diferencias biológicas se han traducido en desigualdades y asimetrías socioculturales en las que se ha otorgado mayor valor, jerarquía y prestigio a los varones y a lo masculino en detrimento de las mujeres y lo que se ha asociado a lo femenino.

El concebir el género como una relación resulta más complejo que referirse a elementos exclusivos de las mujeres o de los hombres. Sin embargo todavía prevalece una perspectiva analítica que equipara el género con situaciones exclusivas de mujeres, como si la construcción social de ellas o en su caso exclusivamente de los varones se hiciera al margen de la producción de las formas de ser mujer o ser varón aceptadas para cada sociedad, dejando de lado no sólo el carácter multidimensional del género, sino también las formas de poder y dominio simbólicos que todos los miembros de una sociedad construyen al relacionarse cotidianamente.

Un elemento fundamental en el análisis de las relaciones intergeneracionales es la cuestión del poder. La definición de Foucault (1988: 34) es útil, ya que lo presenta como una relación social y no como una esencia que se impone a las personas. Foucault entiende el poder como “una acción que actúa sobre las acciones de otros (incita, facilita o dificulta, amplía o limita y en casos extremos constriñe o prohíbe de modo absoluto) y se ejerce sobre sujetos libres como condición” enfrentados con un campo de posibilidades de respuesta que van desde decir no, proponer un tipo de comportamiento distinto a la acción, hasta cualquier otro tipo de resistencias.

El poder se ejerce en ámbitos de interrelación, de tal manera que el ejercicio del poder no es unidireccional del hombre hacia la mujer; ella misma, dependiendo de su edad, jerarquía y posición, lo ejerce respecto a los que guardan una menor jerarquía e incluso dentro de miembros de la misma condición social. Así, el poder está presente tanto en las relaciones intergeneracionales como intrageneracionales y generacionales, sujeto a transformaciones constantes dependiendo de la correlación de fuerzas. Con esta perspectiva se deja de lado una visión unilateral en el ejercicio del poder en la que aparece el varón como dominante en todos los aspectos y en todas las etapas de su trayectoria de vida, y la mujer como subordinada y dominada.

El poder se ejerce en la vida cotidiana mediante diversos recursos y estrategias que implican el establecimiento de diferenciaciones que facilitan el sostenimiento de privilegios, posiciones sociales y ganancias económicas. Si bien una de las formas más radicales de ejercer el poder es con el ejercicio de la violencia, también se puede emplear una serie de recursos como la palabra, las desigualdades económicas, la restricción de la libertad, el silencio, el retraimiento emocional, la vigilancia y el control sutil, que influyen en el comportamiento de las personas.

Vinculada con la construcción de género y con el poder se encuentra lo que hoy día se ha llamado "la masculinidad". Desde mi punto de vista falta rigor teórico sobre este concepto, ya que no está aún claramente definido; se pueden encontrar diferentes significados, diferentes niveles de análisis pero falta precisión en las definiciones. Así, Kimmel (1997) define la masculinidad:

[...] como un conjunto de significados siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros, y con nuestro mundo. La virilidad, dice el autor, no es estática ni atemporal; es histórica; no es la manifestación de una esencia interior; es construida socialmente [...] es creada por la cultura. Se conoce lo que significa ser un hombre en nuestra cultura al ubicar nuestras definiciones en oposición a un conjunto de *otros*, minorías raciales, minorías sexuales y, sobre todo, las mujeres.

Connell (1997) define la masculinidad como los procesos y relaciones por medio de los cuales los hombres y mujeres llevan vidas imbuidas en el género; de esta forma la masculinidad es al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y las mujeres se comprometen en esa posición de género y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y la cultura.

Dicho concepto, al ser relacional, incluye las ideas y las experiencias que las mujeres tienen sobre y con los hombres, ya que ellas forman parte de manera ineludible en la construcción de la masculinidad, así como los hombres participan e inciden directa o indirectamente en los procesos de construcción social de las mujeres.

Si bien estas dos concepciones son complementarias, resultan demasiado amplias y poco precisas para ser aplicadas a un caso concreto como el que aquí presento. Coincido con los autores en que lo femenino y lo masculino son construcciones sociales y en que cada cultura le atribuye significados con-

cretos a cada uno de ellos, por tanto prefiero referirme a los significados que hombres y mujeres asocian con la imagen de ser varón; es decir, los valores, creencias, ideales, normas y opiniones que guiaron sus prácticas.

Dentro de los aspectos vinculados con la imagen de ser varón entre los sujetos estudiados se encuentra un primer elemento, la disociación con lo femenino o con ser mujer y la supremacía de los valores con lo masculino en detrimento de lo femenino; un segundo elemento es el ejercicio conflictivo del poder practicado con frecuencia mediante la violencia y la restricción de la libertad de la mujer, pero que en el varón se traduce en un mayor alejamiento de sus relaciones afectivas básicas; un tercer elemento que destaca es el ejercicio de la autoridad y de ser proveedor económico de la familia por el hecho de ser varón.

La sexualidad encarnada es la organización de la vida erótica de los sujetos. Retomo la definición de sexualidad de Weeks (1998), quien afirma que es una construcción histórica que abarca una diversidad de posibilidades biológicas y mentales; por ejemplo la identidad de género, las diferencias corporales, las capacidades reproductivas, las necesidades, deseos y fantasías, elementos que no siempre han estado asociados.

Es una forma de relacionarse entre las personas que no se restringe exclusivamente al ámbito de las relaciones coitales. Este vínculo afectivo, amoroso y erótico —que puede ser también violento— que busca la reproducción de la especie, o el placer, o ambos, se desarrolla generalmente en un ámbito de poder inequitativo, que construye, autoconstruye o cosifica al compañero. La sexualidad se articula con otros aspectos como la economía, la etnicidad y el género, que configuran nuestras emociones, deseos y relaciones como elementos organizadores de la vida erótica.

En esta construcción social de la sexualidad, por lo general los varones se sienten acosados por el temor a la intimidad y el temor al rechazo, y tienden a separar la sexualidad del contacto y las emociones (Seidler, 2000). Las mujeres aparecen como el objeto del deseo sexual masculino, como la concentración de lo sexual en ciertas partes de su cuerpo y como la reducción de su cuerpo a una de las dos funciones posibles: reproductiva o erótica. El varón requiere apropiarse del cuerpo de la mujer y también de su deseo y actividad, en donde la búsqueda sexual no es solamente una búsqueda de placer, sino un intento de colmar ansiedades, de aumentar la autoestima, de confirmar su virilidad.

Ahora bien, después de haber mostrado las distintas formas en que se ha definido la masculinidad quisiera hacer las siguientes preguntas: ¿por qué

hablar de masculinidad y no de varones?, ¿qué hace específica esta cuestión?, ¿por qué en el caso del estudio sobre mujeres no se habla de feminidad?, ¿no será que deberíamos replantear estos conceptos?

En los estudios que se han llevado a cabo sobre mujeres, con perspectiva de género, se ha evitado hablar de feminidad porque de alguna forma sería reducir la complejidad del ser mujer a supuestas cualidades esenciales y no abarcar la diversidad que existe. En el caso de los varones no se ha analizado críticamente este concepto; se asume solamente. Por ello más que hablar de feminidad y masculinidad considero pertinente emplear "imágenes de ser mujer e imágenes de ser varón" desde una perspectiva de género; es decir, de las construcciones socioculturales alrededor de ellos y en las que prevalecen relaciones de poder.

De igual manera considero necesario deshacernos de perspectivas de análisis que partan de la victimización de las mujeres, y de los hombres como victimarios; con ello no quiero decir que no se reconozca la subordinación y desigualdad en que han vivido las mujeres, sino aceptar la necesidad de profundizar en la perspectiva relacional, y que desde esta interacción de hombres y mujeres se aporten luces, entre otras cuestiones sobre el ejercicio del poder femenino hacia los varones, y entre las mismas mujeres sobre las formas de negociación y las transacciones<sup>2</sup> que se llevan a cabo en la relación de pareja. De esta forma nos aproximaremos a una realidad más compleja, y al hacerla visible podremos plantear transformaciones.

Si bien los varones gozan de privilegios y de mayor estatus social que las mujeres, también ellos experimentan el malestar que está en la base de la formación social masculina, entendido como un proceso problemático donde prevalece el conflicto.

El malestar presente en los varones del estudio está asociado a los siguientes factores: miedo al rechazo femenino, temor por no cumplir adecuadamente con las expectativas sociales de su desempeño sexual, por la necesidad de demostrar permanentemente su virilidad; experimentan tristeza y frustración por no poder establecer relaciones afectivas positivas y no poder cumplir con la demanda social de ser buen proveedor económico, dadas las circunstancias de fuertes restricciones económicas en que se desarrollan

<sup>2</sup> El concepto de transacciones alude a los intercambios y pactos simbólicos que se establecen entre sujetos sociales a partir de una relación social caracterizada por la desigualdad. En este trabajo interesa observar las transacciones entre los géneros en una relación de pareja y las relaciones que a su vez se establecen entre mujeres y entre varones.

estos varones, ya que en sus representaciones esto constituye uno de los soportes de lo que significa ser hombre.

#### LA INICIACIÓN SEXUAL DE LAS MUJERES:

“ORA SÍ, YA ME DESGRACIASTE LA VIDA”

El inicio de las relaciones sexuales tanto en las mujeres como en los varones del estudio está pautado por la etnicidad y por la clase social a la que se pertenece; es decir, se buscan las semejanzas tanto étnicas<sup>3</sup> como de clase: que sean “campesinos mazahuas y pobres”.

El inicio de las relaciones coitales es entre otros un pasaje importante, aunque de poco tiempo, de la vida propiamente adulta. También lo son las responsabilidades, las obligaciones, el participar en nuevas dinámicas comunitarias, etc. Es la liminalidad entre la niñez, una adolescencia prácticamente ausente y la edad adulta que a partir del género viven de manera diferente los hombres y las mujeres.

Para las mujeres ser “muchacha” significa alegría, vivir sin responsabilidades y con esperanzas e ilusiones. En cambio la adultez representa responsabilidades, obligaciones, encierro, seriedad, problemas, preocupaciones, matrimonio. Comienzan a depender de la vida del otro. La propia valoración de sí mismas como personas, como mujeres, depende de la valoración del “otro”; tiene sentido en tanto lo tenga para él, que las reconozcan y se comprometan con ellas, que las respeten, que las mantengan económicamente.

El inicio de su vida sexual propiamente adulta les causa temor e incertidumbre por el significado y el valor que el hombre le atribuye a este hecho, quedando en un segundo término la valoración que la propia mujer realice de sí misma. Temen el rechazo, temen fracasar y que el varón no les ofrezca matrimonio porque saben que de no ser así su vida será más difícil aún; las condenan a ser madres solteras sin el reconocimiento de los hijos o a ser presas fáciles de los deseos de otros hombres “que sólo quieren una aventura”.

Extrañan esa vida de “muchacha” sin obligaciones y sin la responsabilidad de atender a los hijos y al marido. Sus responsabilidades de solteras se

<sup>3</sup> La noción de etnia apunta a una forma de organización social en la que la adscripción y autoadscripción se da con referencia a “la autopropetuaación biológica, compartir valores culturales, la integración de campos de comunicación, contar con miembros que se identifican a sí mismos y son identificados por otros como pertenecientes a un grupo” (Barth, 1976: 32).

limitan a apoyar a los padres y a preocuparse por sí mismas, por conseguir un empleo y satisfacer sus necesidades.

En todos los casos afirman haberse arrepentido de tener relaciones sexuales, aunque ven en los hijos el fruto, la mayoría de las veces, de esos tempranos inicios de la actividad sexual, la recompensa de su arrepentimiento, o bien se conforman con su destino porque aseguran que ya nada pueden hacer.

Es que uno ya nunca serán los mismos, se siente como que se perdió algo y ya no es fácil que vuelva esa vida. Cuando uno es señorita le entra a uno mucho miedo de hacer cosas, ya nunca voy a volver a ser señorita o nunca me vuelvo a sentir sabida y ya teniendo relaciones como que uno extraña como era porque uno era muy alegre. De señorita nada te preocupa, es más fácil la vida, trabajo, ando bien; pero sin en cambio hice cosas, tuve relaciones, me embarazo, ¿qué hago?, ¿qué voy a hacer? ¿El hombre me cumplirá, no me cumplirá? y ¿cómo me vaya en la vida? (Martha, 38 años.)

Perder la virginidad, para ellas, es siempre un riesgo, es un aventurarse al reconocimiento o al rechazo del otro, significa demostrarle al hombre su valor como mujer. Significa demostrarle respeto al no haber perdido la virginidad con anterioridad, pero también la confianza que consideran debe existir para conformar una relación de pareja y evitar en el futuro los desacuerdos y desavenencias que se presentan en caso de que la mujer no hubiera llegado virgen a la unión.

Ahí el hombre valora la mujer que él tienen, hubo confianza y más que nada hubo respeto al marido, pero si la mujer ya no es virgen ya no hay ese respeto a la mujer o sea que ella demuestre lo que es, porque ellos también valoran cómo es que andaba la mujer y cómo es que andaba el hombre y si hay un malentendido ahí ya empiezan a decirse de cosas: que tú ya habías pasado quién sabe con cuántas y tú, ¿qué me puedes decir? Yo te demostré que era señorita y así es cuando ya llegan los problemas pero platicándose antes de que suceda algo. (Martha, 38 años.)

Si uno se va con el hombre y no es virgen pus ya dirá: ¿Por qué tú no me platicaste que te había pasado?, platicamos y quedarnos de acuerdo, porque luego hay reproches. Cuando era novia de mi esposo nunca me di con él ni me dejaba que me abrazara. Yo hasta cuando ellos [la familia del marido] fueron a mi casa y ya así él me trajo, pero mientras andábamos así en la calle. Pero hay mujeres que

tantito les dicen y ya se dejan engañar. Si te dejas tantito que el muchacho te abrace, luego él dice si ya cayó. (Mónica, 28 años.)

Si bien la virginidad es un valor intercambiable en la comunidad, que les significa seguridad, protección y manutención, algunos hombres y mujeres afirman que empieza a darse cierta tolerancia hacia las que no llegaron vírgenes a la unión.

Esta normatividad hacia la virginidad coexiste con la mayor valoración de ciertos aspectos personales y de la pareja, como la confianza mutua, los sentimientos y la capacidad de amar, elementos empleados para reducir la presión social respecto de la virginidad, aunque aún es muy fuerte.

La experiencia sexual, afirman algunos varones, les permite tener más habilidad, más potencia sexual y la posibilidad de enseñar a sus parejas las artes amatorias.

Ahora algunos pretenden relativizar una norma social antes aceptada y quizás no cumplida totalmente pasándola a un plano de conciencia moral personal y de pareja. Además es interesante la ambivalencia de algunos testimonios que reafirman los pares opositores de actividad-pasividad en términos de una actitud activa del varón, que encuentra, busca, consigue, que muestra la cosificación de la mujer vista como alguien pasivo a quien se puede tomar a voluntad, que en la batalla frente al hombre es quien se entrega y fracasa por ceder al acoso, vencida en su lucha, derrotada en su afán de conservarse virgen, de no caer en las tentaciones de la carne; y el “te voy a desintegrar” emerge como amenaza de venganza por haber cedido, por haberse entregado, por haber perdido la virginidad.

Estas diversas formas del lenguaje retomadas para analizar los comportamientos de las mujeres, una más equitativa y otra en la que se refleja y se reafirma la subordinación femenina, coexisten; aunque esta última se refuerza con otras prácticas y formas discursivas de varones y mujeres en la comunidad o en el discurso, tanto católico como evangélico, que otorgan una visión jerarquizada de los valores entre hombres y mujeres en la cual se evidencia una de las formas de subordinación sexual femenina mediante el uso de un lenguaje de denigración y abuso hacia lo femenino.

De acuerdo a nuestras culturas anteriores se pensaba que llegara virgen la mujer al altar [...] una mujer íntegra, que no haiga tenido relaciones sexuales sería lo más bonito, pero hoy en día eso ya se ha pasado desapercibido. ¿Cuántas muchachas que están en sexto de primaria ya han tenido relaciones? O con los alum-

nos, con los maestros y si no, con los jóvenes de la comunidad. Si ya cometiste un error, ya eres papá o mamá, pues desgraciadamente te tocó la mala suerte o tus padres no te ayudaron. Si yo exijo de esa manera entonces yo debo ser igual. Lo importante no es si es virgen sino su belleza pero no del físico sino de adentro, de su sentir en toda la extensión de la palabra, de un amor pero que sea sensible. (Agustín, 35 años.)

La mayoría de las mujeres entrevistadas afirma haber tenido su primera relación sexual con el que ahora es su marido, y de una práctica sexual apenas incipiente en casi todos los casos, resultó un embarazo que decidió la unión de la pareja, marcando con ello el destino no siempre anhelado ni buscado por hombres y mujeres.

La unión conyugal procreativa aparece en este contexto como el recurso o la estrategia que emplean las mujeres para sobrevivir y lograr movilidad, aceptación social y afecto, aunque en ocasiones el precio que tienen que pagar por esta transacción es alto en términos de malos tratos, de violencia física y verbal y de falta de compromiso económico del varón.

En el caso particular de una de las entrevistadas, dice claramente que lo que ella quería y necesitaba era tener un marido y un padre para su hija. Eso fue lo que buscó y consiguió. Al poco tiempo de conocer al que ahora es su marido se embarazó, sellando con ello la unión.

Así él tenía a una mujer que lo atendiera y cuidara de él y ella había logrado su propósito: tener quien la mantuviera económicamente y le diera su apellido a la hija, aunque reconoce no ser feliz; esta infelicidad le ha costado la propia estabilidad de su salud y haberse convertido a la religión evangélica, porque sabe que la separación sería difícil en las condiciones precarias en que viven, así que ha preferido buscar un refugio espiritual con los evangélicos para todas sus insatisfacciones y malestares.

De acuerdo con este sistema de intercambio, vincular el inicio de las relaciones sexuales con la procreación suele conducir a la unión, pero la mayoría de las veces sin convencimiento de lo que significa tal compromiso en sus vidas, mientras que practicar la sexualidad sin intenciones procreativas puede, en algunos casos, llevar al abandono de la mujer.

Aunque la mayor parte de las entrevistadas deseaban la protección y el reconocimiento del varón, cuando se enteraron de su embarazo les pareció algo negativo y sorpresivo que debieron ir asimilando poco a poco.

En el caso de los varones sucede algo semejante: se sintieron atados a ese compromiso para el cual no estaban preparados. Sin embargo existe el pre-

juicio unido a la desinformación respecto al ejercicio de la sexualidad antes del matrimonio y del primer embarazo en contra de tomar anticonceptivos, pues querría decir que las mujeres “ya saben de eso”, y tal conocimiento produce desconfianza en los varones; además, la anticoncepción se considera asunto de mujeres, no de ellos.

Con excepción de Agustín, quien afirma que siempre que tuvo relaciones sexuales con “amigas” se cuidaba porque “no quería sorpresas o que las mujeres lo utilizaran para amarrarlo”, ninguno de los demás hombres tomó medidas anticonceptivas. En tal sentido se observa esta estrategia de las mujeres que utilizando el sexo y un posible embarazo intentan comprometer al hombre a una unión conyugal más allá de sus sentimientos, lo que causa malestar en ellos, aunque no hacen nada para evitarlo. Estas estrategias tienen costos altos de desconfianza hacia la mujer e influyen en la forma en que se va desarrollando y conformando la relación de pareja.

Tanto los varones como las mujeres refieren haber tenido temor en su primera experiencia sexual, con sentidos diferentes en ambos casos. Para las mujeres el problema no está en ser madre, en el embarazo, sino en haber perdido algo que no se debía perder dadas las circunstancias, por la persona implicada, o porque no era el mejor momento para ellas.

El valor de intercambio que se le atribuye a la primera experiencia sexual tiene la lógica situacional en la que se ubican los dos actores en determinadas circunstancias sociales: el primer momento es si el varón le otorga a esta experiencia el valor de compromiso personal con la mujer y el reconocimiento como “esposa”; un segundo momento es si se tuvieron relaciones sexuales antes o después de haber establecido el compromiso con la familia de la mujer, y un tercer momento que se deriva de los anteriores es que si desde la perspectiva de la mujer no se logra este reconocimiento personal, social y por tanto público, entonces se fracasa, “se pierde” en ese valor apostado del intercambio sexual por reconocimiento.

Si se “fracasa” sobrevienen los miedos a acceder a una categoría de mujer carente del respeto de tener a un varón a su lado y con la posibilidad de ser presa fácil del acoso de los que saben “que ya perdió con otro hombre”. Así, el sentido de pérdida en la primera relación sexual lo expresan de la siguiente manera:

Ya nunca vas andar igual, antes no te preocupabas; bueno sí de tu trabajo y todo pero nada más. Ahora las preocupaciones son diferentes, es cuando empiezan los problemas y sufrimientos de la mujer. Uno ya pierde lo que es señorita, ya esa

vida nunca volverá a ser lo mismo, ya pierde uno. Si yo no me casara con él pus ya no encontraría un marido y si él diera cuenta que yo ya no fuera señorita tampoco me respetaría. (Silvia, 36 años.)

Sentí a la vez bonito pero a la vez me sentía muy confundida porque pus dije: Todavía Antonio no habla con mis papás y dije si voy a fracasar a la mejor en mi familia me van a regañar. Me daba miedo decirle a mi mamá, me daba a mí misma miedo porque yo decía si ya tuve la relación a la mejor van a pensar todos los hombres que se van a burlar de mí o no sé. (Mariana, 28 años.)

Algunas mujeres refieren su primera relación sexual como una experiencia irreversible en la que hay dolor físico, frustración y coraje hacia ellas mismas y hacia el hombre que con engaños las hizo doblegar su voluntad; también reconocen que tenían deseo, pero dejan la iniciativa al varón, dadas las dificultades que implica asumirse como sujeto de deseo.

Yo le dije a mi marido ya me desgraciaste la vida para toda mi vida. Yo estaba sangrando y él también, yo creo que él sangraba porque también era su primera vez. Ora sí que los dos nos dimos a ver cómo es. Al año que lo conocí fue que me engañó. Me dijo que íbamos a ir hasta donde él trabajaba. Le dije mal me cais, pues sí, dice, de tanto esperar como que ya es mucho, ¿no? Serás para mí, o no serás para otro..., pus creo que yo también quería. (Martha, 38 años.)

#### LA INICIACIÓN SEXUAL EN LOS VARONES:

"SÍ TENGO GANAS PERO A LO MEJOR NO VOY A SERVIR"

Como ya hice mención, el inicio de las relaciones sexuales está pautado por la etnicidad y por la clase social; esto en el caso de los varones se refiere a que tuvieron su primera relación coital con una mujer de su misma etnia mazahua, de igual o menor escolaridad que ellos y que seleccionaron a la persona con quien comparten un estatus social determinado en el que ellos se autoadscriben, y lo refieren así: "un doctor con sus enfermeras, un profesor con una maestra, un albañil con una sirvienta" y es difícil trascender las fronteras de ese campo de interacción. Con ello garantizan cierto control en la relación; es decir, que compartan ciertas características o que las mujeres posean menos recursos económicos y sociales para así poder manejar su permanente inseguridad.

Desde su perspectiva queda cancelada la posibilidad de relacionarse con personas que posean mayores recursos económicos y simbólicos que ellos, porque pueden salirse de su control y cuestionar más seriamente las bases sobre las que se asienta su imagen masculina.

En todo momento cada actividad que uno hace se presenta una circunstancia. Yo por decir un profesor con una maestra, un doctor con sus enfermeras, un bañil con una sirvienta; o sea cada campo de trabajo parece estar fijado para ciertos casos. En la ciudad se encuentra de todo. A lo mejor la televisión pues ahí yo creo que surge el problema que se les hace fácil hacer cosas, yo creo que porque están fuera de su casa; pero con mujeres que sean como más despiertas que uno como que no, porque luego lo pueden dejar a uno en mal. (Agustín, 35 años.)

En esta primera experiencia de los varones prevaleció el miedo al compromiso, al rechazo femenino, al deficiente desempeño sexual, a la iniciativa sexual de las mujeres, y a un desgaste físico considerable; para ellos es importante la práctica sexual sin excesos, tanto en la frecuencia como en la intensidad del acto.

Estos temores que se viven con la iniciación sexual permanecerán a lo largo de la sexualidad matrimonial. Pocos son los que reconocen en esta experiencia placer y satisfacción; se observa el distanciamiento entre el deber del desempeño sexual de los varones y su práctica.

La ciudad no sólo representa para ellos una oportunidad de empleo, sino un lugar de diversión y posibilidades de hacer cosas que la rigidez de las normas morales en su comunidad no permitiría. La ciudad atrae, desean conocerla, adentrarse en ella, aunque siempre "la gente de la ciudad es vista con suspicacia y desconfianza" porque tiene dinero y el poder y los hace sentir menos "por su color de piel, por su forma de hablar, por ser pobres e ignorantes". La ciudad, pese a ello, marca pautas hegemónicas de comportamiento que incorporan dentro de su vida cotidiana. Ir a la ciudad y permanecer en ella por un tiempo les da estatus, y entre otros factores como la educación, la posibilidad de "despertar", porque antes estaban "dormidos", frase que constantemente repiten.

La relación con la ciudad y con los varones de la ciudad les permite hacer comparaciones y establecer distancias. Sin embargo, el modelo de ser hombre para ellos se conecta con el ser hombre de la ciudad, percibiéndose así imágenes masculinas hegemónicas y subordinadas en las que ellos entran en esta última categoría. Un "hombre completo" es quien tiene educación,

prestigio, dinero, es fuerte para trabajar el campo, no tan moreno como ellos, que no habla mazahua, y no un “pedazo de hombre” como ellos se califican.

Ellos se ven como una simulación de varón pues no cumplen con las exigencias de ese modelo, donde algunos cuentan sólo con la fortaleza como característica para poder trabajar tanto en el campo como en la albañilería. Así, han introyectado los adjetivos y valoraciones de sí mismos vistos desde el “otro”, el de la ciudad, el mestizo. Se ven como personas que tienen menos valor y buscan en sus relaciones a sus semejantes; se marcan fronteras en sus relaciones con los otros y más si se trata de relaciones afectivas o sexuales.

Yo digo que nosotros es como un pedazo de hombre no un hombre así, porque no hay dinero, no tenemos de la educación, somos ignorantes, pa' mí ser hombre es un poco como los de la ciudad que son cabrones, tienen paga, no son tan así de prietos como nosotros, son más bonitos porque son así güeritos como don Juan y no hablan del mazahua que eso de nada sirve 'ora. Luego si nos oyen hablar hasta como que da pena porque empiezan a decir que somos indios y luego nos quieren ver la cara. (Ramiro, 45 años)

Todos sin excepción afirman no haber ido a algún prostíbulo para iniciarse sexualmente, aunque saben que en ocasiones hay varones que lo hacen. A esta iniciación sexual con prostitutas se le llama “la primera comunión”, en la que generalmente participan amigos e incluso algún pariente, como el tío o el padre que fungen como padrinos. Los llevan para que aprendan “cómo se hacen esas cosas y pa' que agarren experiencia y se hagan hombres”. En el caso de Juan Manuel comenta que él “se salvó de milagro de la primera comunión”:

Fíjese que yo, yo me había tocado eso pero en Morelos. Me habían invitado unos muchachos, cuando uno es joven dice vamos para allá, pues uno no le teme a nada y si traes dinerito pus tampoco. A mí no me dejaron pasar al lugar. ¡No, está muy niño! y me regresaron... Me salvé porque yo no iba con esas intenciones, supuestamente íbamos a un baile y luego me dijeron te salvó la campana. Yo la primera vez fue en México, fue en una casa con la persona conocida, una como uno y por ahí [...] la primera vez no fue tan satisfactorio [...] bueno uno tiene deseo pero como el deseo no es para saborearlo en este caso, sino que uno se une..., pero no lo sentí yo tanto. La segunda vez ya un poquito más y ya así pero ya había sido con otra y pues nada más. (Juan Manuel, 33 años.)

Por su parte se observa cierto temor a la iniciativa sexual de las mujeres. Agustín, antes de tener su primera experiencia sexual, comenta que le enojaban la iniciativa y provocación sexual de algunas de sus compañeras hacia él. Él quería tener relaciones sexuales pero consideraba como requisito que al menos hubiera deseo y gusto por la otra persona, "así nomás no, sólo como experimento, no". Para él no tenía sentido aprovecharse de la oportunidad que esas mujeres le ofrecían.

A los hombres les asusta la iniciativa de las mujeres; no saben manejarse en ese terreno porque se espera de ellas un comportamiento pasivo frente al acoso de los varones, pero además, como afirma Ángel, requieren de otras cosas, no sólo de que "se ofrezcan"; no obstante, en los documentos sobre sexualidad casi no se plantea la resistencia de los hombres frente a la iniciativa sexual de las mujeres.

Generalmente se documenta al varón como acosador y deseoso de experimentar sexualmente, sin considerar sus gustos, preferencias y sentimientos. Pero en este caso y otros que después se plantearán se observa que anteponen los sentimientos, el gusto y el placer que les provoca la otra persona como necesidades básicas para sostener una relación sexual, pero también quizás esto sea utilizado como justificación al no saber qué hacer cuando hay cambio en los estereotipos de los desempeños genéricos, en donde la mujer es quien plantea y expone abiertamente el deseo por un varón y no a la inversa, cuando ellos no pueden pautar y controlar la sexualidad femenina:

Es que muchas mujeres me provocaban. Me invitaban ya trabajando como promotor. En ocasiones, me invitaban a comer, me lavaban mis cosas y yo salí como plan de amigos, pero que yo dijera vamos a... Porque muchos hombres, lo que buscan es simplemente me quiero pasar un buen rato con usted y vámonos. Conmigo fue diferente porque las que tenían la iniciativa eran las mujeres y luego una profesora me dijo: ¡Ah le tuviste miedo!, y le contesté con todo respeto, tengo mis propios gustos y si eso es lo que están buscando, no lo van a conseguir conmigo. (Agustín, 35 años.)

Los varones refirieron haber tenido miedo en su primera experiencia sexual, y varios expresaron haber sufrido de desgaste físico importante al punto de creer que "se iban a morir". Su condición de varón en una comunidad como Rincón de los Pirules con serias restricciones económicas, de salud y alimentación tiene su impacto también en el desarrollo y la práctica de su propia sexualidad.

El temor que ellos expresan tiene significados diversos: se refiere a mostrar y mostrarse a ellos mismos incapaces de tener una erección y sostener una relación sexual, lo que los induce a pensar que quizás son "homosexuales", "quizás para esto no voy a servir", pero también por los riesgos que se corren por un posible embarazo, en términos de hacerse cargo y ser responsables, cuando consideran no estar preparados para la paternidad, y además por la presión familiar de tener que "cumplirle" a la mujer.

También en estas imágenes masculinas aparece en algunos varones la necesidad de probar a la mujer teniendo relaciones sexuales con ella. Se prueba y confirma o no lo que ellas les dicen: la presunta virginidad.

Yo creo casi por lo regular es que tengan relaciones; a veces el hombre por machismo lo hace para probar si la mujer no ha pecado, dicen por ahí, "le voy a hacerle el cale". Voy a ver si es cierto lo que me dice ella de que todavía es esto. Pero ya a través de eso, pues no es la primera vez, ya de ahí se siguen. (Víctor, 32 años.)

La pobreza aparece aquí no sólo como limitación en los recursos materiales sino también en la representación de impotencia, vulnerabilidad y falta de poder que implica para constituirse en sujetos sexuales; es decir, en este contexto de fuertes limitaciones, la pobreza genera también una sexualidad empobrecida y frágil y enfrenta al hombre ante su ser real y su deber ser ideal.

No están bien alimentados, y el desgaste físico es significativo en las actividades de albañilería que en la mayoría realiza, y esto repercute en su desempeño sexual. Afirman que no aguantan mucho, que no es bueno tener relaciones con mucha frecuencia porque envejecen y deben cuidarse para poder seguir trabajando y dar el sustento a la casa. Es interesante la articulación que establecen entre la práctica sexual y el cuidado de su cuerpo como cuerpo trabajador, cuerpo campesino que requiere fortaleza para poder realizar las pesadas actividades que su labor implica.

Esta creencia, documentada en las fuentes, nos habla de una idea prehispánica en la que se describe cómo la pérdida de semen implica pérdida de energía y de fuerza en los varones.

La descripción que el Códice Florentino hace de los efectos de los excesos sexuales se refiere al hecho de "perder grasa": "Se seca la gente porque terminan nuestra sangre, nuestro color, nuestra grasa; porque termina nuestro semen; termina nuestra resina, nuestra trementina." Sahagún presenta un cuadro más desalentador de tales efectos: enflaquecimiento extremo, tos fuer-

te, cuerpo ennegrecido y expulsión de pus por la uretra (López Austin, 1984: 380). Veamos lo que dice José Abel en este tenor:

No le voy a hablar que estaba *muy frío* [...] estaba yo a los 15 años, fue que empecé a enamorar a las chamacas, estaba bien loquito, porque teniendo la edad de 20 años pa'arriba ya piensa, reacciona, ya tiene sus obligaciones, y pus yo me adelanté, pero también se me hizo eterno en ese momento; dije: ¡no!, se me acaba el mundo. *A mí no me dio miedo pero me sentía muy agotado, desmayado y es ahí donde cometí mis errores por parte del amor [...] Sentí bien feo, todo desnutrido.* Fue con una chamaca de aquí y sentí que adiós Rincón, porque *sentía que estaba bien desnutrido y sentí que me moría.* Yo no sabía que eso era así pero me sentía mal y no sabía con quién confiarme, a quién platicarle. (José Abel, 36 años.)

Esta sensación de muerte tras el coito es propia de los varones; las mujeres no hacen mención a este respecto y también tiene que ver con una idea de la sexualidad femenina como inagotable, insaciable, en la que el varón difícilmente puede acompañarlas.

Esta sensación de muerte tras el coito se relaciona a su vez con una de las fases de la analogía entre el pene y el hombre que Ruz (1998:193) destaca en la concepción de los otomíes contemporáneos. Al igual que el individuo, el pene tiene un ciclo de vida: crecimiento, clímax y decadencia; sin erección es como un niño; durante el acto sexual llega a la muerte y tras el coito prefigura al antepasado primordial: envejecido, ajado, agotado. Así que el sentimiento de agotamiento y desgaste físico se entrecruza de manera compleja con la pobreza, con sus condiciones de trabajo y valores culturales arraigados en nociones de género como corporales.

A través del ejercicio de la sexualidad, los varones de la comunidad expresan el poder masculino sobre la mujer, pero es un poder que sienten se encuentra amenazado. Esa amenaza implica el constante distanciamiento de lo que asocian con lo femenino, como la homosexualidad y la expresión abierta de sus emociones.

Los varones hacen referencia constante a la posible satisfacción sexual en términos de desahogo, de pérdida de energía acumulada, pero sin excederse en su ejercicio. Para algunos de los entrevistados es un mito que los hombres puedan tener varias eyaculaciones en una misma experiencia sexual o la traducen a que el cuerpo del hombre es diferente para cada uno, aunque entre compañeros se afirme lo contrario, con quienes se muestran como grandes

experimentadores sexuales. En sus testimonios se percibe el desfase entre el deber sexual del varón y sus prácticas sexuales, en donde se desmitifica esa idea del varón como inagotable y seductor:

—¿Tu primera relación sexual fue una experiencia agradable, placentera?

—Es que a lo mejor uno pasa sus etapas, la emoción de emociones pero viéndola también por otro lado, pos yo decía capaz que pa' esto no soy bueno. Cuando tuve ya las relaciones con mi esposa, el primer hijo, me bajé gacho [bajar de peso], incluso mi hermano me decía ya traga cabrón, te va cargar la chingada. Yo pesaba en aquel tiempo como unos 48 kilos. A lo mejor me bajé con los cambios [...] con las relaciones y yo sentía que tener una relación me debilitaba mucho y aunque te dicen que sí puedes pero cada organismo no es el mismo [...] Hay gente que dicen: "No pues yo en la noche cuando llego, tres o seis me echo, pero yo la verda, no... Muchas personas no llegan a seis, ¿te imaginas? ¿Uno es qué?... No todos tenemos la misma resistencia. A lo mejor el marido es algo especial y las señoras, no con uno ya para cumplir nada más y que no friegue. (Augusto, 36 años.)

—Pero bueno, ¿entonces fue una experiencia agradable?

—Pues para mí, mi primera relación que tuve con mi señora [...] no pasó nada, yo pues no pude eyacular, ni nada. Yo sí dije pues a lo mejor voy a ser joto ¿no?... Así lo manejé en mi propio criterio y me dio miedo, a lo mejor si tengo ganas pero a lo mejor para esto no voy a servir. Después ya vinieron las emociones. Incluso en ese momento yo la pensé en los riesgos que yo corriera, más que nada en un embarazo... Para mí a lo mejor fue perder, pues también los hombres nos sentimos mal por los cambios que uno pasó en ese momento, sobre todo por la preocupación de embarazar y que te comprometas. (Augusto, 36 años.)

En el anterior testimonio se agregan tres elementos que cabe considerar: 1) la preocupación por el desempeño sexual que vincula el coito con la erección a voluntad y con la penetración como parte de la construcción social masculina; cuando uno no lo logró consideró la posibilidad de ser homosexual, dudando de su propia imagen; 2) el miedo a embarazar a la mujer y como consecuencia de ello que lo presionaran a contraer matrimonio, y 3) el ejercicio sexual vivido con preocupación por tener un débil desempeño ante la mujer.

La primera relación sexual es valorada como un desahogo tanto físico como espiritual, una vía para liberar las tensiones. Consideran que las relacio-

nes sexuales deben practicarse con mesura, sin excederse, y algunos destacan su valor en tanto que fueron vividas sin ningún compromiso matrimonial con la mujer.

En los testimonios se insiste en el valor de la primera relación sexual por la satisfacción de su deseo, "por complacer a su cuerpo" sin comprometerse con la mujer, y está presente el temor a que ella utilice el embarazo como recurso para asegurar el matrimonio. Estos testimonios dan cuenta de los malestares que los hombres sintieron al inicio de su vida sexual, y en general algunos de éstos siguen presentes en su sexualidad conyugal, en la que existe tensión entre poder, placer, ansiedad y necesidad del reconocimiento femenino.

Se preocupaban más por su desempeño sexual y por sentirse presionados para casarse que por disfrutar y prodigar placer sexual, y las mujeres por que el varón no les cumpliera y no quisiera casarse con ellas en caso de resultar embarazadas. En muy pocos casos la primera relación sexual abrió una vía de comunicación afectiva.

La sexualidad en esta etapa estaba restringida a no mostrar un débil desempeño sexual con la mujer y al miedo de que se embarazara para retenerlo y conseguir matrimonio; es un temor constante de los varones que hay que resaltar. Quieren experimentar sexualmente sin comprometerse; dudan de su imagen masculina si no logran la erección y penetración, lo que da lugar a que se crean homosexuales.

Para la mayoría de ellos, junto a las sensaciones de placer y de cambio corporal y social afortunado prevalecieron la angustia, la preocupación y el agotamiento físico más que cualquier otro sentimiento. Al parecer se experimenta más desde las ataduras y no desde la libertad; desde el miedo y el temor y menos desde el placer.

Los varones no tuvieron oportunidad de platicar y compartir estos malestares, angustias y experiencias con otras personas. Idea que refuerza el aislamiento en que viven los hombres. No compartieron estas experiencias con sus pares no sólo por sentirse en una posición de desventaja y debilidad frente a otros, sino también por miedo a perder el control en la sexualidad femenina, considerada de alguna forma inagotable, como se advierte en el siguiente testimonio:

Yo siempre he sido de esas persona que no puede platicar. Aquí uno se reserva por las críticas. En un rato si yo tuviera confianza y le cuento alguien que me pasa algo y no la hice con fulana, entonces a lo mejor esa persona me gana

ventaja: ¡Si no puedes, yo voy con ella! Y aunque eso no sea..., ya ve que la gente lo acomoda bien tranquilo. (Augusto, 36 años.)

#### LA SEXUALIDAD DENTRO DE LA UNIÓN

Tras explorar las representaciones y prácticas en la primera experiencia coital de los varones y de las mujeres, nos adentraremos en la forma como ha sido vivida la sexualidad conyugal de los entrevistados, con especial interés en las relaciones de poder intergeneracionales y las transacciones que se establecen entre ellos. En particular se destacará la importancia de las relaciones sexuales, la frecuencia y los deseos que expresan unos y otras.

En la medida en que la sexualidad se relaciona con los actos sexuales, los deseos, los papeles sexuales, la manera de atraer al otro y la diferencia de actitudes ante las relaciones extramaritales, su ejercicio supera los límites del espacio de la pareja.

Las creencias, los mitos y los conocimientos influyen en la forma en que se practica y significa la sexualidad dentro y fuera de la relación de pareja. Tales influencias se traducen en la construcción de un campo sexual que se articula de manera compleja a partir de los lenguajes de la palabra, del cuerpo, de los gestos y de los silencios, y en momentos y escenarios específicos.

En otros términos: las creencias y las normatividades internalizadas, los saberes y las presiones sociales alrededor de la sexualidad, y sobre todo los desempeños genéricos, condicionan los comportamientos sexuales y reproductivos de los entrevistados.

La sexualidad dentro de la unión se vive con el temor a la infidelidad, como hecho y como posibilidad. Está presente en los varones como realidad encarnada o como un fantasma. Temido en algunos hogares y padecido en otros, siempre aparece como el orquestador de relaciones sociales dentro y fuera de la comunidad, que puede otorgar solidaridad económica, lazos políticos o apoyo moral, y también incluso conflictos familiares e intercomunitarios.

#### DESDE LAS MUJERES:

“ENTRE QUITÁNDOSE SUS GUSTOS Y LAVADAS EN SECO, NO”

Para la mujer es importante la sexualidad en el matrimonio. Es un vínculo para el acceso a la institución matrimonial y para su mantenimiento, y el

estatus de mujer unida le permite el ejercicio de una sexualidad legitimada socialmente. En general no importa si se es feliz; la felicidad es tangencial, lo importante es no fracasar; es decir, no ser abandonada por el marido, poder tener y criar a sus hijos, sin importar tanto las condiciones en que esto se produzca.

La sexualidad conyugal de la mujer está condicionada por los tiempos, los códigos y las reglas masculinas. Es una sexualidad esporádica que depende de la presencia del marido en la comunidad, que puede esperar hasta más de 15 días si es que no está menstruando, ya que existen serias restricciones culturales respecto de sostener relaciones sexuales durante este periodo, lo que puede causar enfermedades e incluso la muerte. En este sentido, se recurre a la amenaza de enfermedades para buscar encauzar la sexualidad del pueblo.

Si la mujer *ensucia* el hombre no puede meterse con ella porque se enferma. Aquí hubo un caso de ése; o sea un señor de allá arriba creo se metió con..., con otra mujer que estaba reglándose y no le importó al hombre y así se metió con ella y..., se enfermó: se le tapó todas las vías urinarias hasta se murió pa'acabar, y cuando ya estaba agonizando confesó eso. (Ramiro, 45 años.)

Según la calidad de la relación son perceptibles los motivos que tuvieron para seleccionar a su pareja, manifiestos en los diferentes comportamientos alrededor de la sexualidad conyugal: de mayor o menor negociación, de mayor equidad o franca subordinación.

Para algunas es una sexualidad activa, placentera y expresiva; para otras como Bárbara, Lorenza y Silvia, es una sexualidad más bien sumisa, poco placentera, y aparece más como recurso para acceder y mantener la institución del matrimonio. Pero en general para las mujeres entrevistadas las relaciones sexuales son parte importante del cumplimiento de los desempeños genéricos en la unión, y a partir de ellas se realiza una de las tareas fundamentales, que es la procreación.

Mónica, cuyos motivos para la unión son de tipo afectivo positivo, y la calidad de su relación, según afirma, ha sido buena, se desenvuelve sexualmente con el marido con mayor libertad, estableciendo una comunicación sexual en la que puede expresar y negociar sus deseos con menos restricciones, manifestar sus negativas y mencionar las posiciones que le producen mayor placer, apelando a un ideal comunicativo basado en la comprensión, el respeto, el deseo y el goce mutuo, como se lee en el siguiente testimonio:

—¿Y cómo te das cuenta cuando tu marido quiere estar contigo, que quiere tener relaciones sexuales?

—Sí porque de acuerdo a cuando quiere me lo ha dicho y si yo tengo ganas pus lo mismo. Yo veo que sí está muy mal que a la mujer la obliguen porque una mujer no se le puede obligar a tener relaciones sexuales cuando ella no desea, cuando el hombre pus en realidad lo está deseando, hay también que respetar lo que la mujer sienta. Si en esos momentos no está dispuesta hay que... tratar de evitar que sea a la fuerza..., porque de nada sirve tener así relaciones pus se trata de gozarlo los dos, si no qué chiste. (Mónica, 28 años.)

La procreación es prioritaria para la justificación de las relaciones sexuales pero no se restringen a ella. Ahí se expresa el cariño y amor que se tiene la pareja; con su práctica las mujeres intentan evitar la infidelidad del marido y realizan una transacción de importancia: la necesidad de estabilidad material y emocional aparece como el valor que se busca a cambio de las relaciones sexuales, con lo cual si bien lo que se intercambia no tiene un valor equivalente, hace que las mujeres no siempre se sientan desposeídas en la relación de pareja y que intenten negociar mejores condiciones; y también a la inversa, ellas por medio de la sexualidad buscan atención afectiva, y en caso de no obtenerla pueden justificarse para sostener relaciones sexuales extramaritales.

Pues si uno no tiene relaciones uno no se puede embarazar. No es necesario que uno al diario, ya cuando uno quiere dormir con su esposo o tener de las relaciones a los dos o tres días ya te sientes más contenta, pero del diario ya uno no se siente nada [...] además de que es su cumplimento del hombre y de la mujer y así ya no andan buscando los dos por afuera pa' quitarse sus gustos. Si busca otra persona será de vicio o ya por cariño que no tienen amor en la casa y por eso buscan. (Martha, 38 años.)

Existe el uso erótico del cuerpo de uno y del otro que a través de las relaciones sexuales ofrece una expresión corporal de vida a las mujeres, les da juventud, lozanía, belleza y vida. Si no tienen relaciones sexuales con cierta frecuencia, si su "hombre no les cumple", se marchitan, se secan, son infieles.

Por el contrario, existe la imagen ideal de la sexualidad masculina fundada en la medida, el no desgaste total, aunque el tipo de argumentos de los hombres y los de las mujeres varían dependiendo de su condición genérica.

Ellos sostienen esa idea por temor a las repercusiones que trae consigo la práctica de una sexualidad "excesiva", en términos de frecuencia, con relación al rendimiento laboral básicamente, y las mujeres plantean los peligros que implica respecto a una normatividad más rígida: las implicaciones de la infidelidad masculina en la salud de los hijos pequeños, en el bienestar de las mismas mujeres que requieren un marido que las procure sexualmente, y en el debilitamiento y desgaste de ellos mismos.

El tipo de recomendaciones que las mujeres hacen a los varones se podría interpretar como el intento de controlar al hombre mediante alusiones de valores positivos como son la fuerza y la juventud, que se logran por medio de una sexualidad recatada. Si el varón tiene relaciones sexuales fuera del matrimonio, se desgasta y "ya no puede ni cumplir en su casa, se hace viejo y débil".

El hombre si se deja con cualquier mujer, pus se acaba, ya después no van a tener juerzas ni con la esposa, pus ya el hombre anduvo en la calle quitándose sus gustos y él si no se cuida pus se va 'ciendo viejito, ya no tiene juerzas... Pus 'ora si que él también tiene que corregir de no tentar mujeres que no sea su esposa, por lo menos así se va conservándose él. (Martha, 38 años.)

En este sentido, tanto el pecado como la virtud sexual tienen repercusiones en el cuerpo. La práctica de las prohibiciones culturales lo puede dañar o causarle la muerte, mientras que la práctica de lo permitido socialmente lo embellece, lo rejuvenece y evita enfermedades.

Consideraciones que se asemejan a lo que los nahuas prehispánicos planteaban en torno de las repercusiones del pecado y del exceso sexual en el cuerpo: la enfermedad de pecado conducía a la locura; el pecador perjudicaba con emanaciones nocivas a los inocentes prójimos; las muchachas que habían perdido la virginidad sufrirían pudrición de sus genitales; el exceso sexual llevaba a la ruina física, a la consunción; la interrupción del coito podría provocar la muerte (Ruz, 1998: 194). Se recurría pues a la amenaza de enfermedades buscando encauzar la sexualidad de una manera semejante a lo que sucede hoy día en Rincón de los Pirules.

Las mujeres expresan una sexualidad vivida con recato y con pena para mostrar directamente su cuerpo y su deseo sexual al esposo, pero hacen uso del código sexual construido por la pareja para mostrar su deseo. Ellas aceptan que el hombre se acerque y las acaricie como parte de este código, pero la mayoría afirma que no tiene confianza para decirle cuándo lo desea por te-

mor al rechazo. La iniciativa de las mujeres es mal vista. El hombre hace, se acerca, plantea, y la mujer acepta, accede o se niega con palabras, gestos o actitudes que lo indican, y en el juego sexual se observan las tensiones en la relación de poder dentro de la pareja.

Para ellas, en ocasiones, tener relaciones sexuales significa sólo complacer al hombre y evitar con ello conflictos aunque no sientan deseo. Lo refieren como parte de sus obligaciones genéricas. Los argumentos que esgrimen para no tenerlas son el cansancio, el alcoholismo de los varones o simplemente no tener ganas en ese momento, pero las condiciones de desigualdad en la pareja impiden verbalizarlas y plantearlas abiertamente, para lo que se han hecho de algunas estrategias como mostrarse enfermas o poner a un hijo pequeño en medio de ambos.

En un caso extremo Silvia, después de practicarse la salpingoclasia, le dijo al marido que bajo prescripción médica debía permanecer un año en abstinencia sexual, y con ello evitó “tener que cumplirle al marido”. En este caso, el acceso y cercanía que tienen las mujeres con la clínica y con el médico de la comunidad les da poder, controlan la información médica y la emplean a su conveniencia, impidiendo en esa forma tener relaciones sexuales.

Yo a veces no quisiera que ni me tocara y pus ni modo pa' complacerlo y ya con mucho sin ganas de hacer nada, sólo lo hacía pa' que no se enojara, y para mí aunque me gusta, a veces es sólo una obligación. A veces uno también lo siente, se siente bien pero ya a veces ya no; uno se cansa aquí de todo lo que se hace. (Lorenza, 23 años.)

Cuando no quería estar con mi marido yo decía que estaba enferma pero éste qué iba a entender. Si le decías así, te decía pus haber vente pa' cá a ver si es cierto y yo lo que hacía era echar mi bebé por delante, y yo atrás de él. Ya lo que hacía era dormirse y ya cuando despertaba ya pedía de comer, pero cuando se ponen borrachos se ponen peor, exigen más estar con la mujer. Cuando así llegaba mi señor yo sí le tenía más coraje y me daba asco porque ya luego ya no es normal eso sino ya es por vicio. (Martha, 38 años.)

Desde la perspectiva femenina los hombres tienen más deseo sexual, y se lo atribuyen a diferentes causas que tienen que ver con su “naturaleza masculina” y con la propia división del trabajo, ya que desde su óptica el trabajo que realizan es más descansado que el de ellas y por tanto están más dispues-

tos a entregarse al placer de la carne, ya que el cansancio produce falta de apetito sexual.

Las mujeres dicen al referirse a tener relaciones sexuales: "me usó mi esposo". El hombre para ellas es quien las usa y ellas se dejan usar, pero piden que las usen bien.

Plantean un placer afectivo erótico necesario con su pareja; la mayoría de las veces nunca satisfecho. Esto significa que las abracen, las besen, que se tengan confianza para así poder estrechar la relación; como dice doña Martha: "Si no es así, es como lavada en seco y así ni chiste tiene. Es como una purga sin medicina". Pero algunos de los varones como Agustín y Augusto también expresan esa necesidad de placer afectivo erótico, aunque en menor medida que las mujeres. Si el hombre o la mujer no han aprendido estas "técnicas del amor" representa una falla, con lo que se justifica la búsqueda de otra persona que los pueda satisfacer.

Pero hay hombres y mujeres que no saben besar al hombre o a la mujer. Yo le decía a la señora de enfrente: lávate los dientes, a poco no le da asco a tu esposo cuando te besa. ¡Ay! dice, ¿por qué voy a besar?, dice fúchila, ¿cómo lo voy a besar? Él nunca me besa, dice. Y ¿a poco nunca se te da un antojo? No, pues con razón el señor está con la otra. Yo le dije que estaba mal, que para tenerse confianza entre el hombre y la mujer. (Mariana, 28 años.)

Cuando el marido y la mujer quieren y se aman pero que se den una acariciada, que se den un beso por lo menos, pero no nada más para ciertas cosas, pues es como... lavada en seco, es como una purga sin medicina adentro; así veo a la señora esa, muy seca [nos reímos mucho de las expresiones que utiliza] Y luego así sin nada como que no vale, sin que la acaricie qué se siente..., ¿a usted le gustaría eso? Cuando el hombre o la mujer no son felices por eso buscan con otro hombre o con otra mujer. (Martha, 38 años.)

La sexualidad de las mujeres en Rincón de los Pirules, según los testimonios, cumple con al menos cuatro normas socialmente establecidas: un tiempo biológico (que comienza alrededor de los 15 años); una condición social: básicamente vivir con un hombre en pareja; un lugar, el hogar; y en las relaciones sexuales, como parte del cuidado del cuerpo, se requiere que se exprese a través de ellas el amor y el cariño recíprocos.

En las relaciones sexuales se hacen necesarias las caricias y que se manifieste el cariño, pero que "lo hagan como personas", no como los "animales";

es decir, coito vaginal y dentro del hogar, no fuera de él. Desde la perspectiva femenina, los hombres deben cuidarse de las mujeres, sobre todo “calientes”, y hacerlo sin ningún tipo de turbación o interrupciones, pues puede hacer daño o incluso provocar la muerte.

Dentro de la tradición nahua (López Austin, 1984: 382) el coito interrumpido se menciona como el estrago que sufren tanto la mujer como el hombre que copulan sin llegar al orgasmo. En cuanto al susto, y por tanto la interrupción del coito, la creencia se funda en que durante éste el *tonalli* sale del cuerpo; el retorno al cuerpo debía ser el normal, paulatino, provocado por la conclusión idónea del acto. Una interrupción violenta del coito, provocada por la sorpresa o el susto, acarrea la pérdida del contacto entre el cuerpo y su *tonalli*.

El coito representa liberación de fuerzas, y por ende debilitamiento, pero la energía no liberada y excesiva también puede causar desequilibrios, como es el hecho de tener relaciones sexuales con mujeres “muy calientes” porque se daña y enferma al cuerpo del varón. Estas normas, de tiempo biológico, estatus, lugar y expresividad, conllevan comportamientos éticos y morales que repercuten en la vida cotidiana de las mujeres.

1. El estatus de mujer casada o unida para gozar de la sexualidad es un elemento importante para los entrevistados. Así es como se puede experimentar el amor entre la pareja, y son las relaciones sexuales una parte central en las obligaciones de ambos géneros.

2. El espacio es importante: tener relaciones sexuales está acotado al espacio privado de la casa; fuera de ella es sólo ocasional. El afuera forma parte de la naturaleza, de lo animal; el adentro es parte de la cultura, es “hacerlo” como persona.

3. Tener relaciones sexuales forma parte de los cuidados que se le deben otorgar al cuerpo tanto de los varones como de las mujeres, pero sin excesos; de lo contrario se enferman y se desgastan; tener relaciones “como las personas”, no como animal, que “usen” a las mujeres pero las usen bien.

En este sentido, Lorenza afirma que los hombres deben tener relaciones como las personas. Las relaciones anales no se practican con las esposas, sino con “las de la calle”, con quienes ellos pueden experimentar otras prácticas sexuales en que encuentren placer y diversión.

El hombre tiene una responsabilidad en el cuidado de la mujer, no sólo proveer económicamente sino atenderla sexualmente, usarla bien, para lo cual existen serias restricciones. Si un hombre “usa mal” a la mujer se puede enfermar, se daña el cuerpo y ahí el hombre es el responsable.

—¿Y con la mujer de uno no lo hacen?

—No, porque ahí hay más cuidado porque si le llega a pasar a la esposa, ya sabe a lo que se enfrenta el otro. Si a otra mujer que no sea su esposa, esa mujer anda con cualquier hombre por eso está así... Y si se deja con cualquier hombre, mi culpa no es mía, pero si a la esposa le hace así y le sucede eso ya no es cuidarse el cuerpo de la mujer, ya se perjudicó ahí y eso ya le cayó mal y eso ya no es cuidado. (Bárbara, 42 años.)

El cuerpo, entendido como una miembro vulnerable, está sujeto a cuidados y a atenciones que hay que prodigarle; los excesos y los límites de lo permisible o lo prohibido se reflejan en él. El cuidado que refieren del cuerpo en el caso de las mujeres es que las “usen bien, no como a las otras”; en cambio, el cuidado del cuerpo del hombre se refiere a cuidarse de no tener relaciones con muchas mujeres y menos aún con las que catalogan como mujeres “calientes”; de lo contrario pueden enfermar y morir.

En forma indirecta, el temor a la enfermedad es una defensa a la integridad de la familia. La trasgresión de un marido “libertino” se trata de evitar principalmente en el plano ideológico, con la concepción de una supuesta enfermedad ocasionada por las acciones del infiel que no sólo dañan el cuerpo del varón sino también el del niño pequeño al que le transfiere el calor excesivo y enferma.

El hombre no debe utilizar muchas mujeres porque hay mujeres que se les sube mucho la presión y no la enfría; o sea la mujer está muy caliente, entonces al hombre le puede hacer mal de tanto que el hombre está trabajando y trabajando; puede caer desmayado pues le saca todo el jugo, o puede ser que la mujer cuando anda enferma por dentro ella quiere mucho el hombre [...] Si uno lo corta o lo asusta, puede caerse muerto, ¿por qué? Porque está alta la presión [...] El hombre no aguanta y quizás la mujer exige que quiere así; pero también pasa que cuando el hombre se fue con otra y si hay niño pequeño entonces ese calor que trae de fuera lo contagia y se enferma. (Martha, 38 años.)

En cambio con las otras mujeres ocasionales no tienen ninguna responsabilidad, no tienen por qué cuidar el cuerpo de ellas; por ello, según las mujeres, pueden experimentar otras prácticas que de alguna manera avalan culturalmente la infidelidad, y atribuyen sus causas en parte a la propia naturaleza masculina.

La idea de la sexualidad masculina como fuerza natural, y de la sexualidad femenina como fuerza controlable, explica a su vez la forma en que se entienden las relaciones entre hombres y mujeres. Predomina una concepción en que se representa a los varones como personas incontrolables, en constante actitud de acoso sobre las mujeres, que están en permanente resistencia.

Algunas mujeres y hombres ven en el uso de anticonceptivos una opción inconveniente, que propicia que las mujeres se aventuren en relaciones extraconyugales sin que la comunidad lo note, pero también recuerda la delimitación de los espacios. El lugar de la mujer es el espacio privado por excelencia; si sale al espacio público transgrede su propio ámbito y puede correr peligro: es una mujer que está sola y potencialmente busca compañía. Esta circunstancia refuerza los límites y fronteras de los espacios femeninos y masculinos.

DESDE LOS VARONES: "SI TUVIERA RELACIONES DIARIO...,  
¡BIGOTES POR TODOS LADOS!"

El hombre intenta expropiar la sexualidad de la mujer, que es lo más íntimo de una persona. En general marca los tiempos, los ritmos y los códigos sexuales. Tiene relaciones sexuales cuando quiere y decide el momento más oportuno para que la mujer deje de parir más hijos, esgrimiendo razones de diversa índole relacionadas con la escasez de recursos económicos para sostenerlos o la propia salud de la mujer, entre otras, pero finalmente él toma la decisión.

A pesar de la idea femenina de la sexualidad de los varones como inagotable, para ellos prevalece la idea de reserva, no de desgaste total, e invariablemente lo relacionan con su capacidad de trabajo.

Si se desgastan teniendo relaciones sexuales con mucha frecuencia no rinden en el trabajo; por tanto la mesura en las relaciones sexuales forma parte del cuidado del cuerpo masculino. En su situación social y económica desgastarse tiene un precio alto, que es el de fallar como trabajador y finalmente como proveedor. Tener relaciones sexuales con demasiada frecuencia envejece y acaba el cuerpo del varón. Al respecto Augusto comenta:

Pues es que el organismo va sintiendo cuándo ya lo amerita. ¡Pus órale!, a lo mejor semanal o quincenal, pero es variado. Las parejas que los hombres van a México y llegan, se van un mes, dos meses y se encierran. Todos los días lo mismo, se quedan dos o tres días. Le voy a ser sincero, a mí eso me fastidia [...]

bueno pues a lo mejor como dicen por ahí viene cargado. Por ejemplo, en el caso mío pues a lo mejor tener relaciones diario, pues a lo mejor me es difícil, por mi trabajo del diario, a lo mejor me pongo más menso de lo que estoy, llego todo dormido, no tengo ganas de hacer nada. Mucha gente dice 'orita ya comí bien 'ora sí estoy bueno para entrarle. Por eso, *yo creo que si tuviera relaciones diario, diario, a lo mejor... ¡bigotes por todos lados!, a lo mejor ya estaría más viejito.* (Aguosto, 36 años.)

Pero a la vez los hombres piden como parte de la satisfacción sexual que se exprese el cariño y amor que se tiene en la pareja, aunque esta necesidad es menos verbalizada que en el caso de las mujeres. Los hombres manifiestan que es importante comunicarle a la mujer sus deseos y expectativas sexuales; sin embargo se imponen los silencios y miedos que apuntan de nueva cuenta a las expectativas plasmadas en cada uno de los géneros.

Las esposas no necesariamente son para obtener placer sexual, y las aventuras sexuales son para divertirse, para conocer, y no existen barreras en la práctica sexual debido a que éstas no se fincan en el respeto y sí idealmente con la pareja.

Para la mayoría de los entrevistados el respeto significa no experimentar nuevas posiciones sexuales, tener relaciones de "manera normal"; es decir, por la vagina y en posición de "misionero", y se considera que en esta forma es muy difícil entablar una comunicación en donde los deseos y expectativas de ambos sean retomados. La mayoría de los varones expresa que la mujer tiene más o tanto deseo sexual que los hombres, pero lo normal es que nunca lo exprese.

Pese a esta barrera que genera tensiones, en el espacio de comunicación sexual se puede observar que los hombres saben lo que sus mujeres esperan de ellos. Aseguraron que ellas encuentran satisfacción con las caricias, con que les digan y les demuestren que las quieren. Algunas mujeres además piden determinadas posiciones que las hacen disfrutar mejor la relación sexual:

—¿Con la pareja se pueden inventar posiciones nuevas para tener relaciones?

—De que son güenas sí son güenas, 'ora sí de todo [cambia la voz] porque así ya aprende o tal vez por esas mismas prácticas empiezan a tenerse más amor con la pareja. Si mi marido llega y me propone no me enoja porque si él ve que sí es algo positivo, ¿por qué no comprobarlo que tal se siente o lo que quiera saber uno?... Yo digo que sí porque si uno no lo acepta, pus nunca uno va aprender cosas nuevas y más aparte pus ya ve que dicen que hacer todos los días lo mis-

mo, como que también aburre, hay que buscar también la forma de cómo hacer, cómo estar feliz con la pareja. (Mónica, 28 años.)

En este testimonio se observan varios elementos que nos hablan de la importancia de las relaciones sexuales entre las mujeres. Para Mónica, construir un espacio de comunicación sexual con la pareja es importante.

Ella reconoce que las relaciones sexuales y la práctica de nuevas posiciones tiene un sentido de aprendizaje como vía para estrechar la relación de pareja. Sin embargo no todas las entrevistadas son capaces de decirle al varón lo que requieren y desean; más bien son pocas las que han podido crear a lo largo de su relación este puente de comunicación entre hombre y mujer.

A los varones les cuesta trabajo acceder a las peticiones afectivas de las mujeres y mostrar estas mismas necesidades, pues para la mayoría de los informantes existe la representación de que expresar afectividad a la pareja es signo de debilidad, y por tanto pueden ser fácil presa de la dominación femenina. En este sentido la sexualidad masculina fluctúa constantemente entre el placer, el poder y la ansiedad.

Frente a esta imagen dominante existe una marginal, expresada en el planteamiento de Agustín y Víctor, para quienes durante y después del acto sexual se requiere platicar con la pareja, preguntarle cómo se siente y acariciarla, pues en esta forma se fortalecen la comunicación y la relación de pareja.

La relación sexual se basa en la generación de códigos corporales y discursivos que el hombre y la mujer establecen para transmitir su deseo sexual a la pareja. Dichos códigos suponen la construcción de un lenguaje común en el que los gestos corporales, el tono de voz y los silencios del otro comunican su disposición a las relaciones en ese momento.

Como establecen los testimonios, los motivos para la unión y los primeros años de pareja son fundamentales para construir un espacio de comunicación sexual que permita idealmente estrechar la relación. Sin embargo los hombres plantean dos problemas que confrontan este ideal: el rechazo y la incomunicación.

Ante el rechazo femenino a tener relaciones sexuales, varios hombres manifestaron que su primera reacción es indagar las razones de la negativa. Las mujeres argumentan que tienen la menstruación y que están cansadas o enfermas. Estas razones pasan por la valoración masculina; si están conformes con los argumentos de las mujeres, intentan dialogar y posponen la ocasión para cuando los dos estén de acuerdo.

Pero si las razones que las mujeres ofrecen no son aceptadas por los varones sobreviene la reacción del rechazo al rechazo. Algunos varones plantearon abiertamente su enojo ante la negativa de la mujer, afirmando que precisamente "para eso la tenían", que por eso se habían casado: para tener relaciones sexuales sin restricciones.

A partir de esta argumentación se muestra que el espacio sexual de comunicación de una pareja está principalmente configurado por la voluntad del hombre. Él impone los códigos, los tiempos y las reglas sexuales. La mujer, aunque participa en la construcción de los códigos, tiene menos injerencia en los tiempos y las reglas, en las que generalmente no se integran sus deseos y necesidades sexuales.

#### CONCLUSIONES

La población de estudio, caracterizada por padecer restricciones y por la subordinación económica, social y cultural, tiene altos costos tanto para los varones como para las mujeres. No se puede afirmar que existan ventajas totales de un género sobre el otro; esto se ve en su salud, en el manejo que se hace del cuerpo, en su vivencia de la sexualidad y de la reproducción.

Ser hombre o ser mujer no es un atributo natural o una esencia, sino un conjunto de prácticas y de valores sociales y culturales inscritos en las estructuras sociales y en las relaciones intersubjetivas. En la comunidad de Rincón de los Pirules la iniciación de la práctica sexual está condicionada por la etnicidad, por la clase social y por los espacios sociales que frecuentan.

El ejercicio sexual y la pobreza se encuentran articulados. La pobreza aparece aquí no sólo como una limitación en los recursos materiales, sino también como representación de impotencia, vulnerabilidad y falta de poder para constituirse en sujetos sexuales. En estas condiciones el desgaste físico por una práctica sexual frecuente afecta su capacidad de trabajo y de proveer económicamente a la familia, pero también puede ser empleado como justificante ante su desempeño sexual. Es decir: la pobreza genera una sexualidad empobrecida y frágil que confronta al hombre ante su ser real y su deber ser ideal.

La experiencia sexual de los varones antes y durante la relación de pareja se caracteriza por el miedo a un pobre desempeño sexual, a ser considerados homosexuales, al rechazo de la iniciativa femenina, a la carencia de demos-

tración afectiva positiva y a una paternidad no deseada. En las mujeres la experiencia sexual se caracteriza por el temor al no reconocimiento social del varón ante un embarazo, y por la necesidad de adquirir seguridad económica y afectiva. En pocos casos se busca mediante su práctica estrechar la relación de pareja. En suma, ni los hombres ni las mujeres mostraron que el inicio de su vida sexual fuera placentero o satisfactorio.

La sexualidad masculina, aunque es representada como "fuerza natural" inagotable y como un desahogo de energía acumulada, en la práctica es más bien mesurada, en tanto que la sexualidad femenina se representa como fuerza controlable. Predomina la concepción de que los varones son personas incontrolables, en permanente actitud de acoso sobre las mujeres, que están en permanente resistencia.

El rechazo sexual femenino para los varones de la comunidad se asocia a la infidelidad real o virtual de la pareja, pero en algunos casos se utiliza como recurso de las mujeres para castigar o presionar al varón y obtener mayor apoyo económico.

En los varones la sexualidad se vive a través del poder, placer, ansiedad y necesidad de aceptación femenina. La demostración de afectividad generalmente queda marginada para priorizar la relación coital, y poco saben de cómo proporcionarse placer a ellos mismos y a sus mujeres. El desempeño masculino se basa fundamentalmente en su capacidad de mostrar su eficacia sexual por la erección y la penetración anheladas, pero si éstas no se logran su virilidad es cuestionada por la mujer pero también por otros varones.

Si bien en la literatura se ha destacado la sexualidad femenina orientada básicamente a la reproducción, carente de placer sexual, con los testimonios de las mujeres y el temor de los varones sobre la infidelidad de ellas se refuta esta tesis, pues si bien ellas tienen problemas para expresarla, no siempre está ausente.

La bibliografía sobre masculinidad apunta a que existe ambivalencia entre poder y placer, aunque está escasamente representada en los trabajos etnográficos. En este texto se ilustró el carácter conflictivo y ambivalente de esta relación, en la que se destacan algunos elementos como el miedo al desempeño sexual, al rechazo de las mujeres, a la asociación de comportamientos y prácticas vinculadas a lo femenino, y a la infidelidad, elemento presente tanto en el imaginario masculino como, en algunos casos, en la convivencia con la pareja.

El modelo de ser hombre para los entrevistados se conectó con el de ser hombre de la ciudad, percibiéndose así imágenes masculinas hegemónicas y

subordinadas en las que ellos entran en la última categoría, ya que además de no cumplir con el estereotipo, sufren las consecuencias y la marginación: sin embargo no lo cuestionan abiertamente porque aspiran a alcanzarlo en algún momento. Un "hombre completo" es quien tiene educación, prestigio, dinero, es fuerte para trabajar el campo, no tan moreno como ellos, no habla mazahua, y no es un "pedazo de hombre" como ellos se califican. Prevalece un sentimiento de inferioridad y han asumido incluso ciertos adjetivos con los cuales los califican los de la ciudad: ignorantes, indios y sucios.

De esta forma encontramos que ambos géneros se encuentran atrapados en construcciones sociales que los someten y los conflictúan, pero como asumen que las condiciones genéricas son universales se sienten imposibilitados para transformarlas.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Abric, Jean-Claude (1999), "Las representaciones sociales: aspectos teóricos", México, mimeo.
- Barth, Frederic (1976), *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bellato Gil, Lilliana (2001), "Representaciones sociales y prácticas de hombres y mujeres mazahuas sobre la sexualidad y reproducción", tesis de maestría en antropología social, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Bourdieu, Pierre (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Connell, Robert W. (1997), "La organización social de la masculinidad", en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidad, poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, pp. 31-48.
- Figuroa, Juan Guillermo (1998), "La presencia de los varones en los procesos reproductivos: Algunas reflexiones", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 163-189.
- Foucault, Michel (1988), "El sujeto y el poder", *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, año L, núm. 3, julio-septiembre, pp. 3-20.
- Kimmel, Michael (1997), "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculi-*

- nidad, poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, pp. 49-62.
- López Austin, Alfredo (1984), *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rosaldo, Renato (1991), *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, México, Grijalbo-Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (Los Noventa).
- Ruz, Mario Humberto (1998), "La semilla del hombre. Notas etnológicas acerca de la sexualidad y fertilidad masculinas entre culturas indoamericanas", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 193-221.
- Seidler, Víctor (2000), *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Nacional Autónoma de México-Paidós (Género y Sociedad).
- Weeks, Jeffrey (1998), *Sexualidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Paidós.

# LA VIDA EXTRAMARITAL MASCULINA EN TIEMPOS DE VIH-SIDA. USOS Y PRÁCTICAS ENTRE ALGUNOS VARONES CON PROFESIONES LIGADAS A LAS CIENCIAS SOCIALES

Daniel Hernández Rosete<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

Esta investigación tiene sus antecedentes en el trabajo de campo que hice en la ciudad de México en 1996 con el fin de analizar la gestión económica y la vida doméstica de algunas familias de clase media con jefaturas compartidas (Hernández Rosete, 1996). Con ese trabajo, fundamentalmente cualitativo, comparativo y de base etnográfica, pude conocer algunos aspectos de la reproducción social de las familias, según la experiencia y oralidad de los cónyuges varones.

Aquella investigación estuvo sustentada en interrogantes de trabajo diseñados para explorar las estructuras de los roles conyugales y las jefaturas familiares entre dos tipos de hogares.<sup>2</sup> Se hizo especial hincapié en la forma como se negociaba la vida cotidiana en ciertas parejas donde los códigos de género prometían mayor equidad frente al trabajo doméstico y la organización de la vida familiar en general.

Recuerdo que me aproximé al estudio convencido de que hallaría diferencias significativas en las orientaciones valorativas de los hombres respecto a sus propios roles como padres, esposos e incluso proveedores. Sin embargo los resultados revelaron diferencias importantes sólo en el plano económico, pues descubrí mejores condiciones de calidad de vida en los hogares con jefatura familiar compartida. No obstante que las diferencias en los nive-

<sup>1</sup> Profesor-investigador del Instituto Nacional de Salud Pública, Centro de Investigación en Sistemas de Salud.

<sup>2</sup> Aquel universo estuvo integrado por dos grupos de profesionistas del área de las ciencias sociales y de las humanidades. En ese primer trabajo el universo de informantes estaba compuesto por dos sociólogos, tres antropólogos, dos historiadores y un filósofo. Los relatos y formas de organización doméstica fueron comparados tomando en cuenta una brecha generacional que establecí a través del ciclo de vida familiar y la edad de los informantes.

les de calidad de vida estaban relacionadas con la participación laboral de la mujer en contextos extradomésticos, la posesión y titularidad de los bienes inmuebles seguía privilegiando a los varones en ambos grupos. Los hogares que estudié mantenían algunos modelos de la vida familiar y conyugal ligados al orden patriarcal. En mi opinión se trataba de una condición económica que difícilmente podría ser transformada, aun entre aquellos informantes que decían tener posturas diferentes a las socialmente prescritas y nombradas como normales.

La conyugalidad se había modificado en parte debido a una jefatura construida con base en los derechos adquiridos por la mujer; es decir, en tanto proveedora económica de la vida familiar, pero no como una nueva forma de vida propuesta por varones críticos de la masculinidad hegemónica. Este punto lo pude observar precisamente porque se exploraron algunos aspectos de la vida íntima que no habían sido propuestos como objetivos desde el inicio del proyecto. El caso de la infidelidad, por ejemplo, no había sido considerado como tema en los guiones de entrevista originales. La vida sexual extramarital fue incluida como elemento de estudio etnográfico a partir de la necesidad que uno de los participantes manifestó durante una entrevista piloto. Aunque en ese momento decidí orientar la exploración según los objetivos planteados en el guión original, más tarde, cuando escuché la grabación, me di cuenta de la importancia de incluir ese tema.

Entre los hallazgos más importantes de ese primer proyecto destaca el hecho de que la vida sexual extramarital es una condición normativa de la forma de vivir la masculinidad. Para los sociólogos, antropólogos, historiadores y filósofos que entrevisté la infidelidad es una condición atribuida al hecho mismo de nacer siendo varón, pero la refuerzan las representaciones sociales que ligan la vida extraconyugal a valores sociales como el prestigio y la dominación masculina. Esto me permitió entender por qué los cambios en la esfera económica no necesariamente estaban expresando cambios en la construcción social de la masculinidad y de la significación de la jefatura familiar misma de estos hogares. Pero sobre todo me llevó a plantear nuevas interrogantes de cara al hecho de que la posesión de bienes materiales seguía existiendo como privilegio masculino.

Otro aspecto de ese trabajo que me parece interesante es que la infidelidad existe en un contexto de sentido y significado que no implica cargas de culpabilidad. Si bien este hallazgo podría ser interpretado a partir de visiones del mundo donde la sexualidad no necesariamente está sujeta a valores morales de tipo religioso, puesto que los entrevistados tienen formación en cien-

cias sociales, la etnografía mostró que estos varones experimentan la jefatura familiar como un espacio de poder que al ser compartido con mujeres que no responden a los parámetros sociales de obediencia y sumisión femenina, se convierte en un escenario de conflicto conyugal. Por ello, en la mayoría de los casos explorados el ser infiel es un recurso para infligir una forma de castigo conyugal.

Esto despertó mi interés por comprender la relación, si es que la había, entre una jefatura familiar compartida y la infidelidad de los algunos varones que estaban inmersos en saberes que los hacían, al menos presumiblemente, conscientes de los discursos históricos derivados de los debates académicos sobre equidad y género. Es decir, creí que por tratarse de varones que conocían los análisis sobre equidad tendrían comportamientos sexuales distintos a los prescritos por la masculinidad hegemónica, donde la vida sexual extraconyugal aparece como una virtud masculina (Seidler, 2000). Entonces reconocí la necesidad de abordar en profundidad la relación entre la infidelidad masculina y la jefatura familiar compartida, con especial interés en los hogares de parejas conyugales con formaciones profesionales en ciencias sociales.

Surgió así un nuevo proyecto con los informantes más jóvenes, que tenía como fin comprender, con mayor especificidad, las dimensiones de la infidelidad masculina en el marco de hogares donde la jefatura familiar es compartida, pero sobre todo de cara a las relaciones sexuales sin condón que son practicadas en contextos epidémicos de enfermedades de transmisión sexual (ETS), como es el caso del virus de inmunodeficiencia humana (VIH) y el virus de papiloma humano (VPH).

Este nuevo proyecto fue realizado tomando en cuenta un marco conceptual que me permitiera una aproximación a la vida familiar en tanto escenario normado por el género, donde la violencia podría expresar formas de interacción conyugal relacionadas con el ejercicio del poder, la infidelidad y las características de la jefatura familiar misma. El propósito ha sido describir etnográficamente el ejercicio de la infidelidad masculina a partir de técnicas cualitativas centradas en los relatos de hombres infieles. Aunque no descarto la importancia de comprender la experiencia femenina sobre la infidelidad de sus cónyuges, el objetivo de este capítulo es describir las prácticas, representaciones, creencias, significados y costumbres que hablan de la identidad construida entre varones a partir del adulterio, tras considerar la versión y mirada de los hombres y de cara a un contexto donde las relaciones sexuales extramaritales se practican sin protección. Se trata de un estudio que está basado en relatos masculinos que arrojan información sobre la relación entre la

infidelidad y los riesgos en materia de salud sexual y reproductiva, particularmente porque los encuentros sexuales extramaritales fueron practicados sin condón y en un contexto epidémico determinado por las ETS y el VIH-sida.

#### LOS HOGARES CON JEFATURAS COMPARTIDAS Y LA INFIDELIDAD MASCULINA

De los fenómenos globales ocurridos a lo largo de las últimas décadas, la feminización de los mercados de trabajo (García, 1992) es el que presenta características más complejas. Se trata de un proceso económico de cambio estructural relacionado con la incorporación de la fuerza de trabajo femenina al mundo laboral extradoméstico (Amsden, 1980; Espinosa, 1994; García, 1994; De Oliveira y García, 1994; Rendón y Salas, 1993, entre otros).

En México las transformaciones demográficas que se han presentado a lo largo de los últimos veinte años han sido asociadas a la incorporación de la mujer en los mercados de trabajo remunerado (De Oliveira, 1994). Entre las más evidentes figuran la reducción de la fecundidad, con notable descenso a lo largo de las tres décadas pasadas (Cervera, 1994) y la disminución del tamaño promedio de los hogares (Salles y Tuirán, 1996).

Se ha dicho también que la inserción de las mujeres mexicanas en jornadas laborales extradomésticas es un mecanismo estratégico de reproducción económica encaminado a enfrentar la pobreza (Acosta, 1992; Benería y Rolán, 1992; De Oliveira, 1989). Sin embargo el fenómeno no solamente es una estrategia familiar para generar recursos monetarios, por lo menos no desde un enfoque cualitativo. La connotación social de este proceso también implica la modificación de los modelos de vida conyugal y familiar (Tuirán, 1993), sobre todo en lo que se refiere a la definición de nuevas funciones y responsabilidades adquiridas por los miembros de la pareja conyugal frente a la familia. Por eso, aunque los cambios en la formación familiar pueden ser vinculados a múltiples factores, tanto la incorporación de la mujer en los mercados de trabajo como la reducción de las tasas de fecundidad implican modificaciones en la vida conyugal (Cervera, 1994) y familiar, particularmente en la estructura de roles asociada a la reproducción económica, la gestión de los hogares y la negociación conyugal de la jefatura familiar.

De hecho, los cambios en la vida familiar, especialmente los que se relacionan con la forma de experimentar la jefatura, han sido planteados como

una correlación demográfica entre el incremento de la escolaridad de la mujer y su impacto en la reducción de la fecundidad (Tuirán, 1993).

Estas modificaciones anuncian la aparición de nuevos estilos de vida, especialmente complejos en el caso de algunas familias de clase media donde lo público y lo privado han dejado de coincidir con la estructura de roles tradicional en que se presentaba a lo doméstico como un universo para la mujer, y a lo público como un ámbito de acción social masculino (Parsons, 1978). En este trabajo se analizan algunos hogares de clase media con estructuras de roles y orientaciones valorativas presumiblemente distintas a las consideradas tradicionales. Se trata de familias donde las mujeres contribuyen a la reproducción económica, lo que favorece una forma de vida que las involucra en la gestión de la jefatura familiar, pero ante todo, en la construcción de un "empoderamiento" cotidiano que pareciera ser compartido con cónyuges cuya formación profesional, de base antropológica, sociológica y humanística, parecería prometer un orden de género más equitativo.

Un texto que ha resultado especialmente interesante para esta investigación es el de Giddens (1992), quien al hablar de la vida íntima en occidente explica que la búsqueda de mayor simetría en la vida familiar y conyugal parece ser impulsada sólo por las mujeres. La observación de Giddens me invitó a reflexionar sobre la conyugalidad en un contexto donde la mujer promueve el cambio acompañada de un hombre que no necesariamente está convencido de ello, pero además en un ámbito donde la escolaridad y el acceso a información calificada sobre prevención de enfermedades de transmisión sexual no modifican las conductas de riesgo, ya que fuera del ámbito conyugal persiste la práctica de relaciones sexuales sin condón.

Al iniciar el estudio pensé que los varones entrevistados hablarían de relaciones sexuales extramaritales con prácticas de autocuidado ante el VIH. Sin embargo la investigación fue revelando que el contacto sexual suele ser sin protección, y en algunos casos con múltiples parejas. Así, la etnografía me fue dando la pauta para incorporar nuevos referentes conceptuales de exploración necesarios para comprender la relación entre la vida sexual extramarital y las relaciones sin condón. En este sentido, un texto que resultó especialmente importante en la comprensión de este fenómeno es el de Rosario Arias y Marisela Rodríguez (1998), quienes describen las percepciones de algunos varones de clase media que contando con información calificada sobre prevención de VIH-sida, practican relaciones sexuales sin condón.

Tanto las ideas de Giddens como las de Arias y Rodríguez me permitieron orientar el estudio hacia una exploración que diera cuenta de la experien-

cia conyugal masculina en contextos donde podría suponerse la existencia de un orden de salud sexual más armónico entre hombres y mujeres. De aquí la idea de explorar mundos cotidianos donde la infidelidad masculina puede tener relación con las estructuras de jefaturas familiares compartidas. Las siguientes son las principales interrogantes formuladas para guiar la exploración:

1. ¿Qué factores culturales hacen de la infidelidad masculina un hecho riesgoso frente al VIH-sida y otras enfermedades de transmisión sexual?
2. ¿Cómo se concibe la infidelidad masculina en unidades domésticas donde la formación y ocupación laboral de los cónyuges varones está ligada a las ciencias sociales?
3. ¿Qué implicaciones tiene la infidelidad masculina en el ámbito de la salud reproductiva?
4. ¿Cuál es la postura de los informantes sobre el riesgo de infección por VIH-sida en escenarios de vida sexual extramarital?

#### SOBRE EL MÉTODO, EL UNIVERSO Y LAS FORMAS DE APROXIMACIÓN

Una de las singularidades de este trabajo consiste en describir la vida sexual extramarital a partir de la opinión de hombres que presumiblemente experimentaban su masculinidad en forma distinta a la considerada hegemónica. La investigación requería de fundamentos conceptuales para guiar la exploración a través de las representaciones, creencias y significaciones que los propios actores tienen de su infidelidad en el marco de una dinámica epidémica. Por tanto, esta investigación fue diseñada tomando en cuenta métodos inductivos ligados a la investigación cualitativa, pues para conocer el impacto del género en la conyugalidad de los informantes fue necesario partir de un método que permitiera dar cuenta de este fenómeno desde las experiencias, orientaciones valorativas y creencias de sus actores (Taylor y Bogdan, 1990).

El lenguaje fue considerado como medio de referencia para comprender los universos simbólicos y de significación. En este sentido me pareció fundamental retomar el planteamiento de Peter Berger y Thomas Luckmann (1989) sobre la vida cotidiana, pues sugieren que lo real implica un entramado de significados socialmente atribuidos. Lo central en este método es que el lenguaje aparece como el recurso analítico para entender por qué lo social es un orden dinámico que se construye desde lo cotidiano y hasta qué

punto la subjetividad puede estar, incluso, condicionada socialmente. En este planteamiento encontré un sustento filosófico para comprender que los relatos de los informantes no sólo eran expresiones de carácter subjetivo, sino producto de la interiorización de mundos simbólicos y significaciones sobre masculinidad preexistentes a la conciencia de los propios actores.

También incorporé un enfoque semiótico en el que la cultura aparece como un sistema de signos interpretables y susceptibles de ser conocidos etnográficamente (Geertz, 1992). Este sustento me llevó a considerar que la infidelidad se puede vivir como un orden cultural que expresa significados aprendidos, que además refrendan una manera de relacionarse social y sexualmente, pero sobre todo, que pueden ser explorados por medio de entrevistas en profundidad.

Se incluyó un tercer enfoque, para el que los universos de sentido y significado se explican como formas simbólicas definidas históricamente en tanto que existen siempre bajo circunstancias sociohistóricas particulares, y por tanto condicionan formas de interacción social que son ejercidas por actores que poseen diversos rangos de poder y jerarquía social, según sean sus roles sociales (Thompson, 1998). En el momento en que la conducta humana se observa como acción simbólica estructurada históricamente, es factible interpretar la cultura como un fenómeno constituido por significados y formas de "empoderamiento" distintas, lo que permite sugerir a la conyugalidad como un fenómeno que se construye en pareja y a la infidelidad como un producto del género.

Se abre entonces una posibilidad de exploración con base en el sentido que los propios informantes dan a sus acciones cotidianas, que si bien expresan formas identitarias de ser y de vivir la masculinidad, ante todo revelan dinámicas de relación social condicionadas por los roles, jerarquías y rangos diferenciados de poder que caracterizan a la infidelidad como una forma de vinculación tocada por el género.

La investigación fue planteada como un estudio de caso y está basada en técnicas etnográficas de tipo fenomenológico. La información se recopiló mediante entrevistas en profundidad aplicadas a siete hombres que cumplieron con los criterios de inclusión que especificamos más adelante. Cada entrevista abarcó tres sesiones de 45 minutos que fueron grabadas con la previa autorización de los informantes, a quienes se les explicó el objetivo del estudio. Se obtuvo su consentimiento para grabar los relatos y se garantizó la confidencialidad y anonimato de su identidad. Además, al menos una de las sesiones de entrevista fue realizada en el hogar de los hombres que participaron en la

investigación. El trabajo de campo se realizó en la ciudad de México entre los meses de febrero y junio de 2000 y fue levantado según el ingreso, la escolaridad y la ocupación de los cónyuges. Los informantes fueron varones con roles conyugales de siete familias de sectores medios<sup>3</sup> del Distrito Federal, cuyos ciclos de vida se encuentran en fases de expansión.

Para conformar el universo de esta investigación establecí algunos criterios de inclusión. En primer lugar consideré necesario que hubiera un perfil de escolaridad por arriba de la media nacional en ambos cónyuges. Esto me llevó a seleccionar familias nucleares de varones profesionistas y casados con mujeres que también tuvieran formación profesional. Elegí entre aquéllos los hogares en los que las esposas ejercieran sus estudios, de modo que no fueran amas de casa o, al menos, que no sólo vivieran su experiencia conyugal desde los roles de madres y esposas. Por tanto, preferí las familias de sociólogos, historiadores, filósofos y antropólogos cuyas compañeras trabajaban en ámbitos extradomésticos. Además busqué grupos domésticos donde el ingreso y el capital cultural<sup>4</sup> de la mujer fueran condicionantes de la calidad de vida del hogar, lo que me permitiría, por lo menos hipotéticamente, observar vidas familiares con arreglos conyugales distintos al de la familia nuclear tradicional.<sup>5</sup>

Si bien el universo de informantes que componen este trabajo fue definido tras considerar que la escolaridad de ambos cónyuges estuviera por arriba de la media nacional, se puso como condición que los varones fueran profesionistas en activo de las ciencias sociales o humanidades. Además se optó por sólo aquellas familias en fase de expansión, ya que a este ciclo se le atribuyen cargas de trabajo doméstico y de crianza que demandan de los cónyuges formas de vida familiar especialmente interesantes para los fines de esta investigación. También se tomaron en cuenta los hogares cuya jefatura familiar

<sup>3</sup> Los sectores medios guardan características conceptuales que permiten distinguirlos de otros grupos socioeconómicos porque sus miembros desempeñan trabajos no manuales, sus lugares de residencia tienden a ser centros urbanos, y sus actividades económicas se ubican en los sectores secundario (industria) y terciario (comercio y servicios); se menciona además que sus miembros poseen un nivel de escolaridad por arriba de la media nacional (nueve años concluidos) y sus ingresos no sólo permiten satisfacer sus necesidades básicas, sino incluso las necesidades de esparcimiento (González Casanova, 1980; Loaeza, 1990; Stern, 1990).

<sup>4</sup> Me refiero a un posicionamiento valorativo derivado de la escolaridad, pero sobre todo del acceso a información calificada sobre salud reproductiva, prevención de enfermedades y conocimientos sobre legalidad, lo que implica un "empoderamiento" que se expresa en posturas críticas frente al papel histórico del rol de madre y esposa.

<sup>5</sup> Es decir, donde el esposo fuera el único proveedor económico y en el que la mujer estuviera inmersa sólo en actividades de crianza y de tipo doméstico (véase Parsons, 1978).

fuera reconocida previamente por ambos cónyuges como un ámbito de poder compartido.

Finalmente se incorporaron al estudio tres familias más que no estaban incluidas en el trabajo antes referido (Hernández Rosete, 1996). Esto me permitió delimitar un universo exploratorio compuesto en total por siete familias en fase de expansión y con jefatura familiar compartida. Son hogares donde ambos cónyuges ejercen profesionalmente y cuya calidad de vida está determinada tanto por el ingreso del informante como por el de su esposa. Quizá el rango sociológicamente más interesante es que en todos los casos se trata de cónyuges formados en el área de las ciencias sociales y las humanidades. Así, el estudio está basado en los testimonios de dos sociólogos de 36 y 38 años respectivamente, dos antropólogos de 36 y 39 años, dos filósofos de 40 y 46 años y un historiador de 55 años.

#### ETNOGRAFÍA DE LA INFIDELIDAD MASCULINA

En este apartado se describen las experiencias, ideas y sentimientos que los informantes expresaron respecto a sus prácticas sexuales extramaritales. De los siete hombres que componen nuestro universo sólo el filósofo (46 años) aseguró nunca haber tenido experiencias extraconyugales durante su actual relación. Los seis restantes dijeron haber tenido relaciones sexuales extramaritales por lo menos dos veces a lo largo de su relación conyugal presente.

Para los informantes fue difícil hablar de su vida sexual dentro y fuera de sus uniones conyugales públicamente reconocidas. De hecho, al principio de la entrevista negaron sus prácticas sexuales extramaritales, al punto en que hubo quien refirió su única experiencia como un evento que para él no tenía importancia pero que de algún modo había afectado su relación conyugal: "Nunca he sido infiel, sólo una vez, pero fue algo muy leve que no terminó en la cama. Aunque para mi esposa las cosas fueron igual de graves" (sociólogo, 36 años).

Para explorar con profundidad la infidelidad fue necesario empezar a hablar del tema como una práctica social e histórica que si bien implica sanción moral, existe como hecho comúnmente ejercido por los hombres. Tuve la precaución de no mencionar desde el inicio la conexión entre las relaciones extramaritales sin protección y su relación con el problema del VIH-ETS. Así, los informantes paulatinamente fueron aceptando su infidelidad y exponiendo sus creencias al respecto. De modo que poco a poco empezaron a

referirse al fenómeno como una práctica normativa y cotidiana; es decir, como una práctica sexual nombrada como natural para el hombre: "Yo nunca pensé ser un hombre infiel, mi esposa es todo para mí, pero aun así he vivido todo esto como parte de una forma de buscar el placer y de saberme al fin de cuentas un hombre" (antropólogo, 39 años).

Algunos de los informantes coincidieron en señalar que sus relaciones extramaritales no fueron propiciadas por ellos, haciendo suponer que sus infidelidades han sido resultado de conductas pasivas, pero que finalmente responden al proceso simbólico de lo que significa ser varón:

La ocasión llegó y son como oportunidades que se dan porque no siempre se presentan en momentos en que uno puede estar dispuesto. Pero no es que uno las busque, es el contexto en que se dan (historiador, 55 años).

No pienso que hayan sido relaciones clásicas de infidelidad. De algún modo sí, pero es que no fueron buscadas, sino encontradas. Nunca sentí esa necesidad de buscar a alguien (sociólogo, 38 años).

Existen estudios (Castro, 2000; Lerner, 1998) que sugieren que el acoso tiene que ver con el hecho de que la mujer sea socialmente construida como objeto de deseo. Por tanto, buscar con fines de encuentro sexual a una mujer es un acto cargado de sentido en el proceso mismo de construcción social de la masculinidad. Los informantes dicen no acosar a las mujeres en el contexto de sus encuentros sexuales extramaritales; lo cierto es que prestan especial cuidado a no caer en este tipo de usos, de modo que si en algo son precavidos es precisamente en su postura frente al acoso:

No soy un hombre que busca relaciones extramatrimoniales, llegan solas. Hay alumnas muy aventadas, llegan al cubículo y plantean todo. El problema en esos casos es que te puedes meter en una bronca con la institución, por eso hay que ver la forma de no ser uno quien las busque tan abiertamente (antropólogo, 39 años).

En otros casos la infidelidad ocurre como forma clásica de acoso y responde a la dinámica del orden social jerárquico. Esto denota un ejercicio del poder, pues se trata de un fenómeno cruzado por roles ejercidos en condiciones socialmente asimétricas que ubican al varón en lugares privilegiados y hegemónicos con relación a los que ocupan las mujeres con quienes tiene relaciones sexuales: "Yo no ando buscando aventuras, si una compañera en la

oficina tira la onda pues hay que ser discreto, pero no puedes andar buscando una aventura, menos con un puesto de dirección ¿no?" (filósofo, 40 años).

La relación extramarital puede ser experimentada como una forma de placer y encuentro erótico. Sin embargo la mayoría de los relatos la refieren como consecuencia de problemas conyugales asociados a la vida cotidiana. De hecho, para algunos de los entrevistados la necesidad de buscar una relación sexual con una mujer diferente a su esposa tiene que ver con ciertos conflictos permanentes en la vida familiar. Es en ese contexto que la práctica sexual extramarital se convierte en un mecanismo de castigo conyugal:

En una relación aparte encuentras de todo, puedes hablar de aspectos de tu vida que no tan fácil puedes tocar con tu esposa. Las broncas de la casa a veces se ven desde otro enfoque y aunque no siempre es tan fácil hablar de mi vida conyugal con la chava que salgo, a veces es como una válvula y puedo decir cosas que no puedo discutir así con serenidad con mi esposa (antropólogo, 39 años).

En otro caso aparece la soledad como un estado emocional que motivó la necesidad de vincularse con otra persona:

En las parejas siempre verás problemas, todas los tienen. Una amante es eso, alguien en quien encuentras el reposo que ya no puedes ver con tu compañera, sobre todo cuando hay sentimientos de soledad y ruptura. En mi caso no ha sido nada fácil aceptar que las cosas van mal, pero igual ésta es una vía para tratar de decir que algo anda mal (antropólogo, 36 años).

Tres de las familias estudiadas presentan acuerdos de lealtad y fidelidad entre los cónyuges. Estos contratos fueron nombrados como pactos, y al parecer con ellos no se pretende impedir la infidelidad, sino establecer un acuerdo de honestidad conyugal, pues consisten en la obligación de no ocultar a la pareja la existencia de una relación extramarital. Sin embargo, entre estos informantes es recurrente la idea de negar siempre su propia infidelidad. La posibilidad de un escenario racional y franco como recurso estratégico para sacar adelante la relación conyugal cuando alguna de las partes se involucre con otra persona realmente no se ve como una posibilidad: "En el fondo mi mujer tampoco cree en este pacto, pero de mi parte queda claro que no confesaré jamás haber tenido una relación sexual con otra mujer. La infidelidad se tiene que negar a toda costa, aunque tu mujer llegue y te encuentre en la cama con la otra" (sociólogo, 36 años).

Los informantes que dijeron tener pactos de fidelidad son quizá los que más riesgos enfrentan para la salud sexual. Hay, por tanto, un principio de culpa más claro y la infidelidad reviste mayores riesgos no sólo para la salud sexual, sino incluso para la salud mental por los silencios que suscita su ejercicio:

La forma de enfocar los problemas de pareja es muy pasional en la mujer; eso dificulta toda posibilidad de negociación cuando se confiesa la infidelidad. Por eso, la infidelidad nunca debe ser confesada, inclusive debe ser negada a toda costa porque la mujer difícilmente la olvida [...] Sólo por motivos de tragedia confesaría una relación extraconyugal; de otra manera es imprescindible el silencio total frente a la esposa (filósofo, 40 años).

Existen otros motivos para no confesar la infidelidad, especialmente cuando hacerlo puede conducir a la separación con clara desventaja legal para el varón y emocional para los hijos: “La única vez que reconocí abiertamente haber sido infiel la relación se deshizo. Por eso, a Laura difícilmente le confesaría que he andado con otras chavas ¿no? Ahora, a lo mejor lo sospecha, pero ella sabe que si reclama al vapor puede haber broncas graves” (filósofo, 40 años).

En otro relato la infidelidad aparece como un suceso que se negocia conyugalmente, pues se describe como un hecho que ha sido verbalizado con la esposa. Así, el informante asegura que su mujer siempre ha estado enterada de las relaciones por las que él ha pasado: “Estas relaciones nunca serán definitivas, no maduran debido al compromiso como hombre casado, mi esposa lo sabe y hasta ahora no me ha vuelto a reclamar por eso” (antropólogo, 39 años).

Una vez que los informantes estuvieron dispuestos a hablar de sus experiencias, lo primero que me dijeron fue que la confesión es prácticamente imposible, sobre todo por las implicaciones económicas de la separación. Sin embargo las redes sociales ligadas a su vida conyugal ejercen tal influencia, que llegan a jugar un papel decisivo en la decisión de hacer pública su práctica extramarital:

[...] fue en un congreso de sociología, la relación con Karla andaba bien pero la onda es que llegó esta chava y se dio algo. La relación [extramarital] no siguió adelante porque había mucha presión de amigos comunes que sabían lo que estaba pasando. Así que decidí hablarlo con mi esposa. Pensé que íbamos a tronar

pero no, quedamos en que sería la única y última vez que pasa (sociólogo, 36 años).

También señalan la necesidad de poner límites a sus relaciones extraconyugales, ya que pueden derivar en un compromiso económico que no sólo afectaría la viabilidad misma de la relación, sino que conduciría a una forma de vida estresante y con fuertes cargas de angustia atribuibles a la probabilidad de afectar la unión matrimonial:

Una relación paralela siempre es causa de angustia; al principio no se duerme bien. Lo mejor es tener claro lo que uno está dispuesto a ceder y a buscar, porque si no pones límites terminas muy estresado y sin el anhelo que te impulsó a involucrarte en la relación (antropólogo, 39 años).

El problema es que uno empieza a sentir angustia cuando sabes que tu esposa se puede enterar. Pero lo peor es cuando la persona con la que sales te empieza a demandar tiempo y presencia. Si no tienes bien definido hasta dónde llegas con esa relación empiezas a perder el control de todo y eso puede hacer que la misma relación termine por poner en riesgo tu matrimonio (historiador, 55 años).

La infidelidad es algo difícil de enfrentar, sé que si lo hablo con mi mujer se daría una separación matrimonial que afectaría principalmente a los niños y que probablemente me costaría mucho dinero. Creo que es importante tener bien definido hasta dónde quieres llegar para poder poner límites (filósofo, 40 años).

### *Cuando la mujer es infiel*

En esta parte se presentan los testimonios, representaciones y creencias masculinas en torno de la infidelidad femenina. Se pone especial atención en las posturas que asumieron los informantes frente a la posibilidad de que fueran sus mujeres quienes practicasen la infidelidad.

Al explorar la infidelidad femenina encontré argumentos con fuertes cargas de doble moral subyacentes en la práctica sexual extramarital, sobre todo porque cuando es la mujer quien se involucra, la infidelidad adquiere el sentido de traición. Esta percepción no sólo rige la significación de la sexualidad extramarital, sino que implica la legitimación de la violencia sexual y sim-

bólica hacia las esposas, ya que ninguno de los informantes dijo estar en condiciones de perdonar o aceptar la infidelidad de su mujer. De hecho, los siete varones manifestaron abiertamente que la infidelidad de su mujer derivaría en una separación temporal y que las implicaciones paulatinamente darían lugar a una ruptura definitiva.

En la medida en que se fue hablando del tema, uno de ellos me dijo que su esposa le había sido infiel alguna vez. Me explicó que había tolerado tal infidelidad, pero al escuchar el contexto en el que había ocurrido me di cuenta de que no se trataba propiamente de la misma forma en que este informante ha ejercido su infidelidad: "Mi esposa también ha tenido relaciones paralelas, pasó antes de que viviéramos juntos. Porque cuando empezó a andar conmigo andaba con otro, entonces para mí ya era una relación paralela" (antropólogo, 39 años).

Este testimonio expresa la necesidad que tiene el informante de atribuir a la pareja una explicación de su conducta infiel. Es casi un ejercicio evaluativo con el que se busca rastrear en el historial de la vida íntima de la esposa un motivo para legitimar la conducta en tanto hombre infiel.

Un aspecto que merece ser destacado es que para los varones entrevistados la infidelidad femenina representa un factor de rompimiento definitivo. Ninguno dijo estar dispuesto a establecer un diálogo en el caso de que su esposa fuera infiel. Incluso algunos encontraron en los hijos un recurso para castigar y penalizar tal infidelidad: "Le quitaría todo y trataría por todos los medios de que mis hijos no volvieran a saber de ella" (filósofo, 46 años).

Al hablar de la posibilidad de que sus mujeres les fueran infieles, los informantes se mostraron agresivos. Cinco de ellos levantaron la voz durante esta parte de la entrevista y fueron incapaces de mantenerse sentados; en algunos casos optaron por fumar. Esto puede estar relacionado con la existencia de conflictos en sus relaciones conyugales y en su vida sexual. Sin embargo condujo a la mayoría de ellos a reconocer el miedo a perder su vida familiar: "Para mí sería un golpe muy fuerte, no podría resistirlo porque implicaría perderlo todo, a mis hijos, la casa; sería como tener que empezar de cero" (filósofo, 40 años).

Si bien la infidelidad de la mujer aparece en el universo simbólico de los informantes como un hecho que afecta el honor, el miedo a la soledad que produce la separación conyugal es un factor que parece influir en la decisión de uno de los informantes: "A estas alturas la infidelidad de mi mujer sería algo inconcebible, pero quizás la soledad me obligaría a tratar de no romper, a aceptarlo con serenidad" (historiador, 55 años).

*El silencio como factor de riesgo*

En este apartado se describen los mundos de sentido y significado construidos en torno del riesgo del VIH y algunas ETS, de cara a una sociedad donde la infidelidad no sólo es ilícita moralmente, sino que tiene implicaciones de carácter legal y que precisamente en función de esta condición, se practica de manera furtiva y clandestina. El propósito de este apartado es describir los procesos sociales que ligados al claudestinaje de la vida sexual extramarital masculina, dan lugar a formas de silencio que pueden estar poniendo en riesgo de infección en cadena a las parejas sexuales y conyugales de los informantes.

El riesgo de infección en cadena de VIH y otras ETS está relacionado con los silencios derivados de la práctica sexual extramarital. Los relatos muestran la dificultad que implica para los informantes el hablar abiertamente con sus esposas sobre la infidelidad y el riesgo de infección de VIH o ETS. Esto resulta especialmente complejo, pues los hombres entrevistados se mostraron evasivos cuando se les preguntaba sobre el uso de condón en ámbitos extramaritales:

Mira, la verdad es que a mi esposa no puedo llegarle pidiendo que usemos condón; no es así, simplemente porque se daría cuenta de que estoy saliendo con alguien. El condón es para usarlo con otra persona. En todo caso uno busca la forma de no correr riesgos aunque no siempre es posible evitarlos; la verdad nunca he estado en situaciones así pero sé que me puede ocurrir, entonces sí estaría en problemas porque lo más seguro es que trataría de evitar el contacto sexual con mi esposa pero pues tarde o temprano pasaría (sociólogo 36 años).

Al hablar con los entrevistados sobre los riesgos para la salud reproductiva, la infidelidad fue asociada con la posibilidad de embarazos no deseados. Ninguno de los entrevistados mencionó el riesgo de una infección de VIH o alguna otra ETS. Al contrario, la mayoría dijo que sus relaciones extramaritales eran seguras, y al mencionar el tema de los métodos empleados para evitar embarazos dijeron que no confiaban en las precauciones tomadas por la compañera, por lo que todos identificaron al condón como un recurso a su alcance para evitar problemas de hijos nacidos fuera de su vida matrimonial.

Pero en la medida en que la entrevista fue permitiendo hablar de la vida sexual extramarital se pudo ver que no siempre usan el condón. En todo caso, la idea de seguridad está ligada a la baja probabilidad de embarazo, por lo

que los encuentros sexuales fuera del matrimonio no siempre implicaron el uso del condón. Dos informantes incluso mencionan relaciones sexuales sin protección y desde entonces viven con la incertidumbre de haber entrado en contacto con el VIH u otra ETS:

[...] he usado el condón siempre que voy con ella, pero me acuerdo de una vez en que no usamos nada. Cuando me pongo a pensar en esas pocas veces termino imaginando lo peor (antropólogo, 39 años).

Bueno la verdad es que no lo he usado siempre, por la simple razón de que no siempre se puede usar. No siempre vas a estar listo para el encuentro, si la chava tira la onda pues le entro. La verdad es que son pocas veces las que no he usado condón pero por lo general, siempre lo he usado. Puedo decirte que tengo la costumbre de usarlo (sociólogo, 36 años).

Las entrevistas revelan la existencia de hábitos sexuales extraconyugales que no parecen estar marcados por la planeación ni por una racionalidad preventiva en materia de salud sexual con otras mujeres. No hay una preocupación por el autocuidado ni por el cuidado de sus parejas sexuales extramaritales. Ninguno de los informantes refirió que en alguna ocasión hubiera tenido que negociar el uso condón con sus compañeras extramaritales como consecuencia de una preocupación sobre el estado de salud sexual antes del contacto.

Entre los informantes las relaciones extramaritales protegidas no siempre se suceden como consecuencia de la reflexión preventiva sobre ETS; es decir, no siempre hubo reflexión masculina para usar deliberadamente el condón con fines de prevención de VIH o ETS. El uso de condón obedece más al anhelo de evitarse un embarazo que a eliminar el riesgo que implica la probabilidad de saber que se está teniendo relación con una persona infectada de VIH o alguna otra ETS. Un aspecto revelador de las condiciones de riesgo de infección en cadena está relacionado con el desconocimiento de su propio estado de salud sexual. Cuando se tocó el tema del examen de sangre para determinar su condición serológica frente al VIH, la mayoría expresó abiertamente la inquietud por hacerse una prueba de sangre:

No, nunca he tenido necesidad de hacerme la prueba, uno sabe cuando las cosas están mal. Yo hasta ahora estoy bien y pues sí, la verdad es que a veces sí me surge la inquietud (antropólogo, 39 años).

Me he hecho la prueba del sida en dos ocasiones, cuando conocí a mi esposa y después, cuando quería tramitar una beca para París. Nunca más; ahora no sé si sería buena idea, pero sí creo que es importante, uno siempre se queda con el gusanito (filósofo, 40 años).

Hace un mes fue hospitalizada mi mamá y no pude donar sangre porque realmente no sé qué pueda salir en el examen de anticuerpos. Mi esposa nunca entendió por qué me negué a ser donador, pero mi hermano se dio cuenta y me lo dijo. La verdad sí, estoy un poco preocupado (filósofo, 46 años).

Nunca me he hecho la prueba del sida, siempre le queda la duda a uno. Me la voy a hacer más adelante, quizá cuando me haga un chequeo general y me pidan estudios de sangre entonces sí, voy a ver, pero yo creo que todo está bien (historiador, 55 años).

Los testimonios revelan que en el momento de relacionarse sexualmente sin condón con otras parejas los informantes no conocían su estado de salud en relación con el VIH y otras ETS. Además, la etnografía sugiere que los varones entrevistados no toman en cuenta la condición de salud sexual de sus esposas ni la de sus compañeras, al punto de que una infección en cadena es un riesgo factible y directamente ligado a las consecuencias legales y morales de la vida sexual extramarital misma.

#### CONCLUSIONES

Esta investigación da cuenta de la vida extramarital de siete hombres con orientaciones profesionales en ciencias sociales. La vida conyugal de los informantes se da en contextos familiares donde la participación laboral de la mujer es producto de la elección femenina que como han planteado García y De Oliveira (1994), expresa una postura frente a la vida y una forma de mirarse a sí mismas en un lugar "empoderado" ante el mundo (Thompson, 1977). Esta situación refleja el perfil antropológico y demográfico más significativo del universo aquí explorado, pues se eligieron hogares con estilos de vida basados en jefaturas familiares compartidas como resultado de la participación económica de la mujer. Además, se escogieron familias en las que el nivel más bajo de escolaridad en ambos cónyuges corresponde a maestría, y con ocupaciones ligadas a las ciencias sociales o las humanidades.

Se tomó la edad de los hijos mayores como indicador del ciclo familiar porque permite ubicar gran parte de las cargas que caracterizan al trabajo doméstico, por lo que se seleccionó la fase de expansión, en donde todos los hijos tienen siete años o menos. En este ciclo de vida las parejas conyugales se ven inmersas en dinámicas que demandan la participación de ambos cónyuges, quizá de manera diferencial, en términos de gestión, suministro y optimización de recursos, por lo que la jefatura familiar como espacio de decisión compartido representó un ámbito muy sugerente para los objetivos explorados.

Como fenómeno cultural, la infidelidad es una forma de comportamiento sexual cruzada por normas de género; por tanto ocurre como una conducta sexual con fuertes cargas de desigualdad social. Esto se refleja, por ejemplo, en el grado de discreción que acata el infiel según su condición sexual, al punto de que el juicio social que cae sobre una infidelidad femenina es más severo que el que recibe un hombre.

Quizá la problemática más grave de la relación que existe entre el género y la infidelidad se relacione con el hecho de que expresa un orden profundamente asimétrico, sobre todo en el plano de la sanción moral. Sin embargo, precisamente las implicaciones jurídicas del adulterio dificultaron su estudio etnográfico. Esto se vio reflejado en las entrevistas, pues inicialmente los informantes creían que serían cuestionados sobre sus prácticas sexuales extramaritales.

Pese a estos obstáculos, la etnografía indica que la infidelidad se practica en medio de una doble moral que la considera una forma incuestionable para la vida sexual masculina porque refuerza algunos estereotipos sexuales de su identidad; sobre todo porque es vista como una expresión de virilidad; pero cuando se trata de infidelidades femeninas se carga de valor simbólico negativo y se vive como una suerte de deshonor y estigma familiar.

Sin embargo para algunos informantes ser infiel es una experiencia que no sólo conlleva cargas de reivindicación masculina, además implica principios de erotismo porque se llega incluso a reconocer como un contexto de encuentro sexual centrado exclusivamente en el placer sensual. Por tanto, se trata de una práctica ajena a los valores propios de una sexualidad monogámica y reproductiva.

En otros casos se experimenta como una forma de sanción conyugal porque se da en momentos en que algunos conflictos conyugales no se resolvieron o porque los informantes no están plenamente de acuerdo con el hecho de vivir en un ambiente conyugal donde la jefatura familiar es compartida.

Fue común escuchar representaciones sociales que asocian la infidelidad con el engaño, con traición o con falta de honestidad. Pero más allá de estos planteamientos de orden moral, lo que preocupa a los informantes es que este fenómeno se presenta en el marco de un orden jurídico, y por tanto temen al hecho de haber trasgredido un orden conyugal monogámico. La ruptura con este orden jurídico los hace entrar en conflicto, pues reconocen que sus compañeras no sólo tienen posibilidades para también ser infieles, sino incluso para exigir legalmente la separación con implicaciones de fracturas patrimoniales.

Probablemente por eso la mayoría dijo que la infidelidad no debe ser confesada ni reconocida; incluso es preciso negarla aun cuando haya evidencia concreta que la demuestre. Esto responde a la idea de que la infidelidad es un acto que nunca perdona la mujer y que además puede tener repercusiones legales y económicas que afecten los bienes patrimoniales e inmuebles al momento de una separación. Pero el punto más complejo de la infidelidad, en tanto mecanismo de infección, es que en la relación extramatrimonial el condón no siempre está presente. Se crea así un contexto de vulnerabilidad, que al envolver a los informantes en dilemas legales y patrimoniales atribuibles al riesgo de divorcio, los obliga a negar la existencia de una vida sexual extramarital en condiciones de riesgo para la salud.

Se pudo observar que existen contratos conyugales con los que se busca crear cierta complicidad que aleje a la pareja de un posible escenario de infidelidad. Se trata de pactos de tipo moral cuyo fin es creer en la lealtad y honestidad conyugales. En el marco de este proceso se encontró que algunos informantes se preocupan por apegarse a la fidelidad como un ideal de felicidad conyugal, pero al mismo tiempo se niegan a reconocerse como hombres infieles, aun después de haber relatado experiencias extramaritales sin protección.

Otros informantes perciben las relaciones extraconyugales como parte de la vida sexual misma. Por tanto, las asumen como formas de interacción cotidiana y las aceptan con menos contradicciones. Es entre estos testimonios donde se descubrió la necesidad de practicar una vida sexual extramarital discreta y cautelosa, siempre negando esta realidad frente a la esposa, puesto que no se tolera la infidelidad de ellas.

El punto en que parece coincidir la mayoría de los informantes es que la vida sexual fuera del matrimonio es objeto de perdón si son ellos quienes la ejercen, pero es motivo de separación cuando son las mujeres quienes la viven. Esto pone de manifiesto que en el marco del universo de informantes aquí presentado las relaciones extraconyugales existen en casi todos los ca-

sos. La valoración que se tiene de ellas se nutre de la cultura de género, de tal manera que la propia masculinidad como identidad culturalmente construida de acuerdo con el modelo hegemónico es un factor que no sólo condiciona la postura de los hombres entrevistados frente a la posibilidad de ser infieles, sino incluso condiciona una respuesta de intolerancia frente a la infidelidad femenina.

Al hablar de la infidelidad femenina los informantes dijeron que sería motivo para separarse de sus esposas y mencionaron el despojo de los hijos y de los bienes patrimoniales como recursos para imponer una suerte de castigo a la mujer.

Uno de los rasgos más complejos de la prohibición moral de la infidelidad, según el estudio, es que implica prácticas de ocultamiento alrededor de su ejercicio, y si bien aparece como una condición determinante de identificación masculina, los testimonios revelan que no es vista tanto como una posibilidad de riesgo para la salud, sino como asunto de desobediencia moral que tiene que ser sistemáticamente negado debido a sus implicaciones en los marcos legal y conyugal.<sup>6</sup> En este sentido la infidelidad se plantea como un factor que está poniendo en riesgo la salud reproductiva y no como una práctica de riesgo.

Aunque la infidelidad en sí misma no implica una forma de riesgo para la salud, la exploración indica que se da en medio de un entorno en donde la práctica sexual sin condón es bastante común. Esta dinámica está ocurriendo en coyunturas epidémicas caracterizadas por enfermedades de transmisión sexual. En México, por ejemplo, las tasas de prevalencia e incidencia del virus de papiloma humano permiten explicar por qué el cáncer cervicouterino se presenta como una de las primeras causas de muerte entre las mujeres en edad reproductiva (Alonso y Lazcano, 2000). Por eso, el estudio permite sugerir que más que un dilema moral, la infidelidad es un proceso social con repercusiones en el ámbito de la salud pública; sobre todo si se toma en cuenta el hecho de que en esta investigación los entrevistados reconocieron sus prácticas sexuales sin condón.

La infidelidad, tal como está siendo experimentada por los varones que participaron en este estudio, ocurre en contextos estructurados y normados por códigos de género. Se trata pues de una práctica cultural cuyas im-

<sup>6</sup> Un estudio reciente (Hirsch *et al.*, 2002) sugiere que la infidelidad puede dar lugar a problemas de violencia conyugal debido a la dificultad de las mujeres para negociar con sus maridos prácticas sexuales protegidas cuando se enteran de que éstos han tenido relaciones sexuales fuera de la vida conyugal.

plicaciones legales no siempre se aplican, y lo que parece regir es el orden de la doble moral que la considera tolerable en el varón pero signo de ruptura conyugal cuando la practica la mujer. Dado el potencial riesgo de separación que implica el reconocimiento de la existencia de una vida sexual extramarital, el fenómeno puede generar silencios conyugales. Sin embargo se presenta sistemáticamente, al punto en que da lugar a la producción de redes de intercambio sexual, que al volverse más o menos estables propician ámbitos de riesgo para la salud sexual, puesto que se trata de relaciones sexuales sin protección. Este escenario rebasa los umbrales de la elección de la mujer que desempeña el rol de esposa, por lo que el fenómeno la coloca en una situación de vulnerabilidad sumamente compleja.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Félix (1992), "Hogares más pobres con jefaturas femeninas", *Demos. Carta demográfica sobre México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 5, pp. 30-31.
- Alonso, Patricia y Eduardo Lazcano (2000), "Detección de cáncer de cuello uterino en siete países latinoamericanos. Mecanismos de control", en Patricia Alonso, Eduardo Lazcano y Mauricio Hernández, *Cáncer cérvico-couterino. Diagnóstico, prevención y control*, México, Editorial Médica Panamericana-Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto Nacional de Salud Pública, pp. 211-220.
- Arias, Rosario y Marisela Rodríguez (1998), "A puro valor mexicano. Connotaciones del uso del condón en hombres de la clase media de la ciudad de México", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción: Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, El Colegio de México, pp. 319-339.
- Amsden, Alice (1980), *The Economics of Women and Work*, Londres, Penguin Books.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán (1992), *Las encrucijadas de clase y género*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1989), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Castro, Roberto (2000), *La vida en la adversidad: el significado de la salud y la reproducción en la pobreza*, Cuernavaca, Centro Regional de Investiga-

- ciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cervera Flores, Miguel (1994), "La fecundidad en 1993", en *Demos. Carta demográfica sobre México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 7-8.
- De Oliveira, Orlandina (1989), "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica", en Alice Cooper *et al.*, *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Editorial Porrúa, vol. 1, pp. 29-66.
- \_\_\_\_\_ (1994), "Cambios en la vida familiar", *Demos. Carta demográfica sobre México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 35-36.
- \_\_\_\_\_ y Brígida García (1994), "Cambios en la fuerza de trabajo industrial: México 1986-1992", ponencia presentada en Bielefeld, Alemania, Congreso Mundial de Sociología.
- Espinosa, Guadalupe (1994), "Mujer y trabajo. Panorama en América Latina 1960-1990", *Demos. Carta demográfica sobre México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 33-34.
- García, Brígida (1992), "El nuevo perfil del mercado de trabajo femenino: 1976-1987", en María Luisa Tarrés (comp.), *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa*, México, El Colegio de México, pp. 157-171.
- \_\_\_\_\_ (1994), "Ocupación y condiciones de trabajo", *Demos. Carta demográfica sobre México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 31-32.
- \_\_\_\_\_ y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- Geertz, Clifford (1992), *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Giddens, Anthony (1992), *The Transformation of Intimacy. Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies*, Stanford, Stanford University.
- González Casanova, Pablo (1980), *Las clases medias en México*, México, Nuestro Tiempo.
- Hernández Rosete, Daniel (1996), "Género y roles familiares: la voz de los hombres", tesis de maestría en antropología social, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Hirsch, Jennifer, Jennifer Higgins, Margaret Bentley y Constance Nathanson (2002), "The Social Constructions of Sexuality: Marital Infidelity and

- Sexually Transmitted Disease-HIV Risk in a Mexican Migrant Community", *American Journal of Public Health*, vol. 92, núm. 8, pp. 127-1237.
- Lerner, Susana (ed.) (1998), *Varones, sexualidad y reproducción: diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, El Colegio de México.
- Loeza, Soledad (1990), "Clases medias y política en México", en Soledad Loeza y Claudio Stern (coords.), *Las clases medias en la coyuntura actual*, México, El Colegio de México.
- Mummert, Gail (1993), "Cambios en la formación de las familias de Occidente", *Demos. Carta demográfica sobre México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 23-24.
- Parsons, Talcott (1978), "La familia y la sociedad", en Erich Fromm *et al.*, *La familia*, Barcelona, Península, pp. 101-110.
- Rendón, Teresa y Carlos Salas (1993), "El empleo en México en los ochenta. Tendencias y cambios", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 8, pp. 717-730, agosto, México.
- Salles, Vania y Rodolfo Tuirán (1996), "Cambios demográficos y socioculturales y democratización de la vida familiar en México", México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, mimeo.
- Seidler, Víctor (2000), *La sinrazón masculina: masculinidad y teoría social*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Nacional Autónoma de México-Paidós.
- Stern, Claudio (1990), "Notas para la delimitación de las clases medias en México", en Soledad Loeza y Claudio Stern (coords.), *Las clases medias en la coyuntura actual*, México, El Colegio de México, pp. 19-27.
- Tuirán, Rodolfo (1993), "Estructura familiar: continuidad y cambio", *Demos. Carta demográfica sobre México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 20-22.
- Taylor, Steven y Robert Bogdan (1990), *Introducción a los métodos cualitativos en investigación*, Buenos Aires, Paidós.
- Thompson, Edward (1977), *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*, Londres, New Society.
- Thompson, John (1998), *Ideología y cultura moderna*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.



# EXPERIENCIA Y VALORACIÓN DE LA PATERNIDAD EN ALGUNOS HOMBRES DE LOS SECTORES MEDIOS Y ALTOS DE LA CIUDAD DE MÉXICO

María Lucero Jiménez Guzmán<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

Tras la revisión de los estudios de varones que se vinculan con la construcción social de las masculinidades en temas relativos a la sexualidad, la reproducción y la paternidad, básicamente en el contexto mexicano y latinoamericano (Jiménez, 2003), realicé una investigación cuya parte fundamental fueron las entrevistas a algunos hombres de la ciudad de México encaminadas a documentar y difundir ciertos elementos y procesos de la construcción de sujetos masculinos (en términos de pertenencia a un género) en relación con su comportamiento reproductivo y su paternidad, a partir de sus prácticas, vivencias y expectativas, y las relaciones que establecen con las mujeres. Son éstos los principales ejes temáticos del presente artículo.

Respecto al comportamiento reproductivo me pareció importante seleccionar y presentar algunos testimonios de los sujetos entrevistados relativos a su involucramiento en la planificación familiar, así como sus discursos acerca de sus experiencias ante los embarazos que ellos mismos consideraron no deseados o no planificados. Retomé también algunas de sus voces respecto al aborto.

En este artículo no me será posible extenderme en los planteamientos que motivaron mi investigación, tales como la crítica a la reproducción de los estereotipos difundidos por las políticas y los programas públicos, que en los hechos fomentan la creencia extendida socialmente de que “quien se reproduce es la mujer”, que se manifiesta en que hacia ella se dirigen las campañas y programas para el uso de los métodos anticonceptivos, en que ha sido el destino principal de las políticas y, por tanto, también es evaluada en cuanto

<sup>1</sup> Investigadora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México.

al cumplimiento de las metas demográficas (Figuroa, 1998). Ha sido común que a ella se le entrevistase, pues suele afirmarse: "Ellos no saben ni cuántos hijos tienen o han tenido." Es de destacar sin embargo que estas concepciones están modificándose, al menos en el terreno de la investigación (Figuroa y Rojas, 2000).

Considero que lo más importante de las investigaciones que como ésta intentan documentar experiencias en contextos específicos de nuestra realidad social es dar espacio a las voces de los entrevistados, de ahí que ocupen la mayor parte de este artículo.

#### LA METODOLOGÍA: ALGUNOS ELEMENTOS

En la investigación que llevé a cabo opté por la metodología cualitativa en virtud de los objetivos que perseguía. Se trata de una investigación de carácter exploratorio que no pretende establecer generalizaciones, sino documentar y entender las actitudes, los comportamientos y la manera en que aprecian los actores entrevistados sus experiencias y decisiones en los temas expuestos (Castro, 1996; Pries, 1996; Denzin, 2000). Opté por utilizar la técnica de relatos de vida porque me pareció muy útil para establecer contacto, ilustrar, formular hipótesis e incluso obtener visiones sistemáticas referidas a determinado grupo social. Hay abundante literatura que demuestra que esta técnica es muy pertinente para analizar los procesos de desajuste y crisis, y las modificaciones significativas del comportamiento (Pujadas, 1992).

Pude así realizar entrevistas semiestructuradas en las que no existía límite de tiempo y mediante las cuales los sujetos pudieron reflexionar y expresarse con libertad acerca de los temas que les fui planteando a lo largo de la sesión.

Resultó central en mis objetivos documentar las resistencias y transgresiones a las normatividades e instituciones, así como los cuestionamientos, las rupturas y también los malestares que suelen experimentar los varones en sus relaciones de pareja, en sus prácticas sexuales y reproductivas, y en el ejercicio de su paternidad, y que fueron capaces de reconocer y expresar durante la entrevista.

Llevé a cabo el estudio en 1999, con entrevistas a varones de distintas edades (el mayor tenía 62 y el menor 31 años), pues consideré que la pertenencia a una generación influye en las percepciones y comportamientos de los entrevistados en cuanto a la temática de esta investigación, ya que han emer-

gido nuevas formas de socialización en las generaciones recientes (un recuento de sus características puede verse en el cuadro 1).

Partí además de la idea de que la masculinidad de los sujetos va transformándose, y algunos momentos de sus vidas son puntos de ruptura con ciertas normatividades. La biografía es un proceso que se va construyendo a lo largo de la vida, y en la investigación traté de documentar hechos que los entrevistados consideran cruciales. Se trató de recuperar esos momentos, experiencias y circunstancias en su biografía, para incorporarlos en este artículo.

La ubicación socioeconómica y cultural de estos varones corresponde a los sectores medio y alto, con alto grado de escolaridad y actividades laborales consideradas de tipo intelectual, no manual; dedicados a diversas actividades y con historias de vida muy distintas. A pesar de que pertenecen a lo que actualmente se puede considerar sector medio de la sociedad, dado su ingreso económico y su nivel de vida, hay heterogeneidad respecto a sus familias de origen y a su procedencia.

Traté de encontrar casos que abarcaran cierta diversidad en cuanto a familia de origen y tipo de profesión, con diferentes historias en su forma de vincularse en pareja (matrimonial y no matrimonial). Se trata de personas que tienen distintas concepciones respecto a la religión, a pesar de que sus orígenes familiares pueden considerarse similares en este aspecto. Unos han vivido fuera de México; algunos tienen padres mexicanos y otros extranjeros. Hay quienes provienen de familias que mantuvieron el vínculo matrimonial entre los padres y otros son hijos de padres que se divorciaron o separaron en distintas etapas de la vida de los entrevistados. Unos cuantos tuvieron hermanas, otros solamente hermanos varones, y otros son hijos únicos. Algunos fueron criados por sus madres, otros por su padre y madre, unos cuantos por otros miembros de su familia. Algunos pertenecen a familias en que la madre trabaja fuera del hogar, otros donde la madre ha sido exclusivamente ama de casa. En algunos casos fue importante la presencia del padre, e incluso la educación del entrevistado estuvo a cargo únicamente de él, en otros estuvo ausente.

Todos los entrevistados comparten la característica de que se han reproducido y tienen distintas experiencias en cuanto a las condiciones de su paternidad y el ejercicio de la misma; son muy variadas también en cuanto al número de uniones o matrimonios y relaciones de pareja, con concepciones diversas respecto a la pareja, la sexualidad y la reproducción.

Hay heterogeneidad en la ocupación de los entrevistados. En algunos casos se trata de empresarios, dueños de sus empresas; en otros, son funcio-

Cuadro 1  
Características generales de los sujetos entrevistados

<i>Edad</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Tipo escuela</i>	<i>Profesión</i>	<i>Trabajo actual</i>	<i>Procedencia familiar</i>	<i>Hermanos o hermanas</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Hijos e hijas</i>
62	Licenciatura	Pública	Ingeniero químico	Académico	Provincia	Ambos	Dos matrimonios, una unión libre	Dos hijos, tres hijas
34	Licenciatura	Privada	Administración	Empresario	D.F.	Ambos	Matrimonio	Un hijo
38	Licenciatura	Privada	Relaciones industriales	Funcionario académico	D.F.	Hermano	Matrimonio	Un hijo
46	Licenciatura	Privada	Derecho	Diplomático	D.F.	Hermanas	Matrimonio	Dos hijos
45	Licenciatura	Pública	Economía	Funcionario público	Padre extranjero	Hermanos	Matrimonio	Dos hijos
49	Licenciatura	Privada	Ingeniero	Empresario	Padre extranjero	Hermanos	Tres matrimonios una unión libre	Dos hijos, Dos hijas
48	Licenciatura	Pública	Letras y cine	Director de teatro	D.F.	Ambos	Matrimonio	Una hija
31	Licenciatura	Privada	Administración turística	Mercadotecnia	Padre extranjero	Hermanos	Unión libre	Un hijo
56	Doctorado	Extranjera	Sociología	Académico	Padre extranjero	Hermano	Dos uniones libres	Una hija
49	Maestría	Pública	Antropología	Funcionario académico	Provincia	No tiene	Dos uniones libres	Un hijo, Una hija

narios públicos de diversas jerarquías e ingresos, y algunos realizan trabajos de carácter académico en la docencia y la investigación. Las universidades de las que provienen también son diversas; algunas privadas, otras públicas. Las profesiones de las que provienen también varían, aunque son básicamente ciencias sociales, humanidades y áreas de carácter administrativo; asimismo están representadas las ingenierías. La característica que los une es que todos son padres y todos se declaran heterosexuales.

#### LAS VOCES DE LOS VARONES

##### *Relatos sobre su reproducción*

En las narraciones acerca de la reproducción de los sujetos que entrevisté pude encontrar coincidencias y algunas divergencias; incluso encontré cambios significativos en la apreciación del entrevistado dependiendo de la etapa del ciclo de vida en que se reprodujo y también en función de la construcción de cada una de las parejas con las que ha procreado.

De mi primera relación recuerdo que mis dos primeros hijos fueron muy deseados. Mi primera hija es mujer y eso era muy deseado por mí. El segundo hijo también fue deseado y planeado, no así el tercero que llegó un poco inesperado. Yo planeaba irme solo a Francia y salió embarazada mi mujer (varón 1-62 años).

Es interesante el término "salió", sobre todo porque se trata de un sujeto que dejó la planificación familiar en manos de sus parejas, al menos en una larga etapa de su vida reproductiva.

Con mi segunda mujer no se planearon los hijos; yo no había pensado en eso porque ya tenía mis propios hijos, pero eso es algo que no se le puede negar a nadie. En mi primera relación no sólo sentía la necesidad de reproducirme, sino el gusto de hacerlo. En la segunda, más bien tuve que aceptar mi responsabilidad. Lo hice por complacerla a ella y por cumplir una especie de deber de pareja. Hay que compartir el espacio. Tuve enorme conflicto personal, pues pensé que mis primeros hijos se sentirían desplazados, pero lo asumí y a la larga se tratan como verdaderos hermanos (académico, 62 años).

El entrevistado le atribuye todo el derecho de procrear a las mujeres, al punto de que manifestó:

La mujer tiene el derecho de embarazarse, aun sin el consentimiento de su compañero; lo que no se vale luego es cargarle la responsabilidad, pero aun así ella está en todo su derecho. Lo que no se vale es engañar a otro, tener un hijo como forma de chantajear al otro, pero si es un deseo real de ella, nadie puede quitarle ese derecho (académico, 62 años).

En las entrevistas aparecen muy diversas situaciones: en algunos casos los hijos e hijas fueron deseados y planeados en pareja; en otros llegaron por accidente, y en otros más nacieron a pesar de la oposición expresa el varón. De acuerdo con los testimonios de los entrevistados puede afirmarse que existen muy diversas concepciones, experiencias y expectativas en cuanto a su reproducción y respecto a su significado como parte del proyecto de vida personal y de pareja. Al parecer, independientemente del deseo de reproducirse, una vez que nacen los hijos ellos se involucran emocionalmente a fondo y asumen diversos grados de responsabilidad y compromiso; al menos en estas entrevistas, en ningún caso les ha sido indiferente. Incluso en el discurso la presencia de los hijos es factor de permanencia en la pareja, aunque eventualmente se separen, lo cual implica en muchos casos una importante trasgresión de las normas esenciales de sus familias de origen, según narraron varios de los entrevistados. El caso extremo en relación con el deseo de tener hijos es el de un informante, para el cual:

[...] tener hijos representó el centro de toda mi vida. Planeé todos mis proyectos en función de ser padre. Curiosamente me casé con una mujer que deseaba tener un buen matrimonio pero no tener hijos. Yo presioné de forma radical y absoluta sobre ella y después de ocho años de matrimonio tuvimos el primer hijo; tres años después a una hija. A partir de entonces mi relación con mi esposa se fue deteriorando al punto de que estamos por separarnos. Yo he vivido la manera que ella tiene de ser madre como algo pésimo, es violenta de distintas formas. Es incomprensiva, e incluso irresponsable. Ésa es una parte que no puedo perdonarle. Siempre ha estado como de mal humor, como obligada (diplomático, 46 años).

Es interesante observar que para este varón la paternidad ha sido el centro de su vida. Lo vivió así desde niño. Creció creyendo que ese proceso era lo que le daría la verdadera hombría, pero también la verdadera felicidad. A pesar de que quiere mucho a su esposa, de alguna manera fue para él una

especie de vehículo para reproducirse. Por ello cuando ella se negó, según él a pesar de saber lo que él deseaba desde antes de casarse, él la amenazó con divorciarse. Ella cedió, pero según puede observarse no cambió su deseo profundo y no pudo asumir su maternidad de manera positiva. Según la narración del informante, que centra su relación en sus hijos, él se puso en el plan de "estar al lado de mis hijos aun en contra de ella, o más bien defendiéndolos de ella, de sus malos humores y frustraciones" (varón 4-46 años).

En otros dos casos los varones informantes planearon su paternidad junto con sus parejas, luego de establecer una relación estable. Se trata de niños que fueron plenamente deseados y planeados por varones que participan activamente en la planificación familiar con las mujeres con quienes se han relacionado. Ellos piensan que la paternidad es parte esencial de su proyecto de vida, con independencia de la permanencia de la pareja, y han estado presentes y son afectuosos desde la crianza de los niños hasta su formación posterior. Vale la pena resaltar que en los dos casos los informantes nunca se han casado, sino que han establecido relaciones duraderas con las mujeres con quienes procrearon.

Es interesante apuntar que en la mayoría de las entrevistas pude captar que si bien manifiestan que desearon y planearon a sus hijos, la paternidad se dio como hecho "natural", más que como decisión razonada, y constituye para ellos parte del proceso de madurez del sujeto, que en el fondo desea trascender. En muchos casos dijeron que los hijos no pueden planearse tanto, porque no se tendrían; que si se razona mucho es mejor abstenerse, y que por eso en muchos países las personas ya no quieren procrear. La procreación es asumida como un paso necesario; se vislumbra como el siguiente escalón después de que una relación se estabiliza, y muchas veces como fuente de innovación en la pareja, como factor que favorece la continuación de la relación al darle sentido.

### *Significado, ejercicio y evaluación de la paternidad*

En general los entrevistados consideran que aun en el caso de evaluar su experiencia como hijos de manera positiva, están intentando o ya han intentado mejorar su ejercicio de la paternidad introduciendo elementos que tienen que ver, por ejemplo, con mayor respeto a la libertad y decisiones de los hijos, y en algunos casos con mayor presencia y afecto explícito, así como tiempo específico dedicado a su crianza. Para uno de los entrevistados:

[...] la relación con mis hijos es primitiva, en el sentido de ser tan natural el reflejo de mi propia existencia y de realización de muchos de mis sueños. Nos hemos cultivado mutuamente mis hijos y yo. Ellos reflejan muchas de mis inquietudes en sus quehaceres cotidianos. Yo me siento muy satisfecho por eso con ellos, porque soy como si yo fuera muchos. Con ellos tengo una relación de amistad, pero de recreación. Nos recreamos buscando libros, en la literatura compartida. Recreábamos el cine, platicando de eso. Tengo con mis hijos una relación, más que de dependencia o de relaciones morales en el sentido de deberes. Aunque reconozco que muy en el fondo de mí sí prevalece una concepción de la familia también basada en principios morales y en el sentido del deber. Para mí, la familia es un núcleo cerrado, de apoyo mutuo; es como tener personas muy cercanas que siempre están dispuestas a ayudar y a solidarizarse con los problemas o enfermedades que cada uno va enfrentando a lo largo de la vida. Esa misma visión la trasladé a la relación que tengo con mis hijos. Ellos saben, por ejemplo, que si alguien no tiene trabajo, ahí están los otros para ayudar; no hay que sufrir por el problema económico (académico, 62 años).

Visión interesante es la de la familia como lazo profundo de unión y solidaridad entre la gente, que da seguridad a sus integrantes y que no representa un problema de dependencia o de imposición o ejercicio de poder. Asimismo cabe subrayar la idea de la relación con los hijos como una recreación mutua, como placer compartido y no sólo como responsabilidad.

La paternidad también es vista como trascendencia, como manera de proyectarse, de ser "eterno":

Hay algo en ti que no es posible realizar por la finitud de la existencia, por lo limitado del tiempo en términos concretos y los sueños muchas veces se realizan a través de los hijos. Es una proyección hacia el futuro. Es casi de supervivencia de la especie. Los hijos dan placer que se incrementa aún más cuando ya tienen nietos y nietas. Me siento como un espejo que se rompió en mil pedazos y cada uno de ellos es parte de mi imagen (académico, 62 años).

En otro caso manifiesta que el hijo llegó como una necesidad:

Te casas y de repente coincides con tu esposa en que es momento de tener un hijo. Mi esposa trabaja y por eso yo esperé a que ella se decidiera por la maternidad. Es más un derecho de la mujer porque es su cuerpo. Si ella es la que va a padecer las vicisitudes y los cambios en su cuerpo, ella debe decidir el momento

en que está lista para vivir esa experiencia. No puedes acabar con tu vida profesional por tener un hijo, hay que esperar el momento adecuado sobre todo para la mujer (empresario, 34 años).

Se trata de un varón que acompañó a su esposa desde la decisión del embarazo hasta el parto. Tomaron las decisiones conjuntamente y él se involucró profundamente en este proceso de relación con su esposa y su hijo.

En los testimonios, los entrevistados externan comparaciones entre el padre que dicen haber tenido y el que desean ser. Así, uno de los sujetos define su paternidad en contraste con lo que vivió:

No quisiera repetir la manera de ser de mi padre con mi hijo. Yo pretendo intervenir, estar presente tanto como pueda en la formación de mis hijos. Trataré de evitar cometer los mismos errores que creo que cometieron mis padres. No quiero que se dé una brecha entre hombres y mujeres, en todos los sentidos. A mí no me importaría por ejemplo que mi hija fuera de vacaciones con su novio, pues yo lo hice con mi novia. Sin embargo, sí siento la obligación de dar a mis hijos e hijas un soporte ético, moral, físico, sexual, todo junto, para que sepan cómo enfrentar problemas y relaciones con los demás, que salgan sanitos de aquí y de todos lados (funcionario académico, 38 años).

En otro caso, al criticar la educación que él recibió, considera importante tener presente la sociedad en que vivimos:

No pretendo repetir la autoridad que viví con mi padre, pero sí establecer límites, porque sé que mis hijos tienen que vivir en un país que tiene ciertas reglas, que hay normas que se deben cumplir para poder ser feliz. Jugar, dentro de ciertos límites. Trataré de enseñarles lo que es el país y sus reglas, su legislación, por ejemplo. Platico con mi esposa la manera de educar a los hijos e intentamos llegar a acuerdos (empresario, 34 años).

El entrevistado evaluó la paternidad como una gran experiencia e introdujo un tema muy interesante:

Yo me divierto mucho con mi hijo, la paso muy bien y me encanta cuidarlo. Nos repartimos el trabajo de crianza con mi esposa y muchas tardes yo cuido al bebé. No me pesa en absoluto. Tal vez porque añoré tener un papá junto a mí, tal vez por lo que viví, para no perderlo. La relación de pareja sí cambia. Estás

más cansado, tienes que buscar espacios por ejemplo para la sexualidad. Necesitas más precisión en tiempos. Pero el bebé no ha afectado negativamente mi relación, aunque hemos pasado por periodos de acomodo y de repente nos desesperamos. Existe a veces tensión y hasta pleito, a veces hay desacuerdos, pero nos arreglamos (empresario, 34 años).

Los elementos relativos a la negociación entre la pareja resultan en este caso relevantes. Al parecer, y en contraste con otros testimonios, este sujeto dice que mantener una relación tiene como fundamentos la comunicación y la negociación. Surgen aspectos relativos a la crianza del hijo y la manera de arreglar estas situaciones con la finalidad de preservar una relación de pareja sana, un poco al margen o además de la formación de la familia y la paternidad.

La experiencia vivida por estos entrevistados en cuanto a los cambios que dicen haber experimentado en su relación de pareja a partir de la presencia de los embarazos y el nacimiento de los hijos es muy variada. La manera en que las parejas, hombres y mujeres, asumen la reproducción tiene muchos matices. En algunas ocasiones la presencia de los nuevos seres consolida las relaciones; en otras constituye el punto de ruptura. En general puede decirse que es una prueba importante para la relación de pareja, y dependerá de ellos mismos, de sus expectativas, proyectos, acuerdos y conflictos, y de la manera en que éstos se enfrenten, el desenlace de la relación y la forma en que se vivirán la paternidad y la maternidad. Así por ejemplo, en algunos casos:

Mi relación no sentí que se afectara con el nacimiento de los hijos en ningún sentido. No participé directamente en la crianza inicial, sino hasta que la convivencia incluía platicar y jugar. He invertido gran cantidad de tiempo a mis hijos, pero reconozco que el mayor tiempo de mi vida lo he dedicado al trabajo. Siento cierta culpa por romper un matrimonio estable. A pesar de que estaba convencido de que debía romper, aún hoy me es difícil, pues fue como confrontar la moral en uso y además me preocupé muchísimo por el daño que podía causar a mis hijos (académico, 62 años).

El entrevistado narra experiencias interesantes relativas a sus relaciones con mujeres, en el sentido de que aun importándole mucho sus hijos, a veces por simple "calentura" hizo ciertos "papelones" delante de ellos, quienes no le dijeron nada, pero él sabía que le reprochaban su conducta.

Ahora, después de mucho tiempo, parece que tiene que resguardar su relación con los hijos por encima de todo, y así poder menguar aunque sea parcialmente una "culpa" que lo ha acompañado desde su primera separación. Al parecer los varones viven por encima de todo de acuerdo con sus propias necesidades, pero no todos ven sus acciones de manera cínica, ni a todos les resulta indiferente el dolor que causan a quienes los rodean. El informante siente cierta preocupación respecto al ejercicio de su paternidad:

Considero que enfrente el problema con mis hijos de falta de acercamiento en cuestiones profundas, afectivas, y eso me preocupa; es como si no se abrieran totalmente y eso me gustaría cambiarlo. Mis ex parejas no son obstáculo en mi relación con los hijos y nietos; al contrario, parece que fomentan la relación entre todos, sobre todo la primera, que sigue oficialmente siendo mi esposa (académico, 62 años).

En el siguiente testimonio es interesante resaltar la evaluación diferenciada que el sujeto hace entre el hijo y la hija y que parece comprobar que aun en varones con escolaridad alta y aún jóvenes prevalece una idea del mundo dividido de acuerdo con el género.

Yo vivo diferente el amor que tengo por el niño del que tengo por la niña. Ella no es una extensión de mí, el niño sí lo es. La miro como un sujeto que yo no conocía, en cambio el niño es una parte de mí. Pero ella me impresiona y la quiero mucho (funcionario, académico, 38 años).

En este testimonio se evidencia hasta qué punto la representación de lo "femenino" puede ser ajena a ciertos varones. El informante valora su paternidad como una gran responsabilidad. La división tradicional de tareas es para él una gran oportunidad de ser poderoso y de ejercer su autoridad sobre la esposa y los hijos e hijas, situación que lo reafirma. "En el terreno afectivo mis hijos me llenan totalmente. No obstante, la responsabilidad de la crianza recae totalmente en mi mujer, yo soy el proveedor único" (funcionario académico, 38 años).

Este hecho lo vive como positivo porque: "Me proporciona un enorme margen de libertad, en comparación con la que goza mi esposa".

Ser proveedor único, mantener a la mujer como ama de casa de tiempo completo es algo que el sujeto percibe como natural, que así debe ser, y

como el ejercicio de un derecho inherente a ser varón. De hecho lo ha internalizado como un privilegio de la "masculinidad", no tiene siquiera que ocultarlo, matizarlo o cuestionarlo.

Aparece en las entrevistas un caso en que el sujeto simplemente no podría concebir su existencia sin ser padre. Toda su vida, según narra, se centró en el proyecto de serlo; basó en esto su idea de la felicidad. Así, un elemento fundamental en su conflicto de pareja fue primero la presión que ejerció para que su esposa se embarazara, y posteriormente el ejercicio cotidiano de su paternidad, en función de lo cual la esposa llegó a aparecer como la rival de sus hijos, y ante los ojos de ella, según él, los hijos fueron los que los separaron.

Ser padre es lo más importante de mi vida. Mi máxima realización. Lo que siempre soñé. Mis hijos han sido el factor más importante de ruptura matrimonial, porque mi esposa no deseaba ser madre y yo la presioné para que lo fuera. Al parecer ella cedió para no perderme. Me metí tanto en la crianza que llegué a ser la burla de mis amigos, porque cambiaba pañales. Me decían que era un pésimo ejemplo (diplomático, 46 años).

La falta de comunicación con su padre, que afirma haber padecido, fue determinante en su decisión de mantener con sus hijos una comunicación plena y permanente: estar ahí cuando lo requieran dispuesto a escucharlos siempre. "Inclusive busqué trabajos en el extranjero para tener mucho tiempo libre para dedicar a mis hijos" (diplomático, 46 años).

La existencia de los hijos ha sido el factor que le ha impedido romper la pésima relación de pareja que ha mantenido durante muchos años, en función de que:

No me he divorciado durante muchos años por el miedo de dejar de ver a mis hijos y porque en el fondo no tengo ningún respeto ni confianza en ella en su papel de madre. Sin embargo la situación se ha deteriorado al punto de que he decidido la separación. Tengo esperanza en que tal vez ahora, cuando yo no esté presente, ella se convertirá en buena madre (diplomático, 46 años).

Aparecen varios elementos interesantes en la narración. Por una parte es evidente que el entrevistado ha construido dos bloques en el interior de su familia; en uno están él y sus hijos y en el otro ella, con su soledad y su coraje. A menudo él sale en defensa de sus hijos, la contradice y lógicamente los

niños viven en permanente confusión. El sujeto muestra cotidianamente que ella no funciona como madre y que él es un padre excelente. No obstante, está dispuesto a que los niños se queden con su mamá y él vivir en otro país. Según él, en este momento de su vida tiene que pensar en su desarrollo profesional, como si ya hubiese adquirido el derecho. Por la narración parece que siempre ha vivido en función de eso y de sus deseos, considerando muy poco los de su esposa. Ella lo ha acompañado, renunciado a sus proyectos personales, se ha embarazado sin desearlo y paga el precio de una pésima relación con sus hijos. Al parecer los niños fueron muy enfermizos y ella padeció una gran presión social para que se quedara a cuidarlos; luego decidió acompañar a su marido en el extranjero, donde ella no ha tenido posibilidad alguna de desarrollo personal. Se trata de un matrimonio que se mantiene a pesar de todos los conflictos, con las consecuencias nocivas que esta situación genera en la vida de los niños. “Ella rivaliza con sus propios hijos. Reconozco que le hice sentir que lo más importante para mí siempre han sido mis hijos. Yo fui como un refugio contra las agresiones que los niños recibían de su madre” (diplomático, 46 años).

Otro de los entrevistados aporta elementos interesantes para comprender cómo están viviendo su paternidad algunos varones:

Para mí la paternidad es algo fundamental en mi vida. Es un campo pleno de expresión de mi emotividad. Les dedico casi todo el tiempo libre. Para mí es un gusto ser padre. Como tenemos dos niños, entiendo que mis gustos y los de ellos son distintos que los de mi esposa, por eso cuando viajamos y para complacerla y que no se sienta sola invito a sobrinas, así ellas hacen lo que les gusta, como ir de compras. Para mí, satisfacer las necesidades o gustos de mis hijos es una enorme satisfacción. A mi esposa no le gusta, por ejemplo, compartir los deportes que mis hijos practican u otros en los que somos espectadores, prefiere hacer otras cosas. Para mí ser el proveedor único en mi casa es algo natural (funcionario público, 45 años).

En otro caso la paternidad se define básicamente en términos de responsabilidad:

Cuando te das cuenta, cuando estás consciente de que tú eres un punto de referencia de los más importantes para el ser humano que tú has procreado, hace que realmente te preocupes acerca de lo que tú vas a aportar en la vida de esas gentes, cuál es tu función y el peso de la responsabilidad en términos de la apor-

tación a la vida de esos niños, porque finalmente tú vas a dejar una participación, lo quieras o no, que será determinante para la buena o mala calidad de la vida de ellos (empresario, 49 años).

Es interesante que a pesar de que para este entrevistado la paternidad es realmente un goce cotidiano, cuando trata de definir qué representa para él su ejercicio, solamente se refiere a la responsabilidad. Parecería comprobarse que es efectivo el mandato social dirigido a los padres en el sentido de que tienen que ser sobre todo responsables. Quizá por ello el tema del disfrute no aparezca en sus discursos, al menos en una primera instancia. El entrevistado afirmó que considera que la pareja no tiene por qué modificarse con la presencia de los hijos, pero que en la realidad a veces cambia para mal por un problema de actitud. Al menos su experiencia así ha sido.

Cambia la dinámica de la pareja y la relación se ha vuelto menos placentera, menos agradable. Todo se vuelve convencional. Yo no soy partidario de tener ilusiones porque la ilusión es el camino a la desilusión, la ilusión es como la prima hermana de la ingenuidad, es como un invento. Por eso no es positiva, ni constituye un camino para formar pareja o relacionarse con los hijos, hay que ser realista (empresario, 49 años).

La vida y la paternidad son concebidas como peso, como responsabilidad, sin lugar a una vida distinta, con la renuncia incluso a la ilusión. En contraste, y podríamos decir que en el otro extremo, está el caso de un informante que no lo vive como responsabilidad, pese a tener una familia "constituida".

La paternidad me ha dado puras maravillas. Ver a mi hija como parte de mí me puede llenar todo. En el terreno afectivo es lo más importante de la vida. Para mí la paternidad no es una carga ni una responsabilidad. La existencia de mi hija unió más mi pareja. No enfrentamos ningún problema por la existencia de la niña, al contrario (director de teatro, 48 años).

En este caso es muy interesante que el entrevistado no viva su paternidad como responsabilidad, lo que deriva, según él narra, de que nunca se ha hecho responsable. Está convencido de que a su hija, aunque él no esté, no le faltará nada, pues su mamá se encargará de todo lo que necesite. Él no ha perdido su libertad ni movilidad geográfica por el hecho de estar casado o de

ser padre. Vive donde quiere. Está con ellas cuando quiere; tiene tantas relaciones sexuales con otras mujeres como quiere. Le agrada sobremanera el hecho de que “ella se ha hecho un mundo y yo otro mundo”. Esa idea del no sacrificio e independencia y libertad es para el entrevistado lo central en la vida, “el espacio para crear”. Él no asume a la familia como atadura, compromiso ni responsabilidad.

Un caso de paternidad planeada y deseada es el de un sujeto que narró lo siguiente:

Tuvimos una hija porque lo decidimos en pareja, después de varios años de vivir juntos. Mi pareja era una mujer que siempre ha priorizado su trabajo, que también pasó mucho tiempo en el extranjero. Era común que fuera yo quien estuviera encargado de cuidar de la niña, incluso durante varios meses en que pasábamos periodos en países distintos y yo cuidaba de la niña. Eso es para mí normal y muy disfrutable. Incluso creo que tengo mayor vocación que mi ex pareja para cuidar de los niños. Para mí es fundamental el desarrollo intelectual y profesional de mi hija. Yo creo que hombres y mujeres somos plenamente iguales, tenemos los mismos derechos y debemos gozar de las mismas oportunidades, por eso mi expectativa respecto a mi hija no tiene referencia exclusiva o específica hacia el matrimonio o que tenga hijos y más bien lo importante es que ella pueda tomar decisiones libremente y de manera responsable y elija el camino que para ella misma sea el mejor. Yo establecí desde la infancia de la niña una relación de amistad con ella que mantengo hasta la fecha. Incluso ella me llama por mi nombre a la vez que me dice papá (académico, 56 años).

En otro de los casos de paternidad planeada el entrevistado relata:

Mi paternidad fue perfectamente planeada. Tenía la profunda convicción de que tenía que hacerlo tan militantemente como escribía panfletos o volantes o repartía cosas por el estilo. Nos embarazamos cuando yo tenía 35 años, nunca antes había pensado en tener hijos pero me convencí posteriormente de que sí los deseaba. Cuando tuve mi primer hijo me dediqué de tiempo completo a la crianza del niño. Con mi hija participé también mucho pero un poco menos por circunstancias laborales que me lo impidieron. Para mí, la paternidad significa una realidad muy compleja y contradictoria. Te da muchas satisfacciones, en el plano más humano es un repaso de tu propia vida, te hace regresar a cómo creciste y retratar los diferentes aspectos que en tu desarrollo fueron apareciendo; es como vivir tus temores, tu infancia, tus dificultades, tus aciertos, lo vas

contrastando permanentemente con las experiencias que tus hijos van teniendo. No hay en vida nada que se pueda parecer a esa posibilidad de recuperarte a ti mismo a través de la experiencia de tus hijos. Pero también genera dificultades, la pareja cambia, hay que readaptarse. Te separa en ámbitos diferentes de desenvolvimiento, establece distancias, pero eso sucede sobre todo si no estás construyendo simultáneamente un proyecto de sexualidad y de amor con tu pareja. En cada cosa de tus hijos vas encontrando nuevas experiencias, es enriquecedor, es un amor verdaderamente trascendental. A la vez es una gran responsabilidad, te da mucho miedo cualquier cosa negativa que les pueda pasar. Lo único que lamento es que mis hijos no viven conmigo sino con su mamá, aunque estoy muy presente y los veo varias veces a la semana y comparto muchas cosas con ellos (funcionario académico, 49 años).

Este testimonio resulta muy interesante para documentar una concepción poco común de la paternidad que asume el sujeto como trascendencia de los seres humanos, que implica responsabilidad y compromiso pero también amor, disfrute y crecimiento compartido. Relata además una visión realista de la pareja actual que no pervive en función de los hijos y cuya ruptura no implica la separación real de los padres de sus hijos. Plantea también una historia que hace reflexionar acerca de los cambios que experimenta una pareja a lo largo del tiempo. Este entrevistado fue el único que utilizó la expresión "nos embarazamos" como sinónimo del gran compromiso y planificación de la reproducción, hecho que para él no constituye una garantía de permanencia de la pareja, la cual desde su percepción se construye y reconstruye permanentemente y que se ve influida de manera constante por muy diversos factores.

### *Experiencias, información y comportamiento sobre anticoncepción*

Hay también gran variedad de respuestas en temas específicos, pero en términos generales y salvo algunas excepciones, parece que siguen prevaleciendo la actitud y la práctica de dejar en manos de la mujer la planificación familiar, argumentando para ello muy diversas razones. En la mayoría de los casos los entrevistados están bastante bien informados acerca de los métodos anticonceptivos; su falta de participación no se debe a desconocimiento técnico, aunque en algunas etapas de sus vidas realmente carecían de información. Lo más importante desde mi análisis es que prevalece la idea de que el embara-

zo y su prevención son cuestiones de mujeres. No ocurre así en todos los casos, pero es algo generalizable. Cierta información que deriva de algunos testimonios me hace concluir que después de haber vivido experiencias de embarazos no deseados, de que los informantes se declaran “engañados” y “manipulados” por las mujeres, ellos no han asumido la responsabilidad de garantizar, vía su práctica anticonceptiva, el control de su reproducción. Incluso en uno de los casos la experiencia de la paternidad no deseada ni planeada se ha repetido.

Me parece importante, sin embargo, documentar discursos que refieren prácticas mucho más comprometidas de los varones en cuanto a la planificación familiar.

Uno de los informantes establece:

Conozco todos los métodos. He utilizado condones sobre todo cuando he tenido relaciones matrimoniales como medio de prevención de embarazos. He tenido bastantes hijos y decidí que lo mejor era hacerme la vasectomía. Tomé la decisión gracias a un compañero de trabajo que se había operado. Primero lo observamos para ver si le crecían las caderas y se le adelgazaba la voz. Ya hablando en serio, mi evaluación es positiva, pues ahora puedo estar mucho más tranquilo, sin riesgo de embarazar a nadie. De hecho tiene que ver con que mis primeros hijos sí fueron muy deseados, pero los de mi segunda relación, más bien fueron concesión a la pareja. Yo siempre he estado de acuerdo con mis parejas en cuanto a métodos anticonceptivos y nunca he enfrentado conflicto en este tema (académico, 62 años).

Otro de los entrevistados parece bastante enterado de los métodos y apoya a su esposa en este sentido. “Conozco varios métodos; mi esposa dejó las pastillas porque le hacían sentirse mal, ahora usa un dispositivo” (empresario, 34 años).

En contraposición, otro de los sujetos entrevistados deja todo en manos de las mujeres:

Yo no me involucro en el asunto, lo dejo a las mujeres con las que tengo relaciones sexuales, a pesar de haber tenido experiencias negativas en este sentido, porque ya me pasó que me dijeron que ella se cuidaba, salió embarazada y me exigió que me hiciera responsable de algo que yo no decidí y sí me hice responsable (funcionario académico, 38 años).

En esta entrevista destaca la percepción de que el uso de anticonceptivos tiene influencia en la disminución de la actividad y el deseo sexual de las mujeres. Este testimonio contrasta mucho con el del informante que se practicó la vasectomía:

Tal vez el uso de las pastillas disminuyó la libido de mi esposa. Pero yo no estaría ni de broma dispuesto a hacerme la vasectomía. Creo que tendría repercusiones negativas en mi vida sexual. Un amigo que se la hizo asegura que no es lo mismo. No me la haré nunca. En cuanto a una operación definitiva que se haga mi esposa ése no es mi problema. Si se vuelve a embarazar ya le advertí que lo tendría que botar y ahora ella me hace caso en todo, por miedo al abandono (funcionario académico, 38 años).

Este testimonio refleja no solamente desconocimiento, sino también introduce la concepción considerada dominante acerca de la virilidad, que en muchos estudios se ha reportado como la más generalizada. Vale la pena destacar la expresión "botar" en referencia al embarazo de la esposa, dadas las implicaciones que podemos derivar de esta concepción del entrevistado. Asimismo, la expresión "ya le advertí" refleja con nitidez el tipo de ejercicio de poder, de dominación, que el sujeto ejerce sobre su pareja, y además permite corroborar la absoluta falta de comunicación y negociación de esta pareja. La procreación aparece aquí como amenaza, como control de ambos.

Otros entrevistados también manifestaron que es responsabilidad de la mujer la planificación familiar. Uno de ellos estableció:

Siempre he dejado la responsabilidad del cuidado de embarazarse a las mujeres. Ahora y ante mi separación estoy pensando en hacerme la vasectomía. Ya no deseo tener más hijos. Nunca he usado un condón porque en mi época no se usaban y porque considero que las mujeres con las que he tenido relaciones sexuales son gente sana. He dejado la responsabilidad siempre en manos de las mujeres con las que me he relacionado (diplomático, 46 años).

En otro caso el informante justifica su falta de participación en la planificación familiar en términos de respeto a los derechos de las mujeres.

Tanto mi esposa como las amantes que he tenido se responsabilizan de la planificación familiar. Creo que entre la pareja debe decidirse el número de hijos, pero la decisión de la mujer tiene mayor peso. De hecho a mí me hubiera gustado

tener más hijos, pero a ella no y no los tuvimos. En ocasiones, cuando otra mujer ha querido tener hijos conmigo yo me he opuesto, pues he pensado que no podía responder a ese niño como padre, como lo hago con los hijos que ya tengo (funcionario público, 45 años).

A pesar de que en otro caso el entrevistado ha vivido experiencias que él mismo evalúa como imposiciones y que además se han repetido, afirmó:

No he participado nunca en la planificación familiar, a pesar de tener experiencias reiteradas a lo largo de mi vida en las que he vivido la imposición de embarazos. Ahora después de muchos hijos y tres matrimonios estoy tranquilo porque mi actual relación es con una mujer que está operada y no puede tener más hijos (empresario, 49 años).

En contraste algunos, aunque la minoría, dicen participar directa y cotidianamente en la planificación familiar. En uno de los casos el entrevistado asegura:

He participado directamente en la planeación de mi procreación. Nunca he tenido problemas para usar el condón, para mí es lo más natural. El método o los métodos que mi esposa usa o ha usado los elige ella con su médico, en eso yo no participo (funcionario académico, 34 años).

Otro manifiesta que ha intentado participar en estos asuntos, pero se lo han impedido, aunque reconoce que de haberse “puesto serio” nadie hubiera podido oponerse. Se trata de uno de los informantes que considera también que la mujer con quien se relacionó siendo aún muy joven le “impuso” un hijo.

Traté de cuidarme usando condones en la relación sexual con la mujer que me impuso un hijo. Creo que ella lo planeó como una forma de forzarme a permanecer a su lado. Recuerdo que en una ocasión ella me arrancó el condón y me dijo que ella se estaba cuidando; reconozco que en eso estuvo mi error. La verdad es que no tengo suficiente información respecto a métodos anticonceptivos. Con mi actual pareja he tenido eventos en verdad curiosos. Un día ella me hablaba del ritmo y yo lo confundí con eyacular fuera. Mi confusión proviene de que mi mamá me decía que yo había sido producto del ritmo. Ninguno de mis

hermanos fue planeado, aunque no tuvimos problemas al respecto porque aun no planeados fuimos muy queridos. En cuanto a los métodos anticonceptivos conozco lo que es la vasectomía, el condón y las pastillas, lo demás no (mercado-técnico, 31 años).

A pesar de que su experiencia en la paternidad lo ha marcado negativamente, de que dice conocer las implicaciones de un embarazo no deseado porque lo "ha vivido en carne propia", sigue sin participar directamente en la planificación de su procreación; incluso reconoce haber tenido con su novia actual una primera relación sexual sin ningún cuidado y desconociendo si ella lo tenía. Eso lo atribuye "a la calentura". En este testimonio queda en evidencia la idea de que la sexualidad masculina resulta "irrefrenable", visión que coincide con el resultado de otras investigaciones que abordan estos temas.

Queda claro que existen varones que a pesar de las experiencias negativas siguen sin responsabilizarse de su procreación; ésta y su control aparecen como propias de las mujeres: es de ellas el poder de la decisión y eso genera incertidumbre en los varones porque pierden el control sobre su reproducción, pero a menudo no se ocupan de transformar tal situación.

Muchos varones establecen claramente que ellos ejercen poder y que no hacen nada por controlar su propio proceso reproductivo. Al parecer esto implicaría cuestionar un papel muy claro establecido en la sociedad dividida en géneros: el control de la reproducción. Las mujeres tienen ese control, no los varones, pero hay algunos que llegan al extremo de amenazarlas si ellas no ejercen tal control de acuerdo con sus deseos.

En otro caso el entrevistado manifiesta: "Yo dejo toda la responsabilidad de la planificación familiar a las mujeres y no tomo con ninguna de ellas precauciones contra enfermedades de transmisión sexual, pues para mí todas son gente decente y confío en ellas" (director de teatro, 48 años).

Por tal motivo para este informante no es necesario que él se preocupe por cuidar de su salud ni de los embarazos no deseados: ése es un tema de mujeres. En otro caso el entrevistado afirma haber confiado en las mujeres con las que ha tenido relaciones sexuales, confianza que nunca ha sido defraudada. En largos periodos de su vida sexual ha delegado en ellas la responsabilidad en cuanto a la planificación familiar.

No acostumbro utilizar condones ni está en mis planes la vasectomía, pero en la actualidad yo me hago responsable de que mi mujer no quede embarazada, uti-

lizo esa forma de salir antes de eyacular. No le pido a ella que use anticonceptivos y participo activamente en la planificación familiar. Soy capaz de controlar la eyaculación (académico, 56 años).

A pesar de que el método no es totalmente seguro, es de destacarse su participación activa en la anticoncepción y el hecho de que no viva la sexualidad de manera irrefrenable o irresponsable, acorde con el estereotipo que se supone caracteriza a "todos" los varones. A otro sujeto entrevistado las malas experiencias parecen haberle enseñado la importancia de su responsabilidad en la planificación familiar.

Después de experiencias de aborto me volví más responsable al respecto. Mis hijos fueron planeados dentro de un proyecto de pareja. Conozco varios métodos anticonceptivos. Hoy practico el control eyaculatorio y el ritmo porque no quiero dañar a mi pareja y me ha resultado bien durante cinco años. Yo creo que es fundamental la participación del hombre en estos procesos. No estoy de acuerdo con la vasectomía porque no estoy de acuerdo con las operaciones. De hecho me parece dañina la alopatía y solamente recorro a ella en casos en que no tengo más remedio (funcionario académico, 49 años).

En este caso el varón participa activamente en el control de la procreación, y acerca del tema también encuentro una enorme variedad de respuestas: desde la mayor participación e información, hasta el extremo de no reconocer que no se tiene idea al respecto y dejar en manos de las mujeres el asunto. Esto se da incluso después de haber vivido experiencias "dolorosas" que son calificadas por algunos de ellos como "engaños" e "imposiciones de embarazos". Como puede observarse en esta muestra de testimonios de varones, se trata de un tema de enorme complejidad. Cabe resaltar que hay casos en los cuales ni siquiera las experiencias reproductivas conflictivas y dolorosas los convierten en sujetos responsables de sí mismos en un tema tan trascendente como es la procreación, que ellos mismos evalúan, según sus discursos, como central, definitiva y esencial en sus vidas

#### *Matrimonios derivados de embarazos y embarazos no deseados por ellos*

Como puede observarse en el apartado anterior, en las entrevistas aparecieron varios casos en que el informante vivió la experiencia de ser padre sin

desearlo, sin planearlo e incluso habiéndose opuesto abiertamente. En algunos casos el embarazo llevó al entrevistado a contraer matrimonio. Uno de los informantes aceptó el embarazo y pidió a su pareja que no abortara. Antes del nacimiento del bebé se iniciaron los problemas. Es interesante observar la evaluación que él hace del hecho:

Estoy convencido de que mi esposa, como muchas mujeres, se embarazó para evitar que la abandonara, y lo logró. Pero ella paga el precio del maltrato cotidiano, la indiferencia y el reproche constante, pues ella me impulsó una hija. Yo tengo un enorme rencor hacia mi esposa porque pudo haber sido un buen matrimonio y ella echó a perder todo (funcionario académico, 38 años).

Las razones que argumenta para que su relación matrimonial sea tan negativa se refieren también a la excesiva interferencia de su familia política, sobre todo por el mensaje que le dieron a su esposa:

Esa idea del control me enfurece y por eso mi matrimonio es un pequeño infierno. No le he pegado, pero ganas no me han faltado. Nunca vi que mi papá le pegara a mi mamá y por eso lo veo antinatural. Quiero pegarle porque ella me hace enojar a propósito, me reta, yo digo que está loca y enferma. Sobre todo en presencia de los niños a ella le gusta generar la violencia entre nosotros. La amenazo con abandonarla y le pongo ejemplos de las parejas que nos rodean. Ella en realidad odia todo lo que yo hago, todo lo que a mí me gusta, le parezco inútil y ridículo, pero dice que no puede vivir sin mí. Yo estoy seguro de que lograré dejar a mi esposa. Ahora me limitan por un lado mis hijos y la falta de estabilidad en el empleo, pero tengo esperanza de que tarde o temprano lograré liberarme de ella, aunque los niños sean poderosas cadenas que me atan a un matrimonio sumamente dañino (funcionario académico, 38 años).

Un elemento que en este caso aparece de manera central como fuente de conflicto permanente es el relativo al sentimiento del varón de que su mujer no le reconoce valor a lo que él hace e intenta controlarlo, lo cual para él resulta insoportable. Los vínculos de la mujer con su familia de origen aparecen en varias de las narraciones de los entrevistados como una causa de problema en la relación de pareja. A la par, destaca la referencia a los hijos como vínculos que mantienen a las personas en tal relación.

En otro caso el embarazo de la pareja del informante no fue planeado y constituyó para él una sorpresa. Él no participó de manera alguna en la decisión y manifiesta que el hecho ha tenido consecuencias negativas en su vida durante muchos años:

Yo tenía 22 años y tenía una relación tipo noviazgo eventual con una jovencita. Ella me dijo que tomaba precauciones para no embarazarse y sin embargo se embarazó. Yo no quería ser padre en ese momento, pero ella decidió que tendría al niño. En un principio yo tenía incluso dudas respecto a que yo era el padre, porque ella tenía otras relaciones o más bien no sabía si ella había tenido relaciones con otros jóvenes, pues su idea de la sexualidad es bastante abierta. Con el paso del tiempo y por presión de mi mamá asumí que era mi hijo. Él vive en provincia y lo veo solamente de manera eventual. Ahora, estoy convencido de que es mi hijo, porque se parece mucho a mí, físicamente. Tengo la sensación de que ella pensó que al tener el hijo yo establecería una relación permanente con ella. Eso no sucedió porque no estaba en mis planes y tampoco la quería. Para ella yo tenía el problema de falta de madurez y quería ayudarme a alcanzarla dándome un hijo, a pesar de que ella explícitamente se reconoce como una persona inestable y que tenía varias relaciones de pareja de manera simultánea. Para mí existe la certeza de que fui engañado y creo que a causa esto perdí la confianza en las mujeres: Tuvieron que pasar muchos años para que me volviera a relacionar más seriamente con alguna mujer (mercadotécnico, 31 años).

Parece corroborarse la hipótesis de que la sexualidad para algunos varones es una esfera que puede estar separada del afecto profundo. Pueden tener relaciones sexuales eventuales con mujeres a las que no respetan, no admiran, y a las cuales evalúan de manera muy negativa. No obstante esta evaluación dejan en sus manos el control de su reproducción. Además, a pesar de tratarse de relaciones sexuales eventuales con mujeres que ellos mismos califican de "promiscuas", no asumen la responsabilidad respecto del embarazo y más aún, no toman las precauciones necesarias para prevenir enfermedades de transmisión sexual.

Este informante, que afirma que no fue consultado en cuanto a la decisión de tener un hijo:

Mi paternidad ha estado condicionada por el hecho de que mi hijo vive con su mamá en una ciudad muy alejada; además de que fue un hijo no deseado ni planeado, yo lo considero producto de un engaño, aunque ahora ya me une a él el

amor. Durante un largo tiempo permanecí enojado, pues explícitamente había hablado del asunto con ella y me había jurado que en caso de embarazarse abortaría, y cuando se embarazó tuvo al hijo sin considerar lo que yo pensaba y lo que quería era obligarme a estar con ella. Incluso un tiempo tuve duda de ser el padre de ese niño. Sé que tengo problemas de comunicación con mi hijo, por la lejanía básicamente y porque no tengo entrenamiento. Lo veo una vez al año y convivo cuando estoy allá, todo el tiempo con él (mercadotécnico, 31 años).

Tales experiencias tienen diversas consecuencias. En este caso, el nacimiento de su hijo y todo el proceso de embarazo de su novia le causaron una depresión profunda que lo condujo a buscar ayuda profesional. El problema se amplió a conflictos con su madre, porque ella, según el entrevistado, aceptó a su nieto de inmediato, e incluso se mudó para estar cerca de él. El entrevistado vivió esta actitud como abandono e incluso como traición. Consideró que su madre no tomaba en cuenta lo que él pensaba y se entrometía. De cualquier modo la madre de su hijo no logró nunca su objetivo que él se enamorara de ella; ahora tiene una hija con otra pareja que tampoco se quedó con ella. El sujeto declaró que no puede hacerse cargo del niño porque tiene que trabajar tiempo completo y además no considera adecuado que un niño de ocho años viva separado de su madre. Piensa que quizá en unos cinco años será más conveniente que el niño viva con él.

Siento que mis depresiones se deben a que con esta situación no pude ya cumplir con el sueño de que sería padre cuando lo deseara realmente, con la mujer que considerara adecuada, en el momento preciso. Ahora incluso pienso que ya no me gustaría tener más hijos, aunque si reflexiono, tal vez si llegara a casarme cambiaría de opinión, sobre todo si para mi pareja fuera importante tener hijos (mercadotécnico, 31 años).

En las narraciones apareció el caso de un varón que ha tenido no uno sino varios hijos no deseados, y los define como “embarazos no deseados aunque después del nacimiento muy disfrutados. No los planeé, no era parte de mi proyecto; los asumí porque llegaron y ahora son fundamentales en mi vida” (empresario, 49 años).

Al vincular las cuestiones tratadas me pareció interesante abordar con los entrevistados el tema del aborto; a continuación presentaré algunos de los testimonios más interesantes.

*Aborto: experiencias y opiniones*

Varios de los entrevistados se han visto relacionados con abortos en distintos momentos de su vida y en general mantienen un recuerdo bastante negativo al respecto. La mitad de ellos ha tenido experiencias de este tipo, repetidas y negativas. Uno de ellos narró:

Tuve que ver con un aborto y lo recuerdo como experiencia terrible, pero necesaria. Ella decidió el aborto, yo la apoyé, la acompañé. Sentía responsabilidad y me sentía a la vez como un irresponsable y muy temeroso de que le pudiera suceder algo a esa mujer. No en cuanto al pecado desde la perspectiva moral o religiosa. Considero que el aborto debe ser una decisión completamente de la mujer. Los demás no pueden intervenir, porque finalmente es su cuerpo (académico, 62 años).

En otro caso, a pesar del mal recuerdo de la experiencia, el entrevistado reincidió en prácticas que lo llevaron a tener que utilizar nuevamente el procedimiento del aborto con la misma pareja.

Cuando tenía 20 años y un poco después, viví dos abortos con la misma persona. Yo los pagué y la acompañé. Sólo una vez usé un condón y se reventó. Mi relación matrimonial empezó porque ella se embarazó. Yo ya tenía 29 años. Ella me dijo que yo decidiera qué hacer y decidí no abortar. Quizá ya estaba cansado de la vida de desmadre, agotado de odiar tanto a mi anterior relación. Un hijo sería lo que según yo cambiaría todo esto. No fue así, mi relación es pésima y ya tenemos una niña más (funcionario académico, 38 años).

En otro caso el entrevistado relató:

He estado involucrado en dos abortos, con dos mujeres diferentes. La primera era hija de familia, usaba un dispositivo intrauterino, y le falló. Éramos muy jóvenes. La segunda era una mujer casada. Recuerdo que la experiencia fue terrible, pues viví el maltrato que se da a las mujeres cuando aborta; eso es muy injusto. En los dos casos fueron ellas las que decidieron el aborto (académico, 56 años).

Es interesante constatar que a partir del segundo aborto, cuando el entrevistado ya era una persona de edad madura, su participación en la planificación familiar aumentó considerablemente. En otro caso: "Participé en un aborto, tenía una novia que posteriormente fue mi esposa. Tomamos la deci-

sión juntos. Luego tuvimos hijos y luego terminó en divorcio" (empresario, 49 años).

Otro de los casos es realmente relevante por el número de abortos en los que el entrevistado ha participado. "Participé en cinco abortos de una misma pareja. Hoy considero que fuimos unos irresponsables, pues no teníamos el mínimo cuidado. Vivimos estos abortos con sufrimiento y fueron experiencias que a la larga dañaron mucho la relación" (funcionario académico, 49 años).

Después de esas experiencias el entrevistado dice que participa más activamente en la planificación familiar. Los otros informantes que no han tenido relación con abortos consideran en general que constituye una solución adecuada en el caso de un embarazo no deseado que por cualquier motivo no pudo prevenirse exitosamente. En general, también consideran que es una decisión que debe ser tomada en pareja, pero que la opinión última o fundamental corresponde a la mujer. En esta apreciación pude percibir que en el fondo subyace una diferenciación genérica básica, pues se cree que el embarazo y la mayor parte de la responsabilidad sobre los hijos es de la mujer; por eso mismo se le "concede" el derecho de ser ella quien decida, en general, acerca de los métodos anticonceptivos y del aborto como he documentado. Salvo excepciones, ellos no participan en la planificación familiar a pesar de que discursivamente consideran que los hijos son responsabilidad de ambos y que incluso en muchos casos, una vez nacido el bebé, se comprometen bastante en la crianza, pese a que al parecer es el periodo en el cual a los varones les es más difícil, aun hoy día, participar en la formación y educación de los hijos.

#### ALGUNOS RESULTADOS Y CONCLUSIONES

En los resultados de la investigación pude constatar que es necesario matizar muchas de las afirmaciones que se dan en concepciones cerradas de lo que es la "masculinidad", y es preciso estudiar estos procesos sociales en contextos concretos considerando múltiples factores, entre los cuales destacan la sociedad específica y dentro de ella la clase social y la etnia a la que se pertenece.

Coincido con Seidler (1991) en que no se pueden descartar los relatos que hacen los varones de su propia existencia, si bien es necesario contextualizarlos. Se ha planteado que es probable que las percepciones que tienen sobre sí mismos estén sesgadas, sean defensivas o superficiales debido a las desconexiones entre algunas formas heredadas de masculinidad y las relacio-

nes de los hombres con sus emociones, sus sentimientos, sus deseos. El ejercicio del poder en una sociedad patriarcal les es en general —aunque a veces sólo aparentemente— favorable, y quizá esto influya en que no muestren mucho interés por cuestionar algunas experiencias sobre las que se les pregunta. Sin embargo en las entrevistas se observó que si bien les cuesta trabajo hablar de ciertos temas, a la par reconocen que algunos momentos de crisis en sus vidas están asociados a rupturas de pareja y también que derivan de situaciones de paternidad no deseada ni planeada.

Las historias de vida de estos sujetos, desde su nacimiento, también tienen enormes divergencias. Pude por ejemplo constatar que la generación a la que pertenece el sujeto tiene influencia en su forma de resolver los problemas que implican una negociación del poder en las relaciones de pareja y con los hijos. De ahí que resulte relevante documentar que los sujetos que vivieron intensamente el movimiento social de 1968 en México poseen un discurso más democrático comparado con el de algunos jóvenes que podrían ser sus hijos y que en lugar de un discurso de cambio manejan otro que a ratos corresponde más a las características de la masculinidad hegemónica.

La parte inicial de la entrevista que realicé, de la cual no doy cuenta en los testimonios por razones de espacio, se refirió centralmente a la familia de procedencia y a los mensajes que los entrevistados recuerdan haber recibido dentro de ella. Mi intención fue comprender cómo se fueron construyendo desde su infancia sus concepciones sobre las diferencias entre los géneros y fundamentalmente aquellos elementos vinculados con la construcción de la masculinidad, así como mensajes clave respecto a la sexualidad, la mujer, la pareja, el matrimonio, la reproducción y la paternidad, entre otros que considero relevantes. Una parte importante de la entrevista con estos varones se centró en una reconstrucción de sus relaciones, experiencias y mandatos en la familia de origen. Como producto de esta información me parece importante incluir en este apartado algunas reflexiones finales.

Coincido con los planteamientos de otros investigadores respecto a que los significados, valoraciones, formas de relación y prácticas se van arraigando en distintos momentos de la vida (Rivas, 1996). Pude también comparar los mensajes recibidos con sus comportamientos y actitudes y encontré que no necesariamente se repiten los patrones, sino que en algunos casos los sujetos transitan por un proceso paulatino y a veces abrupto de enfrentamiento o resistencia a algunas normas.

Pude además constatar lo planteado en otras investigaciones acerca de que el proceso de socialización primaria lo vive el sujeto en su familia; que

ahí se internaliza el primer cuerpo de representaciones en torno de la identidad masculina. Pude documentar que el tipo de familia a la que se pertenece, así como los papeles diferenciados del padre y la madre dentro y fuera del núcleo familiar son elementos centrales de análisis (Viveros, 1998), pero también que las influencias familiares pueden tener diversos efectos. La realidad muestra que al menos en algunos casos estos procesos, debido a otros condicionantes e historias de vida diferentes, se dan de manera diversa.

Llaman la atención ciertos casos en que el sujeto dice haber recibido una serie de valores en su hogar y vive sus relaciones de pareja de manera totalmente alejada de los mismos. En algunos la confrontación con esos valores lleva a los sujetos a establecer relaciones más horizontales y democráticas, pero en otros, de familias definidas por ellos mismos como armónicas e igualitarias, las relaciones de pareja son desiguales y autoritarias, muy acordes con los estereotipos de la masculinidad "dominante" o "hegemónica".

En cuanto al involucramiento en la planificación familiar y al cuidado de la salud sexual y reproductiva de algunos de los varones que entrevisté, pude corroborar lo que en otras investigaciones se ha documentado. Encontré narraciones donde el sujeto establece explícitamente una clasificación del tipo de mujeres. En una especie de escisión, las mujeres son sanas o peligrosas, son de fiar o son promiscuas. Si él decide que son sanas, ya no tiene que "cuidarse" usando el condón (Arias y Rodríguez, 1998), a pesar de haber vivido relaciones eventuales paralelas a su matrimonio y mantener una vida sexual activa con su esposa, a la cual exponen también al peligro de contraer algún tipo de enfermedad de transmisión sexual. Por lo tanto el riesgo es para la pareja. Se trata de hombres que al parecer no reflexionan acerca del daño que pueden ocasionar a su mujer y a sí mismos; no se sienten responsables de estos procesos, pues en el fondo los siguen considerando "asuntos de mujeres".

Un resultado interesante derivado de los testimonios de los sujetos que entrevisté es que para algunos varones es imposible, o por lo menos poco deseable, negarse a tener hijos con la mujer con quien viven, pues consideran que es un derecho de la pareja. En este sentido se advierte una gran coincidencia con otras investigaciones como la realizada por De Oliveira (1999) en Brasil.

En cuanto al ejercicio de la paternidad, los resultados de mis entrevistas coincidieron en mucho con los de otras investigaciones, en el sentido de que en general se vive la paternidad como una gran responsabilidad y como una experiencia maravillosa que requiere de entrega y protección (Nava, 1996) y

como el único hecho irreversible de la vida, que hace a los varones trascender (De Oliveira, 1999). Algunos de los entrevistados aportaron otras visiones de la paternidad: hay disfrute, riqueza emocional y aprendizaje permanente. Coincidiendo con otras investigaciones realizadas en Latinoamérica (De Oliveira, 1999) pude constatar que la paternidad es también el máximo grado al que un hombre puede llegar para trascender, según sus propias voces. Es para ellos la unión del pasado y el futuro, la posibilidad de volver a vivir en seres a los que aman profundamente.

Pude corroborar, coincidiendo con el resultado de otras investigaciones (Rivas, 1996), que el nacimiento de los hijos representa en la vida de los entrevistados cambios sustanciales en las rutinas diarias, en el aumento de su participación en la actividad doméstica, y a veces trastornos en la vida laboral, pero que en muchos casos se justifican porque para ellos el amor paterno es gratificante.

Algunos de estos varones ya no desean reproducir el modelo anterior, sobre todo en cuanto al ejercicio de su paternidad. Hay quienes viven cuestionando su ejercicio de la paternidad; ya no quieren ser distantes como lo fueron sus padres, no desean ser autoritarios, procuran ser más amigos y compañeros de sus hijos e hijas, aunque a veces se descubren incurriendo en un modelo de paternidad tradicional, pues a la vez se saben y se sienten guías morales y proveedores fundamentales no solamente de elementos económicos, sino de formación moral, y eso los vuelve distantes.

En mi investigación pude constatar que muchos varones posponen las separaciones de pareja por no querer apartarse de sus hijos; que ellos también hacen concesiones grandes de su propia vida durante muchos años; que cuando sobreviene la separación ellos también sufren; que viven cuestionados y a menudo con "culpas", concepto religioso, con una responsabilidad o sobrerresponsabilidad hacia los hijos que a menudo les impide emprender relaciones exitosas con otras mujeres. En ocasiones la responsabilidad y el tiempo que dedican a sus hijos son causas centrales de posteriores rupturas con sus nuevas parejas. Algunos de ellos reconocen que al vivir una segunda o posterior unión de pareja van aprendiendo a lograr mayor igualdad con su nueva compañera.

No encontré que los varones entrevistados sufran malestares en cuanto al ejercicio de su paternidad, o a menos no los verbalizaron. Varios de los entrevistados se quejaron de lo que ellos denominan "imposiciones de embarazos" por parte de las mujeres, lo cual en general les merece un juicio muy negativo. Afirmaron que se responsabilizaron en diversas formas de los hijos

producto de estas relaciones. Hay casos en que la experiencia se ha repetido en varias ocasiones, y sin embargo declaran que siguen sin hacerse cargo del control de su reproducción y dejan esta responsabilidad y toma de decisiones totalmente en manos de las mujeres con las que se relacionan, pese a las consecuencias de diversa índole.

En términos generales, partí en esta investigación de considerar que para la mayor comprensión de tales fenómenos es imprescindible dejar de ignorar la opinión de los hombres sobre sus propios papeles reproductivos y tratar de averiguar cómo los perciben en su relación con los asuntos de las mujeres. Puedo concluir que el papel de los hombres en la procreación y el ejercicio de su paternidad debe enmarcarse en un contexto cultural y social más amplio, que incluya el análisis de las obligaciones y derechos que socialmente les son asignados, y en contextos específicos los obstáculos que enfrentan para llevarlos a la práctica.

Dados los enormes cambios que experimentan muchas sociedades en cuanto a las relaciones de pareja, el matrimonio y su duración, el número de matrimonios que se viven durante un ciclo de vida, las separaciones y los divorcios, entre muchos otros, creo que hoy resulta importante considerarlos centrales y no tratar de analizar los fenómenos de esos procesos sociales como si viviéramos en sociedades estáticas y homogéneas. En la investigación deberíamos tomar en consideración fenómenos como la inestabilidad, el cambio, la pluralidad y la heterogeneidad, que son inherentes a nuestra época.

Pude corroborar que algunos hombres se sienten amenazados por los cambios que han experimentado las mujeres, y que en cierta forma ellos han asimilado aun sin conflicto, y han ido cambiando sus actitudes y comportamientos, aunque no totalmente.

Existe un importante proceso de cambio de valores, pero de ninguna manera puede considerarse acabado, y los modelos que deberían seguirse no están claros aún. También aparece una discrepancia entre el discurso de los varones y la realidad. Esto queda claro en mi investigación, sobre todo en lo referente a la crianza y la planificación familiar, donde la mujer sigue apareciendo, salvo en casos excepcionales aunque relevantes, como la principal responsable del proceso.

Algunos varones ya se interesan por planear el nacimiento de los hijos y parece permear la idea de que aunque el embarazo ocurre en el cuerpo de la mujer, ellos son parte importante del proceso. Intervienen más en la crianza. Dicen participar mucho en actividades domésticas, pero en la mayor parte

de los casos siguen siendo las mujeres las que tienen que dar más, incluso a costa de interrumpir sus carreras, pues muy pocos de ellos estarían dispuestos, por ejemplo, a sacrificar un poco de su desarrollo profesional para que su compañera pudiera superarse. Aunque en el discurso a algunos de ellos esto les parece injusto e hipotéticamente dicen que aceptarían cambiar de papeles si ellas así lo desearan, la realidad es que la mayoría delega en las mujeres la mayor carga por razones de género; es casi "natural", aunque resalto la importancia de ubicar esta afirmación históricamente y por clases sociales.

Es innegable que existen concepciones de género tan introyectadas que en muchas ocasiones le "ganan" al deseo de cambio. Los varones tienen que cambiar y muchos de ellos están conscientes de este hecho, pero a la vez que viven un proceso de experimentación y transformación, de cuestionamiento y crítica al pasado, muchos valores ancestrales permanecen vigentes en su interior; se pelean con esos valores, pero a menudo viven retrocesos y a veces graves conflictos y rupturas. Existen procesos diferenciados de cambio a muy distintos ritmos.

Parece necesario también crear una nueva moral de la paternidad donde ellos puedan, después de analizarlo, conciliar los valores tradicionales familiares y aun religiosos con la vida real que han elegido o les tocó vivir, en donde esas normatividades están, al menos en ciertos sectores, seriamente cuestionadas.

Finalmente apuntaré que considero que el esfuerzo por conceptualizar el papel de los hombres incluye, entre otros procesos, cambiar en la conciencia colectiva las creencias arraigadas acerca del significado de la masculinidad y el ejercicio del poder de los varones e incorporar el sentido de lo que significa ser compañero o marido y padre afectuoso, responsable y comprometido. Esto requeriría mayor entendimiento acerca de los derechos de las mujeres a la igualdad y la autodeterminación en sus decisiones sexuales y reproductivas, así como el establecimiento de definiciones más comprensivas de derechos en estos ámbitos pensando en la experiencia de los varones (véase Figueroa, 2001).

#### BIBLIOGRAFÍA

- Arias, R. y M. Rodríguez (1998), "A puro valor mexicano. Connotaciones del uso del condón en hombres de la clase media de la ciudad de México", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 319-339.

- Castro, Roberto (1996), "En busca del significado: Supuestos, alcances y limitaciones del análisis cualitativo", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 57-88.
- Denzin, Norman (2000), "Un punto de vista interpretativo", en Catalina Denman y Jesús Haro (comps.), *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social*, México, El Colegio de Sonora, pp. 147-206.
- De Oliveira, María Coleta (1999), "Masculinidad en Brasil, dimensión de la reproducción", conferencia seminario en el curso sobre Género y dinámica demográfica del doctorado en población, México, El Colegio de México, 24 de octubre.
- Figueroa, Juan Guillermo (1998), "La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 163-189.
- \_\_\_\_\_ (2001), "Varones, reproducción y derechos: ¿podemos combinar estos términos?", *Revista Desacatos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, núm. 6, pp. 149-164.
- \_\_\_\_\_ y Olga Lorena Rojas (2000), "La presencia de los varones dentro de los procesos reproductivos", en Beatriz Schmuckler (coord.), *Políticas públicas, equidad de género y democratización familiar*, México, Instituto Mora, pp. 42-56.
- Jiménez Guzmán, Lucero (2003), *Dando voz a los varones. Sexualidad y reproducción de algunos hombres mexicanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nava Uribe, Regina Laura (1996), "Los hombres como padres en el Distrito Federal a principios de los noventa", tesis de maestría en sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pries, Ludger (1996), "¿Institucionalización o desinstitucionalización del curso de vida? Biografía y sociedad como un enfoque integrativo e interdisciplinario", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 11, núm. 2, mayo-agosto.
- Pujadas, Juan José (1992), *El método biográfico, el uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, España, Centro de Investigaciones Sociales.

- Rivas, Marta (1996), "La entrevista a profundidad: un abordaje en el campo de la sexualidad", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 199-223.
- Seidler, Víctor (1991), *Rediscovering Masculinity. Reason. Language and Sexuality*, Londres, Routledge.
- Viveros Vigoya, Mara (1998), "Quebradores y cumplidores. Biografías diversas de la masculinidad", en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Chile, Flacso-UNFPA, pp. 36-55.



# EL COMPORTAMIENTO REPRODUCTIVO DE LOS VARONES RESIDENTES EN ENTIDADES FEDERATIVAS MEXICANAS CON ALTOS NIVELES DE MARGINACIÓN

Juan Manuel Contreras Urbina<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

Con la finalidad de lograr mayor reflexión analítica en el estudio de la reproducción, a partir de los noventa se empezó a reconocer la necesidad de incorporar la opinión de los varones en todas las facetas que comprende el comportamiento reproductivo. Por ello la investigación demográfica referente a los varones y la reproducción ha venido creciendo paulatinamente, como lo demuestra el importante incremento de los artículos sobre este tema en los últimos años. El reflejo de tal inquietud por incorporar la visión masculina se advierte también en el esfuerzo que han venido realizando los responsables de las encuestas sobre salud reproductiva tratando de entrevistar a los varones y generar así información de gran utilidad para entender el fenómeno. En este contexto se enmarca la Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar (Encoplaf) levantada en 1996 por el Consejo Nacional de Población (Conapo). Sin embargo, a pesar del interés por incorporar a los varones, las fuentes que proporcionan rica información sobre esta materia no han sido suficientemente utilizadas, y la Encoplaf 96 no es la excepción. Por ello esta investigación centra su análisis en tan importante fuente de datos.

## EL ESTUDIO DE LA REPRODUCCIÓN Y LA INCORPORACIÓN DE LOS VARONES

El componente más estudiado en América Latina dentro del campo demográfico ha sido la fecundidad; sin embargo, de acuerdo con varios estudiosos

<sup>1</sup> Estudiante de doctorado del London School of Hygiene and Tropical Medicine, University of London.

de la dinámica poblacional aún no se han logrado entender íntegramente sus cambios ni ese fenómeno más amplio que es el comportamiento reproductivo.

Para aproximarse al análisis de este proceso se han elaborado esquemas conceptuales que han sido utilizados como marco teórico para desarrollar investigaciones en micro y macrocontextos. La mayor parte de los primeros esquemas tuvo como base la transición demográfica, la cual sostenía que la fecundidad disminuiría como resultado del proceso de modernización. Uno de los más importantes esquemas en esta línea es el de la fecundidad diferencial e hipótesis del umbral, que fue desarrollado por Carleton (1972) y Mertens (1970) y considera que la fecundidad es una variable dependiente del desarrollo. De acuerdo con este enfoque, cuando una región alcanza cierto grado de desarrollo —llamado umbral— la fecundidad empieza a descender. Por lo tanto se ha pretendido encontrar los factores determinantes característicos de una sociedad con bajos niveles de fecundidad. Fue así como se asoció el incremento de los niveles de escolaridad con la concentración de población en áreas urbanas, y la integración de las mujeres a la fuerza de trabajo con la disminución de la fecundidad.

Una de las más famosas estrategias de análisis fue elaborada por Davis y Blake (1956); estos autores presentan una clasificación de ciertos factores llamados “variables intermedias” mediante los cuales y sólo con ellos se puede influir en el nivel de fecundidad. Son 11 variables organizadas conforme a tres etapas del proceso reproductivo (el coito, la concepción y gestación, y el parto) que según los autores están presentes en todas las sociedades. Hasta la fecha este esquema ha servido de guía en muchas investigaciones, ya que logra diferenciar conceptualmente las variables intermedias de las socioeconómicas y culturales. En 1978 Bongaarts replanteó el esquema propuesto por Davis y Blake, reunió las variables intermedias en ocho factores, y propuso un modelo capaz de estimar matemáticamente el efecto reductor de la fecundidad causado por estas variables. Los factores que cabe considerar son: 1) factores de exposición: *a*) proporción de casadas; 2) factores de control deliberado de la fecundidad marital: *a*) anticoncepción, *b*) aborto inducido, y 3) factores de la fecundidad natural marital: *a*) infertilidad por lactancia, *b*) frecuencia del coito, *c*) esterilidad, *d*) mortalidad intrauterina espontánea, *e*) duración del periodo fértil.

Fue importante el desarrollo de estos tres modelos porque gracias a ellos se pudo abordar satisfactoriamente un primer nivel de análisis para entender el descenso de la fecundidad. Sin embargo dichos esquemas no son suficientes para comprender más profundamente las dinámicas que se producen den-

tro del comportamiento reproductivo, de ahí que últimamente se hayan propuesto modelos que ven este fenómeno como producto de interacciones sociales complejas y se proponen incluir para su análisis diversos factores socioculturales como las relaciones de género, la dinámica de la pareja y la valoración de los hijos, entre otros. Ante el importante avance de las reflexiones teóricas se ha llegado a la conclusión de que es necesario analizar la reproducción como un

[...] proceso amplio, complejo y dinámico, inserto en una mayor y más variada red de relaciones sociales, resultado de la diversidad y multiplicidad de interacciones, transacciones y negociaciones que se establecen entre hombres y mujeres, y otros actores sociales que intervienen en el mismo y sujeto a las condiciones materiales de vida, a la heterogeneidad sociocultural y a la normatividad institucional (Lerner, 1998: 14).

Es así como actualmente se reconoce la necesidad de incorporar la visión masculina en el estudio de la reproducción.

Esta necesidad ha dado como resultado un incremento importante del número de artículos sobre el tema y una creciente incorporación de los varones como población objeto de estudio en las encuestas reproductivas. Sin embargo todavía hay quien sostiene posiciones ampliamente aceptadas respecto a que no es primordial la inclusión de los hombres en el análisis reproductivo; entre ellas destaca las que arguye que los espacios reproductivos no están tan claramente definidos para los hombres como para las mujeres; que hay comprobación empírica de que es más fácil entrevistar a las mujeres que a los varones; y que en general cuando no se vive en pareja, los hijos suelen quedarse con sus madres, y ellas recuerdan mejor sus eventos reproductivos que los padres (Greene y Biddlecom, 1997). Si la finalidad fuera la medición de la fecundidad es posible que la mujer como punto de referencia fuera suficiente; sin embargo el objetivo de este enfoque es incorporar nuevas estrategias de análisis para comprender el comportamiento reproductivo.

#### EL PAPEL DE LOS VARONES EN EL ÁMBITO REPRODUCTIVO

Recientemente, gran parte de los especialistas que han incursionado en el estudio de los varones y la reproducción lo han hecho tomando como marco conceptual la perspectiva de género, dado que esta herramienta teórica per-

mite revisar la construcción social de los significados que se adjudican a cada uno de los sexos, lo cual a su vez también facilita interiorizarse socioculturalmente en sus comportamientos y sus relaciones. La categoría abstracta de género propuesta por Rubin a comienzos de los setenta fue definida como la organización social de la reproducción de las convenciones sobre lo masculino y lo femenino. Sin embargo, a pesar de que en forma teórica el género abarcaba ambas vertientes desde sus inicios, en la práctica se le dio poca atención a la parte masculina. Apenas a finales de los ochenta los estudios de género rescataron tal experiencia para entender las relaciones entre hombre y mujer (Szasz, 1998). Fue así como se llegó a la noción de masculinidad, entendida como una configuración de las prácticas genéricas que tiene sus raíces en las construcciones sociales, y referida directa, indirecta o simbólicamente a los cuerpos de los varones, pero no determinada por cuestiones biológicas, por lo que conforme esta perspectiva se podría hablar tanto de hombres masculinos como de mujeres masculinas (Connell, 2000).

Evidencias empíricas han demostrado que no existe un modelo único de masculinidad que caracterice a todas las sociedades. Más aún, se puede esperar que en una misma sociedad existan muchas dinámicas de masculinidad, por lo que el mismo Connell (2000) sugiere hablar mejor de "masculinidades". De acuerdo con este autor la variación de una masculinidad a otra dependerá principalmente de la estructura de las relaciones que se den entre hombres y mujeres en determinados contextos. Sin embargo, a pesar de las diferentes variaciones Lagarde (1994) reúne ciertos elementos que caracterizan la condición genérica de los varones en una sociedad como la nuestra: *a*) existencia de poderes patriarcales que conceden a los varones la posibilidad de dirigir y dominar a los demás, poderes que se mantienen en un orden basado en la dependencia vital de los otros y de los mismos varones y que se ejercen por medio de las instituciones sociales; *b*) creencia y ejercicio de múltiples formas de autoridad frente a la mujer; *c*) valoración positiva del trabajo de los varones y no así de el de las mujeres; *d*) propiedad de las cosas y de las personas; *e*) constante alusión a una potencia sexoerótica compulsiva e inagotable; *f*) demostración de fuerza física superior a la de la mujer y de otros varones.

De acuerdo con Figueroa Perea y Liendro (1995) la intensidad y la variación de estas características dependerán de múltiples factores, sin embargo constituyen el referente cultural que representa genéricamente a gran parte de la población masculina en México. Es importante aclarar que últimamente se han observado en nuestra sociedad cambios significativos en los rígidos

roles de género que representan a hombres y mujeres, ya que desempeñan con mayor frecuencia actividades distintas a las que les han sido asignadas tradicionalmente.

En el terreno reproductivo el comportamiento está condicionado por los roles de género (Figuroa Perea, 1998). En México la construcción de la masculinidad coarta a los varones para que no participen "postivamente" en cuestiones de salud reproductiva. Sus conductas sexuales y reproductivas giran en torno de una actividad sexual frecuente a edades muy tempranas, un bajo nivel de uso de anticonceptivos, poliginia o infidelidad sexual, poca claridad de sus eventos reproductivos, de ser un obstáculo potencial en el ejercicio de las bajas preferencias reproductivas de las mujeres, etc. Sin embargo, al parecer no está totalmente comprobado que estas conductas predominen entre ellos; por ejemplo, los datos recientes provenientes de encuestas DHS muestran que están más a favor de la planificación familiar que lo que comúnmente se asume y que es una minoría la que se opone a que sus parejas usen anticonceptivos (Guzmán *et al.*, 2001).

Hasta el momento no hay todavía certeza sobre el comportamiento reproductivo de los varones en nuestro país, y es difícil tenerla, ya que dicho comportamiento está condicionado a la masculinidad, la cual día tras día se va modificando debido en gran parte al acelerado proceso de transformación que se ha ido dando en México en los últimos años. Para entender la reproducción es necesaria una mayor claridad acerca de cómo se establece el papel de los varones en torno de este fenómeno, de ahí que sea indispensable contar con evidencias empíricas confiables que representen las experiencias de gran parte de los varones mexicanos.

#### PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA Y CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS

El presente trabajo es producto del creciente interés por incorporar el punto de vista de los varones en el estudio de los elementos que comprende el comportamiento reproductivo. Se pretende aportar elementos de utilidad que enriquezcan el análisis de la reproducción recuperando la presencia masculina en el estudio del fenómeno desde una perspectiva esencialmente demográfica.

La mayoría de las investigaciones demográficas que han abordado el estudio de la reproducción en México lo han hecho desde el punto de vista de

las mujeres. Por otro lado, la mayor parte de los estudios que analizan el comportamiento reproductivo de los varones aplica un punto de vista antropológico con base en estudios específicos de caso, sin atender suficientemente los aspectos demográficos del mismo. Este texto tiene como objetivo analizar algunos componentes del fenómeno de la reproducción masculina desde una perspectiva demográfica a gran escala, y por ello utiliza una encuesta sobre el fenómeno de la reproducción que incluye la opinión de los varones y es estadísticamente representativa del país.

Con la finalidad de tener una caracterización amplia y analítica de la interpretación de los resultados se incorpora además una comparación con los hallazgos de los componentes reproductivos provenientes del punto de vista de las mujeres, la mayoría de las cuales son pareja de los varones en estudio. Dicha interpretación tendrá como marco analítico la perspectiva de género, ya que la manera en que hombres y mujeres experimentan el proceso de reproducción está asociada con las características de la estructura social enmarcadas por las relaciones de género.

La investigación ha sido guiada por los siguientes objetivos específicos: *a)* describir y analizar los niveles de fecundidad de la población con base en las respuestas de los varones; *b)* examinar la relación de la fecundidad masculina con dos de los factores de mayor trascendencia para la salud reproductiva, que afectan directamente la exposición a la concepción: el ejercicio sexual y la nupcialidad; *c)* describir y analizar el comportamiento reproductivo de los varones fuera del matrimonio; *d)* explorar algunas variables respecto a las preferencias reproductivas de los varones; *e)* analizar los resultados anteriores según la situación sociodemográfica de los participantes; y *f)* contrastar las experiencias reproductivas entre hombres y mujeres y analizarlas con una perspectiva de género.

### *La Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar*

Como se ha venido mencionando, el presente estudio tiene como base la información que arroja la Encoplaf 96. La ventaja del uso de esta encuesta es que permite contar con datos que tienen representatividad estadística sobre las experiencias y percepciones del comportamiento reproductivo de hombres y mujeres. De hecho, es una de las primeras y más recientes encuestas nacionales que presentan este tipo de información. Por ello destaca su importancia como fuente de datos.

La Encoplaf fue elaborada en 1996 por el Conapo; dicha institución se planteó como estrategia de investigación el hacer un seguimiento en las viviendas visitadas en la Encuesta Nacional de Planificación Familiar de 1995, por lo que la Encoplaf 96 tuvo como base la muestra de viviendas visitadas en la primera encuesta. Tiene representatividad estadística en los nueve estados de la república donde se llevaron a cabo las entrevistas: Chiapas, Estado de México, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Michoacán, Oaxaca, Puebla y Veracruz. El Consejo Nacional de Población los considera "prioritarios" porque presentan los mayores niveles de fecundidad en el país y destacan por sus altos índices de marginalidad, de ahí que sea necesario establecer políticas sociales que contribuyan en su desarrollo.

La Encoplaf 96 se aplicó a todas las mujeres unidas de entre 15 y 49 años (llamadas MEFU) y a las solteras de entre 15 y 24 años residentes habituales o temporalmente presentes en el hogar entrevistado; por otro lado, también fue aplicada a todos los varones cónyuges de las MEFU y a los solteros de entre 15 y 24 años residentes habituales o temporalmente presentes en el hogar.

### *El uso de metodología cuantitativa*

Por lo general un acercamiento cuantitativo se refiere principalmente a la medición y al análisis numérico de los fenómenos observados. Con este tipo de análisis también es posible encontrar asociaciones causales entre las variables relacionadas con el problema que se esté estudiando (Campbell *et al.*, 1999). Para este estudio es importante efectuar una aproximación de esta naturaleza, ya que ofrece un acercamiento a las estimaciones de la fecundidad masculina, tema tan poco explorado en México. Asimismo es posible explorar las diferencias por grupo sociodemográfico y por sexo, punto central en este trabajo.

Es evidente que con la utilización de este tipo de metodología difícilmente se pueden dar explicaciones específicas sobre el porqué de ciertos comportamientos y se provee poca información sobre la contextualización de las circunstancias que envuelven los procesos reproductivos. Sin embargo, el interés de esta investigación es ofrecer elementos que posibiliten el desarrollo de un panorama descriptivo y generalizable del fenómeno para que a partir de ello se puedan elaborar nuevas formulaciones en los esquemas explicativos sobre estas temáticas.

Al estudiar este tipo de comportamientos a partir de encuestas de gran escala nos enfrentamos a la dificultad de distinguir entre las expresiones que se refieren a la propia experiencia y las que plantean el "deber ser", o más bien lo que los individuos "creen que debe ser". En este caso, interesa estudiar la representación social que tienen tanto hombres como mujeres sobre su comportamiento reproductivo tras el examen de las respuestas registradas en la encuesta.<sup>2</sup>

#### CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LA POBLACIÓN EN ESTUDIO

La Encoplaf 96 incluye un total de 3 711 entrevistas en los nueve estados que hemos mencionado; de éstas 45.7% se aplicó a varones y el resto a mujeres. De los varones entrevistados 41% eran solteros al momento de la entrevista, todos ellos entre 15 y 24 años cumplidos. En las mujeres la proporción de solteras es relativamente menor (casi 35%), y sus edades fluctúan entre 15 y 24. Como se apuntó anteriormente, en la encuesta solamente se entrevistó a célibes que estuvieran en ese rango de edad, mientras que de las unidas se incluyó a todas aquellas que tuvieran entre 15 y 49 años. En cambio, en el caso de los hombres unidos el único requisito era que fueran mayores de 15 años; solamente alrededor de 5% resultó ser mayor de 49 años, por lo que, al igual que las mujeres, la mayor parte de los varones entrevistados tenía entre 15 y 49 años cumplidos al momento de la entrevista. Por otro lado, en el caso de los varones el peso de los solteros del grupo de entre 15 y 24 años es de poco más de 80%, mientras que en las mujeres es de 72%; es decir, la minoría de los participantes en ese grupo de edad se encontraba unida al momento de la entrevista. Ahora bien, la mayor parte unida dijo estar casada por el civil o la Iglesia, mientras que la minoría (12%) vivía en unión libre. Este último grupo estaba representado por una gran cantidad de jóvenes.

Respecto al lugar de residencia, la Encoplaf 96 consideró población rural al conjunto de localidades con menos de 2 500 habitantes. Prácticamente 3 de cada 10 de los entrevistados pertenecían a este grupo, el resto vivía en áreas urbanas. En relación con la escolaridad, alrededor de 3 de cada 4 varo-

<sup>2</sup> Se entiende por representación social el conjunto de opiniones y creencias, y la organización de las percepciones, valores y conocimientos relativos a determinados aspectos del mundo del individuo.

nes tenían al menos la primaria completa al momento de la entrevista; promedio de escolaridad de las mujeres resultó ligeramente menor. Destaca que poco menos de 10% de la población entrevistada manifestó no contar con escolaridad alguna. En el cuadro 1 y la gráfica 1 se presenta un resumen de la distribución de la población por sexo de acuerdo con las variables sociodemográficas arriba mencionadas.

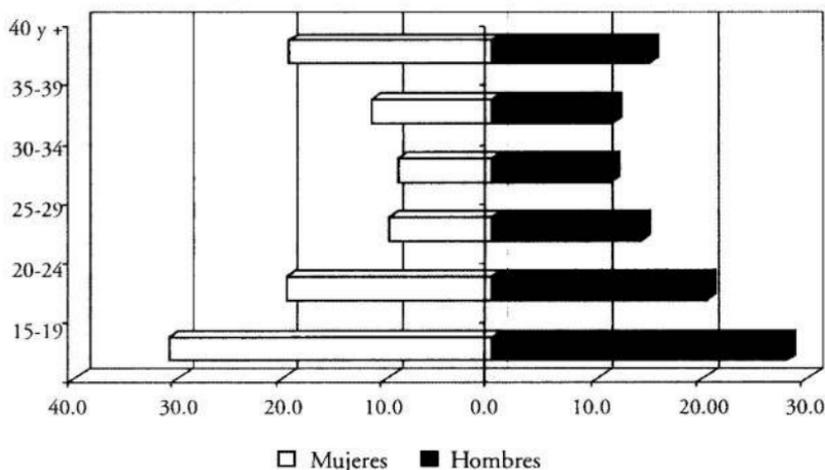
Por último, es pertinente señalar que la mitad de los varones declaró ser obrero, 13% dijo ser jornalero y otro 27% trabajador por cuenta propia; gran parte de estos últimos labora en el sector servicios. El resto se dividió entre trabajadores familiares sin pago y pequeños y medianos empresarios. Mientras que 55% de las mujeres dijo dedicarse a las labores del hogar, 10% eran estudiantes y el resto trabajadoras, la mayor parte obreras y por cuenta propia.

Cuadro 1  
Distribución porcentual de la población por lugar de residencia, nivel de escolaridad y estado civil según sexo, 1996

	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>	<i>Núm.</i>
Lugar de residencia				
Urbano	67.4	70.4	69.0	2 562
Rural	32.6	29.6	31.0	1 149
Nivel de escolaridad				
Sin instrucción	5.8	10.3	8.3	308
Primaria incompleta	20.3	20.8	20.5	761
Primaria completa	20.2	26.1	23.4	868
Secundaria	33.5	28.1	30.6	1 136
Preparatoria y más	20.2	14.7	17.2	638
Estado civil				
Casado sólo civil	14.3	15.5	14.9	554
Casado sólo iglesia	4.2	4.3	4.3	159
Casado ambos	29.4	31.9	30.7	1 141
Unión libre	11.1	13.6	12.4	462
Soltero	41.0	34.8	37.6	1 395
Total	100.0	100.0	100.0	
Número de entrevistados	1 696	2 015		3 711

Fuente: Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar, 1996.

Gráfica 1  
Distribución porcentual de la población por edad y sexo, 1996



Fuente: Encuesta de Comunicación de Planificación Familiar, 1996.

#### *La fecundidad masculina:*

#### *varones y mujeres reportan igual número de hijos?*

Como se dijo, el interés demográfico por conocer la fecundidad masculina ha sido escaso; este tema ha sido relegado principalmente por cuestiones relacionadas con la medición de la fecundidad. Se dice, aunque poco se ha documentado con base en evidencias empíricas, que los varones no tienen una representación clara sobre sus eventos reproductivos. Es común afirmar que tienden a subestimar el número de hijos que tienen, principalmente con parejas con las que no se encuentran unidos; aunque por otro lado se indica lo contrario, que sobrestiman la cantidad de hijos, ya que para algunos el tener muchos y con diversas parejas es una forma de reafirmar su masculinidad, dado que esto finalmente muestra una participación sexual activa.

De acuerdo a la Encoplaf 96, del total de varones entrevistados 55% aceptó tener hijos nacidos vivos, mientras que en el caso de las mujeres rebasó 60% (cuadro 2). Según la prueba estadística Chi cuadrada esta diferencia resultó significativa al 0.05, lo que indica que sí hay desigualdad entre hombres y mujeres en este indicador. Más aún, la Odd Ratio nos dice que las mu-

eres tienen 0.75 veces más probabilidad de tener un hijo que los hombres. Esto haría pensar en primera instancia que efectivamente la fecundidad podría estar subestimada por los varones.

Cuadro 2  
Distribución porcentual de la población que ha tenido o no hijos nacidos vivos según sexo, 1996

	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>	<i>Núm.</i>
Hijos nacidos vivos				
Sí	54.8	61.6	58.5	2 171
No	45.2	38.4	41.5	1 540
Total	100.0	100.0	100.0	
Núm. de entrevistados	1 696	2 015		3 711
Chi cuadrada = 17.8				
Sig. < .05				
Odd Ratio = .75				

Fuente: Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar, 1996.

Sin embargo, al analizar este mismo indicador para distintos grupos de edad (cuadro 3) se observa que las diferencias importantes se encuentran precisamente en el grupo de entre 15 y 24 años; en el resto son mínimas y ninguna de ellas llega a ser estadísticamente significativa.

Esta información muestra que no es la subestimación de los varones lo que determina la diferencia por sexo en el grupo de 15 a 24, sino más bien es el peso que tiene el grupo de solteros en los varones en ese grupo de edad, ya que la fecundidad de éstos es prácticamente nula (únicamente 0.1% de los solteros varones aceptó tener un hijo, y 2% de las mujeres). Por lo tanto, para conocer las diferencias nos centramos en los unidos. Se encontró que 92.7% de los varones y 93.5% de las mujeres han tenido hijos; es decir, prácticamente la misma proporción, lo cual al parecer muestra que coinciden.

Sin embargo este indicador puede no estar diciendo mucho sobre si existen diferencias en la fecundidad entre hombres y mujeres, ya que tal vez lo que los varones registran incorrectamente no es la existencia o no de hijos, sino más bien el número, principalmente los que estando unidos no declaran alguno de los hijos que hayan tenido con alguna otra mujer que no sea la pareja actual.

Cuadro 3  
 Porcentaje de la población que ha tenido hijos  
 nacidos vivos por grupos de edad, según sexo, 1996

<i>Grupos de edad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>
15-19	3.2	12.1	7.8
20-24	32.5	42.7	38.2
25-29	94.6	96.8	96.0
30-34	94.7	89.4	91.6
35-39	92.3	97.8	95.5
40 y más	98.8	98.3	98.6
Total	54.8	61.6	58.5
Número	1 696	2 015	3 711

Fuente: Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar, 1996.

Dado que la encuesta no incluye una historia de embarazos, el único indicador de la fecundidad que se puede obtener es la paridad media; es decir, la media de hijos nacidos vivos que han tenido los individuos a lo largo de su vida. Este indicador se obtuvo tanto para hombres como para mujeres unidos y se efectuó la prueba estadística *t* para ver si la diferencia entre medias por sexo resultaba o no significativa (cuadro 4).

Al observar la paridad media de la población total por sexo resalta que prácticamente no existen diferencias entre ellos (3.30 de los hombres y 3.36 de las mujeres). Este resultado nos lleva a cuestionar la creencia de que los hombres no declaran con precisión el número de hijos que tienen y, con ello, algunos de los estereotipos que la contextualizan. Sin embargo es preferible analizar estas tendencias con más detalle.

Las diferencias más importantes entre la paridad media entre hombres y mujeres se dan por grupos de edad, lo cual refleja que ambos viven un proceso reproductivo demográficamente distinto en el cual es evidente que ellos comienzan a edades más tardías que ellas. Si quitamos la influencia de la estructura por edad para hacer la comparación entre hombres y mujeres, es decir si estandarizamos la estructura por edad de las mujeres con la de los varones y observamos la paridad media total de las mujeres con la estructura por edad de ellos, se obtiene que la paridad media de ellas pasa de 3.36 a 3.6, es decir, 10% mayor que los varones, lo cual indica que efectivamente la

Cuadro 4  
Paridad media de la población unida de acuerdo con diversas  
características según sexo, 1996

	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Prueba t</i>	<i>Significancia</i>
Grupos de edad				
15-19	0.59	1.02	-2.750	0.007
20-24	1.28	1.66	-3.359	0.001
25-29	2.14	2.39	-1.954	0.051
30-34	2.72	3.18	-2.592	0.010
35-39	3.26	4.39	-5.571	0.000
40 y más	5.26	5.34	-0.386	0.700
Lugar de residencia				
Urbano	2.97	3.06	-0.789	0.430
Rural	4.04	4.08	-0.188	0.851
Nivel de escolaridad				
Sin instrucción	5.35	5.17	0.496	0.620
Primaria incompleta	4.05	4.30	-1.072	0.284
Primaria completa	3.38	2.97	2.260	0.024
Secundaria	2.38	2.18	1.654	0.099
Preparatoria y más	2.50	1.77	4.368	0.000
Estado civil				
Casados	3.48	3.52	-0.367	0.714
Unión libre	2.53	2.73	-0.926	0.355
Decisiones reproductivas				
Unilaterales	3.37	3.43	-0.341	0.734
Compartidas	3.27	3.31	-0.333	0.739
Total	3.30	3.36	-0.555	0.579

Fuente: Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar, 1996

fecundidad de ellas es ligeramente mayor que la de ellos, diferencia que podría ser interpretada como que los varones unidos presentan un subregistro de la fecundidad de alrededor de 10 por ciento.

Al analizar este indicador de acuerdo con las variables sociodemográficas destaca que la fecundidad en las áreas rurales es mayor que en las urbanas, y que en general, a mayor escolaridad menor fecundidad, lo cual coincide con los resultados que se basan en los esquemas representados por el marco de la transición demográfica. Las diferencias por sexo de acuerdo con el lugar de residencia y el estado civil no resultaron significativas. Sin embargo, en cuanto a la escolaridad es interesante observar que entre los varones los altos niveles no son tan importantes para una baja fecundidad como ocurre entre ellas. Por ejemplo, mientras que la paridad media de las mujeres con secundaria es 2.18, la de las que tienen preparatoria y más es de 1.77; en el caso de los varones estos números son 2.38 y 2.50, e incluso es ligeramente mayor el índice en aquellos con al menos la preparatoria.

También se consideró importante tener una variable explicativa que representara la percepción de los entrevistados respecto a la toma de decisiones reproductivas y sexuales dentro de la pareja. Para ello se plantearon las siguientes dos preguntas de la encuesta: "En una pareja, ¿quién cree que debe decidir el número de hijos por tener y el momento de tenerlos?" y "¿quién cree que debería tomar la decisión de cuándo tener relaciones sexuales?" Con ello se procedió a construir la variable con dos categorías: la primera se refiere a quienes en al menos una de las dos preguntas consideran que la decisión debe ser unilateral, y la segunda representa a aquellos que en las dos preguntas consideran que la decisión debe ser compartida. Partimos de la idea de que los individuos que están de acuerdo en compartir con sus parejas la toma de estas decisiones tienen, en general, una posición más favorable a la equidad entre la pareja (lo cual supondríamos también comprende la equidad de género), que los que creen que las decisiones deben ser tomadas únicamente por alguno de los dos. Esta variable ayuda al análisis de las diferencias entre las cuestiones estudiadas en relación con la dinámica de género que viven los entrevistados.

En el caso de la paridad media, se observó un valor ligeramente más alto entre aquellos hombres y mujeres que consideran que las decisiones deben ser tomadas unilateralmente que los que creen que deben ser compartidas por la pareja; es decir, los que consideran que las decisiones deben ser unilaterales, al igual que los que viven en áreas rurales y con menor nivel de escolaridad suelen tener mayor número de hijos que el resto. Como en la mayoría de las otras categorías analizadas, las diferencias por sexo fueron mínimas. Se observa mayor fecundidad entre los casados que entre los que viven en unión libre; sin embargo influye la edad, ya que los que están en unión libre son

más jóvenes que los casados y por lo tanto no han estado tanto tiempo expuestos al riesgo del embarazo.

### *Actividad sexual, nupcialidad y procreación*

La influencia de la actividad sexual y la nupcialidad en la exposición a la concepción ha sido ampliamente constatada. En general estos factores tienen mayor trascendencia en la discusión sobre salud reproductiva. Su inclusión en este trabajo es por demás útil puesto que se desea contar con un amplio panorama de las vivencias de hombres y mujeres con relación a su comportamiento reproductivo.

En diversos estudios se han presentado evidencias sobre las diferencias entre hombres y mujeres en su proceso de sexualidad, nupcialidad, y procreación. Por ejemplo, entre las mujeres mexicanas la sexualidad todavía se encuentra íntimamente relacionada con la unión y la reproducción, aunque al parecer este modelo está en proceso de transición en los sectores más "modernos", por llamarlos de alguna manera. Mientras tanto entre los varones al parecer existe una temprana y frecuente actividad sexual con independencia de su estado conyugal.

El objetivo principal de esta sección es básicamente establecer en qué medida se conforma el vínculo entre la sexualidad, la nupcialidad, y la procreación para los varones, y determinar la importancia de las principales diferencias respecto a las mujeres, tanto en general como para cada una de las variables sociodemográficas que hemos estado analizando.

#### El inicio de la tríada

En este apartado pretendemos determinar la edad al inicio de cada uno de los fenómenos que conforman la tríada (sexualidad, nupcialidad, procreación), y medir los intervalos entre cada fenómeno entre los hombres y entre las mujeres. Se calculó la edad mediana a la primera relación sexual, a la primera unión y al primer hijo para la población de 25 a 34 años; es decir, los nacidos entre 1962 y 1971 (cuadro 5).

De acuerdo con la información de la Encoplaf 96 la edad a la primera relación sexual en los varones es de 18.1 años, y la edad a la primera unión es de 22.0 años. Estos mismos sucesos ocurren entre las mujeres entre los 18.7

Cuadro 5

Edad mediana a la primera relación sexual, a la primera unión y al primer hijo de la población unida de 25 a 34 años de acuerdo con diversas características según sexo, 1996

	<i>Hombres</i> <i>edad mediana</i>			<i>Mujeres</i> <i>edad mediana</i>		
	<i>1ª relación sexual</i>	<i>1ª unión</i>	<i>Primer hijo</i>	<i>1ª relación sexual</i>	<i>1ª unión</i>	<i>Primer hijo</i>
Lugar de residencia						
Urbano	18.0	22.3	23.9	18.9	20.4	21.0
Rural	18.1	20.7	22.3	18.3	18.8	19.9
Nivel de escolaridad						
Primaria	18.6	21.2	23.4	18.4	19.9	20.7
Secundaria	17.9	22.0	23.2	19.6	20.8	21.6
Preparatoria y más	17.7	22.5	24.6	21.4	21.8	24.0
Decisiones reproductivas						
Unilaterales	19.2	21.0	23.3	19.3	20.4	21.0
Compartidas	17.8	22.0	23.6	18.5	19.4	20.1
Total	18.1	22.0	23.5	18.7	19.8	20.4

Fuente: Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar, 1996.

y 19.8 años respectivamente, por lo que la brecha entre la primera relación sexual y la primera unión en los varones es de cuatro años, mientras en las mujeres es apenas de uno. En el caso de la concepción se observa que en los varones en promedio transcurren 5.4 años de la primera relación sexual al primer hijo, mientras que entre las mujeres este lapso es de 1.7 años; hablamos de una diferencia de experiencias entre hombres y mujeres de poco menos de cuatro años. Esto confirma lo señalado respecto a las diferencias por sexo que se presentan en las relaciones de estos tres fenómenos, diferencias que tienen sus raíces principalmente en las relaciones de género. Sin embargo cabe resaltar que en los varones los intervalos no son tan amplios como se expone en otros trabajos, y por lo tanto la diferencia con las mujeres tampoco es mayúscula.

Siguiendo con el análisis de estos resultados, destaca que la actividad sexual entre los varones no ocurra tan temprano como suele suponerse; inclu-

so resultó únicamente alrededor de medio año menor que en las mujeres. Cabe aclarar que es común encontrar que las cifras que generalmente circulan respecto al inicio de la actividad sexual están basadas en cálculos sesgados. Por ejemplo, un error frecuente es obtenerla tomando en cuenta únicamente a los jóvenes que ya tuvieron esta experiencia, por lo cual el dato que se presenta está subestimado. Por ello para llegar a una estimación más representativa en este estudio se consideró la edad mediana transversal, sin tomar en cuenta a los menores de 25 años. Aun así nuestro dato todavía puede estar subestimado, ya que no tomamos en cuenta a los solteros de 25 y más años que no han tenido relaciones (dado que no se tiene esta información), aunque este grupo tiende a ser muy pequeño, incluso en el caso de las mujeres.

Analizando por lugar de residencia destaca que tanto en hombres como en mujeres la brecha entre la primera relación y la primera unión en las áreas rurales es claramente menor que en las áreas urbanas (2.6 años en áreas rurales y 4.3 en áreas urbanas en el caso de los varones, mientras que en las mujeres estos lapsos son de .5 y 1.5 años respectivamente). Por escolaridad, resalta que a mayor nivel los varones inician más temprano sus relaciones sexuales y más tarde su vida conyugal, es decir, la brecha aumenta. En contraste, a mayor escolaridad las mujeres inician más tarde sus relaciones sexuales y también su ingreso a la unión, y la brecha va disminuyendo. En cuanto al primer hijo, las mujeres con mayor nivel de escolaridad dejan pasar un poco más de tiempo después de la unión para tener a su primer hijo en comparación con el resto de las categorías; sin embargo en todos los casos se encuentra una estrecha relación entre la unión y la concepción. En cambio en los varones no hay diferencia entre el lapso entre la unión y la procreación en relación con los distintos niveles de fecundidad.

Sobre la toma de decisiones reproductivas destaca que en los varones el inicio de las relaciones sexuales es a edades más tempranas entre aquellos que consideran que las decisiones deben ser compartidas, con relación a los que creen que éstas deben ser tomadas unilateralmente (17.8 contra 19.2), e incluso el intervalo entre el sexo y la unión es mayor entre los primeros (4.2 años contra 1.8). Al parecer, los que prefieren tomar decisiones unilateralmente experimentan un patrón más "tradicional" en su comportamiento sexual marital, parecido al que se vive en las áreas rurales y entre los grupos con bajo nivel de escolaridad; es decir, su comportamiento se caracteriza por una brecha más cercana entre la sexualidad y la unión. En el caso de las mujeres la brecha es muy similar entre las que consideran que las decisiones deben ser unilaterales en comparación con las que opinan que deben ser compartidas;

sin embargo su primera relación y su primera unión son a edades más tempranas en el caso de estas últimas.

Otro indicador que también caracteriza el comportamiento de la tríada en hombres y mujeres y que además pone énfasis en el de los adolescentes y jóvenes es el porcentaje de población unida de 25 y más años que tuvo su primera relación sexual, su primera unión y su primer hijo antes de los 20 años (cuadro 6).

Cuadro 6

Porcentaje de la población unida de 25 y más años que tuvo la primera relación sexual, la primera unión y el primer hijo antes de los 20 años, de acuerdo con diversas características por sexo, 1996

	<i>Hombres</i>			<i>Mujeres</i>		
	<i>antes de los 20 años</i>			<i>antes de los 20 años</i>		
	<i>1ª relación sexual</i>	<i>1ª unión</i>	<i>Primer hijo</i>	<i>1ª relación sexual</i>	<i>1ª unión</i>	<i>Primer hijo</i>
Lugar de residencia						
Urbano	73.8	18.2	8.0	63.9	53.5	46.2
Rural	69.1	30.3	18.1	70.8	61.6	50.2
Nivel de escolaridad						
Sin instrucción	75.9	20.3	7.6	86.0	68.6	60.2
Primaria incompleta	64.2	23.5	11.3	77.5	68.7	59.9
Primaria completa	74.2	28.2	15.4	61.1	52.7	42.0
Secundaria	72.6	18.9	13.2	51.7	45.1	39.9
Preparatoria y más	78.2	17.7	5.5	37.1	18.6	10.1
Decisiones reproductivas						
Unilaterales	69.7	22.1	5.5	67.7	54.2	47.6
Compartidas	74.4	22.1	11.2	64.9	56.7	47.2
Total	18.1	22.0	23.5	18.7	19.8	20.4

Fuente: Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar, 1996.

Las tendencias son similares a las observadas en las edades medianas; es decir, la vinculación de la sexualidad con la unión y la procreación es evidentemente más estrecha entre las mujeres que en los varones. Llama la atención

que únicamente uno de cada 10 varones tuvo su primer hijo antes de los 20 años, mientras que en el caso de las mujeres es prácticamente una de cada dos. Esto muestra que la fecundidad adolescente masculina puede verse como un área no primordial dentro de la salud reproductiva, en cambio sí lo es la femenina. Mientras que por el contrario, las relaciones sexuales premarritales en los adolescentes varones son un comportamiento común —prácticamente 7 de cada 10 varones han tenido relaciones sexuales antes de los 20 años—, lo cual es muy significativo para la salud reproductiva masculina.

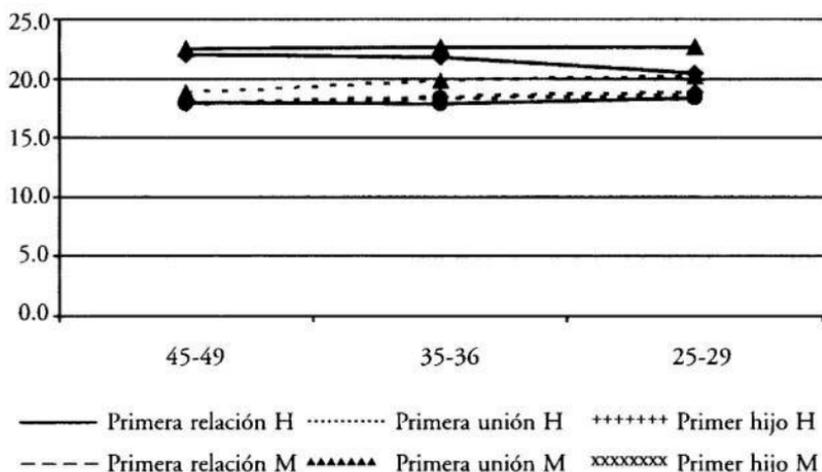
El comportamiento sexual premarital de los varones se pone también de manifiesto al conocer la cantidad de solteros y solteras que han tenido relaciones sexuales. Entre los entrevistados célibes de entre 15 y 19 años, 20 de cada 100 varones han tenido al menos una relación sexual, mientras que en el caso de las mujeres este mismo dato es de 3 de cada 100. Entre los solteros de 20 y 24 años, 70 de cada 100 hombres ya han tenido actividad sexual, mientras que entre las solteras de estas mismas edades tal número es de 20 de cada 100. De hecho, se obtuvo este indicador para las distintas variables sociodemográficas y fue interesante observar que en todos los casos las diferencias entre varones y mujeres resultaron estadísticamente significativas. Entre los varones se constató que en las áreas urbanas hay mayor proporción de solteros que han tenido relaciones sexuales que en las rurales. En las restantes características analizadas no hubo importantes diferencias entre las distintas categorías.

Ahora bien, se ha cuestionado si, dado el proceso de modernización, existe una tendencia al aumento o a la baja de la edad a la primera relación sexual, a la primera unión y al primer hijo. Se ha argumentado que en América Latina hay una tendencia a la disminución de la edad a la primera relación y al aumento de la edad a la primera unión, y también un retraso de la edad al primer hijo. A fin de analizar la veracidad de esta hipótesis se calcularon las edades medianas de los indicadores que representan a la tríada para un conjunto de tres cohortes. Esto permite observar el comportamiento de tales indicadores en tres diferentes generaciones: los nacidos entre 1947 y 1951, los nacidos entre 1957 y 1961 y por último, los nacidos entre 1967 y 1971 (gráfica 2). Cabe mencionar que en ningún caso se tomó en cuenta a los que tuvieron alguna de sus experiencias a partir de los 25 años, para evitar un sesgo respecto al tiempo de exposición al riesgo.

Nuestros cálculos difieren de la hipótesis expuesta en el párrafo anterior, ya que en los varones aparentemente hay un ligero aumento de la edad a la primera relación sexual y una fuerte disminución de la edad a la primera

Gráfica 2

Edades medianas a la primera relación sexual, a la primera unión y al primer hijo, de acuerdo con diferentes cohortes según sexo, 1996



Fuente: Encuesta de Comunicación de Planificación Familiar, 1996.

unión, lo cual nos haría pensar que el intervalo entre la sexualidad y la nupcialidad se está acortando. Asimismo se observa un pequeño aumento de la edad al primer hijo, por lo que aparentemente entre los más jóvenes hay tendencia a retrasar el embarazo después de la unión. En el caso de las mujeres se presenta un ligero aumento, constante en los tres indicadores que componen la tríada, por lo que no se registra ningún cambio entre las brechas. Es necesario advertir que se debe tener cuidado al interpretar estos datos, ya que provienen de una fuente de origen transversal y, por lo mismo, esta información está basada en la declaración de los individuos sobre un hecho alejado del momento de la entrevista, por lo que podría haber un sesgo importante en la ubicación en el tiempo.

#### Hijos fuera del matrimonio

Otro de los argumentos que se exponen con frecuencia es que los varones unidos tienden a engendrar hijos fuera del matrimonio. Para ver qué nos di-

ce la información de la Encoplaf 96 sobre esto analizamos dos indicadores: el primero referente a la proporción de unidos que han tenido hijos con otras parejas además de la actual; el segundo sobre los hijos concebidos o tenidos con la pareja actual antes de la unión.

Respecto al primer indicador se encontró que únicamente 7% de los varones unidos declaró tener hijos con otras parejas, la misma proporción que entre las mujeres. Al analizar conforme a otras variables sociodemográficas, los porcentajes fueron muy similares y las diferencias entre hombres y mujeres en ningún caso resultaron significativas. Para quitar el efecto de la edad, se obtuvo el dato únicamente para los mayores de 39 años. En este caso 7.6% de las mujeres y 11.1% de los varones indicaron haber tenido hijos con otras parejas. Aunque la diferencia no resulta estadísticamente significativa, es de 3.5 puntos porcentuales, lo cual, obteniendo el Odd Ratio, se traduce en que los varones muestran 0.65 veces mayor probabilidad que las mujeres de tener hijos fuera del matrimonio, lo cual es evidentemente pequeño.

En el segundo indicador (cuadro 7) se aprecia que entre los varones entrevistados con hijos, 4 de cada 10, concibieron al primero antes de la unión. Lo que esto sugiere es que el embarazo premarital es un hecho relativamente común (posiblemente la mayoría de éstos rara vez se planificó y una elevada proporción de varones se unió por esta situación). Esto muestra que para una parte considerable de individuos la entrada a la unión no significa un determinante de la procreación sino justamente lo contrario. Este resultado también lleva a pensar que buena parte de los varones tiene relaciones sexuales con su pareja antes de la unión y, por lo tanto, la actividad sexual fuera del matrimonio que declararon las mujeres podría estar subestimada. Es curioso observar que el porcentaje de hijos concebidos fuera del matrimonio es mayor entre aquellos que consideran que las decisiones reproductivas deben ser compartidas que entre los que opinan que han de ser unilaterales. Una hipótesis es que estos últimos siguen el modelo masculino más "tradicional" de no tener relaciones sexuales con sus parejas antes del matrimonio, aunque sí las tengan con otras mujeres. Los varones en sociedades patriarcales tienden a discriminar entre las parejas formales con las que acuerdan los compromisos, y las parejas ocasionales, estableciendo una división entre las que se "respetan" y las "otras". Las que consideran que las decisiones deben ser compartidas aparentemente están más propensas a tener relaciones sexuales con sus parejas antes de la unión, lo cual los expone más al riesgo de embarazo.

También destaca que al igual que aquellos que toman las decisiones compartidas, en las áreas urbanas y en los niveles de escolaridad altos se en-

Cuadro 7

Distribución porcentual de los varones unidos respecto a la situación marital en ocasión del primer alumbramiento, de acuerdo con diversas características, 1996

	<i>Hombres</i>			<i>Total</i>	<i>Núm.</i>
	<i>Hijos nacidos antes</i>	<i>Hijos concebidos antes y nacidos después</i>	<i>Hijos nacidos y concebidos después</i>		
Lugar de residencia					
Urbano	10.8	32.3	56.9	100.0	490
Rural	14.8	20.2	65.0	100.0	237
Nivel de escolaridad					
Sin instrucción	22.2	13.9	63.9	100.0	72
Primaria incompleta	8.2	20.9	70.9	100.0	183
Primaria completa	13.9	31.6	54.5	100.0	158
Secundaria	12.1	25.3	62.6	100.0	174
Preparatoria y más	10.0	45.7	44.3	100.0	140
Decisiones reproductivas					
Unilaterales	9.9	26.2	63.9	100.0	265
Compartidas	13.5	29.8	56.7	100.0	462
Total	12.1	28.3	59.6	100.0	727

Fuente: Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar, 1996.

cuenta la mayor proporción de varones que concibieron hijos antes de la unión y que los tuvieron después, con relación al resto de las categorías. Es decir, en estos grupos hay más altas proporciones de varones para quienes la procreación es el antecedente de la unión.

#### *La preferencia por los hijos*

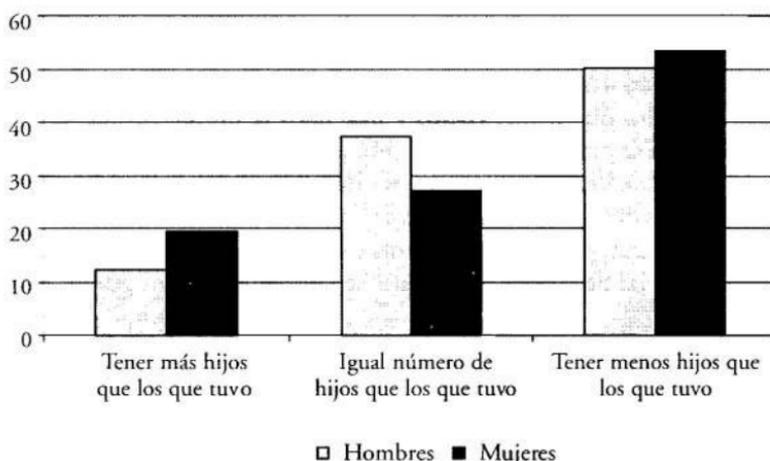
En párrafos anteriores se comentó que en la literatura es frecuente encontrar que a los varones se les asocia con una actitud pronatalista que continuamente obstaculiza el acceso de sus parejas a la anticoncepción. Sin embargo, al

parecer existen nuevas evidencias que han puesto en entredicho este tipo de comportamientos; incluso últimamente algunos especialistas sostienen que los varones han sido responsables directos de la caída de las tasas de fecundidad en México.

Con la intención de tener una idea más precisa sobre la actitud pronatalista o no de los varones, en este apartado se analiza en primer lugar la preferencia por los hijos en los varones mayores de 40 años, tras inquirir si hubieran deseado más, menos o igual número de hijos que los que tuvieron y haciendo la comparación con lo dicho por las mujeres (gráfica 3). La pregunta de la encuesta en la que está basado este análisis es: "Si usted pudiera regresar a la época en la cual no tenía hijos y pudiera escoger el número de hijas e hijos por tener en toda su vida, ¿cuántos tendría?".

Gráfica 3

Distribución porcentual de la población unida de 40 y más años que habría deseado más, menos o igual número de hijos que los que tuvo, según sexo, 1996



Fuente: Encuesta de Comunicación de Planificación Familiar, 1996.

Los resultados arrojan que poco más de la mitad de hombres y mujeres habría querido tener menos hijos de los que finalmente tuvo. Únicamente 10% de los varones indicó que le habría gustado tener más, siendo este porcentaje mayor en el caso de las mujeres (casi de 20%); es decir, aparentemente las mujeres son más pronatalistas que los varones. Incluso esta diferencia resultó estadísticamente significativa.

Atendiendo a las características sociodemográficas (cuadro 8), es interesante observar que solamente entre quienes viven en áreas rurales y tienen primaria incompleta las mujeres resultaron ser menos pronatalistas que los varones, y bien en ambos casos la diferencia no fue estadísticamente significativa. En cambio, en el resto de las categorías es claramente mayor la proporción de mujeres que habrían preferido tener más hijos. También es interesante apuntar la diferencia entre los hombres que consideran que las decisiones deben ser compartidas y los que piensan que deben ser unilaterales, resultando estos últimos con deseo de más hijos que los primeros.

Para seguir en esta línea de análisis, en segundo lugar se examinó a aquellos que no desean más hijos de acuerdo con el número de los que tenían al momento de la entrevista (gráfica 4). Se puede observar que tanto en hombres como en mujeres, cuanto mayor es el número de hijos que se tienen más aumenta el no deseo de otro hijo. También destaca la diferencia entre hombres y mujeres que tienen un hijo, y son ellos los que en mayor proporción no desean tener uno más (más de 20% de los varones con un hijo no desean tener otro más). Esta tendencia se invierte ligeramente entre los que tienen dos y tres hijos, es decir, hay una mayor proporción de mujeres que de varones que ya no desean otro hijo, aunque la diferencia en estos casos es mínima. Entre los que tienen cuatro y más hijos la proporción de los que no desean otro es prácticamente la misma en hombres y en mujeres.

Nuevamente, los únicos varones que desean más hijos que sus parejas son aquellos que consideran que las decisiones deben ser unilaterales. Incluso, haciendo la comparación entre varones se confirma que los de las áreas rurales y los de las decisiones unilaterales se encuentran en los grupos más pronatalistas.

En general los resultados presentados en esta sección no ratifican la postura respecto a la posición de los varones en favor del deseo de muchos hijos y cuya preferencia se opone a la de sus parejas. Sin embargo hay ciertos grupos demográficamente minoritarios en donde al parecer sí se manifiesta este comportamiento.

#### CONSIDERACIONES FINALES

Los resultados analizados llevan a una variedad de reflexiones que pueden ser útiles para entender la situación reciente del comportamiento de ciertas variables relacionadas con la reproducción masculina. A continuación men-

Cuadro 8

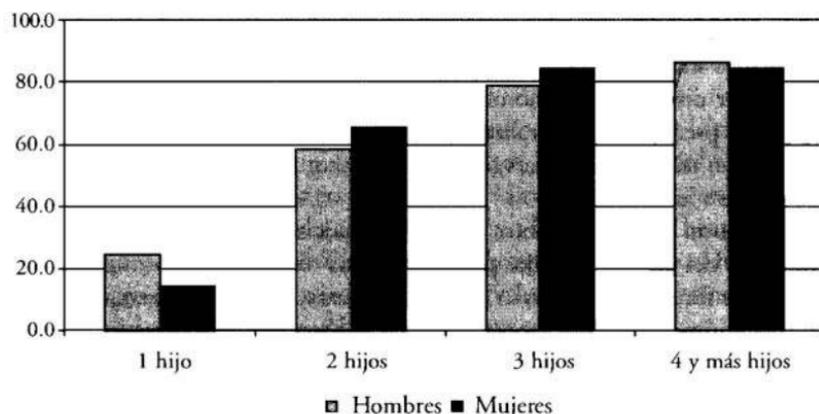
Porcentaje de la población unida de 40 y más años que habría deseado tener más hijos que los que tuvo, de acuerdo con diversas características según sexo, 1996

	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Chi cuadrada</i>	<i>Significancia</i>
Lugar de residencia				
Urbano	12.4	23.4	10.502	0.005
Rural	11.7	8.6	2.447	0.294
Nivel de escolaridad				
Sin instrucción	12.5	18.0	11.532	0.003
Primaria incompleta	14.3	12.1	0.420	0.810
Primaria completa	10.7	28.1	7.466	0.024
Secundaria	12.5	24.2	3.626	0.163
Decisiones reproductivas				
Unilaterales	21.5	27.6	3.824	0.148
Compartidas	6.2	14.1	8.248	0.016
Total	12.4	19.3	9.530	0.009
Número	298	452		

Fuente: Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar, 1996.

Gráfica 4

Porcentaje de la población unida que no desea tener más hijos, de acuerdo con el número de los que actualmente tienen para hombres y mujeres, 1996



Fuente: Encuesta de Comunicación de Planificación Familiar, 1996.

cionaremos aquellas que desde esta perspectiva parecen ser las más destacables.

La fecundidad de los varones se inicia más tarde que la de las mujeres. Aquí resulta claro que las relaciones de género en nuestra sociedad marcan diferencias en la entrada a la concepción para cada uno de los sexos. Mientras las mujeres inician su fecundidad siendo adolescentes, los varones lo hacen algunos años más tarde, generalmente estando en pareja con mujeres de menor edad que ellos.

De acuerdo con las variables sociodemográficas que se tomaron en cuenta para el presente estudio se encontró que tanto en varones como en mujeres la fecundidad es mayor entre quienes viven en áreas rurales, tienen un menor nivel de escolaridad y consideran que las decisiones reproductivas deben ser tomadas unilateralmente. Además, tanto en las áreas rurales como en un menor nivel de escolaridad se inicia la procreación a edades más tempranas. Es interesante observar que el nivel de escolaridad tiene un efecto más evidente en la baja de la fecundidad entre las mujeres que entre los varones, principalmente cuando éstas alcanzan altos niveles de formación escolarizada.

En el caso de la entrada a la procreación sucede algo parecido: la edad mediana al primer hijo entre las mujeres unidas con secundaria de entre 25 y 34 años es de 21.6, en cambio este mismo indicador entre las que cuentan con preparatoria o más es de 24.0. Entre los hombres las diferencias son mucho menores, con valores de 23.2 y 24.6. Incluso la diferencia de edad al primer hijo entre varones y mujeres con preparatoria es únicamente de 0.6 años, mientras que en los de primaria es de 2.7. Consideramos que estos resultados muestran que la influencia de ciertas variables en la fecundidad puede ser distinta en los hombres y las mujeres; con ello se confirma que se pierde precisión al generalizar las explicaciones para todos los individuos cuando en realidad las observaciones se realizan tomando en cuenta principalmente a las mujeres.

Por otro lado se encuentra la tan nombrada subestimación o poco conocimiento del número de hijos por parte de los varones. Los datos que arroja nuestra información muestran que efectivamente existe una ligera diferencia entre el número de hijos reportados por hombres y por mujeres, tanto en el caso de los solteros como de los unidos. Esto hace pensar en un subreporte de los varones, obviamente suponiendo que el índice calculado para las mujeres sea el correcto; sin embargo este subregistro es mucho menor que lo que habitualmente se supone e incluso podría ser producto del diseño de la en-

cuesta. También hay que tener en cuenta que no se consideró a los divorciados, separados o viudos; además todos los varones unidos entrevistados eran cónyuges de mujeres entrevistadas y posiblemente muchos de ellos fueron encuestados a la misma hora y en el mismo lugar que ellas, lo que lleva a pensar que se omitió información. Es aún necesario el diseño de alguna fuente de información que capte la fecundidad tomando en cuenta los aspectos metodológicos para obtener datos plenamente confiables, y con ellos analizar las posibles variaciones de este fenómeno con relación al sexo de los individuos.

Por otro lado, si bien es por demás conocida la brecha entre la primera relación sexual y la primera unión en los varones, no está totalmente clara la magnitud de dicha brecha. Revisando diversos estudios Szasz (1998) encontró que en México este lapso tiene un promedio de 7 años; en cambio según nuestros cálculos es de 4. Siendo así, la diferencia en la brecha entre hombres y mujeres sería solamente de 3 años y no de 6, y así la separación de este tipo de experiencias entre hombres y mujeres no es tan marcada en términos numéricos como se cree.

Al igual que el punto anterior, también existe la idea de que los varones inician su actividad sexual a edades muy tempranas; incluso algunos cálculos indican que en promedio tienen el primer coito a los 16 años. Nuevamente nuestros resultados son distintos: se observa un inicio más temprano en las relaciones sexuales de los hombres con relación a las mujeres, sin embargo no lo es tanto como se ha argumentado en otros estudios, aunque como se observó anteriormente, muchos de ellos presentan cálculos de manera sesgada. Lo que sí es evidente, y se confirma numéricamente en nuestro estudio, es la participación más activa del hombre que de la mujer en el ámbito sexual antes de la unión.

Otra cuestión que se analiza con frecuencia es si la edad a la primera relación sexual está disminuyendo y, si por otro lado, las edades a la primera unión y al primer hijo están aumentando, lo cual implicaría que el periodo de actividad sexual no ligado al matrimonio y a la fecundidad ha crecido. En este sentido, el análisis de la Encoplaf 96 muestra que no hay evidencia clara de tal suposición; en las mujeres dicho intervalo al parecer permanece constante y entre los varones puede incluso estarse reduciendo.

Otro punto que cabe destacar es la estrecha relación entre la unión y la concepción, ya que en gran número de ocasiones esta última antecede a la primera. Tal información tiene al menos dos posibles implicaciones. La primera es que muchos varones y gran número de mujeres toman la decisión de

unirse al encontrarse con un embarazo. Esto curiosamente es más frecuente en las áreas urbanas, en mayores niveles de escolaridad y entre quienes consideran que las decisiones de la pareja deben ser compartidas. La segunda implicación es que una gran proporción de solteras tiene relaciones sexuales con su pareja, situación que muchas veces ellas mismas niegan, dado el valor sociocultural con que todavía cuenta la virginidad antes del matrimonio.

De acuerdo con estos resultados, en general se podría decir que el comportamiento sexual premarital es más común en los individuos que viven en las áreas urbanas, con mayores niveles de escolaridad y que consideran que las decisiones reproductivas deben ser compartidas por la pareja, por lo cual esta práctica correspondería a un contexto "moderno" por llamarlo de alguna manera, en donde no existe un control tan estricto de los roles sexuales que viven hombres y mujeres en sociedades jerárquicas patriarcales como la nuestra. Más aún, es interesante observar que los hombres que representan este contexto más "moderno" muestran tendencias reproductivas más parecidas a las de las mujeres que representan un contexto más "tradicional", como las edades tardías a la primera relación sexual y un nexo más estrecho entre la tríada, mientras que las mujeres que representan a este contexto más "moderno"; es decir, aquellas con mayores niveles de escolaridad, que viven en áreas urbanas, y más propensas a compartir espacios con la pareja, presentan tendencias reproductivas más parecidas a las de los varones que representan un contexto más "tradicional", en donde se establecen jerarquías patriarcales más rígidas. Esto nos lleva a pensar que ciertos comportamientos reproductivos parecidos entre hombres y mujeres no necesariamente implican mayor equidad en las relaciones de género.

Otra percepción que se tiene sobre el comportamiento de los varones es que tienden a ser pronatalistas y con abierta oposición a los deseos de sus esposas de limitar el número de hijos. En cierta forma la tendencia observada fue exactamente la opuesta; es decir, hubo mayor porcentaje de mujeres que de varones con deseos de más hijos. Sin embargo también hay que apuntar que esta actitud pronatalista de los varones caracteriza a ciertos grupos sociales que corresponden a los que hemos venido llamando "tradicionales".

Los hallazgos mostrados en este artículo respaldan la idea de que en México, al menos en ciertos sectores, se presentan nuevas formas de ejercer la masculinidad, en donde los rígidos roles que solían desempeñar los varones para demostrar su virilidad se están volviendo más flexibles. Estas nuevas formas se traducen en cambios en el desempeño reproductivo de ambos sexos. Por ello no coincidimos con quienes estereotipan el comportamiento de

los varones en este campo, pues si bien es cierto que tales estereotipos corresponden a ciertos núcleos de la sociedad, por lo general no reflejan a la mayoría de los mexicanos, e incluso dentro de estos mismos núcleos no siempre se presentan situaciones tan exacerbadas como las que algunos especialistas refieren. Por lo tanto se sugiere el ejercicio de la contextualización y no de la generalización, para lo cual es necesario encontrar los diversos matices que representan los cambios reproductivos experimentados por diferentes sociedades, lo cual únicamente será posible con el uso de metodología cualitativa y de cuantitativa estratificada.

Sin embargo, a pesar del ejercicio de diversas masculinidades y de comportamientos reproductivos no tan "tradicionales", aún imperan en México las dinámicas patriarcales basadas en rígidas relaciones de género que en muchas ocasiones se traducen en experiencias poco placenteras en el comportamiento reproductivo tanto de ellos como de ellas. Este panorama plantea serios retos para la sociedad en su conjunto, la cual debe aprovechar el proceso de transición en que se encuentra la región latinoamericana para que dicha transición represente un avance para el bienestar de todos.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bongaarts, John (1978), "A Framework for Analyzing the Proximate Determinants of Fertility", *Population and Development Review*, vol. 4, núm. 1, pp. 105-132.
- Campbell, Oona, John Cleland, Martine Collumbien y Karen Southwick (1999), *Social Science Methods for Research on Reproductive Health*, Génova, World Health Organization.
- Carleton, Robert y Walter Mertens (1972), *Aspectos metodológicos y sociológicos de la fecundidad humana*, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía.
- Connell, Robert (2000), *The Men and the Boys*, Australia, Bretaña, EU, Allen & Unwin/Polity Press/University of California Press.
- Consejo Nacional de Población (1997), *Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar 1996*, México.
- Davis, Kingsley y Judith Blake (1956), "Social Structure and Fertility: An Analytic Framework", *Economic Development and Cultural Change*, núm. 4, pp. 211-235.

- Figueroa Perea, Juan Guillermo (1998), "La presencia de los varones en los procesos reproductivos: algunas reflexiones", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 153-180.
- \_\_\_\_\_ y Eduardo Liendro (1995), "La presencia del varón en la salud reproductiva", en Ellen Hardy, María Jose Duarte y Evelin Rodrigues (eds.), *Ciencias sociales y medicina: Perspectivas latinoamericanas*, Brasil, Universidad de Campinas, pp. 193-226.
- Greene, Margaret y Ann Biddlecom (1997), "Absent and Problematic Men: Demographic Accounts of Male Reproductive Roles", *Policy Research Division Working Paper*, núm. 103, Nueva York, Population Council.
- Guzmán, José Miguel, Ralph Hakkert, Juan Manuel Contreras y Martha Falconier (2001), *Diagnóstico sobre salud sexual y reproductiva de adolescentes en América Latina y el Caribe*, México, Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- Lagarde, Marcela (1994), "La regulación social del género: el género como filtro de poder", *Enciclopedia de la sexualidad*, México, Consejo Nacional de Población, vol. I, pp. 389-425.
- Lerner, Susana (1998), "Participación del varón en el proceso reproductivo: recuento de perspectivas analíticas y hallazgos de investigación", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 9-44.
- Mertens, Walter (1970), "Investigación sobre la fecundidad y la planificación familiar en América Latina", *Conferencia Regional Latinoamericana de Población*, vol. 1, México, El Colegio de México.
- Rubin, Gayle (1996), "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo", en Marta Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial Porrúa, pp. 35-96.
- Szasz, Ivonne (1998), "Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 127-152.

III  
EXPERIENCIAS DE LA PATERNIDAD  
EN ENTORNOS PARTICULARES



# VALORACIÓN RETROSPECTIVA Y PROSPECTIVA DEL EJERCICIO DE LA PATERNIDAD A PARTIR DE LA EXPERIENCIA DE HIJOS ADULTOS EN SOLTERÍA. HISTORIA DE CASO

Olivia Tena Guerrero<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

Es común escuchar discursos en los que se atribuye a las mujeres, y particularmente a las madres, la reproducción de normatividades y cosmovisiones patriarcales, lo cual coincide con algunas críticas al feminismo.

Este tipo de discursos asume la presencia constante de la madre al lado de los hijos como una muestra de su total responsabilidad en la formación de éstos dejando a un lado el igualmente importante papel del padre, tanto por su presencia, en algunos casos, como incluso por su ausencia total y constante en otros. La ausencia continuada del padre transmite visiones de género que tienden a reproducir las nociones de que el lugar de los varones está en el ámbito público y que el privado es femenino, con las responsabilidades que esto implica. La división sexual del trabajo es determinada por los preceptos sociales y se traduce en hechos cotidianos, tales como la experiencia del padre ausente, mismos que reproducen dichas nociones.

Es cierto que en nuestra sociedad aún son las mujeres quienes tienen mayor contacto cara a cara con los hijos, lo que ha creado el mito de que reproducen los estereotipos masculinos de los que ellas mismas son víctimas. Sin embargo las relaciones humanas deben ser siempre analizadas más allá de lo aparente para descubrir las redes que inciden en la personalidad de los hijos como futuros adultos socializados.

El conocimiento científico legitimado aún atribuye a la madre en muchos casos la responsabilidad o culpa de los vaivenes en el comportamiento

<sup>1</sup> Profesora-investigadora de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.

de los hijos. Esta legitimación se mantiene tanto en la sociedad como en el gabinete psicológico y médico, donde, al igual que en el confesionario, se tiende a imputar a la madre lo que a los hijos les sucede, ya sea por su distanciamiento o su excesivo apego. Por lo anterior, muchas terapias psicológicas suelen centrarse en el cambio de ellas y no en el de los padres.

La descripción de las relaciones aparentes, en este sentido, lleva a conclusiones simplistas y reduccionistas ante un proceso de socialización sumamente complejo, y con este tipo de descripciones se corre el riesgo de ubicar a las mujeres en el extremo de víctimas y victimarias de las desigualdades de género, minimizando la influencia del padre.

Este hecho lo documentan ampliamente Walters *et al.* (1991) y Goodrich *et al.* (1989) y ha sido experimentado por infinidad de mujeres que solicitan servicios con psicólogos e incluso psicólogas que analizan los problemas haciendo a un lado la perspectiva de género.

Esta centralidad en la madre se ha reflejado también en las investigaciones sobre las prácticas de crianza y reproductivas. Algunos autores han resalado el hecho de que el tema de la reproducción tiende a tratarse desde la perspectiva femenina, ya sea midiendo las tasas de fecundidad a partir de las mujeres o examinando sus proyectos reproductivos sin considerar la realidad masculina (Muszkat, 2000; Figueroa y Rojas, 2000). Muszkat observa que incluso en los estudios de género la maternidad suele ser un eje central de análisis, con lo cual se mantiene el supuesto cultural de que el padre no participa en los procesos de reproducción biológica y social.

La paternidad como objeto de estudio en las ciencias sociales es de reciente emergencia y ha comenzado a mostrar los patrones de crianza y negociación de los varones en sus familias. Schmuckler (1989) realizó una investigación observando a 12 familias de los sectores populares de Buenos Aires e identificando la autoridad jerárquica del padre frente a la autoridad subordinada de la madre.

Schmuckler (*op. cit.*) describe la autoridad del padre como recitación de reglas, mientras que en la madre encuentra reacciones contextuales ante el comportamiento de los hijos con ciertas modalidades de resistencia informal, o acatamiento y vigilancia de las reglas paternas. En este mismo sentido De Keijzer *et al.* (1997) evidencian la influencia del padre en la crianza de los hijos, y afirman que aunque los niños son educados cercanamente por mujeres, ellas suelen hacerlo valiéndose de un poder delegado, vigilado por el poder superior de los varones que les pone límites, y no mediante un poder autónomo.

La vivencia de la paternidad es fundante en la vida de los individuos en el sentido de su importancia, tanto desde la posición del mismo padre como de los hijos que procrea. Al hablar de la vivencia de la paternidad este trabajo no sólo se refiere a la experiencia de ser padre, sino también a la vivencia de la paternidad desde el ser hijo y la influencia o secuelas que esta última experiencia tiene tanto en el ejercicio de la paternidad como en la propia identidad masculina.

Torres (2002) realizó entrevistas a varones y mujeres mexicanos y encontró que los hijos varones percibían en menor grado que las mujeres las normas paternas y maternas respecto a sus prácticas sexuales. El papel que la mayoría apreciaba del padre era de productor de reglas y vigilante de su acatamiento valiéndose de la madre, lo cual fue más frecuente en las mujeres, ya que los varones también percibieron a sus padres como vigilantes directos. Esto último puede ser indicador de una mayor preocupación de los padres por la construcción directa de identidades masculinas en sus hijos varones.

Al respecto Muszkat (2000) encontró por medio de entrevistas con varones adultos unidos, que percibían a sus madres no como mujeres sumisas que seguían las instrucciones autoritarias de sus padres, sino como sobreprotectoras y autoritarias, dueñas del espacio privado de la casa, aunque más afectuosas y más ligadas emocionalmente a los hijos que el padre.

Al padre lo percibían como rígido, ausente y distante. A pesar de ello refirieron situaciones en que el padre los admitía en su mundo masculino en el deporte y, ya mayores, en la asistencia a bares, actividades típicamente masculinas que creaban cierta complicidad de género. Los hombres mayores recrearon en muchos sentidos el modelo del "hombre de la casa" paterna, aunque modificaron ciertas prácticas por la presión de sus parejas. Los más jóvenes buscaron un nuevo modelo de paternidad y de relación conyugal, aunque no siempre con éxito debido a cierta prevalencia de las representaciones esencialistas que adjudican a la mujer un papel fundamental y natural en la crianza. Estas representaciones, al ser históricas, están regidas por orientaciones simbólicas normalizadas macrosocialmente, lo que hace difícil su transformación, pues coexisten con diferentes representaciones sobre las relaciones familiares.

Entre los resultados reportados por Muszkat (2000) sobresale, dados los objetivos del presente trabajo, la crítica que hicieron los varones adultos al estilo de paternidad que tuvieron como modelo a través de su propio padre y el posterior rescate de dicha imagen paterna cuando se cumplieron los roles de sustentador económico y protector, resaltando su presencia moral en térmi-

nos de trabajo, responsabilidad y estatus. Muszkat refiere que esta crítica y rescate del padre fueron comunes tanto en las narraciones de los varones como en las de mujeres.

Siguiendo con esta línea de investigación, el presente trabajo pretende documentar las transformaciones o permanencias de valoraciones culturales sobre las formas dominantes de masculinidad basándose en los testimonios de adultos solteros sobre el estilo de paternidad de sus padres y la influencia en la construcción de su masculinidad.

El marco teórico y analítico se centra en una perspectiva de género que atraviesa y media como eje las particularidades con que se actualizan las prácticas humanas y, en este caso, las prácticas paternas. La perspectiva de género permite entender dichas prácticas en su sentido dinámico y cambiante en el tiempo y en el espacio, dado que es a partir de ella que las diferencias y desigualdades entre los individuos de diferente sexo se asumen construidas histórica y socialmente y, por lo tanto, viables de ser deconstruidas tras un análisis de sus supuestos.

Se parte de una concepción del comportamiento y de las prácticas humanas como constantemente sujetos a valoración por un mismo individuo y por los otros con base en normas morales implícitas y explícitas. Por tanto, si bien la paternidad como práctica masculina se actualiza de manera diversa de acuerdo con las situaciones particulares, se evalúa de acuerdo con normas sociales mediadas por un ideal hegemónico de masculinidad, las cuales requieren ser exploradas en el tiempo para identificar sus transformaciones a través de generaciones, así como los supuestos y creencias subyacentes no cuestionados.

Dicha exploración no es viable al margen de la familia, dado que es ésta el lugar primero en el aprendizaje de normas, de las primeras nociones de disciplina y obediencia, así como de su aplicación desigual de acuerdo con el género asignado. En esta institución social se aprenden los primeros estereotipos en los significados de la paternidad y las prácticas asociadas a la masculinidad como autoridad y poder, significados y prácticas que son viables de ser cuestionados en el tiempo, lo que puede propiciar la emergencia de nuevos estilos de paternidad inmersos en relaciones más afectivas e igualitarias.

Ciertamente, es en la familia donde se aprenden por primera vez los valores y prácticas de la masculinidad y la feminidad, pero los hijos y las hijas también están, desde muy temprana edad y a lo largo de su vida, expuestos a otros modelos de masculinidad y feminidad, lo que en ocasiones es fuente de tensiones y conflictos y, por tanto, de potenciales transformaciones.

La condición masculina se construye sobre la base de supuestos racionalistas, que a la vez se actualizan en la forma de masculinidades diversas de acuerdo con las también diversas situaciones de vida. Sin embargo, dichos supuestos han generado estereotipos como el del varón carente de necesidades emocionales, competitivo, violento, sexualmente impulsivo, laboral y familiarmente responsable como proveedor (véase Seidler, 2000).

Con base en dichos estándares simbólicos se han validado históricamente las prácticas masculinas y, entre éstas, las prácticas paternas. Con base en tales modelos se analizan en este trabajo las valoraciones cristalizadas y emergentes sobre el ser padre en el marco de diferentes organizaciones familiares mediante entrevistas a solteros adultos a modo de historias de vida. Aunque el objetivo del texto se centra en el tema de la paternidad en su indisoluble relación con la identidad masculina, se presentan también testimonios de solteras adultas con el fin de documentar de manera más precisa las desigualdades de género construidas socialmente a partir de voces femeninas y masculinas sobre su propia vivencia de la paternidad desde el ser hijos o hijas.

No está de más insistir en que aunque este trabajo tiene como objetivo un análisis centrado en la familia y particularmente en la percepción de los modelos paternos en la construcción de las masculinidades, también se parte del supuesto de que la construcción de género no se reduce a ésta. Los ámbitos macrosociales dan cuenta de procesos formadores de género que son reproducidos como símbolos y normas en diversos espacios socializadores primarios.

#### EL ESTUDIO DE CASO

Incluimos aquí un estudio de caso cuya base son algunas historias de vida obtenidas entre los años 1999 y 2000 por medio de entrevistas abiertas realizadas a cuatro varones y cuatro mujeres seleccionados con base en características predefinidas: ser mayores de 30 años, nunca haber estado unidos, no haber tenido hijos, cohabitar con la familia de origen en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y contar con ingresos propios producto de su trabajo.

La aproximación a historias y formas de vida de solteros y solteras permitió, por un lado, identificar diferentes significados atribuidos a la paternidad a partir de diversas condiciones de género y contextos familiares sin preten-

der la búsqueda de generalizaciones. Más que eso, se exploraron las normativas y sus significados en la experiencia de la paternidad, las resistencias o adaptaciones, y la reproducción de las normas o la percepción de conflictos y ambigüedades.

El análisis de las narraciones de los sujetos incluyó la búsqueda de semejanzas argumentativas en la lógica del discurso de un mismo individuo y entre sujetos, considerando que los casos analizados pudieran compartir significados construidos en un mismo entramado cultural. Conforme a esta lógica se incluyen referencias a prácticas efectivas a partir de los discursos recabados por medio de las entrevistas cara a cara donde el sujeto no sólo describe lo que hace y piensa en relación con la paternidad, sino cómo percibe lo que los otros hacen y piensan.

Las entrevistas se llevaron a cabo con base en una guía estructurada a modo de historias de vida, la cual incluyó diversos temas relacionados con la producción, percepción e interpretación de los hechos pasados y presentes, así como sobre sus expectativas y proyectos de vida. El guión construido como base de las entrevistas siguió en general un orden cronológico con una constante referencia a la temática familiar, lo que permitió interpretar diferentes significados de la paternidad y su relación con los significados del ser varón y mujer, así como las formas en que éstos fueron construidos en la vida de los informantes.

La entrevista abarcó algunos antecedentes y experiencias familiares desde su origen, durante la niñez y la adolescencia como experiencias relevantes con compañeros y amigos. Entre otros temas se incluyeron las experiencias sexuales y amorosas desde la adolescencia hasta la edad adulta, el significado de la maternidad y de la paternidad, del matrimonio y de la religión, sus experiencias laborales y el impacto de sus ingresos económicos en sus cambios de vida actuales y potenciales.

Para los fines de este trabajo se presentan testimonios de la trayectoria de vida de los sujetos, con especial atención en su vida familiar, teniendo siempre presente que la familia, aunque crucial, constituye sólo uno de los espacios sociales que participan en la producción y reproducción de normas y valoraciones relacionadas con el deber ser femenino y masculino (Salles, 1997).

Los sujetos se seleccionaron tras la recomendación de personas cercanas, quienes después de hablarles someramente sobre las características del estudio, les pidieron autorización para proporcionar a la investigadora sus datos

básicos y establecieran un contacto directo. Ellos me recomendaron con otras personas que cumplían con las características deseadas.<sup>2</sup>

Las características de los informantes se definieron atendiendo a la consideración teórica de que el hecho de que fueran adultos solteros con ingresos económicos propios los proveería de mayores recursos sociales y materiales para cuestionar o transgredir las normas respecto a sus prácticas sexuales y reproductivas; estimé que si estos individuos estuvieran unidos en pareja o con hijos, al haber experimentado ya la conyugalidad o la paternidad en primera persona se verían obstaculizados para referir sus miedos o deseos actuales ante tal tipo de decisiones.

Por otro lado, el que estos sujetos fuesen dependientes económicos dificultaría analizar los nexos de una autonomía en el plano económico con una autonomía moral en relación con el ejercicio de sus derechos reproductivos.

El elegir sujetos que continuaran viviendo con su familia de origen se decidió para hacer más viable la exploración de las tensiones que surgen entre las normas familiares y su cuestionamiento o transgresión, lo que se facilita cuando hay recursos económicos propios, el reconocimiento social como adulto y el contacto con diversos espacios socializadores externos a la familia, por un lado los adultos se suponen autónomos por nuestra cultura, pero el vivir en la familia de origen posiblemente les lleve a desempeñar el papel histórico de hijos de familia con todo lo que esto implica en cuanto al cumplimiento de normas; es decir, en algunos casos quizás se espere un comportamiento dependiente en familia y autónomo fuera de ella. Si hubiésemos elegido sujetos solteros que viviesen fuera del núcleo familiar de origen, se dificultaría explorar esta discordancia.

El restringir la población de estudio a un área geográficamente delimitada como la zona metropolitana compartida por la ciudad de México y el Estado de México, obedeció a que en las urbes complejas como la elegida confluyen diversas normatividades por su característica migratoria; en las grandes zonas urbanas convergen normatividades tradicionales y modernas, y dado el interés de este estudio por indagar las tensiones consecuentes y la forma en que los sujetos las resuelven, consideré relevante limitar el estudio a esta zona geográfica.

Finalmente cabe recalcar que decidimos trabajar con informantes varones y mujeres con el fin de identificar las posibles diferencias de vivir la pater-

<sup>2</sup> Respecto al uso sistemático de esta técnica conocida como *network*, véase Muszkat, 2000.

nidad desde el ser hijo o hija en la madurez y de resolver las tensiones mencionadas que pudieran explicarse con base en el género de los sujetos.

## RESULTADOS

Debo advertir que en todos los casos que presento se cambiaron los nombres propios, nombres de personas, incluidos los de mis informantes y sus familiares, amigos y relaciones, nombres de lugares como restaurantes, colonias residenciales y profesiones para guardar en lo posible la confidencialidad de la información, tal como acordé con las mujeres y los varones que me confiaron sus voces, de modo que al leer este texto no sea fácil distinguir a la persona de quien se habla, esperando que únicamente ellos mismos se reconozcan.

En el cuadro 1 se sintetizan algunos datos demográficos de cada uno de los casos.

### *Construcción de la imagen paterna*

El recuento de los hechos relacionados con los padres comienza incluso antes de la relación con sus madres. Algunos vincularon el origen de sus padres con ciertas tradiciones específicas sobre sus costumbres, valores y estilos de crianza:

[...] mi papá estuvo un tiempo en Estados Unidos trabajando. Entonces también, parte de su formación se la hizo alrededor de los gringos ¿no? En aquellos gringos ordenados, que las cosas se deben de llevar en orden, se deben de pagar impuestos, no debe haber ningún fraude por ahí, debes de traer licencia [...] que esas fueron fricciones [...] Yo creo éramos más liberales, se puede decir, por su nexa con los gringos que muchas familias ¿no? (Antonio, 43 años, estudios profesionales.)

A pesar de que la procedencia de origen del padre de Antonio es de Los Altos de Jalisco, zona culturalmente identificada con costumbres conservadoras, el haber emigrado durante su soltería a la ciudad de México y después a Estados Unidos parece haber favorecido que ampliara sus horizontes éticos, incorporando valores más liberales según la percepción de este informante.

Cuadro 1

Características generales de las personas entrevistadas

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Escolaridad de la madre y del padre</i>	<i>Área laboral</i>	<i>Tipo de ingreso y posición</i>
Fernanda	32	Estudios profesionales	Madre: bachillerato incompleto Padre: primaria	Educación	Asalariado, mando medio
Nidia	48	Estudios profesionales	Madre: primaria	Seguridad social	Asalariado, subordinada
Pilar	44	Carrera técnica sin bachillerato	Madre: técnica Padre: técnico (finado)	Empresa privada	Asalariado, subordinada
Norma	43	Estudios profesionales	Madre: técnica Padre: profesional (finado)	Educación	Asalariado, subordinada
Humberto	32	Secundaria incompleta	Madre: primaria incompleta Padre: secundaria	Comercio	Por cuenta propia, patrón
Diego	39	Bachillerato incompleto	Madre: primaria incompleta Padre: profesional incompleta	Comercio	Asalariado, subordinada
Ernesto	37	Estudios profesionales	Madre: bachillerato Padre: secundaria	Educ. y serv. prof.	Asalariado y por cuenta propia Subordinado y por cuenta propia
Antonio	43	Estudios profesionales	Madre: bachillerato (finada) Padre: Secundaria	Educ. y serv. prof.	Asalariado y por cuenta propia Subordinado e independiente

Entre otros, Antonio identifica el orden y la honestidad en contraposición probablemente con el desorden y la corrupción como prácticas mexicanas. Es interesante observar que en su narración menciona esta contraposición como uno de los factores que le causaron fricciones con su padre, ya que esto pudiera significar una primera identificación con tales prácticas, que considera nacionales. Él ejemplifica:

[...] nos peleábamos porque por ejemplo yo no traía licencia y él indignadísimo porque no traía licencia. “No pus yo aquí los soborno”, y tú siempre muchas veces llegas a discutir sobre si es o no, y ahora yo tengo más elementos para poderle decir: “Yo reconozco mucho lo que me enseñaste, pero soy una persona diferente y quiero hacer las cosas también diferentes.”

Al extenderse más en su descripción de lo que para él significa que su padre sea “más liberal por sus nexos con los gringos”, él habla también de la forma de vestir que les inculcó:

Y te dabas cuenta en muchas cuestiones, en esto ¿no? En ese tiempo qué ibas a salir tú en *shorts*, era poco común ¿no?, y nosotros desde chicos, nos gustaba andar en *shorts* lavando allí el carro, cuestiones que te vas dando cuenta ¿no?

Aquí era poco común, igual en ese tiempo, que la gente se vistiera de *jeans* y de tenis, y él todo, yo me acuerdo que todavía a los 23, 24 años, me interesé en comprar unos zapatos, porque siempre nos acostumbró a traer tenis y nuestros *jeans*.

Asimismo de su disposición hacia las labores domésticas: “si tú me llegas a ver algún día, allí está limpiando la banqueta, cuando están lavando se pone a lavar, yo me acuerdo cuando estábamos chicos, después de que se murió mi mamá, todos nos batíamos ¿no? pero mi papá se ponía a lavar”.

Respecto a esta última práctica “liberal” de su padre, identificada por Antonio como de influencia extranjera, él también parece disentir, pues prefirió las prácticas que tal vez considera mexicanas, en el sentido de que el varón no tiene por qué introducirse en un ámbito que no le corresponde por género, lo cual parece sugerir cuando dice: “y yo hasta en muchas cosas digo, ‘para qué se mete él en esas broncas’, y él nos insiste mucho”.

También en sus relatos hubo quienes hablaron de padres que vivieron desde jóvenes en la ciudad de México. Me platicaron lo que sabían respecto

a su forma de vida en esos tiempos, así como sobre algunas dificultades que sortearon:

[...] él [mi papá] es de aquí, vivían en un cuartito, tenían una cama para los 11 hermanos; me platican que a veces comían frijoles, o sea mal, y entonces, tenían un tío que era zapatero y fue el que le dio trabajo, mal pagado, después este..., él consiguió trabajo de mesero, y de allí empezó su trayectoria y de allí a salir adelante. (Humberto, 32 años, secundaria.)

Este tipo de testimonios habla de las dificultades que en el terreno económico y laboral sufrieron los padres de algunos solteros en su juventud temprana antes de unirse. En las narraciones se advierte que para ellos fue una necesidad salir a trabajar dadas las carencias económicas de la unidad doméstica de origen, más que por elección.

Al hablar de sus progenitores en el pasado, y de la situación en que se conocieron, algunos refirieron las costumbres de sus grupos sociales en esa época y ese espacio social:

[...] luego platico con mi mamá y dice que iba a los bailes, a mi mamá no le gusta ir a los bailes, a mi papá sí le gustaba ir a los bailes del salón, iba mucho, y me imagino que allí se conocieron. (Nidia, 48 años, estudios profesionales.)

Mi mamá iba al baile, mi mamá trabajaba de sirvienta en una casa, y fue al baile, y él era mesero y allí fue donde se conocieron. (Humberto, 32 años, secundaria.)

Tanto en el caso de Nidia como de Humberto, sus padres se unieron sin un matrimonio formal, y al igual que los padres del resto de los solteros y solteras, estas uniones fueron las primeras que establecieron. Algunos se unieron en matrimonio legal antes de concebir hijos, otros se casaron cuando ya los tenían, y en el caso de los padres de Nidia, su unión fue consensual bajo promesa de matrimonio ante el embarazo de la madre: "mi mamá se embarazó [...] Según mi mamá [...] mi papá siempre decía que se iban a casar el 3 de julio, el cumpleaños de mi mamá" (Nidia, 48 años, estudios profesionales).

Algunas de estas uniones fueron transgresiones femeninas ante los mandatos del propio padre:

Mi mamá se tuvo que casar porque ya no soportaba su casa, no se casó embarazada pero sí se casó a escondidas, se escapó de su casa. Dice mi papá que cuando se casó por la iglesia él traía la pistola aquí, porque tenía miedo de que llegara mi abuelo a balacearlo, ya lo había balaceado antes. (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

En estos dos casos se ejemplifican transgresiones a normas morales religiosas y sociales; aun cuando en la práctica participen tanto varones como mujeres, tradicionalmente se consideran femeninas, relacionadas con la sexualidad y el matrimonio. Estos descatos a la norma fueron cometidos por las madres de mis informantes; el tener relaciones sexuales, embarazarse y unirse fuera del matrimonio fue ejemplificado por la madre de Nidia, y por la de Ernesto casarse aun ante la oposición del padre.

La norma religiosa que desapruueba el embarazo y la maternidad en la soltería fue descatada por la madre de Pilar, quien tuvo un hijo fuera del matrimonio, a quien dejó viviendo con su madre (la abuela de Pilar) cuando decidió casarse y tener otros hijos: "Cuando se casaron mis papás, mi mamá dejó a Gabriel que es mi medio hermano, en casa de mi abuela materna, porque, bueno, según lo que dice mi mamá, es que mi papá no lo trataba muy bien y que prefirió dejarlo allá" (Pilar, 44 años, carrera técnica).

La decisión de la madre de Pilar de dejar a su hijo para casarse refleja un posible conflicto de normatividades que finalmente la llevó a inclinarse hacia el matrimonio antes que cumplir con el mandato de ser "buena madre" en el sentido tradicional: siempre presente, dispuesta y dadora de sí. Sin embargo, aunque el que la madre haya dejado a su hijo ciertamente es una forma de transgresión a esta norma, puede ser visto como una estrategia de *acomodación* ante lo que probablemente esperaba de ella su nueva pareja: empezar una vida juntos sin más hijos que los que ellos procrearan, formando una familia nuclear.

Los conflictos e incluso las separaciones fueron frecuentes en los testimonios recabados, y tales sucesos resultaron centrales en la construcción de la imagen paterna y materna por la forma en que los enfrentó cada uno de sus padres:

[...] para mí fue muy difícil en primera parte, antes de la disolución del matrimonio, porque a mí me tocó vivir los enfrentamientos directos sin saber las razones, las agresiones, los golpes, las amenazas. (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

[...] yo siempre pensaba que se habían separado por mi culpa, yo siempre tuve esa impresión, como que de alguna forma, y yo no sé, yo eso no lo puedo decir porque no, no juro que yo lo haya oído. (Nidia, 48 años, estudios profesionales.)

Mi papá [...] del broncón que hubo y todo hasta le pegó. (Pilar, 44 años, carrera técnica.)

Mi padre nos dejó cuando tenía 15 años [...] al principio lo odié, nos íbamos a los golpes [...] Pensaba que era malo..., y llegué a desearle la muerte. (Diego, 39 años, bachillerato.)

Estas narraciones mostraron las rupturas y la dificultad de estas familias para negociar sus relaciones e incluso sus separaciones de una manera abierta, incluyendo la información a los hijos de los cambios que iban a experimentar. Tanto ellas como ellos hablan de un desconocimiento de “las razones”; de haberse adjudicado la “culpa”; de una abrupta ausencia definitiva del padre sin saber “qué pasó”, y de haber pensado que el padre “era malo”, lo cual evidencia una muy probable desinformación respecto a los hechos, de los que tuvieron conciencia únicamente al vivir su consumación y cuyos detalles han ido descubriendo a lo largo de su vida a través de lo que en algunos casos sus padres y madres les cuentan, de lo que ellos mismos han vivido en relación con ellos en el transcurso del tiempo, y de reflexiones posteriores.

Mi papá estaba yo creo que loco, loco, loco. Yo creo que tenía tanta..., bueno, eso es lo que deduzco ahora ¿no?, después de analizar las cosas y todo, este..., pues... mucha... egoísmo ¿no? (Pilar, 44 años, carrera técnica.)

Según mi mamá, yo no le creo nada, nunca le voy a creer... Mi papá después le salió con que ya se había casado con esta señora, con la que era mi madrastra, pero que le diera una oportunidad. Mi mamá dijo que no, que a la goma, que además, que no lo quería. Yo no creo eso la verdad, yo creo que a mi papá le encantaba andar del tingo al tango. (Nidia, 48 años, estudios profesionales.)

Realmente no era malo mi padre, no supo elegir bien sus cosas, es lo único... Y no aguantó..., llegó un momento en que reventó. Todos tenemos..., explótale y ya ¿no? Perfecto. Yo creo eso sucedió, me dolió, ya me dispensé con él. (Diego, 39 años, bachillerato.)

Además de haber experimentado rupturas dolorosas, los relatos de algunas solteras dejan ver algo que no expresa ningún informante varón: que una de las probables implicaciones difíciles de superar por ellas se relacionó con la ruptura de la familia nuclear como un ideal construido socialmente que no correspondía con su realidad objetiva:

Yo de más chica, dicen, yo no me acuerdo pero sí le dije, de grande sí le dije de eso sí me acuerdo, que le hice muchas cosas a mi madrastra, pero de chica dice que le gritaba yo que se fuera de la casa. Todas las groserías que yo sabía se las decía a ella: que no la quería, que quería a mi mamá, que ella no era mi mamá. Pero igual a mi padrastro, igualito, que él no era mi papá y que yo no lo quería. Entonces a los dos les hice la vida de cuadritos. Y yo decía: "Pues que se junten mis papás", pero eso no iba a ser posible. (Nidia, 48 años, estudios profesionales.)

Yo negaba que mis papás estaban divorciados y yo me fui a la casa de mi abuela, y yo decía que mi papá viajaba, que mi papá viajaba. Pero yo no aceptaba eso, pero nadie me lo dijo, nadie me aconsejó que lo dijera, ni mi mamá ni nadie, sino yo lo sacaba de mí misma, como que no lo aceptaba. (Pilar, 44 años, carrera técnica.)

Hubo también entre los sujetos quienes al momento de la entrevista aún vivían con ambos padres: "Y este... pues él [mi papá] tomaba todos los fines de semana. La relación con mi mamá incluso ha sido..., ha sido buena. En un tiempo fue medio mujeriego, pero este..., se enderezó su camino y ahorita está bien, y es lo que pido, que estén bien" (Humberto, 32 años, secundaria).

Hubo también quienes vivieron la separación de sus padres a corta edad debido al fallecimiento de uno de ellos:

En una temporada sí trabajó (mi mamá), precisamente cuando quedó viuda [...] Yo estaba en tercero de secundaria, apenas iba a cumplir los 15 años [...] entonces sí ya entró más la madurez. (Norma, 43 años, estudios profesionales.)

Yo creo que la característica primordial es..., que a los ocho años este..., fallece mi mamá y obviamente se altera la condición familiar ¿no? Este... Mi papá empieza a jugar el rol de mamá y papá. (Antonio, 43 años, estudios profesionales.)

Las dos citas anteriores llevan a suponer la existencia de la división tradicional del rol femenino y masculino en los términos en que lo dice Antonio, como “rol de mamá y papá”, que se hace más evidente a la muerte de alguno de ellos. La madre de Norma trabajó “precisamente cuando quedó viuda”, y el padre de Antonio “empieza a jugar el rol de mamá y papá” ante la muerte de su esposa. Para Norma quizás el “rol de papá” se relaciona con el trabajo extradoméstico y para Antonio el “rol de mamá” con el cuidado de los hijos y el trabajo doméstico.

### *Género y primogenitura*

Todos los solteros y solteras fueron hijos de la primera unión de ambos padres. Con excepción de una de las solteras que entrevisté, las mujeres fueron las menores entre las hijas de estas primeras uniones o las únicas mujeres, mientras que los solteros en todos los casos fueron los hijos mayores entre los varones o los únicos varones. La posición que ocupan entre los hermanos, aunada al género, parece haber tenido para ellos y ellas diferentes significados culturales, como jerarquía, autoridad, destino o discriminación relacionados con situaciones de desigualdad.

Algunos, tanto desde su posición de hijos mayores o hijas menores, narraron situaciones que bien pueden implicar el significado de la primogenitura del hijo varón en términos de una situación de mayor jerarquía en la familia.

Ernesto, desde su posición de varón primogénito, identifica y acepta esta norma de autoridad justificándola con argumentos que pueden tener como base una cosmovisión moral heterónoma o esencialista: “Eso es ya parte de mi naturaleza. Soy virgo, soy profesor, *médico*, el mayor, entonces soy muy mandón.”

De este breve enunciado se pueden desprender diversos supuestos que Ernesto relacionó con su atributo de ser “muy mandón”. El signo zodiacal como determinante en los rasgos de carácter, la actividad de profesor y el tipo de profesión que incluye como parte de la práctica la imposición sobre los otros, así como la primogenitura que reproduce el supuesto, ya mencionado, del reconocimiento diferencial de derechos de acuerdo con la edad de los individuos.

Hablar de su propia naturaleza, que incluye el ejercicio del poder como autoridad, puede implicar la intención de reafirmar una identidad masculina.

na valiéndose de algunas actividades y elementos fortuitos que la configuran. La visión naturalista que aún prevalece respecto a las diferencias entre mujeres y varones en realidad es producto de construcciones sociales interiorizadas por los individuos y que forman parte de un orden simbólico que define la identidad masculina, aunque no todos los varones se adecuen a ésta.

Esa parte de su "naturaleza", como Ernesto la llama, también la explica como una repetición de patrones de comportamiento paternos, donde la imposición como atributo fue común para algunos solteros primogénitos:

[...] él es una persona muy impositiva, las cosas se tienen que hacer como él dice. Entonces yo estoy repitiendo esos patrones [...] yo no soy de la idea de que yo tengo que dominar, estoy consciente, aunque acabo de decir que yo soy muy mandón. (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

Y desgraciadamente lo que más me aqueja de todo es que soy igual que mi padre, soy impositivo en muchas cosas, soy... Quiero tener control, de muchas de las cosas que yo particularmente reniego y me peleo con él, y les digo, y así soy, yo lo veo en otro rollo y digo "híjole". Pero voy para allá, yo que tanto me quejo de esto, y ahora sí que diosito me está castigando [risas]. (Antonio, 43 años, estudios profesionales.)

Aunque ellos parecen darse cuenta de que el ser "mandón" o "impositivo" no es lo adecuado en sus relaciones, el hecho de que fundamenten esta característica con creencias de tipo *heterónimo*, de modo que no se perciba su participación, dificulta que los asuman con posibilidades de cambio. Las creencias *heterónomas* se fundamentan en supuestos que favorecen los juicios de causalidad externos o fuera del control del individuo (Lista, 2001). Entre estas creencias, el *ser mayor*, en cualquier sentido que se le interprete, parece constituir un supuesto altamente arraigado, poco cuestionado y fuente de desigualdades en algunos sectores sociales.

Humberto, único hijo varón y primogénito, también dijo haber percibido un trato desigual en su familia. Refirió que su padre justificó este trato diferencial, pero en este caso basado en diferencias sexuales:

Somos cinco hermanas, cuatro mujeres y yo, un hombre [...] mi educación en general de mi papá hacia mí fue muy diferente de mis hermanas. Era más estricto, más enérgico, y yo muchas veces le reclamaba por qué y me decía que la edu-

cación de un hombre es muy diferente, que no es lo mismo consentir a una mujer que educar a un hombre. En ese tiempo yo no lo entendí y me daba mucho coraje [...] me sentía menospreciado por todos ¿no?, por mis hermanas, por ellos.

Ernesto narró percepciones semejantes por su primogenitura cuando habló de la reacción de su familia al ser descubierto en su primera experiencia sexual; la atribuyó al hecho de ser el hijo mayor: "Claro, conmigo no fue esa situación, porque yo fui el hijo mayor, ¡uh no!, la mancha de la familia, ¡cómo!, tienes relaciones a los 16, 17".

También Ernesto habló de una mayor exigencia de su padre por su primogenitura y por el hecho de que tenía mayor acercamiento con su madre:

[...] mi hermana es muy melosa, entonces con eso, mi papá lo tenía supercontento, lo que pedía mi hermana se lo daba [...] Mi hermano pues también era más melosón con él, entonces también lo tenía todo. Yo no, yo siempre me iba más hacia el lado de la mamá. Entonces no sé si eso también haya influido, pero sí siento que por ser el mayor a mí se me cargó más.

En las citas anteriores se deja ver que tanto para Humberto como para Ernesto el ser los primeros hijos varones representó la mayor exigencia del padre. Esto puede interpretarse en términos de las expectativas que socialmente se generan hacia un hijo varón, la mayoría de las cuales es difícil cumplir en su totalidad. Estas expectativas probablemente reflejen un ideal hegemónico de masculinidad que los padres intentaron transmitir con más energía en estos primogénitos como parte de su proyecto de crianza.

Antonio también parece percibir cierta diferencia en las exigencias del padre hacia él en relación con su hermano menor; pero tal vez no lo vivió con el mismo malestar debido probablemente a las características de su padre, a quien en otra parte de la entrevista describió como "liberal por su nexo con los gringos":

[...] todos tenemos nexos, yo con el nexo de mi mamá, teníamos mucho cuidado en fajarme bien, de ir bien en la escuela, y con mi hermano Damián, que es el que me sigue, a pesar de que a mi papá también le gusta mucho..., como lo ve el más chico, aquél iba con los pelos parados, con los *boxers* que se usaban en

ese tiempo de fuera [...] Damián, por ejemplo, el nexa ahora es hasta del más responsable, muy apegado a mi papá, tratando de hacer las cosas, de apoyarlo en todo.

Sin embargo, también reconoció ciertos privilegios ante el padre por su primogenitura: “mi padre, yo sé que hay algunas cosas en que discrepamos, pero yo sé que particularmente hay un orgullo muy específico, porque soy el mayor, por el fútbol”.

En sus testimonios, tanto Ernesto como Antonio se describieron más cercanos a la madre que al padre en comparación con sus hermanos menores, aunque la madre de este último, como ya se dijo, murió cuando él era muy pequeño. Ernesto relacionó la enérgica educación que le impuso su padre con este hecho; es decir, además de su progenitura él se “iba más por el lado de la mamá”.

Tal pareciera, a partir de este testimonio, que el irse “por el lado de la mamá” lo hubiese alejado afectivamente del padre o, interpretándolo desde otro punto de vista, como si el padre se hubiera visto obligado a forzar más la masculinidad de su hijo para contrarrestar la influencia materna. Esta última interpretación parece factible a la luz de las teorías de género que hablan de la definición social de la masculinidad como lo opuesto a lo femenino y como la invalidación de lo femenino, de lo cual el varón tiende a distanciarse para no exponer a riesgos su masculinidad.

Los padres de algunos solteros participaron directamente en la formación de sus hijos esforzándose probablemente por reafirmar su propia masculinidad a través de ellos como primeros hijos varones: “Como yo soy el mayor, él trató de reflejar en mí todo lo que él deseaba ser, y a mí siempre me presionó, siempre me criticó, me limitó, cosa que a mi hermano no; me exigió muchísimo más que a mis dos hermanos” (Ernesto, 37 años, estudios profesionales).

Los datos hasta ahora parecen evidenciar el papel sumamente activo de los padres en la reproducción social de lo que significa ser varón conforme a su propia historia vivida y no vivida. Esta participación estuvo presente en el caso de mis informantes varones independientemente de la continua ausencia paterna y de sus escasas expresiones afectivas. Estas intervenciones del padre en el ámbito familiar se contraponen con la concepción tradicional del papel fundamental de la madre en la reproducción biológica y social, cuya representación tiende a mantener el tipo de creencias que minimizan la trascendencia del padre (Figueroa y Rojas, 2000). Dada la importancia que

tiene un acercamiento más puntual al tema de la paternidad tal como la perciben los hijos adultos, en este caso solteros y solteras, detallaré este punto en el siguiente apartado.

### *Padres machos, buenos padres*

Los solteros y solteras que entrevisté describen a sus padres resaltando diversos aspectos. Los más se refieren a su padre como un hombre mujeriego, macho, irresponsable, egoísta, manipulador, etc., y otros lo retratan como aprehensivo, sencillo, honesto, firme o capaz:

[...] muy capaz, no lo presumo de porque sea mi padre, sino que creo que por eso también tengo en la sangre cierta capacidad. (Diego, 39 años, bachillerato.)

Pues era una persona muy sencilla, una persona este..., que compartía su amistad con todas las personas y aparte de eso este..., podríamos decir que era buen hijo, buen padre, buen hermano. Era una persona muy honesta, muy justa, muy firme en sus convicciones de decir las cosas. (Norma, 43 años, estudios profesionales.)

Mi padre es el clásico macho que, su sueño dorado fue tener muchísimos hijos. Como no los pudo tener con mi mamá, mejor buscó [risas] dónde tenerlos [...] Con mi mamá somos tres, y hasta donde yo tengo conocimiento, somos nueve en total, pero son tres con una sola mujer [...] una chica más joven que mi hermana con otra señora, otro niño con otra señora y parece ser que hay una muchacha más grande que yo. (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

Aunque éstos son ejemplos de descripciones iniciales sobre los padres, las han venido configurando a lo largo de su vida por medio de la experiencia directa y la de los otros, de la propia construcción sobre el *deber ser* del varón y de la paternidad, que en gran medida ha sido confrontada con el *deber ser* tradicional encarnado en el padre o en otros varones, en el núcleo familiar y en otros grupos sociales.

En su mayoría, las narraciones están plenas de nuevas descripciones, explicaciones y ejemplos de lo que el padre representó en diferentes ámbitos de la vida de los solteros y solteras, tanto por su presencia como por su ausencia continua o intermitente. Podría incluso afirmar que en la mayoría de los casos las referencias al padre fueron más recurrentes que las que hicieron de la

madre. Es decir, ante la petición abierta de que relataran lo que recordaran desde que su familia se formó, la relación con su padre y madre y su separación si es que la hubo, la mayoría de las referencias se enfocaron al padre, aunque curiosamente también en la mayoría de los casos los solteros y solteras no vivían con él en el momento de la entrevista. De allí la importancia de considerar la paternidad como una relación altamente significativa, ya sea por presencia o por ausencia.

### *Marchas y retornos*

El padre de Nidia se fue del hogar cuando ella era muy pequeña, y aunque después ella lo siguió frecuentando, su madre le contó que en una ocasión siendo niña le dijo a su padre “que no le iba a venir a mandar”, lo cual hace ver también que hubo regresos intermitentes del padre con actitudes autoritarias hacia la madre, quien resiste ante lo que parece identificar como violación a sus derechos al decir “a mí no me vas a venir a mandar”.

Otros vivieron situaciones semejantes de marchas y retornos y participaron directa o indirectamente en su desenlace:

[...] al año de nacida mi hermana nació la otra muchacha [otra hija de su padre]. Y después de esa situación [el padre] vino cuatro años después, pero era lo mismo, lo mismo, lo mismo: Mi mamá tenía que pedir autorización a mi abuelo hasta para fumar, tenía 32 años. Mi madre le tenía que besar la mano a su papá cuando lo veía, entonces eso le molestaba a mi papá. (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

Fíjate que después de 20 años, yo creo que fueron 20 años más o menos, un buen día me habla mi papá, a la casa. Para mí murió desde aquella vez que le pedí ayuda pero a nosotras [ella y su madre] nunca nos quiso volver a ver y una vez que me habla y dice: “Quiero verte”, y dije, “Pus órale”. Y yo, ¿sabes por qué? Para ver qué reacción tengo hacia él. Porque yo siempre lo había visto como alguien que no quería “sí lo voy a ver”. Pasó por mí a la casa, y Oli, me abraza y me besa y yo no siento nada. “Ay hija”, que no sé qué. Desde los 10 años dejarlo de ver, yo ya tenía treinta y tantos..., ya la vida de él era un infierno, ya no lo querían los hijos, ni la esposa tampoco, y horrible, horrible, horrible. Entonces me empezó a llamar a mí Oli, entonces dije, yo no puedo estar cargan-

do con alguien así, después de tantos años, además, yo estaba... Yo siempre reprobé muchas de las conductas de mi papá, y dije, no, no quiero, no quiero, no quiero, porque me decía..., ah, porque hasta quería ver a mi mamá. Mi mamá decía "Está loco, yo qué voy a andar viéndole a tu papá ahorita". Y yo sí le daba la razón a mi mamá. Como ya se sentía solo, ya se sentía rechazado por los hijos y ya no lo querían, entonces ahora sí vente conmigo ¿no?; dices no, o sea: "Sí nos vemos papá, si quieres a comer, a desayunar, lo que tú quieras, pero yo no puedo estarte viendo". (Pilar, 44 años, carrera técnica.)

Empezó a ver a esta señora, le agradó, yo te aseguro de que sí le gustó a mi papá, pero la señora era de que le gustaba chacotear, pues ella se sentía muy hermosa, pues la puedo todas. Pero el destino se encarga ¿no? O te duermes o te despiertas [...] el cambio se presenta [...] a pesar de ser hermosa y eso, antes le daba más los cariños más tiernamente [...] mi padre, por no ver chillar a las gentes, o ver que las mujeres están allí arrumbadas, pus casi casi quiso proteger a las dos. Pero siempre el recelo, mi mamá "¡Ah no! la catedral soy yo". (Diego, 39 años, bachillerato.)

Estas citas hablan de que no sólo hubo padres que se marchaban y retornaban en el proceso de la separación, sino quienes después de pasado un tiempo intentaron el retorno infructuosamente. El caso extremo es el del padre de Pilar, ya que ella refiere que 20 años transcurrieron sin que su madre y ella tuvieran ningún contacto con él.

Quizás estos padres buscaron el retorno o el contacto con sus primeras uniones como consecuencia de que llevaban una vida rutinaria en sus nuevas relaciones o, como dice Pilar, por el rechazo de su nueva familia. Ante estas situaciones Ernesto y Diego quizá hubiesen aceptado el retorno, ya que en su relato parecen culpar en cierto modo a su madre de que no haya sido así. Ernesto refiere que su madre continuaba con ciertas prácticas que molestaban al padre, y Diego dice que su madre no aceptó compartir a su esposo con otra señora: quería ser "la catedral". Pilar, en contraste, aseguró que apoyó a su madre en la decisión de no volver a ver a su padre.

Algo notable fue que los solteros varones que experimentaron separaciones de sus padres fueron más proclives que las solteras con experiencias semejantes a justificar, ya ahora como adultos, los comportamientos de su padre, aludiendo a las debilidades o defectos de su madre, aun cuando tuvieran enfrentamientos violentos con ellos en el pasado. Al respecto Diego explicó:

[...] a mi papá pues le gustó otra señora, mi papá ya no se llevaba bien con mi mamá, en parte tenía razón mi padre, mi madre es fría, mucho muy fría... Me dolió, ya me dispensé con él, llegamos a los puños tres veces, una como por los 15, y otra a los 17, otra por los 20.

La reproducción social de la masculinidad y el importante papel que desempeñó el padre en este proceso se hizo evidente en los testimonios de los varones adultos que entrevisté, ante lo cual, quiero insistir, hemos de cuestionar también el malentendido supuesto antifeminista que atribuye a la madre dicha reproducción con afirmaciones que justifican el dominio masculino en el sentido de que *la madre es mujer y ella lo educó*. Este tipo de afirmaciones no sólo niegan la participación del padre en este proceso, sino que también omiten la influencia de otras instancias sociales, tales como las instituciones educativas, religiosas, laborales, etcétera.

En un intento por rescatar la imagen del padre, los solteros rescataban también ciertos supuestos morales y valoraciones tradicionales que subyacen en las prácticas desiguales de las relaciones entre los géneros, reproduciéndolas en la historia. Esta observación aislada desalentaría cualquier posibilidad de transformación de lo dado; sin embargo el dinamismo de este proceso permite vislumbrar que los mismos malestares experimentados por los hijos en su relación con el padre y con otras mujeres y varones de grupos externos al familiar, ante el "empoderamiento", las resistencias y conflictos de las madres o ante sus adaptaciones (véase Petchesky y Judd, 1998) y sufrimientos, ante sí mismos como padres potenciales, etc., pueden llegar a conformar un nuevo ideal de la paternidad y por tanto de lo que significa ser varón en esta sociedad. La conformación de nuevos modelos de masculinidad en el discurso responde al hecho de que la construcción de género recibe múltiples influencias a partir de diversos ámbitos de interacción (Scott, 1986).

### *El moldeamiento de masculinidades*

En la construcción de masculinidades participan los padres de manera indirecta o directa, por medio de estrategias de intervención dirigidas a fomentar en los hijos ciertas actitudes y actividades. De acuerdo con algunos de los testimonios recabados, las áreas principales de intervención directa fueron: la sexual, deportiva, escolar y laboral, mientras que el alejamiento afectivo puede ser visto como una forma de intervención indirecta. Las áreas de interven-

ción directa representan un proyecto de crianza incluso en aquellos casos en que los hijos hablan de un alejamiento emocional y afectivo.

El moldeamiento de masculinidades fija prioridades y se llega a mezclar en áreas diversas, de acuerdo con las expectativas del padre respecto a lo que debiera ser un varón. Ejemplo de esto es la importancia que algunos padres daban a las actividades deportivas, a semejanza de la educación formal.

Antonio reconoce esta expectativa paterna respecto a los hijos cuando habla de sus miras como padre potencial: "La paternidad igual igual digo que puede ser una condición interesante, harto bonita seguramente bajo algunas condiciones. Yo ahora lo veo ¿no? con algunos de mis amigos, sus hijos ya están jugando fútbol, o están en la universidad, y eso te implica ¿no?"

La educación formal, cuya meta es el logro de un título profesional como medio para ganar "más dinero", fue el argumento principal del padre de Humberto para limitarlo en su decisión de ser futbolista profesional. La importancia que se le da al hecho de tener una profesión deriva de que se piensa que asegura una forma de manutención y provee lo que en términos de Bourdieu (1984) se puede llamar capital simbólico como jerarquía social.

Algunos solteros refieren el interés que sus padres mostraron en la búsqueda del capital simbólico que implican los logros académicos a través del capital económico que, suponen, facilita el estudio, lo cual, hay que añadir, favorece el cumplimiento cabal de otro elemento que conforma la masculinidad hegemónica. No me atrevería a afirmar, después de esto, que las expectativas hacia las hijas ahora no se centren también en el estudio, pues es bien sabido que hoy día en ciertos espacios sociales se espera de ellas que desempeñen una actividad profesional. Sin embargo, en lo que a mis entrevistados concierne, son los varones quienes hablan con más fuerza de esta exigencia de su padre, exigencia que no se mostró en igual medida hacia las hermanas; hubo algunos solteros que cumplieron y otros que se opusieron a esta expectativa paterna:

En ese tiempo que yo vivía era una gran bronca con los padres ¿no?, y yo nunca, mi padre en ese sentido siempre nos insistía a mi hermano y a mí "Ustedes vayan bien en la escuela, y ustedes traten de..." (Antonio, 43 años, estudios profesionales.)

Cuando yo tenía unos [...] estaba en segundo de primaria. Yo no podía dividir 10 entre 3, y no podía y no podía. Yo ya tenía el resultado pero me faltaba decir que sobraba una, me cacheteó. (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

Mi mamá un día me dice: “¿Sabes qué?, háblale a tu papá y dile que necesitamos dinero para la escuela porque a mí no me alcanza.” Pus ya ves que a principio de año los libros, y quién sabe cuántas colegiaturas y no sé qué. Y pus total le hablé a mi papá y le dije: “¿Sabes qué?, pues necesito que me ayudes”. “¿Sabes qué? tú decidiste irte con tu mamá, así que ésa fue tu decisión y olvídate de mí.” Y pues sentí horrible [...] Y dije: “De aquí en adelante mi papá muere para mí”. (Pilar, 44 años, carrera técnica.)

Que sí hacía cosas ¿eh? por ejemplo mi papá “Ya supe que pasaste el año, te voy a comprar un reloj”, me acuerdo que me dijo. “¿Sabes qué?”, le dije, “Yo con reloj o sin reloj de todos modos tengo que pasar”. Le dije: “No necesito tu reloj”. No me compraron reloj, pero no me preocupé mucho ¿ves? (Nidia, 48 años, estudios profesionales.)

Hubo también casos en que el padre utilizó el trabajo como amenaza cumplida ante los problemas escolares de sus hijos:

[...] empecé a reprobear materias en la secundaria, empecé a tener problemas con mi papá [...] Reprobé una materia en tercero de secundaria, me metió a trabajar con él, y este, empecé a trabajar con él [...] de la secundaria ya me iba para allá [...] yo dejé de estudiar porque no este..., no era muy bueno para la escuela. A los 13 años mi papá me preguntó que si quería seguir estudiando o trabajar, y yo le dije que trabajar. (Humberto, 32 años, secundaria.)

Ah sí, cuando yo estaba en la vocacional reprobé, porque no quería ir a la vocacional, me sacaron de estudiar, me pusieron a trabajar. (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

Estas experiencias laborales tempranas fueron, según lo percibieron estos solteros, excesivas e injustas:

[...] tenía jornadas de ocho de la mañana a ocho de la noche, por el mismo sueldo de mi hermano que trabaja medio día, y me traían pero en friega. Su madre se lo dijo, “Oye, por qué cuando Ernesto salió mal de la vocacional lo fregaste tanto”, ella ya me conocía, “y ahora éste mira...” (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

Para mí no había el “no pudiste” o “me tengo que ir a una excursión un jueves”, “tienes que trabajar, no hay permiso” [...] una vez, nunca se me va a olvidar... dice: “Aquí eres mi empleado, te guste o no.” Todos voltearon, yo nada más me

agaché a llorar. Después me dijo: “Tú vele viendo” —dice— “porque tú eres mi empleado”. (Humberto, 32 años, secundaria.)

Humberto ha logrado ser muy exitoso en su trabajo independizándose del negocio del padre pero continuando con la misma línea. Su padre le ha confesado que el trato que le daba era para forzarlo a volver a la escuela: “Hace poquito me dijo él algo, y él me dijo que él quería que yo me regresara a estudiar. Por eso era tan déspota conmigo. Y me dice ‘no lo conseguí, te aferraste a esto’.”

El padre de Humberto, al igual que otros, probablemente en su calculado afán por construir una masculinidad en sus hijos sin muestras de emotividad, centrada en la racionalidad, el estudio, el trabajo, el ser productivos, potenciales sustentadores de familia, suprimieron lo que para ellos hubiera sido una muestra de debilidad, el establecimiento de relaciones afectivas con sus hijos.

Esta forma de masculinidad llegó a ser asumida por los solteros y se refleja en sus propias expectativas como padres potenciales: “quiero tener un hijo para volverme responsable, madurar, etc., porque creo que no he asumido responsabilidades y que aún estoy inmaduro” (Ernesto, 37 años, estudios profesionales).

Ernesto toma la posición social de padre como un medio para adquirir esas cualidades masculinas que su propio padre le impuso de manera directa, aunque después de discutir sobre esto llega a conclusiones diferentes en la misma entrevista: “Ahora veo algo de lo que no me había dado cuenta. No se tiene que ser padre para ser responsable; hay padres que nunca son responsables, como el mío [...] sólo quería tener un hijo para cumplir con lo que la sociedad exige, para amoldarme a las exigencias sociales”.

Al indagar sobre estas exigencias sociales, Ernesto añadió: “No de mi padre, yo busqué a otra persona como modelo y encontré a mi tío, hermano de mi mamá, médico militar que era sobrio, serio, frío, etc. Yo dije: así es como debe comportarse un padre. Pero ahora me doy cuenta de que no es necesario”.

Estos testimonios dejan ver la falta de parámetros o puntos de referencia sobre un nuevo modelo de masculinidad y por ende de paternidad, y a la vez, el impacto que puede tener el hablar de ello con alguien, como en este caso. La reconstrucción verbal de hechos, creencias y razones puede facilitar el cuestionamiento de los modelos tradicionales y de las “exigencias sociales” que de otra manera se asumen con naturalidad.

Otra área de la vida en la que los padres participaron de manera activa fue en la sexual. Sobre esto ellos narran situaciones humillantes, vergonzantes o de consejos no directivos y carentes de contenido:

[...] mi padre nada más nos decía en ese sentido, "Cuidado, no se avienten tiros que no se quieran aventar", etc. ¿no? [...] nos decía "Cuídense" ¿no? ése es el sentido, "Respeten la condición si no quieren este... tener una responsabilidad en la cual todavía no estén seguros". (Antonio, 43 años, estudios profesionales.)

Sí, simplemente consejo sencillo que nunca fue más, consejo sencillo "Cuídense, hay riesgos, hay peligros, cuídense. Si en algo les podemos ayudar, adelante, si no, la verdad traten de..., de no meterse en camisas de once varas". (Diego, 39 años, bachillerato.)

Otros intentos de los padres por participar en la formación e información sexual de sus hijos se muestran a continuación:

[...] sucede que mi papá le dice a mi mamá "Fátima, bueno ya" dice, este..., "A como tengamos que vivir, tú le vas a enseñar las cosas de mujeres a tus hijas y yo las cosas de hombres a mis hijos". "Ah qué suave", yo entre mí dije, "No, qué suave, algún día me van a enseñar cosas nuevas". Como niño bobo ¿no? Yo, total que esperando yo ese día ¿no? [...] para mí nunca, ella como mujer sí ¿no? yo digo porque les preocupó más por mujer... Y yo esperando ese día. (Diego, 39 años, bachillerato.)

Cuando él se enteró que tuve mi primer experiencia sexual, me humilló, me cacheteó, me dijo que estaba muerto para él. (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

Cuando yo cumplí 18 años, él me dijo: "Oye qué crees", se puso rojo, no sabía cómo decírmelo, "Siento que ya eres mayor de edad, que ya puedes este... saber de algunas cosillas, viene tu tío Emiliano, y es que trae a una chica que quiere que te vayas con ella". "No", le dije, me dio miedo. Le dije "No". Dice, "Piénsalo", dice, "porque es una oportunidad". Me dijo que estaba la chica ésta, me dijo, "¿La quieres ver? No es fea", y le dije, "No, no me interesa". En ese tiempo mi idea siempre fue hacer el amor con alguien que uno quería, y este... Y no me arrepiento hasta el día de hoy, y este..., y le dije que no, y jamás me volvió a tocar ese tema [...] pero no me arrepiento; o sea, a lo mejor después dije: "Chin mejor

hubiera dicho que sí". Por morbo, y se fueron dando las cosas después y no me arrepiento. (Humberto, 32 años, secundaria.)

Es singular la opinión de Humberto. El amor unido a la sexualidad es un rasgo que socialmente se ha catalogado como femenino en nuestra cultura y en muchas otras (Lipovetsky, 2000), a pesar de lo cual él lo reivindica en la forma en que desea vivir su masculinidad. Su padre, quien ha permanecido toda su vida al lado de su madre, ha hecho un esfuerzo mayor para imponerle una masculinidad tradicional que dice no compartir.

Humberto se permite llorar, esperar el amor para optar por su inicio sexual, habla de los necesarios afectos paternos y además es un varón económicamente productivo aun con sus escasos estudios.

Fue frecuente que los varones que entrevisté hicieran referencia a episodios relativos al deporte. Sus aficiones deportivas fueron promovidas por sus padres en diferentes grados y por diversas razones según su interpretación:

Mi padre es un tipo muy sano en muchos de los sentidos ¿no?, en el periodo por ejemplo de la secundaria, todo ese periodo nos íbamos al club después de salir de clases, nos la pasábamos en el club jugando frontón, nadando, y así se pasaba nuestra vida, en esos tres años de secundaria, casi diario ir a jugar con mi papá. Ahora me llama mucho la atención porque yo digo qué paciencia de mi padre, desde enseñarnos a jugar frontón, jugar con nosotros, y luego ya involucrarnos ¿no? Pero mientras que no aprendimos él nunca nos soltó, siempre nos tenía allí al tanto, muy preocupado de las cosas, como te digo, yo creo que sentía un gran compromiso el que se hubiera mantenido así ¿no? (Antonio, 43 años, estudios profesionales.)

Cosas que yo sentía que eran esenciales para mí, no hubo. Yo por ejemplo, a mí me metió a jugar fútbol de chiquito. Y fue lo único que él... Bueno no, no, entré a jugar fútbol, y este, iba en la primaria, y este, en la secundaria ya no iba a jugar fútbol. Me metió a estudiar karate. ¿Por qué? Porque yo lloraba mucho, porque quería que aprendiera a defenderme. Empecé a destacar, algo que he aprendido es a destacar, a no ser igual que los demás. Y este... En el primer año, cuando fui a competir a Guadalajara no pudo ir él, quedé en tercer lugar a nivel nacional. Como era a nivel nacional era cada año. En ese ínter, tuve competencias a nivel Distrito Federal, y siempre me llamaban. Entonces nunca él dejó su trabajo para poderme ir a ver y me dolió. (Humberto, 32 años, secundaria.)

Humberto parece percatarse de que el deporte fue visto por su padre como un medio más de asignarle esas características tradicionalmente definitorias de la masculinidad en nuestra cultura, como la eliminación de su ser emocional por medio del deporte de competencia individual que le permitiría desarrollar mayor agresividad.

Sin embargo, aunque Humberto se esforzó por sobresalir en las actividades impuestas por su padre, quizás como una forma de lograr su aceptación en el mundo masculino, "nunca él dejó su trabajo" para verlo competir. Humberto narró este hecho como doloroso al igual que otros más; probablemente él, como seguramente otros varones en situaciones semejantes, ha tenido que luchar a solas con su forma de ser varón y con el tipo de masculinidad hegemónica que se impone.

Esta "soledad" en la vivencia de la masculinidad implica, tal como asegura Figueroa (2001), mantener el silencio sobre ciertas cosas que en su momento son importantes y cuyos referentes no se aprenden en lo cotidiano; en este caso la soledad no hablada ante el autoritarismo y ausencia afectiva del padre como modelo de referencia.

### *El padre ideal*

Intentar *ver* al padre ideal según lo valoran mis informantes no puede limitarse a la enunciación de calificativos fuera de todo contexto; más bien se puede llegar a dilucidar el perfil ideal a través de la interpretación de prácticas concretas que vinculan con la paternidad que emerge en los solteros entrevistados como sujetos partícipes en la construcción social de su nueva realidad.

Así, el oírlos hablar de la admiración que algunos tienen ahora por su padre y los motivos para tenerla, el escucharlos reconocer la importancia y añoranza de la convivencia, los viajes, los regalos, de las actividades deportivas que crearon vínculos o resentimientos, de las exigencias por la competencia escolar de sus hijos, de su intervención y presiones en el inicio laboral de sus hijos y de su intrusión, miedo, recomendaciones y silencios que afectaron el descubrimiento de su sexualidad fue sin duda un hallazgo en sí mismo que me permitió explorar y tratar de interpretar la configuración de un padre ideal en la subjetividad de mis entrevistados.

Algunos hablaron de la admiración que sienten por su padre:

Se juntó con la señora, prácticamente fue conveniencia también, la señora así muy bella, muy bonita también. Pues digamos que mi madre fue bonita, en el lado de las morenitas, no negrita sino de las morenitas. Bueno, blanca piel, pelo oscuro, y la otra güerita, pelo tipo pelirrojo, muy hermosa la señora, y cuando yo estaba chiquillo tenía un cuerpasazo. Bueno, las dos, las ves en fotos y en su lado joven [...] le tengo admiración a mi padre. (Diego, 39 años, bachillerato.)

Mi padre es un tipo que yo ahora admiro mucho, que ahora lo reconozco más por todas las trivialidades terrenales ¿no?, porque yo desde que me acuerdo, hasta antes de él volver a contraer matrimonio con esta otra persona, pus yo nunca me acuerdo que haya llegado tarde, mi papá es un tipo que no toma, si y es más hasta le enfurece esto ¿no? (Antonio, 43 años, estudios profesionales.)

Yo hace poquito tuve una plática con él y yo le dije que gracias a toda su forma de ser así conmigo había aprendido a salir adelante, a no depender de nada. Que en su momento me costó y me dolió mucho, pero que en este momento le daba las gracias por todo lo que me había enseñado. Y sí, sí me entró el sentimiento y todo y lo entendió. Y yo se lo dije, que a sus hijas las había hecho unas atreídas, que nada más quieren gastar el dinero y ver qué les das. A mí me ha costado trabajo pero he salido adelante. (Humberto, 32 años, secundaria.)

Diferentes motivos en retrospectiva llevan a mis informantes a admirar a su padre en la actualidad. El ser capaz de conquistar a mujeres hermosas parece ser importante para Diego, y esto que para él es una cualidad y tal vez hasta un privilegio masculino, llega incluso a formar parte de sus búsquedas:

[...] yo siempre busqué la más bonita, siempre tuve eso como bien... No por parte del abuelo ni nadie me lo inculcó, me acordé de la Revolución, de que mi abuelo tuvo una muy bonita, y él chaparro y dije bueno, aunque él no estuviera fenómeno y raro, pero el hombre es el que debe de buscar lo que uno quiere, yo sentí en mí..., dije, para que uno realmente se sienta feliz... El hombre elige... Sí, aunque me regañen y me haya peleado con la mujer; caray está bonita, sí me dan ganas de llegar..., a casa; no que fea y enojona yo decía no, no quiero llegar, yo pensaba así. (Diego, 39 años, bachillerato.)

En esta cita Diego explicita un supuesto que subyace a las dificultades para una negociación en las relaciones entre los sexos: “los varones eligen, *las mujeres tienen que esperar*”, creencia tradicional que en este caso parece haber

sido transmitida por vía patrilínea, a través del abuelo y el padre, y seguramente reforzada por otros medios y actores sociales.

Lo que dijo Antonio, por otra parte, es un ejemplo de la alta valoración que le da a la presencia del padre en el hogar y a su disposición para convivir con los miembros de la familia. Hay quienes lo reconocen como un buen recuerdo del pasado con cierto dejo de añoranza y quienes lo manifiestan como una crítica al padre por no haber cumplido con ese requisito, pero al final parecen concordar en que este tipo de prácticas forma parte de un ideal de paternidad.

Yo recuerdo perfectamente que de los seis años a los 20, nada más vi en cuatro ocasiones llegar a comer a mi papá a la casa: una fue cuando mi hermana nació, en otra ocasión trabajaba él cerca de donde vivíamos en Tlalpan, la tercera porque lo habían mandado llamar por un problema mío de la prepa, y la última ocasión no recuerdo por qué pero él estaba en la casa; cuatro veces en veintitantos años. (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

Él, ¿verdad?, lloviera, tronara, relampagueara, pero siempre, a la hora de la comida, estaba con nosotros, convivía, platicaba, nos daba consejos, entonces siempre estábamos este..., conviviendo los cuatro. (Norma, 43 años, estudios profesionales.)

Algunos recordaron también los regalos y los viajes compartidos con el padre:

[...] casi siempre, cuando teníamos oportunidad nosotros que estábamos de vacaciones en la escuela, pues nos llevaba, dentro de la República siempre, y bueno, recuerdo que también, tenía bonitos momentos [...] Santa Claus siempre nos traía, los Reyes siempre nos traían. (Pilar, 44 años, carrera técnica.)

Eso sí, nos paseó mucho... Cuernavaca, Acapulco, Querétaro, este, Veracruz, ehh..., varios, bastantes lugares... No toda la república pero bastantes lugares. Momentos muy escasos, pero se enviaban ¿no?, cuando había, que ya tenían algo, siempre estudiando y paseando y todo, nos acostumbró [...] Hubo mucha felicidad también, hubo momentos de felicidad, muchos regalos en abundancia llegó a los tres hijos primeros, mi padre..., a los tres primeros en abundancia [...] la Navidad y Reyes Magos nos daba regalos. Pero yo decía: "Ya no quiero regalos

a fin de año, uno que otro regalo pero quiero tranquilidad.” Yo lo decía entre mi ¿no?, entre dientes. (Diego, 39 años, bachillerato.)

Refirieron sus acercamientos y alejamientos afectivos, en algunos casos de manera muy emotiva manifestando abiertamente las carencias que en ese sentido resintieron del padre. Un ejemplo lo ofrece Humberto, único hijo varón; al pedirle que me contara de la relación con su padre, dijo conteniendo las lágrimas: “Voy a llorar”. Inmediatamente añadió:

Eh por ejemplo..., en..., que yo creo que se viene refiriendo a mis sobrinos, a mí luego me daba coraje, o no entendía por qué él tan cariñoso con ellos y yo no tuve ese cariño. Yo decía “Pero por qué; o sea, el amor, el cuidado, el esto, cosas que yo sentía eran esenciales para mí, no hubo”. (Humberto, 32 años, secundaria.)

La carencia de afectividad paterna explícita parece ser una constante en los testimonios de los varones. Paradójicamente para algunos de ellos como Humberto, forman parte de su ideal de paternidad.

Algunos de los testimonios que presentamos en la sección anterior muestran otra importante expectativa del padre ideal desde la perspectiva de estos solteros, relacionada con su participación en las actividades que sus hijos realizan, en este caso las deportivas. Parece no haber sido suficiente para los solteros que los padres las fomentaran, sino que también requerían su presencia continua en los éxitos que alcanzaban, lo cual es parte del reconocimiento de Antonio a su padre y del reproche de Humberto.

Por otro lado, identifico una alta valoración al respeto del padre hacia la vocación de los hijos; es decir, a sus decisiones sobre las actividades a las que prefieren dedicarse, máxime en relación con el deporte:

Y yo creo que esto valió mucho también alrededor de lo que nos involucró con el deporte, una parte de mi vida la cuestión del futbol era necesaria e importantísima, ¿no? Cuando salí de la prepara' tuve un tiempo en que le dije a mi padre “Ya no quiero estudiar quiero jugar fut”. Se le pararon los pelos de puntas pero dijo, “Bueno, si eso es lo que quieres sale.” (Antonio, 43 años, estudios profesionales.)

sí siento que por ser el mayor, a mí se me cargó más. Es más, ayer estábamos platicando que en una ocasión yo estaba por jugar fútbol profesional en Chivas,

y me dijo que no, que me dedicara a una carrera profesional, que eso me iba a dejar más dinero, y hace unos años me dijo: "Ay, si tú hubieras jugado fútbol profesional, qué Hugo Sánchez ni qué ocho cuartos", "Pero es que tú no me dejaste"; "a mi hermano ¿qué le dijiste?, 'Sí hijito, mientras puedas adelante', y cuando yo te pedí permiso para ser profesional ¿qué me dijiste?: 'No pues mira, piénsalo porque eso no'. Tú sólo me limitaste". (Ernesto, 37 años, estudios profesionales.)

Aunque después de un periodo de práctica futbolística Antonio decidiera volver a los estudios, no cesa de reconocer esa libertad de decisión que le brindó su padre en diferentes ámbitos, mientras que Ernesto no cesa de reprocharle lo contrario.

Humberto destaca la alta valoración del respeto paterno a las decisiones de los hijos cuando habla de su propia práctica como una posibilidad a futuro, sin dejar de resaltar las expectativas de éxito en los hijos:

Ver a mis hijos que hayan sentido, tenido el apoyo de unos padres que han estado preocupados por ellos y que hayan hecho de su vida lo que ellos hayan querido, en el sentido que ellos quisieran [...] lo que todo padre quiere, que su hijo destaque en algo de lo que está haciendo. Me gustaría apoyarlo en todo. Yo por falta de apoyo, me quedé a medias de muchas cosas. Me gustaría que él tuviera un poquito más de apoyo, para poderlo..., que él lograra lo que él quisiera.

Finalmente cabe reiterar que los solteros refirieron carencias y maltratos paternos y que consideraron las cercanías afectivas como parte de su ideal de paternidad. Un ejemplo de lo anterior lo constituyen los testimonios de Humberto, quien a pesar de lo anterior y al igual que los otros solteros, admira a su padre, de quien no se ha alejado, y reconoce que gracias a él logró gran parte de sus éxitos, aunque no satisficiera su representación de lo que sería una paternidad ideal.

#### REFLEXIONES FINALES

Los testimonios analizados parecen indicar que los padres de los varones entrevistados se involucraron en un proyecto dirigido a la construcción de la masculinidad de sus hijos al intervenir en diferentes ámbitos de su desarrollo. Las áreas que los solteros enfatizaron son la académica, la sexual, la labo-

ral y la deportiva. En el caso de las mujeres no parece claro un proyecto de construcción de identidad de género, por la carencia de referencias sistemáticas a la presencia y a las verbalizaciones paternas en ámbitos cruciales de su vida.

Hablar de un "proyecto" relacionado con la construcción de identidades remite a una serie de prácticas de crianza proyectadas de manera intencional para el logro de un objetivo. Esta afirmación, a su vez, hace suponer la existencia de prácticas de crianza no intencionales que pudieran o no llevar a ese mismo objetivo.

Como señala Salles (1997), la estructura y la organización de las familias inciden en diferentes formas en la construcción de identidades. Dicha influencia se da como presencias y verbalizaciones aparentes en conjunción con contenidos latentes no aparentes. Las primeras pertenecen al ámbito de la intencionalidad en la construcción de identidades que coexisten con la construcción no intencional, identificadas ambas en las prácticas familiares.

De acuerdo con lo anterior, los varones hablaron de las prácticas paternas intencionales aunadas a las latentes. Dentro de estas últimas destacan su ausencia, su alejamiento afectivo, sus infidelidades y los episodios de violencia hacia su madre, entre otras.

La forma de participación paterna parece haber estado influida por la primogenitura de sus hijos varones, a quienes impusieron una mayor rigidez formativa caracterizada por mayores esfuerzos por conformar un tipo de masculinidad tradicional, lo que en algunos casos se matizó con privilegios especiales ligados a su posición entre las hermanas y hermanos. Se mostraron testimonios donde se narran desigualdades desfavorables ligadas tanto a la posición familiar como al sexo biológico.

Aunque en diferentes grados, los solteros y las solteras hicieron críticas a las prácticas paternas. Sin embargo ellos, a diferencia de ellas, justificaron muchas de esas acciones, llegando incluso a reconocer en algunos casos la influencia de dichas prácticas en su propia posición y sus éxitos actuales.

Esto último pudiera interpretarse como el reconocimiento de las acciones del padre al paso del tiempo, como varones adultos; ellos piensan que sus prácticas intencionales son responsables de sus éxitos actuales, aun cuando en su momento las rechazaron y se resistieron a ellas. Ramos (2001) sugiere que los varones vinculan los códigos del afecto de los padres por ejemplo con actividades como las deportivas, y aprenden a la vez que la expresión de ternura es netamente femenina y poco viable desde la posición de padre por su asignación social en la crianza.

Algunas prácticas paternas intencionales en la crianza, interpretadas como códigos de afecto, quizás lleguen a ser internalizadas como la forma correcta de "educar a un hombre", lo cual se ejemplifica con la narración de un soltero en relación con el deporte. Su padre lo obligó a practicar una actividad deportiva de competencia que él rechazaba, pero al paso del tiempo el hijo llevó esta práctica hasta sus últimas consecuencias sin más coerción paterna. Originalmente vivió dicha imposición como conflicto, la percibió como una práctica intencional de su padre para la construcción de su masculinidad y la internalizó validándola como parte de su propia forma de ser varón.

Las solteras, por su parte, no percibieron dichos códigos de afecto, lo que quizás explique parcialmente la falta de indicios en el rescate de la imagen paterna y que, en cambio, narren episodios constantes, a lo largo de la vida y en la actualidad, vinculados con la solidaridad hacia la madre.

Lo cierto es que a los padres de los solteros entrevistados les interesó su reproducción no únicamente biológica, sino también la reproducción de varones conforme a los supuestos existentes en su cultura y los que aprendieron a lo largo de sus experiencias dentro y fuera de su familia.

Los solteros y solteras que entrevisté valoran en el discurso una paternidad equitativa, justa, no autoritaria y afectiva. En ningún caso se habló de áreas de la vida en las que hubieran deseado que el padre no participara, sino que, más bien, criticaron su ausencia en algunas áreas relevantes para ellos. Los varones incluso sugirieron formas de participación alternativas a las que vieron como modelos.

Ellos llegaron a admirar a sus padres en algunos aspectos; algunos culpaban a sus madres, validando el autoritarismo y dominio del padre, y a la vez criticaron con dureza este mismo autoritarismo y frialdad cuando se refirieron a sus prácticas concretas, pero las reconocieron como parte importante de su formación actual. Esto puede sugerir una gran contradicción en el discurso de los hijos, pero habrá que tener presente que todo cambio social pasa primero por una contradicción de valoraciones que confluyen en un mismo espacio y tiempo por medio del conflicto.

Estas contradicciones, consistentes en una crítica al *padre real* y a la vez el rescate del *padre ideal* pueden interpretarse como una forma de reivindicar la propia identidad masculina cuyos rasgos dominantes, relacionados con el poder como dominio de otros u otras no es producto únicamente de la historia personal, sino que va más allá de los límites entre lo público y lo privado (Varela, 2000). Forman parte de la brecha que observa Kaufman (1994) entre las ideas aceptadas por los varones y su comportamiento, en quienes aún

prevalece una *creencia matriz*: que la masculinidad se adquiere a lo largo de un proceso en el que el sometimiento preliminar del varón es necesario para que acceda posteriormente al grupo privilegiado que caracteriza lo que es ser un hombre.

La exploración de estas contradicciones permitiría dar seguimiento a la posible emergencia de un nuevo modelo validado de paternidad o a la reproducción de prácticas constructoras de identidades tradicionales. Esto, analizado desde una perspectiva de género, podría delinearse con mayor precisión si también se observaran cambios valorativos en lo que a la mujer y la maternidad se refiere, ya que los cambios en los significados del ser varón y del ser mujer tendrían que manifestarse de manera sincrónica cuando menos como ideal en el discurso de las personas como posibles preámbulos de cambios en las prácticas cotidianas.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, Pierre (1984), *Sociología y cultura*, traducción de Martha Pou, México, Grijalbo [el título original es *Questions de sociologie*, 1984].
- De Keijzer, Benno, Emma María Reyes, Flor Rivera y Olivia Aguilar (1997), "Negociación de la crianza", Reunión sobre ética y derechos en el ámbito de la sexualidad y la reproducción, México, El Colegio de México.
- Figueroa, Juan Guillermo (2001), "La soledad en la paternidad", *Fem (Revista feminista mensual)*, año 25, núm. 218, pp. 15-19.
- \_\_\_\_\_ y Olga Lorena Rojas (2000), "Algunas características del entorno reproductivo de los varones", en Beatriz Schmuckler (coord.), *Políticas públicas, equidad de género y democratización familiar*, México, Instituto Mora, pp. 42-46.
- Geertz, Clifford (1997), *La interpretación de las culturas*, España, Gedisa [el título original es *The Interpretation of Cultures*, y fue publicado en 1972 por Basic Books, Inc. en Nueva York].
- Goodrich, Thelma Jean, Cherril Rampage, Barbara Ellman y Kris Halstead (1989), *Terapia familiar feminista*, Argentina, Paidós.
- Kaufman, Michael (1994), "Men, Feminism and Men's Contradictory Experiences of Power", en Harry Brod y Michael Kaufman (eds.), *Theorying Masculinities*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Lipovetsky, Gilles (2000), *La tercera mujer*, Barcelona, Anagrama.

- Lista, Carlos (2001), "El debate subyacente: aborto y cosmovisiones morales", en Juan Guillermo Figueroa Perea (coord.), *Elementos éticos para el análisis de la reproducción*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Porrúa, pp. 193-218.
- Muszkat, Malvina Ester (2000), "Quando três é melhor do que dois", XII Encontro Nacional de Estudos Populacionais da ABEP (Associação Brasileira de Estudos Populacionais), Brasil.
- Petchesky, Rosalind y Karen Judd (eds.) (1998), *Negotiating Reproductive Rights, Women's Perspectives across Countries and Cultures*, Nueva York, International Reproductive Rights Research Action Group-Zed Books.
- Ramos, Miguel Ángel (2001), "La paternidad y el mundo de los afectos", *Fem (Revista feminista mensual)*, año 25, núm. 29, pp. 219-225.
- Salles, Vania (1997), "Nuevas miradas sobre la familia", en Ma. Luisa Tarrés (comp.), *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa*, México, El Colegio de México, pp. 137-154.
- Schmuckler, Beatriz (1989), "Negociaciones de género y estrategias femeninas en familias populares", *Revista Paraguaya de Sociología*, año 26, núm. 74, pp. 7-43.
- Scott, Joan W. (1986), "Gender: a Useful Category of Historical Analysis". *American Historical Review*, núm. 91, pp. 1053-1075.
- Seidler, Víctor (2000), *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, México, UNAM-Paidós [el título original es *Unreasonable Men. Masculinity and Social Theory*; fue publicado en inglés por Routledge, Londres, en 1994].
- Torres Beltrán, Xóchitl Karina (2002), "Influencia de las normas familiares en las decisiones respecto a sexualidad en jóvenes solteros", tesis de licenciatura en psicología, Facultad de Estudios Superiores, Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Varela, Martha Susana (2002), "Niños violentos... ¿padre faltante?", en Mabel Burin (coord.), *Psicoanálisis, estudios feministas y género*, [www.psiconet.com/foros/genero/index.htm](http://www.psiconet.com/foros/genero/index.htm)
- Walters, Marianne, Betty Carter, Peggy Papp y Olga Silverstein (1991), *Las redes invisibles, pautas vinculadas al género en las relaciones familiares*, Buenos Aires, Paidós.

# DIFERENCIAS PATERNAS EN LA CRIANZA DE HIJOS E HIJAS; ESTUDIO DE CASOS

Laura Evelia Torres Velázquez<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

En este trabajo se presentan algunos datos de la investigación realizada en el noroeste de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, específicamente en el municipio de Tlalnepantla y en la delegación Gustavo A. Madero, donde se entrevistó a varones que cohabitaban con su esposa e hijos (las características de la población se presentan en el anexo). Del año 1998 al 2000 se llevó a cabo el trabajo de campo de la tesis doctoral de la autora, de la que este estudio forma parte (Torres, 2002).

La relevancia del trabajo radica en que se analizan las diferencias que los varones hacen en la crianza de los hijos, ya que generalmente los estudios sobre crianza o desarrollo infantil se han centrado en la relación entre la madre y sus hijos, dejando a un lado al padre. Este texto se enfoca al papel que realiza el padre en la crianza, en sus vivencias, sus temores, en lo que considera que son sus obligaciones como padre y en las diferencias que observa que se presentan en la crianza, diferencias que regularmente van asociadas con desigualdades sociales. Además se describen las vivencias que estos varones tuvieron como hijos: cómo vivieron la paternidad de sus padres, qué concepto les fue construido de lo que es ser varón, de lo que es ser mujer y de lo que es ser padre.

Asimismo se presentan algunos discursos sobre las percepciones que los varones tienen de las diferencias que se establecen en la crianza. Considero interesante corroborar estos discursos en el futuro con un análisis más amplio, por ejemplo mediante un estudio observacional de la crianza de estos

<sup>1</sup> Profesora-investigadora de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.

varones, pero por ahora sólo pretendo dar un panorama general de dichas percepciones.

Para la presentación se ha dividido el texto en los siguientes apartados: "masculinidad y paternidad", donde se presenta la relación entre la construcción de la masculinidad y el ejercicio de la paternidad en los varones. Posteriormente se analizan las "desigualdades en la crianza de hijos e hijas", como entrada para presentar el trabajo de campo "diferencias paternas en la crianza de hijos e hijas", con su metodología y un análisis de las entrevistas de acuerdo con los ejes propuestos (percepción de la paternidad de su padre, percepción de su paternidad, crianza de hijos e hijas y diferencias en la crianza). Finalmente se incluyen las conclusiones del trabajo, se describen los hallazgos más relevantes, los dilemas éticos y las futuras vertientes de investigación.

#### MASCULINIDAD Y PATERNIDAD

Uno de los atributos de la masculinidad hegemónica que tiene mayor importancia entre los varones es el de ser jefes de hogar, conferido por su carácter de proveedores. Los varones salen de su hogar a trabajar, van a ganar el dinero y lo aportan para satisfacer las necesidades económicas y materiales de su familia, lo cual les permite imponer un orden dentro del hogar. Social y familiarmente se espera que los hombres provean, planteen soluciones y den respuesta a las cuestiones principales de la vida en el hogar.

El trabajo de Gutmann (2000) muestra los cambios que se están dando en las nociones de paternidad y maternidad en la ciudad de México, las cuales representan la forma en que hombres y mujeres van elaborando sus vivencias, basadas en las representaciones heredadas tradicionalmente, en los discursos de los expertos y en su propia experiencia. Es así como las madres deben reelaborar las nociones tradicionales sobre el papel de la mujer en la crianza, y los varones deben reinterpretar su papel como padres y su imagen de autoridad sobre la esposa. Con la inserción de la mujer en el trabajo extradoméstico han sobrevenido cambios en la dinámica familiar, en la domesticidad y en la crianza, y así hombres y mujeres han tenido que volver a elaborar e interpretar sus papeles sociales.

En cuanto a la crianza, tradicionalmente se ha pensado que a la madre le corresponde cuidar, atender, entender, escuchar, amar y tener paciencia; en tanto que al padre le toca guiar, proteger, apuntalar, aconsejar y compartir. Sobre el tema de la paternidad se han realizado diversos estudios que han

descrito los elementos que la conforman. Por ejemplo, Ríos (1980) establece que el ejercicio de la paternidad implica ser el modelo de identificación para hijos e hijas, ser el modelo de masculinidad para el hijo, establecer un liderazgo en el interior de este grupo social, ser el cauce idóneo (aunque no el único y exclusivo) para establecer la apertura del hijo hacia la sociedad y desarrollar una formación concreta en la vida del hijo (dando seguridad, ofreciendo un código de valores, ejerciendo la autoridad, una disciplina amorosa y ayudando al logro de la identidad personal en hijos e hijas). Sin embargo encontramos que entre los aspectos que este autor incluye en la paternidad no menciona el sostén económico, pese a que ha sido el que generalmente se ha privilegiado en el ejercicio de tal actividad.

Los hombres en su papel de padres han asumido que su responsabilidad principal es trabajar, con el afán de dar el apoyo económico necesario para la manutención de sus hijos, y se ha privilegiado este aspecto sobre cualquier otro; pareciera que todas las actividades que se relacionan con la educación y la formación de los hijos se han dividido de manera excluyente y tajante entre la madre y el padre, y se ha entendido que ciertas actividades son propias de la madre y otras del padre, y que son excluyentes. Así, a los padres se les ha conferido la manutención y a las madres el cuidado, la disciplina, la formación y reproducción de los valores y de los modelos genéricos. Tal modelo pareciera estar dado tan sólo por el sexo de los padres.

Sin embargo esta forma de relacionarse con los hijos ha venido cambiando con la participación de la mujer en el ámbito laboral, ya que ha tenido que delegar las actividades propias del hogar, que anteriormente eran su único medio de desarrollo. El varón se ha ocupado más del ambiente familiar, incluyendo algunas actividades del hogar y de la educación de los hijos e hijas, lo cual le ha dado la oportunidad de replantear su actuación como hombre y como padre, y de involucrarse, forzosa o voluntariamente, en el cuidado de los hijos. Para muchos ha sido una experiencia nueva y gratificante, ya que han explorado otros tipos de relación con sus hijos y con su pareja, han ideado nuevas formas de ser hombres y de ser padres.

La paternidad es uno de los ejes principales de la identidad masculina. La mayoría de los varones, si no es que todos, desean ser padres, pues consideran la paternidad como la realización máxima de su potencial como seres humanos. Ser padre es la experiencia más valorada en la vida de un varón; no se describe como un aspecto de identidad masculina sino como su realización como ser humano. Ser padre consagra al varón como un hombre cabal, un hombre pleno, un hombre en toda la extensión de la palabra, y todos los

aspectos de su vida se reinterpretan a la luz de esta experiencia; el padre deja de ser hijo, se aleja de los amigos y consolida su relación de pareja, funda un grupo social del cual él es responsable.

Al llegar a la juventud el varón aspira a adquirir el estatus de adulto, por lo que busca formar su propia familia, cortando el lazo de dependencia de su grupo de origen y de los amigos que representan la libertad, pero al mismo tiempo lo ubican como un joven inmaduro, fuera del prestigio y el reconocimiento social. Con el grupo de pares se identifica con el desorden, con la calle, con los excesos, en tanto que el matrimonio le significa una forma de establecerse y aceptar controles en su conducta; los hijos representan la consagración de la hombría y el fin de la juventud. En adelante el varón debe responder, pues al tomar en sus manos el sostén económico, social y moral de sus hijos, se ha insertado adecuadamente en el espacio masculino (Fuller, 2000).

El ser padre no puede estudiarse en forma aislada de el ser hombre, ya que la concepción que se tenga de ser hombre determinará el ejercicio de la paternidad; por ello es importante analizar algunas normatividades que se han elaborado y reproducido acerca de el ser hombre y de el ser padre; por ejemplo: que el hombre no posee capacidad para dar los cuidados primarios a sus hijos y por tanto su papel se centra en la manutención, y en el mejor de los casos en "ayudar" a la madre en el cuidado del hijo de ambos; se supone que la mujer cuenta con una característica innata para cuidar a los hijos que el hombre no tiene; las relaciones entre hombres y mujeres no son entre iguales, ni los dos sexos poseen las mismas valoraciones morales; esto se reproduce en las relaciones entre padres e hijos y puede dificultar o facilitar aún más el ejercicio de la paternidad; el padre debe actuar de manera diferente si tiene un hijo o una hija; sus cuidados, lenguaje, juegos, relaciones, prohibiciones, etc. cambian y confieren diferente significado a su paternidad cuando la ejercen con sus hijos o con sus hijas; la edad de los hijos va determinando nuevas acciones y relaciones entre el padre y la hija o el hijo; incluso se espera que el padre sea amigo de los hijos y la madre amiga de las hijas en la adolescencia. Pero esta crianza ¿será igual para hijos e hijas? Esto lo examinaremos en el siguiente apartado.

#### DESIGUALDADES EN LA CRIANZA

Actualmente los varones hablan de la igualdad en la crianza; aseguran que quieren dar educación y una forma honesta de vivir tanto a los hijos como a

las hijas, esperan que sean hombres y mujeres de bien; sin embargo algunos estudios encuentran en la crianza de unos y otras diferencias que no han sido del todo documentadas. Se ha supuesto que tanto los varones ausentes de la crianza como los que han asumido su paternidad establecen una desigualdad que constituye un problema social y afecta tanto a hombres como a mujeres, ya que esta educación repercute en su concepto de las relaciones entre géneros, lo cual favorecerá o entorpecerá el establecimiento de relaciones igualitarias y democráticas entre hombres y mujeres.

Estas desigualdades también se manifiestan en el valor que los padres dan a un hijo o una hija. Un hijo representa la muestra de la virilidad, el orgullo, la satisfacción de perpetuar el apellido, alguien que va a responder por la familia, el heredero, etc. A la hija se le va a tener que cuidar y habrá que casarla "bien" para que otro la cuide; los varones desean a las hijas siempre y cuando primero tengan un hijo.

Los varones generalmente prefieren un hijo como primogénito debido a que las mujeres sufren mucho por causa de los mismos hombres y de la sociedad que las discrimina. Al tener un hijo el varón es reconocido socialmente y sobre todo se reconoce él mismo como un hombre viril, ya que de esta manera confirma su potencia sexual no sólo en el sentido físico de inseminar, sino en ser capaz de dar la continuidad del apellido, del prestigio y del buen nombre (Fuller, 2000).

El hijo varón significa la continuidad del nombre familiar, de ahí que el padre se identifique con él y proyecte en su propia vida la realización de sus metas futuras; en espera que su hijo continúe y aun supere su propia actuación y trabajo, es común que se diga que un hijo es una segunda oportunidad de lograr lo que el padre no puede alcanzar en su propia vida, y que se encuentren familias con dinastías de una misma profesión y de un mismo nombre; por ello el hijo está asociado con el logro y el orgullo del padre (Gutmann, 1998).

Un aspecto importante en la crianza de hijos es el de la sexualidad: el hijo aprende conductas y comportamientos viendo a su padre, asimilando del trato que éste da a las mujeres y la forma en que se expresa de ellas; este tema se calla en la relación padre-hijo, no se habla, se considera que allí la sexualidad no entra; de tal forma que se da por hecho que esto lo debe aprender el hijo con los amigos. Si acaso la labor de los padres es llevar al adolescente con una prostituta para que ella le enseñe lo que debe aprender de la sexualidad, centrada sólo en el acto sexual. Entre padre e hijo se asume implícitamente que ambos comparten un campo del que las mujeres están excluidas.

Marone (1992), se refiere a la importancia del padre en la conducta de sus hijas y de sus hijos; en especial aborda su influencia sobre la conducta de las hijas; relata los cambios que algunos hombres han tenido en el ejercicio de su paternidad con sus hijas, ya que se ha probado que son ellos los que se inclinan más por diferenciar su trato entre unos y otras, y que son ellos los principales transmisores de las actitudes culturales respecto a la masculinidad y a la feminidad; en particular en este texto la autora habla de los límites que los padres ponen a sus hijas en su desarrollo profesional y personal al exaltar de manera no consciente el papel tradicional de la mujer: madre y esposa, sumisa y abnegada.

El hombre que sólo tiene hijas no se considera, ni es considerado, suficientemente viril; en su hogar predomina lo femenino, ellas son más fuertes que él, y si las mujeres de su casa son las fuertes, entonces él es el débil y esto va contra su concepto de virilidad (Fuller, 2000). Las hijas generalmente, están más ligadas a la madre y a ella se le demanda su crianza, ella tiene que enseñarles las conductas que se esperan de una mujer. El vínculo que las hijas establecen con su madre comienza desde el nacimiento y continuará hasta después del matrimonio, por lo que sus esposos establecerán una relación especial con sus suegros, a diferencia de las relaciones de éstos con las nueras. Las hijas generalmente no contribuyen al desarrollo del prestigio familiar por medio de sus profesiones, logros, ocupaciones, etc., pero sí funcionan al formar parte de redes de influencia y ayuda mutua de su grupo social: la hija contribuye a la unión y armonía de la familia.

Según Carter (1991) la relación entre padre e hija está llena de contradicciones. En las familias de clase media el padre por lo regular pretende que su hija llegue a ser "alguien" en la vida; no obstante su objetivo final es verla formando un buen matrimonio. Cuando la hija desea ser independiente tiene que luchar por obtener la aprobación del padre, que no espera eso de ella, sino sumisión, obediencia y anuencia para que él decida su vida y lo que mejor le conviene, ya que él como protector y cuidador tiene que responder por su conducta. Actualmente muchos padres desean invertir en la educación de sus hijas, pero sin la expectativa de que alcancen logros profesionales. En ocasiones manifiestan que desean que sus hijas estudien por si les va mal en su matrimonio, para que tengan cómo defenderse en la vida. Nuevamente el centro está en la formación de un hogar.

Con los cambios del papel de las mujeres se han incrementado las contradicciones en la relación padre-hija. Los padres que muestran comprensión y tolerancia ante los planes, actividades y comportamientos de sus hijas no

logran entender cuáles son las expectativas que pueden tener acerca de ellas, pues el modelo del matrimonio como único objetivo en la vida de las mujeres es cuestionado por sus propias hijas. Por otro lado, los padres autoritarios pretenden seguir aferrándose al modelo que les enseñaron, sin modificar su papel como respuesta a los cambios que manifiestan sus hijas. La hija buscará la aceptación de su padre aun cuando sepa que su estilo de vida no es aceptado por él; tiene dos opciones: ceder y aceptar los dictados del padre adoptando una conducta sumisa y subordinada, o buscar su independencia desafiando la opinión del padre y enfrentándose a ella.

Pese al panorama mostrado por esta autora podemos decir que en la actualidad algunos varones están asumiendo un papel importante en la crianza de hijos e hijas, y esto ha contribuido a romper la fuerte asociación de ser mujer con la maternidad, a que las mujeres acepten el control de la sexualidad y de la reproducción, a la participación de padres y madres en la crianza. El ejercicio de la paternidad en algunos varones está cambiando, aunque a veces transita por un sendero lleno de complejidades y contradicciones, algunas de las cuales mostraremos en este estudio.

#### DIFERENCIAS EN LA CRIANZA DE LOS HIJOS Y LAS HIJAS

En esta sección presentaremos los elementos metodológicos que sustentan el trabajo de campo que llevamos a cabo acerca de la crianza de algunos varones mexicanos. El objetivo de esta investigación fue analizar las diferencias en la crianza de hijos e hijas que establecen algunos padres del Área Metropolitana de la Ciudad de México. La hipótesis que subyace a esta investigación es que tal crianza difiere y que esas diferencias a menudo se traducen en desigualdades genéricas. Es decir, los derechos y obligaciones de los hijos y de las hijas varían de acuerdo con el valor social que se le atribuye a los hombres y a las mujeres.

Como mi objetivo fue buscar el significado que los varones dan a su paternidad, las dificultades con que se han enfrentado en el ejercicio de ésta, y la crianza desigual que brindan a sus hijos e hijas, utilicé métodos cualitativos, pues dan cuenta de procesos sociales. El supuesto ontológico que subyace a estos métodos es que la realidad se construye socialmente y por tanto no es independiente de la vivencia de los individuos. El análisis cualitativo incluye entre otros instrumentos la entrevista a profundidad, donde pretende que el

entrevistador mantenga un diálogo interno en donde el informante sea un interlocutor activo, un "otro" significativo.

Rivas (1996) especifica que las formas en que el entrevistador pregunta y escucha deben estar acordes con las circunstancias que rodean lo que el entrevistado dice, y es necesario que lo vaya incorporando al proceso de la entrevista para ir comprendiendo el significado de la experiencia que se le está relatando. El entrevistado transmite al investigador su experiencia y su significado como actor social mediante la conversación que sostienen. Este tipo de entrevista se utilizó en nuestra investigación.

Se seleccionaron padres provenientes de familias nucleares con las siguientes características: el varón cohabita con su esposa e hijos; la actividad de la esposa es el trabajo doméstico y la de él el trabajo extradoméstico. Se eligieron así porque tradicionalmente se les presenta como el principal modelo familiar. Esta investigación se interesó por conocer y dar cuenta del papel del padre.

Los participantes fueron 28 varones pertenecientes a familias nucleares que tenían sólo hijos, sólo hijas, e hijos e hijas. Su rango de edad fue de 20 a 50 años y al menos debían tener un hijo o una hija menor de 12 años para facilitar que pensarán en las diferencias entre sus hijos en las actividades, juegos, elogios y correcciones; a los que ya tenían hijos en etapa escolar esto les permitió reflexionar en su paternidad, ya que entonces los hijos cuestionan y comienzan a tomar sus propias decisiones, en ocasiones confrontando la crianza que reciben de sus padres (véase el anexo).

La mayoría de los varones entrevistados reside en el municipio de Tlalnepantla, Estado de México, situado al noroeste del Distrito Federal y que forma parte de la llamada Zona Metropolitana. Unos pocos viven en la delegación Gustavo A. Madero, perteneciente al Distrito Federal y colindante con el municipio de Tlalnepantla.

Nos comunicamos con varones que cumplieran con dichas características, les informamos acerca de la investigación que se llevaba a cabo y solicitamos su participación. Si ellos aceptaban se concertaba una cita y se realizaba la entrevista, generalmente en su casa o en un cubículo de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala de la UNAM; les pedimos su autorización para grabar la conversación y seguimos un guión, comenzando con los datos demográficos. En general llevamos a cabo dos o tres sesiones de entrevistas de aproximadamente 60 minutos cada una. El guión de la entrevista incluía los siguientes apartados: datos generales, ejercicio de la paternidad de su padre y

ejercicio de su paternidad. Cabe mencionar que se cambiaron los nombres de los entrevistados para proteger su identidad.

Una vez que se obtuvieron las grabaciones de las entrevistas se transcribieron, para posteriormente analizar lo escrito y codificarlo con base en los siguientes ejes: 1. Percepción de la paternidad de su padre, sus temores, responsabilidades, funciones, beneficios y dificultades; 2. Percepción del ejercicio de su paternidad, temores, responsabilidades, funciones, beneficios y dificultades; 3. Crianza de los hijos y de las hijas, y 4. Diferencias en la crianza de los hijos y las hijas.

Fue necesario considerar primero los ejes propuestos a fin de darnos cuenta del sentir de cada uno de los varones e ir construyendo el significado que para ellos tenía cada rubro, haciendo una historia colectiva del significado que daban a la vivencia con su padre y del que le atribuyen a su propia paternidad, de la crianza de sus hijos e hijas y del significado de las diferencias que encontraron en la crianza de hijos e hijas.

Para la interpretación de las diferencias y similitudes en la crianza no es posible asegurar que todas se traduzcan literalmente en desigualdades, pero en este estudio tratamos de identificar e interpretar cuándo estas diferencias se están traduciendo en desigualdades, y cuándo los mismos padres asumen que sí hay diferencias y que las mujeres salen "perdiendo" por la valoración social que tiene el ser hombre o el ser mujer.

Del mismo modo las similitudes no necesariamente nos hablan de una igualdad, ya que muchas de las prácticas de crianza son similares en la forma, pero no en la intención ni en la valoración; por ejemplo, los padres manifiestan su interés en que sus hijos e hijas estudien y se preparen; sin embargo respecto a las hijas se enfatiza que es por si no se casan o por si les va mal en el matrimonio (objetivo principal de vida), que tengan las armas necesarias para mantenerse y enfrentar la vida; en el caso de los varones va más ligado a que triunfen, que sostengan a su familia (se da por hecho que la van a tener), que se realicen y sean "hombres de bien".

#### ANÁLISIS DE LAS ENTREVISTAS

En este apartado se presentan los discursos de los varones de acuerdo con los ejes de análisis: percepción de la paternidad de su padre, percepción de su paternidad, crianza de los hijos y de las hijas, y diferencias genéricas que se presentan en la crianza.

*Percepción de la paternidad de su padre*

Para analizar el ejercicio de la paternidad actual de algunos varones es importante conocer el tipo de paternidad que vivieron como hijos, analizando qué recuerdos tienen de su padre, qué obligaciones y deberes les enseñaron y qué relación se estableció entre ellos. La mayoría de los varones que actualmente tienen 30 años o más pertenecen a una generación que vivió con un modelo hegemónico de paternidad autoritario, donde la crianza no entraba entre los deberes de los varones, donde el padre era el único que detentaba la autoridad —o más bien un autoritarismo, entendido como un mecanismo mediante el cual se utilizan todos los recursos disponibles para incidir en la vida de los demás de manera repulsiva, porque supone un constante atentado a la libertad de los otros (Corbella, 1992)—, el que disciplinaba y el que establecía el respeto y los valores por medio del temor. Es importante mencionar que el hablar de un modelo hegemónico de masculinidad y paternidad no implica que se siga uniformemente un patrón, sino que precisamente por ser hegemónico este modelo se enfrenta con otras posibilidades y maneras de ser hombre y de ser padre. En este apartado se analizará lo que los varones entrevistados refieren acerca de su padre.

En sus discursos existen recuerdos dolorosos. Hacen referencia a que su padre nunca se dio cuenta ni valoró lo maravilloso que era tener un hijo, el compartir y comunicarse con él, cosas que ahora ellos pueden sentir y vivir con sus propios hijos: “ahora que yo tengo mis hijos y que sé lo que les quiero dar y sé qué es lo que los hace felices o qué pienso en lo que quiero que hagan ellos, pienso que mi papá no puso interés en eso” (Marcial, menor de 35 años y padre de hijos e hijas).

La mayoría dice no entender por qué su padre no quiso vivir esa relación con ellos, por qué no se ocupó de ellos, de sus problemas, de sus estudios, de sus emociones y sentimientos, por qué no los orientó y les contó qué era lo que le pasaba.

Con nosotros convivía poco..., él..., con todos... Y cuando llegábamos a convivir, pues no..., no había mucho que nos dedicara tiempo o que jugara con nosotros... O que..., un abrazo, un apapacho, no, más bien eran regaños y... Y según esto nos quería corregir en la escuela, pero..., pues con malos modos, con malos tratos. Salíamos con él a hacer talacha en el coche, pero no era nada de enseñanza... Pásame esto..., pásame lo otro; con groserías. Pon atención..., pero o sea cosas gratas, pues no... Sólo hasta ahora que ya se vio grande y..., pues ya no hay

quien le haga mucho caso y quiere llamar la atención, cooperar, hacer cosas, pero..., pues no se vale, hay mucho resentimiento atrás de todos esos malos tratos, de..., de..., pues hablamos de banalidades. (Benjamín, mayor de 35 años, padre de hijos.)

O bien, uno de los varones recuerda que su padre sólo platicaba con él cuando estaba tomado; ése era el tiempo en que le contaba historias, anécdotas, tiempo en el que aparentemente se comunicaban:

[...] cuando él llegaba en ocasiones tomado era muy sensible, pero únicamente tomado, él en sus cinco sentidos digamos no había una comunicación, en sus cinco sentidos yo recuerdo a mi padre siempre sentado viendo la tele, o en su cuarto viendo tele, encerrado siempre, entonces no había una buena comunicación con nosotros. A menos de que estuviera tomado... Y cuando estaba tomado entonces sí había comunicación, entonces a mí sí me agradaba mucho, digamos no me agradaba que tomara, pero sí me agradaban esos momentos, porque eran momentos en los que yo tenía oportunidad de estar con él, y platicaba muchas historias que los marcianos, que los mayas, que los inventos..., o sea tantas, tantas cosas que hacían... Porque dentro de todo, o sea mi papá sí conoce mucho de historia, entonces él me platicaba muchas anécdotas de aquellos años, muchas cosas, y me agradaba, o sea una cosa que a mí me gustaba estar con él en esos momentos, aunque yo creo que no eran positivos, pero como yo estaba faltó, digamos de estar con esa comunión con él, creo que esos serían los momentos agradables con él. (Benito, mayor de 35 años, padre de hijos.)

Esto concuerda con lo reportado por Gutmann (1998) acerca de lo que le mencionaron los varones de más edad; dijeron que era necesario mantenerse alejados y distantes con el fin de conservar la autoridad con sus esposas e hijos. De Keijzer (2001) describe un modelo similar acerca del padre o patriarca tradicional.

Los varones entrevistados en este estudio recuerdan que su padre nunca estaba en casa; viajaba o tenía mucho trabajo y por tanto no convivía con ellos ni les mostraba afecto, cariño; no fue expresivo en sus sentimientos y la disciplina se basaba en el temor:

[...] y cuando mi padre llegaba a la casa... era muy estricto, nadie se acercaba a darle un beso o un apapacho, porque desde chico no fomentó, ¿verdad?, no fo-

mentó; él fomentó la disciplina a base de temor, entonces en el momento en que llegaba a la casa..., todos deberían estar callados y serios. (Luis, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Mi padre nunca, o casi nunca estuvo en casa, era muy rara vez, como agente viajero que él estuviera en casa, él rara vez demostró cierto cariño, no lo estoy culpando pero, rara vez demostró interés hacia mí y mis hermanos como padre; sin embargo hubo una sola ocasión en la que yo me sentí bien con él, el hecho de que un día llega, yendo por la calle después de haber tenido una experiencia con él, veníamos los dos solos y de momento él me agarro el cuello y me llevó por largo rato así, y experimente de esa manera una caricia y una demostración de su amor y fue la única vez que yo recuerdo, quizás estoy mintiendo, pero es la única ocasión que yo recuerdo que me acarició y esa forma que él me agarró, siento que fue una demostración de amor. (Carlos, mayor de 35 años, padre de hijos.)

Osherson (1993) refiere al respecto que “la ausencia física o psicológica del padre es una de las grandes tragedias subestimadas de nuestro tiempo” (p. 6); Asturias (2000) menciona que una forma de enseñar la masculinidad consiste en que el padre no esté presente, mostrando con ello que el hogar no es el sitio de los hombres.

Los varones exponen que su padre les dio poca libertad, que todo era trabajo; incluso uno menciona que no los dejó ser niños porque todo en su vida eran obligaciones, no había distracciones o juegos, con una disciplina muy estricta, con comportamientos abusivos y autoritarios.

Con mi papá nos llevábamos bien, nada más que él era muy rígido con nosotros, o sea más que nada no nos dejaba ser prácticamente niños, o sea eso es lo que pasó en el pasado ¿no?; mi padre cuando estuve con ellos así fue, más que nada lo que les interesaba era que yo los ayudara más, que no vieran que yo pudiera jugar o así digamos..., que yo me divirtiera por mí mismo, tenía que tener obligaciones, tenía prácticamente obligaciones. (Jorge, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Con mi padre no había relación, porque, este, normalmente sabíamos que era nuestro papá, pero no porque hubiera una relación muy buena que digamos, no había cierta relación, él era el papá y yo por ejemplo el hijo y nada más, yo desde chico, a los ocho años empecé a trabajar y casi no estuve en mi casa nunca, así es que normalmente no hubo mucha relación que digamos. (Leonel, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

### Otro de los varones menciona:

La relación no era buena, más bien me acuerdo de los castigos, de los golpes, de los malos tratos, porque yo era muy travieso y muy inquieto, y entonces eso me ocasionaba castigos, golpes... Regularmente para conmigo eran los malos tratos... Me pegaba como cayera; en una ocasión me agarró como si yo fuera de su edad y de su tamaño y me agarró a patadas y a puñetazos. (Benjamín, mayor de 35 años, padre de hijos.)

Varios de los hombres entrevistados mencionan que sienten rencor contra su padre porque les pegó a ellos y a su madre, por llegar tomado y abusar de su fuerza y de su autoridad. Uno de los varones menciona que las obligaciones de su padre fueron llevar dinero y dejar a su mujer embarazada en su casa:

[...] mi padre fue muy duro, difícil, nunca nos orientaba, hubo falta de comunicación, de orientación, no hubo confianza, nunca platicaba con mi padre, él sólo me inculcaba lo que tenía que hacer en cuanto a mi aspecto físico. Recuerdo que llegaba ebrio y agredía a mi madre, sentía feo verlo todo desarreglado. Él siempre me compró lo que yo quería, nunca me golpeó, ni me regañó, a él le gustaba trabajar, a pesar de ser alcohólico; sin embargo nunca se preocupó por saber si iba a la escuela o saber de mis calificaciones, ni se preocupaba por mis problemas, para mi padre sus obligaciones sólo eran llevar dinero a la casa y dejar a su mujer embarazada en su casa. (Fermín, menor de 35 años, padre de hijas.)

Inclusive de adolescente, duramos como cinco años sin dirigirnos la palabra..., porque no nos ayudaba con la escuela.. Nos peleamos de palabras... En una ocasión lo golpeé también... Porque golpeaba a mi mamá, me paré y me lo soné... Nuestra relación no es de padre hijo, tiene muchos años que nuestra relación es sin abrazos, besos, no lo siento así. (Benjamín, mayor de 35 años, padre de hijos.)

Es importante aclarar que en todo momento los varones justifican las acciones de sus padres: eso fue lo que su abuelo le enseñó, no tenía educación, eso era lo que se acostumbraba, tenía muchas presiones, mucho trabajo, etc. "No lo conocí mucho, hasta ahora que ya tengo la conciencia más desarrollada, pienso que bien o mal hizo lo que pudo, eso me ha ayudado a

desarrollarme... Él no estuvo mucho al pendiente de nosotros, pero..., ése era el estilo de vida de nuestros padres ¿no?" (Octavio, menor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

En ocasiones tratan de entender la falta de atención que su padre tuvo con ellos: "Las salidas con mi papá fueron esporádicas, la atención no fue muy buena, porque fuimos bastantes hermanos, entonces el cariño y la atención que debieron haber tenido se repartió entre ocho, si fuera de diez... Nos tocó de a uno, ¿no?" (Néstor, menor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Algunos mencionan que otro varón tomó el papel que le correspondía a su padre, en cuestión de afecto, enseñanza, presencia, etcétera.

[...] prácticamente sé que me llevaba de comer y hasta cierto punto algunas ocasiones se relacionaba conmigo para reprimirme, para corregirme, fuera de ahí... algún consejo así, no hubo nada. Quien tomó el papel de mi padre, se puede decir que fue mi hermano mayor. De repente me preguntaba cómo me iba, revisaba mis cuadernos, me sacaba a dar la vuelta, a llevarme a sus partidos de futbol, y todo eso. (Mariano, menor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Mi mamá fungía como padre y como mamá, ¿no? en cuestión de..., pues..., vamos a decir en cuestión de educarme, pues en cuestión de personalidad paterna, pues no. Ya más grande, vamos a decir en mi adolescencia pues sí encontré el apoyo de..., de un hermano..., pero eso ya fue más adelante. Yo no conviví con mi papá, o sea..., conviví un veinte por ciento durante el tiempo que vivió; ya que yo tuve uso de razón... Él falleció. (Javier, mayor de 35 años, padre de hijas.)

Es curioso cómo se asume que la relación era buena con el padre conforme a los estándares de lo que socialmente era un buen padre, es decir, el que no golpeaba, el que daba el sustento familiar, el que en ocasiones jugaba con los hijos, el que los instruía o enseñaba, pero en este estándar no entraba el relacionarse íntimamente con ellos, compartir sentimientos, pensamientos, etcétera.

[...] la relación no fue mala en sí, ahora sí que él siempre jugaba con nosotros, el día que llegaba a platicar conmigo me decía que me cuidara de las personas que estaban a mi alrededor, pero siempre, ahora sí que siempre a mí nunca me faltaba nada, ahora sí que yo pienso que fue bueno, ¿no?, pero yo nunca le dije nada de lo que quería saber, lo que quería saber lo supe por mis amigos, por gente de la calle, nunca me acerque a él para preguntarle algo, ¿no? (Daniel, menor de 35 años, padre de hijos.)

Estos discursos concuerdan con el papel tradicional del padre, más frecuentemente en los años anteriores, en donde la organización de la familia dependía de éste, que tenía derecho a la autoridad y merecía respeto porque tenía un empleo permanente, de tiempo completo, porque era el que trabajaba y el derecho de irse a tomar con sus amigos. Esta organización privilegiaba al hombre en su trabajo, proporcionándole más prestigio, sueldo y jerarquía en el hogar; la casa era el dominio de la mujer y el exterior pertenecía al hombre (Selby *et al.*, 1994).

### *Percepción del ejercicio de su paternidad*

Hemos mencionado que la vivencia de la paternidad como hijos predispone o determina el ejercicio de la paternidad de los varones; dependiendo del modelo o modelos de paternidad que vivieron como hijos construyen el ejercicio de su paternidad. En ocasiones el modelo del padre fue o es satisfactorio, de tal forma que se intenta actuar de manera semejante, enseñando los mismos valores. Sin embargo para la mayoría de los entrevistados tal modelo fue muy hostil; consideran que es mejor actuar de manera distinta para ejercer su paternidad; tratan de superar la conducta de su padre. Algunos manifiestan que ejercen una paternidad muy diferente a la de su padre:

[...] que yo me acuerde, él me educó a golpes, y pues yo a mis hijos nunca los he golpeado, jamás he tocado alguno de ellos; hemos discutido por las vías de la discusión... Todo lo hablamos..., todo lo platicamos, pero golpes cero, porque no considero que sea la forma mejor de educar a una persona..., no somos animales... Con mis hijos tengo mucha comunicación, les doy mis propios puntos de vista, cómo me ha ido a mí, se las traspaso a ellos a la vez para que puedan crecer mucho mejor que yo. (Leonel, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

A mí me trataban mis padres trabajando siempre, me decían: tienes que hacer esto, tu obligación va a ser ésta después de la escuela, pues lo aburren a uno, porque a mí la verdad me aburrieron, mejor me salí a trabajar, porque tenía un error y siempre me golpeaban con cualquier cosa... Y yo digo que no... Uno debe convivir con los hijos, a mí me hubiera gustado que mis padres hubieran convivido conmigo, me hubieran dicho "¿Qué problemas tienes, quieres seguir estudiando?", pero no, no era así, ahora yo como padre les digo a mis hijos: Échenle ganas. Yo platico con ellos, yo quiero que mis hijos digan: Yo tengo trabajo por-

que mis padres me apoyaron y es la única herencia que les da uno como padre. (Jorge, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

En un principio quise educarlos como, no como él, pero sí buscar la manera de que desde el inicio hubiera cierta disciplina en el conducirse y pues también la comunicación. (Emilio, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Es interesante notar que los varones consideran que se portan de manera completamente distinta a la de sus padres, sin embargo encontramos relatos que muestran comportamientos similares, lo cual es fácil de entender, ya que éste fue el principal o único modelo de paternidad que recibieron. No obstante argumentan que han logrado hacerle cambios.

Soy consciente de que no me debo de guardar nada, pero yo sí me lo guardo, no sé por qué, quizá me criaron así y yo lo reflejo, no sé si tenga quizá problemas, pero a veces me cuesta trabajo decir..., transmitir mis sentimientos. Otro problema que tengo es que soy muy..., cerrado, ¿no? muy seco, muy frío; por ejemplo mi hijo obviamente está muy chavito, pero lo trato como si tuviera 10 años... Todos me han tachado eso, yo soy consciente de que está mal, pero me es difícil dominarlo, ya es menos... Antes era más. (Damián, menor de 35 años, padre de hijos.)

Los varones ahora están participando en la crianza. Al respecto Bonino (2001) menciona que la crianza sigue estando en manos femeninas y los padres sólo se hacen cargo cuando la madre está cansada, siendo como un relevo en casos de emergencia; asimismo que en el resto del trabajo doméstico no ha habido cambios significativos: el varón toma lo placentero del trabajo de crianza y deja a las mujeres las tareas de rutina, de ahí la queja de éstas al oír que el padre declara que se involucra en la crianza. Es importante plantear nuevas estrategias para que hombres y mujeres comprendan que no basta con la democratización en lo público, sino que también hay que llevarla a lo doméstico, a lo privado.

No obstante, resulta relevante recuperar la vivencia de los varones que están participando en la crianza: cómo ha sido su experiencia, cuáles son sus temores, cómo han vivido la relación con sus hijos e hijas, qué dificultades han encontrado, etc. Por eso en los siguientes apartados analizaremos el discurso de ellos respecto de su vivencia en la crianza.

Los varones mencionan con cierta dificultad los temores que han sentido al ser padres. Esta dificultad es en cuanto a cómo lo han vivido, y parece que si mencionan los temores pierden poder o fuerza, o bien que no saben ser padres o que no enfrentan con entereza el papel que les corresponde. El varón socialmente está para proteger a su familia, para cuidarla, no para sentir miedo o para ser protegido, y quizá por ello les es difícil aceptar algún temor en su vivencia de ser padre:

[...] ¿temor? pues no... Quizá..., pues..., sólo la responsabilidad de la crianza, responsabilidad, nada más. (Carlos, mayor de 35 años, padre de hijos.)

¿Temor? no, sino preocupación de que..., el que mi hijo algún día pase por alto mi autoridad. (Darío, menor de 35 años, padre de hijos.)

Que de alguna forma, en un tiempo determinado, sí claro llego a una edad más avanzada, que no pueda yo educar a mis hijos en la forma que yo deseo o yo quiero, más que nada... Ésos son mis temores; ¿por qué? No sé, siento que si no los educo en la forma que yo creo que es lo conveniente, posteriormente ellos puedan tener algún tipo, no sé..., de problema en la vida, más que nada éstos son mis temores. (Horacio, menor de 35 años, padre de hijas.)

Mi primer temor fue el de la relación de pareja... No sabía si iba a funcionar... El segundo y más fuerte engendrar a mi hijo, luego cuando van creciendo prefería que fueran todo el tiempo chiquitos, porque chiquito, problema chiquito, grandote, problema grandote. Como padre nunca se acaban los temores. (Leonel, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Cuando se tienen hijas hay temor sobre su conducta sentimental y sexual, sobre todo a que resulten embarazadas, a que no terminen una carrera, a que no sepan escoger bien a sus novios, a que se desprestigien por andar con varios hombres, a que no lleven dignamente la educación que su familia les dio, etc. "Las dos son mujeres, ya van a empezar en la edad de los novios y algunas cosas que a su edad son un poco complicadas [...] éstos son algunos de mis temores [...] Yo espero que sigan adelante y terminen una carrera profesional". (Eleazar, mayor de 35 años, padre de hijas.)

Miedo a que no se les dé económicamente lo suficiente y que los hijos reprochen la carencia en la que supuestamente vivieron. En el caso de las mujeres, miedo a que se refugien en una relación por falta de cosas o de ca-

riño, por salir de la casa familiar, en donde no encontraron lo que piensan que debieron darles. Ésta es una razón por la cual se cree que muchas mujeres establecen relaciones matrimoniales: huir de la casa paterna:

[...] bueno, lo que no he hecho es darle todo lo que ella se merece y tengo miedo de que se me vaya a casar rápido, bueno juntar o casar rápido, por lo mismo de que no tuve lo que ella quería, por falta de dinero..., por falta de cariño... Que vaya a decir "Mi papá no me quiere, me falta cariño, mejor me voy con mi novia" [...] Sí de que me diga: "Tú no me diste esto", y que al rato me lo esté reprochando, ¿no?, "Yo te pedí esto y nunca me lo diste, nunca me tomaste atención, nunca..." (Fermín, menor de 35 años, padre de hijas.)

Temen no cumplir bien con la responsabilidad de la crianza, no tener autoridad sobre los hijos, las consecuencias de la crianza, no haberlo hecho bien o como ellos suponen que deberían haberlo hecho y, respecto a la conducta sentimental y sexual de las hijas, sobre todo temor a que salgan embarazadas.

Es curioso que los varones supongan que ellos cumplen dando cariño a sus hijos, pero este cariño se expresa en proveerles todo lo que necesitan y quieren; los hijos marcan la pauta a seguir de lo que es un buen padre, y no los padres, quienes enseñan qué elementos marcarán y serán la base de las relaciones en sus familias. Pareciera que los padres consideran que si la provisión económica que dieron a su familia fue suficiente, entonces cumplieron como padres.

Encontramos que una de las principales funciones que los varones creen que tienen para con sus hijos es la manutención; sin embargo la dejan de ejercer cuando la unión matrimonial fracasa. Brachet-Márquez (1996) menciona que han aumentado las demandas de las mujeres separadas para obtener la manutención económica de sus hijos, y que de cada nueve una es la que logra que se le pase una pensión alimentaria. Parece que cuando estos varones se divorcian de la mujer, también lo hacen de los hijos (De Keijzer, 2001), o consideran que su obligación está vigente si la familia permanece junta, si se tiene un buen sueldo, o bien que su obligación es opcional.

Algunos de los varones manifiestan que no cuentan con la preparación necesaria para ejercer la paternidad; como la asocian con el nivel escolar consideran que el tener más estudios les facilitaría educar mejor a sus hijos; asumen que si no cuentan con estos estudios (universitarios) no tienen herramientas suficientes para enfrentar la crianza.

Yo pienso que encuentro muchas limitaciones de no saber más, de no tener una preparación más allá, de no tener un nivel académico más elevado, pienso que entre mejor preparado estés, bueno..., es obvio que no naciste para ser papá, pero sí por lo menos podrías tener otro concepto más amplio, si tuviese más nivel académico. (Octavio, menor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Los limitantes que te puedes encontrar es este, la falta de conocimiento de lo en general... Y particularmente..., de lo que es un bebé. (Felipe, menor de 35 años, padre de hijas.)

Se generan expectativas en cuanto a la educación superior, suponiendo que induce al ser humano a mejorar como tal; no se entiende que la educación no sólo es instrucción, no sólo es información, sino un acompañamiento y una entrega de una persona a otra. Quizá a esto se deba que muchos padres piensan que el mandar a los hijos a la escuela es darles educación y que ellos ya no tienen que formarlos; dejan la enseñanza a los maestros, sin entender que no se pueden enseñar valores que no se tienen, hábitos que no se practican, modelos que no se viven, etcétera.

Una dificultad más que se menciona es la falta de recursos económicos; otra vez aparece el factor económico como la principal función del padre:

[...] el no poderles dar todo lo que desean con la libertad que quisiera, pienso yo que no carecen de lo necesario, pero yo quisiera darles más, enseñarles a que se les da lo que se tiene y haría yo lo posible de que tuvieran la idea de que se les está dando, porque se les está dando y el trabajo que cuestan las cosas. (Mariano, menor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Ahora bien, ¿cuáles consideran que son las obligaciones o responsabilidades que tienen como padres? Algunos mencionan que su responsabilidad principal es formar y mantener relaciones familiares sólidas, dar a sus hijos un ambiente en donde puedan crecer sin problemas, desarrollarse sanamente:

[...] la responsabilidad que tiene uno como padre es desde el principio tratar de formar una familia, desde el momento en que tratas tú de formar una familia, tratas de inculcar ideas, de romper ciertas reglas que se deben de seguir en casa para así evitar que el niño esté aislado y esté informado en cosas que no debe [...] pero si en lugar de la convivencia familiar hay problemas familiares y separación entre la pareja, pues son problemas que le van a repercutir al niño, tarde que

temprano y pues va a acabar con problemas, si no son problemas de drogadicción, pues son problemas de alcoholismo, ¿verdad? (Luis, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

También es importante convivir con los hijos, dar ejemplo, educarlos y lograr relaciones armónicas entre padres e hijos, pasar tiempo con ellos; aunque aseguran que es mejor la calidad de la convivencia que la cantidad, vale la pena señalar que los dos aspectos son importantes y van de la mano: es mejor tener relaciones óptimas en cantidad y calidad, que relaciones con uno solo de estos ingredientes.

Convivir con los hijos, tenemos que ayudarlos y ayudarlos, estar presentes el mayor tiempo posible, comportarse lo mejor posible frente a ellos. (Abdías, mayor de 35 años, padre de hijos.)

Yo creo que es darle camino a mi hijo, ¿no?, atenderlo, responder a sus inquietudes, a sus dudas, siento que es eso. (Néstor, menor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Ciertos varones mencionan la responsabilidad de proporcionar a sus hijos una educación integral en donde se incluya la educación académica, sexual, moral y religiosa:

[...] mis responsabilidades como padre [...] la educación de mis hijos, la educación es una de las responsabilidades mayores del matrimonio..., tanto educación escolar, sexual, moral y tal vez... Hasta la educación religiosa, creo yo. (Manuel, menor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Darles este..., una buena educación, una educación... Darles consejos..., una carrera..., sensibilizar su corazón, darles una educación cristiana, enseñarles que hay un Dios que es el más importante en la vida, tenemos un libro, que así como unos estudian medicina, pues se puede estudiar la Biblia, que es un libro que nos enseña quién es Dios, por qué es Dios. (Benito, mayor de 35 años, padre de hijos.)

Y, por supuesto, aparece la responsabilidad permanente: proveer económicamente a la familia, "pues, obviamente la responsabilidad económica es

muy, muy fuerte; no es lo que es el eje principal de toda, toda la familia, pero es una necesidad primordial” (Felipe, menor de 35 años, padre de hijas).

El ser padre ha influido en la personalidad de los varones: han experimentado cambios en su forma de actuar, de pensar, de sentir; generalmente se han vuelto más responsables, más serios, más pacientes, más tolerantes... Parece que convivir con un infante revoluciona a cualquier adulto:

[...] he cambiado mi carácter, me he vuelto un poco más serio, tal vez menos relajado; en lo económico me he vuelto un poquito más reservado para los gastos; en lo social trato de relacionarme con gente ya madura, ya casada, que sepa lo que quiere; que ya sabe lo que es una vida de casados. (Genaro, menor de 35 años, padre de hijas.)

El ser padre se vuelve sinónimo de estabilidad: ya no se es el joven inmaduro, ahora ya se sabe lo que se quiere en la vida, se tiene un propósito, se tiene que poner atención en lo que hace porque las consecuencias afectan a otros a quienes ama y quienes dependen de él. Se aprende a convivir con el otro que no se comporta como uno espera, que no entiende mucho de nuestro lenguaje, que es sensible, ingenuo, que pregunta sobre lo obvio, sobre lo importante, que muchas veces no tiene nada que ver con lo urgente, lo social. Otro que pide y necesita ser educado, ser formado, ser amado.

Olavarría (2000b) menciona que el ser padre da sentido a la vida de los varones y los hace sentirse importantes; les da derechos, se constituyen en autoridad de su casa, en proveedores, en individuos responsables, los obliga a madurar y les permite realizarse como personas; los dota de un proyecto por el que piensan que vale la pena luchar.

La convivencia que los padres establecen con sus hijos está supeditada al tiempo que pasan con ellos, por lo que tratan de aprovecharlo para educarlos. Es importante hacer notar que los padres suponen que en todo momento de convivencia con los hijos deben estarlos educando, traduciendo esta educación como corregir, disciplinar, aconsejar, guiar, enseñar, etc.: una autoridad basada en el razonamiento (Diez, 1992).

La paternidad de estos varones ha recibido la influencia del modelo o modelos que vivieron como hijos y de las normatividades sociales que les han sido impuestas. Ellos han vivido, y en algunos casos incorporado “nuevos” discursos acerca del papel de las mujeres en la familia, y por tanto en el papel del varón. Han enfrentado una educación diferente con sus hijos, a los cuales

les han enseñado en la escuela que tienen derechos que los defienden, que la violencia familiar no es lo normal; en los medios de comunicación han aprendido cosas que los padres no vivieron, responden de una forma diferente a como sus padres lo hicieron cuando fueron hijos, ha habido una educación más tolerante y en ocasiones muy relajada en donde la autoridad ya no tiene el mismo significado que una o dos generaciones atrás. Estos varones han tenido que adecuar nuevos elementos al modelo de paternidad de su padre, porque tal parece que con la cultura, para los hijos y las mujeres de hoy ese modelo necesita ajustes.

### *Crianza de los hijos y de las hijas*

Podríamos decir que la crianza consiste tanto en informar como en formar; y más que repetir conceptos, dar instrucciones, es ir formando actitudes, valores, conductas en una persona. Es un intercambio en donde una persona convive con otra y con su ejemplo la va formando y se va formando a sí misma; es compartir, retroalimentar, etc. Y resulta relevante mencionar que en la mayoría de los estudios sobre paternidad se ha insistido en la importancia de la función paterna en el desarrollo social, emocional e intelectual de los niños y niñas; la unión del padre con su hijo se refleja en mejores notas, en escasas sanciones disciplinarias de la escuela y en que no repita algún año escolar (Asturias, 2000; Ortega *et al.*, 1999; *Revista Viva*, 11 de junio de 2000; Burin y Meler, 2000; De Keijzer, 2001), y no sólo en los hijos, sino que esta relación también beneficia a los padres, ya que desarrolla en ellos la tolerancia (Figuroa, 1997), el ser compasivos, suaves en su trato, etcétera.

De acuerdo con los discursos de los varones, ellos consideran que a un hijo se le debe dar una preparación integral, se le tienen que proporcionar herramientas para que se desarrolle físicamente, entendiendo que debe tener fuerza física y un buen desarrollo mental; es decir, conocimientos tanto académicos como de sentido común, ya que él va a guiar a su familia, va a ser el que trabaje:

[...] trataría de pasar más tiempo con él, enseñarle todo lo que yo sé, prepararlo físicamente, mentalmente, académicamente, para cuando sea mayor pueda tener una vida digna [...] De hecho los trabajos para hombres es de manera física, mayor desgaste físico, por lo cual si un hombre es débil, no puede desempeñarlos y no le darán el trabajo. (Eleazar, mayor de 35 años, padre de hijas.)

Los varones mencionan que es importante que los hijos sean responsables, atentos, educados (que se ajusten a las normas sociales), y que crean en una religión. La responsabilidad tiene que ver con que van a mantener una familia y por tanto hay que fomentar el que sean responsable para que no dejen de lado las obligaciones con la familia que formen en el futuro.

[...] que estudien porque es un medio para afrontar los problemas que nos ofrece la vida, si no económicamente, por lo menos moralmente. (César, mayor de 35 años, padre de hijos.)

Tener responsabilidades, aconsejarle que vea de qué se trata la vida; por ejemplo la mía es trabajar, tratar de tener lo necesario, de tener una familia, de ver crecer a mis hijos, de verlos realizarse como estudiantes, como personas, que lo vieran así, que le dieran ese enfoque, de que tienen que crecer, estudiar, prepararse, tener un trabajo y buscar tener también su familia; para llevar todo esto a cabo [...] pues es necesario esforzarse, esforzarse estudiando, no sé [...] tratando de ser lo mejor como persona. (Edgar, menor de 35 años, padre de hijos.)

También se ha establecido que un caballero es atento, amable, educado, y que esto es atractivo para cualquier mujer. En un estudio de Torres *et al.* (2001) se afirma que la masculinidad se asocia con conceptos como *fuerza, responsabilidad, presencia, viril o varonil*; esto es lo que las personas del estudio se imaginan cuando se habla de masculinidad y tales datos concuerdan con lo descrito por los varones entrevistados.

Un tema relacionado con la responsabilidad es la disciplina, entendida como el orden que deben tener en su vida, y para aprender eso deben empezar por ordenar sus cosas, sus juguetes. Otro de los aspectos que consideran importante formar en sus hijos, además de la responsabilidad en sus actos, es que no se dejen llevar por los vicios y que respeten a la mujer. El argumento para que respeten a las mujeres es que deben recordar siempre que su madre es mujer y por lo tanto hay que hacer extensivo este respeto a todas las demás.

la educación con mis hijos más que nada es recomendarles [...] igual lo que me recomendó mi padre, decirles que respeten para que sean respetados ellos, sobre todo a las mujeres. (Ignacio, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

A un niño hay que enseñarlo a que se respete a sí mismo por principio de cuentas y a que respete a una mujer ¿no?, pues de las mujeres dependemos todo

mundo, entonces yo en ese aspecto sí veo diferencia entre los tratos. (Gerardo, menor de 35 años, padre de hijas.)

El niño aprende en carne propia, e imitando a los varones con los que convive, que el ser masculino va ligado con la noción de libertad. Que la libertad le permite experimentar, conocer y autoconstruirse; de ahí que necesite cierta permisividad para los vicios, para aventurar, para actuar, debe salir para sobrevivir en el mundo; el niño se da cuenta de que ha nacido del lado correcto (Olavarría, 2000a).

En cuanto a la crianza de las hijas mencionan que es necesario formarles valores morales porque ellas son más susceptibles a ser cuestionadas, criticadas por la sociedad cuando no cumplen con las normas establecidas; por tanto los varones consideran que es necesario poner más énfasis en que la mujer sea recatada, discreta, seria y decente para que evite ser despreciada.

[...] valores morales, una mujer en una sociedad [...] que siempre la mujer es un poquito más discriminada, ¿no? En muchos aspectos, entonces..., o sea es muy delicada la mujer, en cierta forma tienes... Hay que enseñarle o sea..., ciertos valores a la niña, para que cuando crezca, sepa que la mujer tiene un valor diferente al hombre, ¿no?... Entonces estamos hablando de que la mujer muchas veces, este..., cae más fácil en boca de la gente que un hombre, ¿no?... En muchos aspectos. (Horacio, menor de 35 años, padre de hijas.)

Argumentan que es necesario enseñarlas a que se cuiden, se respeten y sean femeninas (traducido como que adopten las normas sociales establecidas para una mujer). Ese cuidado y respeto hace referencia al trato con los hombres, que siempre buscarán una relación sexual con las mujeres, siempre intentarán sobrepasarse con ellas, El cuidarse y el respetarse implica que no provoquen a los varones y que no se dejen seducir por ellos: "Enseñarla a que se cuide y respete; ser femenina con ella misma y con los demás, saber defenderse y que tomará más autoridad con los que la rodean [...] estamos en un mundo donde no se respeta la igualdad del hombre y la mujer" (Abdías, mayor de 35 años, padre de hijos).

Ligado a lo anterior, los varones suponen que en la crianza de las hijas hay que poner énfasis en la educación sexual. Esta educación sexual supone el hablar de sus "experiencias", tales como su menstruación, relaciones de noviazgo, relaciones sexuales, matrimonio, etcétera.

[...] hay que transmitirle los peligros que hay para una mujer, por ejemplo: [...] ten cuidado con los muchachos [...] a lo mejor hay un poco de expresión libre hacia el sexo..., hay que decírselo a nuestras hijas: no te vayas a embarazar, no la riegues antes de tiempo, piensa lo que estás haciendo, primero estudia, recíbete, sé feliz, trabaja, si a lo mejor tienes sexo, bueno tenlo pero prográmate, ponle al novio su condón, o tú toma una pastilla, tienes que cuidarte, puede llegar un hijo no deseado y le vas a dar en la torre a tu carrera, le das en la torre a tu vida, les dejas un problema a tus padres. (Leonel, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Los varones mencionan que es importante enseñarlas a enfrentar los peligros que más adelante van a tener, por supuesto relacionados con los varones. Parece que cualquier problema o peligro que la mujer pueda enfrentar estará relacionado con los hombres, y dado que éstos se presentan como seductores, hay que tener cuidado:

[...] orientarlas para que ellas sepan prever los riesgos o los peligros que se van a enfrentar más adelante [...] mira te vas a enamorar, a tener novio, te va a tratar así, te va a llevar de esta forma, te va a insinuar esto, te va a insinuar lo otro... O sea mostrarle las experiencias de uno como hombre, pues de cómo en cierta forma seducir a una mujer, y prevenirlas de las consecuencias que puedan venir, ¿no? (Emilio, mayor de 35 años, padre de hijas.)

El cuidarse de los hombres se asocia con la discriminación a las mujeres y a que si bien todos somos iguales, hay diferencias entre ser hombre y ser mujer. Ellas son más "frágiles" y por tanto caen más fácilmente en vicios, son seducidas por los hombres, son atacadas, etc., por esto es necesario que se cuiden. Al respecto Castro y Miranda (1998) mencionan que para los varones de Ocuilco, Morelos, ser hombre es "ganarle la voluntad" a las mujeres, mientras que entre las cosas que hacen a una mujer está la resistencia a ese acoso, es no permitir el fracaso en esa resistencia. Parece que la definición de estos varones es similar a la de los entrevistados:

[...] no por discriminación..., pero de hecho no es lo mismo, como personas... Consideran que..., como dicen..., como humanos todos somos iguales, pero el hecho de ser unos hombres o varones y otros mujeres pues es algo distinto, entonces pues en lo que un padre... Pienso que debe enseñarle a sus hijas es que como son mujeres [...] pues que deben de tener mucho más cuidado que un hom-

bre, porque pues como mujeres tienen, o se dice que son más frágiles, en una riña o al hacer alguna actividad, no es la misma fuerza, ni la misma..., el mismo reflejo, vamos a decir, que un hombre. Las hijas implican no más responsabilidad sino una mayor atención. (Javier, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Los varones argumentan que es necesario que las mujeres aprendan a defenderse. Tal parece que la mujer tiene que luchar en contra de los varones, de las mujeres, de la sociedad; siempre tiene que mostrar que es una mujer decente, que se respeta, que se sabe cuidar de los hombres, que se sabe defender de cualquier insinuación o ataque de los varones. Lo principal de la enseñanza está relacionado con el aspecto sexual: la menstruación, los cambios físicos, en fin los “aspectos íntimos” de una mujer:

[...] a las hijas hay que educarlas más sexualmente. (Manuel, menor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Ante la sociedad dicen que las hijas se refugian sobre la madre y es verdad, pero yo siento a modo personal que recae más sobre el padre, porque necesitamos que se acerquen a nosotros para tener confianza y hablarles abiertamente, y decirles el porqué de las cosas y el porqué de una relación sexual, el porqué del matrimonio, el porqué del noviazgo, el porqué de su primera experiencia como mujer, llamemos menstruación; yo siento que estos temas no son tabúes porque no lo son, porque son de la vida diaria [...] sería muy satisfactorio reconocer qué tanto la misma confianza que le tiene a su madre, la tenga a uno como padre, yo lo siento así. (Genaro, menor de 35 años, padre de hijas.)

En estos discursos encontramos que existen diferencias entre la crianza de los hijos y la de las hijas. Para el hijo la crianza debe enfocarse a prepararlo para que realice bien su tarea: que respete a las mujeres para que no se vaya a comprometer y frustre su vida de pareja; que sea responsable para que se haga cargo de la manutención de su familia; que sea fuerte para defenderla; que sea inteligente para triunfar en su trabajo y obtener los ingresos necesarios para su sostén; es decir, hay que prepararlo para ser protector y proveedor. Esto concuerda con lo descrito por Parrini (2001), quien menciona que según el modelo hegemónico de masculinidad un varón debiera ser activo, jefe del hogar, proveedor, responsable, autónomo, fuerte, no tener miedo, no expresar emociones, vivir para el trabajo, para la calle. Nava (1999) menciona que el padre debe ser el jefe de su familia, ser la autoridad y poseer la representatividad social, ser el principal proveedor económico y el protector de

su cónyuge e hijos, a quienes reconoce voluntariamente por la exigencia de la fidelidad y exclusividad femenina. Dentro de este modelo es un orgullo ser hombre, da una sensación de importancia; moralmente debe comportarse correctamente, debe ser protector de los más débiles, niños y mujeres, ser solidario y digno, de tal forma que su palabra valga.

En tanto que a las mujeres hay que prepararlas para la función socialmente establecida: ser esposa y sobre todo ser madre (Maier, 1999); De Beauvoir (1992: 253) menciona que “en la maternidad la mujer realiza integralmente su destino fisiológico; ésa es su vocación ‘natural’, puesto que todo su organismo se halla orientado hacia la perpetuación de la especie”. A la mujer hay que enseñarla a ser femenina para conquistar a los varones; cuidarse y respetarse para que no la embaracen pronto y frustren un buen matrimonio; cuidarse de tener una buena reputación social para que no sea señalada, y sí respetada y valorada, por ello la crianza debe ser más estricta en todos los aspectos.

Pues que yo soy, soy muy estricto con ella, ¿eh? Trato de corregirla cuando se está saliendo del huacal, ¿no? Soy muy estricto con ella en cuestión de estudio; tenemos un régimen muy estricto aquí en la casa, pues que todo en su lugar, todo ocupa un lugar. (Gerardo, menor de 35 años, padre de hijas.)

Trato de verme en el ejemplo de mi padre, trato de ser un poquito estricto con las niñas en el aspecto de..., pues..., no deben dejar nada tirado, recoger todo lo que ocupen, alzar los platos cuando acaban de comer [...] en lo que soy un poquito más estricto es en la escuela, no me gusta que falten por ningún motivo, en la comida..., pues que aprovechen lo poco o lo mucho que se les puede dar [...] yo trato de darles lo mejor o tal vez lo más variado que se pueda, en lo económico doy todo lo que pueda dar, estar o el dinero, lo más que puedo. (Genaro, menor de 35 años, padre de hijas.)

### *Diferencias en la crianza de hijos e hijas*

Según Fuller (1997) la mujer y lo que es femenino representa la frontera, el límite de lo que es la masculinidad; de manera que la masculinidad se define como todo aquello que no es femenino. En la crianza se comienzan a enseñar las actitudes, creencias, comportamientos, etc. que uno y otro deben tener, generalmente en contraposición.

Entre las diferencias en la crianza que mencionan los varones encontramos que la relación afectiva es diferente con los hijos y con las hijas; a ellas se les demuestra el cariño con caricias, con besos, abrazos, existe más contacto del padre con las hijas que con los hijos; quizá esto tenga que ver con que está establecido que los hombres sean más discretos, menos efusivos en sus manifestaciones de afecto, o bien que estas demostraciones sólo son permitidas en ciertos contextos, como por ejemplo en las actividades deportivas (De Keijzer, 2001). Esta práctica social también opera en la relación entre padre e hijo: "En el trato afectivo, se puede ver que es una diferencia pero en mi manera de ser soy más..., eh..., más expresivo con mi hija que con los varones; sí los abrazo, pues los beso también, pero no con la misma frecuencia con la que a mi hija". (Javier, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Otra diferencia que perciben los varones es que la mujer necesita más protección, debido a que es frágil, sensible y delicada: "El trato sería igual, si acaso a ella la trataría con más suavidad, trataría de protegerla más que a ellos, la trataría más delicadamente a lo mejor". (Danielo, menor de 35 años, padre de hijos.)

Parece que no hay mujeres fuertes y hombres débiles, y conforme a esta creencia las mujeres necesitan más cuidado y atención, mientras los hombres pueden arreglárselas ellos solos. También se menciona que los hombres tienen mayor capacidad física que las mujeres; por tal motivo es necesario preparar al varón para que cumpla con su papel de proveedor en la familia, y a la mujer para que haga una buena labor en la educación de los hijos y como ama de casa (Gutmann, 1998).

Generalmente la mujer consigue más trabajos de oficina que el hombre, debido a que tiene mayor capacidad mental, pero no tiene mayor capacidad física y muchas cosas no las puede desempeñar una mujer que sí puede desempeñar un hombre, como cambiar la llanta de un automóvil. Las mujeres generalmente se quedan en la casa, el hombre debe ser el proveedor y abastecedor, lo cual generalmente la mujer no. El papel de educar a los hijos en la niñez es de la mujer, porque los padres casi no podemos estar con ellos, debido al trabajo. (Eleazar, mayor de 35 años, padre de hijas.)

Aunque el papel fundamental de la mujer es ser esposa, no se menciona nada en cuanto a prepararla para que sea una buena compañera; parece que la preparación es solamente para la conquista y para que consiga marido; una vez que ya lo tiene su función principal es ser madre.

Al respecto Lara (1994) menciona que en la revisión que llevó a cabo encuentra que existen papeles y estereotipos bien definidos para hombres y para mujeres, y que éstos son comunes en la mayoría de las sociedades: por un lado están la expresividad y la afectividad, y por otro el pragmatismo y la obtención de metas; por un lado el ser ama de casa y cuidadora de la prole, y por otro el ser proveedor; por un lado la mujer y por otro el varón.

Debido a los papeles ya establecidos, los hijos deben ser educados por el padre y las hijas por la madre. La crianza se divide según el género, por lo que los padres no sienten que la educación de sus hijas les corresponda directamente, ya que es la madre quien debe enseñarles un comportamiento decente. Según Figueroa (1996) los modelos educativos de lo que es la identidad masculina se formulan con independencia de la reproducción biológica, por lo que no es sencillo que el varón se incorpore en el ámbito de la reproducción si antes no se replantea las relaciones con las mujeres e intenta transformar los papeles hasta ahora asumidos y entender la corresponsabilidad en los diversos contextos de interacción.

Se establecen diferencias en cuanto a las diversiones, a los lugares de reunión, a las actividades recreativas. Los varones pueden ir a bares, a lugares exclusivos para ellos en donde la variedad está a cargo de las mujeres. Se menciona que si bien éstas también pueden ir, el hecho repercute en su reputación, ya que se cree que les gusta el relajo, que establecen relaciones sexuales fácilmente y que ellas mismas no se respetan y por tanto no merecen ser respetadas ni valoradas socialmente.

[...] sí hay diferencia en educar a un hijo y a una hija, porque hay lugares en que, son exclusivos para hombres, y hay lugares no para mujeres... No es que sea, como dicen discriminatorio, sino que hay lugares para hombres y lugares para damas pero más son lugares para unos, aunque pueden entrar, pero las mujeres, no. Hay lo que son los centros nocturnos que además pues..., eh..., no que se tenga prohibido, pero no les permiten porque... Pues..., es el sistema y se tienen que..., eh..., pues las mujeres que estén ahí, pues están para el servicio exclusivo de los hombres, y a lo mejor piensan que les van a ir a quitar el lugar, ésa es su mentalidad. De alguna manera estas diferencias están establecidas por la sociedad, como una forma de organización. (Javier, mayor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

La mayoría considera que la principal diferencia es en cuanto a lo sexual, al tipo de educación, y que el comportamiento que se premia o castiga difie-

re, dependiendo de si se es hombre o mujer. Se menciona reiteradamente que hay que enseñar a las mujeres a que se cuiden de las insinuaciones y seducciones del varón; ellas son más frágiles y por tanto se enamoran más fácilmente y acceden a las peticiones de los varones; ellos son menos emocionales y sentimentales, por lo cual se les debe enseñar a cuidar a las mujeres, a protegerlas.

Pérez (1999) menciona que la educación, tanto familiar como escolarizada, sigue siendo la herramienta por medio de la cual la verdad oficial se sigue estableciendo, y esta verdad nada tiene que ver con la igualdad entre los géneros, sino que está en contra de ella. Es importante señalar este comentario porque hace referencia a que varias de las diferencias entre los géneros propician desigualdades. Esta misma autora menciona que hay una gran demanda de igualdad en todos los ámbitos: igualdad de salario, de horarios, de derechos, de oportunidades, educativa, jurídica, de libertades, etc. El hecho de que todavía no haya sido posible la igualdad entre hombres y mujeres nos lleva a replantear qué estrategias se tienen que seguir para que la crianza y la educación escolarizada propicien el nacimiento de seres humanos que reflexionen, que sean libres, que cuestionen quiénes deberían definir las categorías, los valores, la moral, la ética, los límites y las posibilidades de vida.

Finalmente, existen varones que no admiten que haya diferencias en la forma y enseñanza de criar a los hijos y a las hijas; consideran que las necesidades son las mismas y que el esfuerzo de los padres para sacarlos adelante, debe ser igual:

[...] o sea, que no puede haber distinciones entre uno y otro, los padres tienen que apoyar a ambas partes [hijos e hijas], jugaría igual con ambos, a lo mejor hasta a las muñecas. (Eduardo, menor de 35 años, padre de hijos.)

Mira..., yo tengo dos niños, pero tengo compañeros de trabajo que tienen niñas, y tienen niños, y reciben a la niña como segundo hijo, y dicen que las niñas son más amorosas, son más tiernas, son más finas... Yo veo como..., como estoy educando a mis hijos, como los estoy haciendo que vean la vida y como vi que mis sobrinas vieran la vida, o sea no siento diferencia... Porque mi niño puede ser lo..., lo más cariñoso y no es una niña, ¿no? (Abel, mayor de 35 años, padre de hijos.)

## CONCLUSIONES

Ahora bien, para concluir con la presentación de la investigación seguiremos tres vertientes: primero describiré los hallazgos más relevantes de este estudio; después presentaré algunas reflexiones sobre los dilemas éticos de la investigación, y finalmente propondré algunas vertientes de investigación.

*Hallazgos más relevantes*

Anteriormente expusimos que la manera en que los varones se involucran en la crianza de sus hijos está fuertemente influida por lo que ellos mismos vivieron como hijos, la forma en que aprendieron lo que es ser un varón, lo que es ser un padre. Tiene importancia lo que vivieron en su familia de origen porque marca negativa o positivamente su identidad, el papel que desempeñan en su familia (como esposos y como padres) y en la sociedad (en su relación con las mujeres y con otros varones). Por ello comenzaremos este apartado describiendo lo que encontramos en la vivencia de los entrevistados con sus padres.

En general manifestaron que no tuvieron una buena relación con sus padres. Mencionan diferentes cuestiones que evidencian que el contacto entre padre e hijo fue distante; en ocasiones tal distancia fue física, cuando los padres abandonaron a la mujer y a los hijos, pero también existió cuando los padres estuvieron presentes en la casa pero distantes de cualquier contacto con los hijos, y cuando hubo una distancia psicológica, pues los padres estuvieron presentes pero no se relacionaron con los hijos, quienes no sabían nada del padre ni el padre de ellos, él sólo consideraba que tenían que comer y se dedicaba a trabajar; los hijos ahora lamentan que su padre no se haya abierto, que no haya manifestado lo que le pasaba ni se haya ocupado de saber lo que a ellos les gustaba o les afectaba. En otros casos los entrevistados mencionaron que la relación con su padre no sólo fue distante, sino destructiva y violenta; los recuerdos son muy dolorosos, hay rencor y resentimiento hasta el día de hoy.

Sin embargo resulta interesante que en todo momento los varones justifiquen las acciones de sus padres: "Eso fue lo que su abuelo le enseñó", "no tenía educación", "Eso era lo que se acostumbraba" "Tenía muchas presiones, mucho trabajo", etc. Es difícil para un adulto vivir si no cuenta con una base de amor, cariño y respeto de los padres y de las madres; es por ello que

se recurre a la justificación para poder seguir adelante, como lo manifestó uno de los varones: "Pienso que bien o mal hizo lo que pudo; pensar eso me ha ayudado a desenvolverme". (Jacobo, menor de 35 años, padre de hijos e hijas.)

Otros varones manifiestan que con sus padres fue adecuada, que hubo comunicación, que el padre satisfizo sus necesidades afectivas y económicas; en ocasiones dicen que fue buena porque no hubo golpes, violencia ni agresiones; parece que los hijos no esperaban una relación emocional con sus padres, para eso estaba la madre; sino que consideraban que en ese tiempo un padre debía mantener a la familia y no ser violento; si lo hacía era catalogado como un "buen padre", se le reconocía su autoridad y se le respetaba; en la familia el varón había cumplido.

Ahora bien, con estos antecedentes familiares, ¿cómo consideran los varones entrevistados la vivencia de su propia paternidad? En general expresaron que no ejercen su paternidad de la misma manera que lo hicieron sus padres; mencionan que la relación con sus hijos es más estrecha, más cercana que la que llevaron con sus padres. Aparte de la influencia que tuvieron de su padre, quizá estos cambios se deban a las transformaciones sociales que han ocurrido; ahora es común escuchar que el varón debe participar en la crianza, están vigentes las políticas de población (hay menos hijos) y sobre todo la inserción de la mujer en el campo laboral, lo que ha traído cambios en la dinámica familiar.

Entre los obstáculos o dificultades que los entrevistados observan para ejercer su paternidad de la manera que ellos consideran adecuada y benéfica se encuentran:

1. El escaso tiempo de que disponen para la crianza, debido a su trabajo. Pocos varones tienen tiempo para convivir con los hijos; esto parece normal, ya que socialmente su principal deber es trabajar, mantener, proveer, aunque para ello tengan que ausentarse del hogar, de la crianza y de los hijos.

2. La falta de preparación para ejercer la paternidad. Se asocia al nivel escolar, considerando que si se tienen más estudios será más fácil educar a los hijos, de otra manera se carece de herramientas suficientes para enfrentar la crianza.

3. Falta de recursos económicos. Varios manifiestan como dificultad que no cuentan con los recursos necesarios para la manutención de sus hijos y esto hace cuestionable su papel de proveedores, es decir su papel de padres.

Dentro de las responsabilidades que los varones enumeran se encuentran: *a)* formar y mantener relaciones familiares sólidas; *b)* darle al niño o niña un ambiente en donde pueda crecer sin problemas, desarrollarse sana-

mente; c) convivir con los hijos y pasar tiempo con ellos; d) ser su ejemplo y educarlos, proporcionándoles una educación integral: académica, física, sexual, religiosa y moral, y e) proveer económicamente.

Es importante notar que si bien se incluye el proveer económicamente dentro de las responsabilidades del ser padre, también se integran otras acciones para satisfacer las necesidades emocionales y personales de los hijos. Los varones ya no consideran que únicamente la manutención es la función de la paternidad, sino una más.

Cabe observar que los varones han efectuado cambios en sus opiniones y en la práctica en relación con la paternidad vivida con sus padres; ya consideran que sus hijos son personas que merecen atención, compañerismo, respeto, educación, formación, provisión, tiempo, etc., y no solamente seres que comen y van a la escuela a prepararse y formarse. Asumen que la educación no sólo corresponde a la madre sino que es compartida con ella; que no son de la mujer sino de los dos, que la responsabilidad es de ambos; que necesitan al padre y a la madre, que uno no sustituye al otro; que la paternidad no se limita a engendrar, sino que ahí comienza; que ser padre no es un estado sino un proceso de aprendizaje, que la paternidad es una relación con los hijos donde ambos se dan como personas.

No todos los varones han cambiado la manera de relacionarse con sus hijos e hijas; sin embargo, ya es más común encontrar a algunos comprometidos con la crianza, que comparten con sus hijos los juegos, angustias, deseos, preocupaciones, alegrías, etc., que se relacionan con ellos; que disfrutan y gozan esa relación.

Como *hipótesis* se planteó que la crianza de los padres presenta diferencias entre hijos e hijas, mismas que a menudo se traducen en desigualdades genéricas; que los derechos y obligaciones varían de acuerdo con el valor social que se atribuye a los hombres y a las mujeres. Para contrastar esto fue necesario observar qué consideran que se debe enseñar a un hijo, a una hija, y qué diferencias observan en su crianza.

En general la crianza de los hijos va enfocada al espacio público; el ser masculino va ligado con la noción de libertad. La libertad permite experimentar, conocer y autoconstruirse, es por ello que los varones necesitan cierta permisividad para los vicios, para aventurar, para actuar; el varón debe salir para sobrevivir en el mundo. En cuanto a la crianza de las hijas, mencionan que es fundamental fomentar sus valores morales (que sea recatada, discreta, seria, decente y digna), porque son más susceptibles de ser cuestionadas y criticadas socialmente. También es necesario enseñarlas a cuidarse de los hom-

bres, porque existe discriminación hacia las mujeres; ellas son más "frágiles", por lo que caen más fácilmente en vicios, en ser seducidas, atacadas, etc.; de ahí que sea necesario que se cuiden, se protejan, y se den a respetar.

Las diferencias que encontramos entre la crianza de los hijos y de las hijas son las siguientes: para los hijos la crianza debe enfocarse a prepararlos para que realicen adecuadamente su papel social: que aprendan a respetar a las mujeres para que no se vayan a comprometer y frustren su vida; que sean responsables, para que más adelante cumplan con la manutención de su familia; que sean fuertes para protegerla y defenderla, e inteligentes para triunfar en su trabajo. Sus papeles sociales consisten en ser esposos y jefes de familia protectores y proveedores. En tanto, la función socialmente establecida para las mujeres es ser esposas y sobre todo ser madres; a ellas hay que enseñarlas a ser femeninas para conquistar a los varones; cuidarse y respetarse para que no las embaracen pronto y frustren un buen matrimonio; cuidarse de tener una buena reputación social para que las respeten y valoren, y no las señalen y critiquen.

Otra diferencia en la crianza que mencionan los varones es la manera de relacionarse afectivamente: a las hijas se les demuestra el cariño con contacto físico, con besos, abrazos. Hay más contacto del padre con las hijas que con los hijos, quizá debido a la norma social establecida de que los hombres sean más discretos, menos efusivos en sus manifestaciones de afecto, o bien que estas demostraciones sólo se permitan en ciertos contextos, como por ejemplo en los eventos deportivos, o hasta cierta edad de los hijos. Esta práctica social entre varones también opera en la relación de padre e hijo.

Considerando estas actitudes que se promueven socialmente, es importante recalcar que la masculinidad y la feminidad no son realidades antagónicas, sino complementarias; es importante darse cuenta de que es necesario impulsar un cambio en las representaciones públicas, de tal forma que sea frenada la violencia entre los géneros que actualmente se promueve. Asimismo es preciso que se promueva la igualdad en la crianza de hombres y mujeres y que no se sigan reproduciendo esas diferencias que posteriormente se traducen en desigualdades.

### *Dilemas éticos en la investigación*

Una vez descritos los hallazgos sobre la paternidad y la crianza de hijos e hijas que consideré más relevantes, presentaré algunas reflexiones acerca de los

dilemas éticos con relación a la obtención de información, al investigado y al investigador.

### La obtención de información

Considero que el instrumento empleado para obtener la información llevó a los varones a pensar en voz alta, a hablar de situaciones, sentimientos y pensamientos que generalmente no exponen, según reconocen ellos mismos; es decir, provocó que el entrevistador mantuviera un diálogo interno en donde el informante fue un interlocutor activo, un "otro" significativo. Esto permite que el entrevistado transmita su experiencia y su significado como actor social al investigador mediante la conversación que se lleva a cabo.

Ahora bien, cuando se estudia la dinámica familiar por razones prácticas más que teóricas, a menudo se entrevista a uno solo de los miembros de la familia, por lo cual la información, si bien es válida, sólo corresponde a un enfoque de la realidad, ya que como especifica Hertrich (citado en Wainerman, 2000) se necesitan tres condiciones para que la información se dé de manera adecuada: que la persona conozca los datos, que recuerde la información y que la informe de manera veraz. Estas consideraciones son importantes porque nos llevan a reflexionar que aunque al entrevistar sólo al varón en este estudio no contamos con toda la información acerca de la paternidad y de la crianza, sí obtuvimos la visión de quien la ejerce, y lo que menciona en las entrevistas es real, es su realidad. Por tanto el contenido de sus expresiones nos permite comprender la vivencia que los varones tienen en su ejercicio de la paternidad y de la crianza. Quizá aquí se encuentre lo dicho por Greenstein (citado en Wainerman, 2000) respecto a que los varones sobrestiman su participación en la crianza a fin de mostrarse como igualitarios. Sin embargo su opinión manifiesta la realidad desde su particular vivencia y por ello la información que se obtuvo es válida, pese a que sólo corresponde a un enfoque, mismo que para este trabajo fue relevante conocer, analizar y comprender.

### El investigado

En este apartado trataremos algunos dilemas éticos de la investigación con relación al entrevistado, de acuerdo con Figueroa (2002):

1. Consentimiento informado. Al inicio de la entrevista le explicamos a cada uno de los varones el objetivo y la metodología de la investigación;

algunos de ellos hicieron preguntas y les pidimos su consentimiento para obtener la información y utilizarla. No se hizo un formato escrito; todos dijeron que no era necesario y aceptaron ser entrevistados; la gran mayoría consideró que tenía tiempo para contribuir a la investigación.

2. Definición de procedimientos para manejar los conflictos que pudiera generar la investigación. Dado que la entrevista se adentraba profundamente en la vida emocional de los varones, se les ofreció la oportunidad de asistir a terapia o participar en un grupo de varones, pero ninguno lo creyó necesario. En ningún caso aceptaron necesitar ayuda porque no reconocieron tener problemas emocionales; en todo momento manifestaron que ellos solos podían hacerle frente a sus conflictos.

3. Posibles beneficios para el investigado. Considero que en la entrevista cada uno de los varones pudo pensar en voz alta y reflexionar por medio del diálogo acerca de lo que vive en su ámbito familiar, de las prácticas que ejerce, de la manera en que percibe cuál debe ser su actuación en la relación con su esposa, con sus hijos, con sus hijas, reflexionar en su vivencia como hijo respecto al desempeño de su padre, sus motivos y necesidades, en las circunstancias en que vivió. La entrevista favoreció que esta reflexión y el tiempo transcurrido entre una y otra visita les ayudaran a afinar sus ideas y a interpretar sus experiencias.

### *Empoderamiento de los investigados*

El papel de hombre viril, masculino e infantil siempre estuvo presente; la entrevistadora pasaba de mujer a profesionista y viceversa; en ocasiones parecía que los varones hablaban con la mujer mostrándose como dominadores, otras veces buscaban la comprensión para que se justificara por qué eran violentos, agresivos y se entendieran sus vivencias por la carencia de afecto paterno; o bien, hablaban con la profesionista buscando que avalara sus opiniones, sus creencias, que les reafirmara que su actuación era la correcta. Considero que los investigados se sintieron con autoridad durante el tiempo de la entrevista, aunque por momentos quizá la entrevistadora dominó.

### *El investigador*

Según Figueroa (2002) las responsabilidades del investigador son: la necesidad de reparar daños y de devolver la información. En esta investigación se

trató de dar ayuda psicológica en los momentos de crisis que se presentaron durante las entrevistas, se brindó información sobre el desarrollo humano, sobre algunos hallazgos de investigaciones realizadas, sobre los estudios de familia, sobre ciertas técnicas de resolución de problemas y relaciones interpersonales. Éstos fueron algunos de los recursos que se utilizaron para reparar los daños (específicamente emocionales) que se le infligieron al investigado. En cuanto a la devolución de la información, sólo con algunos de los investigados regresamos y comentamos la interpretación que se hicimos de su información; ellos estuvieron de acuerdo.

### *Vertientes de investigación*

Si bien en este estudio se documentaron diversos aspectos de la crianza y se evidenciaron algunas de las desigualdades, también se han abierto varios temas de investigación; por ejemplo se ha encontrado que cuando se entrevista a una pareja acerca de un tema en particular sus respuestas varían enormemente, pero no se ha documentado qué sucede en cuanto a la paternidad: ¿cómo perciben las mujeres la paternidad de sus esposos?, ¿cómo perciben la crianza que sus esposos están ejerciendo en sus hijos e hijas? De la misma manera sería importante conocer quién promueve más las diferencias en la crianza, el padre o la madre; explorar si los varones planean la llegada de los hijos o qué tanto es decisión de sus esposas; indagar por qué hay varones y mujeres que han decidido no tener hijos, cómo lo viven y cómo responden a los cuestionamientos y presiones sociales para que se conviertan en padres y madres. En la misma línea estaría el entrevistar a los hijos e hijas de los entrevistados acerca de sus vivencias de la actuación de su padre, observar si hay diferencias en la percepción de unos y otras, analizar si las diferencias que se establecen en la crianza son percibidas por los hijos.

### BIBLIOGRAFÍA

- Asturias, Laura (2000), "Construcción de la masculinidad y relaciones de género", en red: [http://www.lainsignia.org/2000/abril/cul\\_043.htm](http://www.lainsignia.org/2000/abril/cul_043.htm)
- Bonino, Luis (2001), "Los varones hacia la paridad en lo doméstico —discursos sociales y prácticas masculinas", en Carolina Sánchez-Palencia y Juan Hidalgo (eds.), *Masculino plural: construcciones de la masculinidad*,

- España, Universidad de Lleida, en red: [www.e-leusis.net/nueva\\_maculinidad/pdfs/bonino\\_cast.pdf](http://www.e-leusis.net/nueva_maculinidad/pdfs/bonino_cast.pdf)
- Brachet-Márquez, Vivianne (1996), "Poder paterno, poder materno y bienestar infantil: el papel de la legislación familiar mexicana", en Claudio Stern (coord.), *El papel del trabajo materno en la salud infantil (contribución al debate desde las ciencias sociales)*, México, The Population Council-El Colegio de México, pp. 349-386.
- Burin, Mabel e Irene Meler (2000), *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Argentina, Paidós.
- Carter, Betty (1991), "Padres e hijas", en Marianne Walters, Betty Carter, Peggy Papp y Olga Silverstein, *La red invisible. Pautas vinculadas al género en las relaciones familiares*, Buenos Aires, Paidós, pp. 109-181.
- Castro, Roberto y Carlos Miranda (1998), "La reproducción y la anticoncepción desde el punto de vista de los varones: algunos hallazgos de una investigación en Ocuituco (México)", en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México, pp. 223-244.
- Corbella, Joan (1992), *Padres e hijos, una relación*, Barcelona, Ediciones Folio (Colección de Psicología).
- De Beauvoir, Simone (1992), *El segundo sexo 2. La experiencia vivida*, México, Alianza Editorial Siglo Veinte.
- De Keijzer, Benno (2001), "Para negociar se necesitan dos: procesos de interacción en la pareja con énfasis en la crianza: una aproximación crítica desde lo masculino", en Juan Guillermo Figueroa (coord.), *Elementos para un análisis ético de la reproducción*, México, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México-Porrúa, pp. 259-273.
- De Oliveira, Orlandina, Marcela Eternod y Paz López (1999), "Familia y género en el análisis sociodemográfico", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 211-271.
- Diez, Mariano (1992), *La educación de los padres*, México, Panorama.
- Figueroa, Juan Guillermo (1996), "Algunas reflexiones sobre la interpretación social de la participación masculina en los procesos de salud reproductiva", *Salud reproductiva, nuevos desafíos*, Perú, Universidad Peruana Cayetano Heredia, pp. 53-71.
- \_\_\_\_\_ (1997), "Elementos del entorno reproductivo de los varones", en Juan Guillermo Figueroa y Regina Nava (eds.), *Memorias del seminario-taller Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva*, México, Pro-

- grama Salud Reproductiva y Sociedad, El Colegio de México, pp. 54-57 (Colección de Documentos de Trabajo, 4).
- \_\_\_\_\_ (2002), "Elementos para analizar algunos dilemas éticos generados en la investigación cualitativa sobre salud reproductiva", en Francisco Mercado, Dense Gastaldo y Carlos Calderón (comps.), *Investigación cualitativa en salud en Iberoamérica*, México, coedición de las Universidades de Guadalajara, Nuevo León y San Luis Potosí, pp. 481-503.
- Fuller, Norma (1997), *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*, Lima, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- \_\_\_\_\_ (2000), "Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú", en Norma Fuller (ed.), *Paternidades en América Latina*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 35-89.
- García, Brígida (1999) (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México-Sociedad Mexicana de Demografía.
- González, Mercedes (1999) (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, México, CIESAS-Plaza y Valdés.
- Greenstein, Theodore (1996), "Husband's Participation in Domestic Labor: Interactive Effects of Wives' and Husbands' Gender-Ideologies", *Journal of Marriage and the Family*, vol. 58, núm. 3, pp. 585-595.
- Gutmann, Matthew (1998), "Machos que no tienen ni madre: La paternidad y la masculinidad en la ciudad de México", *La Ventana: Revista de Estudios de Género*, núm. 7, Universidad de Guadalajara, pp. 120-165.
- \_\_\_\_\_ (2000), "Mamitis y los traumas del desarrollo en una colonia popular de la ciudad de México", en Norma Fuller (ed.), *Paternidades en América Latina*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 333-359.
- Hertrich, Veronique (1997), "Les réponses des hommes valent-elles celles de femmes?", *Population*, vol. 52, núm. 1.
- Lara, Ma. Asunción (1994), "Masculinidad y feminidad", en Conapo, *Antología de la sexualidad humana*, México, Porrúa, pp. 316-326.
- Maier, Elizabeth (1999), "El mito de la madre", *Revista Iztapalapa* 45. *Nuevas interpretaciones sobre cultura genérica*, año 19, enero-junio, pp. 79-106.
- Marone, Nicky (1992), *Qué puede hacer un papá para que su hija tenga éxito*, México, Diana.

- Nava, Regina (1999), "Sobre los elementos que intervienen en el ejercicio paterno", en Juan Guillermo Figueroa (editor de número temático), *Boletín Salud Reproductiva y Sociedad, Órgano informativo del Programa Salud Reproductiva y Sociedad*, año III, núm. 8, México, El Colegio de México, pp. 23-26.
- Olavarría, José (2000a), "Adolescentes-jóvenes: qué poco sabemos de ellos", Santiago de Chile, Red de Masculinidad, en red: <http://206.48.86.4/Seminario/pruebas/artolavar2.htm>
- (2000b), "Ser padre en Santiago de Chile", Santiago de Chile, Red de Masculinidad, en red: <http://206.48.86.4/Seminario/pruebas/artolavar.htm>
- Ortega, Patricia, Laura Torres y Alejandra Salguero (1999), "Vivencia de la paternidad desde la perspectiva de género", *Revista Iztapalapa 45. Nuevas interpretaciones sobre cultura genérica*, año 19, enero-junio, pp. 41-56.
- Osherson, Samuel (1993), *Al encuentro del padre. Cómo la vida de un hombre es moldeada por la relación con su padre*, Santiago de Chile, Cuatro Vientos.
- Parrini, Rodrigo (2001), "Apuntes acerca de los estudios de masculinidad", *De la hegemonía a la pluralidad*, en red: [http://www.flacso.cl/apuntes\\_masc.htm](http://www.flacso.cl/apuntes_masc.htm)
- Pérez, Julia (1999), "Ser mujer en Latinoamérica", en Carlos Lomas (comp.), *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación*, Barcelona, Paidós Educador, pp. 69-82.
- Revista Viva* (2000), Buenos Aires, Argentina, domingo 11 de junio.
- Ríos, José Antonio (1980), *El padre en la dinámica personal del hijo*, Barcelona, Editorial Científico Médica.
- Rivas, Marta (1996), "La entrevista a profundidad: un abordaje en el campo de la sexualidad", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 199-223.
- Selby, Henry, Arthur Murphy, Stephen Lorenzen, Ignacio Cabrera, Aída Castañeda e Ignacio Ruiz (1994), *La familia en el México urbano*, México, Conaculta.
- Torres, Laura (2002), "Ejercicio de la paternidad en la crianza de hijos e hijas", tesis de doctorado en sociología, Universidad Nacional Autónoma de México.

- \_\_\_\_\_, Alejandra Salguero y Patricia Ortega (2001), "Conceptos sobre maternidad y paternidad desde lo femenino y lo masculino", *Revista Enseñanza e Investigación en Psicología*, vol. 6, núm. 1, enero-junio, pp. 73-81.
- Wainerman, Catalina (2000), "División del trabajo en familias de dos proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones", *Revista Estudios Demográficos y Urbanos* 43, México, El Colegio de México, vol. 15, núm. 1, enero-abril, pp. 149-184.

## ANEXO

Características de los entrevistados según si son padres de hijos, de hijas o de ambos

(Padres de hijos)

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Fue padre a los...</i>	<i>Ingreso en salarios mínimos</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Edad de los hijos</i>
Abdías	36	26	7-10	Carrera técnica	10 años
Abel	37	34	7-10	Ing. Industrial	3 años y 6 meses
Bénito	39	21	7-10	Contador	16 y 11 años
Benjamín	40	30	7-10	Médico	10 y 5 años
Carlos	43	20	4-6	Primaria	23,19,16, 12 y 10 años
César	46	24	4-6	Ing. Industrial	21, 20 y 12 años
Damián	23	18	7-10	Contador	4 años
Daniel	28	20	11-15	CBTIS	8 y 4 años
Darío	31	20	1-3	Secundaria	11 años
Edgar	33	23	7-10	Contador	10 y 7 años
Eduardo	34	24	4-6	Preparatoria	10 y 8 años

(Padres de hijas)

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Fue padre a los...</i>	<i>Ingreso en salarios mínimos</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Edad de las hijas</i>
Eleazar	36	26	7-10	Técnico metalúrgico	11 y 8 años
Emilio	37	34	7-10	Contador	9 y 2 años
Felipe	39	21	7-10	Contador	10 meses
Fermín	40	30	7-10	Primaria	10 años
Genaro	43	20	4-6	Contador	7 y 6 años
Gerardo	46	24	4-6	Contador	5 años
Horacio	23	18	7-10	Bachillerato	2 años

## (Padres de hijos e hijas)

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Fue padre a los...</i>	<i>Ingreso en salarios mínimos</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Edad de los hijos</i>	<i>Edad de las hijas</i>
Ignacio	36	24	7-10	Secundaria	12 y 10 años	8 años
Jorge	37	26	1-3	Secundaria	11 y 8 años	5 años
Javier	40	26	7-10	Profesional	10 y 8 años	14 años
Leonel	40	27	4-6	Preparatoria	12 años	14 y 6 años
Luis	42	21	15	Ing. Eléctrico	10 años	21 y 14 años
Manuel	26	21	1-3	Secundaria	6 meses	5 años
Marcial	31	27	7-10	Profesional	4 años	3 años
Mariano	31	20	4-6	Secundaria	7 y 1 años	11 años y 7 meses
Néstor	32	26	1-3	Preparatoria	5 años	1 año
Octavio	32	26	4-6	Secundaria	6 años	2 años



## EL EJERCICIO DE LA PATERNIDAD EN VARONES CON HIJOS O HIJAS CON DISCAPACIDAD

Patricia Ortega Silva<sup>1</sup>

Este texto es resultado de la tesis doctoral de la autora (Ortega, 2002) y de la aplicación de entrevistas y el análisis de la información que llevó a cabo durante los años 1999 y 2000. En este escrito se pretende profundizar en algunas características del ejercicio de la paternidad en familias con hijos discapacitados, retomando los discursos sociales que influyen en los varones cuando ejercen su esquema de paternidad con niños cuyas características son diferentes. En este sentido, los aspectos que se abordan en el capítulo son: 1) descripción general de la situación actual en México acerca de la discapacidad y el surgimiento de algunas políticas públicas relacionadas con este tema; 2) exposición de los cambios familiares que afrontan los varones ante hijos con discapacidad; 3) planteamiento metodológico del estudio, que incluye la elección y las características de la muestra; 4) paternidad en un grupo de varones (resultados del estudio), y 5) consideraciones finales.

### LA DISCAPACIDAD COMO UN PROBLEMA SOCIAL

El entrar en el área específica de la discapacidad y recorrer todas sus formas lleva al hallazgo de un mundo muy amplio y dispar. Por una parte los límites entre la discapacidad y la no discapacidad resultan muy difusos, puesto que la llamada “normalidad” sólo se halla en la abstracción de los manuales, mientras que en la realidad existen personas concretas con cualidades y defectos no sólo de personalidad, sino también fisiológicos. Ciertos defectos

<sup>1</sup> Profesora-investigadora de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.

son más fáciles de esconder, de evadir o de ignorar, pero nadie puede permanecer toda su vida creyendo que es perfecto o que ninguna barrera puede detener o dificultar su camino; la perfección esconde dramáticamente las discapacidades que no quieren reconocerse y que requieren ser tratadas a la luz del día. Cuando se habla de discapacidad se observan dos líneas bastante claras: por un lado, la más recurrente a lo largo de la historia ha visto la discapacidad como una carencia o desventaja de la persona que la obliga a adecuarse a la sociedad, asumiendo los costos que esto implica; por el otro lado, una idea no manejada aún por todos plantea que hay diversidad o diferencia entre las personas, y que la sociedad debe estar preparada para acoger cada una de estas diferencias.

La comprensión y la imagen social de la discapacidad hace que los afectados por ella sean desplazados de la participación en diferentes ámbitos de la vida cotidiana. Este desplazamiento es resultado de la indiferencia hacia la problemática del discapacitado, la cual es un mecanismo que institucionaliza su no integración y lleva a la omisión de los derechos vitales propios de cualquier otra persona, impidiéndole el ejercicio de éstos en la práctica diaria, lo cual le crea el sentimiento de ser un "ciudadano de segunda". Esto hace que se enfrente a algunas formas de discriminación (en la educación, en los procesos de elección, en la salud, en el ámbito laboral, en la recreación, en los medios de comunicación y en relación con las barreras arquitectónicas), que cotidianamente se dan en el contacto diario con estas personas.

En todos los países y en todas las clases sociales hay personas con discapacidad. El porcentaje total de discapacitados en el mundo es grande (se habla de 10%, cifra que va en aumento). Tanto sus causas como sus consecuencias varían como resultado de las diferentes circunstancias socioeconómicas y de las distintas disposiciones que los estados adoptan a favor del bienestar de sus ciudadanos. Sin lugar a dudas uno de los principales problemas que aquejan a la humanidad en los umbrales del siglo XXI es el referido a la cantidad de individuos que debido a sus limitaciones funcionales requieren educación especial. Los reportes internacionales (OMS-INSERSO, 1983; UNESCO, 1995, entre otros) calculan que este tipo de requerimientos en todos los países del orbe alcanzan entre 10 y 15% de la población mundial, dato que se traduce en números absolutos entre 600 millones y 900 millones de personas, de las cuales 150 millones son menores de 15 años (UNESCO, 1990). Estos índices, permiten estimar el enorme desafío que se ha de enfrentar y la necesidad de integrar políticas internacionales al respecto, además de la urgencia de sumar esfuerzos para dar soluciones al problema.

Al respecto, Marfo (1986) observa que más de 70% de los individuos con alguna muestra de discapacidad se concentran en las naciones con mayores desigualdades sociales y económicas. Este problema se torna más preocupante cuando se considera que el ritmo de crecimiento de las naciones pobres es cinco veces mayor que el de los países desarrollados y que solamente 0.1% recibe algún tipo de educación o capacitación (UNESCO, 1990,1995), razón que nuevamente evidencia el enorme desafío social y educativo que habrá de enfrentarse global y particularmente en este milenio.

En un documento acerca de la Convención Internacional sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad presentado en el año 2001, y según las estadísticas de las Naciones Unidas, se hace evidente que las personas con discapacidad (82%) viven en la pobreza (en condiciones deplorables, aisladas y excluidas de sus comunidades por políticas de barreras, y por el medio ambiente) y son las más discriminadas sistemáticamente; las violaciones contra el pobre empeoran sus condiciones de vida con la degradación y el trato inhumano, con la falta de adecuación del hogar, el escaso cuidado de su salud, la carencia de educación y empleo que algunas veces los llevan a la muerte.

Hay muchas circunstancias concretas que han influido en las condiciones de vida de quienes padecen una discapacidad: la ignorancia, el abandono, la superstición y el miedo son factores sociales que a lo largo de toda la historia han aislado a los discapacitados y han retrasado su desarrollo.

Sin embargo, hacia fines del decenio de 1960 las organizaciones de personas con discapacidad empezaron a formular una nueva concepción donde se refleja la estrecha relación entre las limitaciones que experimentan, el diseño y la estructura de su entorno, y la actitud de la población en general. Cobran más importancia los problemas de la discapacidad en los países en desarrollo, evidenciando que su incidencia en la población es muy elevada y que la mayor parte quienes la sufren son extremadamente pobres. En 1975 surge la Declaración de los Derechos de las Personas con Discapacidad cuyo órgano emisor es la ONU. Esta declaración cubre 13 derechos básicos, entre ellos el de desarrollar las medidas necesarias para permitir una mayor autonomía personal. En 1980 la Organización Mundial de la Salud aprobó una clasificación internacional de deficiencias, discapacidades y minusvalías, la cual se ha utilizado en ámbitos tales como la rehabilitación, la educación, la estadística, la política, la legislación, la demografía, etc. Los derechos de las personas con discapacidad han sido objeto de gran atención en la ONU y en otras instituciones internacionales.

El resultado más importante del Año Internacional de los Impedidos (1981) fue el Programa de Acción Mundial para los Impedidos, aprobado el 3 de diciembre de 1982 por la Asamblea General de las Naciones Unidas; allí se enfatizó el derecho de las personas con discapacidad a contar con las mismas oportunidades que los demás ciudadanos y a disfrutar de las mejoras en las condiciones de vida resultantes del desarrollo económico y social. El Día Internacional de las Personas Discapacitadas, proclamado en 1992 por la Asamblea de las Naciones Unidas, refuerza el compromiso de la comunidad internacional de mejorar su integración, igualar sus oportunidades económicas y sociales y su participación en la toma de decisiones (Discapacidad y discriminación, 2002). Actualmente la Organización de las Naciones Unidas trabaja en México junto con un grupo de expertos integrado por 10 personas con discapacidad o familiares de estas personas, en una red de las organizaciones internacionales más grandes del mundo. Forman un grupo que difunde, adapta y monitorea el documento de derechos humanos "Normas Uniformes para la Igualdad de Oportunidades" para las personas con discapacidad. Estas normas constituyen una guía escrita que a la larga puede transformar la vida de los 600 millones de seres humanos discapacitados dispersos en todo el mundo.

En México, de acuerdo con las estimaciones oficiales del Consejo Nacional de Población, Conapo (1998), hacia mediados de 1998 la población total era de 96.3 millones de personas y crecía a una tasa de 1.6% anual. Con base en estos datos, la proyección calculada para el año 2000 era de 98.5 millones de los cuales cerca de 10% tiene algún tipo de discapacidad, lo que implica en números absolutos la necesidad de asistir con educación especial a cerca de 10 millones de personas en los diferentes grupos de edad, siendo los niños y los adolescentes los mayormente afectados por esta condición (Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad 2000, 2001).

Los datos del XII Censo General de Población y Vivienda de 2000 muestran que de la población masculina de 6 a 29 años con discapacidad solamente 33% cuenta con asistencia escolar, y 35% de las mujeres de dichas edades. Ahora bien, conforme aumenta la edad, la asistencia a alguna institución escolar va disminuyendo: entre los varones de 6 a 14 años 72.8% asiste a un sistema escolar, mientras que para el rango de 15 a 19 años dicha asistencia se reduce a 19%, en el rango de 20 a 24 es de 5.6% y finalmente de 2.6% entre aquellos que tienen de 25 a 29 años. Entre la población femenina con discapacidad, de las niñas y adolescentes en el rango de 6 a 14 años asiste 73.5%, mientras que el porcentaje se reduce a 18.6 en el grupo de 15 a 19

años. En el rango de 20 a 24 años solamente 5.7% cuenta con asistencia escolar y en el de 25 a 29 ésta se reduce a 2.2% (INEGI, 2004).

Tales cifras muestran que se trata de una sociedad particular tanto en términos culturales como económicos y sociales, ya que a diferencia de las sociedades desarrolladas, las condiciones económicas de México no permiten hacer la inversión necesaria para generar un sistema de atención (con instituciones y servicios adecuados) para la población discapacitada.

Sin embargo México ha transitado por un interesante proceso social, pues se han creado organizaciones para todas las discapacidades con una amplia diversidad de objetivos. Actualmente existen en el país cerca de 700 agrupaciones de y para personas con discapacidad (MedSpain, 2000). De 1990 a la fecha se han logrado reformas jurídicas de carácter federal o estatal como resultado de la constante exigencia y participación de las personas con discapacidad en todo el país, que han planteado propuestas muy concretas sobre las diversas materias que la legislación debe incorporar y actualizar.

Una propuesta concreta al respecto es la del grupo cultural Los Discapacitados que surgió en la ciudad de Oaxaca y forma parte de una asociación llamada Acceso Libre (Free Access), la cual pretende que estas personas tengan mayor presencia en el ambiente público y puedan desenvolverse en diferentes contextos: educativo, laboral, deportivo, social, de rehabilitación, entre otros (Higgins y Coen, 2000).

No obstante, la presencia de dichas organizaciones sociales y el proceso de integración de estas personas ha sido difícil porque enfrenta barreras morales y prejuicios para lograr su inserción en la sociedad. Mucho se ha avanzado en el campo de la integración laboral, educativa, política, pero poco se ha logrado en la integración familiar, pues muchas actitudes reprobables (abandono, ocultamiento, segregación, discriminación, inequidad, exclusión, entre otras) prevalecen tanto en la comunidad como en el interior de la familia. Se considera que para paliar esta situación habría que trabajar contra el desconocimiento, los mitos, el miedo, e incluso contra la indiferencia de algunos sectores de la sociedad (familia, escuela, iglesia, etc.) y así ubicar como personas a estas dignas de pertenecer a un núcleo social específico.

Las personas con discapacidad en todas partes del mundo y en todos los estratos de cada sociedad requieren para su atención medidas y acciones diferentes, ya que en cierto modo se trata de un problema social, porque la generalidad de la población no ha logrado superar los viejos mitos y creencias que hacen ver a los discapacitados como seres imposibilitados. Una discapacidad siempre acarrea consecuencias sociales, ya que quienes la presentan se com-

portan de distinta manera, sintiéndose incómodos en situaciones sociales normales, y esto hace que el intercambio social sea difícil. Cuando un grupo social define los patrones y algún individuo no puede alcanzarlos se le considera un ser inaceptable que pertenece a un estatus inferior porque no cuenta con características óptimas; así el medio ambiente lo convierte en un individuo disminuido.

#### CAMBIOS FAMILIARES DE LOS VARONES ANTE HIJOS O HIJAS CON DISCAPACIDAD

Autores como Parke (1986), Figueroa (2000), Villa (1998) y Nava (1996) han mencionado que en nuestra sociedad los hombres enfrentan una serie de obstáculos sociales y normativos para desempeñar sus funciones paternas. Dichos obstáculos se originan en diferentes ámbitos, como la iglesia, la escuela, la familia, el contexto laboral, el sector salud, e incluso son producto de la pervivencia de conductas, ideas y actitudes que responden a un punto de vista tradicional respecto a la paternidad. Esta forma de entenderla y sentirla ha contribuido a que muchos hombres vivan en medio de tensiones, alejamiento o violencia por ser padres.

Se tienen ideas como que los padres son y deben ser el centro de las familias, y por ende los hombres son el centro del mundo. Este lugar de privilegio en la familia se debe a que son los principales proveedores económicos, aunque en ocasiones no sean los principales ni los únicos responsables de garantizar su bienestar. Su función total es ser proveedores, y creen que sólo de esta manera pueden demostrar aprecio y cariño hacia sus hijos. Esta función los obliga a estar fuera de la casa y justifica que dejen sola a su esposa o compañera en el cuidado, la atención, la crianza y la educación de sus hijos (Parke, 1996).

Muchos hombres que son padres no han cambiado la manera de enfrentar estas nuevas situaciones, tal vez porque no cuestionan la forma en que se relacionan con su pareja y sus hijos y conservan ciertas ideas, actitudes y comportamientos relacionados con un modelo de paternidad hegemónica que generalmente no les permite involucrarse en situaciones diferentes, disímiles, desconocidas; tal podría ser el caso de los padres con hijos "diferentes", "discapacitados",<sup>2</sup> "disminuidos socialmente", etcétera.

<sup>2</sup> Con la aparición del concepto "discapacitado" se sustituyen las actitudes de segregación por otras de integración. Detrás de la integración de los niños discapacitados está un fundamen-

El nacimiento de un niño disminuido o valorado socialmente como un individuo anormal, inferior, diferente, etc. es considerado un momento de ruptura que tiene algunos efectos notorios, como la evidente separación física entre padres e hijos (a partir del efecto psicológico de recibir la noticia de que el niño está enfermo o disminuido), la constante preocupación de los padres por "el qué dirán", el rechazo de la sociedad, la restricción de oportunidades educativas, laborales e institucionales, la posibilidad de que se convierta en un sujeto más vulnerable, y algo sumamente importante para este trabajo, que es el cuestionamiento del ejercicio de la paternidad con niños discapacitados. En virtud de los efectos que produce este evento, el niño disminuido crea una "fuerte tensión entre el ser y el deber ser", ya que el varón tiene necesariamente que reflexionar a fondo sobre su hijo, sobre el sentido de la vida y sobre sí mismo.

Este acontecimiento puede alterar las expectativas no sólo psicológicas y de salud del niño, sino también la idea que una sociedad como la nuestra tiene de un niño "normal". Esto hace que cambie la percepción paterna del niño, de sus necesidades y de su forma de vida, que empieza a ser cuestionada por las normas establecidas por la sociedad.

Al respecto Ingalls (1987) y Moos (1989) señalan que en las familias, y específicamente en los varones, surgen cambios tales como:

1. Respuestas de negación: el padre no quiere aceptar que su hijo es diferente de los niños "normales" ni reconoce la severidad del problema.

2. La madre cuestiona su ejercicio como mujer porque reconoce que falló biológicamente para tener un bebé sano.

3. Algunos padres tienden a atribuir toda la responsabilidad de la crianza del niño a la madre, culpándola y haciéndola responsable de esa situación inesperada. Sin embargo es importante convencer al padre de la responsabilidad común en la rehabilitación del niño; aunque generalmente la madre suele dedicarle más tiempo y esfuerzo, el varón debería estar afectivamente presente, interesarse, cooperar (no sólo en el aspecto económico, sino también en los quehaceres cotidianos), comprender que su esposa puede estar física y emocionalmente agotada. Es necesario que el varón colabore en el

---

to importante, el de aprender a "desarrollar la cultura de la diversidad", la necesidad de que el respeto, la tolerancia y la libertad sean las bases de la construcción de una nueva sociedad. Como miembros de una sociedad tenemos que aprender a vivir con la diferencia, ya sea ideológica, religiosa, sexual, mental o física. Los discapacitados son diferentes, pero esa diferencia no los debe condenar a vivir segregados ni olvidados, se tiene que aprender a vivir con ellos; de lo contrario pensaríamos que "los discapacitados somos nosotros" (Ramos, 2001).

cuidado y crianza del niño y que esté al tanto del programa de tratamiento o de la terapia (Kawage *et al.*, 1998).

Rolland (2000) observa que la autoinculpación parental, especialmente en las madres, que son consideradas las principales responsables del bienestar de sus hijos, aumenta la probabilidad de que desarrollen pautas de sobreprotección (esto implica el no permitir que el hijo adquiera ciertas habilidades, entre ellas la integración social, considerando que no será bien visto en una sociedad como la nuestra). Esta sobreprotección podría interpretarse como un deseo de no cambio que remitiría a la necesidad de la madre de mantener idealizado al niño. "Dice la mamá de Robertito: Siempre se quedará conmigo, es el que nos va a acompañar toda la vida" (Rolland, 2000: 5).

4. El padre en repetidas ocasiones rechaza al niño y no hay contacto directo entre ellos: no lo toca, acaricia, habla, halaga, a pesar de que el acercamiento y el contacto desempeñan un papel importante en el desarrollo de los niños y en el mismo varón como elementos que le permiten construir y ejercer ampliamente la paternidad. La presencia de los varones en el desarrollo de los niños tiene un efecto positivo cuando la relación es muy cercana; cuando hay una mala relación se generan situaciones que no permiten compartir actividades en la vida cotidiana. Esto perjudica más que la ausencia del padre. Además, la relación con el hijo favorece al propio padre, quien tiene la oportunidad de enfrentarse a un proceso que le permite fomentar la tolerancia y el respeto a otras opciones de conceptualizar la realidad (Figueroa, 2000).

5. Preferencia del varón por el hijo o hija "normal" y marginación del "anormal" o del que presenta características diferentes a los demás. Esto implica que algunas veces la sociedad en general no los respeta como personas capaces de ejercer sus responsabilidades y obligaciones en la vida cotidiana y los identifica como sujetos marginados y faltos de conciencia propia.

Se puede observar que hay una tendencia a minimizar sus logros e incluso a obstaculizar su crecimiento. Esto se interpreta como un intento de nivelar la diferencia entre ambos hijos.

6. Generalmente surge un desajuste en la relación de pareja; cada uno intenta enfrentar la situación por separado, sin tomar en cuenta que esto perjudica ampliamente el desarrollo del niño y las expectativas del varón sobre el ejercicio de su paternidad. Es común que en el vínculo se manifiesten desacuerdos y discusiones, criterios contradictorios, poca comunicación, dificultades para compartir la cotidianidad, poco tiempo para la pareja, roles estereotipados, etc., y dichos conflictos se agudizan a partir del nacimiento de un hijo disminuido socialmente.

7. El hombre puede abandonar el hogar, no compartir la situación relacionada con los hijos, y delegar en la madre toda la responsabilidad sobre la crianza y la elección del tratamiento o búsqueda de una escuela especial donde pueda ingresar el niño para recibir ayuda profesional y garantizar el rendimiento escolar y el éxito en su desarrollo personal.

8. Si el padre no puede cumplir en lo económico, se frustra y se considera incompetente para afrontar la realidad, pues se parte del supuesto de que los hombres son el apoyo financiero de sus familias, lo cual les da prestigio y poder.

A partir de estos cambios y de sus implicaciones sociales aumenta la posibilidad de que los varones empiecen a cuestionarse sobre el ejercicio de su paternidad con niños cuyas características son especiales, a quienes probablemente no habían notado durante su vida simplemente porque no consideraban la posibilidad de estar en una situación que conlleva juicios de valor e implicaciones sociales.

Habría que estudiar, por un lado, a aquellos padres que no obstante la existencia de normas sociales han experimentado una nueva forma de relacionarse con sus hijos asumiendo no sólo la responsabilidad económica, sino de lo que representa el tener un hijo "normal" o "diferente", ocupándose de su formación, integración y adaptación a una sociedad como la nuestra; son padres que han ampliado y desarrollado su forma de ser hombres, sin competir con la esposa y madre, sin debilitar su identidad teniendo un espectro más amplio. Por otro lado están los hombres que aún no han reconstruido su vivencia como personas y como padres, que se sienten limitados para replantearla, que reproducen una enseñanza sexista en la crianza de sus hijos e hijas, y que prefieren hacerse a un lado cuando dentro de su familia hay niños con discapacidad (síndrome Down, parálisis cerebral, problemas de lenguaje, problemas sensoriales, problemas de aprendizaje, entre otros).

Todo ello resalta la importancia de este trabajo, que parte de una perspectiva derivada de las ciencias sociales que parece ser no exclusiva del ámbito psicológico pero que requiere señalamientos respecto a los cambios familiares en el contexto mexicano.

#### PLANTEAMIENTO METODOLÓGICO DE LA INVESTIGACIÓN

Esta investigación intenta enmarcarse en los estudios sociológicos utilizando una metodología cualitativa y retomando la perspectiva relacional de los pro-

cesos históricos, culturales y sociales que se pueden ubicar en contextos específicos. Tiene un carácter exploratorio (aunque resulta obvio) porque pretende únicamente acercarse a examinar cómo vive la paternidad un grupo reducido de varones. Sus conclusiones de ninguna manera pretenden generalizarse a todos los varones de México.

Entrevistamos a varones con las siguientes características: 1) vivían con sus hijos y con su pareja; 2) su rango de edad era de 25 a 55 años; 3) escolaridad de secundaria, bachillerato, carrera técnica o licenciatura; 4) nivel socioeconómico alto (4 a 6 salarios mínimos o más de 6 salarios mínimos) y bajo (1 a 4 salarios mínimos); 5) que hubieran tenido o no hijos después del niño o niña con discapacidad (véase el cuadro 1).<sup>3</sup>

Los varones de este estudio ya habían solicitado un servicio de educación especial, es decir, actualmente llevan a sus hijos a la Clínica Universitaria de la Salud Integral perteneciente a la Universidad Nacional Autónoma de México. La idea de trabajar con una muestra muy particular surgió de la vinculación del ámbito de trabajo de la autora y el contacto que tiene con estos padres e incluso con la posibilidad de hacer una interpretación más fidedigna de la información obtenida en las entrevistas, a partir de los elementos teóricos y prácticos acerca del tema.

#### LA PATERNIDAD EN UN GRUPO DE VARONES

Tras el análisis de la información proporcionada por los entrevistados se describieron los resultados tomando como referencia dos ejes que se delimitaron en el guión de la entrevista: 1. Ejercicio y vivencia de la paternidad (información sobre la relación del entrevistado con sus hijos, el tipo de presencia que tiene en la crianza de éstos e incluso cómo entiende la paternidad) y 2. Padre de un hijo o hija con discapacidad; proceso y manejo del impacto social (información sobre la relación o el tipo de convivencia del varón con su hijo o hija "diferente", así como su reacción cuando se vio inmerso en una situación específica; también se intentó conocer las presiones sociales a las que han estado expuestos tanto el hijo o la hija como el padre, y obviamente la influencia que pueda tener esta situación en el ejercicio de su paternidad).

<sup>3</sup> Al citar las respuestas de los entrevistados la V alude al número de registro de la base de datos, mientras que n.s.e. se refiere al nivel socioeconómico.

Cuadro 1  
Características generales de los varones entrevistados

Varones	Edad por primera vez	Edad padre	Nivel de escolaridad	Nivel socio-económico	Número de hijos discapacitados	Sexo del hijo discapacitado	Edad del hijo discapacitado	Lugar que ocupa el hijo	Tipo de discapacidad
V1AN	54	30	Primaria	Alto	4	Masculino	5	Último	Síndrome Down
V2AN	38	37	Carrera técnica	Alto	1	Masculino	1.5	Único	Síndrome Down
V3B+	39	27	Preparatoria	Bajo	3	Masculino	6	Penúltimo	Problemas de lenguaje
V4BN	25	20	Secundaria	Bajo	2	Femenino	2	Última	Retraso psicomotor
V5A+	34	31	Licenciatura	Alto	3	Masculino	14	Primero	Síndrome Down
V6AN	42	32	Licenciatura	Alto	3	Femenino	4	Última	Síndrome Down
V7B+	32	24	Secundaria	Bajo	3	Masculino	8	Penúltimo	Lento aprendizaje
V8BN	30	25	Primaria	Bajo	2	Masculino	5	Último	Lento aprendizaje
V9A+	49	28	Licenciatura	Alto	3	Masculino	18	Primero	Parálisis cerebral
V10BN	22	18	Pasante de licenciatura	Bajo	1	Masculino	3	Único	Retraso psicomotor
V11BN	41	25	Primaria	Bajo	3	Femenino	5	Última	Hipertiroidismo congénito

Nota: V1, V2, V3 = número de participante.

A o B = nivel socioeconómico: alto, bajo.

N = número de hijos o hijas después del niño o niña con discapacidad.

+ = han tenido más hijos.

Total 11 casos.

*Ejercicio y vivencia de la paternidad*

Los entrevistados consideran importante la convivencia con los hijos, hijas y esposa en la realización de la paternidad. Esta convivencia puede manifestarse en una serie de actividades, como jugar, platicar, llevar a los hijos al parque, comer juntos, ver la televisión o salir de paseo. Su importancia radica en que estas actividades se relacionan con otros elementos de la paternidad como la relación afectiva, la educación, la comunicación, el conocimiento y la confianza de los hijos. En términos generales los varones de este estudio dicen que realizan estas actividades con sus hijos e hijas con cierta constancia, lo cual les provoca satisfacción:

[...] platicar con ellos, jugar, pasar más tiempo con ellos, pero no tengo tiempo. Salir al parque y enseñarle cosas, en el caso del grande ayudarlo a hacer su tarea. Jugar es muy importante para conocerlos. (V3, 39 años, preparatoria, n.s.e. bajo, hijo de 6 años de edad.)

Yo creo que armónicamente, yo lo abrazo, él me abraza, creo que nos llevamos bien. (V5, 34 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 14 años de edad.)

Sí, porque van aprendiendo, van despertando la mente. (V8, 30 años, primaria, n.s.e. bajo, hijo de 5 años de edad.)

La convivencia es una condición necesaria para vincularse con los hijos; es con ella que se pueden conocer, que pueden compartir cosas agradables y desagradables, transmitir sus valores, guiarlos, expresar sus sentimientos y establecer una relación de amor.

Aparentemente los varones de este estudio tienen una relación afectiva estrecha con sus hijos, les demuestran su amor abiertamente, los besan, los abrazan, les dicen palabras amorosas, en fin, son cariñosos con ellos. El afecto parece estar relacionado con la convivencia cotidiana, ya que si el padre no comparte algunas actividades con los hijos es difícil que se construya la relación afectiva. Si por el contrario, comparte las actividades cotidianas de cuidado y diversión, las consecuencias son claramente positivas para los hijos y para los mismos hombres. Éstos se sentirán a gusto viviendo con el padre, le tendrán amor, lograrán conocerlo, aprenderán cómo acercarse a él y le tendrán confianza. El padre se sentirá bien cuando los hijos le muestren afecto y

lo busquen para estar con él, de modo que puedan conocer sus características personales:

[...] sí, el contacto físico es muy importante, cuando llegan y lo abrazan a uno, te quiero mucho papá, lo abrazo y algunas veces aunque no me abraza yo lo abrazo, para que sientan que uno lo quiere. El afecto y la armonía les favorece mucho para su desarrollo psicológico. (V11, 41 años, primaria, n.s.e. bajo, hija de 5 años de edad.)

Estas prácticas amorosas y afectivas desarrolladas inicialmente por la madre y reclamadas para la paternidad llevan como elemento central la ternura. El contacto corporal tiene aquí un papel preponderante que permite la transmisión de la ternura corporal. Ramos (2001: 3) define la ternura corporal como

[...] un conjunto de expresiones cálidas y acariciadoras que producen simultáneamente goce al objeto amado y a nosotros mismos, porque la ternura es ante todo una caricia que nosotros mismos nos proporcionamos, y sólo podemos ser tiernos cuando lo somos con nosotros mismos. La ternura es sobre todo una experiencia táctil, es una caricia.

Esto contrasta con lo que manifiesta otro varón que no tiene nexos con su hijo. Cuando el padre no convive con los hijos no se construye un vínculo afectivo entre ellos, los hijos no saben cómo acercarse al padre, no lo conocen, y más aún, si él es violento le tienen miedo, no desean vivir con él, se generan sentimientos de rencor y resentimiento, y generalmente se llegan a formar una imagen negativa del padre: "mira casi no comparto, no soy de los que llegan y se ponen a jugar, porque de mis viajes llego muy cansado, ahora con la diabetes, a veces me siento muy mal. Nunca conviví con ellos, me gustan los niños, pero ahora ya estoy grande y me siento muy cansado" (V1, 54 años, primaria, n.s.e. alto, hijo de 5 años de edad).

Ante la imposibilidad de convivir con su hijo, este varón manifiesta sentimientos de tristeza y culpabilidad que se reflejan en su estado de salud y su edad. Podría considerarse que no le es permitido incursionar en el mundo de los afectos, lo cual confirma la dificultad de los varones para expresar todos sus sentimientos. Éste es un ejercicio difícil para ellos, pues están culturalmente preparados para ejercer un papel autoritario y no para educar en

la libertad basándose en una apertura emocional, considerando que se puede perder el respeto de quienes están bajo su “mando”.

Respecto al ejercicio y vivencia de la paternidad, la mayoría de los varones le dio diferentes significados: la perciben como algo maravilloso, como una función puramente biológica y como una gran responsabilidad. Mencionaron que aprendieron a ser padres a partir de las diversas representaciones compartidas en los grupos socioculturales en la escuela, la familia, la religión, los medios masivos y las explicaciones científicas. Para este grupo de padres la educación y la manutención económica son las responsabilidades más importantes que se tienen que cumplir en el rol paterno:

[...] no es fácil ser padre; uno quisiera darle a los hijos lo mejor económicamente, moralmente, uno les da el apoyo hasta donde ellos piden y nosotros podemos, pero ahorita está un poco difícil ser padre, quieren algunas cositas como vestido, zapatos, su alimentación, pobremente pero la vamos llevando. Uno se dedica a trabajar y a traer el sustento a la casa. Es necesario darse su tiempo, igual en el trabajo es necesario darse su tiempo para la familia y los hijos. Dedicarse en los ratos libres a sus hijos, pienso la principal función. (V4, 25 años, secundaria, n.s.e. bajo, hija de 2 años de edad.)

¡Híjole!, como padre y madre somos iguales, pero la responsabilidad es educar a los hijos lo mejor que se pueda, darles la mejor educación en una escuela, y los bienes materiales como pueden acabarse, como pueden hacerse más, hay que enseñarles el valor del dinero, la responsabilidad de sus hermanas no me interesa mucho, porque la responsabilidad es con nosotros, con mi esposa y yo. (V9, 49 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 18 años de edad.)

Estar más tiempo con ellos y más si tiene problemas, tratar de apoyarlos tanto en el estudio, sus movimientos, todo. (V7, 32 años, secundaria, n.s.e. bajo, hijo de 8 años de edad.)

Los que definen la paternidad como una función biológica:

[...] la función de un padre es engendrar a los hijos, después irlos orientando en su crecimiento, decirles qué es lo que deben hacer y lo que no deben hacer, decirles las cosas buenas de la vida, decirles que tienes que estudiar y a una edad determinada tienes que trabajar, hacerte de tu familia y todo eso. (V4, 25 años, secundaria, n.s.e. bajo, hija de 2 años de edad.)

### Otros que lo consideran una responsabilidad:

[...] es una responsabilidad muy grande, no, es hasta cierto punto una presión por los problemas económicos que hay actualmente, pienso cómo voy a sacar adelante a mis hijos, yo deseo lo mejor para ellos, ésa es mi gran preocupación; yo creo que mi trabajo no es suficiente para sacarlos adelante, para mí es una gran responsabilidad. (V3, 39 años, preparatoria, n.s.e. bajo, hijo de 3 años de edad.)

Significa sacar adelante a los hijos hasta donde más se pueda, yo le aumentaría una palabra a eso de paternidad, paternidad responsable, ser responsable como padre hacia sus hijos. (V5, 34 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 14 años de edad.)

Una vez que se da el hijo, es una responsabilidad muy grande. Creo que debes estar consciente de lo que vas a hacer con tu pareja, y hasta dónde vas a llegar en tu matrimonio, cuando veas bien a tu primer hijo. Nunca vas a conocer a tu pareja, pueden pasar años y años y no terminas de conocerla como tú crees, pero tienes que estar consciente de lo que va a pasar en cuanto llegue el hijo. Lo contempla como un aspecto desde antes de casarse. (V2, 38 años, carrera técnica, n.s.e. alto, hijo de 1 año 6 meses de edad.)

No obstante, es factible encontrar discursos que evidencien el temor de los padres a no poder cumplir con los diversos aspectos que implica ejercer la paternidad y que tienen que ver con el hecho de ser hombre.

[...] en el momento en que supe que ella estaba embarazada yo entré en un estado de sobresalto generalizado, pero nunca me dijeron "Vas a ser responsable", no, bueno hasta cierto punto nunca me han dicho qué es una responsabilidad. El concepto de responsabilidad lo tengo así: es tenerlo bien, darle dinero, procurar que cuando se enferme cuidarlo bien, darle cariño, darle protección, este..., la responsabilidad que tengo ahorita es sacarlo adelante en lo que yo pueda, esta responsabilidad me causa tal vez, no mucha confusión, pero sí mucho temor, no, de saber que es una responsabilidad realmente, y hasta qué tanto es una responsabilidad. (V10, 22 años, pasante de licenciatura, n.s.e. bajo, hijo de 3 años de edad.)

Los hombres de este estudio mencionaron como aspectos positivos de ser padre el aprendizaje mutuo y el acompañamiento satisfactorio de dos

personas que se quieren y que son parientes, porque uno fue procreado por el otro. Ambos se enfrentan a circunstancias placenteras que les permiten integrarse como personas, respetando normas o patrones que se establecen en las relaciones de género.

En cuanto a la participación en la crianza de los hijos, en los discursos de los varones se advierte que la responsabilidad de las tareas y su obligatoriedad siguen siendo femeninas; ellos pueden elegir si hacen o no cierto trabajo y sólo se preocupan por ayudar a la mujer, que es la encargada de llevar a cabo todas las actividades relacionadas con el cuidado y la crianza de los hijos: "Sí la verdad sí, porque yo ayudo hasta en la casa. Cuando su mamá está enferma yo soy el que lo trae, yo le ayudo a ella, lo visto, lo baño, me siento capaz de hacerlo". (V7, 32 años, secundaria, n.s.e bajo, hijo de 8 años de edad.)

Sin embargo otros discursos mostraron que los varones en ocasiones ejercen ciertos comportamientos que los insertan en un nuevo grupo de padres, los igualitarios y participativos. Estos varones nacieron después de los sesenta o en los sesenta y setenta, cuando se dieron grandes cambios socioculturales respecto a los valores prevalecientes, al cuestionamiento del modelo tradicional y autoritario de ser padre, y a la posibilidad de que el control de la familia no descansa sólo en ellos, sino que pueda compartirse con otros miembros de la familia, principalmente la esposa:

[...] entre los dos hacemos más o menos actividades del hogar; desde el primer hijo yo le ayudaba a cambiarlo, bañarlo y más ahorita con Lupita, yo le doy de comer, le doy su biberón, la cambio, a veces la baño y me cuesta trabajo porque no se puede sentar muy bien todavía. Me siento muy bien cuando lo hago, me siento tranquilo, porque estoy ayudando de alguna forma a mi esposa. Pero me gusta participar en los cuidados de los niños, cuando tengo tiempo. (V4, 25 años, secundaria, n.s.e. bajo, hija de 2 años.)

Este, sí bastante, hasta preparo la mamila, su pañal, está feliz conmigo, lo sacaba a jugar, e incluso lo baño. (V7, 32 años, secundaria, n.s.e. bajo, hijo de 8 años de edad.)

Vamos uno nunca se siente capaz, no, simplemente uno debe tener la responsabilidad, más que nada poner de su parte. (V11, 41 años, primaria, n.s.e. bajo, hija de 5 años de edad.)

El que no participen en el cuidado de los hijos refleja que los varones consideran esta tarea exclusiva de las mujeres; la colaboración del varón es nula. Esto se debe al condicionamiento cultural sobre el hecho de que la madre es por naturaleza la que brinda afecto, cuida y cría a los hijos:

[...] no me gusta hacer cosas del hogar; no las hacía en mi casa porque tenía a mis hermanas, casi me llevaban el desayuno a la cama; me acostumbraron así, mis familiares me critican mucho por la forma de ser. (V1, 54 años, primaria, n.s.e. alto, hijo de 5 años de edad.)

No, no lo creo por falta de tiempo, no, no es que no quiera sino por falta de tiempo, porque afortunadamente donde trabajo hay mucho trabajo, a veces tengo que trabajar sábados y domingos y quedarme en las tardes y llego hasta las nueve de la noche, y los sábados trabajo también. Trabajo mucho por necesidad, porque si por mí fuera ese tiempo lo ocuparía en estar ayudando a Alan. (V3, 39 años, preparatoria, n.s.e. bajo, hijo de 6 años de edad.)

Considero que la actitud de estos varones tradicionales se relaciona con un fuerte condicionamiento cultural que los lleva a conservar ciertos modelos de conducta caracterizados por la falta de colaboración en la crianza de los hijos. Su participación en estas labores es nula; arguyen pretextos relacionados con el estado de ánimo, las costumbres que rigen su historia, y la idea de falta de tiempo, porque hay que trabajar mucho para sostener a la familia. De ninguna manera intentan participar en el aseo, la alimentación o el cuidado de sus hijos porque consideran que corresponde a la madre, por naturaleza, brindar afecto y criar a los hijos. Este planteamiento cultural lleva a estos varones a rechazar abiertamente su participación en labores domésticas porque las consideran exclusivamente del dominio femenino.

### *Padre de un hijo o una hija con discapacidad*

Los resultados muestran que los padres de un hijo o hija con discapacidad generalmente hacen referencia a las expectativas de desarrollo de sus hijos dando dos argumentos: 1) mencionan que sus hijos van a salir adelante, es decir, que en alguna forma podrán cumplir con ciertas normatividades marcadas por la sociedad;

[...] muchas yo quiero que mi hija salga adelante, no puede hablar, quiero encontrar una escuela especial, porque si no tiene la capacidad como otros niños para estar en una escuela primaria, vamos a buscar una para niños con problemas. La verdad no me interesa que ella inicie su carrera ya tarde, lo que a mí me interesa es que ella salga de su problema, así tenga 20 o 30 años, pero que ella poco a poco salga y se recupere. Yo quiero que mis hijos tengan una carrerita, que terminen la preparatoria, no sé cómo le hago pero tienen que terminar. (V11, 41 años, primaria, n.s.e. bajo, hija de 5 años de edad.)

Con Lupita, me gustaría verla caminando, es una de mis mayores ilusiones, que camine, y ya que camine para que ayude a su mamá, y que no la cargue porque ya está bien pesada la niña, es mi ilusión ahorita. (V4, 25 años, secundaria, n.s.e. bajo, hija de 2 años de edad.)

y 2) los que identifican las características diferentes de sus hijos como limitaciones o impedimentos para cumplir con las normas sociales a las que están expuestos: "Pues la verdad no, te soy sincero, casi de él no, a mí lo que me interesa es que se sepa defender, pero muchas expectativas no, hay que ser realistas debido a sus limitaciones". (V5, 34 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 14 años de edad.)

Sin embargo en algunos otros se observa que las expectativas cambian; a medida que el niño va creciendo ellos ven que sus hijos van adquiriendo ciertas habilidades que les permitirán insertarse y adaptarse al contexto en que se encuentran, lo cual los lleva a situaciones más confortables para ejercer su paternidad: "Yo creo que sí, ahora es diferente, tengo mucha fe, tengo mucha confianza en que mi hijo va a estar, si no al 100%, sí va a llegar a ser un niño casi normal". (V3, 39 años, preparatoria, n.s.e. bajo, hijo de 6 años de edad.)

Tomando en cuenta el nivel de escolaridad de estos varones, es importante señalar que hay diferencias en cuanto a las expectativas de los padres; se supondría que a mayor escolaridad mejores serían las expectativas y repercutirían en una aceptación completa de la familia, es decir, aquellas actitudes de rechazo, discriminación y exclusión no formarían parte de las relaciones familiares; sin embargo en algunos de los casos planteados no se da esta situación: los padres con un nivel de primaria y secundaria presentan mejores expectativas para sus hijos.

Los discursos van en diferentes sentidos: unos consideran que el tener un hijo con discapacidad es una situación "normal".

[...] nosotros lo hemos visto como parte de una familia normal, como si fuera una familia normal. Sin embargo, él requiere de mayor atención. (V9, 49 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 18 años de edad.)

Haga de cuenta que para nosotros es un niño normal o sea no hay diferencias que por el niño estemos discutiendo. (V7, 32 años, secundaria, n.s.e. bajo, hijo de 8 años de edad, hijo de 8 años de edad.)

Otro asegura que es algo bueno para el padre, “los otros hijos son prestados, ésta sí es mía, ésta nadie me la va a quitar más que Dios, es mi adoración, es una dicha tenerla porque es muy cariñosa (se relaciona mucho con la gente) es una virtud que tienen”. (V6, 42 años, licenciatura, n.s.e. alto, hija de 4 años de edad.)

Otros lo ven como una situación problemática:

[...] no nos gusta comentar con los amigos, yo creo que entre mi esposa y yo somos los únicos que podemos resolver el problema y de ahí en fuera nadie más. (V2, 38 años, carrera técnica, n.s.e. alto, hijo de 1 año 6 meses de edad.)

Pero nunca esperé tener un hijo así. (V3, 39 años, preparatoria, n.s.e. bajo, hijo de 6 años de edad.)

Y otros hacen referencia a cuestiones religiosas: “Les digo saben qué, esto no está mal, porque lo mandó Dios y tenemos que enfrentarlo, yo creo que hay que salir adelante”. (V4, 25 años, secundaria, n.s.e. bajo, hija de 2 años de edad.)

Algunos entrevistados reconocieron sus temores de ser padres de un hijo con discapacidad al cuestionarse cómo van a enfrentar una situación que no esperaban: es un miedo a lo desconocido y a lo que esto implica desde un punto de vista social. No es fácil para los varones mostrar sus sentimientos de tristeza e impotencia ni sus emociones, dado que no es bien visto que el hombre se exprese de esa manera, pues da una señal de debilidad emotiva y una falta de control:

[...] mi único temor fue cuando a mi hijo le estaban dando convulsiones, y pensé eso va ser toda la vida, es que más que nada, he visto varios ataques epilépticos de personas mayores, y este..., ése era mi temor, por qué ahora que vemos a mi hijo de aquí en adelante vamos a tener ese tipo de problemas, pero nunca

dudé en quererle ayudar, tratar de que siga delante de su problema, para mí eso es importante. Ahora lo he estado llevando a doctores y doctores, la prueba es que ya no le dan convulsiones, ya va para tres años, pero mi temor era ése, que reaccionara y ayudarle en lo que se pudiera, y un error que siento que sí fue grande, haberlo mimado tanto, por la cuestión de su enfermedad. (V7, 32 años, secundaria, n.s.e. bajo, hijo de 8 años de edad.)

La forma en que recibieron la noticia sobre las características particulares del niño o de la niña es algo que refiere la mayoría de los padres de este estudio, porque a partir de ello cambió la estructura y funcionamiento de su familia. Suelen relatar que no les dieron explicaciones del porqué el niño nació con problemas en su desarrollo; el personal de salud únicamente se concreta a dar la noticia, pero no da explicaciones. La mayoría no cuenta con habilidades para dar una noticia como ésa, de ahí que surjan situaciones de angustia e impotencia en los padres. Ambas reacciones podrían ser determinantes en la forma en que el padre y la familia asumen su papel:

[...] cuando nació la niña, el doctor nos comentó que ella tenía algunos problemas en su desarrollo, y yo sentí mucho coraje e impotencia, casi quería pegarle al doctor, pero mejor pensé en echarle ganas. (V11, 41 años, primaria, n.s.e. bajo, hija de 5 años de edad.)

El doctor que la atendió me dijo, sabe que ella se tiene que quedar porque éste es el momento de operarla, porque no hay de otra, el uno o el otro se nos pueden ir. (V2, 38 años, carrera técnica, n.s.e. alto, hijo de 1 año 6 meses.)

Este tipo de información generalmente causa angustia porque no se tiene la información completa, y a veces suele ser muy cruel por falta de tacto del personal de salud: "Que había sido un accidente genético y por lo cual el niño había nacido con síndrome Down". (V5, 34 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 14 años de edad.)

Es frecuente que no haya explicaciones sobre la o las causas de que el niño o niña nazca con ciertas diferencias:

[...] en sí no nos han dado una respuesta porque Michael, con todos los doctores que hemos estado yendo, nos dicen una cosa y otra cosa; por ejemplo un doctor nos dijo que se le habían muerto muchas neuronas, ahora esta vez que fuimos al doctor nos dijeron que tiene el cerebro chiquito. Son varias cosas que nos han

dicho y la verdad ya no sabemos, lo que sí nos dijeron es que tenía dos años de retraso. (V7, 32 años, secundaria, n.s.e. bajo, hijo de 8 años de edad.)

Sin embargo, puede darse el caso de que el origen de la discapacidad esté en el manejo inadecuado de los servicios en el área de la salud:

[...] el error fue médico: lo atendieron con el expediente de otro niño, le cambiaron la sangre cuando no se la tenían que cambiar, es que no saben en qué tiempo pudo haber venido el problema, y le cambiaron la sangre, le taparon una vena. Total que todo fue por el mal manejo del hospital. (V9, 49 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 18 años.)

Los testimonios de los varones ilustran hasta qué punto puede ser delicado este problema:

[...] la verdad no sabría decirle qué es lo que sentí, pero fue como [pausa] algo inesperado porque en el momento en que habló el doctor y nos dice, saben que su hijo posiblemente vaya a quedar como un vegetal, no se va a poder levantar de la cama, tiene que darle de comer en la cama, en la boca, es algo horrible para mí y en lo personal, no sé cómo se sintió mi esposa, pero pues no siempre, afortunadamente siempre nos han tocado buenos doctores que nos dan consejos y pues nos dieron aliento para sacar adelante al niño y nos dijeron que probablemente iba a estar en su cama toda su vida, y mire allá anda dando lata. (V3, 39 años, preparatoria, n.s.e. bajo, hijo de 6 años.)

Fue un poco triste porque salió el médico y me dijo que la niña a lo mejor no pasaba la noche porque tenía muchos problemas, no había respirado al nacer fue una falta de oxígeno que no llegó al cerebro, entonces eso le provocó varios problemas, fue dramático, me sentí un poco impotente de no poder hacer nada, me sentí muy poquita cosa de no poder hacer nada. Le pusieron un aparato artificial y me sentí muy impotente.

Nos dieron la información por separado, ella se estaba recuperando de la anestesia. Después el médico le dijo, pero todavía tenía el efecto de la anestesia. Cuando ambos nos enteramos, nos pusimos a llorar, verdad, qué más podíamos hacer, la impotencia, verdad, nos pusimos a llorar y después reflexionamos un poquito que debíamos de guardar la calma y que todo iba a salir bien. (V4, 25 años, secundaria, n.s.e. bajo, hija de 2 años de edad.)

cuando llegaron otros especialistas, me dijeron, su niño tiene esto y esto otro, lo único que les dije fue “¿está completito?, ah, entonces perfecto”. Platicué con ella, nos pusimos a llorar juntos los dos yo le dije, ¿por qué?, no esperábamos a un niño así, yo tampoco. (V1, 54 años, primaria, n.s.e. alto, hijo de 5 años de edad.)

En estos discursos se observa inconformidad de los padres por la manera en que les fue dada la noticia, y por otra parte se evidencia la importancia que tiene el hecho de que se les dé el diagnóstico de maneja sutil y que a la vez se comprenda la situación por la que están atravesando. No se puede evitar el sentirse impotente y frecuentemente influye en la forma en que el padre asume su papel.

Los varones informan que la calidad, el momento y la manera de dar la información pueden ser cuestionados, porque a veces sus hijos son etiquetados sin especificación alguna y sienten que la persona que les informa puede ser brusca, impaciente o tal vez demasiado técnica, y por lo tanto los varones no encuentran en ese momento las respuestas que desean. A partir de esta insatisfacción surgen emociones y reacciones desagradables (susto, aislamiento, sensación de irrealidad, incredulidad, baja autoestima, sentimientos de culpa y vergüenza) con aquel niño “normal” que esperaban y no llegó. Hay también sentimientos de rechazo e incapacidad para aceptarlo, especialmente si su aspecto físico es distinto.

Es frecuente que los padres de niños con discapacidad cuestionen por qué les tocó un niño con ciertas características, y generalmente la madre se siente culpable; sin embargo en los discursos de estos varones los resultados son diferentes: surgen cuestionamientos en ellos, pero a la madre no se le identifica como culpable. Surge una situación compartida por los dos, y tratan de establecer una relación de mutuo acuerdo respecto a las expectativas y al manejo de ciertas implicaciones sociales como el rechazo, los comentarios desagradables hacia ellos, la discriminación, la agresión física y verbal, entre otras, y a partir de esto logran que sus hijos no sean vistos como personas con mayores probabilidades de convertirse en sujetos vulnerables:

[...] sí, cuando me enteré de la noticia pensé: tengo una familia sana, ¿por qué?, ¿por qué? (V6, 42 años, licenciatura, n.s.e. alto, hija de 4 años de edad.)

Cuando yo vi a la niña, la vi con muchos aparatos, el aparato artificial de respiración, el ventilador como le llaman ellos, su suero, sangre, en ese momento le

estaban poniendo sangre, también tenía otro líquido que le estaban poniendo en la vena, pues sí me sentí, no sé, sentí, sentí un nudo en la garganta, ahora sí que no podía llorar, de verla nada más la observaba y me decía ¿por qué yo?, ¿por qué me había pasado eso?, eso fue lo que sentí en ese momento. Decidí llevar las cosas con calma, esperar a lo que Dios dijera, y a lo que los doctores pudieran hacer, ya nos habían comentado que la niña no iba a durar mucho tiempo, y este... fue lo que hice, le dije: "Hay que esperarnos a lo que Dios diga y a lo que los doctores puedan hacer". (V4, 25 años, secundaria, n.s.e. bajo, hija de dos años de edad.)

Al principio mi esposa se sintió mal, se puso triste al igual que yo, pero gracias a Dios supimos salir adelante, nunca tuvimos problemas de nada, al contrario el bebé es lo "más grande para mí" y yo creo que también para ella. El bebé ha estado luchando contra todo, nunca lo vi decaerse, y sigue ahí. Nunca tuvimos ningún problema de ninguna índole; al otro día que vine a ver a mi esposa la tranquilicé, vamos a ver qué podemos hacer, vamos a rezar y pues a ver lo que pasa, pero nunca hubo una actitud de que tú eres la culpable o yo soy el culpable. (V2, 38 años, carrera técnica, n.s.e. alto, hijo de 1 año 6 meses de edad.)

Tanto como preguntarme no, porque a nosotros desde un principio nos explicaron los especialistas qué había sucedido, así nos dijeron, que había sido un accidente genético y no nos echáramos la culpa uno a otro, sino que fue un accidente. (V5, 34 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo 14 años de edad.)

Generalmente una discapacidad, una enfermedad y sus implicaciones sociales llevan a las familias a cuestionar las relaciones que surgen dentro de la familia. Los varones de este estudio adoptan dos posturas:

I. Los que mencionan que hay cambios en la relación con sus hijos hacen diferencias entre los hijos "normales" y los discapacitados; a los primeros los ven como personas que pueden cumplir con normas establecidas por una sociedad, y a los segundos los consideran seres vulnerables que se enfrentan a una serie de respuestas sociales que van a determinar su incorporación a determinado círculo social.

[...] sí hubo cambios, ahorita que me doy cuenta, como que hubo cierto rechazo hacia Abraham [su hijo el grande]. Porque yo esperaba un niño normal, igual

que el grande, fue por eso. Porque me volví un poco agresivo hacia él [el mayor], un poco más exigente, tal vez menos cariñoso. Con Alan me volví muy cariñoso. (V3, 39 años, preparatoria, n.s.e. bajo, hijo de 6 años de edad.)

Mis hermanos trataban diferente a Michael, al principio lo querían proteger mucho, les decía a sus hijos que se hicieran para acá, allá, porque el niño no se podía enojar ni hacer corajes. Yo hablé con mis hermanos y les dije que no tenían por qué tratar a mi hijo así, el niño no estaba malo, el niño estaba bien, podía jugar, gritar, llorar, el niño no estaba mal, sólo tenía dos años de retraso. Michael es normal, tiene dos años de retraso para aprender. (V7, 32 años, secundaria, n.s.e. bajo, hijo de 8 años de edad.)

Creo que la respuesta de estos varones tiene mucho que ver con el hacer distinciones en el trato de hijos normales e hijos con discapacidad.

Los padres que reaccionan positivamente ante la angustia pueden aceptar una realidad que tal vez sea muy amenazadora; esta aceptación no es nada fácil, dependerá de su madurez psicológica y de una guía apropiada. Asimismo la relación que se pueda dar entre los padres y sus hijos podrá verse afectada; es decir, habrá varones que hagan evidentes las diferencias entre los hijos "normales" y los discapacitados:

[...] es diferente, el primero fue niño (con síndrome Down) y las otras son niñas, los juegos son diferentes. (V5, 34 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 14 años de edad.)

Pues lógico con Paco es un niño que llevo lo abrazo y todo eso; le pego sus gritos, le tengo que pegar un grito más fuerte a Paco que a mis hijas. Mis hijas entienden muy bien y no les grito, no lo requieren. (V9, 49 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 18 años de edad.)

Más aún, desde mi punto de vista el siguiente discurso muestra algo que debe considerarse muy peculiar, porque generalmente los varones no hacen explícitas las diferencias que ven en sus hijos y la forma como los tratan:

[...] yo creo que quiero más a la niña, yo creo que si hubiera sido niño no lo hubiera querido tanto como a la niña, quiero mucho a la niña. La niña me ha puesto a pensar muchas cosas: debo tomar con más calma las cosas, volverme un poco más humano, relacionarme con la gente. Cambió mi estado de ánimo

cuando llegó la niña, sólo con verla y tenerla en mis brazos me siento bien. Estoy encantado con la niña y como a él [se refiere al niño que tiene problemas de lenguaje] no lo vi recién nacido..., sí lo vi, pero en la incubadora, fue diferente estado el de la niña; a ella sí la veo como todos los niños normalita. Me siento aún más contento con la llegada de la niña, tal vez por el sexo, no sé, de hecho le tengo más cariño a la niña que si hubiera sido niño. Yo creo que cuando la niña empiece a hablar, a jugar, yo creo que le va ayudar a Alan. (V3, 39 años, preparatoria, n.s.e. bajo, hijo de 6 años de edad.)

Al respecto considero que estas diferencias puedan estar vinculadas con: *a)* que los varones generalmente esperan un hijo o hija “normal”, es decir que no esté “enfermo”; éste suele ser un criterio establecido por la sociedad que influye en cómo nos relacionamos con nuestros hijos para que cumplan con aquellas normas establecidas socialmente y se les permita insertarse en círculos sociales más amplios, y *b)* el hecho de que antes del nacimiento muchos padres muestran una clara preferencia por un sexo determinado; sobre todo si se trata del primogénito prefieren a un varón. Esta preferencia está particularmente acentuada en los padres: la mayoría prefiere el sexo masculino al femenino.<sup>4</sup> Eso implica que en las pautas de reproducción influyan estas preferencias: las parejas tienden a continuar procreando si han tenido solamente niñas, y tendrán más hijos de los esperados a fin de conseguir un hijo varón (Parke, 1986).

Estos supuestos forman parte de una realidad social, aunque a veces no se reflejan en todas las familias, como en este caso:

[...] cuando mi esposa se embarazó yo me enajené, quería una niña, quería una niña, yo deseo tener una niña, porque en lo personal me fascinan las mujeres y por lo tanto quería una hija. Algunas veces me decían que era niña, pero estaba tan cerrado que no aceptaba a un niño, no me hacía a la idea de que fuera niño, independientemente de eso yo anhelaba ser padre, yo quería sobre todo una niña. (V6, 42 años, licenciatura, n.s.e. alto, hija de 4 años de edad.)

<sup>4</sup> Crowell y Leeper (citados en Korin, 2000) aseguran que independientemente de la clase social, raza o etnicidad, los padres tocan, hablan y pasan más tiempo con los niños menores (especialmente los primogénitos) que con las niñas pequeñas. Dichos autores comprobaron que las diferencias se encuentran más en el contexto de la interacción (las madres dedican más tiempo al cuidado, los padres se concentran más en el juego, en especial el juego físico con sus niños pequeños).

El sexo del hijo es un factor que determina las relaciones que los varones puedan establecer con estos niños.

II. Los que refieren que no hay cambios en las relaciones de ellos con sus hijos o hijas:

[...] no ha habido cambios, la diferencia es que él no se ha desarrollado adecuadamente, pero la convivencia es la misma, ellos conviven normalmente. (V5, 34 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 14 años de edad.)

Ninguno, sigo siendo el mismo, yo creo que jamás ha sido mi intención cambiar, creo que hoy más, quiero lo mejor para ellos y para Lupita. Aun si hubiera nacido la niña un poquito mejor, normal, yo siento que hubiera sido igual la participación mía, tenía que ser más intensa, más apegada [esto suena algo contradictorio] entonces como le digo, a veces no por el trabajo, pero pudo haber sido igual. (V4, 25 años, secundaria, n.s.e. bajo, hija de 2 años de edad.)

Ninguno, para mí es igual, haz de cuenta que mi hijo no tiene nada, es un niño como cualquiera, y yo le sigo dando a la limpieza y él jugando y revolcándose. (V2, 38 años, carrera técnica, n.s.e. alto, hijo de 1 año 6 meses de edad.)

Los padres de este estudio refieren que las relaciones de pareja también sufren algunos cambios: por un lado hay un mayor acercamiento entre ambos, intentan enfrentar principalmente las implicaciones sociales que conlleva el ser padre de un niño o niña con características diferentes; es decir, se une o se fortalece a veces el matrimonio:

[...] no, creo que nos ha unido más, como siempre en el matrimonio tiene uno sus diferencias en lo que sea, pequeños problemitas pero nunca sale a relucir el niño, haga de cuenta que para nosotros es un niño normal o sea no hay diferencias que por el niño estemos discutiendo. Problemas entre mi esposa y yo por Michael no hemos tenido, tratamos de hacerle todos sus estudios, sin escatimar, y esto nos ha unido más. (V7, 32 años, secundaria, n.s.e. bajo, hijo de 8 años de edad.)

No, al contrario, yo quisiera ayudarla más, quisiera ir con ella a todos lados, pero mi trabajo no me lo permite. Esta situación nos ha unido más. Los niños quieren mucho a Isabel. No hay diferencia en como tratamos a Isabel y a sus hermanos. (V11, 41 años, primaria, n.s.e. bajo, hija de 5 años de edad.)

Decidimos, luchar y vivir por los dos y más que nada darle lo mejor a él. Nunca le di la espalda a mi esposa. A pesar de que tuvimos una plática. Nos hemos apoyado y siempre le hemos dado cariño al niño. (V2, 38 años, carrera técnica, n.s.e. alto, hijo de 1 año 6 meses de edad.)

Por otro lado, hay algunas parejas que entran en situaciones conflictivas, sin llegar a ser extremas como la separación definitiva. Se dan discusiones entre ellos acerca del tratamiento y cuidado del hijo discapacitado y de lo que puede ser el futuro para ellos.

[...] el accidente de mi hijo fue a los tres meses, pero empecé a convivir con él hasta el año, y esto fue porque me lo llevaron a mi casa; me sentí mal porque pensé esta criaturita viene hasta acá y luego si yo le quiero hacer un desplante, como que no se vale, y entonces empecé a interactuar con él, y le pregunté a mi esposa “¿Tiene retraso mental?”, y ella me dijo: “Tiene retraso psicomotor”. Empezamos a convivir juntos y empezaron las broncas, no nos llevábamos bien y eso orilló a mi hijo a que retrocediera pero muy feo, muy feo. Si no le echan ganas su hijo va a quedar como retrasado mental. (V10, 22 años, pasante de licenciatura, n.s.e. bajo, hijo de 3 años de edad.)

Pero ese día que estuvimos con Juanito tuvimos muchos problemas porque yo le echaba la culpa a ella y ella no tenía cómo zafarse. Fuimos a ver al psicólogo y estuvimos en terapia; más o menos me sacaron lo que yo tenía. Yo tenía un poco de coraje porque ella no había dicho nada, si ella sabía que tenía síndrome Down, entonces por qué no me lo dijo, probablemente fue por miedo a que yo no la dejara tener al bebé. Ahí está el niño y hasta la fecha es el niño más caro que nos ha salido a todos. (V1, 54 años, primaria, n.s.e. alto, hijo de 5 años de edad.)

Un compañero tenía un niño con síndrome Down y me dijo: “Mira mano, yo estuve a punto de que mi esposa se suicidara porque tuvimos muchos problemas, mi matrimonio iba por los suelos, ya pensábamos divorciarnos, porque fue mucho muy fuerte la impresión, yo le echaba la culpa a ella, ella me la echaba a mí, haciendo alusión a la edad de la mujer como principal causa de que el niño naciera así”. (V2, 38 años, carrera técnica, n.s. e. alto, hijo de 1 año 6 meses de edad.)

Sí, conozco a un señor que tuvo problemas con su esposa, se dejaron, la muchachita ya tiene 17 años y no conoce a su papá, el padre no se acerca, no se involucra para nada. (V11, 41 años, primaria, n.s.e. bajo, hija de 5 años de edad.)

Respecto a las presiones sociales que surgen a partir de una situación como ésta, los entrevistados reconocen que hay cierta tendencia a desarrollar respuestas de rechazo, discriminación, aislamiento, agresión física y verbal, sorpresa, admiración, compasión, etc., hacia los individuos que no responden a los valores tradicionalmente aceptados. Y aunado a esto, las diversas concepciones sobre lo "normal" y "anormal" determinan las actitudes de los grupos sociales hacia personas que no cumplen con las normas estipuladas. Sin embargo las presiones sociales para estos individuos no sólo se reflejan en la actitud de los otros, sino también en las posibilidades que tienen estos niños dentro de un ambiente educativo y en forma personal:

[...] la gente empieza a molestar y eso ocasiona problemas en la convivencia con el niño o niña o con tu familia. Yo no tenía problemas con el niño, sino con ella, porque es feo que te digan que tu niño es un loco, un tonto; varias veces la hicieron llorar, pero eso ya lo superó ella y lo supo asimilar, y hasta la fecha ya no nos molestan. (V2, 38 años, carrera técnica, n.s.e. alto, hijo de 1 año 6 meses de edad.)

No ha habido presión de la sociedad, ha habido presión de ciertos clubes, que nos hemos tenido que alejar. A Maricarmen sí le ha pesado porque dice oye..., pero en el Montañés y otro club y lo tenemos que aceptar porque tienen sus políticas y no se pueden hacer responsables de alguien que no es "normal" y pues me tuve que retirar, y no me interesa porque soy muy amiguero, mucho muy amiguero, me reúno con mis compañeros de la secundaria o de la primaria; de la universidad ya no porque unos se fueron a medicina, otros a odontología y ya no. (V9, 49 años, licenciatura, n.s. e. alto, hijo de 18 años de edad.)

Se me quedan viendo, comentarios fuertes no me han hecho, yo paso normal, la calle es libre, salvo una persona hizo un comentario fuerte: qué sería de la niña cuando fuera una señorita, y le dije pues ella va a caminar y correr como todos. A mí no me dicen directamente, porque saben que si se meten conmigo, pues yo voy a reaccionar como todos, me están provocando. Sólo he escuchado, échele ganas y siga adelante. No me siento culpable, me siento tranquilo. (V4, 25 años, secundaria, n.s.e. bajo, hija de 2 años de edad.)

A veces se guardan los comentarios, a veces no; me preguntan qué tiene la niña, y yo les digo qué pasó; hay momentos que me dicen, pues mira échale ganas, lo que tienes que hacer pues hazlo, hay gente que sí en parte me brinda su apo-

yo, y otros se compadecen y les digo ¿saben que?, esto no está mal, porque lo mandó Dios y tenemos que enfrentarlo, yo creo que hay que salir adelante, y esa gente piensa muy negativamente, y yo les digo que están mal y no les hago caso. (V4, 25 años, secundaria, n.s.e. bajo, hija de 2 años de edad.)

Por último, algunos varones aseguran que no toman en cuenta “el qué dirán” o los juicios de valor acerca de sus hijos; no es un factor determinante en el ejercicio de su paternidad:

[...] no, como que esas cosas no me interesan. Hay comentarios que a veces nos hacen con respecto a la niña, y me molestan, yo no me atrevería a decir comentarios porque a mí no me gustaría que a mi niña se los hicieran, que pasara la gente y dijeran, a mí no me gustaría. (V11, 41 años, primaria, n.s.e. bajo, hija de 5 años de edad.)

Yo me siento normal, normal, yo lo saco, y yo no soy de las personas que escondo a mi hijo, y sí lo he visto en otras familias que los esconden, lo cual no es correcto. No claro que no, porque hay gente que en un momento dado me admira, ¡ay mira!, él no lo esconde, no, como otros; eso me motiva mucho para seguir adelante. No me interesan sus opiniones, simplemente debo de tratar de sacar a mi hijo, porque si nos ponemos a ver lo que dicen los demás, en lugar de estar ayudando a nuestros hijos así, los estamos perjudicando. (V5, 34 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 14 años de edad.)

No, nunca. Hubo un tiempo al principio que dejamos de salir, por miedo a que se enfermara, porque es delicada de su corazón, pero estábamos afectando a los otros niños. Por lo tanto un día me decidí y empezamos a pasear, que los demás vean y conozcan a mi hija como es. Todos la aceptan muy bien (los familiares de mi esposa), sobre todo las niñas, la traen para allá y para acá. Tanto de la familia de mi esposa como la mía no hay ningún rechazo, amigos cercanos y del trabajo conocen mi situación y no hemos tenido ningún tipo de rechazo. (V6, 42 años, licenciatura. n.s.e. alto, hija de 4 años de edad.)

Los discursos de estos varones llevan implícitas ciertas cuestiones de valoración sobre lo deseable, lo útil o lo bueno; de tal forma que si no se hace referencia a esos valores es imposible decidir si un estado es de normalidad (salud) o de anormalidad (enfermedad); habrá situaciones que serán califica-

das como anormales porque en la cultura correspondiente ellos son vistos como personas con discapacidad.

El reporte de uno de los padres muestra que generalmente la actitud hacia estas personas tiene que ver con normas y juicios de valor establecidos por el círculo social donde se desenvuelven:

[...] como usted lo sabe bien, muy. Apenas está comenzando la cultura en México, se asombran; si uno va a un restaurante se le quedan mirando. Al principio como le digo nosotros lo sentíamos, se retrae uno o algo, y uno no sabe qué hacer, pero ahora ya no. Pues ni modo, es un niño que le puede suceder a cualquiera, a nosotros mismos nos puede suceder. (V9, 49 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 18 años.)

Las presiones sociales para estos individuos no sólo se reflejan en la actitud de los otros, sino también en las posibilidades de estos niños dentro de un ambiente educativo. A veces no se les permite ingresar a escuelas de educación especial debido a la gran demanda de solicitudes, y tienen que esperar mucho tiempo para lograrlo; incluso tampoco se incorporan a otras escuelas debido a los altos costos.

En el grupo de varones de ingresos altos sólo tres refirieron que su hijo o hija debería asistir o permanecer en una institución de educación especial con el fin de mejorar la adquisición de habilidades (básicas y sociales) y lograr un desarrollo óptimo:

[...] sí, la empezamos a llevar a la niña casi antes del año, investigamos todo lo relacionado con el síndrome Down, escuelas especiales y si están muy caras nos apretamos el cinturón. (V6, 42 años, licenciatura, n.s.e. alto, hija de 4 años de edad.)

Le teníamos a una maestra que iba hasta la casa a darle clases, y a veces lo llevamos a un centro donde le daban terapia física. (V1, 54 años, primaria, n.s.e. alto, hijo de cinco años de edad.)

Yo considero que mi hijo debe asistir a una institución de educación especial; sí claro, en este aspecto las obligaciones no son que tenga que hacer todo, su obligación es que tiene que luchar para dar lo máximo que se pueda, no se puede quedar ahí, es una obligación de él participar en la vida lo que más puede dar. (V9, 49 años, licenciatura, n.s.e. alto, hijo de 18 años.)

Los varones de nivel socioeconómico bajo generalmente no mencionan la posibilidad de que sus hijos asistan a una institución, y en el mejor de los casos buscan escuelas de educación especial<sup>5</sup> oficiales, ya que ellos no cuentan con los recursos necesarios mínimos para sostenerlos en otras: "A los cinco meses empezó con la terapia. Actualmente está en el Adepam [Asociación de Personas con Discapacidad Física y Motora]; es como el APAC". (V10, 22 años, pasante de licenciatura, n.s.e. bajo, hijo de 3 años de edad.)

Esto indica que el nivel de ingresos influye en gran medida para determinar si el niño puede acudir a una institución educativa y así desempeñar tareas que le permitan ser aceptado en el contexto donde vive.

#### CONSIDERACIONES FINALES

Una de las aportaciones de este trabajo es evidenciar que el tema abordado puede ser relativamente nuevo para la sociología, ya que no se ha estudiado la paternidad de hijos con discapacidad. Aquí hemos pretendido tipificar únicamente la relación de los varones de este estudio y sus hijos con discapacidad, sin intentar generalizar los resultados obtenidos.

Esta investigación permite vislumbrar que las experiencias y la interpretación de la realidad de los varones sobre la paternidad de niños con características diferentes no sólo se relaciona con aspectos históricos y culturales sino también con planteamientos derivados de las políticas públicas actuales, ya que tienen como objetivo la integración social de los discapacitados como parte de un proceso global de reforma, poniendo en marcha diversas acciones: reorganización del sistema educativo, reformulación de planes y programas de estudio, producción y renovación de materiales educativos; establecimiento de un sistema nacional para la actualización de los profesores en servicio, y programas destinados a atender específicamente a grupos de población en situaciones de marginación y a niños con discapacidad.

El impulso de estas reformas tiene como base el aspecto ético derivado de los derechos humanos y los principios que orientan la educación nacional, y por otro lado los estudios realizados en nuestro país y en otros países, cuyas conclusiones indican que cuando las personas con discapacidad (con

<sup>5</sup> Los niños con necesidades especiales son atendidos en escuelas regulares por medio de las Unidades de Servicio y Apoyo a la Educación Regular (USAER) que operan en los centros educativos. Las USAER atienden a 2 797 niños con discapacidad (Sánchez, 2001).

necesidades educativas especiales) se integran a las aulas de las escuelas regulares desarrollan mejor sus capacidades físicas, intelectuales y de relación con otros.

De ahí que si las diferentes instituciones (familia, escuela, entre otras) adquieren conciencia de esta situación se tenderá a eliminar las barreras de exclusión, marginación y discriminación que han afectado a los niños “diferentes” y a los padres en particular, al crear situaciones de tensión, impotencia y frustración difíciles de superar. Las exigencias sociales, los prejuicios y los mitos sobre la discapacidad propician los sentimientos de vergüenza y culpa que tienen efectos graves en la personalidad de los padres y los hermanos, así como su vinculación con todas las circunstancias de la vida dentro del medio social; esto hace necesario que la sociedad reciba información al respecto apegada a la realidad de las vivencias, logros y necesidades de las personas con alguna discapacidad o necesidad educativa especial. En particular es necesario que se aborde cómo ejercen y viven estos hombres una paternidad que generalmente conlleva cargas sociales en cuanto a lo que se considera “normal” y “anormal” en términos de funcionalidad dentro de una sociedad.

Frecuentemente los varones que tienen hijos con discapacidad enfrentan dentro de sus experiencias ciertos momentos que no estaban contemplados cuando decidieron ser padres, y de ahí surgen sentimientos de culpa, vergüenza, negación, protección excesiva, pena, e incluso también un cambio repentino del concepto que los padres tienen de sí mismos, de su familia y del futuro. A menudo dicho comportamiento se ve reflejado en diversos aspectos relacionados con el ejercicio y vivencia de la paternidad, donde se dice que no se es padre simplemente por haber engendrado biológicamente un hijo, sino que hay un ejercicio y además un oficio que se tiene que aprender, que se tiene que desarrollar y con el cual se puede ir adquiriendo tal calificativo. Así, la paternidad es un proceso que no se inicia en el momento del parto ni con la aparición de un embarazo, sino con la creación de un entorno para generar un embarazo cuyo producto son los hijos (Figueroa, 2000). A partir de este momento se establece una relación que claramente incluye diferentes formas de comunicación con los sujetos que se reconocen como hijos.

Aún más, es importante reconocer que ser padre es parte de la forma de ser hombre; por lo tanto muchos de los valores, ideas y comportamientos en torno del significado de ser hombre influyen en la manera en que los varones elaboran sus creencias y prácticas de la paternidad.

En los resultados de este estudio se percibe la diversidad de significados que los varones dan a la paternidad: unos hacen referencia al proceso como algo maravilloso, otros la consideran una función biológica, y para algunos es una responsabilidad entre otras. Así, ellos incorporan en sus prácticas una combinación de los distintos significados de la paternidad, los cuales pueden cambiar en los mismos hombres a lo largo de su vida, dependiendo de su experiencia, su posición económica, su etnia, la generación a que pertenecen, el momento en que decidieron ser padres, y el sexo y edad de los niños.

La participación de los varones en las tareas domésticas ha sufrido cambios; ahora ellos cocinan, a veces limpian, hacen las compras, llevan a los niños a la escuela y los fines de semana juegan con ellos, participan en su nacimiento, cambian pañales, etc.; dichos cambios surgen a partir de que los varones forman una pareja estable y están conscientes de la situación en la que se encuentran. Este nuevo modelo de padre igualitario o participativo lo promueven las políticas de igualdad que se han desarrollado en muchos países, y comienza a ser considerado por algunos varones como un modelo que permite resolver en buena parte las desigualdades entre hombres y mujeres estableciendo relaciones que se generan a partir del principio de equidad.

En las familias que tienen hijos con discapacidad las relaciones entre el padre y el hijo se pueden polarizar en dos sentidos: por un lado habrá varones que decidan hacerse a un lado y no preocuparse por su crianza, y por el otro los que desean intervenir o que pretenden tener presencia en el cuidado de ellos, e incluso les agrada la posibilidad de que sus hijos no se vayan a ir de la casa y siempre permanezcan con ellos, pues algunos padres consideran éste un aspecto positivo de la discapacidad.

Sin embargo cualquier intento que el padre hace por participar en la crianza, el cuidado del niño, y el dejar de ser distante, rígido y desconocido puede limitar su capacidad como hombre para ejercer poder y control. Los hombres son invisibles para sí mismos, aprenden a hablar para los demás, a legislar para los demás, es decir, determinan lo que es bueno para los otros de manera impersonal y neutra. Consideran fundamental el sentir que generalmente tienen el control, y no le dan importancia a sus emociones y experiencias, pues piensan que el referir sus emociones y sentimientos representa una señal de debilidad emotiva y una falta de control, lo cual indica "no ser lo suficientemente hombre" (Seidler, 2001).

Por otra parte se señala que es a partir de este conjunto de representaciones como los individuos atribuyen sentido a las experiencias cotidianas generadas en el ámbito familiar, donde perciben las primeras formas de relación

social no sólo por medio de discursos sino de las actuaciones entre el padre y la madre, que van estableciendo los espacios, tiempos y actividades genéricamente diferenciadas; es en estos espacios donde se van construyendo las representaciones de género que influirán en su trayectoria de vida. Esto los hace pensar que sus hijos o hijas tienen que cumplir con ciertos roles establecidos de acuerdo con su género, independientemente de que sean personas “diferentes” (con discapacidad): los roles están establecidos y es necesario considerarlos al formar parte de un contexto familiar y pensar en una mayor aceptación en la sociedad. Los varones de este estudio, aunque no de manera explícita retoman estos planteamientos para enfatizar que sus hijos o hijas “van a salir adelante”, es decir, van a poder cumplir con los estereotipos asignados de lo que “deben ser” un hombre y una mujer. No les interesa “el qué dirán” ni las repercusiones sociales que van a enfrentar, porque para ellos lo más importante es ejercer una paternidad que complemente su identidad masculina, ya que es común que ser hombre esté ligado a ser padre.

También existen diferencias en la crianza de los hijos cuando el nivel socioeconómico es alto o bajo; a mayores posibilidades económicas es más probable atender y manejar esta situación de manera más favorable, llevando a los niños “diferentes” a instituciones privadas, e incluso pagando terapias particulares. Cuando las posibilidades económicas son bajas la situación se agrava y las repercusiones sociales se hacen más evidentes. Se intenta llevar a estos niños a centros de educación especial no privados, o en el peor de los casos se sabe de sus limitaciones y no se ve la posibilidad de que ingresen a una escuela de educación especial; algunos dicen “es un niño o niña que no va a aprender, no va a salir adelante, para qué gasto tiempo y dinero o para qué lo llevo a una escuela”. Aunque parece obvio que el nivel socioeconómico influye en la forma en que los hombres pueden ejercer el rol paterno, siempre habrá aspectos que se cuestionen tanto los hombres con ingresos altos como los que perciben un salario bajo; puede ser que un padre cuente con posibilidades económicas para enviar a su hijo a una escuela pero no esté dentro de sus planes hacerlo, considerando que existen reglas sociales o restricciones que estarán presentes en su vida, y que por lo tanto piense que no es necesario que asista a una escuela y se integre a un círculo social.

Generalmente la relación del niño con discapacidad y su padre está determinada por juicios de valor que hacen referencia a los conceptos de normalidad y anormalidad. Esto se puede cotejar con algunos de los resultados, ya que a la mayoría de los padres se les escucha decir: “Mi hijo no es normal”, “Está enfermo”. Esto implica que dentro de una sociedad como la nuestra

siempre están presentes las nociones de normalidad y anormalidad. La normalidad implica una ausencia de problemas biológicos y la anormalidad surge ante la presencia de alguna alteración en el organismo y se asocia con una enfermedad. Obviamente esta situación tiene repercusiones sociales, entre ellas la discriminación, la restricción de oportunidades, y la posibilidad de ser sujetos altamente vulnerables.

Las expectativas sociales acerca de una persona que muestra características diferentes intentan subestimar qué tanto puede cumplir o no con ciertas normas establecidas por una sociedad. A veces parece que “no se tolera la diferencia” (no se sabe respetar la diferencia), “no se está acostumbrado a respetar la diferencia” y esto tiene repercusiones en la forma en que los varones pueden ejercer su paternidad. Esto ha generado nuevos estilos de vida o nuevas características en el proceso vital de esos seres humanos que por su novedad y por no responder a ciertos estereotipos marcados por una sociedad corren el riesgo de ser rechazados, descalificados y percibidos como una muestra de “decadencia moral” en la medida en que no responden a los valores tradicionalmente aceptados.

Cabe por último mencionar que los hallazgos de esta investigación permiten llegar a conclusiones de diversa índole que se dejan a la reflexión y el juicio de otras personas; sin embargo personalmente considero que el niño con discapacidad es sin duda el núcleo ficticio de una representación ideológica de la sociedad, pero es también una realidad fabricada a partir de juicios de valor, estereotipos y creencias culturales que describen siempre atributos negativos de personas que no cumplen con ciertas normas sociales, haciendo uso de términos que “excluyen”, “rechazan” y “discriminan socialmente” a diferentes individuos.

#### BIBLIOGRAFÍA

Consejo Nacional de Población (Conapo) (1998), *La situación demográfica de México*.

Discapacidad y discriminación (2002), en red, Word Wide Web: fundación pobreza.cl/publicacio...capacidad/Disc\_cap1/body\_dis\_cap1.html

*Encuesta Nacional de Empleo y Seguridad Social 2000* (2001), México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI).

Figueroa, Juan Guillermo (2000), “Algunos elementos del entorno reproductivo de los varones al reinterpretar la relación entre salud, sexualidad y

- reproducción”, *Revista Mujer Salud*, Santiago de Chile, Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe, núm. 3, pp. 60-72.
- Higgins, Michael y Tanya Coen (2000), *Streets, Bedrooms, & Patios. The Ordinariness of Diversity in Urban Oaxaca. Ethnographic Portraits of the Urban Poor, Transvestites, Discapacitados, and the Other Popular Cultures*, Austin, University of Texas Press, pp. 227-268.
- Ingalls, Robert (1987), *Retraso mental. La nueva perspectiva*, México, Manual Moderno.
- Instituto Nacional de Estadística, Geográfica e Informática (INEGI) (2004), *Población con discapacidad*, en red, Word Wide Web: <http://www.inegi.gob.mx/est/default.asp?c=2406>
- Kawage, Alejandra, Paz Gutiérrez, María Llano, Dolores Martínez, Dolores y Marcela Chavarría (1998), *Los hijos discapacitados y la familia, en la Comunidad Encuentro*, México, Trillas.
- Korin, Daniel E. (2000), “Hacia el nuevo siglo: Visibilidad y cambio, perspectivas de género en salud”, *Medicina Infantil*, Buenos Aires, vol. VII, núm. 1, pp. 18-30.
- Marfo, Kevin (1986), “Confronting Childhood Disability in the Developing Countries”, en Kevin Marfo y B. Charles (eds.), *Childhood Disability in Developing Countries*, Nueva York, Praeger.
- MedSpain (2000), “Discapacidad”, en red, Word Wide Web: [medspain.com/ant/n14\\_ju100/DISCAPACIDAD.htm](http://medspain.com/ant/n14_ju100/DISCAPACIDAD.htm)
- Moos, Henry (1989), *Coping with Physical Illness, 2*, Nueva York, New Perspective Plenum Medical Book Company.
- Nava, Regina (1996), “Los hombres como padres en el Distrito Federal a principios de los noventa”, tesis de maestría en sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Organización Mundial de la Salud (OMS)-INSERSO (1983), *Clasificación internacional de deficiencias, discapacidades y minusvalías*, Madrid, INSERSO.
- Ortega, Patricia (2002), “El ejercicio de la paternidad en varones con hijos que nacen con problemas en su desarrollo”, tesis de doctorado en sociología, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Parke, Ross (1986), *El papel del padre*, Madrid, Morata.
- \_\_\_\_\_ (1996), *Fatherhood*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

- Ramos, Miguel Ángel (2001), "La paternidad y el mundo de los afectos", *Revista FEM*, México, año 25, núm. 29, junio, pp. 219-225.
- Rolland, John (2000), *Familias, enfermedad y discapacidad. Una propuesta desde la terapia sistémica*, España, Gedisa.
- Sánchez, José Luis (2001), "Atienden USAER a 2 797 niños con discapacidad", *El Universal*, México, 14 de julio, p. 97.
- Seidler, Víctor (2001), "Masculinidad, discurso y vida emocional", en Juan Guillermo Figueroa y Regina Nava (eds.), *Sexualidad, salud y reproducción*, Memorias del seminario-taller "Identidad Masculina, Sexualidad y Salud Reproductiva", Programa Salud Reproductiva y Sociedad, México, El Colegio de México, pp. 5-24 (Documento de trabajo 4).
- United Nations Educational, Scientific, and Cultural Organization (UNESCO) (1990), "Review of the Present Situation in Special Needs Education", París, UNICEF.
- \_\_\_\_\_ (1995), "Review of the Present Situation in Special Needs Education", París, UNICEF
- Villa, Alejandro (1998), "Sexualidad, reproducción y paternidad: una introducción al análisis de la demanda social en las relaciones de género", *Novos Contornos no EspaCo Social: Gênero, Cao e Etnia* por el PEGGE-Faculdade de ServiCo Social-Universidade do Estado do Rio de Janeiro.



*Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*  
se terminó de imprimir en el mes marzo de 2006 en los  
Talleres de Editorial Color, S.A. de C.V.,  
Naranjo 96 bis, P.B., 06400, México, D.F.  
Diseño de portada: Blanca Julieta Figueroa  
Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones  
de El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,  
URBANOS Y AMBIENTALES  
PROGRAMA SALUD REPRODUCTIVA Y SOCIEDAD

En el estudio del comportamiento reproductivo de la población suele asumirse que la persona que se reproduce es aquella que vive en su cuerpo el proceso fisiológico del embarazo y por ende, se ha tomado a las mujeres como informantes centrales en el estudio de la fecundidad, ya que además se les considera las responsables del cuidado de los hijos. Si bien los datos de diferentes investigaciones muestran presencias contradictorias de los varones en el ámbito de la reproducción, es poco lo que se investiga a través de la reconstrucción directa de dicha población. Incluso, cuando algunos estudios sobre los varones y sus comportamientos reproductivos generan descripciones diferentes a lo que se asume como el conocimiento acumulado, se tienen reacciones ambivalentes ante la información recolectada y se llega a desconfiar de los varones como informantes.

Una aproximación que ofrece nuevas alternativas de interpretación de los comportamientos reproductivos consiste en documentar críticamente los relatos que los varones hacen de sus experiencias en dicho ámbito, identificando ambivalencias, silencios, omisiones y situaciones injustas, pero no únicamente para las mujeres. El presente libro busca ordenar los resultados de algunas investigaciones realizadas recientemente en México por medio de entrevistas a diferentes grupos de varones y recurriendo a aproximaciones disciplinarias diversas. Las personas autoras de los capítulos provienen de la filosofía, la demografía, la antropología, la psicología y la sociología. La mayoría privilegia enfoques de tipo cualitativo para documentar temas como la paternidad, la anticoncepción, las representaciones sociales sobre la sexualidad y la reproducción, la infidelidad masculina, los arreglos familiares y el machismo.

ISBN 968-12-1219-3



9 789681 212193

 EL COLEGIO  
DE MÉXICO